



EL CORDE
DE
MONTE-CRISTO

3
1633



3

1633

3/1633

AL CONDE DE MONTU-CRISTO.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

3/1633

**EL CONDE
DE MONTE-CRISTO,**

NOVELA DE A. DUMAS.

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

TOMO I.



MADRID: 1846.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO  GABINETE LITERARIO,
DE D. F. DE P. MELLADO. | CALLE DEL PRINCIPE N. 25.

EL CONDE

DE MONTE-CRISTO

NOVELA DE A. DUMAS.

TRADUCCION DE ANTONIO M. DE GUZMAN.

TOMO I.



MADRID: 1876.

DEPÓSITO LEGAL. - MADRID: 1876. - EN LA BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICAS Y NATURALES DE MADRID.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO.



PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

Marsella.—La llegada.



El 24 de febrero de 1815 hizo la señal el vigia de Nuestra Señora de la Garde, indicando la llegada del bergantín *Faraon*, procedente de Smirna, Trieste y Nápoles. Un práctico salió inmediatamente del puerto, según costumbre, atravesó por delante del castillo de If y abordó al buque entre el cabo de Morgión y la isla de Rion. En el momento, según costumbre también, la plataforma del fuerte de San Juan se cubrió de curiosos; porque en Marsella se dá mucha importancia á la llegada de un buque y mucho mas cuando, como sucedia al *Faraon*, habia sido construido en los astilleros de la antigua Phocia, y pertenecia á un armador de la ciudad.

El buque entre tanto avanzaba: ya habia franqueado felizmente el estrecho, que alguna erupcion volcánica ha producido, entre las islas de Calasareigne y de Jaros; ya habia doblado á Poméque, y hendia las olas bajo sus tres gavias, su enorme foque y su mesana; pero con tanta lentitud y con tan triste movimiento, que los curiosos reunidos en la esplanada, con ese instinto que presagia siempre alguna desgracia, se preguntaban unos á otros acerca del accidente que podia haber ocurrido á bordo. Sin embargo, los peritos en el arte de navegar reconocian, que si habia sucedido alguna desgracia, no era precisamente al buque, pues si bien marchaba éste lentamente, marchaba con todas las condiciones de un navio perfectamente gobernado. Su áncora se hallaba preparada, los cabos del bauprés desenganchados, y junto al piloto, que se disponia á dirigir el *Faraon* por la estrecha entrada del puerto de Marsella, estaba un jóven que con fisonomía animada y mirada activa vigilaba cada uno de los movimientos del buque, y repetia todas las órdenes del piloto.

La vaga inquietud que se pintaba en la multitud de espectadores de la esplanada de San Juan, se descubria mas particularmente en uno que no pudiendo esperar la entrada del buque en el puerto, saltó á una barca y mandó remar hácia el *Faraon*, al cual alcanzó frente á la ensenada de la Reserve.

Al ver acercarse este hombre, el jóven marino dejó el puesto que ocupaba al lado del piloto y vino á apoyarse con su sombrero en la mano, sobre el costado del buque. Seria de 18 á 20 años; alto, esbelto y con hermosos ojos y cabellos negros, descubriéndose en toda su persona ese aire de calma y de resolucion peculiar á los hombres acostumbrados desde su infancia á luchar con los peligros.

—Ah! sois vos Dantés? exclamó el hombre que estaba en la barca; qué ha sucedido? qué significa ese aire de tristeza que se echa de ver en toda la tripulacion?

—Una gran desgracia, señor Morrel, respondió el jóven; una gran desgracia, para mi particularmente. A la altura de Cívita Vecchia hemos perdido al valiente capitan Leclerc....

—Y el cárgamento? preguntó con viveza el armador.

—Viene sin novedad, y creo que quedareis contento respecto á este punto. Pero el pobre capitan Leclerc....

—Qué le ha sucedido? preguntó el armador con aire visiblemente tranquilizado; qué le ha sucedido al valiente capitan?

—Ha muerto.

—¿Caido en la mar?

—No señor, ha muerto á resultas de una calentura cerebral en medio de los mas horribles padecimientos.

En seguida volviéndose hácia la tripulacion:

—Hola! he! dijo, cada uno á su puesto, que vamos á fondear. Y la tripulacion obedeció lanzándose inmediatamente los ocho ó diez marinos que la componian unos sobre las escotas, otros sobre los brazos y otros se prepararon á cargar velas.

El jóven marino recorrió de una mirada el principio de esta maniobra, y viendo que estaban á punto de ejecutarse las órdenes, se volvió hácia su interlocutor.

—Pero cómo sucedió esa desgracia? continuó el armador anudando de nuevo la conversacion anteriormente comenzada.

—Ah! Dios mio! de la manera mas singular. Despues de una larga conversacion con el comandante del puerto, el capitan Leclerc dejó á Nápoles bastante agitado; no bien habian pasado 24 horas cuando le acometió la fiebre, y tres dias despues ya habia muerto. Le hicimos los funerales de ordenanza y reposa decorosamente envuelto en una hamaca, con una bala de á 36 á los pies y otra á la cabeza, á la altura de la isla del Giglio; la cruz de honor y su espada las conservamos y las traemos á la viuda....

Es muy triste en verdad, continuó el jóven con melancólica sonrisa, haber hecho la guerra á los ingleses durante diez años, para venir á morir despues en su cama como cualquiera otro.

—¿Y qué le hemos de hacer, señor Edmundo? replió el armador cada vez mas consolado; somos mortales y es preciso que los viejos

dejen lugar á los jóvenes: á no ser así no habria ascensos, y ya que me asegureis que el cargamento.....

—Se halla en el mejor estado, señor Morrel, ya os lo he dicho. Os aconsejo, pues, que no lo cedais ni aun con 25,000 francos de beneficio. En seguida y viendo que habian pasado ya la torre redonda: «largad las velas de las escofas, el foque y las de la mesana» gritó el joven marino...

La órden se ejecutó casi con la misma prevision que en un buque de guerra.

—Amaina y carga por todas partes.

A este último mandato todas las velas se plegaron y el barco avanzaba de una manera casi imperceptible, sin otro impulso que el que traía antes.

—Si quereis subir ahora, señor Morrel, dijo Dantés conociendo la impaciencia del armador, aqui teneis á vuestro encargado M. Danglars que sale de su camarote, y que os instruirá de todos los pormenores que podais desear; en quanto á mí necesito vigilar las maniobras hasta dejar el barco fondeado y de luto.

No dejó el armador que le repitieran segunda vez la invitacion, y tomando un cable que le arrojó Dantés subió por la escala del costado del buque con una ligereza que hubiera hecho honor á cualquier marino, mientras que Dantés volviéndose á su puesto, cedió el que ocupaba últimamente á aquel á quien habia anunciado con el nombre de Danglars, el cual saliendo de su camarote se dirigia en efecto hácia el armador.

Era el recién llegado un hombre de 25 á 26 años, de figura bastante sombría, obsequioso con sus superiores, altanero con sus subordinados; de modo que ademas de que por su calidad de sobre cargo no era bien visto de los marineros, le aborrecia toda la tripulacion, tanto como por el contrario queria á Edmundo.

—Y bien! señor Morrel, dijo Danglars, sabeis ya la desgracia, no es verdad?

—Si, si, pobre capitan Leclerc! era honrado y valiente como ninguno.

—Y un excelente marino sobre todo, encanecido entre cielo y agua, cual debe ser el hombre encargado de los intereses de una casa tan respetable como la de Morrel é hijos, respondió Danglars.

—Sin embargo, dijo el armador dirigiendo su vista hácia Dantés que fondeaba en este instante; me parece que no se necesita ser marino viejo como decis para entender uno su oficio. Y si no, ahí teneis á nuestro amigo Edmundo que sabe el suyo de una manera que no ha menester lecciones de nadie.

—¡Oh! si, dijo Danglars echando sobre Dantés una mirada aviesa en que se descubria cierto odio reconcentrado; ese joven parece que todo lo sabe; apenas murió el capitan se apoderó del mando del buque sin consultar á nadie, habiéndonos hecho perder despues dia y medio en la isla de Elba en lugar de dirigirse á Marsella.

—En quanto á tomar el mando del buque, dijo el armador, ese era su deber; en quanto á perder dia y medio en la isla de Elba

ha hecho mal, á no ser que fuese para reparar alguna avería.

—Nada de eso, señor Morrel, el brick se hallaba en el mejor estado, y aquella detencion fué puro capricho, gana de ir á tierra, no lo dudeis.

—Dantés, dijo el armador volviéndose hácia el jóven, venid acá,

—Perdonadme, señor Morrel, dijo Dantés, seré vuestro dentro de un instante; en seguida dirigiéndose á la tripulacion: «Fondo» dijo; inmediatamente cayó el ancla haciendo rodar la cadena con un gran ruido; Dantés permaneció en su puesto á pesar de la presencia del piloto hasta que esta última maniobra se hubo terminado «bajad el gallardete hasta la mitad del mastelero», dijo en seguida, «iza el pabellon, cruza las bergas»!

—Ya lo veis, dijo Danglars, se cree ya capitán.

—Y lo es de hecho, dijo el armador.

—Si, aunque sin vuestro consentimiento ni el de vuestro asociado, señor Morrel.

—¡Diantre! y porqué no le hemos de dejar en ese puesto, dijo el armador, es jóven, ya lo sé, pero me parece muy á propósito para ese encargo y con suficiente esperiencia para egercerlo.

Una nube sombría oscureció la frente de Danglars.

—Perdonadme, señor Morrel, dijo Dantés aproximándose, ya que hemos fondeado, héme aquí á vuestras órdenes. Me habeis llamado, ¿no es verdad?

—Danglars dio un paso hácia atrás.

—Quería preguntaros porqué os habeis detenido en la isla de Elba.

—Lo ignoro, señor Morrel, fué solo para cumplir las últimas órdenes del capitán Leclerc, que me entregó al morir un paquete para el gran mariscal Bertrand.

—Le habeis visto, Edmundo?

—¿A quién?

—Al gran mariscal.

—Si.

Morrel miró á su alrededor y llevó á Dantés á parte.

—¿Y cómo está el emperador? le preguntó con interés.

—Muy bien, segun yo mismo he podido juzgar por mis ojos.

—¡Pues qué! ¿Tambien habeis visto al emperador?

—Si señor, entró en casa del mariscal mientras yo estaba en ella.

—¿Y le hablásteis?

—Al contrario, él es el que me ha hablado á mí, dijo Dantés sonriéndose.

—¿Y qué os dijo?

—Me hizo mil preguntas acerca del buque, me preguntó la época de su salida de Marsella, el rumbo que habia seguido y el cargamento que traía. Creo que si hubiera venido en lastre y yo hubiera sido su dueño, su intencion habria sido el comprármelo; pero le dije que no era mas que un simple segundo, y que el buque pertenecía á la casa de Morrel é hijos. «¡Ah! dijo entonces, la conozco. Los Morrel han sido siempre armadores, y habia uno de ellos que servia en el mismo regimiento que yo, cuando estábamos de guarnicion en Valence.»

—Es verdad, exclamó el armador loco de alegría: ese era Policarpo Morrel mi tío, que es en el día capitán. Dantés, le direis á mi tío que el emperador se ha acordado de él, y le vereis llorar como un chiquillo. ¡Pobre viejo! Vamos, vamos, continuó el armador, dando amistosamente golpes con la mano en el hombro del jóven: habeis hecho bien en seguir las instrucciones del capitán Leclerc y deteneros en la isla de Elba, apesar de que si se supiese que habiais entregado un pliego al mariscal y hablado con el emperador, podria esto comprometeros.

—¡Y porqué habia de comprometerme! dijo Dantés. Yo puedo asegurar que no sabia lo que traia; y en cuanto al emperador, no me hizo mas preguntas que las que hubiera hecho á cualquiera otro. Pero perdonadme, continuó Dantés: aqui vienen la sanidad y los de la aduana; me permitireis, ¿no es cierto?

—Si, si, querido Dantés, cumplid con vuestro deber.

Separóse el jóven y conforme se fué alejando fué aproximándose Danglars.

—Vamos, preguntó este, ¿os ha dado buenas esplicaciones acerca de su detencion en Porto-Ferrajo?

—Escelentes, señor Danglars.

—Vaya, tanto mejor, respondió, porque siempre disgusta ver á un camarada que no cumple con su deber.

—Dantés ha cumplido con el suyo, respondió al armador, y no hay nada por qué reprenderle. Era una orden del capitán Leclerc.

—A propósito del capitán Leclerc: ¿No os ha entregado una carta de su parte?

—¿Quién?

—Dantés.

—¿A mí? no, ¿le habia dado alguna carta para mí?

—Creia que ademas del pliego le habia confiado tambien el capitán una carta.

—¿Pero de qué pliego hablais, Danglars?

—Del que Dantés ha dejado al pasar en Porto-Ferrajo.

—¿Y cómo sabeis que Dantés traia un pliego que debia dejar en Porto-Ferrajo?

Danglars se sonrojó.

—Pasaba por delante de la puerta del capitán, estaba entreabierta, y vi que le entregaba á Dantés un paquete y una carta.

—Nada me ha hablado todavía de eso, dijo el armador, pero si él trae esa carta, él me la dará.

Danglars reflexionó un instante.

—Entonces, señor Morrel, os suplico, que no digais nada de esto á Dantés; me habré equivocado.

En este momento el jóven volvió y Danglars se alejó.

—Y bien, querido Dantés, ¿estais ya libre? preguntó el armador.

—Si señor.

—Vamos, la operacion no ha sido larga.

—No, he dado á los aduaneros la factura de nuestras mercancías, y los papeles de mar á un oficial del puerto que vino con el práctico.

—¿Con que entonces nada teneis que hacer aqui?

Dantés echó una mirada rápida á su alrededor.

—No, todo está en órden, dijo.

—¿Podreis veniros á comer con nosotros eh?

—Dispensadme, señor Morrel, dispensadme, os lo suplico, pero quiero ver antes á mi padre. No quedo sin embargo menos reconocido por el honor que me haceis.

—Es muy justo, Dantés, es muy justo, ya sé que sois un buen hijo.

—¿Y sabeis cómo está mi padre? preguntó Dantés con interés.

—Creo que bien, querido Edmundo, á pesar de que yo no le he visto.

—Si, se mantendrá encerrado en su pobre habitacion.

—Eso prueba á lo menos que nada le ha hecho falta durante vuestra ausencia.

Dantés se sonrió.

—Mi padre tiene demasiado orgullo, señor Morrel, y aunque hubiese carecido de lo mas preciso, dudo que hubiese pedido nada á nadie, escepto á Dios.

—Pues bien, despues de esa primera visita cuento con vos.

—Os repito mis excusas, señor Morrel, pero despues de esa primera visita, quiero hacer otra no menos interesante para mi corazón.

—¡Ah! es verdad Dantés, me olvidaba de que en el barrio de los Catalanes hay una persona que debe esperaros con tanta impaciencia como vuestro padre, la bella Mercedes.

Dantés se sonrojó.

—Ya, ya, dijo el armador, por eso no me admiro de que haya venido tres veces á saber noticias de la vuelta del *Faraon*. ¡Cáspita! Edmundo, en verdad que sois hombre que lo entiende; teneis una preciosa querida.

—No es mi querida, señor Morrel, dijo con gravedad el jóven marino, es mi novia.

—Lo mismo tiene, dijo el armador riéndose.

—Para nosotros nó, señor Morrel, respondió Dantés.

—Vamos, vamos, mi querido Edmundo, replicó el armador, no quiero deteneros mas, habeis desempeñado demasiado bien mis negocios para que yo os impida que os ocupeis de los vuestros. ¿Necesitais dinero?

—No señor, conservo todos mis sueldos de viage.

—Sois un muchacho muy arreglado, Edmundo.

—Y añadid que tengo un padre pobre, señor Morrel.

—Si, ya sé que sois un buen hijo, id á ver á vuestro padre.

—Con vuestro permiso, dijo el jóven saludando.

—¿Pero no teneis nada que decirme?

—No señor.

—El capitán Leclerc ¿no os ha entregado al morir una carta para mi?

—Oh! no, le hubiera sido imposible escribir, pero esto me recuerda que tendré que pedir os licencia por algunos dias.

—¿Para casaros?

—Primero, y luego para ir á Paris.

—Bueno, bueno, por el tiempo que queráis, Dantés. El alijo del buque nos ocupará seis semanas á lo menos, de modo que no podrá darse á la vela de nuevo hasta dentro de tres meses; para esta época si necesito que esteis de vuelta; porque el *Faraon*, continuó el armador tocando en el hombro al jóven marino, no podria volver á partir sin su capitan.

—¡Sin su capitan! exclamó Dantés con los ojos brillantes de alegría; atended bien á lo que decís, señor Morrel, porque acabais de escitar las mas secretas esperanzas de mi corazon. ¿Pensais nombrarme capitan del *Faraon*?

—Si yo fuese solo os daria la mano, mi querido Dantés, y os diria... esto es hecho. Pero tengo un asociado, y ya sabeis el proverbio italiano: *Che á compagno á padrone*. Sin embargo la mitad de la diligencia está ya hecha á lo menos, pues de dos votos que necesitais ya teneis uno; en cuanto al otro descuidad en mí, que yo haré lo posible por que le obtengais.

—Oh! señor Morrel, exclamó el jóven marino oprimiendo con sus ojos inundados en lágrimas las manos del armador; señor Morrel, os doy gracias en nombre de mi padre y de Mercedes.

—Basta, basta, dijo Morrel, siempre está Dios en el cielo para la gente buena; id á verlos y volved despues á buscarme.

—No quereis que os lleve á tierra?

—No, gracias; tengo aun que arreglar mis cuentas con Danglars. ¿Habeis estado contento de él durante el viage?

—Conforme el sentido con que me hagais esa pregunta; como buen camarada, no, porque creo que él no me quiere bien, desde el dia en que á consecuencia de cierta disputa tuve la tontería de proponerle que nos detuviésemos diez minutos en la isla de Monte-Cristo, proposicion que él tuvo á bien rehusar. Ahora, si es como agente de vuestros negocios, no creo que tenga nada que decir, y quedareis contento de la manera con que han sido tratados.

—Y si llegáseis á ser capitan del *Faraon*, ¿os llevariais bien con Danglars?

—Capitan ó segundo, señor Morrel, respondió Dantés, tendré siempre las mayores consideraciones con aquellos que posean la confianza de mis armadores.

—Vamos, vamos, Dantés, veo que sois en todo un escelente muchacho. No quiero deteneros mas.

—Hasta la vista, señor Morrel.

—Hasta la vista, mi querido Edmundo.

El jóven marino saltó á la lancha, se sentó en la popa y dió la órden de abordar á la *Cannebiere*; dos marineros se pusieron á remar y la lancha se deslizó con toda la rapidez que es posible hacerlo en medio de mil buques que obstruyen la especie de calle estrecha que conduce entre dos filas de barcos desde la entrada del puerto al muelle de Orleans.

El armador le siguió con la vista, sonriéndose, hasta que le vió

saltar sobre los escalones del muelle y confundirse inmediatamente entre la multitud, que desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche ocupaba la famosa calle de la Cannebiere de que tan envanecidos están los modernos phocios, que dicen con la mayor formalidad: «si Paris tuviese la Cannebiere, sería una pequeña Marsella.»

Al volverse el armador vió detrás de él á Danglars, que en la apariencia esperaba sus órdenes; pero que en realidad seguía como él con su vista al jóven marino.

Una gran diferencia habia, sin embargo, en la espresion de esta doble mirada dirigida al mismo hombre.

CAPITULO II.

El Padre y el Hijo.

Dejemos á Danglars dando rienda suelta á su ódio inventar alguna calumnia contra su camarada, y sigamos á Dantés, que despues de haber recorrido la Cannebiere en toda su longitud, se dirigió á la calle Nouailles, entró en una pequeña casa situada al lado izquierdo de las avenidas de Meillan, subió apresuradamente los cuatro tramos de una escalera oscura, y comprimiendo con una mano los latidos de su corazon se detuvo delante de una puerta entreabierta que dejaba ver hasta el fondo de una pequeña habitacion.

Allí era donde vivia el padre de Dantés.

La noticia del arribo del Faraon no habia llegado aun hasta el anciano, que subido en una silla, se ocupaba en poner palos con mano temblorosa, para unas capuchinas y enredaderas que subian enroscadas hasta la ventana.

De repente se sintió abrazar por detras, y oyó una voz que esclamaba:

—Padre mio!....padre mio!

El anciano dió un grito y se volvió; pero al ver á su hijo se dejó caer en sus brazos pálido y sobrecogido.

—¿Qué teneis, padre? esclamó el jóven lleno de inquietud, ¿estais malo?

—No, no, querido Edmundo, hijo mio, hijo de mi alma, no; pero no te esperaba, y la alegría, el placer de verte así tan de improviso... Ay! Dios mio! me parece que voy á morir...

—Pues bien, tranquilizáos, padre: yo soy, yo soy, no lo dudeis; como dicen que la alegría no causa mal, ved aquí por lo que he entrado sin prepararos; vaya, sonreios, y no me mireis como lo haceis con esos ojos tan espantados. Ya me teneis aquí de vuelta, y vamos á ser muy felices.

—Ah! ¿con qué es verdad? replicó el anciano, con qué vamos á ser muy felices? con qué no me dejarás mas? Vaya cuéntamelo todo.

—Dios me perdone, dijo el jóven, si yo aplaudo una desgracia que ha llenado de luto á una familia, el mismo Dios sabe que yo no hubiera deseado nunca esta clase de felicidad; pero ha sucedido sin embar-

go y confieso que no tengo fuerza para sentirla. El bravo capitán Leclerc ha muerto, y es probable que mediante la protección del señor Morrel ocupe yo su plaza... ¡capitán á los veinte años! con cien luises de sueldo y una parte en las ganancias, ¿no es verdad que es mucho más de lo que podía esperar un pobre marinero como yo?

—Si, hijo mío, sí, en efecto; dijo el anciano, esa es una gran felicidad.

—Así, pues, quiero padre mío, que del primer dinero que tome alquileis una casa con jardín, para que podáis plantar vuestras enredaderas y vuestras capuchinas, ¿pero qué teneis, padre? parece que estais malo.

—No, no, hijo mío, esto no será nada.

Y las fuerzas faltaron al anciano y cayó hácia atrás.

—Vamos, vamos, dijo el joven, un vaso de vino, padre mío, esto os reanimará. ¿Dónde teneis el vino?

—No, gracias, no tengo necesidad de nada, dijo el anciano procurando detener á su hijo.

—Si tal, padre, si tal, es preciso: indicadme el sitio.

Y abrió dosó tres armarios.

—Es inútil, dijo el anciano, no hay vino en casa.

—¿Cómo! ¿no teneis vino? dijo Dantés palideciendo á su vez y mirando alternativamente las mejillas flacas y descarnadas del anciano. ¿Y por qué no teneis vino? ¿os habrá hecho falta dinero por ventura, padre mío?

—Nada me ha hecho falta, pues que te veo, dijo el anciano.

—Sin embargo replicó Dantés limpiando el sudor que corria por su frente, sin embargo yo os habia dejado 200 francos... hace tres meses, al partir.

—Si, sí, Edmundo, es verdad. Pero olvidaste al partir una pequeña deuda que tenias con nuestro vecino Caderousse; me lo recordó, diciéndome que si no pagaba por tí, iria á que le pagasen á casa de M. Morrel. Temiendo que esto te causase algun perjuicio, ¿qué habia de hacer? he pagado.

—Pero, exclamó Dantés, eran 140 francos los que yo debia á Caderousse.... ¿y vos se los habeis entregado de los 200 que yo os habia dejado?

El anciano hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—De manera que habeis vivido tres meses con 60 francos... murmuró el joven.

—Bien sabes que yo necesito poco, dijo el anciano.

—Oh! Dios mío! Dios mío! padre, perdonadme, exclamó Edmundo arrojándose de rodillas ante aquel buen hombre.

—¿Qué haces?

—Oh! me habeis desgarrado el corazón.

—Bah! puesto que ya estas aquí, dijo el anciano sonriendo, todo se ha olvidado.

—Si, héme aquí, dijo el joven, héme aquí con un bello porvenir y un poco de dinero. Tomad, tomad padre, dijo, tomad y enviad á buscar al momento cualquier cosa.

Y vació sobre la mesa sus bolsillos, que contenian una docena de monedas de oro, cinco ó seis escudos de cinco francos cada uno y varias monedillas.

El viejo Dantés se quedó asombrado.

—Para quién es esto? dijo.

—Para mí, para vos, para nosotros. Tomad, comprad provisiones, sed feliz; mañana será otro día.

—Despacio, despacito, dijo el anciano sonriendo; con tu permiso usaré de tu bolsa, pero con moderacion; creerian al verme comprar muchas cosas á la vez que me he visto obligado á esperar tu vuelta para comprarlas.

Haced lo que querais. Pero ante todo, tomad una criada, padre mio. No quiero que os quedeis solo, Tengo café de contrabando y excelente tabaco en un cofrecito; mañana estará aquí. Pero silencio que viene gente.

—Será Caderousse que habrá sabido tu llegada y que viene á felicitarte por tu vuelta.

—Bueno, siempre lábios que dicen una cosa, mientras el corazon piensa otra, murmuró Edmundo; pero no importa, al fin es un vecino que nos ha hecho un servicio.

En efecto, en el momento en que Edmundo acababa la frase en voz baja, se vió aparecer por la puerta de la escalera la cabeza negra y barbuda de Caderousse. Era un hombre de veinte y cinco á veinte y seis años, tenia en la mano un pedazo de paño que en su calidad de sastre, se disponia á cambiar en forro de un vestido.

—Ola! bien venidoseas, Edmundo! dijo con un acento marsellés de los mas pronunciados, y con una sonrisa que descubria una fila de dientes blancos como el marfil.

—Tan bueno como de costumbre, vecino Caderousse, y siempre dispuesto á serviros en lo que querais, respondió Dantés, disimulando mal su frialdad con aquella oferta servicial.

—Gracias, gracias; felizmente yo no necesito nada, bien al contrario, los demas son los que algunas veces tienen necesidad de mí. (Dantés hizo un movimiento.) No digo esto por tí, muchacho, si te he prestado dinero me lo has vuelto, eso es corriente entre buenos vecinos, y estamos pagados.

—Nunca se está pagado con los que nos han hecho un favor, dijo Dantés, porque cuando ya no se debe dinero, continua debiéndose el agradecimiento.

—A qué hablar de eso? lo pasado pasado; hablemos de tu feliz llegada, muchacho. Habia ido hácia el puerto para comprar paño, cuando encuentro al amigo Danglars. ¿Tú en Marsella? le dije. No lo ves? me respondió. ¿Pues yo te creía en Smirna? Toma; si ahora vuelvo de allá. ¿Y Edmundo, sabes donde está? En casa de su padre sin duda, respondió Danglars; y entonces vine corriendo, continuó Caderousse, para tener el gusto de estrechar la mano á un amigo.

—Que buen Caderousse, dijo el anciano; cuánto nos ama!

—Ciertamente os amo, y os estimo, porque sois muy honrados y esa casta de hombres abunda bien poco en el mundo... Pero á lo que

veo vienes rico, muchacho, continuó el sastre, reparando en el puñado de oro y de plata que Dantés habia puesto en la mesa.

El jóven notó el rayo de codicia que iluminó los ojos de su vecino.

—Eh! Dios mio, dijo sencillamente, ese dinero no es mio. Manifesté á mi padre el temor de que le hubiera hecho falta alguna cosa durante mi ausencia, y para tranquilizarme vació su bolsa en la mesa; vamos, padre, continuó Dantés, volved á guardar ese dinero en vuestra alcancía, si es que á su vez no le necesita el vecino Caderousse, en cuyo caso ahí lo tiene á su disposicion.

—No, muchacho, dijo Caderousse, nada necesito, y á Dios gracias, el oficio alimenta al hombre; guarda tu dinero, guárdalo, y Dios te dé mucho mas; eso no quita que yo te lo agradezca como si me hubiera aprovechado de él.

—Yo lo ofrecia con toda voluntad, dijo Dantés.

—No lo dudo, y bien! héte ahí ya el favorito de Morrel, picaruelo!

—M. Morrel ha sido siempre muy bondadoso para conmigo, respondió Dantés.

—En ese caso, has hecho mal en rehusar su convite.

—Cómo! rehusar su convite? replicó el viejo Dantés; te habia convidado á comer?

—Si, padre mio, replicó Edmundo sonriéndose al ver lo que asombraba á su padre el exceso de honor de que era objeto.

—Y por qué has rehusado, hijo? preguntó el anciano.

—Para volar mas pronto á vuestros brazos, padre mio, respondió el jóven; tenia tantos deseos de veros!

—Pero no haber contrariado á ese bueno de M. Morrel, replicó Caderousse, que cuando se desea ser capitán, no se debe desairar á su armador.

—Ya, yo le he esplicado la causa de mi negativa, replicó Dantés, y espero que la haya comprendido.

—Ah! es que para aspirar á capitán se debe lisongear un tanto á sus patrones.

—Espero ser capitán sin eso, respondió Dantés.

—Tanto, tanto mejor, eso le gustará bastante á los antiguos conocidos, y yo sé de uno que vive allá abajo detrás de la Ciudadela de San Nicolás, á quien no le desagradaria.

—Mercedes? dijo el anciano.

—Si, padre mio, replicó Dantés; y con vuestro permiso, ya que os he visto, ya que sé que estais bueno y que tendreis todo lo que necesitareis, os pediré permiso para hacer una visita á los Catalanes.

—Anda ve, hijo mio! ve! dijo el viejo Dantés, y Dios te bendiga en tu muger como me ha bendecido en mi hijo!

—Su muger! dijo Caderousse, aun no lo es, padre Dantés; aun no lo es, segun creo.

—No; pero segun todas las probabilidades, respondió Edmundo, no tardará en llegar á serlo.

—No importa, no importa, dijo Caderousse; bien has hecho en andar ligero, muchacho!

—¿Por qué?

—Porque la Mercedes es una buena moza y á las buenas mozas nunca las faltan amantes, á esa sobre todo! Como que la siguen por docenas.

—¿De veras! dijo Edmundo, con una sonrisa bajo la que se percibía una ligera nube de inquietud.

—Oh! si! replicó Caderousse, y se la presentan tambien buenos partidos; pero ya comprendes, vas á ser capitán, no haya miedo de que no te admitan.

—Lo que quiere decir, replicó Dantés con una sonrisa que disimulaba mal su inquietud, que si no fuera capitán...

—Eh! eh! exclamó Caderousse.

—Vamos, vamos, dijo el jóven, yo tengo mejor opinion que vos de las mugeres en general, y de Mercedes en particular, y estoy convencido de que capitán ó no, siempre me será fiel.

—Tanto mejor, tanto mejor, dijo Caderousse, siempre es bueno cuando uno va á casarse tener fé; pero no importa! creeme; muchacho, no pierdas tiempo en ir á anunciar tu llegada y en participarla tus esperanzas.

—Alla voy, dijo Edmundo, y abrazó á su padre, saludó á Caderousse y salió.

Caderousse se despidió poco rato despues del viejo Dantés, bajó á su vez la escalera para ir á reunirse con Danglars que le esperaba al estremo de la calle Senac.

—¿Y bien! dijo Danglars, ¿le has visto?

—Acabo de separarme de él, dijo Caderousse.

—¿Y te ha hablado de su esperanza de ser capitán?

—Ya lo cuenta por hecho.

—¿Paciencia! paciencia! dijo Danglars, se apresura un poco, segun creo.

—¿Diantre! no parece sino que la cosa le ha sido prometida por M. Morrel. De manera que estará muy contento.

—Es decir, está insolente. Ya me ha ofrecido sus servicios, como si fuese un gran personaje; y me ha ofrecido tambien prestarme dinero como si fuese un banquero.

—¿Y vos habeis rehusado?

—Perfectamente, aunque bastantes motivos tenia para aceptar, atendido á que yo fui el que le puse en la mano las primeras piezas blancas que ha manejado; pero ahora M. Dantés no tendrá necesidad de nadie, va á ser capitán.

—Bah! dijo Danglars, aun no lo es.

—A fé mia, que seria bueno que no lo fuese, dijo Caderousse, oh! entonces no habia medio de hablarle.

—Si nosotros queremos, dijo Danglars, podemos hacer que no llegue á serlo, ó mas bien, hacerle menos de lo que es.

—¿Qué dices?

—Nada, yo me entiendo. ¿Y sigue siendo amante de la catalana?

—Con locura; ahora estará allá. Pero ó mucho me engaño, ó algun disgusto deberá haber por ese lado.

—Esplicate.

—¿A qué?

—Eso es mucho mas importante de lo que crees; tú no amas á Dantés ¡hum!

—No me gustan los orgullosos.

—Pues entonces, dime todo lo que sepas relativo á la catalana.

—Nada sé de positivo, solamente he visto cosas que me hacen creer, como te he dicho, que el futuro capitán tendrá algun disgusto por los alrededores de las Vieilles-Infirmeries.

—¿Que has visto? vamos di.

—Pues bien, he visto que siempre que Mercedes vuelve á la ciudad, viene acompañada de un mancebo catalan, de ojos negros, de piel tostada, muy moreno, muy ardiente, y á quien ella llama primo mio.

—Ah! de veras! y ¿crees tú que ese primo le haga la córte?

—A lo menos lo supongo. ¿Qué diablos puede hacer un muchacho de veinte y un años con una jóven de diez y siete?

—¿Y dices que Dantés ha ido á los Catalanes?

—Ha partido antes que yo.

—Si fuésemos por el mismo lado, nos pararíamos en la Reserve, en casa del padre Pánfilo, y bebiendo un vaso de vino de *Lamalque*, esperaríamos tener algunas noticias.

—¿Y quién nos las dará?

—Estaremos acechando, y cuando pase Dantés veremos en la expresion de su rostro lo que ha pasado.

—Vamos, dijo Caderousse, ¿pero tú eres el que paga?

—Pues es claro, respondió Danglars.

Y estos dos hombres se encaminaron con paso rápido hácia el lugar indicado. Una vez llegados á él, se hicieron traer una botella y dos vasos. El padre Pánfilo acababa, segun dijo, de ver pasar á Dantés no hacia dos minutos. Seguros de que éste estaba en los Catalanes, se sentaron bajo el follage reciente de los plátanos y de los sicomoros, en las ramas de los cuales una alegre bandada de pájaros animaba con sus gorgeos aquel sitio delicioso.

CAPITULO III.

El arrabal de los Catalanes.

A cien pasos del sitio en que los dos amigos, con los ojos fijos en el horizonte y el oído atento, paladeaban el vino de *Lamalque*, se elevaba por detras de un promontorio desnudo aridecido por el sol y por el Nordeste, el pequeño arrabal de los Catalanes.

Una colonia misteriosa abandonó un día la España, y arrióvó á la lengua de tierra en que permanece aun; llegaba sin saberse de qué punto habia partido, y hablaba un dialecto desconocido. Uno de sus gefes que comprendia el provenzal, pidió á la municipalidad de Marsella que le concediese aquel árido promontorio, en el cual, á fuer de marineros antiguos, acababan de dejar sus barcos. Su petición fué otorgada, y tres meses despues aquellos bohemios de

la mar habian levantado allí un pequeño pueblo. Construido este de una manera estraña y pintoresca, medio árabe, medio española, es el mismo que se vé hoy habitado por los descendientes de aquellos hombres que hablan la lengua de sus padres. Tres ó cuatro siglos han pasado, y aun permanecen fieles estos moradores al pequeño promontorio, sobre el que se dejaron caer á la manera de un bando de pájaros de mar, sin mezclarse en nada con la poblacion de Marsella, casándose entre sí, y conservando los hábitos y costumbres de la madre patria, del mismo modo que han conservado su idioma.

Preciso es que nuestros lectores nos sigan á través de la única calle de este pueblecillo, y entren con nosotros en una de aquellas casas, á cuyo exterior ha dado el sol el bello color de hojas secas, comun en todos los edificios del país, y en su interior una capa de cal, esa tinta blanca que constituye el único adorno de las posadas españolas.

Una hermosa muchacha con cabellos negros como el ébano, y ojos melados como los de la gacela, estaba de pié, apoyada contra una silla, oprimiendo entre sus dedos afilados una inocente rosa cuyas hojas arrancaba, y cuyos pedazos se veían ya esparcidos por el suelo. Sus brazos, además, desnudos hasta el codo, brazos morunos, pero que parecían modelados por los de la Venus de Arlés, temblaban con una especie de impaciencia febril, y golpeaba la tierra de tal modo con su pié ligero, que dejaba ver las formas puras y atrevidas de su pierna aprisionada en una media de algodón encarnado con cuadrados grises y azules.

A tres pasos de ella, sentado en una silla, balanceándose con movimiento acompasado, y apoyando su codo en un antiguo mueble, un moceton de veinte á veinte y dos años la miraba con un aire que revelaba la inquietud y el despecho; sus ojos preguntaban, pero la mirada firme y fija de la jóven dominaba enteramente á su interlocutor.

—Vamos, Mercedes, decia el mancebo, las pascuas se acercan y es el tiempo mas propio para casarse. Qué dices á esto?

—Ya te he respondido cien veces, Fernando, ¿por qué te cansas en hacerme la misma pregunta?

—Pues bien, repítelo, te lo suplico, repítelo por la centesima vez para que yo pueda creerte; dime que desprecias mi amor que aprobaba tu madre; hazme comprender que te burlas de mi felicidad; que mi vida ó mi muerte no son nada para tí.... Ah! Dios mio, Dios mio! haber soñado diez años con la dicha de ser tu esposo, Mercedes, y perder esta esperanza que es la única que sostiene mi existencia.

—No soy yo por cierto la que he alimentado en tí esa esperanza con mis coqueterías, Fernando, respondió Mercedes. Siempre te he estado diciendo: «te amo como á un hermano, pero no exijas de mí otra cosa mas que un cariño fraternal, porque mi corazón pertenece á otro. ¿No te he estado diciendo siempre esto?

—Si, ya lo sé, Mercedes, respondió el mancebo, ya sé que has tenido también para mí el cruel mérito de la franqueza. Pero olvidas que es ley sagrada entre los catalanes el casarse entre ellos mismos?

—Te engañas, Fernando, no es una ley, no es mas que una cos-

tumbre; y creeme, no debes invocar esta costumbre en tu favor. Estás comprendido en la conscripción, Fernando; la libertad de que gozas la debes únicamente á la tolerancia: de un momento á otro pueden reclamarte tus banderas, y una vez soldado, qué harías de mí, pobre huérfana sin fortuna, y sin otros bienes que una miserable cabaña casi arruinada y unas malas redes, única herencia que me han dejado mis padres? Un año hace que murió mi madre, y desde entonces, bien lo sabes, Fernando, vivo casi á espensas de la caridad pública. Algunas veces me haces creer que soy útil en alguna cosa con objeto de hacerme compartir contigo tu pesca, y yo acepto, Fernando, porque eres el hijo del hermano de mi padre, porque nos hemos criado juntos, y porque además conozco que te disgustarías si rehusase. Pero sé muy bien que ese pescado que yo voy á vender, y ese dinero que me dan por él, y con el cual compro el estambre que hilo despues, no es mas que una limosna, Fernando, y como tal la recibo.

—Y qué importa eso, Mercedes? tan pobre y tan aislada como vienes, me convienes mejor que la hija del mas rico armador ó del mas opulento banquero de Marsella. Yo no quiero sino una muger honrada y hacendosa, y ninguna mejor que tú posee esas dos cualidades.

—Fernando, respondió Mercedes, con cierto movimiento de cabeza, no se puede responder de ser siempre muger honrada cuando se ama á otro que á su marido. Conténtate con mi amistad; porque te lo repito, esto es todo lo que puedo prometerte, y yo no prometo sino lo que estoy segura de poder dar.

—Ah! ya te comprendo, dijo Fernando; soportas con resignacion tu miseria, pero te asusta la mia. Pues bien, Mercedes, si me amas probaré fortuna y llegaré á ser rico. Aun puedo dejar el oficio de pescador, aun puedo entrar de dependiente en alguna casa de comercio, aun puedo llegar á ser mercader.

—Tú no puedes hacer nada de eso, Fernando, eres soldado, y si aun permaneces en los Catalanes es porque no hay guerra: continúa en tu oficio de pescador, no fabriques castillos en el aire y conténtate con mi amistad, puesto que no puedo darte otra cosa.

—Pues bien, tienes razon, Mercedes, me haré marinero, dejaré el traje de nuestros padres que tú tanto desprecias, y me pondré un sombrero de suela, una camisa rayada, y una chaqueta azul con anclas en los botones: ¿no es así como es preciso vestirse para agradarte?

—Qué quieres decir con eso? qué quieres decir? no te comprendo.

—Quiero decir, Mercedes, que no serías tan cruel conmigo, si no fuera porque esperas á uno que usa el traje que acabo de explicarte. Pero tal vez ese que esperas no te ha sido fiel, y si lo hubiese sido, la mar acaso no lo habrá sido para él.

—Fernando, exclamó Mercedes, te creia bueno y me engañaba; eso es tener mal corazon; pues bien, si, no te lo oculto, espero y amo á ese que dices, y sino volviese, en lugar de acusarlo de inconstante, creeré que ha muerto amándome.

El catalan hizo un gesto de rabia.

—Te comprendo, Fernando, querrás tomar venganza en él porque

yo no te amo, os batiréis... ¿Pero qué conseguirás con esto? perder mi amistad si eres vencido, grangearte mi ódio si eres vencedor. Creeme, Fernando, batirse con un hombre por agradar á la muger que ama á este hombre, es un mal medio. No, Fernando, tú no harás eso; y no pudiendo tenerme por muger, te contentarás con que sea tu amiga y tu hermana. Además, añadió ella con los ojos hinchados de lágrimas, espera, Fernando, espera, tú lo has dicho hace poco: la mar es pérfida, y han pasado cuatro meses desde que partió... cuatro meses y durante ellos he contado tantas tempestades!...

Fernando permaneció impasible sin cuidarse de enjugar las lágrimas que rodaban por las mejillas de Mercedes, y sin embargo por cada una de aquellas lágrimas hubiera dado mil gotas de su sangre.. pero aquellas lágrimas eran derramadas por otro. Levantóse, dió una vuelta por la cabaña, volvió, se paró delante de Mercedes, fijándola una mirada sombría, y con los puños crispados exclamó:

—Vamos, Mercedes, os lo repito, responded... ¿lo habeis resuelto?

—Amo á Edmundo Dantés, dijo friamente la jóven, y ninguno otro mas que Edmundo será mi esposo!

—¿Y le amareis siempre?

—Mientras viva, siempre.

Fernando bajó la cabeza con desanimacion; arrojó un suspiro que mas bien parecía un gemido: levantando de repente la cabeza y con los dientes rechinando de cólera, exclamó:

—¿Pero si hubiese muerto?

—Si hubiese muerto, yo ¡tambien moriré!

—¿Y si os olvidase?

—¡Mercedes! exclamó una voz alegre y sonora fuera de la casa; ¡Mercedes!

—¡Ah! exclamó la jóven colorándose de alegría y de amor, bien ves que no me ha olvidado, puesto que está ahí!... y se lanzó hácia la puerta, la cual abrió exclamando: aquí, ¡Edmundo, aquí estoy!

Fernando pálido y enfurecido, retrocedió hácia atrás como un viagero á la vista de una serpiente: y cayó aniquilado sobre una silla.

Edmundo y Mercedes estaban en brazos uno del otro. El ardiente sol de Marsella, que penetraba al través de la puerta los inundaba con sus dorados reflejos. Nada vieron de lo que les rodeaba: una inmensa felicidad los separaba del mundo, y solo se hablaban algunas palabras interrumpidas, que eran los intérpretes de la viva alegría que gozaban en aquel momento.

De repente Edmundo apercibió la figura sombría de Fernando, que se dibujaba en la sombra pálida y amenazadora; por un movimiento tal vez maquinal, el jóven catalan tenia la mano apoyada sobre el cuchillo que llevaba á su cinturón.

—¡Ah! dijo Dantés frunciendo las cejas á su vez; no habia notado que éramos tres, volviéndose en seguida á Mercedes: ¿quién es este hombre? preguntó.

—Un hombre que será de aquí en adelante tu mejor amigo, Dantés, porque es mi amigo, mi primo, mi hermano, Fernando, es decir el hombre á quien despues de ti, amo mas en el mundo.

Edmundo, sin abandonar á Mercedes, cuyas manos estrechaba en una de las suyas, presentó con un movimiento lleno de cordialidad la otra al catalan. Pero lejos de responder Fernando á este ademán tan amistoso, permaneció mudo é inmóvil cual si fuese una estátua.

Entonces Edmundo dirigió una investigadora mirada á Mercedes conmovida y temblorosa, y á Fernando sombrío y amenazador. Esta única mirada se lo reveló todo y la cólera se apoderó de su corazón.

—Al apresurarme tanto á venir á vuestra casa, no creía encontrar en ella un enemigo.

—¡Un enemigo! exclamó Mercedes con una mirada de ódio dirigida á su primo; ¿un enemigo en mi casa, dices, Edmundo? Si fuera cierto, yo te cogería del brazo y me iría de Marsella, abandonando la casa para no volver á poner mas los pies en ella.

Los ojos de Fernando brillaron en este momento.

—Y si te sucediese alguna desgracia, Edmundo mio, continuó con aquella calma tan implacable que le hacia conocer á Fernando que la jóven habia leído, penetrado lo mas profundo de su siniestro pensamiento; si te sucediese alguna desgracia, me subiria al cabo del Morgion, y me arrojaria de cabeza sobre las rocas.

Fernando se puso espantosamente pálido.

—Pero te has engañado, Edmundo, prosiguió; aqui no hay enemigo ninguno; solo está mi Fernando, mi hermano, que va á estrecharte la mano como á su mas íntimo amigo.

Y la jóven fijó al decir estas palabras su imperiosa mirada sobre el catalan, quien, como si hubiese sido fascinado por esta mirada, se acercó lentamente á Edmundo, y le presentó la mano.

Su ódio acababa de desaparecer ante el ascendiente que aquella muger ejercia sobre él. Pero apenas hubo tocado la mano de Edmundo, sintió que ya habia hecho todo lo que podia hacer, y se lanzó fuera de la casa.

—Oh! exclamó corriendo como un insensato, y mesándose fuertemente los cabellos, oh! ¿quién me libertará de este hombre? Desgraciado! desgraciado de mí!

—¡Eh! catalan, eh! Fernando! ¿á dónde corres? dijo una voz. El jóven se paró de repente, miró á su alrededor, y apercibió á Caderousse sentado con Danglars bajo un espeso emparrado.

—¡Eh! dijo Caderousse, ¿por qué no vienes aqui? ¿tanta prisa tienes que no te queda tiempo de dar los buenos dias á los amigos, sobre todo cuando tienen delante una botella casi llena? añadió Danglars. Fernando miró á los dos hombres con admiracion y no respondió nada.

—¿En qué estará pensando? dijo Danglars, tocando á Caderousse con la rodilla; si nos habremos engañado y contra todo lo que habíamos previsto, Dantés habrá triunfado?

—Diantre! es preciso averiguar esto, dijo Caderousse; y volviéndose hácia el jóven: bien! catalan, ¿te decides? Fernando se limpió el sudor que corria por su frente y entró lentamente bajo el emparrado, cuya sombra pareció volver un poco de tranquilidad á sus sentidos, y la frescura un poco de vigor á sus rendidos miembros.

—Buenos dias, dijo: me habeis llamado, no es asi? Y cayó al decir esto sobre uno de los bancos que rodeaban la mesa.

—Te he llamado porque corrias como un loco y porque temia que te arrojases al mar, dijo Caderousse riendo, qué demonio! cuando tiene uno amigos, no solamente se les debe ofrecer un vaso de vino, sino impedirles que beban tres ó cuatro pipas de agua.

Fernando lanzó un suspiro, que mas bien parecia un sollozo, y dejó caer su cabeza sobre sus dos brazos colocados sobre la mesa. Y bien! quieres que te lo diga, Fernando, replicó Cadeurousse, entablado la conversacion con esa brutalidad tan grosera propia de la gente del pueblo, á las cuales la curiosidad les hace olvidar toda clase de diplomacia; pues tienes toda la facha de un amante desechado. Y acompañó esta broma de una estrepitosa carcajada.

—Bah! respondió Danglars, un muchacho como este no ha nacido para ser desgraciado en amores; te burlas, Caderousse.

—No, replicó este, atiende mas bien á los suspiros que dá. Vamos, vamos, Fernando, dijo Caderousse, levanta la cabeza y respóndenos. Está muy mal visto que no respondas á las preguntas que se te hacen acerca de tu salud.

—Estoy bueno, dijo Fernando, apretando los puños, aunque sin levantar la cabeza.

—Ah! ya lo ves, Danglars, dijo Caderousse haciendo cierto guiño de ojos á su amigo; he aquí lo que sucede; Fernando, que es un catalan valiente, como en general todos los catalanes, es uno de los mejores pescadores de Marsella, y está enamorado de una bonita muchacha que se llama Mercedes; pero desgraciadamente, segun parece, la muchacha ama por su parte al segundo del *Faraon*, y como el Faraon ha entrado hoy mismo en el puerto, eh! ya me entiendes?..

—Maldito si te entiendo, dijo Danglars.

—El pobre Fernando habrá recibido su despedida.

—¡Y bien! ¿qué mas? dijo Fernando levantando la cabeza y mirando á Caderousse de la misma manera que un hombre que busca una persona en quien desfogar su cólera. Mercedes no depende de nadie, ¿no es asi? ¿no es libre para amar á quien quiera?

—Ah! si lo tomas por ese lado, dijo Caderousse, eso es ya otra cosa! yo, te tomaba por un catalan; me habian dicho que los catalanes no eran hombres que se dejaban vencer por un rival, y ademas me habian asegurado que Fernando sobre todo era terrible para vengarse.

Fernando se sonrió: un enamorado no es nunca terrible, dijo.

—¡Pobre muchacho! replicó Danglars fingiendo compadecer al jóven ¿qué quieres? no esperaba volver á ver á Dantés tan pronto; quizás le creeria ya muerto, infiel, ¡quién sabe! Esas cosas son tanto mas sensibles cuanto que nos están sucediendo á cada paso.

—A fé mia que no dices mas que la verdad, dijo Caderousse, que bebia á medida que hablaba, y en el cual el espumoso vino de Lamalque comenzaba á surtir su efecto; Fernando no es el único á quien hace mal tercio la llegada de Dantés, no es asi Danglars?

—Si, y casi puedo decir que eso le ha de causar alguna desgracia.

—Pero no importa, añadió Caderousse llenando un vaso de vino á Fernando, y haciendo lo mismo por la duodécima vez con el suyo; no importa, mientras tanto se casa con Mercedes, con la bella Mercedes; siempre acabará por eso.

Durante todo este tiempo Danglars observaba con una mirada escudriñadora al jóven, sobre el corazón del cual las palabras de Caderousse caían como si fuesen plomo derretido.

—Y cuándo es la boda? preguntó.

—Oh! aun no se ha efectuado! murmuró Fernando:

—No, pero se verificará, dijo Caderousse, tan cierto como que Dantés será capitán del *Faraon*, no es así, Danglars?

Danglars se estremeció al oír esta salida tan inesperada, y se volvió hácia Caderousse, cuya fisonomía estudió á su vez para ver si el golpe estaba premeditado; pero solo leyó la envidia en aquel rostro casi trastornado por la embriaguez.

—Y bien, dijo llenando los vasos, bebamos á la salud del capitán Edmundo Dantés, marido de la bella catalana!

Caderousse llevó el vaso á sus labios con mano trémula, y se lo bebió de un sorbo. Fernando tomó el suyo y lo arrojó con furia contra el suelo.

—Calle! exclamó Caderousse, ¿que es lo que veo allá abajo en dirección á los Catalanes? Mira, Fernando, tú tienes mejores ojos que yo: me parece que empiezo á ver demasiado, y bien lo sabes, el vino engaña mucho..... Cualquiera diría que son dos amantes que van caminando agarrados de la mano..... Dios me perdone! no creen que los estamos viendo, y mira como se abrazan!

Danglars no dejaba de observar á Fernando, cuyo rostro estaba horriblemente alterado. ¿Los conoceis, señor Fernando? dijo.

—Si, respondió éste con voz sorda; son Edmundo y Mercedes!

—Digo! exclamó Caderousse, y yo que no los conocía! Ohé! Dantés! ohé! muchacha! Venid por aquí, y decidnos cuándo se hace la boda; porque Fernando es tan testarudo que no nos lo quiere decir.

—Quiere callarte! dijo Danglars, fingiendo detener á Caderousse, quien, con la tenacidad de todos los que han bebido ya demasiado, se disponía á irlos á interrumpir. Haz por tenerte en pié, y deja amarse tranquilamente á los enamorados. Mira, mira á Fernando, y toma su ejemplo.

Tal vez este, incitado por Danglars, iba al fin á arrojarse sobre su rival, cuando Mercedes, risueña y alegre levantó su preciosa cabeza é hizo brillar su reluciente mirada. Entonces Fernando se acordó de la amenaza que habia hecho de morir si Edmundo moría, y volvió á caer desesperado sobre su asiento.

Danglars miró sucesivamente á los dos hombres, el uno embrutecido por la embriaguez y el otro dominado por el amor.

—Oh! ningún partido sacaré de estos dos hombres, murmuró, y casi tengo miedo de estar aquí entre, esta gente. Hé aquí un canalla que se embriaga de vino, cuando solo debía embriagarse de ódio: hé aquí un gran imbécil cuya novia le acaba de ser arrebatada á sus ojos, y que se contenta solamente con llorar y quejarse como un chiquillo;

y sin embargo tiene la vista torba como los españoles, los sicilianos y los calabreses, que saben vengarse muy bien: con puños capaces de estrujar una cabeza de buey con tanta seguridad como la cuchilla del carnicero! Decididamente el destino le favorece; se casará con la jóven, será capitan y se burlará de nosotros, como no..... (una sonrisa livida apareció en los labios de Danglars) como no medie yo en el asunto, añadió.

—¡Hola! seguía exclamando Caderousse medio levantado sobre su asiento; ¡hola! Edmundo, ¿no ves á los amigos, ó acaso te has vuelto tan orgulloso que no quieres hablarles?

—No, mi querido Caderousse, respondió Dantés; no soy orgulloso, soy feliz, y la felicidad ciega algunas veces mas que el orgullo.

—Enhorabuena, ya eso es decir algo, dijo Caderousse. ¡Eh! felices señora Dantés!

Mercedes saludó gravemente; aun no es ese mi nombre, dijo, y en mi país es de mal agüero algunas veces el llamar á las muchachas con el nombre de su prometido antes de que este sea su esposo. Llamadme Mercedes, os lo suplico.

—Es necesario perdonar á este buen vecino, Caderousse, dijo Dantés; se equivoca fácilmente!.....

—¿Con que es decir que la boda se verificará inmediatamente, señor Dantés? dijo Danglars saludando á los dos jóvenes.

—Lo mas pronto que se pueda, señor Danglars: nos toman hoy los dichos en casa de mi padre, y mañana ó pasado mañana á mas tardar, será lacomida de bodas aqui, en la Reserve; los amigos asistirán á ella, así lo espero; esto es decir que estais convidados desde ahora, señores Danglars y Caderousse.

—¿Y Fernando, dijo Caderousse sonriendo con malicia; Fernando lo está tambien?

—El hermano de mi muger es mi hermano, dijo Edmundo y con muchísimo disgusto veriamos que no nos acompañase en semejante momento. (Fernando abrió la boca para responder; pero la voz espiró en sus lábios, y no pudo articular una sola palabra).

—¡Hoy los dichos, mañana ó pasado mañana la boda!.... Diablo! mucha prisa os dais, capitan.

—Danglars, replicó Edmundo sonriendo, yo os diré lo que Mercedes decia hace poco á Caderousse: No me deis el título que aun no he adquirido, que pudiera ser del mal agüero para mí.

—Dispensadme, respondió Danglars. Solamente decia que os dabais bastante prisa. ¡Qué diablo! Tiempo de sobra hay, el *Faraon* no se volverá á dar á la vela hasta dentro de tres meses.

—Siempre se apresura uno á ser feliz, señor Danglars; porque cuando se ha sufrido mucho tiempo, apenas se puede creer en la dicha. Pero no es solo el egoismo el que me hace obrar de esta manera; es necesario que yo vaya á Paris.

—¡Ah! ¿á Paris? ¿y es la primera vez que vais; Dantés?

—Si.

—¿Tendreis que hacer allí, eh?

—No es asunto mio, es una comision de nuestro pobre capitan

Leclerc; ya comprendeis que esto es sagrado. Por otra parte, estad tranquilo, no echaré mas tiempo que el de ida y vuelta.

—Si, si, ya comprendo, dijo Danglars. Y despues replicó en voz sumamente baja: á Paris para entregar sin duda alguna carta que el capitan le ha dado. ¡Ah! diantre! esa carta me acaba de sugerir una idea, una excelente idea por vida mia. ¡Ah! Dantés! amiguito, aun no constas en el registro del *Faraon* bajo el número 1.º, volviéndose en seguida hácia Edmundo que se alejaba: ¡buen viage! le gritó.

—Gracias, respondió Edmundo volviendo la cabeza, y acompañando este movimiento de cierto ademan amistoso.

Y los dos amantes continuaron su camino alegres y tranquilos como dos ángeles que se elevan al cielo.

CAPITULO IV.

El complot.

Danglars siguió con la vista á Edmundo y á Mercedes hasta que desaparecieron por uno de los ángulos del puerto de san Nicolás; volviéndose en seguida, apercibió á Fernando que se había arrojado de nuevo sobre su silla, pálido y desesperado, mientras que Caderousse entonaba una cancion.

—¡Ah! señor mio, dijo Danglars á Fernando, hé ahí un casamiento que no parece hacer feliz á todo el mundo!

—Me tiene desesperado, dijo Fernando.

—¿Tanto amábais á Mercedes?

—Desde que nos conocemos la he amado apasionadamente.

—¿Y estais ahí arrancándoos los cabellos en lugar de poner remedio á todo esto? ¡qué diablo! yo no creia que obrase de esa manera la gente de vuestro pais.

—¿Y qué quereis que haga? preguntó Fernando.

—¿Qué sé yo? acaso tengo algo que ver con?... Me parece que yo no soy el que está enamorado de la Mercedes, vos si, os hallais en otro caso. Buscad, dice el Evangelio, y encontrareis.

—Yo ya habia encontrado.

—¿El qué?

—Quería asesinar *al hombre*, pero la muger me ha dicho que si le sucedia tal desgracia á su prometido, se mataría despues.

—¡Bah! bah! esas cosas se dicen, pero no se hacen.

—Vos no conoceis á Mercedes, amigo mio, en el momento de hacer tal amenaza la llevaria á cabo seguramente.

—¡Imbécil! dijo para sí Danglars, ¿qué me importa que ella muera no muera con tal que Dantés no sea capitan?

—Y antes de que muera Mercedes, replicó Fernando con un acento de invariable resolucion, yo moriria primero.

—¡Eso si que es saber amar! dijo Caderousse con una voz cada vez mas vinosa, eso si que es amor, ó yo no entiendo palabra.

—Veamos, dijo Danglars, me pareceis un valeroso muchacho, y de buena gana, ¡el diablo me lleve! os sacaria de penas; pero...

— Si, si, dijo Caderousse, veamos.

— Mira, replicó Danglars, ya te hallas casi casi borracho, con que acábate de beber la botella y lo estarás completamente. Bebe, y no te metas en lo que nosotros hacemos. Porque para alternar con nosotros en esta conversacion es necesario estar en su sano juicio.

— Yo borracho, exclamó Caderousse, yo! pues aun me atrevo á beber cuatro de tus botellas, que por cierto son tan grandes como frascos de agua de colonia... y... tío Pánfilo, mas vino! y para dar la prueba de lo que decia, Caderousse dió fuertes porrazos contra la mesa con su vaso y con la palma de la mano.

— Qué deciais? replicó Fernando, esperando con ansiedad la continuacion de la frase interrumpida.

— Qué decia? ya no me acuerdo. Ese borrachon me ha hecho perder el hilo de mis pensamientos.

— Borrachon! bueno! Tanto peor para los que no les gusta el vino, porque tienen algun mal pensamiento y temen que el vino se lo saque del corazon.

Y Caderousse se puso á cantar los últimos versos de una cancion muy en boga en aquella época.

Que los bebedores de agua
son todos hombres muy malos,
ya lo ha probado el diluvio
desde los tiempos de antaño.

— Con que deciais, replicó Fernando, que quisiérais sacarme de penas; pero añadiais...

— Si; añadia, que para sacaros de penas, solo basta que Dantés no se case con la que vos amais, y el casamiento me parece que se puede impedir sin que Dantés muera.

— Oh! solo la muerte puede separarlos, dijo Fernando.

— Estais ahí raciocinando como un pobre hombre, amigo mio, dijo Caderousse, y aquí teneis á Danglars que es un trucha de primera, y que os probará en un santi amen que no sabeis una palabra. Pruébalo, Danglars, yo he respondido de tí, dile que no hay ninguna necesidad de que Dantés muera; por otra parte muy triste seria el que muriese Dantés, porque es un buen muchacho; yo quiero mucho, mucho, á Dantés: á tu salud, Dantés! á tu salud!

Fernando se levantó con impaciencia.

— Dejadle hablar, dijo Danglars deteniendo al jóven, y por otra parte, ¿quién le hace caso en tal estado? la ausencia separa á las personas casi mejor que la muerte; ahora suponed que entre Edmundo y Mercedes se hallan dentro de poco las murallas de una cárcel; ya veis que se verán tan separados como si los dividiese la losa de una tumba.

— Si; pero sale de la cárcel, dijo Caderousse, que con los restos de su juicio se ingeria en la conversacion, y cuando uno ha salido de la cárcel y se llaman Edmundo Dantés, se venga.

— ¡Qué importa! murmuró Fernando.

—Ademas replicó Caderousse, ¿por qué habian de prender á Dantés? él no ha robado, ni matado á nadie.....y.....

—Cállate, dijo Danglars.

—No me da la gana, contestó Caderousse, quiero que me digan porque habian de prender á Dantés, yo quiero mucho á Dantés; á tu salud, Dantés! y apuró otro vaso de vino.

Danglars siguió en los estraviados ojos del sastre el progreso de la borrachera, y volviéndose hácia Fernando le dijo:

—Y bien! ¿comprendéis que no habia necesidad de matarle?

—Ciertamente que no, si hubiese un medio de hacer prender á Dantés. ¿Pero sabéis qué medio?.....

—Buscando bien, dijo Danglars, ya se encontraria. Pero continuó, ¿en qué diablos voy á meterme? ¿acaso tengo algo que ver?.....

—Yo no sé si esto os interesa, dijo Fernando agarrándole por el brazo; pero lo que sé es que teneis algun motivo de ódio particular contra Dantés porque el que ódia no se engaña en los sentimientos de los demas.

—¡Yo! motivos de ódio contra Dantés! ninguno, bajo palabra de honor! He visto que érais desgraciado, y vuestra desgracia me ha interesado; ahí teneis todo. Pero desde el momento en que creéis que obro por mi interés, adios, mi querido amigo, salid como podais de ese asunto.

Y Danglars hizo como que iba á marcharse.

—No, dijo Fernando deteniéndole, quedáos. Poco me importa que odiéis ó que no odiéis á Dantés; pero yo sí le odio; yo, lo confieso francamente. Decidme un medio, y le ejecuto al instante, con tal que no haya que matar al hombre, porque Mercedes ha dicho que se mataria si matasen á Dantés.

Caderousse, que habia dejado caer la cabeza sobre la mesa levantó la frente, y mirando á Fernando y á Danglars con los ojos hinchados y á medio abrir:

—Matar á Dantés!.....dijo. Quién habla de matar á Dantés? Yo no quiero, que se le mate!..... es mi amigo.... esta mañana me ofreció partir su dinero conmigo.... así como yo partí en otro tiempo el mio con él.... No quiero que maten á Dantés!... no...

—Y ¿quién habla de matarle, imbécil? replicó Danglars. Solo se trata de una simplebroma. Bebe á su salud, añadió llenando el vaso de Caderousse, y déjanos en paz.

—Si, si, á la salud de Dantés, dijo Caderousse apurando su vaso; á su salud..... á su salud..... á su.....

—Pero el medio?..... el medio? dijo Fernando, no le habeis hallado aun... vos?

—No, vos os habeis encargado de eso.

—Es verdad, replicó Danglars, los franceses tienen sobre los españoles, la superioridad de que los españoles lo piensan detenidamente y los franceses improvisan.

—Improvisad, pues, dijo Fernando con impaciencia.

—Muchacho, dijo Danglars, una pluma, tinta y papel.

—Una pluma, tinta y papel, murmuró Fernando.

—Si, soy agente responsable, la pluma, la tinta y el papel son mis instrumentos, y sin instrumentos, nada sé hacer.

—Una pluma, tinta y papel, exclamó Fernando á su vez.

—Aquí está todo, dijo un muchacho poniendo los objetos pedidos sobre la mesa.

—¡Cuando se reflexiona, dijo Caderousse dejando caer su mano sobre el papel, que hay medios para asesinar á un hombre mas seguros que esperarle en un bosque y darle de puñaladas! siempre he tenido mas miedo á una pluma, á una botella de tinta y á una hoja de papel, que á una espada ó á una pistola.

—Aun no está tan borracho como le creíamos, dijo Danglars. Echadle mas vino, Fernando.

Fernando llenó el vaso de Caderousse, y éste levantó la mano de encima del papel y la llevó á su vaso. El catalan le observó hasta que Caderousse casi vencido por este nuevo ataque, colocó ó mas bien dejó caer su vaso sobre la mesa.

—Pues señor..... replicó el catalan al ver que la poca de razon que conservaba Caderousse empezaba á desaparecer con aquel último vaso de vino.

—Pues señor estaba diciendo, replicó Danglars, que si despues de un viage como el que acaba de hacer Dantés, durante el cual ha tocado en Nápoles y en la isla de Elba, le denunciase alguno al procurador del rey como agente bonapartista.....

—Yo le denunciaré, dijo vivamente el jóven.

—Si, pero entonces harán firmar vuestra declaracion, os carearán con el que habeis denunciado. Yo por mi parte os doy con que sostener vuestra acusacion, bien lo sé; pero Dantés no puede permanecer preso eternamente; y un dia ú otro saldrá, y el dia en que salga, desgraciado del que le hizo entrar!

—¡Oh! solo pido una cosa, dijo Fernando, y es que me venga á buscar.

—Si, y Mercedes, Mercedes entonces os aborrecerá si teneis la desgracia de hacer algun daño á su adorado Edmundo.

—Decís bien, contestó Fernando.

—Nada, replicó Danglars, si lo decidimos, lo mejor es coger esta pluma y escribir una denuncia con la mano izquierda para que no sea conocida la letra.

—Y Danglars escribió diciendo esto, con la mano izquierda y con una letra que ninguna analogía tenia con su letra acostumbrada, los siguientes renglones, que Fernando leyó á media voz.

«Se previene al señor procurador del rey por un amigo del trono y de la religion, de que el llamado Edmundo Dantés, segundo del *Faraon*, que arribó esta mañana procedente de Smirna, despues de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha sido encargado por Murat de llevar una carta al usurpador, y por el usurpador, de una carta para la junta bonapartista de Paris.

«Fácilmente se tendrá la prueba de su crimen prendiéndole, por que esa carta se hallará en su persona, en casa de su padre, ó en su camarote, á bordo del *Faraon*».

—Enhorabuena, replicó Danglars; de este modo vuestra venganza tendría sentido comun, porque de otra manera no podría recaer sobre vos, y la cosa marcharía por sí sola: ya no queda mas que cerrar la carta, escribir el sobre, y Danglars lo hizo al pie de la letra: *Al Señor Procurador del Rey: y todo quedará concluido.*

—Si, todo quedará concluido, exclamó Caderousse, quien por un último esfuerzo de inteligencia, había escuchado la lectura, y comprendido por instinto todas las desgracias que podría causar semejante denuncia; si, todo quedaria concluido; pero seria una infamia. Y alargó el brazo para coger la carta.

—Por supuesto, dijo Danglars apartándole la mano; todo esto que estoy diciendo no es mas que una broma; y yo seria el primero que sentiría mucho que le sucediese algo á Dantés, á ese Dantés tan bueno! Vaya, toma.....

Y cogió la carta, la arrugó entre sus dedos, y la tiró á un rincon.

—Bien hecho, dijo Caderousse; Dantés es mi amigo, y yo no quiero que le hagan ningun daño.

—¡Eh! ¿quién diablos piensa en hacerle daño alguno? á lo menos no seremos ni Fernando ni yo, dijo Danglars levantándose y mirando al jóven, cuyos ojos estaban clavados en el papel denunciador tirado en un rincon.

—En ese caso, replicó Caderousse, que nos den mas vino, quiero beber á la salud de Edmundo y de la bella Mercedes.

—Bastante has bebido; ¡borracho! dijo Danglars; y si continúas así, te verás obligado á dormir aqui, porque probablemente no podrás sostenerte.

—¡Yo! dijo Caderousse levantándose con la fatuidad del hombre borracho, que no puedo sostenerme! Apuesto cualquier cosa á que me atrevo á subir al campanario de las Accoules derechito sin dar el menor traspie.

—Bien, dijo Danglars; hago la apuesta, pero lo dejaremos para mañana. Ahora ya es tiempo de que nos vayamos, dame el brazo.

—Vamos allá, dijo Caderousse; mas para eso no tengo necesidad de tu brazo. ¿Vienes, Fernando? ¿te vuelves á Marsella con nosotros?

—No, dijo Fernando, me vuelvo á los Catalanes.

—Mal hecho; anda, ven con nosotros á Marsella.

—Nada tengo que hacer en Marsella, y no quiero ir.

—Bueno, bueno, ¿no quieres, eh? Pues haz lo que te parezca, libertad para todo el mundo; ven, Danglars, y dejemos que este vuelva á los Catalanes, puesto que así lo quiere.

Danglars aprovechó este momento de buena voluntad de Caderousse para llevarle hácia Marsella: solo que para proporcionar un camino mas corto y mejor á Fernando, en lugar de irse por el muelle de la Rive-Neuve, se fué por la puerta de Saint-Victor; Caderousse le seguía tambaleándose y cogido de su brazo. Apenas hubieron andado unos veinte pasos, Danglars se volvió y vió precipitarse á Fernando sobre el papel que guardó en su bolsillo, lanzándose al punto fuera del empujado. El jóven se dirigió hácia el lado del *Pillon*.

—¡Toma! ¿qué es lo que hace? dijo Caderousse. Nos ha dicho que

iba hácia los Catalanes, y se dirige á la ciudad. Ola! Fernando, vas engañado, eh! muchacho!

—Tú eres el que no ves claro, dijo Danglars. ¿No ves que sigue derecho el camino de las Vieilles-Infirmeries?

—Es verdad, dijo Caderousse, pues yo hubiera jurado que iba por la derecha. Decididamente el vino es un traidor que le engaña á uno.

—Vamos, vamos, murmuró Danglars; yo creo que ya está la cosa bien preparada; y no hay sino dejarla marchar por sí sola.

CAPITULO V.

La comida de boda.

Al día siguiente á la escena que acabamos de referir, el tiempo estaba hermosísimo; el sol apareció puro y brillante, y sus primeros rayos de un rojo purpúreo herian las espumosas cumbres de las olas. La comida habia sido preparada en el primer piso de *La Reserve*, cuyo emparrado tenemos bastante conocido. Se componia este de un gran salón iluminado por cinco ó seis ventanas, encima de cada una de las cuales se hallaba escrito el nombre de una de las mejores ciudades de Francia; una balaustrada de madera las rodeaba exteriormente, lo mismo que á todo el edificio.

Aunque la comida no estuvo dispuesta hasta las doce, desde las once de la mañana llenaban la balaustrada multitud de curiosos impacientes. Eran estos los marineros privilegiados del *Faraon* y algunos soldados amigos de Dantés. Todos se habian puesto de gala para honrar á los novios. Cierta murmullo circulaba entre los convidados, murmullo ocasionado porque los armadores del *Faraon* debian honrar con su presencia la comida de boda de su segundo; era tan grande este honor que concedian á Dantés, que nadie se atrevia á creerlo, sin embargo Danglars, al llegar con Caderousse confirmó á su vez esta noticia, porque aquella mañana habia visto á Mr. Morrel, y Mr. Morrel le dijo que asistiria á la comida de la *Reserve*.

En efecto un instante despues Mr. Morrel entró en el cuarto y fué saludado por los marineros del *Faraon* con un unánime *Hourrah* de aplausos. La presencia del armador les confirmaba las voces que corrian de que Dantés sería nombrado capitán; y como Dantés era muy querido á bordo, de todos aquellos valientes, daban gracias al armador porque pocas veces la eleccion de un gefe estaba en armonia con los deseos de los subordinados. Apenas entró Morrel eligieron á Danglars y á Caderousse para que saliesen al encuentro de los novios, y les previniesen de la llegada del personaje, cuya entrada habia producido tan viva sensacion, y decirles que se apresurasen á venir pronto. Danglars y Caderousse partieron inmediatamente, pero apenas hubieron andado unos cien pasos, apercibieron la pequeña compañía que se acercaba.

Se componia esta de cuatro jóvenes amigas de Mercedes, catalanas como ella, y que acompañaban á la novia, á quien daba el brazo Edmundo; al lado de la futura caminaba el padre de Dantés, y detrás

de ellos venia Fernando con su maligna sonrisa. Ni Mercedes ni Edmundo podian ver esta sonrisa; los pobres muchachos eran tan felices que solo pensaban en sí mismos y solo miraban á aquel hermoso cielo que los bendecia.

Danglars y Caderousse cumplieron con su mision de embajadores; despues de haber dado un fuerte apretón de manos á Edmundo, Danglars se fué á colocar al lado de Fernando, y Caderousse al del padre de Dantés, objeto de la atencion general. El anciano vestia su casaca de tafetan, adornada de grandes botones de acero tallados. Sus delgadas, aunque vigorosas piernas, estaban cubiertas de unas medias de algodón, que olian á la legua á contrabando inglés. De su sombrero tricornio pendian una profusion de cintas blancas y azules; en fin, se apoyaba sobre un nudoso bastón de madera, encorvado por arriba como el *pedum* antiguo. Parecia uno de esos figurones que adornaban en 1796 los jardines del Luxemburgo y de las Tullerías.

Se habia colocado junto á él, como ya hemos dicho, Caderousse á quien la esperanza de una buena comida acabó de reconciliar con los Dantés; Caderousse á quien le habia quedado un vago recuerdo de lo que pasó el dia anterior, como cuando al despertarse uno por la mañana nos representa la imaginacion la sombra del sueño que hemos tenido durante la noche. Al acercarse Danglars á Fernando echó una mirada profunda al desdennado amante. Este caminaba detrás de los futuros esposos, completamente olvidado por Mercedes, quien en medio de ese egoismo juvenil y encantador, solo pensaba en su Edmundo: Fernando estaba pálido y sombrío; de vez en cuando dirigia una mirada á Marsella, y entonces un temblor convulsivo se apoderaba de sus miembros. Parecia como que esperaba, ó mas bien que preveia algun gran acontecimiento.

Dantés estaba vestido con bastante sencillez, como perteneciente á la marina mercante; llevaba un traje que participaba del uniforme militar y del traje civil; y con este traje era hermosa su buena cara embellecida por la alegria y la gentileza de la novia. Mercedes era tan hermosa como una de esas griegas de Chipre ó de Céos, de ojos de ébano y de lábios de coral. Andaba con ese paso libre y franco, propio de las andaluzas y de las arlesianas. Una jóven de la ciudad quizás hubiera procurado ocultar su alegria bajo un velo; pero Mercedes se sonreia y miraba á todos con tanta franqueza como si hubieran dicho sus palabras: «Si sois mis amigos, regocijáos conmigo, porque soy en verdad muy feliz.»

Apenas fueron divisados los novios desde la *Reserve*, Mr. Morrel se adelantó y les salió al encuentro, seguido de los marineros y de los soldados, con quien se habia quedado, y á los cuales renovó la promesa de que Dantés sucederia al capitán Leclerc. Al verle venir, Edmundo dejó el brazo de su novia y tomó el de Mr. Morrel. El armador y la jóven dieron el ejemplo subiendo los primeros la escalera de madera que conducia á la sala donde estaba servida la comida.

—Padre mio, dijo Mercedes deteniéndose cerca de la mesa, vos á mi derecha, os lo suplico; y á mi izquierda pondré al que me ha servido

de hermano, añadió con una dulzura que penetró hasta lo mas profundo del corazon de Fernando como la punta de un puñal. Los lábios de éste palidiecion, y bajo la arrebatada tinte de su rostro fácil fué ver retirarse poco á poco la sangre para reunirse en el corazon. Durante todo este tiempo Dantés habia ejecutado la misma operacion: á su derecha habia colocado á Mr. Morrel; á su izquierda á Danglars; en seguida hizo señas con la mano á todos para que se colocáran á su gusto. Ya corrian de mano en mano por la redondez de la mesa los salchichones de Arlés, las brillantes langostas, las sabrosas ostras del Norte, los esquisitos mariscos envueltos en su áspera concha como la castaña en su erizo, y las picantes anchoas; en fin, toda esa multitud de entremeses delicados que arrojan las olas sobre su arenosa playa, y que los pescadores designan con el nombre genérico de frutos de mar.

—¡Buen silencio á fé mia! dijo el anciano, saboreando un vaso de vino amarillo como el topacio, que acababa de traer á Mercedes el tio Pánfilo; ¿quién diria que hay aquí treinta personas que solo desean hablar?

—¡Bah! un marido no siempre está alegre, dijo Caderousse.

—El caso es, dijo Dantés, que yo soy en este momento demasiado feliz para poder estar alegre.

—Si vos lo entendeis de ese modo, vecino, teneis razon; la alegría causa á veces una sensacion estraña: oprime el corazon casi tanto como el dolor.

Danglars observó á Fernando, cuyo impresionable carácter absorbía y devolvía toda emocion.—Vamos, dijo, ¿temeis algo? me parece que todo marcha segun vuestros deseos.

—Eso justamente es lo que mas me espanta, dijo Dantés, me parece que el hombre no ha nacido para ser feliz con tanta facilidad. La dicha es como esos palacios de las islas encantadas, cuyas puertas guardan formidables dragones; preciso es combatir para conquistar, y yo, á la verdad, no sé porqué he merecido la dicha de ser marido de Mercedes.

—¡Marido! marido! dijo Caderousse riendo, todavia no, mi capitán. Mercedes se sonrojó.

Fernando estaba atormentado en su silla, se estremecia al menor ruido, y alguna vez que otra se limpiaba las gruesas gotas de sudor que corrian por su frente como las primeras gotas de una lluvia tempestuosa.

—A fé mia, dijo Dantés, vecino Caderousse, que no merece la pena de que me desmintais por tan poca cosa. Mercedes no es aun mi muger, teneis razon (y sacó su reloj), pero dentro de hora y media lo será.

Todos arrojaron un grito de sorpresa, escepto el padre de Dantés, cuya risa mostró una fila de dientes muy bien conservados. Mercedes se sonrió; tambien Fernando agarró convulsivamente el puño de su cuchillo.

—Dentro de una hora, dijo Danglars palidieciendo tambien: ¿pues cómo?

—Si, amigos míos, respondió Dantés; gracias á Mr. Morrel, el

hombre á quien despues de mi padre, debo mas en el mundo, todas las dificultades se han allanado; hemos obtenido dispensa de las amonestaciones, y á las dos y media el cura de Marsella nos espera en la Municipalidad. Ahora, pues, como acaba de dar la una y cuarto, creo no haberme engañado mucho al decir que dentro de una hora y treinta minutos, Mercedes se llamará Mma. Dantés.

Fernando cerró los ojos; una nube de fuego le abrasaba los párpados; apoyóse sobre la mesa, y á pesar de todos sus esfuerzos no pudo contener un sordo gemido, que se perdió en el ruido causado por las risas y por las felicitaciones de la asamblea.

—¿Eso sí que se llama tener actividad, dijo el padre de Dantés, eh? ayer llegó, hoy se casa; buen marido por cierto!

—Pero, ¿y las demas formalidades? preguntó tímidamente Danglars; el contrato, las...

—El contrato, interrumpió Dantés riendo, el contrato está ya hecho; Mercedes no tiene nada, yo tampoco; nos casamos bajo el régimen de la comunidad; ya conoceis que no se habrá tardado en escribir eso, y que no nos costará mucho.

Esta broma escitó una nueva esplosion de alegria y de *bravos*.

—¿Con qué es decir que esta es ya la comida de bodas? dijo Danglars.

—No, contestó Dantés, nada perdereis con eso, podeis estar tranquilos. Mañana parto para Paris: cuatro dias de ida, cuatro de vuelta, y uno para hacer con puntualidad la comision de que estoy encargado, y el 1.º de marzo estoy ya aqui; ea pues, la verdadera comida de bodas se guarda para el 2.º de marzo.

Esta perspectiva de un nuevo festin aumentó la alegria hasta tal punto, que el padre de Dantés, que al principio de la comida se quejaba del silencio, ahora hacia vanos esfuerzos para manifestar sus votos por la felicidad de los futuros esposos.

Dantés adivinó el pensamiento de su padre, y respondió por medio de una sonrisa llena de amor, Mercedes empezó á mirar la hora en el reloj que habia en la sala, haciendo despues cierta señal á Edmundo. Reinaba al rededor de la mesa esa alegria ruidosa y esa libertad individual que acompañan á las personas de clase inferior al fin de la comida. Los que no estaban contentos con sus sitios se habian levantado de la mesa y habian ido á buscar otros nuevos. Todo el mundo empezaba ya á hablar á la vez, y nadie se ocupaba de responder á lo que le preguntaba su interlocutor, sino de sus propios pensamientos. La palidez de Fernando se habia comunicado á las megillas de Danglars; aquel no vivia ya y parecia un condenado sumergido en el lago de fuego. Se habia levantado de los primeros y se paseaba por la sala, procurando separar su oido de la algazara, de las canciones y del choque de los vasos. Caderousse se acercó á el en el momento en que Danglars, que parecia huir, acababa de reunirse á él en un ángulo de la sala.

—En verdad, dijo Caderousse á quien las buenas maneras de Dantés, y sobre todo el vino del tio Pánfilo, habian hecho borrar todo su ódio contra este último; en verdad, Dantés es un guapo mu-

chacho, y cuando le veo sentado al lado de su novia, digo para mí, que hubiera sido lástima jugarle la mala pasada que intentábais ayer.

—Pero ya has visto, dijo Danglars, que la cosa no ha tenido consecuencia. Ese pobre Fernando estaba ayer tan trastornado que me causó lástima al principio; pero desde el momento en que tomó el partido de asistir á la boda de su rival, no hay mas que decir. Caderousse miró á Fernando, estaba lívido.

—El sacrificio es tanto mayor, continuó Danglars, cuanto que la muchacha es bonita como un sol. Diantre! miren si es dichoso mi futuro capitán. Quisiera llamarme Dantés no mas que por doce horas.

—Nos vamos? preguntó la dulce voz de Mercedes; ahora acaban de dar las dos y á las dos y cuarto nos esperan.

—Si, si, vámonos, dijo Dantés levantándose vivamente.

—Partamos, repitieron en coro todos los convidados.

En este mismo instante Danglars, que no perdía de vista á Fernando sentado junto á una de las ventanas, le vió observar á Dantés con vaga mirada, levantarse como por un movimiento convulsivo, y volver á caer sentado en el sitio donde se hallaba antes.

Casi en este mismo momento un ruido sordo resonó en la escalera, y el sonido de unos pasos pesados, un rumor de voces confusas y de armas, confundieron las exclamaciones de los convidados y atrajeron la atención general, que se manifestó por medio de un silencio inquieto. El ruido se oyó mas cerca, el aldabon de la puerta dió tres golpes, cada cual miraba á su alrededor con asombro.

En nombre de la ley! gritó una voz sonora á la que ninguna otra voz respondió.

La puerta se abrió al punto, y un comisario con su faja entró en la sala seguido de cuatro soldados armados conducidos por un cabo. La inquietud dió lugar al terror.

—¿Qué se os ofrece? preguntó el armador adelantándose hácia el comisario á quien conocía; sin duda venís equivocado.

—Si ha sido así, señor Morrel, respondió el comisario, creed que pronto será reparado ese error. Mientras tanto, y por muy sensible que me sea, debo cumplir con el mandato de que se me ha encargado.

—¿Quién de vosotros, señores, se llama Edmundo Dantés?

Todas las miradas se volvieron hácia el jóven, quien muy conmovido, pero conservando toda su dignidad, dió un paso hácia adelante y dijo:

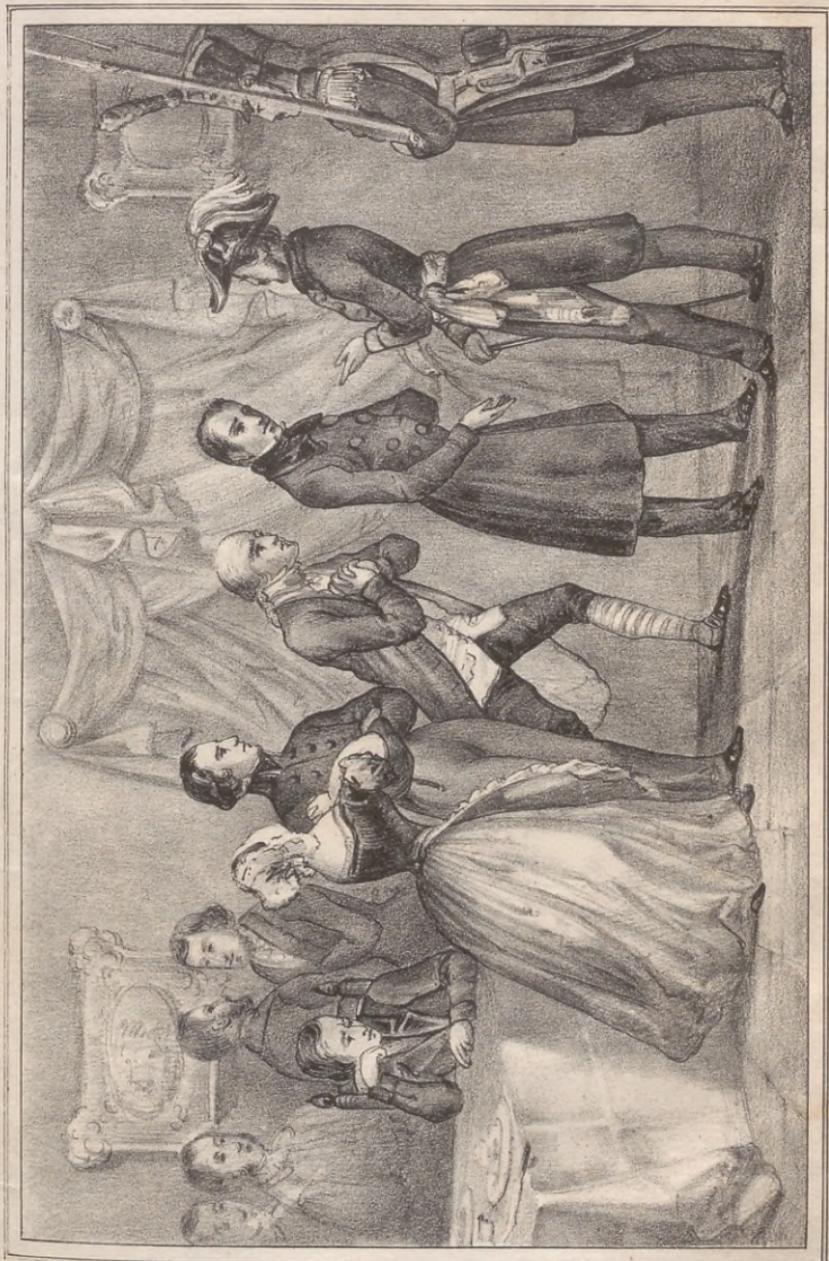
—Yo soy, caballero, qué me queréis?

—Edmundo Dantés, replicó el comisario, en nombre de la ley, dáos á prisión.

—Me prendéis! dijo Edmundo cuyo rostro se cubrió de una ligera palidez; pero por qué?

—Lo ignoro caballero; pero ya lo sabreis en el primer interrogatorio que os dirijan.

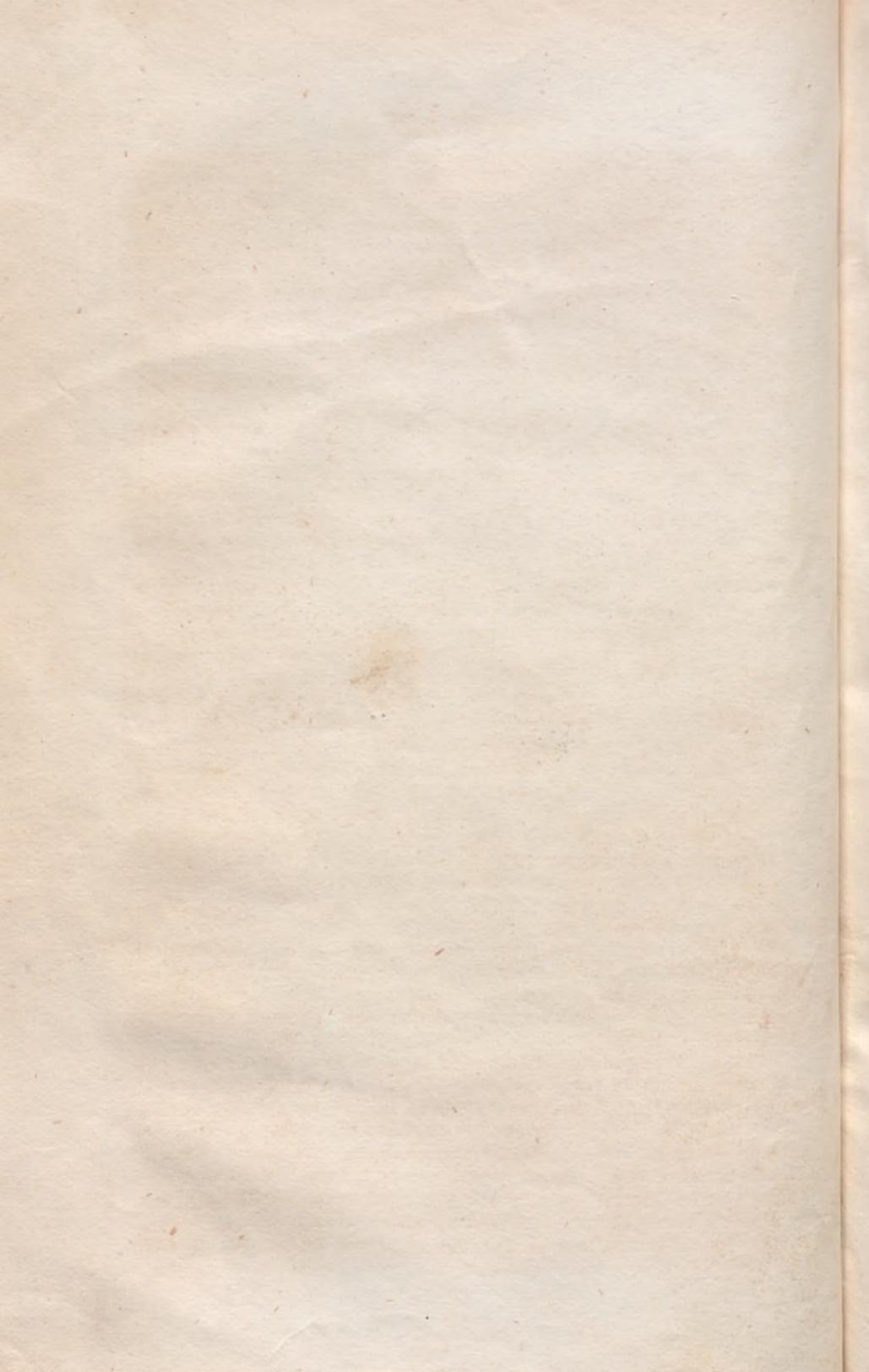
Mr. Morrel comprendió que nada se podia hacer contra la inflexi-



Lozano d. y lit.

Lit de J. Aragón.

¿Quien de vuestros Señores se llama Edmundo Dantes? ¿Yo soy, caballero, que me queráis?



bilidad de la situación; un comisario con su faja no es ya un hombre, es la estatua de la ley, fría, sorda, muda. El anciano, al contrario, se precipitó hácia el oficial; hay ciertas cosas que nunca podrá comprender el corazón de un padre ó el de una madre. Rogó, suplicó, pero ruegos y lágrimas no pudieron nada; sin embargo, su desesperación era tan grande, que el comisario al fin se conmovió.

—Caballero, dijo, tranquilizáos; quizás habrá olvidado vuestro hijo practicar algunos de los requisitos necesarios en la aduana, ó en la sanidad y segun toda probabilidad, cuando se hayan tomado los informes que se desean, lo pondrán en libertad.

—Calle! qué significa esto? preguntó Caderousse á Danglars frunciendo las cejas.

—Qué sé yo; respondió Danglars; como tú veo lo que está pasando, nada comprendo, y estoy confuso.

Caderousse buscó á Fernando, pero ya éste habia desaparecido.

La escena entera de la víspera se le representó á Caderousse con todos sus pormenores. Parecía que aquella catástrofe acababa de arrancar el velo que la embriaguez habia colocado entre él y su memoria.

—Oh! dijo con voz ronca, ¿acaso será este el resultado de la broma de que hablábais ayer, Danglars? En ese caso, desgraciado de aquel que la haya hecho, porque es muy triste broma por cierto!

—Sin embargo, exclamó Danglars; bien viste que rompí aquel papel.

—No le rompiste; lo arrugaste y lo tiraste á un rincón.

—Cállate, tú nada viste; estabas borracho.

—Dónde está Fernando? preguntó Caderousse.

—¡Qué sé yo! respondió Danglars; estará en sus negocios. Pero en lugar de ocuparnos de eso, vamos á socorrer á esos pobres afligidos.

En efecto, durante la conversacion, Dantés habia dado la mano sonriendo á sus amigos, abrazado á Mercedes, y se habia entregado ya diciendo: «Tranquilizáos; pronto se reparará el error, y probablemente casi no llegará á entrar en la cárcel.»

—Oh! seguramente, dijo Danglars que se acercaba en este momento, como ya hemos dicho, al grupo principal.

Dantés bajó la escalera precedido del comisario de policia rodeado de soldados. Un coche, cuya portezuela estaba abierta, esperaba á la puerta, y subió á él, seguido de dos soldados y del comisario. La portezuela se volvió á cerrar, y el carruage tomó el camino de Marsella.

—Adiós, Dantés, adiós, Edmundo, exclamó Mercedes arrojándose á la balaustrada. El preso escuchó este último grito lanzado por su novia con un acento desgarrador, asomó la cabeza por la ventanilla del coche y exclamó: hasta la vista Mercedes! y desapareció por uno de los ángulos del fuerte de Saint-Nicolás.

—Esperadme aquí, dijo el armador, voy á tomar el primer carruage que encuentre, corro á Marsella y os traeré noticias tuyas.

—Si, si, id, exclamaron todos á un tiempo; id, y volved pronto.

A esta nueva partida siguió un momento de estupor terrible

entre todos los que se habian quedado. El anciano y Mercedes permanecieron algun tiempo sumergidos en el mas profundo abatimiento. Pero al fin se encontraron sus ojos; se reconocieron como dos víctimas heridas del mismo golpe y se arrojaron en los brazos uno de otro. Durante todo este tiempo Fernando entró, se bebió un vaso de agua y fué á sentarse sobre una silla. La casualidad hizo que Mercedes viniese á caer en una silla próxima á aquella donde él se hallaba; Fernando por un movimiento instintivo retiró hácia atras la suya.

—El ha sido, dijo á Danglars Caderousse, que no habia perdido de vista al catalan.

—Creo que no, respondió Danglars, era demasiado tonto. En todo caso caiga el golpe sobre aquel que le ha preparado.

—Pero tú no hablas del que lo ha aconsejado, dijo Caderousse.

—¡Ah! dijo Danglars, si fuese uno responsable de todo lo que se dice sin pensar....

—Si, pero lo que se dice sin pensar causa á veces malas consecuencias!

Durante todo esto, los grupos comentaban el arresto de Dantés de mil maneras.

—Y vos, Danglars, dijo una voz, qué ¿pensais de este acontecimiento?

—Yo, respondió Danglars, que será porque habrá querido entrar algunos fardos de géneros prohibidos.

—Pero si asi fuera, ya lo deberiais saber, Danglars; ¿no sois vos el responsable?

—Si, es verdad; no lo soy sino de lo que se me declara. Lo que sé es que traemos algunas piezas de algodón, cuyo cargamento hemos tomado en Alejandria en casa de M. Pastret, y en Smirna en casa de M. Pascal; no me preguntéis mas.

—¡Oh! ahora me acuerdo, murmuró el pobre padre al oír esto: ayer me dijo que me traía una caja de café y otra de tabaco.

—Ya lo veis, dijo Danglars, eso será sin duda; durante nuestra ausencia los aduaneros habrán registrado el *Faraon*, y lo habrán descubierta.

Mercedes no creía nada de lo que oía, porque oprimida hasta este momento, dió rienda suelta al fin á su dolor.

—¡Vamos, vamos, esperanza! dijo el padre de Dantés, sin saber si quiera lo que decia.

—¡Espe ranza! repitió Danglars.

—¡Esperanza! murmuró Fernando; pero esta palabra le ahogaba, sus labios se agitaron y no pudieron articular ningun sonido.

—¡Señores! gritó uno de los convidados que se habia quedado asomado á una de las ventanas. Señores, un carruage... ¡Ah! es Mr. Morrel! ¡Animos! valor! sin duda traerá buenas noticias.

Mercedes y el anciano corrieron al encuentro del armador, con quien se reunieron á la puerta: Mr. Morrel estaba sumamente pálido.

—¿Qué hay? exclamaron todos á la vez,

—¡Ay! amigos míos, respondió el armador meneando la cabeza, la cosa es mas grave de lo que nosotros creiamos...

— ¡Oh! caballero, exclamó Mercedes; sin duda es inocente.

— Lo creo, respondió M. Morrel; pero le acusan...

— ¿De qué? preguntó el viejo Dantés.

— De agente bonapartista.

Aquellos de mis lectores que hayan vivido en la época de esta historia, se acordarán de lo terrible que era en aquel tiempo la acusación que acababa de formular M. Morrel. Mercedes arrojó un grito; el anciano se dejó caer sobre una silla. ¡Ah! murmuró Caderousse, me habeis engañado Danglars, y al fin habeis ejecutado la broma que ayer intentábais. Pero no quiero dejar morir de dolor á ese anciano y á esa jóven, y voy á contárselo todo.

— Cállate, ¡desgraciado! exclamó Danglars agarrando la mano de Caderousse, ó no respondo de tí: ¿quién te ha dicho que Dantés no es culpable? El buque tocó en la isla de Elba; él bajó á ella y permaneció todo un día en Porto-Ferraio. Si le han hallado alguna carta que le comprometa, los que le defiendan pasarán por cómplices suyos.

Caderousse con el rápido instinto del egoismo comprendió toda la solidez de este discurso; miró á Danglars con admiración, y retrocedió dos pasos.

— Esperemos, pues, murmuró.

— Si, esperemos, dijo Danglars; si es inocente, le pondrán en libertad; si es culpable, inútil es comprometerse por un conspirador.

— Vaya, partamos; no puedo quedarme aquí por mas tiempo.

— Si, ven, dijo Danglars, complacido al ver retirarse á su compañero; ven, y dejemos que salgan como puedan de ese asunto.

Así que hubieron partido, Fernando que habia vuelto á ser el apoyo de la jóven, cogió á Mercedes de la mano, y la condujo á los Catalanes. Los amigos de Dantés condujeron á su vez á la alameda de Meillan al anciano casi desmayado. Pronto se esparció por la ciudad el rumor de que Dantés acababa de ser preso por agente bonapartista.

— ¿Quién lo hubiera creído? mi querido Danglars, dijo Mr. Morrel reuniéndose á él y á Caderousse; porque el mismo se dirigia apresuradamente á la ciudad, para adquirir algunas noticias directas de Edmundo por el sustituto del procurador del rey, Mr. de Villefort, con quien tenia algunas relaciones: ¿lo hubiérais creído?

— ¡Diantre! exclamó Danglars, ya os habia yo dicho que Dantés habia hecho escala en la isla de Elba sin ningun motivo, y este arribo me ha parecido sospechoso.

— Pero, ¿habiais participado vuestras sospechas á algun otro mas que á mí?...

— Ya me hubiera yo guardado muy bien de ello, señor Morrel, dijo en voz baja Danglars; bien sabeis que á causa de vuestro tío, Mr. Policarpo Morrel, que ha servido en el otro partido, y que no oculta su pensamiento, sospechan que sentís la caída de Napoleón, y mucho me disgustaría el causar algun perjuicio á Edmundo y á vos. Hay ciertas cosas que un subordinado debe decir á su armador y ocultar severamente á los demas.

— ¡Bien! Danglars, bien! dijo el armador, sois un hombre honrado;

asi, pues, ya habia yo pensado en vos, caso que ese pobre hubiese llegado á ser capitán del *Faraon*.

—¿Pues cómo?

—Si, ya habia yo preguntado á Dantés lo que pensaba de vos y si tenia alguna repugnancia en que os quedárais en vuestro puesto, pues yo no sé porque me pareció notar que os tratábais con alguna frialdad.

—¿Y qué os respondió?

—Que creia en efecto le habias tenido, por una circunstancia que me ha llamado, algun rencorcillo, pero que todo el que poseia la confianza del armador, poseia la suya.

—¡Hipócrita! murmuró Danglars.

—Pobrecillo, dijo Caderousse; el caso es que era un excelente muchacho.

—Si, però entretanto, dijo Mr. Morrel, tenemos al *Faraon* sin capitán.

—Oh! dijo Danglars, es preciso esperar, puesto que no partimos hasta dentro de tres meses, que de aquí á entonces ya estará libre Dantés.

—Si, pero hasta que eso suceda....

—¡Y bien! hasta ese tiempo aquí me teneis, señor Morrel, dijo Danglars. Bien sabeis que conozco el manejo de un buque tan bien como el mejor capitán. Y en cuanto Edmundo salga de la prision, á nadie le tendreis que agradecer nada; él volverá á su puesto, yo al mio y punto concluido.

Gracias, Danglars, dijo el armador, eso en efecto lo compone todo. Tomad, pues, el mando, os autorizo á ello, y sobre todo vigilad el alijo; los asuntos no deben entorpecerse porque suceda una desgracia á alguno de la tripulacion.

—Tranquilizáos, caballero... pero se le podrá ver á lo menos á ese buen Edmundo?

—Pronto os lo diré, Danglars. Voy á hacer por hablar á Mr. de Villefort, y á interesarme con él en favor del preso. Bien sé que es un realista furioso; pero qué diablo, aunque es realista y procurador del rey, tambien es hombre y no le creo de muy mal corazón.

—No, dijo Danglars, però he oido decir que es ambicioso y entonces....

—En fin, dijo M. Morrel suspirando, allá veremos; id á bordo, que ya os sigo.

Y se separó de los dos amigos para tomar el camino del palacio de justicia.

—Ya ves, dijo Danglars á Caderousse, el giro que toma el negocio; ¿tienes aun ganas de ir á defender á Dantés ahora?

—No, á fé mia, pero sin embargo, terrible cosa es que tenga tales consecuencias una broma.

—¡Diantre! ¿quién ha tenido la culpa? no seremos ni tú ni yo á lo menos; si acaso mas bien habrá sido Fernando. Bien vistes que yo por mi parte tiré el papel á un rincón; aun me parece haberlo roto.

—No, no, dijo Caderousse; ¡oh! en cuanto á eso, estoy seguro,

le vi perfectamente tirado en un rincón, doblado y arrugado; lo que era menester es que aun estuviese allí.

—¿Qué quieres? Fernando lo habrá cogido, le habrá copiado ó le habrá hecho copiar: quizás no se habrá tomado esa molestia. Y ahora que pienso en ello, ¡Dios mio! quizás habrá entregado mi propia carta. Felizmente yo habia disfrazado mucho la letra.

—¿Pero sabias tú que Dantés conspiraba?

—¿Qué habia de saber? solo hice aquello por broma, como ya te he dicho. Pero me parece que, como un arlequin, he dicho la verdad riendo.

—Lo mismo dá, replicó Caderousse, pero sin embargo yo daria cualquier cosa porque no hubiera sucedido nada de lo que ha pasado, ó á lo menos por no haberme metido en nada; ya verás como todo esto nos va á causar alguna desgracia, Danglars.

—Si esa desgracia le ha de suceder á alguno, será al verdadero culpable, y el verdadero culpable es Fernando y no nosotros. ¿Qué desgracia quieres que nos acontezca? Solo debemos estar muy tranquilos, y ya pasará la tempestad antes que caiga el rayo.

—¡Amen! dijo Caderousse haciendo una señal de despedida á Danglars y dirigiéndose á la alameda de Meillan, meneando la cabeza y hablando consigo mismo, como acostumbran á hacerlo las personas que van muy preocupadas.

—¡Magnífico! dijo Danglars, las cosas van tomando el giro que yo habia previsto; héme aquí capitán por lo pronto, y si ese imbécil de Caderousse se calla, capitán para siempre.... solo falta una cosa, y es que si la justicia diera libertad á Dantés.... ¡Oh! pero añadió sonriendo con satisfaccion; la justicia es la justicia y en ella confio.

Y al acabar de decir esto saltó á una barca dando al barquero la orden de conducirle á bordo del *Faraon*, donde, como ya recordará el lector, le habia citado el armador.

CAPITULO VI.

El sustituto del procurador del rey.

En la calle de Grand-Cours, en frente de la fuente de las Medusas, en una de esas antiguas casas de arquitectura aristocrática, edificadas por Puget, celebraban tambien en el mismo día y á la misma hora una comida de bodas, con la diferencia de que en lugar de ser los actores de esta escena gentes del pueblo, marineros y soldados, pertenecian á la alta sociedad de Marsella.

Eran estos, antiguos magistrados que habian hecho dimision de su cargo en tiempo del usurpador; antiguos oficiales que habian desertado de sus filas para pasarse á las del ejército de Condé; jóvenes elevados por su familia, poco seguros aun á pesar de lo que habian sufrido ya por el odio hácia aquel á quien cinco años de destierro debian convertir en un mártir, y quince de restauracion, en un Dios!

Estaban sentados á la mesa, y la conversacion era animada por todas las pasiones de la época, pasiones tanto mas terribles y encarnizadas en el mediodia de la Francia, cuanto que despues de quinién-

tos años, los ódios religiosos se habian unido á los ódios políticos.

El emperador, rey de la isla de Elba, despues de haber sido soberano en una parte del mundo, reinando sobre una poblacion de cinco á seis mil almas, despues de haber oido gritar: *Viva Napoleon!* por ciento veinte millones de vasallos, y en diez lenguas diferentes, era tratado allí como un hombre perdido sin remedio para la Francia y para el trono; los magistrados rectificaban sus errores políticos; los militares hablaban de Moscou y de Leipsick; las mugeres de su divorcio con Josefina; á aquel mundo alegre y triunfante, no por la caida del hombre, sino por la derrota del principio, le parecia que la vida comenzaba de nuevo para él, y que despertaba de un sueño penoso.

Un anciano condecorado con la cruz de San Luis se levantó y propuso un brindis á la salud del rey Luis XVIII á los demas convidados; era el marqués de Saint-Merán, á este brindis, que recordaba á la vez al desterrado de Hartwell y al rey pacificador de la Francia, se aumentó la bulla, los vasos se chocaron unos contra otros, las mugeres se quitaron las flores de la cabeza y las esparcieron sobre el mantel; momento fué este en verdad de un entusiasmo casi poético.

—Ya convendrian en ello si estuviesen aquí, dijo la marquesa de Saint-Merán, muger de mirada dura, labios delgados, continente aristocrático y aun elegante á pesar de sus cincuenta años; ya convendrian en ello todos esos revolucionarios que nos han arrojado, y á quienes dejamos á nuestra vez conspirar tranquilamente en nuestros antiguos castillos que han comprado por un pedazo de pan en tiempo del terror; ya convendrian en que el verdadero desinterés estaba de nuestra parte, puesto que nosotros nos uniamos á la monarquía amenazada, mientras que ellos al contrario, saludaban al sol que nacia y labraban sus fortunas, mientras que nosotros perdiamos la nuestra; convendrian en que nuestro rey era verdaderamente Luis, el muy amado, mientras que su usurpador no ha sido nunca mas que Napoleon el maldito; ¿no es verdad, Villefort?

—¿Qué decís?... señora marquesa.... respondió el jóven á quien se dirigia esta pregunta.—Perdonadme; no atendia á la conversacion.

—Ah! dejad á esos niños á casarse y naturalmente tendrán que hablar de otra cosa que de política.

—Perdonadme, mamá, dijo una preciosa jóven de cabellos rubios y de ojos azules. Os devuelvo á Mr. de Villefort á quien entretuve por un momento. Señor de Villefort, mamá os está hablando.....

—Y estoy pronto á responder á la señora marquesa, si tiene á bien el renovar su pregunta que no oí antes.

—Estais perdonada, Renée, dijo la marquesa con una sonrisa de ternura que rara vez brillaba en su rostro áspero y seco; pero el corazon de la muger está formado de tal manera, que por árido que sea respecto á las exigencias de la etiqueta, siempre tiene un rincón fértil y risueño, el que Dios ha consagrado al amor maternal.

—Estais perdonada....! Ahora, Villefort, decia que los bonapartistas no tenian ni nuestra conviccion, ni nuestro entusiasmo, ni nuestro desinterés.

—¡Oh! señora, á lo menos tienen alguna cosa que reemplaza á eso; es el fanatismo. Napoleon es el Mahoma de Occidente; es para todos esos hombres vulgares, pero llenos de ambiciones elevadas, no solamente un legislador, sino un tipo, el tipo de la igualdad.

—¡De la igualdad! exclamó la marquesa. Napoleon tipo de la igualdad! Y entonces qué me decís de M. de Robespierre? Me parece que le quitais su lugar para colocar en él al Corso; sin embargo, creo que esa es ya suficiente usurpacion.

—No señora, dijo Villefort, dejo á cada cual en su pedestal: á Robespierre en la plaza de Luis XV sobre el cadalso, á Napoleon en la plaza de Vendome sobre su columna, con la diferencia de que el uno ha formado la igualdad que abate, el otro la igualdad que eleva; el uno á puesto á los reyes al nivel de la guillotina, el otro ha elevado al pueblo al nivel del trono. Mas eso no quita, añadió Villefort riendo, que los dos dejen de ser infames revolucionarios, y que el 9 termidor y el 4 de abril de 1814 no sean dos dias felices para la Francia, y dignos de ser igualmente festejados por los amigos del órden y de la monarquía: pero esto esplica tambien de que manera, aunque hundido para no levantarse jamás, Napoleon ha conservado sus Seides. Qué quereis, marquesa? Cromwell que no era ni la mitad de lo que ha sido Napoleon, ha tenido tambien los suyos.

—¿Sabeis, Villefort, que lo que estais diciendo es algo revolucionario? Pero os perdono; es imposible ser hijo de un girondino, y no conservar cierto apego al Terror.

Villefort se sonrojó vivamente y replicó:

—Mi padre era girondino, señora, es verdad; pero mi padre no votó la muerte del rey; estuvo proscrito por ese mismo *terror* que os proscribía, y poco le faltó para que no cayese su cabeza en el mismo cadalso en que cayó la de vuestro padre.

—Si, dijo la marquesa sin alterarse por este sangriento recuerdo: con la diferencia de que hubieran subido al cadalso por principios diametralmente opuestos; y la prueba es que toda mi familia ha permanecido siempre unida á los príncipes desterrados, mientras que vuestro padre ha tenido á bien unirse al nuevo gobierno, y despues de haber sido girondino el ciudadano Noirtier, el conde Noirtier se ha hecho senador.

—¡Mamá! mamá! dijo Renée, bien sabeis que se ha convenido no volver á hablar mas de tan tristes recuerdos.

—Señora, respondió Villefort, me adhiero á la señorita de Saint-Merán para pedirlos que olvidéis lo pasado. ¿A qué recriminar por cosas ante las cuales la voluntad de Dios es impotente? porque Dios solo puede cambiar el porvenir; mas no puede modificar lo pasado. Lo que nosotros los hombres podemos, es cubrirlo con un velo. Pues bien! yo me he separado no solamente de la opinion, sino del nombre de mi padre. Mi padre ha sido ó lo es aun bonapartista, y se llama Noirtier; yo soy realista, y me llamo Villefort. Dejad secar en el viejo tronco un resto de sávia revolucionaria, y no atendais, señora, sino al retoño que se separa de ese mismo tronco sin poder, y estoy por decir, sin querer desprenderse del todo.

—¡Bravo, Villefort! dijo el marqués; bravo, bien respondido! Yo he estado siempre suplicando á la marquesa que olvide lo pasado sin poder conseguirlo: veremos si sois mas dichoso.

—Si, está bien, dijo la marquesa, olvidemos lo pasado, no deseo otra cosa, está convenido; pero que á lo menos Villefort sea inflexible en adelante. No olvideis que hemos respondido de vos á su magestad, que su magestad ha tenido á bien olvidarlo todo, de la misma manera que yo lo hago accediendo á vuestra súplica. Pero si cayese entre vuestras manos algun conspirador, cuidado con lo que haceis, porque habeis de tener entendido que se os vigila muy particularmente, puesto que sois de una familia que puede estar relacionada con los conspiradores.

—Ay! señora, dijo Villefort; mi profesion y sobre todo los tiempos en que vivimos, me mandan ser muy severo. Pues bien, lo seré. Ya he tenido yo que sostener algunas acusaciones políticas, y en esa ocasion he probado en ellas la energía de mis principios. Desgraciadamente aun no lo hemos hecho todo.

—¿Pues cómo? dijo la marquesa.

—Tengo mis recelos. Napoleon en la isla de Elba, no está muy lejos de la Francia; su presencia casi á vista de nuestras costas sostiene la esperanza de sus partidarios. Marsella está llena de oficiales sin colocacion, los cuales, buscan todos los dias mil disputas con los realistas; de ahí resultan duelos entre las personas de clase elevada, asesinatos entre el pueblo.

—A propósito, dijo el conde Servieux, antiguo amigo de Mr. de Saint-Merán y chambelan del señor conde de Artois; bien sabeis que la Santa alianza le arroja de donde está.

—Si, cuando salimos de Paris no se hablaba mas que de eso, dijo Mr. de Saint-Merán. ¿Y á dónde le envian?

—A Santa Elena.

—¿A Santa Elena? ¿qué es eso? preguntó la marquesa.

—Una isla situada á dos mil leguas de aquí, mas allá del ecuador, respondió el conde.

—¿En hora buena! como dice Villefort, gran locura era en verdad el haber dejado á semejante hombre entre la Córcega donde ha nacido, entre Nápoles, donde aun reina su cuñado, y en frente de esa Italia, donde queria formar un reino para su hijo.

—Desgraciadamente, dijo Villefort, tenemos los tratados de 1814, y nadie puede tocar á Napoleon sin faltar á esos tratados.

—Pues bien, se faltará á ellos, dijo Mr. de Servieux; ¿ha tenido él tantos reparos cuando se trató de hacer fusilar al desgraciado duque de Enghien?

—Si, dijo la marquesa, ya está convenido, la Santa alianza liberta á la Europa de Napoleon, y Villefort liberta á Marsella de sus partidarios. El rey reina ó no reina; si reina, su gobierno debe ser fuerte y sus agentes inflexibles; ese es el medio de prevenir el mal.

—Desgraciadamente, señora, dijo Villefort sonriendo, un sustituto del procurador del rey llega siempre cuando ya está hecho el mal.

—Entonces, á él le toca repararlo.

—Tambien yo pudiera deciros, señora, que á él no le toca repararlo pero sí vengarlo.

—¡Oh! señor de Villefort, dijo una preciosa jóven, hija del conde de Servieux y amiga de la señorita de Saint-Merán; procurad que se vea alguna causa de estas mientras que estemos en Marsella.

Nunca he asistido á esa clase de espectáculos y me han dicho que es cosa curiosa.

—¡Oh! si, es muy curioso en efecto, señorita, dijo el substituto, porque en lugar de ser una tragedia fingida la que allí se representa, es un drama verdadero; en lugar de dolores aparentes, son dolores efectivos. El hombre que se presenta allí, en lugar de volver cuando se corre el telon, á entrar tranquilamente en su casa, á cenar con su familia, á acostarse y conciliar pronto el sueño para volver á comenzar sus tareas al día siguiente, entra en una prision donde le espera tal vez el verdugo. Bien veis que para las personas nerviosas que desean emociones fuertes, no hay otro espectáculo mejor que ese. Tranquilizáos, señorita, si se presentase alguna circunstancia, ya os avisaré.

—¡Nos hace estremecer y se rie al mismo tiempo! dijo Renée pali-deciendo.

—¿Qué quereis?... replicó Villefort, este es un desafio.... por mi parte he pedido ya cinco ó seis veces la pena de muerte contra acusados por delitos politicos... pues bien! ¿quién sabe cuantos puñales se afilan á esta hora ó están ya dirigidos contra mí?

—¡Oh! Dios mio, dijo Renée cada vez mas espantada, ¿hablais con formalidad, señor de Villefort?

—No se puede hablar mas formalmente, replicó el jóven magistrado sonriéndose. Y con esos procesos que desea la señorita para satisfacer su curiosidad, y que yo tambien deseo para satisfacer mi ambicion, la situacion no hará mas que agravarse. ¿Creéis que todos esos soldados de Napoleon, acostumbrados á acometer ciegamente al enemigo, á quemar cartuchos ó cargar á la bayoneta, vacilen en matar á un hombre á quien creen su enemigo personal, cuando no vacilaron en matar á un ruso, á un austriaco, ó á un húngaro á quien nunca habian visto? Por otra parte, todo eso es necesario; porque á no ser así no cumpliríamos con nuestro deber. Yo mismo, cuando veo lucir la rabia en los ojos de un acusado, me siento animado, me exalto; entonces ya no es un proceso, es un combate; lucho contra él, y el combate acaba, como todos los combates, por una victoria ó una derrota. Esto es lo que se llama acusar; esos son los resultados de la elocuencia. Un acusado que se sonriera despues de mi réplica, me haria creer que habia hablado mal, que lo que yo habia dicho era pálido, sin vigor, insuficiente. Pensad en la sensacion de orgullo que experimenta un procurador del rey convencido de la culpabilidad del acusado, cuando vé inclinarse al culpable bajo el peso de las pruebas y bajo los rayos de su elocuencia! la cabeza que se inclina caerá sin remedio.

Renée arrojó un grito ligero.

—Eso si que se llama saber hablar, dijo uno de los convidados.

—Ese es el hombre que necesitamos en estos tiempos, dijo otro.

—Tambien replicó un tercero, estuvisteis soberbio en este último asunto que habeis tenido entre manos, querido Villefort, bien lo sabeis, aquel hombre que asesinó á su padre, pues bien! en rigor primero lo matásteis vos que el verdugo.

—¡Oh!... en cuanto á los parricidas no debe haber perdon, dijo Renée, poco me importa; para esos hombres no hay suplicio bastante grande; ¡pero para los desgraciados reos políticos!...

—¡Los reos políticos! exclamó la marquesa, mucho peor aun, Renée, porque el rey es el padre de la nacion, y querer echar abajo ó matar al rey, es querer matar el padre de treinta y dos millones de almas.

—¡Oh! es igual, señor de Villefort, dijo Renée, ¿me prometeis tener indulgencia con aquellos que yo os recomiendo?

—Tranquilizáos, dijo Villefort con una sonrisa encantadora; haremos junto mis requisitorias.

—Hija mia, dijo la marquesa; mezcláos en vuestras fruslerias y dejad á vuestro futuro esposo cumplir con sudeber. Hoy las armas han cedido su puesto á la toga; acerca de esto hay una palabra latina....

—*Cedant arma togæ*, dijo Villefort inclinándose.

—No me atreva á hablar latin, respondió la marquesa.

—Me parece que me agradaria mas el que fuéseis médico, replicó Renée; el ángel esterminador, aunque sea ángel, me espanta mucho.

—¡Qué buena sois, Renée! murmuró Villefort dirigiendo á la jóven una mirada llena de amor.

—Hija mia, dijo el marqués, M. de Villefort será médico moral y político de esta provincia; creedme, es un bonito papel el que tiene que hacer.

—Y ese será un medio de olvidar el que ha hecho vuestro padre, dijo la incorregible marquesa.

—Señora, replicó Villefort con triste sonrisa, ya he tenido el honor de deciros que mi padre habia abjurado los errores de su vida pasada; que se habia hecho un amigo celoso de la religion y del orden, mejor realista que yo tal vez, porque él lo es con arrepentimiento y yo lo soy con pasion.

Y despues de haber concluido esta frase, Villefort, para juzgar del efecto que habia producido, miró alternativamente á todos los convidados como hubiera mirado, despues de una frase equivalente, en la audiencia á todo su auditorio.

—Y bien, mi querido Villefort, replicó el conde Servieux, eso es justamente lo que yo respondia antes de ayer al ministro del rey en las Tullerias, que me pedia cuenta de esa singular alianza entre el hijo de un girondino y la hija de un oficial del ejército de Condé, y el ministro lo ha comprendido perfectamente. Ese sistema de fusion es el de Luis XVIII. Asi, pues, el rey, que sin saberlo nosotros escuchaba nuestra conversacion, nos interrumpió diciendo:

«Villefort, notad que el rey no pronunció el nombre de Noirtier, sino que al contrario apoyó el de Villefort. Villefort, dijo el rey, hará una buena carrera, es un jóven bastante experimentado y de mi partido. Tambien he visto con el mayor placer que el marqués y la mar-

quesa de Saint-Merán le tomen por yerno, y yo mismo les habria aconsejado esa alianza, si ellos no hubiesen venido á pedirme permiso para verificarla.

—¿El rey ha dicho eso, conde? exclamó Villefort lleno de gozo.

—Os repito sus mismas palabras, y si el marqués es franco, os contestará que lo que yo os cuento ahora está en perfecta armonía con lo que el rey le habló hace seis meses de un proyecto de casamiento entre su hija y vos.

—Es verdad, dijo el marques.

—¡Oh! entonces todo se lo debo á ese digno príncipe ¡qué no haria yo para servirle!

—Enhorabuena, dijo la marquesa, así es como yo os quiero; que venga ahora un conspirador y verá cómo es recibido.

—Y yo, madre mia, dijo Renée, ruego á Dios que no os escuche, que no envíe á Mr. de Villefort mas que rateros y deudores, en cuyo caso dormiré tranquila.

—Es como si deseárais á un médico, dijo Villefort riendo, calenturas, sarampiones, dolores de cabeza, en fin, cosas que no comprometan en nada á la salud. Si quereis verme procurador del rey, deseadme al contrario esas terribles enfermedades cuya curacion hacen honor al médico.

En este momento, y como si la casualidad hubiese escuchado el deseo de Villefort, un criado entró y le dijo algunas palabras al oido; Villefort se levantó de la mesa escusándose, y algunos instantes despues volvió con el rostro respirando alegría.

Renée lo miró con amor; porque en aquel momento Villefort con sus ojos azules, su blanca tez y las patillas negras que adornaban su rostro, estaba en verdad elegante y hermoso. Así, pues, la jóven esperó á que esplicase la causa de su momentánea desaparicion.

—¿Y bien? no deseabais ahora, señorita, tener un médico por marido? Pues yo me asemejo á lo menos á los discípulos de Esculapio en una cosa, y es en que me vienen á incomodar aun á vuestro lado, en la comida de mis bodas.

—¿Y por qué os incomodan, caballero? preguntó la jóven con ligera inquietud.

—¡Ay! para un enfermo que se halla, segun me han dicho, en el último estremo; pero esta vez se trata de un asunto muy grave, y la enfermedad terminará en el cadalso.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Renée palideciendo.

—¿De veras? dijo á la vez toda la asamblea.

—Segun parece se acaba de descubrir un complet bonapartista.

—¿Es posible? preguntó la marquesa.

—¡Aquí está la carta de denuncia! y Villefort leyó lo siguiente:

«Se previene al señor procurador del rey por un amigo del trono y de la religion, de que el llamado Edmundo Dantés, segundo del *Fa-raon*, que arribó esta mañana procedente de Smirna, despues de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha sido encargado por Murat, de llevar una carta al usurpador, y por el usurpador de una carta para la junta bonapartista de Paris.»

«Fácilmente se tendrá la prueba de su crimen prendiéndole; porque esa carta se hallará en su persona, en casa de su padre, ó en su camarote á bordo del *Faraon*.»

—Pero dijo Renée, esa carta que no es por otra parte mas que un anónimo, está dirigida al procurador del rey y no á vos.

—Si, pero el procurador del rey está ausente, y en su ausencia su secretario es quien tiene el cargo de abrir sus cartas. El ha abierto esta, me ha mandado buscar, y no hallándome, ha dado la orden conveniente para el arresto.

—¿Con que está preso el culpable? preguntó la marquesa.

—Ó mas bien el acusado, replicó Renée.

—Si señora, dijo Villefort, y como tuve el honor de deciros hace poco, si se le encuentra esa carta, el enfermo estará muy enfermo.

—¿Y dónde está ese desgraciado? preguntó Renée.

—En mi casa.

—Pues entonces id á ella, amigo mio, dijo el marqués; no falteis á vuestros deberes por nuestra causa; nada, id á donde os llame el servicio del rey.

—¡Oh! señor de Villefort, dijo Renée cruzando las manos: sed indulgente; es el día de vuestras bodas.

Villefort dió una vuelta á la mesa, y apoyándose sobre el respaldo de la silla de la jóven dijo:

—Para que cese toda vuestra inquietud, haré cuanto esté de mi parte, querida Renée; pero si no mienten los indicios, si la acusacion es verdadera, entonces será necesario cortar esa mala yerba bonapartista.

Renée se estremeció al oír esta palabra *cortar*, porque aquella yerba de que se trataba tenia cabeza.

—¡Bah! ¡bah! dijo la marquesa, no escuchéis á esa niña, Villefort; ya se acostumbrará á ello.

Y la marquesa presentó á Villefort una mano seca, que besó él mirando á Renée, y diciéndola con los ojos: vuestra mano es la que beso, ó á lo menos la que quisiera besar en este momento.

—¡Mal agüero! murmuró Renée.

—En verdad, señorita, que sois una niña muy impertinente. Ahora os pregunto, ¿qué tiene que ver el destino del estado, con vuestros caprichos ni con vuestro sentimentalismo?

—¡Oh! madre mia! murmuró Renée.

—Perdonad á la mala realista, señora marquesa, dijo Villefort. Yo os prometo hacer mi papel de sustituto del procurador del rey con toda conciencia, es decir, ser horriblemente severo.

Pero al mismo tiempo que el magistrado decia estas palabras á la marquesa, el novio dirigía á hurtadillas una mirada á su novia, una mirada que significaba: tranquilizáos, Renée; seré indulgente, gracias á vuestro amor.

Renée respondió á esta mirada por medio de una dulce sonrisa, y Villefort salió de la estancia con el corazon rebosando alegría.

CAPITULO VII.

El interrogatorio.

Apenas hubo salido Villefort de la sala donde celebraban la comida de sus bodas, abandonó su risueña máscara y tomó el aspecto grave de un hombre llamado á ejercer la suprema función de fallar sobre la vida ó la muerte de sus semejantes. Mas, á pesar de la facilidad que tenía en variar su fisonomía, facilidad que el sustituto había adquirido, como podía haberlo hecho un buen actor estudiando mas de una vez delante de su espejo, mucho trabajo le costó en aquel momento fruncir las cejas y dar á sus facciones el grave aspecto que era necesario. En efecto, Gerardo Villefort era á la sazón completamente feliz; rico ya por sí solo, ocupaba á los veinte y siete años un lugar elevado en la magistratura, iba á casarse con una jóven lindísima á quien amaba ciegamente; y además de su belleza, que era en extremo notable, la señorita de Saint-Merán su esposa, pertenecía á una de las familias mas distinguidas en aquella época; en fin, con el influjo de su padre y de su madre, quienes no teniendo otro hijo mas que ella, podían emplearle todo entero en su yerno, daban á su marido un dote de cincuenta mil escudos, que unidos á cierta herencia en perspectiva, palabra atroz inventada por los casamenteros, podían aumentarse algun día nada menos que con la enorme suma de medio millon. Todos estos elementos reunidos componian para Villefort un total de felicidad inesplicable.

A la puerta de la casa encontró al comisario de policía que le esperaba. La vista de aquel hombre vestido de negro le hizo volver á la realidad de su posición; tomó un aspecto grave, como ya hemos dicho, y acercándose al oficial de justicia, le dijo:

—Señor comisario, he leído la carta y habeis hecho bien en prender á ese hombre: ahora enteradme de todos los detalles que hayais podido recoger acerca de él y de la conspiración.

—De la conspiración, señor magistrado, no se sabe nada aun, respondió el comisario; todos los papeles que se han hallado en la persona del preso han sido empaquetados bajo un sobre y depositados en vuestro despacho; en cuanto al preso, la misma carta que lo denuncia os habrá revelado su nombre: es un tal Edmundo Dantés, segundo del buque llamado el *Faraon*, perteneciente á la casa Morrel é hijo, de Marsella.

—Y decidme, antes de servir ese hombre en la marina mercante, ¿había servido en la marina militar? preguntó Villefort.

—¡Oh! no, caballero, es muy jóven.

—¿Qué edad tiene?

—De diez y nueve á veinte años todo lo mas.

En este momento, Villefort que hasta ahora habia continuado andando acompañado del comisario, llegó á la esquina de la calle de los Consules, en la que un hombre que parecia esperarle, le salió al encuentro: era Mr. Morrel.

—¡Ah! señor de Villefort, exclamó el armador al ver al sustituto, ¡cuánto me alegro de encontraros! Habéis de saber que se acaba de cometer la equivocacion mas estraña, prendiendo hace poco al segundo de mi buque, Edmundo Dantés.

—Ya lo sé, caballero, dijo Villefort, y ahora voy á mi casa para tomarle declaracion.

—¡Oh! señor de Villefort, continuó Morrel llevado de su amistad hácia el jóven, vos no conocéis al que acusan y yosi le conozco. Imagináoos el hombre del carácter mas dulce, el mas honrado, y casi me atrevo á decirlo, el mas inteligente en punto á la marina mercante. Señor de Villefort, os lo recomiendo muy particularmente y con todo mi corazon.

Villefort pertenecia, como ya se ha visto, á la clase noble de la ciudad, y Morrel á la del pueblo: el primero era ultra-realista, al segundo se le tachaba de bonapartista. Villefort miró desdeñosamente á Morrel y le respondió con frialdad:

—Bien sabeis, caballero, que un hombre puede muy bien ser muy amable en su vida privada, honrado en las relaciones de comercio, inteligente en su profesion, y no dejar de ser por eso un gran culpable, en política; bien lo sabeis, ¿no es asi, caballero?

Y el magistrado apoyó estas últimas palabras como si tambien hubiera querido aplicarlas al armador, mientras que su escudriñadora mirada procuraba penetrar hasta el fondo del corazon de aquel hombre que se habia atrevido á interceder por otro, cuando debia saber que él mismo tenia necesidad de indulgencia.

Morrel se sonrojó, porque sentia que su conciencia no estaba muy pura en punto á opiniones políticas; y por otra parte lo que le habia confiado Dantés acerca de su entrevista con el gran mariscal y algunas palabras que le habia dirigido el emperador, le turbaban algun tanto. Sin embargo, añadió con un acento lleno del mas profundo interés.

—Os lo vuelvo á suplicar, señor de Villefort, sed justo como debéis serlo, como siempre lo sois, y *volvednos* pronto á ese pobre Dantes.

El *volvednos* resonó revolucionariamente en los oidos del sustituto del procurador del rey.

—¡Hola! hola! dijo este en voz baja, *volvednos* eh? ¿será acaso ese Dantés algun asociado á las sectas carbonarias y por eso su protector empleará asi, sin pensarlo, la fórmula colectiva? segun me ha dicho el comisario, le han preso en una taberna y en medio de una numerosa compañía. Esto merece pensarse.

Despues de un momento de silencio añadió en voz alta:

—Caballero, podeis estar perfectamente tranquilo; si el acusado es inocente, no será inútil vuestra recomendacion; pero si por el contrario es culpable, nos hallamos en una época severa, en que la impunidad sería un ejemplo fatal, y me veré obligado á cumplir con mi deber.

Despues de haber saludado con una política fria al desgraciado armador que se quedó como petrificado en el mismo sitio donde

se hallaba, Villefort llegó á la puerta de su casa, situada al lado del tribunal de Justicia, en la cual entró magestuosamente.

La antesala estaba llena de gendarmes, y agentes de policia: en medio de ellos, y cuidadosamente vigilado, se hallaba en pié, tranquilo é inmóvil el desgraciado Dantés. Villefort atravesó la antesala, dirigió al preso una mirada de reojo despues de haber tomado un rollo de papel que le entregó un agente, y desapareció diciendo:

—Que conduzcan aquí al preso.

Aunque en extremo rápida, aquella mirada bastó á Villefort para hacerse cargo del hombre á quien iba á interrogar. Habia reconocido la inteligencia en aquella frente ancha y despejada, el valor en aquellos ojos fijos y en aquellas cejas algun tanto fruncidas, y la franqueza en aquellos labios gruesos y entreabiertos que dejaban entrever una fila de dientes blancos como el marfil. La primer impresion habia sido favorable á Dantés. Pero Villefort habia oido citar con frecuencia como un axioma de profunda política, que era necesario desconfiar del primer movimiento que se experimenta. Ahogó por consiguiente los buenos instintos que querian penetrar en su corazon, arregló su fisonomía ante el espejo, y se sentó sombrío y amenazador delante de su bufete. Un instante despues entró Dantés en el aposento.

El jóven estaba pálido como siempre, pero tranquilo y risueño. Saludó á su juez con política, buscando despues con los ojos una silla, como si se hubiese hallado en casa del armador Morrel. Entonces encontró la mirada fria de Villefort, aquella mirada peculiar de los magistrados que quieran ocultar su pensamiento. Esto le hizo recordar que estaba delante de la justicia.

—¿Quién sois y como os llamais? preguntó Villefort, ojeando los papeles que le habia entregado el agente al entrar.

—Me llamo Edmundo Dantés, respondió el jóven con voz tranquila y sonora; soy segundo del buque llamado el *Faraon*, perteneciente á la casa de los señores Morrel é hijos.

—¿Vuestra edad? continuó Villefort.

—Diez y nueve años respondió Dantés.

—¿Qué haciais en el momento en que os prendieron?

—Asistia á una comida preparada para celebrar mis bodas, dijo Dantés con voz ligeramente conmovida, porque aquellos momentos de alegría contrastaban en verdad admirablemente con el rostro sombrío de Mr. Villefort.

—¡Ah! ¿asistiais á la comida de vuestras bodas? dijo el sustituto estremerciéndose á pesar suyo.

—Señor magistrado, estoy para casarme con una muger á quien amo hace tres años!

Apesar de su impasibilidad ordinaria, Villefort se admiró de esta coincidencia; y aquella voz conmovida de Dantés, sorprendido en medio de la aurora de la felicidad, hirió una cuerda simpática en el fondo de su alma. ¡El tambien se casaba, él tambien era feliz, y á él tambien le habian sorprendido en la aurora de su dicha para que contribuyese á destruir la alegría de un hombre que, lo mismo que él, iba ya á ser dichoso! Esta especie de coincidencia filosófica, dijo

para sí, hará gran efecto á mi vuelta en el salon de Mr. Saint-Meran. Tranquilizó su espíritu, y mientras que Dantés esperaba nuevas preguntas, fraguó en su imaginacion el discurso que habia de pronunciar ante la asamblea, escogitando por supuesto aquellas palabras mas altisonantes y de mas seguro efecto.

Así que hubo terminado su meditacion oratoria, Villefort se sonrió y dijo á Dantés.

—Continuad, continuad.

—¿Qué quereis que haga? preguntó Dantés.

—Ilustrar á la justicia.

—Que me diga la justicia sobre que punto quiere que yo la illustre y diré todo lo que sepa. Pero cuidado, añadió sonriendo, que es bien poco lo que sé, y por consiguiente lo que puedo decir.

—¿Habeis servido en tiempo del usurpador?

—Iba á ser incorporado en la marina militar cuando ese á quien llamais el usurpador dejó de reinar.

—Dicen que son exageradas vuestras opiniones políticas, dijo Villefort.

—¿Mis opiniones políticas, señor? Ah! casi me avergüenzo de decirlo, pero todavia no he formado lo que se llama una opinion. Apenas tengo diez y nueve años, como ya he tenido el honor de deciros, no soy nada, tampoco estoy destinado á representar ningun papel en el mundo; lo poco que soy y lo que seré, si me conceden la plaza que ambiciono, se lo deberé á Mr. Morrel. Así, pues, todas mis opiniones no diré políticas, pero sí privadas, se limitan á estos tres sentimientos. Amo á mi padre, respeto á Mr. Morrel y adoro á Mercedes; ahí teneis todo cuanto puedo decir á la justicia. Bien veis que todo esto le interesará muy poco.

A medida que Dantés hablaba de aquella manera, Villefort examinaba su rostro dulce y franco á la vez, y se acordaba de las palabras de Renée, quien sin conocer al preso, habia pedido ya que usára con él de indulgencia. Con la costumbre que tenia ya el sustituto de juzgar el crimen y los criminales, veia en cada palabra de Dantés una prueba mas de su inocencia. En efecto, el jóven, ó casi se podria decir aquel niño, sencillo natural, elocuente, pero con esa elocuencia del corazon que no se halla jamás cuando se la busca, derramaba á manos llenas la dulce afabilidad que salia de su corazon.

—¡Diantre! dijo para sí Villefort, he aqui un muchacho encantador, y poco trabajo me costará el ser bien recibido por Renée, complaciéndola en la primera recomendacion que me ha hecho. Estoy seguro de que me valdrá un apretón de mano delante de todo el mundo, y un beso encantador de mi futura esposa. Y la fisonomia de Villefort no pudo menos de tomar un aspecto alegre, á la vista de esta esperanza; de manera que cuando dirigió su mirada á Dantés, este, que habia seguido todos los cambios de fisonomia de su juez, tampoco pudo dejar de sonreirse.

—¿Caballero, dijo Villefort, teneis algunos enemigos?

—¿Enemigos yo? dijo Dantés; tengo la fortuna de figurar muy poco para que mi posicion me los haya granjeado. En cuanto á mí

carácter, algo vivo tal vez, he procurado dulcificarlo con mis subordinados. Tengo diez ó doce marineros bajo mis órdenes; que se les pregunte, y os responderán que me aman y respetan, no como á un padre, porque soy todavía muy jóven para eso, pero sí como á un hermano mayor.

—Sin embargo, continuó Villefort, ¿á falta de enemigos, tendreis quizás rivales? Vais á ser nombrado capitán á los diez y nueve años, lo cual es un puesto elevado en vuestra carrera; vais á casaros con una muchacha bonita que os ama, lo cual es una felicidad bien rara en todas las situaciones del mundo, y estas dos preferencias del destino han podido muy bien crearos algunos envidiosos.

—Si, tenéis razon, mejor debeis vos conocer á los hombres que yo, y nada tiene de extraño lo que decís; pero si esos envidiosos se hallasen entre mis amigos, os confieso que mejor querria no conocerlos, para no verme obligado á aborrecerlos.

—Hacedis mal, ¡Dantés! Siempre conviene, mientras nos sea posible, saber claramente lo que pasa al rededor de uno, y me pareceis un jóven tan digno que voy á separarme en vuestro obsequio de lo que se acostumbra en tales casos, y á ayudaros á descubrir lo que haya en esto, manifestándoos la denuncia que os ha conducido á mi presencia. Esta es; miradla: ¿reconoceis la letra?

Y Villefort sacó la carta de su bolsillo y la presentó á Dantés. Dantés miró y leyó. Una nube obscureció su frente, y dijo:

—No, señor magistrado, no conozco esa letra; está disfrazada, y sin embargo su forma es bastante suelta. A lo menos será una mano hábil la que la ha trazado. Soy muy feliz, añadió mirando á Villefort, con reconocimiento, en tener que tratar con un hombre tal como vos; porque en efecto el que ha escrito ese papel es un verdadero enemigo. Y Villefort pudo ver en el resplandor que iluminó los ojos del jóven toda la violenta energia que habia oculta bajo aquella aparente dulzura.

—Ahora, veamos, dijo el sustituto, respondedme francamente, no como responde un acusado á su juez, sino como un hombre que se halla en una posicion difícil responde á otro que se interesa por él; en ese anónimo ¿qué es lo que hay que pueda creerse?

Y Villefort arrojó con disgusto sobre el bufete la carta que acababa de devolverle Dantés.

—Todo y nada, señor magistrado, porque voy á deciros la pura verdad, por mi honor de marino, por el amor de Mercedes, por la vida de mi padre.

—Hablad, hablad, dijo Villefort en voz baja; despues añadió para sí: si Renée pudiese verme, creo que quedaria contenta de mí, y que no me llamaria ya cortador de cabezas.

—¡Pues bien! al salir de Nápoles, el capitán Leclerc se sintió atacado de una fiebre cerebral; como no llevábamos á bordo ningun médico, ni tampoco él quiso que arribásemos á ningun punto porque tenia prisa por llegar á la isla de Elba, su enfermedad empeoró de modo que conociendo al tercer dia que iba á dejar de existir, me lla-

mó á su lado. Querido Dantés, me dijo, juradme por vuestro honor hacer lo que voy á deciros, de ello dependen los mayores intereses.

—Os lo juro, mi capitán, respondí yo. ¡Pues bien! como despues de mi muerte os pertenece el mando del buque en calidad de segundo, tomareis ese mando, hareis rumbo hácia la isla de Elba, desembarcareis en Porto-Ferraio, preguntareis por el gran mariscal, y le entregareis esta carta; tal vez entonces os dará él otra carta y algun nuevo encargo. Ese encargo que me estaba reservado, vos le cumplireis, Dantés, en lugar mio.

—Lo haré así, mi capitán; pero quizas no será tan fácil como decís el llegar hasta el lado del gran mariscal.—Aquí teneis una sortija que le hareis entregar, dijo el capitán, y que vencerá todas las dificultades. Y al decir estas palabras me entregó una sortija. Ya era tiempo; dos horas despues un fuerte delirio se apoderó de él, y al dia siguiente murió.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Lo que debia hacer, señor magistrado, lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar. Por lo general la última voluntad de un moribundo es sagrada, pero entre nosotros los marinos, la última voluntad de un superior son órdenes que se deben cumplir. Hice vela hácia la isla de Elba, á donde llegué al dia siguiente: quedó toda la tripulación á bordo, y bajé solo á tierra; segun yo lo habia previsto, pusieron algunas dificultades para introducirme al lado del gran mariscal; pero le envié la sortija que debia servirme de señal de reconocimiento, y todas las puertas se abrieron ante mí. Me recibió, me interrogó acerca de las últimas circunstancias de la muerte del desgraciado Leclerc; y cómo lo habia presumido éste, me entregó una carta, la cual me encargó llevase en persona á París. Se lo prometí, porque tambien esto era cumplir con las últimas voluntades de mi capitán. Volví á bordo y me dirigí á Marsella, donde llegué ayer, arreglé rápidamente todos los asuntos de aduana y de sanidad, corré en seguida á ver á mi novia, á quien encontré mas bella y mas amante que nunca.

Gracias á Mr. Morrel vencimos pronto todas las dificultades eclesiásticas; en fin, señor, hoy asistia como ya os he dicho, á la comida de mis bodas; iba á casarme dentro de una hora, contaba con partir mañana para París, cuando fuí preso á causa de esa denuncia que parece despreciais tanto como yo.

—Si, si, murmuró Villefort, todo lo creo, y si acaso sois culpable, es por imprudencia, aunque esa imprudencia se podia muy bien disculpar porque fué causada por las órdenes de vuestro capitán. Dadnos esa carta que os han entregado en la isla de Elba, y vuestra palabra de presentaros al primer llamamiento que se os haga, y podeis marcharos con vuestros amigos.

—¿Con que es decir que ya estoy libre? exclamó Dantés en el colmo de la alegría.

—Sí, pero dádme antes esa carta.

—Debe estar en vuestro poder, señor, porque se han apoderado de ella con los otros papeles que llevaba conmigo. los cuales he reconocido en ese paquete que teneis ahí.

—Es verdad, dijo el sustituto á Dantés que tomaba ya sus guantes y su sombrero para marcharse; esperad; decidme, á quién iba dirigida?

—*Mr. Noirtier, calle de Coq-Heron, en Paris*, respondió Dantés.

Un rayo que hubiera caído en este momento sobre Villefort no le hubiera herido con golpe mas rápido ni mas imprevisto; dejóse caer sobre su sillón, del cual se levantó para coger el rollo de papeles hallados á Dantés, y sacó de él precipitadamente la carta fatal, sobre la cual arrojó una mirada llena de terror.

—*Mr. Noirtier, calle de Coq-Heron, núm. 15*, murmuró palideciendo cada vez mas.

—Si, señor; respondió Dantés asombrado; le conoceis?

—No, respondió vivamente Villefort, un fiel servidor del rey no conoce á los conspiradores.

—¿Pues acaso se trata de una conspiracion? preguntó Dantés con cierto terror aun mayor que el primero; en todo caso, señor magistrado, ya os lo he dicho, ignoraba completamente el contenido del despacho de que era portador.

—Si, replicó Villefort, con voz sorda; pero vos sabeis el nombre de aquel á quien iba dirigida.

—Para entregársela en persona, preciso era que supiese su nombre.

—Y vos, ¿no habeis enseñado á nadie esa carta? dijo Villefort leyendo y palideciendo á medida que leía.

—A nadie, caballero, lo juro por mi honor.

—¿Con qué todo el mundo ignora que estais encargado de llevar una carta dirigida á *M. Noirtier*?

—Todo el mundo, escepto el que me la entregó.

—Basta, basta, murmuró Villefort.

Su frente se oscurecia cada vez mas á medida que llegaba al final de la carta; sus lábios blancos, sus temblorosas manos, y sus ojos ardientes hacian sufrir á Dantés las mas penosas emociones.

Despues de esta lectura, Villefort dejó caer la cabeza entre sus manos, y permaneciò como anonadado.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué significa eso, señor? preguntó tímidamente Dantés.

Villefort no respondió; pero al cabo de algunos instantes levantó su cabeza pálida y descompuesta, y volvió á leer por segunda vez aquella carta.

—¿Y decis que no sabiais el contenido de esta carta? replicó Villefort.

—Os repito por mi honor que lo ignoraba, dijo Dantés. Pero ¡Dios mio! ¿qué es lo que teneis? ¿os habeis puesto malo? ¿quereis que llame?

—No, no, dijo Villefort levantándose vivamente; no os movais, no pronuncieis una palabra siquiera; yo soy el que debe dar órdenes aqui y no vos.

—Señor, dijo Dantés algun tanto picado, solo era por socorreros; escusad mi intencion.

—Nada necesito, esto no merece la pena; ocupáos de vos y no de mí: responded.

Dantés esperó que le preguntase de nuevo, pero inutilmente; Villefort volvió á caer sobre su sillón, se pasó la mano por su frente anegada en sudor, y se puso á leer la carta por tercera vez.

¡Oh! Si ha leído esa carta, murmuró, y llega á saber algun día que Noirtier es el padre de Villefort, estoy perdido, perdido para siempre....

—¡Oh! no vacilemos, exclamó de repente, este es el único medio.

—Pero, en nombre del cielo, señor magistrado, replicó el desgraciado jóven, si dudais, si sospechais de mí, interrogadme, estoy pronto á responderos.

Villefort, hizo un esfuerzo sobre si mismo, y exclamó en un tono aparentemente tranquilo:

—Gravísimos cargos resultan contra vos de la declaracion que habeis prestado; yo no soy dueño, como creí hace poco, de devolveros la libertad: antes de tomar por mí mismo tal medida, debo consultar al juez de instruccion. Mientras tanto, ya sabeis de que manera os he tratado.

—¡Oh! si, señor magistrado, exclamó Dantés, y os lo agradezco con todo mi corazon; porque mas bien habeis sido para mí un amigo que un juez.

—¡Pues bien! Voy á deteneros preso algun tiempo todavia, todo lo menos que pueda; el principal cargo que existe contra vos, es esta carta, y ahora vereis....

Villefort se acercó á la chimenea, arrojó al fuego la carta, y permaneció allí hasta que se hubo reducido á cenizas.

—Ya veis queda destruida.

—¡Oh! exclamó Dantés, ¡sois mas que la justicia, sois la bondad misma!

—Pero escuchadme, prosiguió Villefort; despues de semejante acto, comprendereis que podeis tener confianza en mí; ¿no es así?

—¡Ah! caballero, mandadme y cumpliré exactamente vuestras órdenes.

—No, dijo Villefort acercándose al jóven, no, no son órdenes las que quiero daros, son consejos.

—¡Pues bien! los miraré como si fueran órdenes.

—Voy á deteneros aquí hasta la tarde, en el Palacio de Justicia; quizás venga algun otro á interrogaros. Decid todo lo que me habeis dicho, pero ni siquiera una palabra acerca de la carta.

—Os lo prometo, señor magistrado.

Villefort era quien parecia suplicar, el acusado era quien tranquilizaba al juez.

—Ya comprendeis, dijo éste, echando una mirada á las cenizas que conservaban aun la forma de papel y que revoloteaban sobre las llamas, esta carta está ya aniquilada, solo vos y yo sabemos que tal papel ha existido, si os hablan de ella, negad que la habeis visto, negadlo y os habeis salvado.

—Yo negaré, señor, dijo Dantés.

—Bien, bien, dijo Villefort llevando la mano al cordon de la campanilla, pero deteniéndose en el momento de llamar:

—¿Era esa la única carta que teníais? dijo.

—La única.

—Juradlo.

Dantés estendió la mano y exclamó:

—Yo juro.

Entonces Villefort tiró del cordon: el comisario de policia entró. Villefort se acercó al oficial público, y le dijo algunas palabras al oído. El comisario respondió por una inclinacion de cabeza.

—Seguid á ese caballero, dijo Villefort á Dantés.

Dantés se inclinó, miró por última vez agradecido á Villefort, y salió.

Apenas se hubo cerrado la puerta, las fuerzas le faltaron á Villefort, y cayó desfallecido sobre un sillón. Al cabo de algunos momentos murmuró:

—¡Oh! Dios mio, de qué sirven la vida y la fortuna! Si el procurador del rey hubiese estado en Marsella, si el juez de instruccion hubiese sido llamado en mi lugar, era perdido; y ese papel, ese maldito papel me precipitaba al abismo.

¡Ah! padre mio, padre mio! ¿habeis de ser siempre un obstáculo para mi felicidad en este mundo?

Pero de repente una súbita idea pareció iluminar su espíritu: una sonrisa brilló en sus labios crispados aun, y sus ojos permanecieron fijos durante algunos momentos.

—Si, eso es, esa carta que debía perderme, hará mi fortuna tal vez. Vamos, Villefort, manos á la obra!

Y despues de haberse asegurado de que el preso no estaba ya en la antesala, el sustituto del procurador del rey salió á su vez, y se dirigió aceleradamente hácia la casa de su prometida.

CAPITULO VIII.

El castillo de If.

Al atravesar la antesala el comisario de policia hizo cierta seña á dos gendarmes, y se colocaron uno á la derecha y otro á la izquierda de Dantés; abrieron una puerta que conducia desde la habitacion del procurador del rey al tribunal de Justicia, siguieron por espacio de algun tiempo uno de los largos corredores que hacen estremecer al que por alli pasa. Asi como la habitacion de Villefort comunicaba con el tribunal de Justicia, este comunicaba con la prision, monumento sombrío situado al lado del palacio, y por cuyas ventanas se divisaba el campanario de Accoules que se eleva enfrente de él. Despues de haber andado un sin número de corredores, vió Dantés abrirse una puerta con un pestillo; el comisario de policia dió con un aldabon de hierro tres golpes, que causaron en Edmundo el mismo efecto que si hubieran sido dados en su corazon: la puerta se abrió, los dos gendarmes empujaron ligeramente al preso que vacilaba algun tanto en entrar; atravesó el dintel, y la puerta se volvió á cerrar tras él, causando un espantoso

estruendo. El aire que allí se respiraba era denso, mefítico, porque aquella habitacion era un calabozo.

Sin embargo, el aspecto de tal morada no le causó grandes temores, porque las palabras del sustituto del procurador del rey, resonaban aun en su oído como una dulce promesa de esperanza. Ya eran las cuatro cuando Dantés entró en esta habitacion.

El preso se encontró á poco rato sumergido en la mas completa obscuridad. Al menor ruido que llegaba hasta él, convencido de que venian á ponerlo en libertad, se levantaba con presteza y daba un paso hácia la puerta. Pero bien pronto aquel ruido se apagaba, y Dantés caía desesperado sobre subanquillo.

En fin, á eso de las diez de la noche, en el momento en que empezaba á perder la esperanza, se dejó oír un nuevo ruido y esta vez le pareció que se acercaba á su cuarto. En efecto, algunos pasos resonaron en el corredor y se detuvieron á la puerta. Una llave giró en la cerradura, los cerrojos se corrieron, y la maciza puerta se abrió, dejando penetrar de repente en el cuarto sombrío el resplandor de dos antorchas. A la claridad de estas, Dantés vió los sables y las alabardas de cuatro gendarmes. Había dado ya dos pasos y permaneció inmóvil en aquel lugar al ver aquel aparato de fuerza.

—¿Venís á buscarme? preguntó Dantés.

—Si, respondió uno de los gendarmes.

—¿De parte del señor sustituto del procurador del rey?

—Creeré que si.

—Bien, dijo Dantés, estoy pronto á seguirlos.

La convicción de que venian á buscarle de parte de Mr. de Villefort quitó todo temor al desgraciado jóven. Adelantóse, pues, tranquilo, y se colocó él mismo en medio de su escolta. Un carruage esperaba á la puerta de la calle, el cochero estaba sentado en el pescante, un guardia municipal puesto al lado del cochero.

—¿Es para mí ese carruage? preguntó Dantés.

—Si, para vos, respondió uno de los gendarmes, subid á él.

Dantés trató de hacer algunas observaciones; pero la portezuela estaba abierta y sintió que le empujaban hácia el interior del carruage. Hallándose sentado en un instante en el testero de éste entre dos gendarmes, los otros dos se sentaron enfrente, y al cabo de algunos momentos el coche se puso en movimiento causando un ruido sordo y asombro que estaban fuertemente enrejadas; no había hecho mas que cambiar de prision, con la diferencia de que esta última caminaba y le transportaba hácia un lugar ignorado. Al través de las barras de hierro, Dantés reconoció que iba atravesando la calle de Caisserie, y que por la calle de Saint-Laurent y la de Tamaris se bajaba al muelle. Bien pronto vió al través de las barras brillar las luces de la consigna. El carruage se paró: el municipal bajó y se acercó al cuerpo de guardia; una docena de soldados salieron y se colocaron en fila. Dantés veía relucir sus fusiles á la luz de los reverberos del muelle.—¿Si habrán desplegado para mí, se preguntaba, semejante aparato de fuerza militar?

Al abrir la portezuela que se cerraba con llave, el municipal, aunque sin pronunciar una palabra siquiera, respondió á esta pregunta, porque Dantés vió que los soldados se habian formado en dos filas, abriendo un camino que conducia al puerto. Los dos gendarmes que se habian sentado en frente de él, bajaron primero, á él le obligaron á hacer lo mismo despues, y los otros dos que se habian puesto á su lado, le siguieron. Se adelantaron hácia una barca que un marinero tenia sujeta al muelle por medio de una cadena. Los soldados miraron pasar á Dantés con cierto aire de curiosidad. En un instante se instaló en la popa de la barca, siempre entre los cuatro soldados, mientras que el municipal se colocaba en la proa; un violento empuje alejó la barca de la orilla, cuatro remeros remaron vigorosamente hácia el Pilon. A un grito dado desde la barca, la cadena que cierra el puerto se bajó, y Dantés se encontró en lo que se llama el Frioul, es decir fuera del puerto. El primer movimiento al encontrarse en aire libre, fué un movimiento de alegría. El aire es casi la libertad. Así, pues, respiró con gozo aquella brisa viva en esos olores desconocidos que exhalan la noche y el mar.

Pronto, sin embargo, arrojó un suspiro, pues en aquel momento pasaba por delante de la misma Reserve donde tan feliz había sido aquella mañana en la hora que había precedido á su arresto, y al través de dos ventanas iluminadas interiormente el gozoso bullicio de un baile llegaba hasta sus oídos. Cruzó las manos, levantó los ojos al cielo y se puso á orar. La barca continuaba su camino; ya había pasado la cabeza de More y estaba enfrente de la ensenada del Faro. Iba á doblar la batería, esta era una operacion incompreensible para Dantés.

—¿Pero á donde me conducís? preguntó.

—Pronto lo sabreis.

—Pero....

—Nos está prohibido dar ninguna esplicacion.

Dantés conoció que preguntar á subordinados á quienes se les había prohibido responder, era una cosa absurda, y se calló.

Entonces los mas estraños pensamientos ocuparon su imaginacion; como no era posible hacer una larga travesía en aquella barca, como tampoco había ninguna otra embarcacion por el lado á donde se dirigian, pensó que iban á depositarle en un punto lejano de la costa y decirle que era ya libre: él no estaba atado, tampoco habían hecho ninguna tentativa para ponerle las esposas, lo que le pareció de buen agüero; por otra parte el sustituto, que tan bueno se había mostrado para con él, ¿no le dijo que con tal que nunca pronunciase el fatal nombre de Noirtier, nada tenía que temer? ¿No había quemado en su presencia Villefort aquella peligrosa carta, única prueba que había contra él? Así, pues, esperó mudo y pensativo.

Habian dejado á la derecha la Isla Ratoneau, donde lucía el Faro, y ladeando la costa habían llegado á la altura de la ensenada de los Catalanes. Los ojos del preso brillaron; allí era donde estaba Mercedes y á cada instante le parecia ver dibujarse en la sombría orilla la forma vaga é indecisa de una muger. ¡Cómo era que un presen-

timiento no la decia á Mercedes que su amante estaba á trescientos pasos de ella!

Solamente una luz brillaba en los Catalanes. Al buscar la posición de aquella luz, Dantés reconoció la del cuarto de su prometida. Mercedes era la única que velaba en todo el arrabal. Arrojando un grito, el jóven podia ser oido por su novia. Pero la vergüenza le detuvo; ¿qué dirian aquellos hombres al oírle gritar como un insensato? quedóse pensativo y con los ojos fijos en la luz. Durante este tiempo la barca seguia su camino; pero el preso no pensaba en la barca, pensaba en Mercedes. Un objeto que se interpuso cubrió la luz.

Mientras miraba absorto en su pensamiento, habian sustituido las velas á los remos, y la barca avanzaba impelida por el viento. A pesar de la repugnancia que espermentaba Dantés en dirigir nuevas preguntas al gendarme, se acercó á él y le dijo tomándole una mano.

—Camarada, en nombre de vuestra conciencia y á fuer de soldado, os suplico tengais piedad de mí y me respondais; yo soy el capitán Dantés, francés honrado y leal, aunque me hayan acusado de no sé qué traicion, ¿á dónde me conducis? decidlo y á fé de marino, cumpliré con mi deber y me resignaré con mi suerte. El gendarme se rascó la oreja y miró á su compañero. Este hizo un movimiento que queria decir: me parece que en el estado en que nos encontramos no habrá inconveniente y el gendarme se volvió hacia Dantés.

—¿Sois marsellés y marino, dijo, y preguntais adonde vamos?

—Sí, porque os juro que lo ignoro.

—¿No sospechais nada?

—Absolutamente nada.

—No es posible eso.

—Os lo juro por lo mas sagrado del mundo. ¡Respondedme por favor!

—¿Pero la consigna?...

—La consigna no os prohíbe revelarme lo que yo he de saber dentro de diez minutos, de media hora, ó de una tal vez; os lo pido como si fuérais mi amigo. No creais tampoco que trato de escaparme; bien que aunque quisiera no podria hacerlo; ¿á dónde vamos?

—A no ser que esteis ciego ó que nunca hayais salido del puerto de Marsella, debeis adivinarlo.

—No.

—Pues mirad entonces á vuestro alrededor.

Dantés se levantó, dirigió maquinalmente los ojos hácia el punto á donde se dirigia la barca, y á cien toesas de donde él se hallaba vió elevarse la roca negra y áspera sobre que se encuentra como una superfetacion, el castillo de If; aquella forma estraña, aquella prision alrededor de la cual reina un terror tan profundo, aquella fortaleza que conserva Marsella desde hace mas de trescientos años con todas sus lúgubres tradiciones, y que se le aparecia de repente á Dantés que no se habia acordado de ella, le produjo el mismo efecto que le hace á un condenado á muerte el aspecto del cadalso.

—¡Ah! Dios mío exclamó, ¡el castillo de If! ¿y qué vamos á hacer allí?
El gendarme se sonrió.

—¡Pero allí no me llevarán para dejarme preso! continuó Dantés.
El castillo de If es una prision de estado, destinada solamente á los reos de alta traicion. Yo no he cometido ningun crimen. ¿Acaso hay jueces de instruccion, y magistrados en el castillo de If?

—Yo creo que no hay, dijo el gendarme, mas que un gobernador, carceleros, una guarnicion y fuertes muros. Vamos, vamos, amiguito, no os asombreis tanto y adelante.

Dantés apretó fuertemente la mano del gendarme.

—¿Con que creéis, dijo, que me conduzcan al castillo de If para dejarme allí preso?

—Es muy probable, dijo el gendarme; pero en todo caso, camarada, es inútil que me apreteis tanto la mano.

—¿Sin mas pesquisas... sin mas formalidades?... preguntó el jóven.

—Las formalidades se han cumplido ya, las pesquisas se han hecho tambien.

—Y, á pesar de la promesa de Mr. Villefort...

—Yo no sé si Mr. de Villefort os ha hecho alguna promesa dijo el gendarme; pero lo que si sé, es que vamos al castillo de If ¡Calle! ¿qué haceis? Ola! camaradas, alerta!

Por un movimiento pronto como el relámpago y que sin embargo habia sido previsto por el gendarme, Dantés quiso lanzarse al mar, pero cuatro puños vigorosos le detuvieron en el mismo instante, y cayó en el fondo de la barca bramando de cólera.

—Bueno, exclamó el gendarme poniéndole la rodilla sobre el pecho, bueno! asi cumplís vuestra palabra de marino! fiaros en estos zorritos muertos! Y bien, amiguito, dad un paso, haced un movimiento y os meto una bala en la cabeza! he faltado á mi primera consigna, pero yo os respondo de que no faltaré á la segunda. Y efectivamente inclinó su carabina hácia Dantés que sintió apoyarse el extremo frio del cañon sobre su sien.

Por un momento tuvo la idea de hacer aquel movimiento que le estaba prohibido, y acabar así con su vida; pero por lo mismo que su desgracia era inesperada, reflexionó que no podia ser duradera; las promesas de Mr. de Villefort le asaltaron á su imaginacion y ademas, aquella muerte en el fondo de una barca, causada por un gendarme, le pareció cobarde y poco digna. Asi pues cayó sobre el suelo de la lancha arrojando un grito ahogado de furor. Casi en este mismo instante un choque violento hizo mover á la barca; uno de los barqueros saltó á la roca, junto á la cual se daba la proa; este mismo barquero echó una cuerda, y Dantés comprendió que ya habian llegado al término fatal y que amarraban el esquife. En efecto, los que le custodiaban, que le tenian agarrado por el brazo, le obligaron á levantarse, á bajar á tierra, y le transportaron hácia las gradas por donde se sube á la puerta de la Ciudadela, mientras que el municipal armado de un mosquete con bayoneta calada le seguia detrás.

Por otra parte, Dantés no hizo resistencia alguna; su dejadez pro-

venia mas bien de inercia que de oposicion. Se balanceaba como un hombre sin sentido. Vió de nuevo otros soldados, sintió escaleras que le obligaban á levantar los pies, notó que pasaba por una puerta y que esta puerta se volvió á cerrar tras él; pero todo esto maquinalmente, como al través de una densa niebla, sin distinguir nada de positivo. Tampoco divisaba el mar, ese inmenso dolor de los presos que miran el espacio con el terrible sentimiento de que no pueden atravesarlo. Hicieron una parada por un momento, durante la cual trató de reunir sus recuerdos. Miró á su alrededor, se hallaba en un patio cuadrado con cuatro elevadas paredes: tan solo se oia el paso lento y regular de los centinelas, y cada vez que pasaban por delante de dos ó tres reflejos que proyectaba sobre las murallas el resplandor de dos ó tres luces que ardian en el interior del castillo, veíase relucir el cañon de sus fusiles.

Allí esperaron diez minutos. Seguros de que Dantés no podia huir, los gendarmes le soltaron; parecian esperar algunas órdenes; estas órdenes llegaron al fin.

—¿Dónde está el preso? preguntó una voz.

—Aquí le teneis respondieron los gendarmes.

—Que me siga al instante; voy á conducirle á su departamento.

—¡Marchad! dijeron los gendarmes empujando á Dantés.

El preso siguió á su guia que le condujo en efecto á una sala casi subterránea, cuyas paredes húmedas parecian impregnadas de un vapor de lágrimas. Una especie de lámpara colocada sobre un banquillo, y cuya mecha nadaba en medio de una grasa fétida, iluminaba al conductor de Dantés, especie de llavero, mal vestido y de fisonomía brusca y severa.

—Aquí teneis vuestro cuarto para esta noche, dijo. Ya es tarde y el señor gobernador estará acostado; mañana, cuando se despierte y tome conocimiento de las órdenes que le hayan dado, acaso os cambiará de habitacion; entre tanto, aquí teneis un cántaro con agua, una poca de paja en aquel rincon donde podeis acostaros y un pedazo de pan, ¡es todo lo que un preso puede desear; ¡ea, buenas noches!

Antes que Dantés hubiera pensado en decir una palabra, antes que hubiese mirado al sitio donde colocaba el carcelero el pan y el cántaro, antes que hubiese vuelto los ojos hácia el parage donde se hallaba aquel monton de paja que habia de servirle de cama, el carcelero habia cogido la lámpara y arrebatádole aquel mústio reflejo que le mostrára como á la luz de un relámpago, los muros ennegrecidos de su prision. Entonces se encontró solo en medio de las tinieblas, tan silencioso, tan mudo y tan sombrío como aquellas bóvedas, cuyo frio glacial habia helado su frente calenturienta.

Cuando los primeros rayos de la mañana hubieron penetrado en aquella lúgubre morada, el carcelero volvió con orden de dejar al preso donde estaba. Dantés no habia cambiado de lugar, parecia que una mano de hierro le habia clavado en el mismo sitio en que se detuvo la noche antes; pero sus ojos estaban ocultos bajo sus párpados hinchados por el húmedo vapor de sus lágrimas, permanecia

inmóvil y tenia la mirada fija en el suelo. De este modo habia pasado toda la noche, en pie y sin dormir ni siquiera un solo instante. El carcelero se acercó á él, recorrió por todo el cuarto sin que Dantés lo advirtiese, y dándole despues un golpecito en el hombro, golpe que hizo estremecer á Dantés:

—¿No habeis dormido? le preguntó.

—No sé, respondió Dantés.

El carcelero le miró con asombro.

—¿No teneis hambre? continuó.

—No sé, volvió á responder Dantés.

—¿Quereis algo?

—Quisiera ver al gobernador.

El carcelero se encogió de hombros y salió. Edmundo le siguió con la vista, estendiendo las manos hácia la puerta entreabierta; pero esta puerta se cerró de repente. Entonces su pecho pareció desgarrarse con un prolongado gemido; las lágrimas que habian hinchado sus párpados, volvieron á correr en abundancia; precipitóse en el suelo apoyando en él la frente, y oró largo tiempo, repasando en su memoria toda su vida pasada, y preguntándose que crimen habia cometido en aquella vida tan corta aun, que mereciese castigo tan cruel. Aquel día pasó, y apenas habia comido un poco de pan y bebido algunas gotas de agua. Unas veces permanecia absorto en sus pensamientos, otras daba vueltas por el cuarto, como un animal salvaje encerrado en una jaula de hierro.

Tan solo un pensamiento le ponía furioso, y era cuando se acordaba de que en la travesía, durante la cual, ignorando el lugar adonde le conducian, habia permanecido tan tranquilo, hubiera podido arrojar-se mil veces al mar, y una vez en el agua, (gracias á su habilidad en nadar, habilidad que le habia merecido el título de uno de los mejores nadadores de Marsella), desaparecer debajo de las olas, ganar la costa, huir, ocultarse en cualquier lugar desierto, esperar á un buque genovés ó catalán, marcharse á Italia ó á España, y desde allí, escribir á Mercedes para que se fuese á reunir con él. Encuanto á su manera de vivir, nada le inquietaba; en todas partes son muy apreciados los buenos marinos; hablaba correctamente el italiano y el español; y hubiera vivido libre, feliz con Mercedes, y con su padre, porque tambien este debia acompañarle, y no que ahora se hallaba preso, encerrado en el castillo de If, sin saber lo que seria de su padre, lo que seria de Mercedes, y todo esto por haberse fiado en la palabra de Villefort. Esto era para volverse loco. Así, pues, Dantés se revolvia furioso sobre la paja fresca que le habia traído el carcelero. Al día siguiente á la misma hora entró éste en el calabozo.

Y bien! le preguntó, ¿estais mas razonable que ayer?

Dantés no respondió.

—Vamos, le dijo, un poco de valor!...¿Deseais algo en que pueda servir? hablad.....

—Deseo ver al gobernador.

—¡Eh! dijo el carcelero con impaciencia, ya os he dicho que eso es imposible....

—¿Y por qué ha de ser imposible?

—Porque, según las ordenanzas del castillo les está prohibido á los presos pedir semejante cosa.

—Pues entonces, ¿qué es lo que se puede pedir aquí? preguntó Dantés.

—Mejor alimento, pagando se entiende; paseo, y libros algunas veces.

—Yo no tengo necesidad de libros, ni ganas de pasearme, y encuentro muy bueno mi alimento; así pues, solo quiero ver al gobernador.

—Como me fastidiéis mucho con tanto quiero ver al gobernador, dijo el carcelero, no os traigo mas de comer.

—¡Bueno! dijo Dantés, si no me traéis de comer, me moriré de hambre, poco me importa.

El acento con que pronunció Dantés estas palabras le probó al carcelero que el preso deseaba morir; y como todo preso según cuenta corriente, deja al carcelero un día con otro diez cuartos á lo menos, perdía la ganancia con la muerte de este; así pues replicó con tono mas dulce:

—Escuchad; lo que deseáis es imposible, no lo volvais á pedir mas, porque nunca se ha visto que el gobernador visite á un preso á petición suya; nada, sed prudente, y os permitirán que salgais á pasear, y tal vez algun día en el paseo veais al gobernador; entonces le podeis hablar, y si tiene á bien responderos, allá os arreglareis los dos.

—Pero ¿cómo cuanto tiempo habrá que esperar hasta que se presente esa ocasion?

—¡Quién sabe! dijo el carcelero, un mes ó dos, ó seis.... un año tal vez.

—¡Ah! eso es demasiado, dijo Dantés, inmediatamente.

—¡Oh! no os obstineis de ese modo en un empeño imposible de realizar, ó antes de quince dias os volveis loco.

—¡Ah! ¿vos lo creéis? dijo Dantés.

—Si, loco, así es como empieza la locura; aquí, sin ir mas lejos, tenemos un ejemplo; se volvió loco y le dió por ofrecer un millon al gobernador porque le pusiese en libertad, el abate que habitaba este calabozo antes que vos.

—¿Y cuánto tiempo hace que le sacaron de él?

—Dos años.

—¿Le pusieron en libertad?

—No; le pusieron en otro calabozo peor.

—Escucha, dijo Dantés, yo no soy abate, no estoy loco, quizás me volveré, pero desgraciadamente hasta ahora conservo todo mi juicio; voy á hacerte una proposicion.

—¿Cuál?

—Yo no te ofreceré un millon, porque no podría dártelo, pero si te ofreceré cien escudos, si quieres la primera vez que vayas á Marsella, bajar hasta los Catalanes y entregar una carta á una jóven que se llama Mercedes; no una carta, dos renglones.

—Si yo llevase dos renglones y fuese descubierto, perderia mi

empleo, que me produce mil libras al año, sin contar los gajes y la comida. Ya veis que seria muy necio en esponerme á perder mil libras por ganar trescientas.

—Pues bien, dijo Dantés, escucha y no olvides lo que voy á decirte: si no quieres llevar estos renglones á Mercedes, ni avisarle que estoy aqui, te esperaré cualquier dia oculto detrás de la puerta, y en el momento en que entres, te rompo la cabeza con este banquillo.

—¡Amenazas! exclamó el carcelero dando un paso atrás y tomando una actitud defensiva. Decididamente se os ha ido la cabeza, el abate empezó como vos, y dentro de tres dias estareis como él, loco de atar. Felizmente no faltan calabozos en el castillo de If.

Dantés cogió el banquillo y le hizo girar al rededor de su cabeza.

—Vaya, vaya, está visto, dijo el carcelero. ¡Bueno! puesto que no hay otro remedio avisaremos al gobernador.

—¡En hora buena! dijo Dantés colocando en el suelo su banquillo y sentándose encima de él, con la cabeza apoyada entre sus dos manos y la mirada vaga, como si en efecto estuviese á punto de volverse loco.

El carcelero salió, y un instante despues volvió con cuatro soldados y un cabo.

—De orden del gobernador, dijo, que se conduzca al preso á los calabozos del piso bajo.

—Vamos, pues, dijo el cabo.

—Si, vamos, continuó el carcelero: es preciso poner á los locos con los locos.

Los cuatro soldados se apoderaron de Dantés que cayó en una especie de marasmo, y los siguió sin resistencia. Le hicieron bajar quince escalones y abrieron la puerta de un calabozo, en el cual entró murmurando:

—Tiene razon, ¡los locos con los locos!

La puerta se volvió á cerrar y Dantés empezó á andar hácia adelante, con los brazos estendidos hasta que sintió la pared. Entonces se sentó en un rincon y se quedó inmóvil, mientras que sus ojos, acostumbrándose poco á poco á la oscuridad, empezaban á distinguir los objetos. Razon tenia el carcelero, poco le faltaba á Dantés para volverse loco.

CAPITULO IX.

La noche del dia de la comida de boda.

Villefort, como hemos dicho, tomó el camino de la plaza de la *Grand-Court*, y cuando entró en casa de madama de Saint-Merán, encontró á los convidados en el salon tomando el café. Renee le esperaba con una impaciencia de que participaba todo el resto de la sociedad. Asi, pues, fué acogido con una exclamacion general.

—Vaya, cortador de cabezas, sostén del estado, exclamó uno, ¿qué ha ocurrido?

—¿Estamos amenazados de algun nuevo régimen del *terror*? preguntó otro.

—¿Ha salido de su caverna el Ogro de Córcega? preguntó un tercero.

—Señora marquesa, dijo Villefort, acercándose á su futura suegra, vengo á rogaros me escuseis por verme obligado á dejaros de este modo... señor marqués, ¿podré tener el honor de deciros dos palabras en particular?

—¡Ah! ¿pero es grave el asunto? preguntó la marquesa al ver la nube que oscurecía la frente de Villefort.

—Tan grave, que no tardaré en verme obligado á separarme de vos por algunos días. Para que esto suceda, continuó, juzgad si el asunto será sério!

—¿Vais á partir, caballero? exclamó Renée, incapaz de ocultar la emoción que le causaba esta inesperada noticia.

—Ay! sí, señorita! respondió Villefort, es necesario.

—¿Y á dónde vais? preguntó la marquesa.

—Es un secreto, señora. Sin embargo, si alguno de los presentes quiere enviar algunos encargos á Paris, yo tengo un amigo que partirá esta tarde y los llevará con mucho gusto.

Todos se miraron unos á otros.

—Me habeis indicado que deseábais hablarme, dijo el marqués.

—Si, pasemos á vuestro gabinete, si gustais.

El marqués cogió el brazo de Villefort y salió con él.

—¡Vamos! preguntó este último al llegar al gabinete, ¿qué es lo que sucede? ¡hablad!

—Cosas que yo creo de la mayor gravedad, y que hacen indispensable mi marcha á Paris al instante. Ahora, perdonad la indiscreción de la pregunta; ¿teneis rentas del Estado?

—Si, por valor de seis á setecientos mil francos; toda mi fortuna.

—Pues bien, vended ese papel, marqués; vendedlo, ó estais arruinado!

—¿Pero como quereis que le venda?

—¿No conoceis á ningun agente de bolsa?

—Si.

—Dadme una carta para él, y que venda sin perder un minuto! ¡sin perder un segundo! ¡quizás sea ya tarde!

—¡Diablo! exclamó el marqués, no perdamos tiempo.

Y se sentó á la mesa y escribió una carta á un agente de bolsa, en la cual mandaba que vendiese á cualquier precio.

—Ahora que tengo esta carta, dijo Villefort guardándola cuidadosamente en su cartera, necesito otra.

—¿Para quién?

—Para el rey.

—¿Para el rey?

—Si.

—Pero yo no me atrevo á tomar á mi cargo el escribir á S. M.

—Tampoco os lo pido yo á vos; pero os suplico lo haga Mr. de Servieux. Es necesario que yo sea presentado á S. M. sin tenerme que someter á todas las formalidades de etiqueta que me harian perder un tiempo precioso.

—Pero ¿no conocéis al guardasellos, por cuya intervención podéis á cualquiera hora hablar con el rey?

—Sí, sin duda alguna; pero es inútil que yo comparta con otro el mérito de la noticia que voy á comunicar, comprendéis? Solo os digo una cosa, marqués, mi carrera está ya asegurada; si llevo el primero á las Tullerías habré hecho un servicio muy grande al rey, servicio que estoy seguro de que no olvidará.

—En ese caso amigo mio, id á hacer vuestros preparativos, yo voy á llamar á Servieux, y le haré escribir la carta que os franqueará la entrada en palacio.

—Bien, no perdais tiempo, porque dentro de un cuarto de hora, es preciso que yo esté en la silla de posta.

—No tengais cuidado.

—Por supuesto que me escusareis con la marquesa, ¿no es así? y con la señorita de Saint-Merán de quien me separo en un dia como este con el mas profundo sentimiento.

—A las dos las encontrareis en su gabinete, y allí podreis despediros de ellas.

—Mil gracias, ahora ocupaos de mi carta.

El marqués llamó á su lacayo.

—Decid al conde de Servieux que le espero aquí, dijo el marqués; ahora podéis marcharos cuando gustéis; dijo dirigiéndose á Villefort.

—Bueno, al momento vuelvo.

Y Villefort salió corriendo; pero al llegar á la puerta volvió á tomar su paso ordinario, es decir, su paso magistral. Al tiempo de salir apercibió oculta en la sombra una especie de fantasma blanca, que le esperaba en pie é inmóvil. Era la jóven catalana, que al no tener noticias de Edmundo, se escapó por la noche del Faro, para venir á saber por sí misma la causa de la prision de su amante. Al ver á Villefort, le salió al encuentro. Dantés habia hablado ya al sustituto, de su prometida, y Mercedes no tuvo necesidad de decir su nombre, para que Villefort la reconociese. Este se sorprendió de la belleza y de la dignidad de aquella muger, y cuando le preguntó ¿qué habia sido de su amante? le pareció que él era el acusado, y ella quien lo juzgaba.

—El hombre de quien hablais, dijo bruscamente Villefort, es un gran culpable, y nada puedo hacer por él, señorita. Mercedes dejó escapar un gemido, y como Villefort procurase pasarse al otro lado para seguir su camino, ella le detuvo por segunda vez:

—¿Pero donde está? preguntó, decidme eso á lo menos, para que pueda informarme si es vivo ó muerto!

—No lo sé; ya no está en mi poder, respondió, Villefort.

Violentado con ver aquella mirada fija y aquella actitud suplicante rechazó á Mercedes, y entró en su casa dejando á la muger desesperada.

Asi que hubo entrado, Villefort cerró la puerta; pero cuando llegó á su gabinete, le faltaron las fuerzas, arrojó un suspiro, y se dejó caer desfallecido sobre su sillón.

Entonces en el fondo de aquel corazón, nació el primer gérmen de una úlcera mortal: el hombre que sacrificaba á su ambición, el inocente Edmundo que pagaba por Mr. Noirtier culpable, se le apareció pálido y amenazador, dando la mano á su prometida, arrastrando tras sí los remordimientos; ese sonido siniestro y doloroso que hiere algunas veces el corazón, y le marchita con solo el recuerdo de una acción pasagera, produciendo sensaciones que terminan con la muerte. Ya habia él pronunciado la sentencia capital contra algunos acusados, y el recuerdo de su suplicio no habia oscurecido su frente, porque eran culpables, ó á lo menos Villefort los creia tales. Pero ahora variaba la cuestión; aquella sentencia, sentencia de encierro perpétuo era contra un inocente, un inocente que iba á ser feliz, y del que no solo destruía la libertad, sino la dicha. Esta vez no obraba como juez, sino como verdugo! Y al pensar así, sentía ese latido sordo que ya hemos descrito, y que hasta entonces le era desconocido; latido que le llegaba hasta el fondo del corazón, y mil vagos tormentos se apoderaban de su pecho.

La herida que habia recibido Villefort era de esas que no se cierran nunca, ó al menos no se cierran sino para volverse á abrir mas sangrientas y mas dolorosas que antes. Si en tal momento la dulce voz de Renée hubiese resonado en su corazón pidiéndole gracia, si la bella Mercedes hubiera entrado diciéndole: «En nombre de Dios, que nos mira y que nos juzga, volvedme á mi amante» entonces aquella frente medio inclinada ya por la necesidad, se hubiera bajado aun mas, y con sus manos heladas, á riesgo de lo que pudiera resultar, habria firmado la orden de libertad para Dantés; pero ninguna voz se oyó en medio del silencio y la puerta no se abrió mas que para dar paso á un criado de Villefort, que vino á anunciarle estaban enganchados los caballos á la silla de posta. Villefort se levantó con prontitud como un hombre que triunfa de una lucha interior, corrió á su gabeta, colocó en sus bolsillos todo el oro que habia en uno de los cajones; empezó á dar vueltas por el cuarto como un insensato, articulando palabras inconexas; en fin, sintiendo que el criado acababa de echarle la capa sobre los hombros, salió, se lanzó en el carruage, y mandó al lacayo que pasase á la calle de Grand-Course, á casa de Mr. de Saint-Merán.

¡Ninguna esperanza quedaba ya al infeliz Dantés!

Villefort encontró, como se lo prometió Mr. Saint-Merán á la marquesa y á Renné en el gabinete. Al ver á Renée, el jóven se estremeció, porque creyó que iba á pedirle cuenta de la libertad de Dantés. ¡Pero, ay! preciso es decirlo, la jóven no se ocupaba mas que de la partida de Villefort. Le amaba y estaba para partir en el momento en que iba á ser su marido; no podia decir cuando volvería, y Renée, en lugar de compadecer á Dantés maldijo al hombre que por su crimen le separaba de su amante.

¡Y Mercedes! ¡qué debia decir! La pobre habia encontrado en la esquina de la calle de la Loge á Fernando que la habia seguido; volvió á los Catalanes, y moribunda y desesperada, se arrojó sobre su cama. Delante de esta cama Fernando se puso de rodillas y agarr-

rando la mano helada que ella no pensaba en retirar, la cubria de besos que tampoco sentia. Asi pasó la noche; la lámpara se habia estinguido por falta de aceite; ni la oscuridad, ni la luz, ni el dia que volvió á aparecer, fueron notados por ella. El dolor habia pues-to delante de sus ojos una venda que no le dejaba ver mas que á Edmundo.

—¡Ah! ¿estais ahí? dijo al fin, volviéndose hácia Fernando.

—Desde ayer no os he abandonado ni un solo momento, respondió este con aire doloroso.

En cuanto á M. Morrel no quiso desmayar. Supo que despues de su interrogatorio, Dantés fué conducido á una prision; entonces corrió á casa de todos sus amigos. Se presentó en la de las personas que podian tener alguna influencia; pero ya se habia esparcido el rumor de que el jóven habia sido preso por bonapartista; y como en aquella época miraban como un sueño toda tentativa para hacer subir á Napoleon al trono, por todas partes no encontró mas que frialdad, temor y negativas y se retiró á su casa desesperado, pero confesando sin embargo que la posicion era grave y que nadie podria salvarle.

Caderousse estaba muy inquieto por su parte. En lugar de salir como habia hecho Mr. Morrel, en lugar de intentar alguna cosa en favor de Dantés por el cual no podia hacer nada, se encerró con dos botellas procurando ahogar en vino sus inquietudes.

Pero en el estado en que se hallaba su espíritu era poco dos botellas para apagar sus recuerdos, mucho para poder ir á buscar mas vino. Asi pues se quedó apoyado sobre la mesa con los ojos fijos en las botellas vacias.

Danglars únicamente no estaba inquieto ni atormentado, sino mas bien alegre, porque se habia vengado de un enemigo, y asegurado á bordo del *Faraon* la plaza que temia perder.

Danglars era uno de esos hombres de cálculo que nacen con una pluma detras de la oreja y un tintero en el lado del corazón; todo en el mundo lo reducía él á guarismos.

Se acostó á la hora que tenia de costumbre, y durmió tranquilamente.

Villefort, despues de haber recibido de M. de Servieux, una carta dirigida al conde de Blacas, abrazó á Renée, besó la mano á Mme. de Saint-Merán, estrechó la del marqués, y marchó en posta por el camino de Aix.

El padre de Dantés moria agoviado por el dolor y la inquietud.

En cuanto al desgraciado Edmundo, ya conocemos su suerte.

CAPITULO X.

El gabinete de las Tullerías.

Dejemos á Villefort caminando hácia Paris, y penetremos al través de dos ó tres salones que preceden al gabinete de las Tullerías; son conocidos por haber sido la habitación favorita de Napoleon y de Luis XVIII, y por ser hoy la del rey Luis Felipe. Sentado en

este gabinete junto á una mesa de nogal que habia traído de Hartvell, el rey Luis XVIII escuchaba con distraccion á un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años, de cabellos canos, de fisonomía noble y severa, anotando al márgen de un tomo de Horacio, edicion de Griphius, bastante incorrecta aunque muy estimada, y que se prestaba mucho á las sagaces observaciones filosóficas de S. M.

—Deciais que... prosiguió el rey.

—Que estoy en extremo inquieto.

—¡Cómo! ¿Habeis visto en sueños siete vacas gordas y siete flacas como Putifar?

—Señor, eso nos anunciaria solamente siete años de fertilidad y otros siete de escasez, y con un rey tan previsor como V. M. no debe temerse la escasez.

—¿Pues de qué otra cuestion se trata, mi querido Blacas?

—Señor, tengo algunos motivos para creer que se vá formando una tempestad hácia el lado de Mediodia.....

—¡Mi querido conde, respondió Luis XVIII, os creo mal informado, y al contrario sé de positivo que hácia aquel lado hace un tiempo hermoso.

Aunque hombre de talento, porque Luis XVIII lo tenia, gustaba mucho de bromear.

—Señor, respondió Mr. de Blacas, aunque no fuera mas que para tranquilizar el ánimo de un fiel servidor, ¿no podria enviar V. M. al Languedoc, á la Provenza y al Delfinado hombres de confianza que le informasen acerca del estado de aquellas tres provincias?

—*Cainimus surdis*, respondió el rey continuando su trabajo.

—Señor, continuó el cortesano sonriéndose, dando á entender que comprendia el hemistiquio del poeta Venusino; V. M. tendrá muchisima razon en contar con la buena voluntad de la Francia, pero creo no engañarme mucho en temer alguna tentativa desesperada.

—¿Mas de parte de quién?....

—De Bonaparte, ó al menos de su partido.

—Querido Blacas, me impedís el trabajar con vuestros temores.

—Señor, de buena gana participaria de la opinion de V. M.

—Esperad, mi querido conde, esperad. Estoy ahora en una nota muy interesante acerca del *Pastor cumtraheret*: esperad, despues continuareis.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Luis XVIII escribió con una letra en extremo menuda, una nueva nota al márgen de Horacio, despues de lo cual dijo levantándose:

—Continuad, mi querido conde, continuad, ya os escucho, añadió levantándose con el aire satisfecho de un hombre que cree suya una idea que le ha sugerido otro.

—Señor, dijo Mr. de Blacas, que habia tenido un momento la esperanza de esplotar á Villefort, en provecho suyo, me veo obligado á deciros que no son meros rumores ni simples noticias las que me inquietan; un hombre que merece toda mi confianza y que está encargado por mi de vigilar el Mediodia (el conde vaciló al decir

esto) acaba de llegar en posta para anunciarme, que un gran peligro amenaza al rey, vengo, pues á advertiroslo.

—No, mi querido conde; pero estended la mano.

—¿Cuál?

—La que querais; ahí, hácia la izquierda.

—¿Aquí, señor?

—Os digo que á la izquierda, y buskais á la derecha; á mi izquierda quiero decir; ahí, ahí debéis encontrar el parte del ministro de la policía, fecha de ayer...mas, mirad, ahí está el mismo Mr. Daudré... ¿no es él? interrumpió Luis XVIII dirigiéndose al ugier que en efecto acababa de anunciar al ministro de la policía.

—Si, señor, Mr. el baron Daudré contestó el ugier.

—A tiempo venis baron, replicó Luis XVIII con una imperceptible sonrisa: entrad y referid al conde lo último que sepais acerca de Mr. Bonaparte. No disimuleis nada de la situación por grave que sea. ¿Está hecha un volcan la isla de Elba y vamos á ver salir de ella la guerra devoradora y horrible, *bella horrida bella*?

Mala ducis avi domum, continuó el rey anotando su Horacio.

—¿V. M. manda que no insista mas respecto á este asunto?

—¿Ha tenido á bien V. M. leer mis comunicaciones de ayer? dijo el baron.

—Si, si, pero decid al conde lo que contenian esas comunicaciones, decidle detalladamente lo que hace el usurpador en su isla.

—Caballero, dijo el baron, todos los buenos servidores de S. M. deben regocijarse con las recientes noticias que hemos recibido de la isla de Elba. Bonaparte.....

El baron miró á Luis XVIII, que, ocupado en escribir otra nota, ni siquiera levantó la cabeza.

—Bonaparte, continuó el baron, se consume mortalmente, de puro fastidio, y pasa dias enteros mirando trabajar á sus mineros de Porto-Longone. Aun hay mas: casi estamos seguros de que dentro de algun tiempo el usurpador se volverá loco.

—¿Loco?

—Loco de atar. Su cabeza se debilita. Unas veces llora amargamente; otras rie á grandes carcajadas; otras, en fin, pasa las horas enteras á la orilla del mar tirando piedrecitas al agua; y cuando las vé deslizarse dando botes por la superficie, parece tan satisfecho de sí mismo como si hubiese ganado una batalla como la de Marengo ó la de Austerlitz. Me parece que son suficientes indicios de locura.

—O de cordura, señor baron, ó de cordura! dijo Luis XVIII riéndose. Arrojando piedrecitas al agua era como se recreaban los grandes capitanes de la antigüedad. Ved á Plutarco, en la *vida de Scipion el africano*.

Quedó Mr. Blacas pensativo entre aquellos dos confiados. Villefort que no habia querido decirle todo para que otro no se llevase entera la ganancia de su secreto; le dijo al menos lo bastante para meterlo en cuidado.

—Vamos, vamos Daudré, replicó Luis XVIII: todavia no está convencido Blacas: pasad á la conversion del usurpador.

El ministro de policia se inclinó.

—¡Conversion del usurpador! murmuró el conde mirando al rey y á Daudré que alternaban como dos pastores de Virgilio.

—¿Se ha convertido el usurpador?

—Completamente, mi querido conde.

—Pero convertido ¿á qué?

—A los buenos principios: esplicadlo baron.

—Pues señor, dijo el ministro muy formal, últimamente ha pasado Napoleon una revista, y como dos ó tres de sus gruñones veteranos, segun les llama, mostrasen deseos de volver á Francia, les ha dado su licencia exhortándoles á servir á su buen rey: tales fueron sus palabras, señor conde, lo sé de positivo.

—¿Qué decís á eso? dijo el rey triunfante, cesando al punto de glosar el voluminoso tomo que tenia delante.

—Digo, que ó el señor ministro de policia ó yo, nos engañamos. Probablemente seré yo, pues que no descansan en mi la salud y el honor de V. M. Sin embargo, en el lugar de V. M., yo interrogaria por mí mismo á la persona de quien he hablado, é insisto en que V. M. le haga ese honor.

—Bueno, recibiré á quien querais; pero con las armas en la mano. Señor ministro, ¿teneis alguna comunicacion mas reciente que la que me habeis hecho ayer, y que tiene la fecha de 20 de febrero? Estamos á 4 de marzo.

—No señor, pero la esperaba de un momento á otro. Salí esta mañana, y tal vez haya llegado durante mi ausencia...

—Pues id á la prefectura y traedla... si no ha venido... si no ha venido... continuó el rey sonriéndose, fraguad una á vuestro gusto.

—¡Oh! en cuanto á estas comunicaciones poco se puede inventar; todos los dias se llenan nuestras mesas de denuncias á cual mas circunstanciadas, hechas por una multitud de visionarios que esperan el premio de sus servicios algun dia.

—Está bien, id á eso, dijo Luis XVIII, y cuidado! que os espero con impaciencia.

—No hago mas que ir, y dentro de diez minutos estoy de vuelta.

—Y yo, señor, voy á buscar á mi mensagero, dijo Mr. de Blacas.

—Esperad, dijo el rey: tengo que cambiaros el escudo: os he de dar una águila con las alas tendidas, con una presa entre sus garras que en vano quiere escapársele, con esta divisa: *Tenax*.

—Señor, ya escucho, dijo Mr. de Blacas.

—Quería consultaros acerca de este pasage: *Molli fugies anhelitu*. Ya sabeis, se trata del ciervo que huye del lobo. ¿No sois vos cazador? ¿qué os parece este *Molli anhelitu*?

—Admirable, señor; pero mi mensagero es como el ciervo de que hablais, porque acaba de andar doscientas veinte leguas en posta, y en tres dias.

—Mucha molestia se ha tomado en efecto, querido conde, cuando tenemos el telégrafo que solo gasta tres ó cuatro horas, y sin cansarse que es mas.

—Ah! señor! mal recompensáis á un pobre jóven que viene desde

tan lejos para dar un aviso útil á V. M. Recíbidle bien, aunque no sea mas que porque me le recomienda Mr. de Servieux, os lo suplico.

—¿Mr. de Servieux, el chambelan de mi hermano?

—El mismo.

—En efecto, en Marsella está.

—Desde allí me ha escrito.

—¿Os habla de esa conspiracion?

—No; pero me recomienda á Mr. de Villefort, y me encarga que le presente á V. M.

—¿Mr. de Villefort! ¿Por qué no me dijisteis su nombre desde un principio? esclamó el rey con ligera inquietud.

—Yo creía que ese nombre os era desconocido.

—No, no, querido Blacas; es uno de esos talentos elevados, y sobre todo ambiciosos; pero me parece que vos conocéis el nombre de su padre. Noirtier.

—¿Noirtier el girondino? ¿Noirtier el senador?

—Justamente.

—¿Y cómo ha empleado V. M. al hijo de semejante hombre?

—Querido conde, ya os dije que Villefort era ambicioso: para conseguir su objeto, Villefort lo sacrificará todo, hasta su padre.

—Entonces, señor, ¿le hago que entre?

—Inmediatamente, conde, ¿dónde está?

—Debe esperarme abajo en mi carruaje.

El conde salió rápidamente del aposento.

Luis XVIII se quedó solo, y dirigió la vista hácia su Horacio entreabierto, murmurando:

—*Justum et tenacem propositi virum.*

Mr. de Blacas volvió con la misma celeridad que se había marchado, aunque tuvo que detenerse en la antesala y sufrir las susceptibilidades del maestro de ceremonias, que se quedó asombrado al ver que con el traje todo lleno de polvo, y tan poco conforme á la etiqueta tuviese aquel jóven la pretension, de quererse presentar delante del rey; pero el conde venció todas estas dificultades con solo una palabra: de órden de S. M., y al momento fué introducido Villefort.

El rey estaba sentado en el mismo lugar que antes.

Al abrir la puerta Villefort y verse enfrente de él se quedó parado.

—Entrad, señor de Villefort, entrad, dijo el rey.

Villefort dió algunos pasos hácia adelante y esperó á que el rey le interrogase.

—Señor de Villefort, continuó S. M., segun me ha dicho el conde de Blacas, teneis que comunicarme cosas muy importantes.

—Señor, tiene razon el conde, como pronto lo conocerá V. M.

—Pero decidme primero ¿es tan grande el mal como me lo quieren hacer creer?

—Creo que sí; pero gracias á las diligencias que he hecho, no será irreparable, así lo espero.

—Pues entonces hablad, caballero, dijo el rey que empezaba á participar de la emocion que habia en las facciones del conde. Hablad,

y sobre todo comenzad por el principio; á mí me gusta que en todas las cosas haya orden.

—Señor, dijo Villefort, voy á contároslo todo fielmente, pero le suplico que me escuse si acaso la turbacion que experimento me hace olvidar algunos detalles.

Despues de este insinuante exordio, Villefort dirigió al rey una ojeada que le tranquilizó acerca de la bondad de su augusto oyente y continuó:

—Señor, acabo de venir á París con toda la prontitud que me ha sido posible para revelar á V. M. que he descubierto, no uno de esos complots vulgares y sin consecuencia, como se urden á cada paso entre la gente del pueblo, sino una conspiracion verdadera, una tempestad que amenaza el trono de V. M. Señor, el usurpador arma tres buques, medita algun proyecto, tal vez insensato, pero no por eso menos terrible. Ya debe haber salido de la isla de Elba á esta hora para dirigirse, no sé donde, pero de seguro para intentar algun desembarco, ya sea en Nápoles, ya en las costas de Toscana, ó en la misma Francia; V. M. no ignora que aun conserva relaciones con Italia y con Francia.

—Sí, caballero, lo sé, dijo el rey conmovido, tambien ha llegado á mi noticia que habia reuniones bonapartistas en la calle de Saint-Jacques y cómo habeis descubierto esos detalles?

—Por medio de un interrogatorio que he hecho á un hombre de Marsella á quien vigilaba hacia tiempo, y á quien prendí el mismo dia de mi partida. Ese hombre, marino turbulento, bonapartista, ha estado en secreto en la isla de Elba. Ha visto al gran mariscal que le ha encargado de una mision para un bonapartista de los mas acérrimos de París, cuyo nombre no he podido saber; mision que era preparar los ánimos á una vuelta, (observad que quien habla es el interrogatorio) que no puede menos de estar próxima.

—¿Y dónde está ese hombre? preguntó Luis XVIII.

—Preso, señor.

—¿Y os ha parecido tan grave el asunto?

—Tan grave que habiendo sabido ese acontecimiento en medio de una fiesta de familia, el mismo dia de mis bodas, todo lo he abandonado para venir á comunicar á V. M. los temores que me habian asaltado.

—Es verdad, dijo el rey, que habia un proyecto de casamiento entre vos y la señorita de Saint-Merán.

—Hija de uno de los mas fieles servidores de V. M.

—Sí, si, pero volvamos á ese complot.

—Me temo que sea algo mas que un complot, que sea una conspiracion.

—Una conspiracion en este tiempo, dijo el rey, es muy fácil de meditar, pero muy difícil de llevar á cabo. Ya hace diez meses que mis ministros aumentan la vigilancia para que esté bien guardado el litoral del Mediterráneo. Si Bonaparte se dirige á Nápoles, la coalicion se alarmaría en cuanto estuviese en Piombino; si se dirige á Toscana, pondria los pies en país enemigo; si á Francia solo será con

un puñado de hombres, y fácil nos será arrojarle y hacerle desistir de su intento. Con que así, caballero, tranquilizáos, pero no por eso dejes de contar con nuestro real agradecimiento.

—¡Ah! aquí está el ministro de la policía, exclamó el conde de Blacas.

En efecto, en este momento apareció en el dintel de la puerta el ministro de la policía, pálido y tembloroso. Villefort dió un paso para retirarse, pero fué detenido por Mr. de Blacas que le apretó fuertemente la mano.

CAPITULO XI.

El Ogro de Córcega.

Al ver aquel rostro tan alterado, Luis XVIII se levantó vivamente de la mesa.

—¿Qué teneis, señor baron, exclamó, para estar tan conmovido? ¿de qué proviene esa turbacion?

—Señor.... murmuró el baron.

—¿Qué hay?... ¿decid?...

—¡Oh! señor..... ¡qué desgracia tan espantosa! nunca me consolaré de....

—Caballero, dijo el rey, os mando que habléis.

—¡Pues bien! señor, el usurpador ha dejado la isla de Elba el 26 de febrero, y desembarcado el 1.º de marzo....

—¿Dónde? ¿en Italia? preguntó el rey.

—En Francia, señor, en un puerto cerca de las Antibias, en el golfo de Juan.

—Ha desembarcado el usurpador en Francia, cerca de las Antibias, en el golfo de Juan, á doscientas cincuenta leguas de Paris, el 1.º de marzo, y traeis esa noticia hoy, 4 de marzo!... ¡Ah! lo que estais diciendo es una cosa imposible, os habrán informado mal.

—¡Ay! señor, ojalá fuera como decís.

Luis XVIII hizo cierto movimiento de cólera y de espanto, y se levantó de repente.

—¡En Francia el usurpador! exclamó, ¡en Francia! ¿pero no vigilan á ese hombre? ¡Oh! ¿quién sabe? ¡tal vez estuvieran de acuerdo con él!

—¡Oh! señor, á un hombre como el señor ministro de la policía, no se le puede acusar de traicion. Señor, todos estábamos ciegos, y el baron ha participado de la ceguedad general.

—Pero.... dijo Villefort, mas deteniéndose de repente: ¡Ah! perdón, perdonadme, señor, exclamó inclinándose, dignese perdonarme V. M.

—Hablad, caballero, hablad, dijo el rey; vos me habeis prevenido el mal, ayudadnos al menos á remediarle.

—Señor, dijo Villefort, el usurpador es aborrecido en el mediodia, y me parece que no será difícil sublevar contra él el Languedoc y la Provenza.

—Si, sin duda, dijo el ministro, pero va avanzando por Gap y Sisteron.

—¡Avanzando! avanzando, dijo Luis XVIII, ¿se dirige acaso á París?

El ministro de la policía guardó un silencio que equivalía á decir que era cierto.

—Y creéis que se pueda sublevar el Delfinado lo mismo que la Provenza.

—Me veo obligado á revelaros una cosa bien cruel; y es que el espíritu del Delfinado está muy lejos de valer tanto como el de la Provenza y el de Languedoc; los montañeses son bonapartistas, señor.

—Vamos, murmuró, Luis XVIII, ¿cuántos hombres trae consigo?

—No sé decirle á V. M., dijo el ministro de la policía.

—¡Cómo! ¿no sabéis? os habeis olvidado de informaros de esa circunstancia? pero al fin no es de mucha importancia, añadió sonriéndose sarcásticamente.

—Señor, el despacho que acabo de recibir anuncia solamente el desembarco y el camino que tomó el usurpador.

—¿Y cómo habeis recibido ese despacho? preguntó el rey.

El ministro bajó la cabeza, y se sonrojó vivamente.

—¡Por el telégrafo!... señor.

Luis XVIII dió un paso hácia adelante, y cruzó los brazos como lo hubiera hecho Napoleon.

—Con que es decir, exclamó palideciendo de cólera á su vez, que siete ejércitos coaligados han derribado á ese hombre; un milagro del cielo me ha colocado sobre el trono de mis antepasados despues de veinte y cinco años de destierro; yo he estudiado durante esos veinte y cinco años á los hombres de esta Francia que ya me estaba prometida, para que despues de haber conseguido el logro de todos mis deseos, una fuerza que yo tenia entre mis brazos estalle y me aniquile!

—¡Oh! señor, es una fatalidad murmuró el ministro, sintiendo que semejante noticia bastaba para anonadar á un hombre.

—¡Caer! continuó Luis XVIII, quien desde la primera ojeada habia conocido el precipicio á cuyo borde se hallaba la monarquía: caer, y saber su caida por medio del telégrafo! ¡Oh! mejor quisiera subir al cadalso de mi hermano Luis XVI, que bajar la escalera de las Tullerías de ese modo espuesto al ridículo. ¡Ah! caballero, vos no sabéis lo que es en Francia el ridiculo y sin embargo deberiais saberlo.

¡Ah! tienen razon nuestros enemigos; nada aprendido, nada olvidado! Si á mí me hiciesen traicion como á él, aun me consolaria, pero estar en medio de personas elevadas por mí á las dignidades, que debian velar por mí mas que por ellos mismos! Porque mi fortuna es la suya: antes de mí nada eran y nada serán tampoco despues de mí. Y caer miserablemente por incapacidad, por descuido, por abandono. ¡Qué horrible falta de prevision!

El ministro estaba abrumado bajo el peso de tan espantoso anatema; Mr. de Blacas se enjugaba el sudor de la frente: Villefort tenia un gozo interior porque veia crecer su importancia.

—Señor, señor! murmuró el ministro, por piedad!

—Acercáos, señor de Villefort, continuó el rey dirigiéndose al jóven que consideraba el giro de aquella conversacion, donde vagaba perdido el destino de un reino; acercáos, y decid á este caballero que se podía haber sabido muy bien antes, lo que él nos ha dicho.

—Señor, era enteramente imposible el adivinar los proyectos que ese hombre ocultaba á todo el mundo, tartamudeó el ministro.

—¡Enteramente imposible! con que es decir que á un ministro que cuenta con los recursos que debe ofrecerle su administracion, y con quince mil francos de fondos secretos, le es enteramente imposible saber lo que pasa á sesenta leguas de las costas de Francia! ¡Pues bien! aqui teneis á este caballero, que no podia disponer de ningunos recursos, á este caballero, simple magistrado, que sin embargo sabia mucho mas de lo que vos sabeis, con toda vuestra policia, y que hubiera salvado mi corona si hubiese tenido, como vos, el derecho de disponer de un telégrafo.

—El ministro miró con una espresion de profundo despecho á Villefort, que bajó la cabeza con la modestia del triunfo.

—No digo esto por vos, mi querido Blacas, continuó Luis XVIII; porque si nada habeis descubierto, á lo menos no habeis mirado esa revelacion de Mr. Villefort con indiferencia!...

Estas palabras hacian alusion á las que pronunció un momento antes el ministro de la policia con tanta confianza; Villefort comprendió perfectamente al rey. Otro cualquiera se hubiera dejado llevar de los elogios que le prodigáran; pero el temió hacerse del ministro de la policia un enemigo mortal, aunque conocia que este estaba perdido irrevocablemente. En efecto, el ministro que no habia sabido adivinar el secreto de Napoleon, podia en medio de sus convulsiones, de su agonía, penetrar el de Villefort; solo necesitaba para esto interrogar á Dantés. Asi, pues, se puso de parte del ministro en lugar de confundirle.

—Señor, la rapidez del acontecimiento debe probar á V. M. que Dios solamente podia haberlo impedido. Lo que V. M. cree por mi parte efecto de una profunda perspicacia, es todo debido á la casualidad. Me he aprovechado de ella obrando como un fiel vasallo. No me concedais, pues, mas de lo que merezco, señor, y desechad la idea que de mí habeis concebido.

El ministro de la policia dió gracias al jóven por medio de una mirada elocuente, y Villefort comprendió que habia salido bien de su proyecto; es decir, que sin perder en nada el reconocimiento del rey acababa de adquirir un amigo que podria serle útil en caso de desgracia.

—Está bien, dijo el rey volviéndose hácia Mr. de Blacas y hácia el ministro de la policia; no tengo necesidad de vosotros, y podeis retiraros; lo que queda por hacer pertenece al ministro de la Guerra.

—Felizmente, señor, dijo Mr. de Blacas, podemos contar con el ejército; V. M. sabe bien, segun los informes que nos dan, lo decidido que está por V. M.

—No me habeis de informes ahora, conde; bien sé la confianza

que se debe tener en ellos. Pero á propósito de informes, ¿qué habeis sabido de nuevo sobre el asunto de la calle de Saint-Jacques?

—¿Sobre el asunto de la calle de Saint-Jacques? exclamó Villefort sin poder contener una exclamacion. Pero deteniéndose de repente, exclamó: perdonad, señor, mi interés hácia V. M. me hace olvidar, no el respeto que tengo hácia vos, por que lo tengo grabado profundamente en el corazon, sino las reglas de la etiqueta.

—Decid, añadió Luis XVIII, habeis adquirido hoy derecho á mi confianza.

—Señor, respondió el ministro de la policia, venia justamente á dar á V. M. los nuevos pormenores que he adquirido respecto á ese asunto, cuando V. M. ha sido interrumpido por la terrible catástrofe que acabamos de saber. Ahora ya estos pormenores carecen de interés.

—Al contrario, dijo Luis XVIII, este asunto me parece que tiene relacion directa con el que nos ocupa, y la muerte del general Epinay, va á revelarnos todo ese gran complot.

Al oir el nombre del general Epinay, Villefort se estremeció.

—En efecto, señor, continuó el ministro de policia; todo induce á creer que esta muerte no ha sido como se creia resultado de un suicidio, sino de un asesinato; el general Epinay salia á lo que parece de un club bonapartista cuando fué asesinado. Un hombre desconocido habia ido á buscarle por la mañana, y citádole en la calle de Saint-Jacques, pero desgraciadamente el camarero del general, que le peinaba en el momento en que el desconocido le daba estas señas, habia conservado en la memoria el nombre de la calle, y olvidado el número de la casa.

A medida que el ministro de la policia daba estos pormenores al rey Luis XVIII, Villefort estaba sumamente inquieto. El rey se volvió hácia él y le dijo:

—¿No opinais lo mismo que yo, señor de Villefort, que el general Epinay, á quien se podia creer del partido del usurpador, pero que en realidad pertenecia al mio, ha perecido víctima de alguna emboscada bonapartista?

—Es probable, señor, respondió Villefort, ¿pero se sabe algo mas?

—Ya están haciendo diligencias para hallar al hombre que le habia dado la cita.

—¿Ah! ¿le están buscando? repitió Villefort.

—Si, el camarero ha dado sus señas; es un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años, moreno, ojos negros, cejas negras y espesas y con patillas; llevaba una levita azul abrochada hasta el cuello, y en uno de sus ojales la cinta de oficial de la Legion de honor. Ayer siguieron á un hombre cuyas señas correspondian perfectamente con las que acabo de dar, y le perdieron de vista en la esquina de la calle de Jussiene y en la de Coq-Herou.

Villefort se habia apoyado sobre el espaldar de un sillón; porque á medida que hablaba el ministro, sus fuerzas se iban agotando: pero cuando oyó que el desconocido habia desaparecido, se tranquilizó algun tanto.

—Buscareis á ese hombre, caballero, dijo el rey al ministro de po-

licia; porque si, como creo muy bien, el general Epinay hubiese sido víctima de un asesinato bonapartista, quiero que sus asesinos sean cruelmente castigados.

Villefort tuvo necesidad de toda su sangre fría para no manifestar el horror que le causaba esta recomendación del rey.

Cosa extraña, continuó Luis XVIII; la policía cree haberlo dicho todo cuando dice: se ha cometido un asesinato; y repararlo todo cuando añade: ya están haciendo pesquisas para descubrir á los culpables.

—Señor, creo que V. M. quedará satisfecho respecto á ese punto.

—Está bien; allá veremos; no quiero deteneros mas, señor baron. Y vos señor de Villefort, como estareis fatigado de vuestro largo viaje, tambien podeis ir á descansar. Ah! ¿sin duda habreis parado en casa de vuestro padre?

Villefort se turbó visiblemente.

—No señor, dijo; vivo en el hotel de Madrid, calle de Tournon.

—¿Pero habeis visto á Mr. de Noirtier?

—Señor he hecho que me conduzcan desde luego á casa del conde de Blacas.

—¿Pero le vereis á lo menos?

—No sé.

—¿Ah! me olvidaba, dijo Luis XVIII sonriendo, me olvidaba de que no estais muy unido con vuestro padre, y que ese es un nuevo sacrificio que haceis á la causa real, sacrificio que yo no dejaré de recompensar.

—Señor, la bondad que me manifiesta V. M., es una recompensa que sobrepuja de tal manera á mi ambicion que nada tengo que pedir al rey.

—No importa, caballero, no os olvidaremos, podeis estar tranquilo. Mientras tanto (el rey se quitó la cruz de la Legion de honor que llevaba ordinariamente sobre su vestido azul junto á la de San Luis, y se la entregó á Villefort); mientras tanto, dijo, tomad esa cruz.

—Señor; dijo Villefort, V. M. se engaña, esa cruz es la de oficial.

—Tomadla, á fé mia, dijo Luis XVIII, tomadla, vos Blacas, cuidadéis de que se entregue á Mr. de Villefort el diploma.

Los ojos de este se humedecieron con una lágrima de alegría; tomó la cruz y la besó.

—Y ahora, preguntó, ¿cuáles son las órdenes que tendré el honor de recibir de V. M.?

—Podeis retiraros á descansar cuando querais, y marcharos á Marsella donde me podreis ser de gran utilidad.

—Dentro de una hora saldré de Paris.

—Id.... vos, señor baron, mandad que vayan á buscar al ministro de la guerra; Blacas, quedáos.

—¿Ah! caballero, dijo el ministro de la policía á Villefort al salir de las Tullerías, entraís por buena puerta y ya está hecha vuestra fortuna!

—¿Durará mucho? murmuró Villefort saludando al ministro y buscando con los ojos un carruaje.

Uno de alquiler pasó por allí, Villefort se metió en él, y diez

minutos despues entraba en su casa; mandó preparar sus caballos para dentro de dos horas, y ordenó que le dispusiesen el desayuno. Iba á sentarse á la mesa, cuando el timbre de la campanilla resonó fuertemente; el criado fué á abrir, Villefort prestó atencion, y oyó que pronunciaban su nombre.

—¿Quién puede saber que estoy aquí? preguntó el jóven.

—En este momento entró el criado.

—¿Y qué hay? ¿quién ha llamado? dijo Villefort.

—Un estrangero que no quiere decir su nombre.

—¿Y qué traza tiene?...

—Es un hombre de unos cincuenta y tantos años.

—¿Alto ó bajo?

—De una estatura regular, moreno, muy moreno, cabellos, ojos y cejas negros, y patillas del mismo color.

—¿Cómo va vestido? preguntó rápidamente Villefort.

—Lleva una levita azul abotonada de arriba á bajo, condecorado con la legion de honor.

—El es, murmuró Villefort palideciendo.

—¡Eh! diantre! dijo el individuo, cuyas señas hemos dado, apareciendo en el dintél de la puerta, pues me gusta; ¿es costumbre en Marsella el que los hijos hagan esperar en la antesala á su padre?

—¡Padre mio! exclamó Villefort, ya me figuré que seriais vos.

—Pues si te lo figuraste, añadió el recién venido colocando su baston en un rincon y su sombrero sobre una silla, tanta mas razon para no haberme hecho esperar de esa manera, mi querido Gerardo.

—Dejadnos solos, German, dijo Villefort.

El criado salió dando visibles muestras de asombro.

CAPITULO XII.

El padre y el hijo.

Mr. Noirtier, porque él era en efecto el que acababa de entrar, siguió con los ojos al criado hasta que este hubo cerrado la puerta; pero temiendo sin duda que se quedase escuchando en la antesala, fué á abrir detrás de él; la precaucion no era inútil, y la rapidez con que se retiró el criado German, probó que no estaba libre del pecado que le sospechaban. Mr. Noirtier se tomó entonces el trabajo de cerrar perfectamente todas las puertas, volvió, y presentando la mano á Villefort que habia seguido todos sus movimientos con sorpresa:

—¿Sabes, mi querido Gerardo, dijo mirando al jóven fijamente, que no manifiestas mucho gusto en verme?

—Si tal, padre mio, dijo Villefort, estoy contentísimo; pero como no esperaba vuestra visita, me he quedado algo sorprendido.

—Mas, ahora que caigo en ello, replicó Mr. Noirtier sentándose; me parece que lo mismo podria yo decir de ti. ¡Cómo! ¡me anuncias tus bodas en Marsella para el 28 de febrero, y te veo en Paris el 4 de marzo!

—Si he venido aquí, padre mio, dijo Gerardo acercándose á Mr. Noirtier, no os debe pesar; porque solo por vos estoy aquí, y este viage os salvará tal vez.

—¡De veras! hombre, dijo Mr. Noirtier recostándose en el sillón donde estaba sentado; ¡de veras! vaya, pues, contadme eso, señor magistrado, debe ser cosa curiosa.

—¿Padre mio, habeis oido hablar de cierto club bonapartista que se reúne en la calle de Saint-Jacques?...

—Número 53; yo lo creo, como que soy su vice-presidente.

—¡Padre mio! vuestra sangre fria me estremece!

—¡Qué quieres! cuando uno ha estado proscripto por los montañeses, se ha salido de Paris metido en una carreta de heno, ha sido acosado en los arenales de Burdeos por los sabuesos de Mr. Robespierre, no se inquieta por la mayor parte de las cosas. Continúa, ¿qué ha pasado en ese club de la calle de Saint-Jacques?

—Lo que ha pasado es que han hecho llamar al general Epinay, que este salió de su casa á las nueve de la noche, y que ha sido hallado su cadáver al dia siguiente en el Sena.

—¿Y quién te ha contado esa historia tan curiosa?

—¡El mismo rey, padre mio!

—¡Pues bien! yo en cambio de tu historia, continuó Noirtier, voy á comunicarte una noticia.

—Padre mio, creo que sé lo que vais á decir.

—¡Ah! ¿sabes el desembarco de S. M. el emperador?

—Silencio, padre mio, os lo ruego primero por vos, despues por mi; si, ya sabia yo esa noticia, y casi la sabia antes que vos, porque hace tres dias que me desespero por no poder arrancar de mi frente un pensamiento que la abraza.

—¡Hace tres dias! ¿estás loco? ¡pues si hace tres dias aun no se había embarcado el emperador.

—No importa, yo ya sabia el proyecto.

—¿Pues cómo?

—Por una carta dirigida á vos desde la isla de Elba y que he sorprendido en la cartera del mensajero. Si esa carta hubiese caído entre las manos de algun otro, ya hubiérais sido fusilado á esta hora tal vez.

El padre de Villefort se echó á reir dando grandes carcajadas.

—Vamos, vamos, dijo, parece que la restauracion ha aprendido del imperio el modo de despachar pronto los negocios.... ¡fusilado! ¿dónde ibamos á parar! ¿y esa carta donde está?

—La he quemado, temiendo que quedase un solo fragmento de ella; porque esa carta era vuestra perdicion.

—Y la de tu porvenir, respondió friamente Noirtier, pero nada deberé temer, puesto que tú me proteges.

—Hago mas que eso, os salvo.

—¡Ah! ¡diantre! eso es ya mas dramático: explicate.

—Padre mio, volvamos á ese club de la calle de Saint-Jacques.

—Parece que ocupa mucho ese club á la policia; ¿por qué no lo han buscado mejor? entonces lo habrían hallado.

—No lo han hallado, pero están haciendo pesquisas para ello.

—Esa es la palabra de que siempre se valen; cuando la policía conoce que no puede hacer nada, dicen que están haciendo pesquisas, y el gobierno espera que vayan á decirles con las orejas agachadas que se ha perdido la pista.

—Pero ahora se ha encontrado un cadáver; el general ha sido muerto, y eso se llama un asesinato.

—¿Un asesinato dices? ¿quién prueba que el general ha sido víctima de un asesinato? ¿no se encuentran á cada paso cadáveres de personas que se han arrojado al Sena de desesperacion ó que se han ahogado por no saber nadar?

—Padre mio: bien sabeis que no se ha ahogado de desesperacion, y que no suelen bañarse las gentes en el Sena en el mes de enero: no, no os engañeis, esa muerte ha sido calificada, y con razon, de asesinato.

—¿Y quién la ha calificado de ese modo?

—¡El rey!

—¡El rey! pues yo le creia mas filósofo para comprender que en política no hay asesinatos. En política, querido mio, no hay hombres, sino ideas; no hay sentimientos, sino intereses. En política no se mata á un hombre, se suprime un obstáculo. ¿Quieres saber como han pasado las cosas? ¡pues bien! voy á decírtelo. Creíamos poder contar con el general Epinay, y nos le habian recomendado muy encarecidamente desde la isla de Elba. Uno de nosotros fué á su casa á invitarle á que asistiese á la calle de Saint-Jacques á una reunion de amigos.

Asistió á ella y allí le revelaron todo el plan. Asi que le hubo escuchado todo perfectamente, asi que ya no le quedó por saber nada, respondió que él era realista. Entonces todos se miraron unos á otros; le exigieron juramento; lo hizo, pero de tan mala gana, que el jurar de aquella manera era mas bien ofender á Dios. ¡Pues bien! apesar de todo, dejaron al general salir libre, enteramente libre. No volvió á su casa, ¿qué quereis? lo cierto es que de nuestra casa salió; habrá equivocado el camino tal vez; ¡un asesinato! en verdad que me sorprende, Villefort, que tú, sustituto del procurador del rey, fundes una acusacion sobre tan pobres pruebas. Acaso he dicho yo alguna vez cuando ejerces tu cargo de realista y haces cortar la cabeza á uno de los de mi partido: «¡Hijo mio has cometido un asesinato!» No, siempre te he dicho: «Muy bien, caballero, has combatido victoriosamente; pero mañana la represalia.»

—Pero, padre mio, tened cuidado, esa venganza será muy terrible cuando la tomemos.

—No te entiendo.

—¿Vos contaís con la vuelta del usurpador?

— Confieso que sí.

—Pues os engañais, padre mio, el emperador no adelantará diez leguas en el interior de la Francia sin ser perseguido, acosado, como si fuera una bestia feroz.

—Amiguito, el emperador está en este momento camino de Grenoble. El 10 ó el 12 estará en Lyon, y el 20 ó 25 en Paris.

—Los pueblos van á sublevarse....

—En su favor.

—Solo tiene consigo algunos hombres, y ya se enviarán ejércitos contra él.

—Que le servirán de escolta para entrar en la capital. En verdad, mi querido Gerardo, que pareces aun un niño. Ya te crees bien informado por que un telégrafo ha anunciado tres dias ó cuatro despues del desembarco. «El usurpador ha desembarcado en Cannes con algunos hombres. ¡Ya se le está persiguiendo!» ¿Pero dónde está? ¿qué hace? nada sabeis. Ya se le persigue, esto es todo lo que sabeis; ¡pues bien! asi le perseguirán hasta París sin disparar un fusil.

—Grenoble y Lyon son ciudades fieles y le opondrán, á no dudarlo, una barrera invencible.

—Grenoble le abrirá las puertas con entusiasmo, Lyon le saldrá al encuentro. Creeme, estamos tan bien informados como vosotros, y nuestra policia no desmerece de la vuestra. ¿Quereis una prueba de ello? Tú deseabas ocultarme tu viage, y sin embargo yo he sabido tu llegada media hora despues de haber pasado la barrera; no diste tus señas á nadie mas que al postillon; ¡pues bien! yo las sabia; y la prueba es que llego aqui en el momento en que te íbas á sentar á la mesa: ¿qué te parece? vaya, pues, llama y dí que pongan otro cubierto mas.

—En efecto, respondió Villefort, mirando á su padre con asombro, en efecto me parecis bastante informado.

—Pues ello es bien sencillo, vosotros que teneis el poder disponeis solamente de los medios que proporciona el dinero, nosotros, que le esperamos, disponemos únicamente de los medios que proporciona un verdadero entusiasmo.

—¿El entusiasmo? dijo Villefort riéndose.

—Si, el entusiasmo; asi es como se llama en términos honrosos la ambicion que sabe esperar.

Y el padre de Villefort estendió la mano hácia el cordon de la campanilla para llamar al criado. Villefort le detuvo:

—Esperad, padre mio, dijo el jóven; oid una palabra....

—Decid....

—Por mala que sea la policia realista, sabe sin embargo una cosa.

—¿Cuál?

—Las señas del hombre que se presentó en casa del general Epinay la misma mañana de su desaparicion.

—¡Ah! ¿sabe ya eso la policia?...¿y á que se reducen las señas que dices....?

—Oidlas; la tez morena, cabellos, patillas y ojos negros; levita azulabotonada hasta el cuello; una condecoracion de oficial de la Legion de honor en un ojal, sombrero de ala ancha y baston de caña de Indias.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿con que sabe tanto? ¿y por qué no se ha apoderado de ese hombre?....

—Porque al seguirle, se les ha estraviado antes de ayer en la esquina de la calle de Coq-Heron.

—¡Cuando yo te decia que vuestra policia era tonta rematada!

—Lo cierto es que de un momento á otro puede hallar á ese hombre.

—Si, dijo Noirtier mirando descuidadamente á su alrededor; si, nada tendrá de extraño si ese hombre no está avisado; pero, gracias á Dios, lo está, añadió sonriendose, y vá á mudar de rostro y de traje....

Al decir estas palabras, se levantó, se quitó la corbata y la levita: se dirigió á una mesa sobre la cual se hallaban todas las piezas necesarias para el tocador de su hijo, tomó una navaja de afeitar, se enjabonó el rostro, y con mano firme empezó á afeitarse aquellas patillas que eran para la policia una de las señas mas preciosas. Villefort miraba á su padre con terror y admiracion. Así que estuvieron perfectamente cortadas sus patillas, Noirtier se peinó los cabellos de una manera muy distinta, se puso en lugar de su corbata negra, otra de color que divisó encima de una maleta; en lugar de su levita azul y abotonada, una levita de Villefort, de color de castaña y de hechura abierta; probóse delante de un espejo el sombrero de ala abarquillada del jóven, pareció bastante satisfecho de su mudanza; y dejando la caña de Indias en el mismo rincon donde la habia colocado, tomó en su nerviosa mano un ligero junco de su hijo.

—Vamos, dijo volviéndose hácia Villefort, que estaba estupefacto, así que se hubo concluido este cambio; ¿crees que me reconozca ahora tu policia?

—¡Oh! no, creo que no, murmuró Villefort.

—Ahora, mi querido Gerardo, continuó Noirtier, fio en tu prudencia para que escondas todos estos objetos que me acabo de quitar.

—¡Oh! podeis estar tranquilo, padre mio, dijo Villefort.

—Si, si, ahora creo que tenias razon, y que podias en efecto haberme salvado la vida. Pero tranquilízate, pronto te lo pagaré.

—Villefort inclinó la cabeza.

—¡Qué! ¿No te convences?

—Creo que os engañais, padre mio.

—¿Volverás á ver al rey?

—Tal vez.

—¿Quieres pasar á sus ojos por profeta?

—Los profetas de desgracias son mal recibidos en la córte, padre mio.

—Si, pero llega un dia en que se les hace justicia; y si no, suponemos una segunda restauracion; tu pasarás entonces por un hombre tan grande como Talleyrand.

—En fin, ¿qué debo de decir al rey?

—Lo siguiente: «Señor, os engañan acerca de las disposiciones de la Francia, de la opinion de la ciudades y del espíritu del ejército; aquel á quien llamais en Paris el Ogro de Córcega, que se llama aun el usurpador en Nevers, se llama ya Bonaparte en Lyon y el emperador en Grenoble. Lo creeis derrotado, perseguido, huyendo tal vez, y marcha rápido como el águila que vuelve á traer; creéis á sus soldados fatigados y hambrientos, y sus soldados cada vez mas vigorosos se aumentan como los átomos de nieve al rededor de la bola que se

precipita; señor, partid, abandonad la Francia á su verdadero dueño, por conquista y no por compra, partid, y no correreis ningun riesgo; porque aunque vuestro adversario es bastante poderoso para perdonaros, sería demasiado humillante para un nieto de San Luis, deber la vida al hombre de Arcole, de Marengo y de Austerlitz!... dile esto, Gerardo, ó mas bien, no le digas nada; disimula el objeto de tu viage, no te vanaglories de lo que has venido á hacer y de lo que has hecho en París, toma inmediatamente la posta y devora el espacio, si es posible, hasta llegar á Marsella; entra en ella de noche, penetra en tu casa por una puerta falsa, y permanece allí escondido humildemente y de la manera mas inofensiva, porque esta vez, te lo juro, nosotros nos portaremos como hombres que conocen ya bien á sus enemigos. Anda, hijo mio, anda, mi querido Gerardo, y mediante esta obediencia á las órdenes paternas, ó mas bien esta deferencia á los consejos de un amigo, te sostendremos en tu destino. Y además, añadió Noirtier sonriéndose, será un nuevo medio que tendrás de salvarme otra vez si *la bascula* política vuelve á elevarte. Adios, hijo mio, adios, mi querido Gerardo, en tu próximo viage á París parará en mi casa.

Noirtier salió al decir estas palabras con aquella misma tranquilidad que no le habia abandonado ni un momento, durante tan larga y difícil conversacion. Villefort, pálido y agitado, se dirigió á la ventana, levantó la cortina, le vió cruzar impasible por medio de dos ó tres hombres de mala facha emboscados detras de la esquina, que esperaban sin duda al hombre de las patillas negras, de la levita azul y del sombrero de anchás alas.

Villefort permaneció en pié y lleno de ansiedad hasta que su padre hubo desaparecido por la encrucijada de Bussy; entonces se lanzó sobre los objetos que aquel habia dejado, los guardó en lo mas hondo de su maleta, se puso una gorrilla de viage, llamó al camarero, arre-gló la cuenta con él, y saltó al carruage que le esperaba á la puerta. En Lyon supo que Bonaparte acababa de entrar en Grenoble, y llegó á Marsella, en medio de la agitacion que reinaba en todo el camino, luchando con las angustias que eran consiguientes á un hombre que ocupaba ya un puesto distinguido.

CAPITULO XIII.

Los cien dias.

Mr. Noirtier era buen profeta; pronto caminaron las cosas al paso que él habia dicho. Conocida es la vuelta de la isla de Elba, vuelta estraña, milagrosa, sin ejemplo en lo pasado, y probablemente sin imitacion en el porvenir; Luis XVIII no probó á detener este golpe tan repentino sino muy débilmente. Su poca confianza en los hombres le hacia desconfiar de los acontecimientos. El reinado, ó mas bien la monarquía, reconstituida apenas por él, tembló sobre su base vacilante aun, y un solo ademán del emperador hizo estremecer aquel edificio, mezcla imperfecta de antiguos errores y de ideas modernas. Villefort no obtuvo de su rey mas que una gratitud, no so-

lamente inútil por el momento, sino peligrosa, teniendo la prudencia de no mostrar á nadie aquella cruz de oficial de la Legion de honor, aunque Mr. de Blacas le hubiese espedido el diploma por la recomendacion del rey. Napoleon hubiera destituido de seguro á Villefort de su cargo, á no ser por la proteccion de Noirtier, que fué uno de los personajes mas poderosos de la córte de los Cien-dias, tanto por los peligros que habia arrostrado, como por los servicios que habia hecho. Asi, pues, como se lo habia prometido el girondino de 95 y el senador de 1806, protegió al que le habia protegido dias antes. Todo el poder de Villefort se limitó durante esta corta evocacion del imperio á ahogar el secreto de Dantés que habia estado á punto de divulgar. El procurador del rey fué destituido de su empleo por sus opiniones tibias respecto al emperador.

Sin embargo, apenas estuvo restablecido el poder imperial, es decir, apenas habitaba el emperador aquellas Tullerías que acababa de abandonar Luis XVIII, y apenas hubo lanzado las numerosas y divergentes órdenes desde aquel gabinete en donde ya hemos introducido á nuestros lectores, sobre la mesa de nogal, en la cual encontró abierta y casi llena aun la caja de tabaco de Luis XVIII; cuando Marsella, apesar de la actitud de sus magistrados, empezó á sentir arder en ella las primeras llamaradas de la guerra civil mal estinguida aun hácia el Mediodia. Poco faltó entonces para que las represalias no fuesen algo mas que simples encerradas, con las que insultaron á los realistas. Por un revés de fortuna muy natural, el digno armador á quien ya conocemos como perteneciente al partido popular, se encontró á su vez, no diremos poderoso, porque Mr. Morrel era un hombre prudente y algun tanto tímido, como todos los que han formado una fortuna lenta, laboriosa y comercial; pero á pesar de la poderosa influencia que tenia, no hizo mas que una reclamacion. Y esta reclamacion ya se adivinará que fué en favor de Dantés.

Villefort habia permanecido en pié á pesar de la caida de su superior, y su casamiento se dilató, para tiempos mas felices. Si el emperador seguia en el trono, entonces Villefort necesitaba otra alianza, y su padre se encargaria de buscársela. Si al contrario una nueva restauracion hacia volver á Luis XVIII á Francia, entonces se aumentaria la influencia de Mr. de Saint-Merán, y la union proyectada llegaría á ser uno de los mejores partidos.

El sustituto del procurador del rey era momentáneamente el primer magistrado de Marsella, cuando una mañana se abrió la puerta de su gabinete y le anunciaron á Mr. Morrel. Otro cualquiera se hubiera inquietado al oír este anuncio. Pero Villefort era un hombre que poseía, si no la práctica, á lo menos el instinto de todas las cosas. Obligó á Morrel á hacer antesala, como hubiera hecho en tiempo de la restauracion, á pesar de que estaba solo, y nada mas que por la sencilla razon de que es costumbre hacer antesala al sustituto del procurador del rey: al cabo de un cuarto de hora que empleó en leer dos ó tres periódicos de diversos colores políticos dió orden de que entrase el armador.

Este esperaba encontrar abatido á Villefort; pero le halló como

le habia visto seis semanas antes: es decir, tranquilo, firme y lleno de esa política fria, barrera la mas dificil de saltar que separa al hombre elevado del hombre vulgar. Habia penetrado en el gabinete de Villefort, convencido de que el magistrado temblaría al verle; pero él era el que temblaba ante aquel personage interrogador que le esperaba con el codo apoyado sobre su mesa, y la mano en la megilla. El armador se paró á la puerta. Villefort le miró como si le costase trabajo reconocerle. En fin despues de algunos segundos de un silencioso exámen, durante los cuales Morrel daba vueltas á su sombrero entre sus manos, dijo:

—¿Es el señor Morrel á quien tengo el honor de....

—Sí, señor, el mismo, respondió el armador.

—Acercáos pues, continuó el magistrado, haciendo con la mano cierto ademan protector, y decidme á que debo el honor de vuestra visita.

—¿No lo adivinais, caballero? preguntó Morrel.

—No, ni remotamente pero eso no impide el que me halle muy dispuesto á serviros, si está en mi mano.

—Todo depende de vos, señor.

—Esplicáos pues.

—Caballero, dijo el armador animándose á medida que hablaba y alentado ademas por la justicia de su causa y lo ventajoso de su posicion, sin duda os acordareis de que algunos dias antes de saber yo el desembarco de S. M. el emperador, vine aqui mismo á reclamar vuestra indulgencia en favor de un jóven marino, segundo á bordo de mi buque. Era acusado, si mal no me acuerdo, de tener relaciones con la isla de Elba; esas relaciones que en aquella época eran un crimen, son hoy dia titulos de favor. Entonces vos serviais á Luis XVIII, y no le habeis perdonado, caballero; tal era vuestro deber; pero hoy servís á Napoleon y debeis protegerle; tal es tambien vuestro deber. Os vengo á preguntar que habeis hecho de él.

Villefort hizo un violento esfuerzo sobre si mismo.

—¿Cómo se llamaba? preguntó.

—Edmundo Dantés.

Mas hubiera querido Villefort esperar un tiro de su adversario en un desafio á veinte y cinco pasos que oir aquel nombre lanzado tan á boca de jarro: sin embargo, no pestañeó siquiera. De este modo, dijo Villefort para sí, no podran acusarme de haber hecho cuestion personal el arresto de este jóven.

—¿Dantés? repitió ¿Edmundo Dantés, decis?

—Sí, señor.

Villefort abrió entonces un grueso libro colocado en un cajon de su mesa, lo ojeó, y volviéndose al armador:

—¿Estais bien seguro de no engañaros? le dijo con el aire mas sencillo del mundo.

Si Morrel hubiese sido un hombre mas versado en estas materias, habria encontrado muy estraña aquella respuesta, y se hubiera preguntado á sí mismo como Villefort no le enviaba al registro general de cárceles, ó á la prefectura del departamento. Pero Morrel, con su

candor no veía en todo esto mas que, pura condescendencia. Villefort lo habia comprendido.

—No, caballero, dijo Morrel, no me equivoco: por otra parte conozco perfectamente á ese jóven hace diez años. Vine hará seis semanas á rogaros que fuéseis clemente, así como hoy vengo á rogaros que seais justo; me recibisteis muy mal y me respondisteis peor. ¡Ah! ¡con qué dureza trataban entonces los realistas á los bonapartistas!

—Caballero, respondió Villefort saliendo al quite con su acostumbrada sangre fria, yo era entonces realista, por que creia que los Borbones no solamente eran legítimos herederos del trono, sino elegidos de la nacion. Pero la milagrosa vuelta de que acabamos de ser testigos me ha probado que me engañaba; el génio de Napoleon ha vencido; el monarca legítimo es el monarca amado.

—Enhora buena, exclamó Morrel con su habitual franqueza, ¿puesto que me hablais de ese modo, tendré que temer poco por la suerte de Edmundo?

—Esperad, replicó Villefort ojeando un nuevo registro, esperad... ¿no es un marino que se iba á casar con una catalana? Si, si; ¡oh! ahora me acuerdo; el asunto era bastante grave.

—¿Pues cómo?

—Ya sabeis que al salir de mi casa fué conducido á la prision del tribunal de Justicia.

—Si, si, ¿y bien?

—Y bien, di parte al punto á París, he enviado los papeles hallados sobre él, tal era mi deber, ¿qué quereis?... y ocho dias despues de su prision, el preso fué arrebatado de ella.

—¡Arrebatado! exclamó Morrel; ¿pero qué han podido hacer del pobre muchacho?

—¡Oh! tranquilizáos, habrá sido transportado á Fenestrelles, á Pignerol, á las islas de Santa Margarita, es decir, deportado, segun se dice en términos técnicos, y el dia que menos lo espereis vais á verle volver á tomar el mando de vuestro buque.

—Que venga cuando quiera, su lugar se le tendrá guardado. ¿Pero cómo es que no ha vuelto ya? Me parece que el primer cuidado de la justicia imperial, debe ser el de poner en libertad á los que habian sido encarcelados por la justicia realista.

—No acuseis temerariamente, querido señor Morrel; respondió Villefort, es necesario proceder legalmente en todo. La orden de deportacion se habia expedido desde París, preciso es que de París tambien venga la orden de libertad. Como Napoleon ha entrado no hace aun quince dias, no habrán podido darse esas órdenes.

—Y bien, preguntó Morrel, ¿no habrá ningun medio de apresurar esos requisitos? ahora que nosotros triunfamos tengo algun influjo y podré obtener que anulen la sentencia.

—Pero si no ha habido sentencia.

—A lo menos algo dirá el registro de las cárceles.

—En materia de política ya no hay registros. A veces los gobiernos tienen interés en hacer desaparecer á un hombre sin que deje la menor huella de su paso; los registros podrian dar lugar á las pesquisas.

—Sí, ya comprendo. En tiempo de los Borbones sucedería eso pero ahora...

—Lo mismo sucede en todos tiempos, querido señor Morrel; los gobiernos se suceden y se imitan los unos á los otros. El emperador hasido siempre mas estricto en la observancia del reglamento de sus cárceles que el mismo rey, y el número de los encarcelados, cuyos nombres no aparecen en ningun registro, es incalculable.

Tanta benevolencia era capaz de tranquilizar al mas alarmado: ¡cuánto mas á Morrel que ni aun tenia la mas leve sospecha!

—Pero en fin, señor de Villefort, dijo, ¿qué consejo me daríais para que se apresurase la vuelta del pobre Dantés?

—Uno solo, caballero; haced una solicitud al ministro de Justicia.

—¡Oh! bien sé lo que son las peticiones: el ministro recibe doscientas al día, y de esas no lee cuatro.

—Si, replicó Villefort; pero leerá una solicitud enviada por mí, recomendada por mí, y dirigida por mí.

—¿Y os encargaríais vos de hacer llegar hasta él esa solicitud, caballero?

—Con el mayor placer. Dantés podia ser entonces culpable, pero en el día es inocente, y deber mio es devolver la libertad al que hice prender guiado por mi deber.

Villefort evitaba al hablar asi el peligro de una averiguacion poco probable, pero bastante posible, averiguacion que le perderia seguramente.

—¿Pero cómo se escribe al ministro?

—Colocaos ahí, señor Morrel, dijo Villefort cediendo su lugar al armador; voy á dictaros; no perdamos tiempo.

—Si, caballero, pensemos que el pobre muchacho aguarda, sufre y se desespera tal vez.

Villefort se estremeció al acordarse de este preso, maldiciéndole en silencio, pero ya habia avanzado demasiado para poder retroceder. Dantés debia ser hollado por las ruedas del carro de su ambicion.

Villefort dictó una instancia, en la que exageraba el patriotismo de Dantés y los servicios hechos por él en favor de la causa bonapartista. En esta solicitud habia sido uno de los personajes mas activos para hacer volver á Napoleon; era evidente que al saber semejante accion, el ministro debia hacer justicia, si no le habia sido ya hecha. Terminada la solicitud, Villefort la leyó en alta voz.

—Esto es, dijo, y ahora confiad en mí.

—¿Y partirá pronto esa solicitud, caballero?

—Hoy mismo.

—¿Recomendada por vos?

—De la manera mas eficaz, como lo vais á ver ahora.

Y Villefort se sentó á su vez, y en el margen de la solicitud entendió su informe.

—¿Ahora, caballero, qué debo hacer?

—Esperar, replicó Villefort, yo respondo de todo.

Esta seguridad hizo cobrar alguna esperanza á Morrel; salió de casa del sustituto del procurador del rey muy satisfecho de él, y fué

à dar al padre de Dantés la noticia de que no tardaria en ver á su hijo. En cuanto á Villefort, en lugar de enviarla á París, conservó cuidadosamente entre sus manos aquella solicitud que por salvar á Dantés por entonces, le comprometia tan espantosamente para lo venidero, suponiendo una segunda restauracion á la vista del aspecto de la Europa entera y de el giro de los acontecimientos. Dantés permaneció preso; oculto en su profundo calabozo, donde no oyó ese ruido formidable de la caída del trono de Luis XVIII, ni el ruido mas espantoso aun del hündimiento del imperio.

Pero Villefort lo habia seguido todo con ojo vigilante, lo habia escuchado todo con oído atento. Dos veces durante la corta aparicion imperial que llamaron los cien dias, Morrel se le habia vuelto á presentar, insistiendo siempre por la libertad de Dantés, y otras tantas le habia tranquilizado Villefort con promesas y esperanzas. Al fin Waterloo llegó, Morrel no se volvió á presentar delante de Villefort. El armador habia hecho por su jóven amigo todo cuanto podia hacer. Probar nuevas tentativas durante aquella segunda restauracion era comprometerse inútilmente. Luis XVIII volvió á subir al trono. Villefort, para quien Marsella estaba llena de recuerdos que eran para él otros tantos remordimientos, pidió y obtuvo la plaza vacante de procurador del rey en Tolosa. Quince dias despues de estar instalado en su nueva residencia, se casó con la señorita Renée de Saint-Merán, cuyo padre tenia entonces mas influencia que nunca. Hé aquí de que manera Dantés durante los cien dias, y despues de Waterloo, permaneció encerrado y olvidado, sino de los hombres á lo menos de Dios.

Danglars conoció toda la estension del golpe con que habia herido á Dantés al ver volver á Francia á Napoleon, y como todos los hombres de cierta capacidad para el crimen y de mediana inteligencia para la vida ordinaria, llamó á esta coincidencia *un decreto de la Providencia*. Pero cuando Napoleón estuvo de vuelta en París, y cuando su voz resonó de nuevo imperiosa y solemne, Danglars tuvo miedo. A cada instante esperó ver aparecer á Dantés; á Dantés, que todo lo sabia, á Dantés fuerte y amenazador deseando vengarse. Entonces manifestó á Mr. Morrel el deseo de dejar el servicio del mar, y se hizo recomendar por el mismo á un comerciante español, en casa del cual entró como dependiente hácia fines de marzo, es decir, diez ó doce dias despues de la vuelta de Napoleón á las Tullerías. Así, pues, partió para Madrid, y nadie volvió á oír hablar de él.

Fernando no comprendió nada de esto, Dantés estaba ausente, era todo lo que él necesitaba. ¿Qué habia sido de él? no procuró saberlo. Solamente durante su ausencia ingenió planes de emigracion ó de raptó. De cuando en cuando, y estas eran las horas sombrías de su vida, se sentaba sobre la puerta del cabo Faro, en aquel lugar desde donde se distingue á la vez á Marsella y al arrabal de los Catalanes, procurando triste é inmóvil como un pájaro de presa, ver venir por uno de aquellos dos caminos al jóven dando muestras de alegría. Entonces ya estaba fijado el designio de Fernando; asesinaba á Dantés y se mataba despues. Pero aquel hombre no se mataria nunca porque siempre esperaba.

En medio de todos estos dolorosos acontecimientos, el imperio decretó una nueva conscripcion de soldados, y todos los hombres que estaban en estado de poder llevar las armas, se lanzaron fuera de Francia, obedientes á la poderosa voz del emperador. Fernando partió como los demas, abandonando su cabaña y á Mercedes, y poseido del terrible pensamiento de que detrás de él volveria su rival y se casaria con la que tanto amaba. En cuanto á la jóven, la piedad que él parecia conceder á su desgracia, el cuidado que tenia de adivinar sus menores deseos, habian producido el efecto que producen en los corazones generosos las apariencias del cariño, Mercedes habia amado siempre á Fernando con amistad; esta amistad se aumentó hácia él con un nuevo sentimiento de gratitud.

—Hermano mio, dijo esta, colocándole el morral á la espalda del catalan, ¡hermano mio! ¡mi único amigo! no te hagas matar, no me abandones en este muudo donde lloro, y donde si dejas de existir, me quedaré sola, sin apoyo alguno.

Estas palabras pronunciadas en el momento de la partida, dieron alguna esperanza á Fernando. Si Dantés no volvia, Mercedes podria ser suya algun dia.

Esta se quedó, pues, sola entreaquellas rocas, que nunca le habian parecido tan áridas, y con la inmensa mar por horizonte. Bañada en lágrimas, veíase la vagando sin cesar al rededor del arrabal de los Catalanes, parándose unas veces en pié, inmóvil, muda como una estátua y mirando á Marsella; otras, sentada á la orilla del mar, escuchando aquellos gemidos eternos como su dolor, y preguntándose mil veces sino valia mas inclinarse hácia delante, dejarse llevar de su propio peso, abrir el abismo y sepultarse en él, que sufrir todas las crueles alternativas de esperar sin esperanza! mas no fué valor lo que la faltó á Mercedes para cumplir su proyecto, la religion fué la que vino en su socorro y la que la salvó del suicidio.

Caderousse fué llamado igualmente que Fernando; pero como tenia ocho años mas que el catalan; y estaba casado, no hizo parte más que de la tercera division y fué enviado á las costas.

El viejo Dantés sostenido únicamente por la esperanza, perdió esta al saber la caida del emperador. Cinco meses, despues de haber sido separado de su hijo y casi á la misma hora en que fué preso aquel, exhaló el último suspiro entre los brazos de Mercedes. Mr. Morrel cubrió todos los gastos del entierro, pagó las deudillas que habia contraído el anciano durante su enfermedad; en cuya generosa accion no solo habia manifestado caridad, sino tambien valor: porque socorrer aun en sus últimos momentos, al padre de un bonapartista tan peligroso como Dantés, era entonces un crimen.

CAPITULO XIV.

El preso furioso y el preso loco.

Un año despues de la vuelta de Luis XVIII hizo una visita el inspector general de cárceles. Este inspector se llamaba Mr. de Boville.

Dantés oyó el ruido causado por todos los preparativos de aquella visita desde el fondo de su calabozo: ruido que para cualquiera otro hubiera pasado casi desapercibido, pero no para un preso como él acostumbrado á escuchar en medio del silencio de la noche á la araña tegiendo su tela, y la caída periódica de la gota de agua que se filtraba de las paredes de su calabozo.

Imaginóse que pasaba algo de extraordinario en el departamento de los vivos, porque despues de habitar por tan largo tiempo aquella tumba, bien podia tenerse por un cadáver. En efecto, el inspector visitaba alternativamente salas, cuartos y calabozos, interrogó á varios presos, cuya dulzura ó estupidez merecian tal bondad: el inspector les preguntó si les daban buen alimento y qué reclamaciones tenian que hacerle, y todos respondieron que el alimento era detestable y que reclamaban su libertad. Volvióles á preguntar el inspector sino tenian mas que decirle. Pero nada respondieron. ¿Qué otro bien puede desear un preso mas que la libertad?

Mr. de Boville se volvió sonriendo, y dijo al gobernador:

—Yo no sé porqué andamos todo esto tan inútilmente; el que oye á un preso oye á mil. Todos dicen lo mismo, que les dan mal alimento, y que son inocentes. ¿Hay algunos otros que ver?

—Si, todavía faltan los presos peligrosos ó locos, que están abajo en los calabozos.

—Vamos allá, dijo el inspector, cumplamos con nuestro deber; bajemos á los calabozos.

—Esperad, dijo el gobernador, que vayan á buscar dos hombres. Los presos cométen á veces actos inútiles de desesperacion, y podríais ser víctima de uno de ellos.

—Pues tomad las precauciones necesarias, dijo el inspector.

En efecto, fueron á buscar á dos soldados, y empezaron á bajar por una escalera tan súcia, y en la que se respiraba un aire tan infectado, que casi no se podia pasar por allí.

—¡Oh! exclamó el inspector, parándose á la mitad del camino; ¿quién diablo habita ese calabozo?

—Un conspirador de los mas peligrosos, y que nos está recomendado muy particularmente.

—¿Está solo?

—Seguramente.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Como cosa de un año.

—Y desde que entró ¿le pusieron ahí?

—No, señor, pero quiso matar al llavero encargado de llevarle el alimento. ¿No es verdad, Antonio?

—Yo lo creo que quiso matarme, respondió el llavero.

—¿Pero ese hombre está loco?

—Es mucho peor que eso, dijo el llavero, es un demonio.

—¿Quereis que se dé queja? preguntó el inspector al gobernador.

—Es inútil, bien castigado está de ese modo; por otra parte, antes de un año estará loco segun nuestras observaciones.

—Mejor será eso, porque así sufrirá menos.

—Teneis razon, dijo el gobernador. Tambien hay en un calabozo, que solo está separado de este por unos treinta pies, y al cual se baja por una escalera, un anciano abate, antiguo gefe de partido en Italia, que está aquí desde 1811, el cual perdió la razon á fines del año 1813, y desde entonces está desconocido. ¿Quereis verle? Su locura es divertida, no os entristecerá.

—Veré al uno y al otro, dijo el inspector, es preciso hacerlo todo como se debe.

Esta era la primera visita de cárceles que hacía el inspector, y quiso dar buena idea de él á la autoridad:

—Ea pues, entremos, añadió.

Y el gobernador hizo una seña al llavero para que abriese la puerta.

Al ruido ocasionado por esta que giraba sobre sus goznes, Dantés, sentado en un rincón de su calabozo, donde recibia como una dicha indecible el débil rayo de luz que penetraba al traves de un estrecho ventanillo enrejado, levantó la cabeza. A la vista de un hombre desconocido alumbrado por dos antorchas, acompañado de dos soldados, y á quien el gobernador hablaba con el sombrero en la mano, Dantés adivinó lo que sería, y viendo que al fin se presentaba una ocasion de implorar á una autoridad superior, se lanzó hácia la puerta con las manos cruzadas. Los soldados calaron bayoneta, porque creyeron que el preso se lanzaba hácia el inspector, con malas intenciones: este dió un paso atrás.

Dantés vió que le habian presentado á los ojos del inspector como un hombre temible. Así, pues, reinó en su mirada toda la humildad que puede contener el corazón del hombre; y espresándose con una especie de elocuencia piadosa que asombró á los circunstantes, procuró conmover el corazón del inspector. Este escuchó el discurso de Dantés hasta el fin, y volviéndose hácia el gobernador:

—Cálculo que no estará muy loco, porque ha retrocedido ante las bayonetas; un loco no retrocede ante nada, de consiguiente infiero, como ya he dicho, que no está loco. Y volviéndose hácia el preso, exclamó:

—¿En resumidas cuentas, que es lo que pedís?

—¡Pido que me digan el crimen que he cometido! pido que me presenten ante jueces! que me fusilen si soy culpable, ó que me pongan en libertad si soy inocente!

—¿Os dan buena comida? preguntó el inspector.

—Si, creo que si... eso el... en fin, jeso poco importa! lo que debe importar no solamente á mí, sino á los encargados de administrar justicia, y hasta al rey que nos gobierna, es que un inocente no sea víctima de una denuncia infame, y no muera encerrado maldiciendo á sus verdugos...

—Muy humilde estais hoy, dijo el gobernador; nunca os habeis hallado de ese modo. Qué distinto érais el dia que queriais matar á vuestro carcelero.

—Es verdad, dijo Dantés, y pido humildemente perdon á ese hombre, que tan bueno ha sido siempre para conmigo; entonces estaba loco.... estaba furioso....

—¿Y ya no lo estais?

—No, caballero, porque mi mansion en este sitio me ha aniquilado, me ha debilitado; hace ya tanto tiempo que estoy aquí...

—¿Tanto tiempo? ¿y en qué época habeis sido preso? preguntó el inspector.

—El 28 de febrero de 1815, á las dos de la tarde.

El inspector empezó á calcular.

—Hoy estamos á 30 de de julio de 1816, ¿qué decis? no hace mas que diez y siete meses que estais preso.

—¡Diez y siete meses! replicó Dantés. ¡Ah! señor, no sabeis que diez y siete meses de cárcel, son diez y siete años, diez y siete siglos para un preso, y mucho mas para un hombre que como á mí me sucedia, estaba tan próximo á ser feliz; para un hombre que iba á casarse con una muger á quien adoraba; para un hombre que veia abrirse delante de él una carrera brillante y que todo lo perdió en un momento; que no sabe si la muger que le amaba le amará eternamente; que no sabe si su padre ha muerto ó vive aun. Diez y siete meses de prision para un hombre acostumbrado al aire del mar, á la independencía del marino, al espacio, á la inmensidad, caballero, diez y siete meses de prision, es mucho mas de lo que merece el mayor de los criminales! ¡Ah! tened piedad de mí, señor, no os pido indulgencia sino rigor, no una gracia, sino una sentencia, que se me juzgue, señor, no quiero mas que eso, á un acusado no se le puede rehusar esa gracia.

—Está bien, dijo el inspector, allá veremos.

Y volviéndose hácia el gobernador, dijo:

—Este pobre diablo me causa en verdad bastante pena. Cuando subamos me enseñareis el libro de entradas.

—Seguramente, dijo el gobernador; pero me parece que encontrareis terribles notas contra él.

—Señor, continuó Dantés, si no podeis hacerme salir de aquí, á lo menos podeis hacer que me citen á juicio. Un juicio es lo único que pido; sepa yo á lo menos qué crimen he cometido y á qué suplicio me condenan; porque la incertidumbre es el peor de todos los tormentos.

—Podemos retirarnos, dijo el inspector.

—Señor, dijo Dantés, veo que os marchais conmovido; decidme á lo menos que espere.

—No puedo decir nada, respondió el inspector. Pero si os prometo que examinaré vuestro registro.

—¡Oh! entonces, ¡estoy libre! ¡me he salvado!

—¿Quién os ha hecho prender? preguntó el inspector.

—Mr. de Villefort; podeis verle y entenderos con él.

—Mr. de Villefort no está en Marsella, hace un año que está en Tolosa.

—Entonces ya no estraño nada, puesto que mi único protector está ausente.

—¿Y tenia algun motivo de odio contra vos? preguntó el inspector.

—Al contrario, señor, me ha tratado con la mayor bondad.

—¿De modo que podré fiar en las notas que haya dejado escritas acerca de vos ó que me transmita?

—Seguramente.

—Está bien, esperad.

Dantés cayó de rodillas levantando las dos manos al cielo y murmurando una oracion, en la cual recomendaba á Dios á aquel hombre que habia bajado á su prision como un ángel salvador.

La puerta se volvió á cerrar, y Dantés permaneció arrodillado por algun tiempo.

—¿Quereis ver el registro de ese preso ahora, ó bajamos antes al calabozo del abate?

—Acabemos de una vez con los calabozos, respondió el inspector; si subiese ahora, no tendria despues valor para acabar de cumplir mi triste mision.

—¡Ah! este no es un preso como el otro, y su locura entristece menos que la razon de su vecino.

—¿Y qué locura es esa?

—¡Oh! muy singular; se cree poseedor de un tesoro inmenso. El primer año de su prision ofreció al gobierno un millon si le ponía en libertad; el segundo dos millones; el tercero tres y así progresivamente. Ahora está en el quinto año, y vereis cómo os va á ofrecer, al hablaros de su secreto, cinco millones.

—¡Ah! ¡ah! en efecto, eso es curioso, dijo el inspector; ¿y cómo se llama ese millonario?

—El abate Faria.

—¿Número 27? dijo el inspector leyendo aquella cifra encima de una puerta.

—Este es, abrid, Antonio.

El llavero obedeció, y la mirada curiosa de Mr. de Boville penetró en el calabozo del *abate loco*; así era como llamaban generalmente al preso número 27. En medio del cuarto, en un círculo trazado sobre el suelo con un pedazo de yeso, estaba tendido un hombre casi desnudo, porque sus vestidos estaban hechos pedazos. Dibujaba en aquel círculo figuras geométricas, y parecia tan absorto en resolver su problema, como lo estaba Arquímedes cuando fué asesinado por un soldado de Marcelo. Así, pues, no advirtió la llegada de la numerosa compañía que bajaba á su calabozo sino cuando la luz de las antorchas iluminó el suelo sobre que trabajaba. Entonces se levantó con viveza, cogió un cobertor que tenia á los pies de su miserable cama, y se envolvió precipitadamente en el para presentarse en un estado mas decoroso á los ojos de aquellos personajes.

—¿Qué es lo que pedís? dijo el inspector sin variar de fórmula.

—Yo, caballero, dijo el abate asombrado, yo no pido nada.

—No comprendéis, dijo el inspector, soy comisionado del gobierno, y estoy encargado de visitar las cárceles y oír las reclamaciones de los presos.

—¡Oh! entonces, exclamó el abate, eso ya es otra cosa, espero que vamos á entendernos. Caballero, continuó el preso, yo soy el abate

Faria, he nacido en Roma en el año 1768; he sido por espacio de veinte años secretario del conde Spada, último de los príncipes de este nombre; he sido preso, no sé por qué, á principios del año 1811; desde cuyo tiempo reclamo mi libertad de las autoridades italianas y francesas.

—¿Por qué de las autoridades italianas? preguntó el gobernador.

—Porque he sido preso en Piombino, y presumo que, así como Milan y Florencia, Piombino habrá llegado á ser capital de algun departamento francés.

—El inspector y el gobernador se miraron riendo.

—Diantre, exclamó el inspector, no son muy frescas vuestras noticias de Italia.

—Datan del día en que fui transportado de Fenestrelles aqui en 1811, caballero, dijo el abate Faria; y como su magestad el emperador habia creado el reino de Roma para el hijo que acababa de concederle el cielo, yo presumo que habiéndolo continuado el curso de sus conquistas, habrá realizado el sueño de Maquiavelo y de César Borgia, que era hacer de la Italia un solo reino, porque ese medio es el único para hacer de la Italia un estado fuerte, independiente y feliz.

—Muy posible es eso, respondió el inspector; pero yo no he venido aqui á entablar con vos una conversacion de política ultramontana, sino á preguntaros si teneis que dirigirme algunas reclamaciones acerca del alimento que os dan y de la habitacion.

—El alimento es como el que dan en todas las cárceles, es decir, malísimo. En cuanto á la habitacion, aunque húmeda y mal sana, sin embargo, para ser un calabozo no es del todo malo. Pero no se trata ahora de eso, sino de las importantes revelaciones que tengo que haceros. He aqui por lo que me alegro mucho de veros, aunque me hayais interrumpido en un cálculo muy importante: ¿me podeis conceder un momento de audiencia?

—¡Hum! ¿qué decia yo? dijo el gobernador al inspector.

—Caballero, respondió este último dirigiéndose á Faria, lo que me pedis es imposible.

—Sin embargo, continuó el abate, si se tratase de hacer ganar al gobierno una suma, supongamos de cinco millones?...

—A fé mia, dijo el inspector volviéndose al gobernador: Hasta la cantidad acertásteis.

—Vamos, ¿qué respondeis?

—Amigo mío, dijo el gobernador, desgraciadamente sabemos de antemano cuanto vais á decir. Se trata de vuestros tesoros, ¿no es así?

Faria miró á aquel hombre con una mirada en que brillaba la razon y la verdad.

—Sin duda alguna; ¿de qué quereis que hable sino de eso?

—Señor inspector, continuó el gobernador, yo podré contaros esa historia tan bien como el abate, porque hace cinco años que me la está repitiendo sin cesar.

—Señor gobernador, eso lo que prueba es que sois uno de esos

de quienes habla la Sagrada Escritura cuando dice: «tienen ojos y no ven: tiene oídos y no oyen.»

—Ea pues, caballero, oidme: el gobierno es rico, y no necesita, gracias á Dios, de vuestro dinero; guardadlo para el día en que salgais de la prision.

Al oír estas últimas palabras el abate agarró la mano del inspector.

—¿Pero si no salgo de la prision, dijo, si contra toda justicia me detienen en el calabozo, si muero sin haber comunicado mis secretos á nadie, se perderá ese tesoro? ¿No vale mas que el gobierno se aproveche de él y yo tambien? ¿Daría hasta seis millones! ¿Si, abandonaríais seis millones y me contentaría con los demas, si consienten en darme libertad!

—A fé mia, dijo el inspector á media voz, que sino supiera que este hombre está loco, creería que dice verdad, á juzgar por el acento tan convencido con que habla.

—No estoy loco, caballero, y digo la verdad, replicó Faria, quien no habia perdido ni siquiera una de las palabras del inspector. Ese tesoro de que os hablo existe realmente, y ofrezco firmar un tratado con vos en virtud del cual me conducireis al lugar que yo diga; se buscará en ese lugar, y si nada se encuentra, si soy en efecto un loco como decís, ¡bien! me volvereis á traer á este mismo calabozo en donde permaneceré eternamente, y donde moriré sin pedir ya nada mas ni á vos ni á nadie.

El gobernador se echó á reír.

—¿Y está muy lejos ese lugar? preguntó.

—A cien leguas de aquí, dijo Faria.

—La cosa no está mal imaginada; si todos los presos tuvieran el capricho de hacer pasear á los que los custodian el espacio de cien leguas, y si estos consintiesen en dar tales paseos, pocos presos quedarían, porque al verse en libertad no desperdiciarían la ocasion de escaparse.

Volviéndose en seguida hácia el abate, exclamó:

—Os he preguntado si tenéis buen alimento.

—Señor, respondió Faria, juradme por Cristo libertarme si os digo la verdad, y os indicaré el lugar donde está sepultado el tesoro.

—¿Teneis buen alimento?

—Señor, nada arriesgáis en eso, y bien veis que no es un ardid para salvarme, puesto que me quedo aquí durante el viaje.

—¿No respondeis á mi pregunta? volvió á preguntar el inspector con impaciencia.

—¿Ni vos á la mía? exclamó el abate. Maldito seas, pues, como los otros insensatos que no han querido creerme! No queréis mi oro, pues yo me lo guardaré; rehusáis darme la libertad, Dios me la concederá; marcháos, nada mas tengo que deciros.

Y el abate tiró sobre la cama el cobertor, recogió su pedazo de yeso, y fué á sentarse en medio de su círculo donde continuó trazando sus figuras.

—¿Qué hace ahora? preguntó el inspector al retirarse.

—Cuenta sus tesoros, replicó el gobernador.

Faria respondió á este sarcasmo por medio de una mirada llena del mas profundo desprecio.

Todos salieron del calabozo. El carcelero cerró la puerta.

—Quizás habrá poseido algunos tesoros, dijo el inspector subiendo la escalera.

—O habrá soñado que los poseía, respondió el gobernador, y á la mañana siguiente habrá despertado ya loco.

—En efecto, replicó el inspector con la sencillez de la corrupcion, si hubiera tenido dinero, no estaria en la cárcel.

Así concluyó la aventura del abate Faria. Permaneció preso, y despues de esta visita, su reputacion de loco quedó enteramente consignada.

Calígula ó Neron, esos grandes investigadores de tesoros, esos amantes de lo imposible, hubieran dado oídos á las palabras de aquel pobre hombre y concedidole el aire que deseaba, el espacio que taba en tan alto precio y la libertad que ofrecia pagar tan cara. Pero los reyes de nuestros tiempos encerrados en el limite de lo probable ni siquiera tienen la audacia de la voluntad; temen el oído que escucha sus órdenes y el ojo que observa sus acciones; no sienten ya la superioridad de su eseneia divina; son hombres coronados y nada mas. En otro tiempo se tenían, ó al menos lo daban así á entender, por hijos de Júpiter y conservaban algo de su padre Dios; no se averigua fácilmente lo que pasa mas allá de las nubes, hoy los reyes son ya bastante accesibles. Así como siempre ha repugnado á el gobierno despótico mostrar á la luz del dia los efectos de la cárcel y del tormento; así como hay pocos ejemplos de que una víctima de la inquisicion haya podido reaparecer con sus huesos quebrantados y sus llagas sangrientas, así tambien la locura, esa úlcera nacida en el fango de los calabozos á resultas de los tormentos morales, se ocultacasi siempre con cuidado en el sitio donde ha nacido, ó si sale, va á sepultarse en algun lúgubre hospital donde los médicos no reconocen ni al hombre ni al pensamiento en el resto informe que le trasmite el cansado carcelero.

Vuelto loco en la cárcel el abate Faria, por su misma locura estaba condenado á perpétua prision.

En cuanto á Dantés, el inspector le cumplió su palabra.

Al subir á la habitacion del gobernador hizo que le presentáran el registro de los presos. Una nota se hallaba escrita al margen de su nombre: estaba concebida en estos términos:

«EDMUNDO DANTÉS, bonapartista acérrimo; ha tomado una parte muy activa en la vuelta del emperador. Téngasele en la mayor comunicacion y bajo la mas estricta vigilancia.»

Esta nota estaba escrita de otra letra, y con tinta diferente á lo demas del registro; lo cual probaba que se habia puesto despues del encarcelamiento de Dantés. La acusacion era demasiado positiva para dudar de ella; el inspector escribió, pues, debajo lo siguiente: «Nada se puede hacer.»

Esta visita habia reanimado, por decirlo así á Dantés; desde que se hallaba preso se habia olvidado de contar los dias, pero el ins-

pector le indicó una nueva fecha y no podía olvidarla. En seguida escribió sobre la pared con un pedazo de yeso arrancado de la misma: 30 de julio 1816; y desde entonces hacia todos los días una raya, á fin de calcular el tiempo con exactitud.

Corrieron los días, las semanas y los meses y Dantés continuaba esperando. Había empezado por fijar á su libertad un término de quince días, porque estos debían bastar para que el gobernador practicase las diligencias necesarias á su soltura; pero pasaron aquellos quince días, y entonces prolongó hasta dos meses el plazo; pasaron también, y otros dos más y otros, hasta diez, y entonces el desgraciado Dantés empezó á dudar de las esperanzas que había concebido atribuyéndolas á un sueño consolador que había embriagado sus sentidos un instante.

Al cabo de un año mudaron de gobernador en el castillo, enviando al que estaba de director al fuerte de Ham, y entre los empleados que se llevó aquel consigo fué uno de ellos el carcelero de Dantés. El nuevo gobernador llegó y pasó mucho tiempo sin que supiese los nombres de los presos, conociéndolos únicamente por los números de su calabozo; de modo que, á causa de la horrible costumbre seguida en esa clase de establecimientos, el desgraciado jóven dejó de llamarse Edmundo Dantés y solo se le conocía por el número 34.

CAPITULO XV.

El número 34 y el número 27.

Dantés pasó por todos los grados de desventura que experimentan los presos encerrados en una cárcel. Comenzó por el orgullo que es un hijo de la esperanza y una conciencia de la inculpabilidad: pasó luego á dudar de su inocencia, lo que venía á justificar las ideas del gobernador acerca de la enagenación mental: por último cayó de lo alto de su orgullo, y rogó no todavía á Dios sino á los hombres, que Dios es el último recurso. El infeliz que debiera comenzar por el Señor, no llega á esperar en él, hasta después de haber agotado todas las demás esperanzas.

Pidió, pues, que le sacáran de su calabozo para ponerle en otro, aunque fuese más sombrío y más profundo; una mudanza por desventajosa que fuera, siempre era mudanza, y le procuraría alguna distracción. Rogó también que le permitiesen respirar un aire más puro, y tener libros é instrumentos. Nada de esto le concedieron; pero sin embargo continuó pidiendo. Se había acostumbrado á hablar á su nuevo carcelero más duro que el primero si era posible; pero hablar á un hombre, aunque este no contestase, era un placer al fin; Dantés hablaba para oír el sonido de su propia voz: había él intentado hablar cuando estaba solo, pero entonces le daba miedo.

Muchas veces, cuando estaba en libertad, se había horripilado á la idea de aquellos calabozos llenos de vagabundos, bandi-

dos y asesinos cuya innoble alegría proporciona orgías ininteligibles, amistades espantosas. Pues llegó á desear le metiesen en uno de aquellos tabucos, para ver al menos otras caras que la del impassible carcelero que no queria hablar una palabra. Echaba de menos el presidio con su infamante trage, con su grillete y con su marca en la espalda. Al menos los presidiarios estaban en sociedad con sus semejantes, respiraban el aire libre, veian el cielo ¡oh! eran mas felices comparados con él.

Un día suplicó al carcelero que le trajesen á su calabozo un compañero, cualquiera, aunque fuese aquel abate loco de quien habia oido hablar. El carcelero se conmovió algun tanto á pesar de su rigidez habitual, y comunicó al gobernador el deseo del número 54; pero este, prudente como si hubiera sido un hombre político, se figuró que Dantés queria amotinar á los demas presos, tramar algun complot, y servirse de su amigo para alguna tentativa de evasion: así le negó esta gracia.

Habia agotado ya todos los recursos humanos. Entonces fué cuando se dirigió á Dios. Le asaltaron á la mente mil ideas piadosas; acordóse de las oraciones que le habia enseñado su madre; y las encontró un sentido que él ignoraba; porque, para el hombre feliz, la oracion es un conjunto monótono y sin sentido alguno hasta el día en que el dolor viene á esplicar al infeliz aquel lenguaje sublime consagrado al Señor. Oró, no con fervor sino con rabia. Al rezar en voz alta, ya no se espantaba de sus palabras; caia en una especie de éxtasis: veia á Dios en todo su esplendor á cada palabra que pronunciaba; él referia á la voluntad de ese Dios omnipotente todas las acciones de su vida humilde y perdida, se imponia lecciones para en adelante, formaba mil propósitos y al fin de cada plegaria acababa con el interesado voto que los hombres tienen ocasion de hacer á sus semejantes, mas bien que á Dios: y perdónanos nuestras ofensas así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores.

Mas á pesar de estas súplicas tan fervorosas, permaneció preso; entonces su carácter se hizo cada vez mas sombrío, y una nube espesa oscureció su frente. Dantés era un hombre sencillo y sin educacion; lo pasado habia quedado para él con ese velo sombrío que solo levanta la ciencia. En la soledad de su calabozo y en el desierto de su pensamiento, no podia reconstruir las edades pasadas, reanimar los pueblos desaparecidos, reedificar las ciudades antiguas que la imaginacion engrandece y poetiza y que pasan por delante de los ojos gigantescas y alumbradas por el fuego del cielo como los cuadros Babilónicos de Martinn; él no tenia mas que su pasado tan corto, su presente tan sombrío y tan dudoso su porvenir. Diez y nueve años de porvenir para meditar quizá en una noche eterna. Ninguna distraccion podia acudir en su auxilio: su espiritu enérgico que solo deseaba volar al través de los tiempos, se veia preso como un águila en una jaula. Entonces se acogia á una sola idea, la de su felicidad destruida sin causa aparente y por una fatalidad inaudita; se cebaba en esta idea dándola todas las vueltas imaginables y devorándola, por decirlo así, como en el infierno del Dante, devora el implacable Ugo-

lino el cráneo del arzobispo Rogerio. Dantés solo habia tenido una fé pasagera, basada en su brio natural, y la perdió como la pierden otros despues de un desengaño; pero no se habia aprovechado de ella.

La rábia sucedió al ascetismo; Edmundo lanzaba blasfemias tan terribles que horrorizaban al carcelero; golpeaba su cuerpo contra la pared de su prision; entonces se acordaba de aquella carta denunciadora que habia visto, que le habia enseñado Villefort, que él habia tocado: cada linea se le aparecia de fuego en la pared como el *Mane*, *Thecel*, *Phares* de Baltasar. Decia para sí que el ódio de los hombres y no la venganza de Dios era quien le habia sepultado en tal abismo; llamaba sobre aquellos hombres desconocidos todos los suplicios que su ardiente imaginacion le sujeria y aun los mas terribles se le antojaban dulces y cortos para ellos; porque tras del suplicio venia la muerte que si no es el descanso, es al menos la insensibilidad que se le asemeja.

A fuerza de repetirse á sí mismo á propósito de sus enemigos, que la tranquilidad se hallaba en la muerte, se dejó dominar por la idea del suicidio; ¡desgraciado de aquel que se fija en ella! Es uno de esos mares muertos cuyas olas tienen la apariencia de un mar puro y tranquilo, pero en las cuales el nadador siente escurrirse cada vez mas el pié por el cieno del fondo que le atrae y le sujeta. Ya en esta disposicion, si no le ayuda el auxilio divino, se acabó, cada esfuerzo que hace le hunde de nuevo y le asegura mas la muerte.

Sin embargo, este estado de agonía moral es menos terrible que el sufrimiento que le precede, y que el castigo que le seguirá tal vez; es una especie de consuelo vertiginoso, que nos da á conocer el abismo, pero en el fondo del abismo, la *nada*. Edmundo halló en verdad algun alivio al recordar esta idea; todos sus dolores, todos sus sufrimientos parecian haber huido de aquel rincon de su calabozo donde la muerte habia colocado su silencioso pié! Miró con tranquilidad su vida pasada, con terror su vida futura, y eligió este punto medio que le pareció ser un lugar de asilo.

—Algunas veces decia para sí, algunas veces en mis viages remotos, cuando yo era un hombre, y cuando este hombre, libre y poderoso daba á otros hombres órdenes que eran al punto ejecutadas, he visto encapotarse el cielo, rugir el mar, nacer la tempestad en un punto del firmamento, y como un águila gigantesca cubrir ambos horizontes con sus alas; entonces sentia yo que mi buque no era mas que un refugio impotente, porque aquel buque, ligero como una pluma en la mano de un gigante, temblaba y se estremecia sobre las olas. y montañas de agua se elevaban sobre mi cabeza; el ruido espantoso causado por las olas, y el aspecto de agudas y cortantes rocas, todo me anunciaba una muerte segura, y esta muerte me espantaba, y por lo mismo reunia todas mis fuerzas y toda mi inteligencia de marino, para luchar con Dios!... Oh! entonces era feliz, porque volver á la vida es volver á la felicidad; porque aquella muerte yo no la habia llamado ni mucho menos la habia elegido; el dormir sobre la roca viva se me hacia bastante duro; porque me indignaba horriblemente al pensar que despues de mi muerte serviria de pasto á las aves

de rapiña. Pero hoy es ya otra cosa: he perdido todo cuanto me podía hacer amar la vida, hoy me acaricia la muerte como una nodriza á la criatura que arrulla en sus brazos; hoy me duermo cansado y débil, como me dormia despues de una de aquellas noches de desesperacion y de rabia, durante las cuales ya habia contado tres mil vueltas por mi cuarto, es decir, treinta mil pasos, ó mas bien casi diez leguas!

Asi que este pensamiento germinó en el espíritu del jóven, se apaciguó algun tanto y se conformó mejor con su cama dura y con su pan negro, comió menos, no durmió, y halló algo soportable aquel resto de existencia que tenia la seguridad de dejar cuando quisiera, asi como se deja un vestido usado. Dos medios tenia de morir: el uno era bien sencillo, atar su pañuelo á una barra de la ventana y ahorcarse; el otro dejarse morir de hambre. El primero le repugnó mucho. Siempre les habia tenido mucho horror á los piratas, gente á quienes se les cuelga de las entenas de los buques. Asi, pues, este medio era para él una especie de suplicio infamante que no queria aplicarse á sí mismo; adoptó el segundo y empezó á ponerle en práctica el mismo dia.

Ya habian pasado cerca de cuatro años en las alternativas que hemos contado. Al final del segundo, cesó Dantés de contar los dias, y perdido ya el cálculo no sabia como otras veces la época en que se hallaba. Habia dicho quiero morir, y elegido un género de muerte; entonces, temiendo volverse atrás de su decision, hizo juramento de morir de este modo. «Cuando por mañana y noche me traigan ese pan negro que me sirve de alimento; dijo para sí, lo arrojaré por la ventana y creerán que lo he comido.»

Dicho y hecho. Dos veces al dia, por la pequeña abertura enrejada desde donde se divisaba el cielo, arrojaba sus víveres, primero con alegría, despues con reflexion, luego con sentimiento; necesitó recordar el juramento que habia hecho para poder proseguir este terrible designio. Aquella comida que tanto le repugnaba antes, el hambre se la hacia parecer entonces esquisita; algunas veces se quedaba una hora con el plato en la mano y con los ojos fijos en aquel pedazo de carne ó de pescado podridos y en el pan negro y duro. Eran los últimos instintos de la vida que luchaban aun entre sí, y que de cuando en cuando le hacian abandonar por un momento su resolucion. Tampoco entonces su calabozo le parecia tan malo ni su estado tan horrible; era jóven aun, tenia veinte y cinco años, tal vez le quedaban aun cincuenta mas de vida. Durante todo este tiempo mil acontecimientos podian abrir las puertas, derribar las murallas del castillo de If y darle libertad! Entonces se acercaba la comida á la boca de que, Tántalo voluntario, la separaba luego. Pero al punto el recuerdo de su juramento le asaltaba su mente, porque aquella generosa naturaleza temia mucho faltar á él. Mas al fin llegó undia en que ya no tuvo fuerzas para levantarse y arrojar por el ventanillo la cena que le traian. Al dia siguiente ya no veia, casi apenas oia, el carcelero le creyó gravemente enfermo; Edmundo esperaba una muerte próxima.

El dia pasó de este modo; sentia que un vago entorpecimiento se apoderaba poco á poco de su cuerpo; ya se habian aplacado los ardo-

resde su sed; cuando cerraba los ojos veia una multitud de luces semejantes á esas que aparecen por la noche en un terreno cenagoso: era el crepúsculo de ese pais desconocido que se llama la *muerte*.

Una noche, á eso de las nueve, oyó de repente un ruido sordo en la pared contra la cual estaba acostado; venian tantos animales inmundos á hacer ruido por aquel lado, que Dantés habia acostumbrado su sueño á no turbarse por tan poca cosa; pero esta vez, ya fuese que sus sentidos estuvieran exaltados por la abstinencia, ó que en realidad el ruido fuese mas fuerte que de costumbre, se inquietó al oírle, y levantó la cabeza para escucharle mejor. Era una especie de rascadura que parecia ser hecha por una enorme garra, por un diente descomunal, ó por el choque de un instrumento cualquiera sobre las piedras.

Aunque bastante débil se ocupó al instante de una sola idea, que es en la que piensan todos los presos, la libertad. Este ruido llegó á sus oídos en el momento preciso en que ya iban á cesar para él todos los demás y le pareció que al fin Dios se habia apiadado de él mandándole aquel rumor, como para advertirle que se detuviera á la orilla de la tumba á donde se le escurria ya el pié. ¿Quién sabia si uno de esos amigos, uno de esos seres amados, en quienes habia pensado tantas veces, se ocupaba de él en aquel instante y procuraba acercar la distancia que los separaba? Pero no, sin duda Edmundo se engañaba; aquello no era mas que una de esas visiones fantásticas que vagan á las puertas de la muerte. Sin embargo seguia escuchando. Aquel ruido duró tres horas; luego oyó una especie de hundimiento, despues de lo cual cesó el ruido.

Algunas horas despues, le sintió mas fuerte y mas cercano. Ya se interesaba por aquel trabajo que le hacia compañía; de repente entró el carcelero.

En ocho dias que llevaba su resolucion de morir, y en cuatro que habia comenzado á poner en planta su proyecto, no habia dirigido la palabra á aquel hombre ni para contestarle cuando le preguntó de que mal se creia atacado, pues lo que hizo entonces fué volverse del lado de la pared si le miraba con demasiada atencion. Mas hoy podia el carcelero oír aquel ruido sordo, alarmarse, acabar con él y destruir quizá un no sé qué esperanza cuya sola idea encantaba los últimos momentos de Dantés.

El carcelero traía el desayuno.

Incorporóse Edmundo en la cama y abuecando la voz se puso á hablar de todas las cosas posibles, de la mala calidad de los víveres que le llevaban, del frio que hacia en aquel calabozo, murmurando y gruñendo para tener derecho de levantar mas la voz y cansando la paciencia del carcelero que cabalmente habia pedido aquel dia para el preso enfermo un caldo y pan tierno que en efecto le acababa de presentar.

Por fortuna creyó que Dantés estaba delirando; dejó los víveres en la mala mesa coja donde solia y se retiró.

Libre entonces Edmundo se puso á escuchar de nuevo con alegría.

Se oía ya tan claro el ruido que se escuchaba sin dificultad.

No hay duda, dijo para sí, puesto que sigue el ruido, aun de día, es que algun infeliz preso como yo trabaja por su fuga. ¿De qué buena gana le ayudaría si estuviese cerca de él!

De repente pasó una nube sombría por tal aurora de esperanza en aquella cabeza acostumbrada á la desgracia y que tan difícilmente albergaba alegrías humanas; al punto se le ocurrió la idea de que semejante ruido podía proceder de trabajadores que emplease el gobernador en reparar alguna habitacion inmediata.

Fácil era cerciorarse; pero ¿cómo aventurar una pregunta? A la verdad era muy sencillo esperar la llegada del carcelero; hacerle escuchar y ver la cara que ponía al ruido; mas proporcionarse ese gusto ¿no era descubrir intereses muy preciosos por una satisfaccion tan corta? Desgraciadamente su cabeza, campana vacía, estaba atronada por el zumbido de una idea: tal era su debilidad que su espíritu flotaba como un vapor, sin poder condensarse en torno de un pensamiento. No vió mas que un medio de dar firmeza á su reflexion y claridad á su juicio: volvió los ojos al caldo aun humeante que acababa de poner el carcelero sobre la mesa, se levantó, fué hasta ella tambaleándose, tomó la taza, se la llevó á los labios y tragó el brebaje que contenia con indecible sensacion de bienestar.

Entonces tuvo valor para no pasar de allí: habia oido decir que algunos infelices, náufragos y recogidos estenuados de hambre, habian muerto por haber tomado ansiosamente un alimento demasiado fuerte. Dejó en la mesa el pan que se habia llevado á la boca, y volvió á acostarse. Ya no queria morir.

Pronto sintió penetrar la luz en su cerebro: todas sus ideas vagas y casi imperceptibles recobran su lugar en ese maravilloso tablero, donde una casillamas acaso basta para establecer la superioridad del hombre sobre los animales. Pudo pensar y fortalecer su pensamiento con el raciocinio.

Dijo para sí; es preciso probar, sin comprometer á nadie. Si es un trabajador cualquiera, en dando yo contra mi pared, suspenderá su tarea para ver quien da y con que objeto. Si su trabajo no solo es lícito sino tambien encargado, volverá á él al instante. Si por el contrario, es un preso, le asustará el ruido que yo haga, temerá ser descubierto, cesará su maniobra y no la proseguirá hasta la noche cuando sponga á todos acostados y durmiendo.

Al punto se levantó de nuevo, aquella vez ni flaqueaban sus piernas, ni se ofuscaban sus ojos. Fué á un rincon de su cuarto, desprendió una piedra minada por la humedad, y tornó á dar en la misma parte de la pared donde se oía mas claro el ruido.

Dió tres golpes.

Al primero cesó el ruido como por encanto.

Escuchó con toda su alma. Pasó una hora, pasaron dos, nada se volvió á oír.

Lleno de esperanza comió algunos bocados de pan, tomó algunos sorbos de agua, y gracias á la robusta constitucion de que le habia dotado la naturaleza, se encontró poco mas ó menos como antes.

Pasó el día sin que se interrumpiera el silencio.

Vino la noche sin que comenzase el ruido.

—Es un preso! dijo Edmundo para sí con indecible alegría. Entonces se le abrasó la cabeza y volvióle la vida con violencia, en fuerza de su actividad. Pasó la noche sin que él cerrara los ojos, ni se oyese absolutamente nada.

Vino el día; el carcelero apareció trayendo las provisiones. Dantes había devorado ya las antiguas; devoró las nuevas, escuchando sin cesar aquel ruido que no sonaba, temiendo que hubiese cesado para siempre, andando diez ó doce leguas por su calabozo, estremeciendo horas enteras los hierros de su lumbrera, devolviendo la elasticidad y el vigor á sus miembros, con un ejercicio olvidado hacia tiempo, en fin disponiéndose á luchar cuerpo á cuerpo con su destino futuro, como hace el atleta que estira sus brazos y frota su cuerpo con aceite, antes de entrar en la arena. Despues en los intervalos de aquella actividad febril, escuchaba si volvía á sonar el ruido, impacientándose por la prudencia de aquel preso que no adivinaba que el que le había interrumpido en su obra de libertad era otro preso que al menos tenia tanto deseo de verse libre como él.

Pasaron tres dias, setenta y dos horas mortales contadas minuto por minuto.

Al cabo, una noche al venir el carcelero á hacer la última visita, y á la centésima vez de aplicar su oído á la pared, le pareció que sentia un estremecimiento imperceptible, en su cabeza puesta en relacion con las silenciosas piedras.

Retrocedió para cobrar alguna serenidad, dió vueltas por el cuarto y aplicó otra vez el oído. No había duda, algo pasaba en el otro lado; el preso había reconocido el riesgo de su maniobra puesto que adoptaba otra y sin duda para continuarla con mas seguridad se servía de la palanca en lugar del pico.

Alentado por este descubrimiento, resolvió ayudar al infatigable trabajador. Comenzó por separar su cama del lugar en donde se hallaba, detras de la cual le pareció que se distinguía el sonido con mas claridad y buscó un objeto con que pudiera descantillar la pared, hacer que cayese el húmedo cimiento y arrancar una piedra. Pero nada se presentó á su vista. No tenia cuchillo ni instrumento alguno porque en vano probó varias veces arrancar una de las barras del ventanillo.

Todo el ajuar de su calabozo consistía en una cama, una silla, una mesa, un cubo y un cántaro. En la cama había bastantes espigas de hierro pero estaban sujetas á la madera por medio de tornillos, y hubiese sido necesario un destornillador para sacarlas. Con la mesa y con la silla no había que contar, el cubo tenia antes una asa pero se la habían quitado. Solo le quedaba un recurso, romper el cántaro, servirse de uno de los pedazos que tuviese forma puntiaguda, y ponerse á trabajar con él: arrojó el cántaro contra el suelo y se rompió con estrépito. Cogió dos ó tres de aquellos fragmentos mas agudos, los escondió en su jergon y dejó los otros tirados por el suelo. El haberse roto el cántaro no era cosa para llamar la atencion. Edmundo

tenia toda la noche para trabajar, pero le era imposible hacerlo en medio de la oscuridad porque trabajaba mal á tientas, y sintió que se le mellaba el instrumento informe contra un cuerpo mas duro que él: se volvió, pues, á su cama y esperó que fuese de día. La esperanza le trajo la paciencia. Toda la noche estuvo escuchando á el minero desconocido, continuaba su trabajo subterráneo.

El día apareció al fin, y el carcelero entró. Dantés le dijo que al ir á beber el día anterior en la boca del cántaro, se le cayó de las manos y se rompió. El carcelero fué gruñendo á buscar un cántaro nuevo, sin tomarse el trabajo de recoger los pedazos del otro. Volvió un instante despues, recomendó al preso que tuviese mas cuidado, y salió. Dantés escuchó con una alegría inesplicable rechinar la cerradura, y oyó alejarse el ruido de los pasos, y cuando este ruido se hubo apagado, saltó de su cama, que separó, y al débil resplandor del rayo de luz que penetraba en el calabozo, pudo ver el trabajo tan inútil que habia hecho el día antes, dirigiéndose al cuerpo de la piedra en lugar de dirigirse al yeso que rodeaba sus estremidades.

Vió con un violento latido de corazón que este yeso se deshacia en fragmentos; estos fragmentos eran casi átomos, es verdad, pero al cabo de media hora habia arrancado un buen puñado.

Un matemático hubiera podido calcular que con unos dos años de este trabajo, suponiendo que no diese en piedra viva, se conseguiria abrir un agujero de dos pies cuadrados por veinte y cinco de profundidad.

Entonces se reconvino el preso por no haber empleado en tal faena aquellas mortales horas cada vez mas lentas y que habia perdido en la esperanza, en las plegarias, y en la desesperacion.

En cerca de seis años ¿qué obra por pesada que fuese no hubiera podido acabar?

Esta idea le hizo redoblar su ardor.

A los tres dias logró, con infinitas precauciones, levantar el ciemiento y descubrir la piedra; la pared estaba formada de cantos, entre los cuales, para mayor solidez, habian colocado de trecho en trecho algunos sillares: uno de estos fué el que casi habia arrancado, y que trataba de separar de allí. Probó con sus uñas, pero sus uñas no bastaban para esto. Los pedazos del cántaro introducidos debajo en forma de palanca se rompian al menor esfuerzo. Despues de una hora de inútiles tentativas, se levantó con la frente bañada de sudor; sus fuerzas se le iban agotando.

¿Iba él á pararse tan al principio y á esperar con los brazos cruzados que se lo diese todo hecho, su vecino que quizá se cansaria?

De repente le pasó una idea por la imaginacion; se quedó en pié y una sonrisa de satisfacion brilló en sus lábios; su frente antes húmeda, se secó por si sola.

El carcelero traía todos los dias la sopa en una cacerola de hoja de lata. Esta cacerola contenia su sopa y la de otro preso, porque Dantés habia notado que unos dias la traía llena y otros mediada, segun que el carcelero empezaba á distribuir aquel alimento por él ó su compañero. Esta cacerola tenia un mango de hierro, y

era precisamente lo que necesitaba él, aunque lo hubiese pagado á costa de diez años de su vida.

El carcelero vaciaba el contenido de esta cacerola en el plato de Dantés. Despues de haber comido su sopa con una cuchara de madera, la lavaba y le servia todos los dias. Edmundo puso el plato en el suelo, á la mitad del camino que habia desde la puerta á la mesa, y al entrar el carcelero le pisó y le hizo mil pedazos.

Esta vez no habia nada que decir contra Dantés; habia cometido la torpeza de dejar el plato en el suelo, es verdad, pero el carcelero cometió la de no mirar á sus pies. El carcelero se contentó con gruñir, como lo habia hecho cuando el cántaro, y miró á su alrededor á ver si encontraba un cacharro donde verter la sopa; pero no encontró nada.

—Dejad la cacerola, dijo Dantés, ya os la llevareis al traerme mañana mi almuerzo. Esta idea agradó bastante al carcelero que no tenia mucha gana de volver á subir, de volver á bajar y de subir de nuevo la escalera. Asi, pues, dejó la cacerola.

Dantés se estremeció de alegría. Comió vivamente la sopa, y la comida que habia mezclada entre la sopa. Una vez seguro de que el carcelero se habia marchado, quitó su cama, tomó su cacerola, introdujo el extremo del mango entre la piedra y los cantos, y empezó á hacer uso de él á manera de palanca. Una ligera oscilacion le probó que tenia buen resultado su prueba.

En efecto, al cabó de una hora la piedra fué sacada de la pared, donde dejó un hueco de mas de pie y medio de diámetro. Recogió con cuidado todo el yeso, lo llevó á los rincones de su calabozo, arrancó una poca de tierra gris con un pedazo de cántaro, y cubrió con ella el yeso. Y queriendo, ya que la casualidad le habia proporcionado un instrumento tan útil, aprovecharse bien de él, siguió cabando aquel gran agujero, sin descansar un solo momento. Apenas hubo amanecido, volvió á colocar la piedra en su hueco, puso la cama en su lugar y se acostó.

El almuerzo que le daban consistia en un pedazo de pan; el carcelero entró y colocó sobre la mesa este pedazo de pan.

—¿Qué no me traeis otro plato? preguntó Dantés.

—No, dijo el carcelero; todo lo rompeis, habeis hecho pedazos el cántaro, y habeis sido causa de que yo haya roto vuestro plato; si todos los presos fuesen como vos, el gobierno no podria cubrir tantos gastos. Os dejo la cacerola, os servireis en ella la sopa, y de ese modo no rompereis mas.

Dantés levantó los ojos al cielo, y cruzó las manos bajo su cobertor. Aquel pedazo de hierro de que podia disponer, habia hecho nacer en su corazon un sentimiento de gratitud hácia el cielo, mayor aun que el que le hubieran causado en su vida pasada los mayores bienes que le concedieran. Pero notó que desde que él empezó á trabajar, el otro preso no trabajaba ya. No importa, decia para sí, no por eso he de trabajar menos; si mi vecino no viene á buscarme, yo iré á buscar á mi vecino.



Todo el dia trabajó sin descanso; por la noche gracias á su nuevo instrumento, ya habia sacado de la pared mas de diez puñados de yeso, de tierra y de cimientos.

Cuando llegó la hora de la visita, enderezó el mango de la cacerola todo lo mejor que pudo, y lo puso en su lugar acostumbrado. El carcelero vertió la racion ordinaria de sopa y carne, ó mas bien de sopa y pescado, porque á los presos les hacian comer de viernes tres dias á la semana, y este era uno de ellos. Asi que le hubo echado la sopa, el llavero se retiró.

Quiso asegurarse de si su vecino habia cesado de trabajar, asi pues escuchó. Todo permanecia en silencio. Dantés suspiró; sin embargo no se desanimó y continuó su labor toda la noche. Pero despues de dos ó tres horas encontró un obstáculo: el hierro se resvalaba sobre una superficie plana. Tocó el obstáculo con las manos, y conoció que era una viga. Esta viga atravesaba, ó mas bien cubria, el agujero que habia empezado á hacer Dantés. Era necesario escavar por arriba ó por abajo. El desgraciado joven no habia pensado en este obstáculo.

—¡Oh Dios mio! exclamó, Dios mio! yo os habia suplicado tanto que al fin creí que me habriais escuchado. ¡Dios mio! despues de haberme quitado la libertad de la vida, despues de haberme quitado la tranquilidad de la muerte, ¡Dios mio! tened piedad de mí, no me dejéis morir en la desesperacion!

—¿Quién habla de Dios y de desesperacion á un mismo tiempo? articuló una voz que parecia salir de debajo de la tierra, y que tenia un acento sepulcral.

Edmundo sintió erizarse sus cabellos, y se quedó estático.

—¡Ah! murmuró, oigo una voz humana!

Ya hacia cuatro ó cinco años que Edmundo no habia oido hablar á nadie mas que á su carcelero, y para un preso el carcelero no es un hombre, es una puerta viva que se aumenta á la puerta de encina, es una barra de carne que se aumenta á las barras de hierro.

—¡En nombre del cielo! exclamó Dantés, vos que habeis hablado, seguid hablando, aunque me llene de asombro vuestra voz, ¿quién sois?

—Decidme quién sois vos? preguntó la voz.

—Un desgraciado preso, replicó Dantés.

—¿De qué país?

—Francés.

—¿Vuestro nombre?

—Edmundo Dantés.

—¿Vuestra profesion?

—Marino.

—¿Cuánto tiempo hace que estais aqui?

—Desde el 28 de febrero de 1815.

—¿Vuestro crimen?

—Soy inocente.

—¿Pero de qué os acusan?

—De haber conspirado para la vuelta del emperador.



—¡Cómo! para la vuelta del emperador! ¿no está actualmente en el trono el emperador?

—Ha abdicado en Fontainebleau en 1814 y ha sido desterrado á la isla de Elba. ¿Pero cuánto tiempo hace que vos estais aquí?

—Desde el año de 1811.

—Dantés se estremeció, aquel hombre estaba preso cuatro años antes que él.

—Bueno, dejemos este asunto, dijo la voz hablando apresuradamente; decidme solo á qué altura se encuentra la escavacion que habeis hecho.

—Al nivel del suelo.

—¿Cómo la habeis ocultado?

—Detrás de mi cama.

—¿La han movido desde que estais preso?

—Jamás.

—¿Adónde cae vuestro cuarto?

—A un corredor.

—¿Y el corredor?

—Desemboca en el patio.

—¡Ah! exclamó la voz.

—¡Dios mio! ¿pues qué sucede? exclamó Dantés.

—¡Sucede que me he engañado, que me he equivocado en mis cálculos, que me ha perdido el no tener compás, que una línea de error en mi plano ha equivalido á quince pies en realidad, y he tomado la pared que minais por las murallas de la ciudadela!

—Pero entonces saliais al mar.

—Eso es lo que yo queria.

—¿Y si os hubiéseis salido con vuestra empresa?

—Me hubiera arrojado á nado, y llegaría á una de las islas que rodean al castillo de If; á la de Daume, ó á la de Tiboulen, ó á la misma costa, y entonces me habria salvado.

—¿Hubiérais podido nadar hasta allí?

—¡Dios me habria dado fuerzas; y ahora, todo se ha perdido!

—¿Todo?

—Sí, volved á tapar vuestro agujero con precaucion, no trabajéis mas, no os ocupeis en nada, y esperad noticias mias.

—¿Decidme quien sois á lo menos.... decidme quien sois?...

—Yo soy... yo soy el número 27.

—¿Desconfiais de mí? preguntó Dantés.

Edmundo creyó oír una especie de risa amarga.

—¡Oh! soy buen cristiano, exclamó adivinando instintivamente que aquel hombre pensaba abandonarle; os juro por Cristo que primero consentiré que me maten que descubrir á nadie la verdad; pero, en nombre del cielo, no me priveis de vuestra presencia, no me priveis de vuestra voz, ó de lo contrario, os lo juro, me rompo la cabeza contra la pared, y os tendreis que echar en cara mi muerte.

—¿Qué edad teneis? replicó el interlocutor desconocido. ¿Vuestra voz parece ser la de un jóven?

—Yo no sé mi edad, porque no he contado el tiempo desde que

estoy aqui. Pero lo que sé es que yo iba á cumplir diez y nueve años cuando fui preso en 1815.

—Aun no llegan á veinte y seis murmuró la voz: vamos á esa edad aun se puede no ser traidor.

—Oh! no, no, os lo juro, replicó Dantés. Ya os lo he dicho y lo sostengo, consentiré que me despedacen antes que engañaros.

—Bien habeis hecho en hablarme, en suplicarme, replicó la voz, porque ya iba yo á formar otro plan y á alejarme de vos, pero vuestra edad me tranquiliza, yo iré á reunirme con vos, esperadme.

—¿Cuándo?

—Es preciso que calcule, dejadme daros la señal.

—Pero no me abandonareis, no me dejareis solo, vendreis conmigo ó me permitireis que vaya con vos. Huiremos juntos y si no podemos huir, hablaremos, vos de las personas que amais, yo de las que amo; ¿no amais á nadie?

—Soy solo en el mundo....

—Entonces me amareis á mí.... si sois jóven yo seré vuestro camarada; si sois viejo.... yo seré vuestro hijo.... tengo un padre que debe tener setenta años, si vive aun; solo le amaba á él y á una jóven que se llama Mercedes. Mi padre no me ha olvidado, estoy seguro; pero ella, Dios sabe si aun piensa en mí... yo os amaré como amaba á mi padre....

—¡Está bien! dijo el preso, hasta mañana.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento que convenció á Dantés; levantóse, tomó las mismas precauciones con la tierra sacada de la pared, que habia tomado el dia anterior, y colocó su cama contra aquella. Desde entonces disfrutó de una felicidad inesplicable: ya no estaria solo, y quizás pronto se veria libre; y en todo caso, si permanecia preso, tendria un compañero; ahora pues, el cautiverio dividido entre dos no es mas que un medio cautiverio.

No hizo todo el dia mas que pasear por su cuarto con el corazón rebotando de placer. Algunas veces le ahogaba. Se sentaba sobre su cama, oprimiéndose el pecho con la mano. Al menor ruido que oia en el corredor, se dirigia precipitadamente hacia la puerta. Una vez ó dos le pasó por la imaginacion la idea de que le separáran de aquel hombre á quien no conocia y á quien sin embargo amaba como á un amigo. Entonces estaba decidido: en el instante en que el carcelero apartase su cama, y bajase la cabeza para examinar el agujero, le estrellaria contra el pavimento sobre el cual habia puesto su cántaro. Le condenarian á muerte, bien lo sabia; pero de todos modos ¿no se iba á morir de desesperacion en el momento en que aquel milagroso ruido le habia hecho volver á la vida?

Por la tarde volvió el carcelero; estaba sobre su cama; desde alli le parecia ocultar mejor la abertura no concluida aun; sin duda miró al llavero de una manera estraña, porque este le dijo:

—Vamos, ¿os vais á volver loco otra vez?

Dantés no respondió, temia que le descubriese la emocion de su voz.





Lozano d. y H^{te}.

Lit. de J. Aragón.

„Entonces, en el fondo de aquel agujero sentí, no aparecer un hombre que saliese con bastante agilidad de la escabacion practicada.”

El carcelero se retiró meneando la cabeza.

Así que hubo llegado la noche, creyó Dantés que su vecino se aprovecharía del silencio y de la oscuridad para renovar la conversacion con él, pero se engañaba. La noche pasó sin que ningun ruido respondiese á su ansia mortal. Pero al dia siguiente, despues de la vista de la mañana y cuando acababa de separar su cama de la pared, oyó dar tres golpes en largos intervalos; al oírlos se precipitó de rodillas.

—¿Sois vos? dijo; ¡aqui estoy!

—¿Ha partido ya vuestro carcelero? preguntó la voz.

—Sí, respondió Dantés; ya no vuelve hasta la noche.... tenemos doce horas libres!

—¿Puedo ya trabajar? dijo la voz.

—¡Oh! ¡sí, sí, sin tardanza, ahora mismo os lo suplico!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, la porcion de tierra en qué apoyaba Dantés ambas manos, pareció ceder bajo su peso, se retiró hácia detras mientras que una masa de tierra y de piedras desprendidas se precipitaba en un agujero que acababa de abrirse debajo de la abertura que él habia hecho.

Entonces, en el fondo de aquel agujero sombrío, y cuya profundidad no podia medir, vió aparecer una cabeza, dos hombros, y en fin un hombre que salió con bastante agilidad de la escavacion practicada.

CAPITULO XVI.

Un sábio Italiano.

Dantés recibió en brazos á su nuevo amigo, por tanto y tan largo tiempo esperado, y le condujo á su ventana á fin de que la poca luz que penetraba en el calabozo le iluminase completamente. Era un personage bajo de cuerpo, de cabellos blancos, mas bien por sus padecimientos que por la edad, de mirada penetrante, medio oculta por unas espesas cejas, de barba negra aun y que le llegaba hasta el pecho: lo enjuto de su rostro surcado de profundas arrugas, el perfil de sus características facciones, revelaban un hombre mas acostumbrado á ejercer sus facultades morales que sus fuerzas físicas. La frente del recién llegado estaba bañada en sudor. En cuanto á su traje era imposible distinguir la forma primitiva porque se le caía á pedazos.

Contaria aquel hombre unos sesenta y cinco años, aunque cierto vigor en sus movimientos anunciaba que tenia menos de los que le hacia representar un largo cautiverio. Acogió con una especie de placer las entusiastas protestas del jóven. Por un instante le parecia que su mano helada se calentaba y fortificaba al contacto de aquel alma ardiente. Agradecióle su cordialidad con cierto calor, por mas que su engaño hubiese sido muy grande al encontrar un segundo calabozo donde creia encontrar la libertad.

—Veamos, dijo, si hay algun medio de hacer desaparecer á los

ojos de vuestro carcelero las buellas de mi paso. Toda nuestra tranquilidad depende en adelante de que ignore lo que ha pasado.

Entonces se inclinó hácia la abertura, cogió la piedra, que levantó facilmente no obstante su peso, y la entró en el agujero.

—Esta piedra ha sido arrancada con bastante trabajo, dijo inclinando la cabeza; ¿no teneis instrumentos?

—Y vos, preguntó Dantés con asombro, ¿los teneis acaso?

—He hecho algunos. Escepto una lima, tengo todo lo que me hace falta: escoplo, tenazas, palancas....

—¡Oh! mucho me alegraria de ver esos productos de vuestra ciencia y de vuestra industria, dijo Dantés.

—Tomad, aquí tengo el escoplo.

Y le enseñó una hoja de hierro fuerte y aguda embutida por un extremo en un mango de madera.

—¿Con qué habeis hecho esto? dijo Dantés

—Con una de las escuadras de mi cama; además con este instrumento he trabajado todo el camino que me ha conducido hasta aquí; cerca de cincuenta pies.

—¡Cincuenta pies! exclamó Dantés con una especie de terror.

—Jóven, hablad mas bajo, dijo el desconocido mirando á su alrededor; á veces suelen escuchar á la puerta de los presos.

—Saben que estoy solo.

—¡No importa!

—¿Y decis que habeis profundizado cincuenta pies para venir hasta aquí?

—Si tal, es poco mas ó menos la distancia que separa mi cuarto del vuestro; pero he calculado mal mi curva por falta de instrumentos de geometría para levantar mi escala de proporción; en lugar de cuarenta pies de elipse he trabajado cincuenta. Yo creia, como ya os he dicho, llegar hasta el muro exterior, atravesarle y arrojarme al mar. He minado á lo largo del corredor á que dá vuestro cuarto, en lugar de minar por debajo. Toda mi tarea ha sido inútil, porque el corredor cae á un patio lleno de centinelas.

—Es verdad, dijo Dantés; pero ese corredor solo pertenece á una fachada de mi cuarto, y mi cuarto como veis tiene cuatro.

—Si, sin duda alguna; pero aquí teneis otra, cuya pared la forma una roca solamente; serian necesarios diez años de trabajo por otros diez mineros provistos de todos los instrumentos para atravesar esa roca. Esta otra debe caer á las habitaciones del gobernador; iriamos á parar á las bodegas que cierran con llave, y nos cogerian. La otra cae á... esperad, ¿á dónde cae esta otra?

Esta fachada era en la que se hallaba la tronera, á cuyo través penetraba la luz en el calabozo. No hubiera podido pasar un niño por ella y estaba además, como ya hemos dicho, fuertemente enrejada por medio de tres barras de hierro, que podian tranquilizar al carcelero mas caviloso. Sin embargo, el recién venido al hacer esta pregunta, colocó la mesa debajo de la ventana.

—Subid sobre esta mesa, dijo á Dantés.

Dantés obedeció, subió sobre la mesa, y adivinando las intencio-

nes de su compañero, apoyó la espalda en la pared y le presentó las dos manos. Su compañero subió entonces con increíble ligereza, primero sobre la mesa, despues de la mesa á las manos de Dantes, y de sus manos á sus hombros. Inclinado, porque el techo del calabozo le impedia estar derecho, asomó la cabeza por la tronera. Un instante despues, la retiró vivamente.

—¡Oh! ¡oh! dijo, ya me lo temia yo. Y volvió á bajar á la mesa, y de la mesa saltó al suelo.

—¿Qué os temiais? preguntó Dantés saltando á su vez.

El preso anciano meditaba.

—Si, dijo, eso es; la cuarta fachada de vuestro calabozo cae á una galeria exterior, especie de camino por donde pasan las patrullas y donde hay muchos centinelas.

—¿Estais seguro?

—He visto el morrion del soldado y el cañon de su fusil, y me retiré tan pronto porque temia que me viera.

—Asi pues..... dijo Dantés.

—Asi pues es imposible huir por vuestro calabozo.

—¿Entonces?..... continuó el jóven.

—Entonces, dijo el otro preso, hágase la voluntad del Señor.

Y las facciones del anciano tomaron un aspecto de resignacion.

Dantés miró á aquel hombre que renunciaba de tal manera y con tanta filosofia á una esperanza que abrigaba hacia tanto tiempo, con un asombro mezclado de admiracion.

—¿Ahora quereis decirme quien sois? preguntó Dantés.

—¡Oh! si, si aun puede eso interesaros, ahora que ya no os será útil para nada.

—Podreis á lo menos consolarme y sostenerme.

El preso se sonrió tristemente.

—Yo soy el abate Faria, dijo, preso desde el año 1811, como ya sabeis, en el castillo de If; pero habia estado tres años encerrado en la fortaleza de Fenestrelles. En 1811 me transportaron desde el Piamonte á Francia. Entonces supe que la Providencia habia concedido á Napoleon un hijo, y que este hijo aun en la cuna habia sido nombrado rey de Roma. Estaba muy lejos de pensar lo que me habeis dicho; ¿quién reina actualmente en Francia? ¿es acaso Napoleon II?

—No, Luis XVIII.

—¡Luis XVIII, el hermano de Luis XVI! ¡Oh! los decretos del cielo son estraños y misteriosos! ¡Cuál habrá sido la intencion de la Providencia haciendo caer al hombre que habia elevado, y elevando al que habia hecho caer!

Dantés seguia con la vista á aquel hombre que olvidaba por un momento su propio destino, para ocuparse de aquella manera de los destinos del mundo.

—Si, si, continuó, lo mismo que en Inglaterra; despues de Cárlos I Cromwell; despues de Cromwell Cárlos II, y tal vez despues de Jacobo II algun yerno, algun pariente, algun principe de Orange, algun *stathouder* se hará rey; y á eso seguirian nuevas concesiones al pueblo, una constitucion, y al fin la libertad. Ya vereis como sucede

eso, jóven, dijo volviéndose hácia Dantés y mirándolo con una mirada profunda y en la que brillaba una profética inspiracion; aun teneis edad para alcanzarlo, os repito que vereis eso.

—Si; si salgo de aquí.

—¡Ah! teneis razon, dijo el abate Faria, estamos presos; hay momentos en que todo lo olvido, y en que me creo libre penetrando mi vista al través de esos muros que me encierran.

—¿Pero por qué estais encerrado vos?

—Yo, porque he soñado en 1807 el proyecto que Napoleon ha querido realizar en 1811; porque como Maquiavelo, en lugar de todos esos principillos que hacian de la Italia un nido de reñecillos tiránicos y debiles he querido un reino solo, grande y fuerte; porque he creído encontrar á mi César Borgia en un sándio con diadema, que ha afectado comprenderme para venderme despues con mas facilidad. Tal era el proyecto de Alejandro VI y de Clemente VII; siempre se frustrará porque lo han intentado en vano y porque Napoleon no pudo concluirlo; decididamente la Italia es un país maldito. Y el anciano inclinó la cabeza.

Dantés no comprendia como podia un hombre arriesgar su vida por semejantes intereses, es verdad que si conocia á Napoleon por haberlo visto y hablado, ignoraba completamente quienes eran Clemente VII y Alejandro VI.

—¿No sois vos, dijo Dantés empezando á participar de la opinion de su carcelero, que era la opinion general del castillo de If, el sacerdote... que creen... enfermo?

—¿Qué creen loco, quereis decir, no es asi?

—No me atrevia á decirlo, replicó Dantés sonriéndose.

—Si, si, continuó Faria con amarga risa; si, yo soy el que pasa por loco; yo soy el que divierte hace tanto tiempo á los huéspedes de esta prision, y el que serviria tambien de diversion á los niños si pudiera haber niños en la morada del dolor sin esperanza...

Dantés se quedó mudo é inmóvil.

—¿Asi, pues, renunciáis á la esperanza de huir?... le dijo.

—Si, porque veo que es imposible la fuga; es sublevarse contra Dios el querer intentar una cosa que Dios no quiere que se cumpla.

—¿Por qué desanimaros? tambien seria mucho exigir de la Providencia esperar que tuviese buen éxito la primera tentativa! ¿no podeis volver á empezar en otra direccion lo que habeis hecho hasta aqui?

—¿Pero acaso sabeis lo que he hecho, para hablar de volver á empezar? ¿sabeis que he necesitado cuatro años para hacer los instrumentos que poseo? ¿qué hace dos años que estoy cavando y derribando una tierra tan dura como el granito? ¿qué he pasado dias enteros entregado á ese trabajo titánico, y que varias veces por la noche me creia yo muy feliz cuando habia arrancado un puñado de ese cimientto casi tan duro como la piedra? ¿sabeis que para ocultar toda esa tierra y todos esos cantos he necesitado horadar la bóveda de una escalera en la cual han sido sepultados todos los escombros, que ahora la bóveda está llena y yo no se donde colocar un

puñado de polvo? ¿sabeis, qué ya creia haber llegado al fin de todos mis trabajos, que sentia en mi precisamente la fuerza necesaria para acabar esa tarea, y que ahora no solo aleja Dios ese fin, sino que le trasporta no sé donde? ¡Ah! os lo digo, os lo repito, nada haré para recobrar mi libertad, puesto que la voluntad de Dios ha sido privarme de ella para siempre.

Edmundo bajó la cabeza para no confesar á aquel hombre que la alegría de tener un compañero le impedia compartir como debiera el dolor que experimentaba el preso de no haber podido salvarse. El abate Faria se dejó caer sobre la cama de Edmundo, y Edmundo permaneció de pie. El jóven no habia pensado en la fuga. Hay ciertas cosas que parecen de tal modo imposibles, que ni siquiera piensa uno intentarlas. Cavar cincuenta pies debajo de tierra, consagrar á esta operacion un trabajo de tres años para llegar, librando bien, á un abismo peligroso, rodeado de rocas y batido por el mar; precipitarse de cincuenta, de sesenta, de cien pies de alto, tal vez para estrellarse al caer contra alguna roca, si la bala de los centinelas no os ha muerto antes: verse obligado, si se salva uno de tales peligros, á atravesar á nado una legua, oh! esto era demasiado para resignarse á ello, y ya hemos visto que Dantés habia renunciado á toda esperanza.

Pero ahora que el jóven habia visto á un anciano esponer su vida con tanta energía y darle ejemplo de resoluciones desesperadas, se puso á reflexionar y á medir su valor. Otro habia intentado lo que no tuvo siquiera la idea de hacer; otro, menos jóven, menos fuerte, menos diestró que él, se habia procurado á fuerza de habilidad y de paciencia todos los instrumentos que necesitara para aquella increíble operacion; cuando otro habia hecho aquello, no le era imposible hacerlo á Dantés; Faria habia profundizado cincuenta pies, él profundizaría ciento. Faria á los cincuenta años habia gastado tres en su obra; él no tenia mas que la mitad de la edad de Faria, pues bien, él invertiria dos. Faria, abate, sabio sacerdote, no habia temido arriesgarse á hacer la travesia desde el castillo de If á la isla de Daume de Ratonneau ó de Lemaire; pues él, Edmundo el marino, Dantés, el hábil buzo, que tantas veces habia ido á buscar una rama de coral al fondo del mar, ¿vacilaria en atravesar á nado una legua? ¿Qué necesitaba para andar á nado una legua? una hora. Y bien! ¿no habia estado él mil veces horas enteras en el mar sin hacer pie ni una vez siquiera en la rivera? No, no, Dantés no tenia necesidad mas que de ser estimulado por un ejemplo. Lo que otro hiciese ó hubiese hecho, lo haria él tambien.

El jóven reflexionó un instante.

—Ya he encontrado lo que vos buscabais, dijo al anciano.

Faria se estremeció.

—¡Vos! dijo, levantando la cabeza con un aire que indicaba que si decia la verdad, la desanimacion de su compañero no duraria mucho; ¿vos, veamos qué habeis encontrado?

—El corredor que habeis atravesado para venir desde vuestro cuarto se estiende en la misma direccion que la galeria exterior, ¿no es asi?

—Si.

—Lo mas que está retirado es unos quince pies.

—Todo lo mas.

—¡Pues bien! hácia la mitad del corredor hacemos un camino en forma de cruz; esta vez tomáis mejor vuestras medidas; desembocamos en la galeria exterior, matamos al centinela, y huimos. Para que ese plan tenga buen éxito no se necesita mas que valor, vos lo teneis, vigor, no me falta; no hablo de paciencia porque ya habeis hecho vos vuestras pruebas y yo haré las mias.

—Un momento, respondió el abate; vos no sabeis, querido compañero mio, de qué especie es mi valor, y qué empleo quiero hacer de mis fuerzas; en cuanto á la paciencia, me parece haber tenido bastante, trabajando noche y dia; pero entonces, escuchadme bien, jóven, era porque pensaba que servia á Dios libertando á una de sus criaturas, que siendo inocente, no podia ser condenada.

—¡Y bien! preguntó Dantés, ¿no se halla la cosa en el mismo punto, ú os teneis por culpable desde que me habeis encontrado?

—No, pero no quiero llegar á serlo; hasta aqui, yo no creia tener que luchar mas que con las cosas, y me proponéis luchar con los hombres. Yo he podido muy bien atravesar una pared y destruir una escalera, pero no atravesaré un pecho y no destruiré una existencia.

Dantés hizo un ligero movimiento de sorpresa.

—¡Cómo! ¡pudiendo libraros no lo hariais por semejante escrupulo!

—Pero vos mismo, dijo Faria, ¿por qué no habeis asesinado una noche á vuestro carcelero con el banquillo de la cama, os habeis puesto sus vestidos y os habeis escapado?

—Porque no me ha ocurrido esta idea, dijo Dantés.

—Porque teniais un horror tan instintivo á semejante crimen, que ni siquiera habeis pensado en ello, replicó el anciano; porque en las cosas sencillas y permitidas, nuestros instintos naturales nos advierten que no traspasemos la línea de nuestro derecho. El tigre que derrama la sangre por naturaleza, no necesita sino que su olfato le advierta donde se halla una presa: al punto salta sobre ella y la despedaza; tal es su instinto, y él le obedece; pero al hombre al contrario, le repugna la sangre; no son las leyes sociales las que condenan el asesinato, son las leyes naturales las que le rechazan.

Dantés se quedó confundido; tal vez era esta en efecto la explicacion de lo que sin saberlo, habia pasado en su espíritu ó mas bien en su alma, porque hay pensamientos que nacen de la cabeza y otros que nacen del corazon.

—Y ademas, continuó Faria, al cabo de doce años que estoy preso he repasado en mi memoria todas las evasiones célebres, y no he visto que hayan tenido buen éxito las violentas. Las evasiones felices, son las meditadas con cuidado y dispuestas con calma: así es como se escapó de Vincennes el duque de Beaufort, del fuerte L' Eveque; el Abate Dubuquoi y Latude, de la Bastilla. Tambien hay las que pueden ofrecer la casualidad; estas son las mejores; esperemos una ocasion, creedme, y si se presenta aprovechémosla.

—Vos habeis podido esperar, dijo Dantés suspirando; ese largo trabajo os ocupaba casi siempre; y cuando vos no teniais vuestro trabajo para distraeros, teniais vuestras esperanzas para consolaros.

—Es verdad, dijo el abate sonriendo, pero no me ocupaba eso solamente.

—¿Pues qué haciais?

—Escribia ó estudiaba.

—¿Os dan acaso papel, pluma y tinta?

—No, pero yo me los he procurado.

—¡Vos haceis papel, pluma y tinta! exclamó Dantés.

—Sí.

—Edmundo miró á aquel hombre con admiracion; pero con dificultad le daba crédito. Faría notó esta ligera duda.

—Cuando vengais á mi cuarto, le dijo, os enseñaré una obra completa, resultado de los pensamientos y de las reflexiones de toda mi vida, que ya habia meditado á la sombra del Coliseo en Roma, al pié de la columna de San Marcos en Venecia, en las orillas del Arno en Florencia, y últimamente entre cuatro paredes en el castillo de If. Es un tratado acerca de la posibilidad de una monarquía general en Italia. Formará un tomo grueso en cuarto.

—¿Y lo habeis escrito?

—En dos camisas. He inventado una preparacion que deja el lienzo tan liso y unido como el pergamino.

—¿Sois tambien químico?

—Un poco. He conocido á Lavoisier, y he tenido estrechas relaciones con Cabanis.

—Pero para esa obra habeis necesitado buscar algunos apuntes históricos. ¿Teniais libros?

—En Roma tenia unos cinco mil volúmenes en mi biblioteca. A fuerza de leerlos y volverlos á leer, he descubierto que con cincuenta obras bien elegidas, se tiene, si no el resúmen completo de los conocimientos humanos, al menos lo que es útil que sepa el hombre. Como ya os he dicho, á fuerza de leer esos volúmenes ya los sabia casi de memoria, cuando fui preso. En mi prision me acordé de todo, solo con un ligero esfuerzo de memoria. Asi, pues, podria muy bien citaros á Thucydides, á Xenophonte, Plutarco, Tito-Livio, Tácito, Strada, Jornandés, Montagne, Shakspeare, Spinosa, Maquiavelo y Bossuet. Solo os cito los mas importantes.

—¿Pero sabeis muchos idiomas?

—Hablo cinco lenguas, el alemán, el francés, el italiano, el inglés y el español; ayudado por el griego antiguo comprendo el griego moderno; lo hablo mal, pero lo estoy estudiando ahora.

—¿Lo estudiáis? dijo Dantés.

—Sí, he hecho un vocabulario de las palabras que sé; las he dispuesto y combinado de manera que me puedan servir para expresar mi pensamiento. Sé como unas mil palabras; en rigor es todo lo que necesito, aunque haya cien mil en el diccionario. No seré muy elocuente, pero haré que me entiendan bien y me basta.

Cada vez mas asombrado, Edmundo empezaba á encontrar casi

sobrenaturales las facultades de aquel hombre estraño; quiso coggerlo en algo y continuó:

—Pero si no os han dado plumas, ¿con qué habeis podido escribir ese tratado tan voluminoso?

—Yo las he hecho escelentes; y que se preferirian á las plumas ordinarias si fuese conocida la materia; con los cartílagos de las cabezas de esas enormes merluzas que nos sirven algunas veces en los dias de vigilia. Asi, pues, siempre veo llegar con placer los miércoles, viernes y sábados, porque me proporcionan el que aumente mi provision de plumas; y en mis trabajos históricos confieso hallo mi mas dulce ocupacion. Al recordar lo pasado olvido lo presente, y olvido tambien que estoy preso.

—¿Pero y la tinta?

—Hubo una chimenea en mi calabozo, dijo Faria; que fué tapada algun tiempo antes de que yo viniese pero alli habian encendido fuego largos años y todo el interior estaba cubierto de hollin; disolví este hollin en una porcion de vino que me dan todos los domingos y esto me produce escelente tinta. Para ciertas notas particulares que merecen llamar la atencion, me pico con un alfiler los dedos, y escribo con mi sangre.

—¿Y cuando podré yo ver todo eso? preguntó Dantés.

—Cuando querais, respondió Faria.

—¡Oh! ¡inmediatamente! exclamó el jóven.

—Pues seguidme, dijo el abate.

Y entró por el pasillo subterráneo, donde desapareció: Dantés le siguió.

CAPITULO XVII.

El cuarto del abate.

Despues de haber pasado encogido, pero con bastante facilidad por el pasillo subterráneo, llegó Dantés al extremo opuesto del corredor que comunicaba con la habitacion del abate. Al llegar alli el paso se estrechaba, y apenas ofrecia el espacio suficiente para que un hombre pudiese entrar por él arrastrándose. La habitacion del abate estaba embaldosada: habiendo levantado del rincon mas oscuro una de estas baldosas, fué como él empezó la laboriosa operacion, cuyo resultado habia visto Dantés. Colocada la baldosa en su sitio, el abate tenia cuidado de estender un pedazo de estera vieja, precaucion suficiente para ocultarla á los ojos de los carceleros. Apenas hubo entrado Dantés, cuando se puso á examinar este cuarto misterioso con la mayor atencion. A primera vista no presentaba nada de particular.

—Bueno, dijo el abate, no son mas que las doce y cuarto; aun podemos disponer de algunas horas.

Dantés miró á su alrededor buscando el reloj, en que habia visto el abate la hora que era.

—Ved ese rayo de sol que entra por mi ventana, dijo el anciano, y

mirad sobre la pared las líneas que he trazado. Por esas líneas que están combinadas con el movimiento doble de la tierra y la elipse que describe alrededor del sol, sé con mas exactitud la hora que si tuviese un reloj, porque un reloj puede descomponerse, mientras que el sol y la tierra no se descomponen jamás.

Dantés no había comprendido nada de esta esplicacion; él había creído siempre, al ver al sol levantarse por detras de las montañas y ocultarse en el Mediterráneo, que era él quien giraba y no la tierra. Este doble movimiento del globo, del cual no se había apercebido aun, le parecia casi imposible: en cada una de las palabras de su interlocutor, veía misterios de ciencias tan difíciles de penetrar como las minas del oro y de diamantes que visitó en un viage que había hecho muy niño á Guzarate y á Golconda.

—Veamos, dijo al abate, estoy impaciente por examinar vuestros tesoros.

Dirigióse Faria hácia la chimenea, apartó con el esclapo que conservaba siempre en la mano, la piedra que formaba antes el hogar, y que ocultaba una cavidad bastante profunda, la cual contenia todos los objetos de que había hablado á Dantés.

—¿Qué quereis ver? le preguntó.

—Enseñadme vuestra obra sobre la monarquía en Italia.

Faria sacó de su armario tres ó cuatro pedazos de lienzos enrollados como las hojas de papyro: eran tiras de lienzo de cerca de cuatro pulgadas de ancho y diez y ocho de largo. Estas tiras, numeradas estaban escritas en italiano, de modo que Dantés pudo leerlas por ser, idioma que conocia.

—Ved, le dijo, todo está aquí; hace cerca de ocho dias que he dado fin á mi obra. Dos de mis camisas y todos los pañuelos, que poseia, me han abastecido de papel; si alguna vez me veo en libertad y hallo un impresor que se atreva á imprimir mi obra, mi reputacion está asegurada.

—Si, respondió Dantés, lo comprendo. Y os suplico me enseñeis las plumas de que os habeis servido para escribirla.

—Ved, dijo Faria; y enseñó al jóven una varita como de seis pulgadas de largo, y gruesa como el asta de un pincel, á la punta de la cual habia atado con un hilo uno de esos cartílagos manchado aun en la tinta de que hablára á Dantés; tenia la forma de un pico de pájaro, y estaba cortado como una pluma ordinaria.

Dantés la examinó, buscando con los ojos el instrumento con que habia sido cortada tan perfectamente.

—¡Ah! si, dijo Faria, el cortaplumas; ¿no es eso? Esa es mi obra maestra: la he hecho, como el cuchillo que veis aqui, con un candelero viejo de hierro.

El cortaplumas cortaba como una navaja de afeitar; en cuanto al cuchillo tenia la ventaja de poder servir tanto de cuchillo como de puñal. Dantés examinó estos diferentes objetos con la misma atencion que, en las tiendas de curiosidades de Marsella, habia admirado tantas veces los instrumentos hechos por los salvages, traídos de los mares del Sur por los capitanes de los buques.

En cuanto á la tinta, dijo Faria, sabeis cómo me la proporciono y la hago segun la voy necesitando.

—Mas lo que me admira, dijo Dantés, es como os bastan los dias para hacer todas estas obras.

—Tengo las noches, respondió Faria.

—¡Las noches! ¿pues qué teneis el don de ver en la oscuridad?

—No; pero Dios ha dado al hombre la inteligencia para auxiliar la pobreza de sus sentidos: me he sabido procurar luz.

—¿Cómo, pues?

—De la comida que me traen aparto la grasa, la derrito y saco una especie de aceite compacto. Mirad mi bugía. Y el abate mostró á Dantés una especie de lamparilla parecida á las que ponen en las iluminaciones públicas.

—¿Pero y el fuego?

—Hé aquí dos pedernales y la yesca con que lo saco.

—¿Y las pajuelas?

—Fingi tener una erupcion cutánea, pedí azufre, y me lo concedieron.

Dantés puso los objetos que tenia en las manos sobre la mesa, y bajó la cabeza admirado de la perseverancia y fuerza de aquella voluntad.

—Aun no es eso todo, continuó Faria, porque es necesario no colocar todos los tesoros en un solo escondite; cerremos este.

En seguida pusieron la baldosa en su sitio; al rededor de la cual, el abate echó un poco de tierra y la esparció con el pié. Se dirigió hacia su cama y la apartó un poco. Detras de la cabecera, oculto por una piedra que le cerraba herméticamente, habia un agujero, que contenia una escala de cuerda como de veinte y cinco á treinta pies de largo. Dantés la examinó: era de una solidez á toda prueba.

—¿De donde habeis sacado la cuerda necesaria para esta obra maravillosa?

—Al principio, de algunas camisas que tenia, despues de las sábanas de mi cama, que he deshilachado durante los tres años de cautividad en Fenestrelles. Cuando me transportaron al castillo de If, encontré un medio para traer conmigo esta hilacha; aquí he continuado la obra.

—¿Pero no advertian que las sábanas de vuestro lecho no tenían dobladillos?

—Las volvía á coser.

—¿Con qué?

—Me servia de esta aguja.

Y separando el abate uno de los girones de su vestido, mostró á Dantés una espina larga y aguda enhebrada aun, que llevaba siempre consigo.

—Si, continuó Faria, habia pensado desde el principio arrancar los hierros y huir por esta ventana, que es como veis, un poco mas ancha que la vuestra, y que hubiese ensanchado aun mas en el momento de mi evasion; mas despues supe que daba á un patio interior, por lo cual he renunciado á mi proyecto, como demasiado peligroso. Sin embargo he conservado la escala para alguna circunstancia im-

prevista, para una de esas evasiones de que os he hablado, y que muchas veces la casualidad nos procura.

Dantés miraba á la escala, pero lejos de examinarla, otra cosa le tenia enagenado. Y era que aquel hombre tan inteligente, tan ingenioso, tan profundo podria acaso comprender la causa de su desgracia, ignorada por él hasta entonces.

—¿En qué pensais? preguntó el abate sonriendo, creyendo que el enagenamiento de Dantés procedia de admiracion.

—Pienso en la inteligencia que os ha sido necesaria para conseguir lo que habeis obtenido; ¿qué hubieseis hecho estando libre?

—Nada tal vez, porque mi cabeza se hubiera ocupado solamente de cosas útiles, porque para descubrir ciertas minas misteriosas que encierra la inteligencia humana, se necesita la desgracia; sin la presion no estalla la pólvora. La cautividad ha reunido en un solo punto todas mis facultades flotantes aquí y allí: se han chocado en un espacio reducido, y ya lo sabeis, del choque de las nubes resulta la electricidad, de la electricidad el relámpago, y del relámpago la luz.

—No, yo no sé nada, respondió Dantés abatido por su ignorancia; cuán feliz sois en saber tanto!

El abate se sonrió.

—Hace poco dijisteis que pensábais dos cosas, y no me habeis dicho mas que la primera, ¿cuál es la segunda?

—La segunda es que vos me habeis contado vuestra vida, y yo no os he contado la mia.

—Vuestra vida, jóven, es muy corta para encerrar acontecimientos de alguna importancia.

—Contiene una inmensa desgracia, dijo Dantés, desgracia que no he merecido, y para no blasfemar de Dios, como hago algunas veces, quisiera poder hallarme ante los autores de mis infortunios.

—¿Luego vos creeis ser inocente del crimen de que os acusan?

—Inocente, lo juro por las dos únicas personas que amo en la tierra, por la salud de mi padre y de Mercedes.

—Veamos, dijo el abate, cerrando su escondite y poniendo la cama en su sitio; contadme, pues, vuestra historia.

Dantés hizo la relacion de todo lo concerniente á ella, que se limitaba á un viage á la India y á otros dos ó tres á Levante; en fin, llegó á su última travesía, á la muerte del capitán Leclerc, al paquete destinado al gran mariscal, á su entrevista con el mismo, á la carta remitida por él y dirigida á un tal Mr. Noirtier; en fin á su llegada á Marsella, á la entrevista con su padre, á sus amores con Mercedes, á la comida de sus desposorios, á su arresto, á su interrogatorio, á su prision provisional en el palacio de Justicia, y en fin, á su encarcelamiento en el castillo de If. Al llegar allí, Dantés no sabia nada mas, ni aun el tiempo que llevaba de preso. Acabada la relacion, el abate se puso á reflexionar profundamente.

—Hay, dijo, despues de un instante, un axioma de derecho muy aplicable á lo que os decia hace poco, y es que á no nacer el pensamiento malo con una organizacion depravada, la naturaleza hu-

mana repugna el crimen. Sin embargo, la civilizacion nos ha dado necesidades, vicios, apetitos ficticios que tienen alguna vez influencia para hacer ahogar nuestros buenos instintos conduciéndonos al mal. De aqui se deduce esta máxima: si quereis descubrir al culpable, buscad desde luego aquel á quien el crimen cometido le haya sido útil. ¿A quién podía ser provechosa vuestra desaparicion?

—A nadie, ¡Dios mio! era yo tan insignificante....

—No contesteis asi, por que vuestra respuesta carece á la vez de lógica y de filosofía; todo es relativo, querido amigo, desde el rey que estorba á su futuro sucesor hasta el empleado que perjudica al supernumerario; todos incomodan al que viene tras él ó al que camina á su lado. Si el rey muere, el sucesor hereda la corona. Si el empleado muere, el supernumerario hereda mil doscientas libras de sueldo. Estas mil doscientas libras, son su patrimonio; tan necesarias para vivir él como los millones para un rey. Cada individuo desde el grado mas ínfimo al mas alto de la escala social agrupa á su alrededor un pequeño mundo de intereses, que tienen sus torbellinos y sus átomos como los mundos de Descartes. Mas ahora volvamos á nuestro mundo. ¿Ibais á ser nombrado capitán del *Faraon*?

—Si.

—¿Ibais á casaros con una jóven muy preciosa?

—Si.

—¿Tenia alguien interés en que no fueseis capitán? ¿Tenia alguien interés en que no os casaseis con la jóven? Responded ante todo á la primera pregunta; el órden es la llave de todos los problemas.

—No, era muy querido á bordo. Si los marineros hubiesen podido elegir un gefe, estoy seguro de que me hubieran elegido; solamente un hombre abrigaba algun motivo de queja contra mí; yo habia tenido tres meses antes una disputa con él, y le propuse, un duelo que no quiso aceptar.

—¿Vamos!... ¿cómo se llama ese hombre?

—Danglars.

—¿Qué empleo tenia á bordo?

—El de sobre cargo.

—¿Si vos hubiéseis llegado á ser capitán, le hubiérais conservado en su puesto?

—No, si hubiese dependido de mí; porque me pareció notar alguna inexactitud en sus cuentas.

—Bien. Ahora decidme si asistió alguno á vuestra última conferencia con el capitán Leclerc.

—No, estábamos solos.

—¿Pudo oír alguien vuestra conversacion?

—Si, eso si; porque la puerta estaba abierta, y casi... esperad... si, si, Danglars pasó por allí justamente en el momento en que el capitán Leclerc me entregaba el paquete destinado al gran mariscal.

—Bueno, dijo el abate, ya nos vamos entendiendo. ¿Os acompañó alguien á tierra cuando arribásteis á la isla de Elba?

—Nadie.

- ¿Os entregaron una carta?
 —Si, el gran mariscal.
 —¿Qué hicisteis de ella?
 —La coloqué en mi cartera.
 —¿Y teniais vuestra cartera en el bolsillo? ¿Como habia de llevar consigo un marino la cartera en que iba correspondencia oficial?
 —Teneis razon, estaba á bordo.
 —¿Luego fué á bordo donde colocásteis la carta en la cartera?
 —Si.
 —Desde Porto-Ferrajo, á bordo ¿qué habiais hecho de esa carta?
 —La tuve en la mano.
 —Cuando volvisteis al *Faraon*, todos podrian ver que teniais una carta, tanto Danglars como los demas? Ahora escuchadme bien; reunid vuestras ideas; ¿os acordais de los términos en que estaba escrita la denuncia?

—¡Oh! si, la he leído tres ó cuatro veces, y cada una de sus palabras, se me ha quedado grabada en la memoria.

—Pues repetídmela.

Dantés reflexionó un instante.

—Escuchadme, dijo al fin.

—Se previene al señor procurador del rey por un amigo del trono y de la religion, que el llamado Edmundo Dantés, segundo á bordo del *Faraon*, que arribó esta mañana procedente de Smirna despues de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha sido encargado por Murat de una carta para el usurpador, y por el usurpador, de una carta para la junta bonapartista de Paris.

«Facilmente se tendrá la prueba de su crimen prendiéndole, por que esa carta se hallará sobre él, en casa de su padre, ó en su camarote á bordo del *Faraon*».

El abate se encogió de hombros.

—Eso es tan claro como la luz del dia, dijo, y es necesario que hayais tenido el corazon demasiado bueno y sencillo para no adivinarlo todo desde el principio.

—¡Lo creis así! exclamó Dantés ¡Ah! ¡eso sería infame!

—¿Cuál era la letra natural de Danglars?

—Cursiva muy buena.

—¿Y la de la carta anónima?

—Inclinada hácia la izquierda.

El abate se sonrió.

—Contrahecha, ¿no es así?

—Pero muy bien formada.

—Esperad, dijo.

El abate tomó su pluma, ó mas bien lo que de este modo llamaba, la mojó en la tinta y escribió con la mano izquierda en un lienzo preparado á este efecto, los dos ó tres primeros renglones de la denuncia. Dantés retrocedió y miró casi con terror al abate.

—¡Oh! esto es asombroso, exclamó, ¡cómo se parecia aquella letra á esta!

—Porque la denuncia ha sido escrita con la mano izquierda. He

observado una cosa, continuó el abate, y es que todas las letras trazadas con la mano izquierda se asemejan unas á otras.

Ahora continuemos..... pasemos á la segunda pregunta.

—¿Tenia alguno interés en que no os casáseis con Mercedes?

—¡Si! un jóven que la amaba.

—¿Su nombre?

—Fernando.

—Nombre español.

—Era catalan.

—¿Y creéis que ese haya sido capaz de escribir la carta?

—No, porque ese me hubiese dado una puñalada.

—Bien, eso es propio del carácter español: una muerte si; una bajeza, no.

—Por otra parte, continuó Dantés, él ignoraba todos los detalles consignados en la denuncia.

—¿No se los habíais comunicado á nadie?

—A nadie.

—¿Ni aun á vuestra prometida?

—Tampoco.

—Pues ya no cabe duda ¡Danglars ha sido!

—¡Oh! estoy seguro.

—Esperad... ¿conocia Danglars á Fernando?

—No....si....ahora me acuerdo....

—¿De qué?

—La víspera de mi casamiento los ví sentados juntos, al lado de una mesa, en la taberna del tío Pánfilo. Danglars estaba amistoso y burlon, Fernando pálido y turbado.

—¿Estaban solos?

—No, se hallaba con ellos otro compañero mio, un sastre llamado Caderousse; pero este estaba ya completamente ébrio; esperad....esperad....

—¿Qué?

—¿Cómo no me he acordado antes de esto? al lado de la mesa donde bebian habia un tintero, papel y plumas. (Dantés se llevó la mano á la frente). ¡Oh! allí, allí fué escrita la carta Oh! infames! infames!

—¿Quereis aun saber mas? dijo el abate riendo,

—Si, si, quiero saber porque no he sido interrogado mas que una vez, por qué no me han dado jueces, y por qué he sido condenado sin formacion de causa.

—¡Oh! eso es ya un poco grave; la justicia se vale de medios sombríos y misteriosos que es muy dificil penetrar. Lo que hemos hecho hasta aquí respecto á vuestros dos enemigos era un juego de niños, acerca de ese otro asunto es necesario darme los informes mas exactos.

—Veamos, preguntadme, porque en verdad vos conoceis mi vida mejor que yo.

—¿Quien os tomó declaracion? ¿fué el procurador del rey, el sustituto, el juez de instruccion?...

—El sustituto.

- ¿Jóven ó viejo?
- Jóven: de veinte y cinco á veinte y ocho años.
- Bien, aun no está corrompido, pero ya es ambicioso, dijo el abate.
- ¿Cuáles fueron los modales con que os trató?
- Dulces mas bien que severos.
- ¿Todo se lo contásteis?
- Todo.
- ¿Y cambiaron sus maneras durante el interrogatorio?
- Solamente se alteraron por un momento, cuando leyó la carta que me comprometia. Pareció como abatido por mi desgracia.
- ¿De vuestra desgracia?
- Si.
- ¿Y estais bien seguro de que era vuestra desgracia la que él compadecia?
- Como que me probó su simpatía hácia mí.
- ¿De qué manera?
- Quemando la única prueba que pudiera comprometerme.
- ¿Qué prueba era esa? ¿la denuncia?
- No, la carta.
- ¿Estais seguro?
- Como que pasó delante de mí.
- Eso es otra cosa; ese hombre podria ser muy bien mas perverso de lo que yo habia creído al principio.
- Me haceis estremecer, dijo Dantés. ¿Entonces el mundo está sembrado por todas partes de tigres y de cocodrilos?
- Si, con la diferencia de que los tigres y los cocodrilos de dos pies son mas peligrosos que los otros. ¿Con qué decís que quemó la carta?
- Si, diciéndome; «Ya lo veis, esta prueba solamente existe contra vos y la aniquilo.»
- Es conducta demasiado sublime para que sea natural.
- ¿Lo creéis así?
- Estoy seguro de ello. ¿A quién iba dirigida esa carta?
- A Mr. Noirtier, calle de Coq-Heron, núm. 15, en París.
- ¿Y vos presumís que el sustituto tuviera algun interés en que desapareciese esa carta?
- Tal vez, porque me hizo prometer dos ó tres veces por mi interés, segun decia, que no hablaria á nadie de esa carta, y jurar que no pronunciaria el nombre que estaba escrito en el sobre.
- ¿Noirtier! dijo el abate; ¡Noirtier! yo he conocido un Noirtier en la córte de la antigua reina de Etruria, un Noirtier que habia sido girondino en tiempo de la revolucion. ¿Cómo se llamaba el sustituto de que me habeis hablado?
- Villefort es su apellido.
- El abate se echó á reir á carcajadas. Dantés le miró con asombro.
- ¿Qué teneis? le dijo.
- ¿No veis ese rayo de luz? preguntó el abate.
- Si.

—Pues bien, todo está mas claro para mí que ese rayo trasparente y luminoso. ¡Pobre muchacho! ¡pobre jóven! ¿Con qué ese magistrado se mostró con vos muy bondadoso? ¿Con qué el digno sustituto quemó la carta? ¿Con qué el buen abastecedor del verdugo os hizo jurar que nunca pronunciariais el nombre de Noirtier?

—Si.

—Y ese Noirtier, ¿sabeis quién era ese Noirtier?

—No.

—¡Pues bien, era su padre!

—Un rayo que hubiese caido á los pies de Dantés no le habria producido efecto mas pronto ni mas eléctrico que estas palabras inesperadas. Levantóse y exclamó con acento desesperado:

—¡Su padre! ¡su padre!

—Si, su padre.... que se llama Noirtier de Villefort; dijo el abate.

Entonces una viva luz alumbró el cerebro del preso; todo lo que hasta allí le habia parecido oscuro se lo esplicó perfectamente. Aquellas vacilaciones de Villefort durante el interrogatorio, aquella carta quemada, aquel juramento que se le exigió, aquella voz casi suplicante del magistrado, que en lugar de amenazar, parecia implorar, todo le vino á la memoria. Arrojó un grito, y lanzándose al punto por el agujero que conducia á su cuarto, exclamó:

—¡Oh! es preciso que yo esté solo para pensar bien todo esto.

Y al llegar á su calabozo cayó sobre la cama, donde el carcelero le encontró por la noche, sentado, con los ojos fijos, las facciones contraidas, pero inmóvil y mudo como una estatua. Durante aquellas horas de meditacion que habian corrido para él como segundos, habia formado una resolucion terrible y pronunciado un juramento formidable.

Mas para ejecutar aquella resolucion y cumplir aquel juramento, era necesario salir del castillo por un dia á lo menos.

Una voz sacó á Dantés de sus reflexiones; era la del abate Faria, que habiendo recibido á su vez la visita de su carcelero, venia á invitar á Dantés á que cenase con él. Su calidad de loco, y sobre todo de loco divertido, proporcionaba al preso algunos privilegios, como por ejemplo, el de tener pan un poco mas blanco, y un poco de vino todos los domingos. Justamente era domingo, y el abate venia á convidar á su jóven compañero para que compartiese con él su pan y su vino. Dantés le siguió; todas sus facciones habian recobrado su habitual severidad demostrando esa firmeza, si así puede llamarse, que revela haberse tomado una gran resolucion. El abate le miró fijamente.

—Siento, le dijo, haberos ayudado en vuestras indagaciones.

—¿Por qué? preguntó Dantés.

—Por que he hecho nacer en vuestro corazon un sentimiento que le era desconocido antes: la venganza.

Dantés se sonrió.

—Hablemos de otra cosa, dijo.

El abate le miró un instante é inclinó tristemente la cabeza; despues, segun se lo habia suplicado Dantés, habló de otra cosa. El

anciano preso era uno de esos hombres cuya conversacion, como la de todos los que han sufrido mucho, contiene numerosos acontecimientos y encierra un interés sostenido, pero no era egoista; y aquel desgraciado no hablaba nunca de sus infortunios.

Dantés escuchaba todas las palabras de aquel hombre con admiracion; unas veces le hablaba de cosas pertenecientes á la marina, y por lo tanto comprensibles para Dantés, y otras de cosas desconocidas, y como esas auroras boreales que iluminan á los navegantes en las latitudes australes, mostraban al jóven horizontes nuevos, alumbrados por fantásticos resplandores. Dantés comprendió la felicidad que tendría una organizacion inteligente en seguir aquel espíritu elevado por la regiones morales, filosóficas ó sociales que tan facil y brillantemente recorria.

—Deberiais enseñarme un poco de lo que sabeis, dijo Dantés, aunque no fuera mas que por no fastidiaros conmigo. Ahora me parece que debeis preferir la soledad á un compañero sin educacion como yo. Si consentís en lo que os pido, prometo no hablaros mas de la fuga.

El abate se sonrió.

—¡Ah! hijo mio, dijo: el saber humano es muy limitado, cuando yo os haya enseñado las matemáticas, la fisica, la historia y los tres ó cuatro idiomas que poseo, sabreis todo lo que yo sé; ahora, pues, siempre necesitare dos años para enseñaros toda mi ciencia.

—¡Dos años! dijo Dantés, ¡creeis que pueda aprender todas esas cosas en dos años!

—En su aplicacion, no; en sus principios, si: aprender no es saber; entre los eruditos y los sabios hay mucha diferencia: la memoria constituye á los unos, la filosofia á los otros.

—¿Pero no se puede aprender la filosofia?

—La filosofia no se aprende, la filosofia es la reunion de las ciencias aplicadas por el génio; la filosofia es la nube resplandeciente en que Jesucristo colocó el pié para subir al cielo.

—Vamos, dijo Dantés, ¿qué me enseñareis primero? Tengo deseos de empezar, tengo sed de ciencia.

—Todo, dijo el abate.

En efecto desde aquella noche los dos presos dispusieron un plan de educacion, que empezó á ejecutarse al dia siguiente. Dantés tenia una memoria prodigiosa, una facilidad sorprendente en concebir la cosas: la disposicion matemática de su espíritu le hacia comprenderlo todo fácilmente por el cálculo, al paso que la poesia del marino corregia todo lo que podia haber de sobrado material en la demostracion reducida á la sequedad de las cifras ó á la rectitud de las líneas: él ya sabia el italiano y un poco de toscano, que habia aprendido en sus viages á Oriente. A favor de estos dos idiomas, comprendió pronto el mecanismo de todos los demas, y en solo seis meses empezaba á hablar el español, el inglés y el alemán. Asi, pues, al cabo de un año Dantés era un hombre muy distinto.

En cuanto al abate Faria, Edmundo notaba que á pesar de la distraccion que su presencia proporcionaba á su cautiverio, cada dia

se ponía mas sombrío; un pensamiento incesante y eterno parecia ocupar su mente; caía en profundas reflexiones, suspiraba sin querer, se levantaba de pronto, cruzaba los brazos, y se paseaba meditando por su calabozo. Un dia se paró de repente en medio de uno de aquellos círculos que describia en el pavimento de su cuarto y exclamó:

—¡Ah! ¡si no hubiese centinela!

—No habrá centinela, dijo Dantés, que habia seguido su pensamiento al través de su cerebro, como si hubiese sido al través de un cristal.

—¡Ah! ya os lo he dicho, replicó el abate, merepugna un asesinato.

—Y si se llega á efectuar ese asesinato, será por nuestra conservacion, por un sentimiento de defensa personal.

—No importa.... yo no podria....

—Y sin embargo ¿pensais en ello?

—Sin cesar, sin cesar, murmuró el abate.

—Y habiais encontrado un medio, ¿no es asi? dijo vivamente Dantés.

—¡Si! pero era menester que pusieran en la galeria un centinela ciego y sordo!

—Será ciego y sordo, respondió el jóven con un acento de resolucion que asombró al abate.

—¡No! ¡no! exclamó, es imposible.

Dantés quiso aun hablarle de este asunto; pero el abate se desentendió, y no quiso dar respuesta alguna. Pasaron tres meses.

—¿Teneis fuerza? preguntó cierto dia el abate á Dantés. Este sin responder, cogió el escoplo, lo torció como una herradura y lo volvió á enderezar.

—¿Me prometeis no matar al centinela sino en el último extremo?

—Si, lo juro por mi honor.

—Entonces, dijo el abate, podremos ejecutar nuestro designio.

—¿Y cuánto tiempo necesitaremos?

—Un año lo menos.

—¿Pero podriamos ponernos á trabajar?....

—Inmediatamente.

—¡Oh! ¡hemos perdido un año! exclamó Dantés.

—¿Con qué decis que le hemos perdido? dijo el abate.

—¡Oh perdonadme! exclamó Edmundo sonrojándose.

—¡Silencio! dijo el abate, el hombre siempre es hombre, y vos sois uno de los mejores que he conocido. Mirad, aqui teneis mi plano.

El abate mostró entonces á Dantes un dibujo que habia trazado, era el plano de su cuarto, del de Dantes y del corredor que unia el uno al otro. En medio de esta galeria, estableció un ramal semejante al que hacen en las minas; este ramal conducia á los dos presos debajo de la galeria por donde se paseaba el centinela. Una vez llegados allí, abrian una ancha escavacion, arrancaban una baldosa de la galeria, la baldosa desaparecia en cierto instante bajo el peso del soldado, que debia hundirse en el fondo de la escavacion. Dan-

tés se precipitaba sobre él en el momento en que aturdido aun por la caída no podía defenderse, lo ataba, y pasando los dos por una ventana de esta galería, se deslizaban por el muro exterior ayudados por la escala de cuerdas y huían. Dantés aplaudió aquel plan con mil aclamaciones de entusiasmo.

Aquel mismo día se pusieron á trabajar los mineros con tanto mas ardor cuanto aquel trabajo sucedia á un largo reposo, y segun todas las probabilidades, no hacia mas que continuar el pensamiento de cada uno de ellos. Solo le interrumpian en la hora en que se veian obligados á entrar en su cuarto para recibir la visita del carcelero. Ya habian tomado la costumbre de distinguir, por el ruido casi imperceptible de sus pasos el momento en que bajaba aquel hombre, y nunca los sorprendió de improviso. La tierra que extraian de la nueva escavacion, y que hubiese acabado de llenar el antiguo corredor, la arrojaban poco á poco y con infinitas precauciones por las ventanas del calabozo de Dantés y del abate; la pulverizaban con cuidado, y el viento de la noche se la llevaba á lo lejos sin que dejase la menor huella.

Mas de un año pasó en este trabajo, ejecutado con un escoplo, sin mas instrumento que un cuchillo y una palanca de madera. Durante este año y sin abandonar aquella faena, Faria continuaba instruyendo á Dantés, hablándole ya en un idioma, ya en otro; enseñándole la historia de las naciones y de los grandes hombres que dejan de cuando en cuando tras sí una de esas huellas brillantes que llaman la gloria. El abate hombre de mundo y del gran mundo, tenia ademas en sus modales una especie de magestad melancólica, de la que, merced al espíritu de asimilacion con que la naturaleza habia dotado á Dantés, supo extraer esa política elegante que tanta falta le hacia, y esos modales aristocráticos que solo se adquieren con el roce de las clases elevadas ó en la sociedad de hombres distinguidos.

Al cabo de quince meses, el agujero estaba concluido, la escavacion, hecha bajo la galería; fácilmente se oia hablar al centinela; y los dos mineros, que se veian obligados á esperar una noche oscura y sin luna para que fuese su evasion mas segura aun, solo tenian un temor, y era que el pavimento se hundiese demasiado pronto bajo el peso del soldado. Pero acudieron á evitar este accidente poniendo una especie de puntal que habian encontrado en las escavaciones. Dantés estaba ocupado en colocarle cuando de repente oyó al abate Faria que se habia quedado en el cuarto del jóven haciendo una especie de gancho para sostener la escala de cuerdas, que le llamaba con acento de angustia. Dantés se dirigió allí precipitadamente, y vió al abate de pié en medio del cuarto, pálido, con la frente bañada en sudor y las manos crispadas.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Dantés, ¿qué teneis?

—¡Pronto! ¡pronto! dijo el abate, escuchadme. Dantés, miró el rostro lívido de Faria, sus ojos casi sin brillo, sus labios enteramente descoloridos, sus cabellos erizados, y dejó caer de espanto el escoplo que tenia en la mano.

—¿Pero qué os sucede? preguntó Edmundo.

—¡Estoy perdido! dijo el abate, escuchadme. Un mal terrible, tal vez mortal, me va á atacar; ya siento que me acomete. El año anterior á mi prision fuí atacado tambien. Solo un remedio tiene este mal; voy á deciroslo: corred á mi cuarto, levantad el pié de la cama; debajo hay un hueco; en él encontrareis un frasquito de cristal lleno hasta la mitad de un licor rojo; traedlo, ó mas bien... no... no, aqui podria ser sorprendido, ayudadme á volver á mi cuarto antes que mis fuerzas se agoten completamente. ¿Quién sabe lo que va á suceder y el tiempo que durará el acceso?

Dantés condujo al abate á su cuarto con un trabajo infinito y le colocó sobre la cama.

—¡Oh! gracias, dijo el anciano estremeciéndose; ya se aproxima el mal, voy á ser atacado de una apoplegia. Quizás no haré ningun movimiento, quizás no exalaré ningun gemido, pero quizás tambien gritaré, arrojaré espuma por la boca, y me morderé las manos. Haced porque no se oigan mis gritos, es muy importante, pues entonces me cambiarian de habitacion y nos separarian para siempre. Cuando me veais inmóvil, frio, muerto por decirlo asi, solo en ese caso, separadme los dientes con el cuchillo, introducidme en la boca ocho ó diez gotas de ese licor y tal vez volveré á la vida.

—¿Tal vez? exclamó Dantés.

—¡Ah! si, ¡vamos!... ya.... exclamó el abate.... yo me.... mue....

El acceso fué tan súbito y tan violento, que el desgraciado preso no pudo concluir la frase comenzada: una nube pasó por su frente, rápida y sombría como las tempestades del mar. La crisis dilató sus ojos, torció su boca, y cubrió sus megillas de un color de púrpura; se agitó y rugió; pero segun se lo habia encargado, Dantés ahogó sus gritos con la colcha. Esto duró dos horas: entonces, mas inerte que una masa, mas pálido y mas frio que el mármol, quedó agarrotado con otra convulsion.

Edmundo esperó á que esta muerte aparente se hubiese apoderado de todo el cuerpo y helado el corazon: entonces tomó el cuchillo, introdujo la punta entre los dientes, entreabrió la boca con un trabajo infinito, contó una tras otra hasta diez gotas del licor rojo, y esperó.

Una hora pasó sin que el anciano hiciese el menor movimiento: Dantés temia haber esperado demasiado tarde, y no cesaba un instante de mirarle: al fin sus megillas se sonrosaron algun tanto; sus ojos constantemente abiertos, y deslustrados, cobraron algun brillo; un débil suspiro se escapó de su boca, y al fin hizo un movimiento.

—¡Se ha salvado! ¡se ha salvado! exclamó Dantés.

El enfermo no podia hablar aun, pero estendió con una ansiedad visible la mano hácia la puerta; Dantés escuchó y oyó los pasos del carcelero. Iban á dar las siete, y el jóven no se habia acordado de medir el tiempo. Dirigióse precipitadamente al pasillo subterráneo se introdujo en él, colocó la baldosa y se metió en su cuarto. Un instante despues entró el carcelero, quien halló al preso sentado sobre la cama. Apenas hubo vuelto la espalda, apenas se

hubo perdido en el corredor el ruido de sus pasos, Dantés, devorado de inquietud sin pensar en comer, volvió á tomar el camino que acababa de andar, y levantando la baldosa con la cabeza entró en el cuarto del abate.

Este habia ya recobrado todos sus sentidos, pero seguia tendido é inerte sobre su cama.

—Ya no creia volveros á ver, dijo á Dantés.

—¿Por qué? preguntó el jóven; ¿pensábais morir?

—No, pero todo estaba pronto para vuestra fuga, y pensé que huiríais.

La indignacion se pintó en las facciones de Dantés.

—¡Sin vos! exclamó, ¿me habeis creido capaz de eso?

—Ahora conozco que me habia engañado, dijo el enfermo; ¡ah! estoy muy débil.

—Valor, ya recobrareis vuestras fuerzas, dijo Dantés sentándose al lado de la cama de Faria y tomándole las manos.

El abate movió á un lado y á otro la cabeza sin responder.

—En el último accidente, dijo despues de un instante, el acceso me duró media hora, despues de lo cual tuve hambre y me levanté solo. Hoy no puedo ya mover la pierna ni el brazo derecho; tengo la cabeza cargada, lo que prueba un derrame en el cerebro, á la tercera me quedaré completamente paralizado ó acaso moriré.

—No, no, tranquilizáos, no morireis. Cuando os repita otra vez el accidente, estareis ya libre; os salvaré como ahora y mejor que ahora porque tendremos todos los recursos necesarios.

—Amigo mio, dijo el anciano, la crisis que acaba de pasar me ha condenado á un eterno cautiverio, porque para huir es necesario poder andar.

—Pues, bien, esperaremos ocho dias, un mes, dos meses si es preciso; en este intérvulo ya recobrareis las fuerzas necesarias para huir; todo está preparado para nuestra fuga, y tenemos libertad para elegir la hora y el momento. El dia en que os sintais con fuerzas para poder andar, pues bien, ese dia pondremos en egecucion nuestro proyecto.

—Ya nunca podré andar, dijo Faria, este brazo está paralizado, no por uno ni dos dias sino para siempre; levantadlo y ved cuanto pesa.

El jóven levantó el brazo, que volvió á caer sobre la cama muerto é insensible. Edmundo arrojó un suspiro.

—Ya estais convencido, ¿no es asi? dijo Faria; creedme, yo sé lo que digo. Desde la primera vez que fui atacado de este mal, no he cesado de reflexionar en él; lo esperaba, pues es una herencia de familia, mi padre ha muerto de resultas del tercer acceso, mi abuelo lo mismo. El médico que ha compuesto este licor, y que no es otro que el famoso Cabanis, me ha anunciado la misma suerte.

—El médico se engaña, exclamó Dantés; en cuanto á vuestra parálisis no me estorbará, porque os llevaré á nado sobre mis hombros.

—Jóven, dijo el abate, sois marino, sois nadador, de consiguiente

debeis saber que un hombre cargado con semejante peso no adelantaria siquiera cincuenta brazas en el mar. Nada, aquí me quedaré hasta que llegue la hora de mi libertad, que no puede ser otra mas que la de la muerte. En cuanto á vos, huid, marcháos; sois jóven diestro y fuerte, no os inquieteis por mí, os devuelvo vuestra palabra.

—Está bien, dijo Dantés.

—Luego entonces...

—Yo tambien me quedaré.

Levantóse al decir esto, y estendiendo una mano solemne sobre el anciano

—Juro por la sangre de Jesucristo no abandonaros hasta que murais!

Faria consideró á aquel jóven tan noble, tan sencillo, tan elevado, y leyó en sus facciones animadas por la espresion del interés mas puro la sinceridad de su afecto y la lealtad de su juramento.

—Vamos, dijo el enfermo, acepto, gracias.

Presentándole en seguida la mano:

—¡Oh! sereis quizás recompensado por ese afecto tan desinteresado, le dijo; pero como yo no puedo, y vos no quereis partir, importa que tapemos el subterráneo hecho bajo la galeria; el soldado puede descubrir al andar el sonido del sitio que está minado, avisar á un inspector, y entonces nos descubririan y seriamos separados para siempre. Andad, haced lo que os digo; desgraciadamente no puedo ayudaros; emplead toda la noche si es necesario, y volved sin falta mañana temprano despues de la visita del carcelero, porque tendré que deciros cosas de la mayor importancia,

Dantés estrechó la mano al abate, que le tranquilizó por medio de una sonrisa, y salió obedeciéndole con aquel respeto que profesaba á su nuevo amigo.

CAPITULO XVIII.

El Tesoro.

Quando Dantés volvió al otro dia al cuarto de su compañero de prision, le encontró sentado tranquilamente. Tenia en su mano izquierda, única que le quedaba libre, un pedazo de papel que á fuerza de estar enrollado habia tomado la forma de cilindro. Se le enseñó á Dantés sin pronunciar una sola palabra.

—¿Qué es esto, preguntó aquel?

—Miradlo bien, dijo el abate sonriendo.

—Por mas que miro, dijo Dantés, no veo sino un papel medio quemado, y en el cual se ven trazados caracteres góticos, con una tinta estraña.

—Este papel, amigo mio, dijo Faria, es mi tesoro, si, ya puedo confesároslo todo, puesto que os he experimentado; mi tesoro cuya mitad os pertenece desde hoy.

Un sudor frio corrió por la frente de Dantés. Hasta aquel dia y por tanto tiempo, habia evitado el hablar con Faria de aquel tesoro, ori-

gen de la acusacion de locura que pesaba sobre él. Con su instintiva delicadeza, Edmundo habia preferido no hablar de aquel asunto, y Faria se habia callado; así pues creyó que el silencio del anciano era debido á haber recobrado este su razon. Mas hoy estas palabras que se le habian escapado, despues de una crisis tan penosa, parecian anunciar un nuevo trastorno de su cerebro.

—¿Vuestro tesoro? murmuró Dantés.

Faria se sonrió.

—Si, dijo; Edmundo, en todo y por todo sois un corazon noble y generoso: comprendo al ver vuestra palidez y vuestra angustia, lo que os pasa en este momento. No, tranquilizaos, no estoy loco, ese tesoro existe, y si á mí no me es dado poseerle, vos le poseereis. Nadie ha querido escucharme ni creerme, porque me juzgaban loco; pero vos que debeis saber que no lo estoy, escuchadme, y me creereis si gustais.

—¡Ay! murmuró Edmundo, no hay duda; ha vuelto á recaer: esa desgracia únicamente me faltaba.

Despues de un instante de silencio.

—Amigo mio, dijo á Faria, vuestro acceso os habrá fatigado tal vez, ¿no quereis descansar un poco? mañana, si así lo deseais, escucharé vuestra historia, pero hoy quiero cuidaros; por otra parte, continuó sonriendo, ¿nos corre mucha prisa ese tesoro?

—Muchísima, Edmundo, respondió el anciano; ¿quién sabe si mañana, pasado mañana tal vez, me repetirá el tercer accidente? redexionad que entonces todo se perderia... si, creedlo; varias veces he pensado con amargo placer en esas riquezas, que harian la fortuna de diez familias, perdidas por esos hombres que me perseguian; esta idea me servia de venganza, y la saboreaba lentamente en mi calabozo y en la desesperacion de mi cautiverio; pero ahora que he perdonado al mundo por vos, ahora que os veo jóven y con bello porvenir, ahora que pienso en toda la felicidad que os puede resultar de semejante revelacion, tiemblo, y me estremece la idea de no poder proporcionaros tantas riquezas sepultadas.

Edmundo volvió la cabeza arrojando al mismo tiempo un suspiro.

—¡Ah! persistis en vuestra incredulidad, Edmundo, prosiguió Faria; mi voz no os ha convencido. Veo que necesitais pruebas. ¡Pues bien! leed este papel que á nadie he mostrado aun.

—Mañana, dijo Edmundo, ¿no convenimos en que mañana hablaríamos de eso?

—Mañana hablaremos; pero hoy leed ese papel.

—No le irritemos, dijo Edmundo para sí; y tomando el papel cuya mitad faltaba, á causa tal vez de haber sido consumida por algun accidente, leyó:

«Ese tesoro que puede ascender á dos de escudos romanos en el ángulo mas le de la segunda abertura, el cual declara pertenecerle en toda pro dero.»

—¡Y bien! dijo Faria cuando el jóven hubo acabado la lectura.

—Pero, respondió Dantés, aquí solo veo líneas divididas, palabras sin ilacion; los caractéres han sido interrumpidos por la accion del fuego, y no son en verdad inteligibles.

—Para vos, que lo leeis por primera vez, no para mí que he estado muchas noches trabajando para volver á construir cada frase y completar cada pensamiento.

—¿Y vos creéis haber encontrado ese sentido interrumpido?

—Estoy seguro de ello; vos mismo juzgareis; pero primeramente escuchad la historia de ese papel.

—¡Silencio! exclamó Dantés: ¡siento pasos!... se acercan... yo me voy... ¡adiós!

Y Dantés, feliz por haberse librado de escuchar la historia y la esplicacion, que le hubiesen confirmado la desgracia de su amigo, se deslizó como una culebra por el estrecho pasillo, mientras que Faria, por un esfuerzo de actividad causado por el terror, empujaba con el pié la baldosa que cubrió con un pedazo de estera.

Era el gobernador que, habiendo sabido por el carcelero el accidente acaecido á Faria, venia á asegurarse de ello por sí mismo. Le recibió sentado, evitó todo gesto que le comprometiese, y logró ocultar al gobernador la parálisis que habia invadido la mitad de su cuerpo. Su temor consistia tan solo en que aquel, movido de piedad hácia él, le quisiese poner en una prision mas saludable y le separase de este modo de su compañero; pero no sucedió así, y el gobernador se retiró convencido de que su pobre loco, hácia el cual sentia en el fondo del corazon algun afecto, no tenia mas que alguna ligera indisposicion.

Durante este corto tiempo, Edmundo sentado sobre su cama con la cabeza apoyada entre sus manos, procuraba coordinar sus ideas; desde que conocia á Faria encontraba todo lo que decia tan grande y tan sublime, que no le cabia en la cabeza el que aquel hombre estuviese loco; ¿se engañaria Faria acerca de lo que decia de aquel tesoro? ¿se engañaria todo el mundo acerca de Faria?—Dantés permaneció en su cuarto todo el dia, no atreviéndose á volver á buscar á su amigo, y temiendo el momentó en que adquiriese la certeza de que el abate estaba loco; esta conviccion debia ser espantosa para él. Pero á la noche, despues de la hora de la visita ordinaria, no viendo volver Faria al jóven, procuró atravesar el espacio que le separaba de él. Edmundo se estremeció al oír los esfuerzos tan dolorosos que hacia el anciano para arrastrarse; su pierna estaba inerte y no podia servirse mas que de un brazo. Se vió obligado á ayudarle, porque él solo nunca hubiera podido pasar por la estrecha abertura que conducia al cuarto de Dantés.

—Aquí me teneis persiguiendoos encarnizadamente, dijo con una sonrisa llena de bondad; habiais creído libraros de oirme, pero espero que ahora sereis mas complaciente. Escuchadme pues.

Edmundo conoció que no podia retroceder; hizo sentar al anciano sobre su cama, y se colocó á su lado sentado en su banquillo.

—Ya sabeis, dijo el abate, que yo era secretario, el familiar, el ami-

go del cardenal Spada, último de los príncipes de este nombre. A este digno personage es á quien debo toda la felicidad que he disfrutado en mi vida. No era rico, aunque las riquezas de su familia fuesen proverbiales, y aunque yo haya oído decir varias veces: «rico como un Spada» Pero él vivía, según creía el público, con esa reputacion de opulencia; su palacio fué mi paraíso. Yo instruí á sus sobrinos, que han muerto, y, cuando me quedé solo en el mundo, le devolví, por medio de cierta conformidad absoluta con su voluntad, todo cuanto habia hecho por mí durante diez años.

La casa del cardenal no tuvo ya secretos de ninguna especie para mí; ya habia yo visto trabajar con bastante frecuencia á Monseñor registrando libros antiguos, y buscando ávidamente manuscritos de familia. Un día que le hice ver el daño que le causarían aquellas inútiles veladas y la especie de abatimiento que le acarreaban, me miró sonriendo amargamente, y me abrió un libro que era la historia de la ciudad de Roma. Pues allí, en el capítulo veinte de la vida del papa Alejandro VI, se hallaban las palabras siguientes que nunca he podido olvidar.

«Ya habian terminado las grandes guerras de la Romaña; César Borgia que habia acabado su conquista, necesitaba dinero para comprar la Italia entera; el papa tenia tambien necesidad de dinero para acabar de una vez con Luis XII, rey de Francia, terrible aun á pesar de sus últimos reveses. Se trataba de hacer una buena especulacion, lo que era bastante difícil en aquella pobre y abatida Italia.»

«Su santidad resolvió elegir dos cardenales.»

Al elegir dos grandes personages, dos ricos sobre todo, he aquí lo que resultaba de la especulacion al santo padre: primero, tenia que vender los grandes cargos y los magníficos empleos de que estaban en posesion, pudiendo contar además con el brillante precio que le produciría la venta de aquellos dos capelos.

Aun quedaba una tercera parte de la especulacion, que pronto aparecerá. El papa y César Borgia hallaron á los dos futuros cardenales; eran estos Juan Rospigliosi, que poseia cuatro de las mas elevadas dignidades de la Santa sede, y el otro César Spada, uno de los romanos mas nobles y mas ricos. Tanto uno como otro conocian todo el valor de semejante favor del papa. Ambos eran ambiciosos.

El resultado fué que Rospigliosi y Spada pagaron por ser cardenales, y que otros ocho pagaron para ser lo que eran los dos cardenales antes de su nueva creacion. Así pues entraron 800,000 escudos en las cajas de los especuladores.

Pasemos á la última parte de la especulacion, ya era tiempo. Habiendo el papa colmado de distinciones á Rospigliosi y á Spada, y dádoles la investidura de cardenales para pagar la no ficticia deuda de su gratitud, unir y realizar su fortuna para fijarse en Roma, el papa y César Borgia, convidaron á comer á estos dos cardenales, lo cual fué objeto de cierta contestacion entre el santo padre y su hijo. César pensaba que podría usarse de uno de aquellos medios que tenia siempre á disposicion de sus amigos íntimos, á saber: la famosa llave con la cual se suplicaba á algunas gentes que abriesen

cierto armario. Esta llave estaba guarnecida de una pequeña punta de hierro (descuido del herrero,) y cuando se hacia fuerza para abrir el armario cuya cerradura estaba bastante premiosa, aquella punta producía una leve herida, la cual causaba la muerte al día siguiente. Había también la sortija de la cabeza de leon que César ponía en su dedo; cuando estrechaba la mano á alguno, el leon mordía la piel á aquellas manos favorecidas y la mordedura era mortal á las veinte y cuatro horas. César propuso, pues, á su padre ó enviar los cardenales á que abriesen el armario, ó dar á cada uno de ellos un cordial apretón de mano. Pero Alejandro VI le respondió:

—Estoy mejor por una comida, mucho mas cuando se trata de dos cardenales tan respetables y tan excelentes como son Spada y Rospigliosi. Un presentimiento me dice que nos hemos de quedar con ese dinero. Además, ¿te olvidas, César, que una indigestion se declara de repente mientras que una picadura no produce su efecto sino despues de uno ó dos dias?

César se rindió á este razonamiento, y hé aqui por qué los cardenales fueron convidados á comer. Se dispuso la mesa en la viña que poseía el papa cerca de San Pedro ad Vincula; preciosa casa que los cardenales conocian muy bien de oidas. Rospigliosi, á quien habia casi enagenado su nueva dignidad, aprestó su estómago; pero Spada hombre prudente y que amaba mucho á su sobrino, jóven capitán de bello porvenir, tomó papel y pluma é hizo su testamento. Le dijo despues á su sobrino que le esperase en los alrededores de la viña, pero el criado no le encontró.

Spada conocía la costumbre de aquellos convites.

Desde que el cristianismo se habia establecido en Roma no era ya un centurion el que llegaba de parte del tirano á decirlos: «César quiere que mueras;» sino que era un *ad latere* que venia con la sonrisa en los labios á decirlos de parte del papa: «Su santidad quiere que le acompañeis á comer» Spada se dirigió á las dos á la viña de San Pedro ad Vincula: el papa le esperaba. La primera persona que se presentó á los ojos de Spada fué su sobrino ricamente vestido, al cual prodigaba César, Borgia toda clase de atenciones. Spada palideció, y al dirigirle César una mirada llena de ironía le hizo ver que todo lo habia previsto; el lazo estaba bien preparado.

Comieron pues, y Spada solo habia podido preguntar á su sobrino: «¿Has recibido mi criado?» el sobrino contestó que no, y comprendió entonces perfectamente el valor de esta pregunta. Pero ya era tarde, porque acababa de beber un vaso de excelente vino servido espresamente para él por el sumiller del papa. Spada vió en el mismo momento que acercaban otra botella de la cual le ofrecian generosamente. Una hora despues, un médico declaró que los dos se hallaban envenenados. Spada espiraba á la entrada de la viña y su sobrino á la puerta de su casa haciendo una seña á su muger que no pudo comprenderla.

César y el papa se apresuraron al punto á apoderarse de la herencia, á pretesto de buscar los papeles de los difuntos. Pero la herencia consistía en lo siguiente: un pedazo de papel en el cual Spada

habia escrito: «Lego á mi amado sobrino mis cofres, mis libros, entre los cuales se halla un breviario con las cantoneras de oro, deseando que conserve el recuerdo de su tío que le apreciaba.» Los herederos buscaron por todas partes, se admiraron de que Spada, hombre rico, fuese en efecto el mas miserable de los tíos; no hallaron tesoro alguno á no ser los de ciencia encerrados en la biblioteca. Esto fué todo; César y su padre buscaron, registraron, escudriñaron: nada se encontró, ó á lo menos casi nada, pero el sobrino tuvo tiempo de decir á su muger al entrar en su casa: «Buscad entre los papeles de mi tío, porque sé que existe un testamento real y verdadero.»

Buscaron por todas partes con mas cuidado aun que lo habian hecho los augustos herederos; todo fué en vano: solo quedaron dos palacios y una viña detrás del Palatino. Pero en aquella época los bienes inmuebles tenian solamente un valor mediano; asi pues, los dos palacios y la viña quedaron en la familia como indignos de pertenecer al papa y á su hijo. Los meses y los años fueron pasando; Alejandro VI murió envenenado; ya sabreis como César, envenenado al mismo tiempo que él, pudo sin embargo evitar entonces aquella especie de muerte; pero al fin se vió obligado á abandonar á Roma, y fué á hacerse matar oscuramente en una escaramuza nocturna y casi olvidada por la historia.

Despues de la muerte del papa, y del destierro de su hijo, todos esperaban que volviere á tomar la familia el tren de príncipe que tenia desde el tiempo del cardenal Spada; pero no sucedió asi; los Spadas permanecieron en un bienestar algo dudoso, un misterio eterno pesó sobre aquel asunto sombrío y solo se decia que César, mejor político que su padre, se habia apoderado de la fortuna de los dos cardenales; digo los dos porque el cardenal Rospigliosi, que no habia tomado ninguna precaución, fué despojado completamente.

—Hasta ahora, interrumpió Faria sonriendo no os parece esto muy interesante, ¿no es asi?

—¡Oh! amigo mio, replicó Dantés, me parece al contrario que leo una crónica llena de interés. Continudad, os lo suplico.

—Pues en ese caso continuo.

La familia se acostumbió á aquella oscuridad y los años corrieron. Entre los descendientes unos fueron soldados, otros diplomáticos; estos eclesiásticos, aquellos banqueros: unos se enriquecieron, otros acabaron de arruinarse. Pasemos al último de la familia, al conde de Spada, del cual fui secretario. Yo le habia oido quejarse frecuentemente de la desproporcion de su fortuna con su rango; asi pues le di el consejo de girar con los pocos bienes que le habian quedado; siguió este consejo y duplicó de esta manera su pequeña fortuna. El famoso breviario se habia quedado en la familia, y el conde Spada era quien le poseia; le habian ido conservando de padres á hijos; porque la estraña cláusula del único testamento que se encontró habia hecho de él una reliquia conservada en la familia con una veneracion supersticiosa. Era un libro iluminado con las figuras góticas mas lindas, y tan cargado de oro que en los dias de gran solemnidad le llevaba siempre un criado delante del cardenal.

A la vista de los papeles de toda especie, títulos, contratos, pergaminos, que se conservaban en los archivos de la familia, procedentes del cardenal envenenado, me puse así como veinte servidores, veinte intendentes, veinte secretarios que me habían precedido, á registrar aquellos formidables rollos y cuadernos. A pesar de la actividad y de la religion de mis pesquisas, no encontré nada absolutamente. Sin embargo yo había leído, y escrito una historia exacta y casi efemérica de la familia de Borgia, con el único objeto de asegurarme si les habría sobrevenido á aquellos príncipes una nueva fortuna á la muerte de mi cardenal. César Spada solo había notado la agregacion de los bienes del cardenal Rospigliosi, su compañero de infortunio. Yo estaba casi seguro de que la herencia no había sido aprovechada por los Borgias ni por ninguno de su familia, sino que había permanecido sin dueño como esos tesoros de los cuentos árabes que duermen en el seno de la tierra, guardados por un génio. Registré, conté mil y mil veces las cantidades que había recibido la familia y los gastos que había tenido durante trescientos años, todo fué inútil; permanecí en mi ignorancia y el conde Spada en su miseria.

Murió mi patrono, murió. De sus rentas había esceptuado sus papeles de familia, su biblioteca, compuesta de cinco mil volúmenes, y su famoso breviario; me legó todo esto, con mil escudos romanos que poseía en moneda corriente, bajo la condicion de que hiciese decir misas aniversarias, y que formulase un árbol genealógico y una historia de su casa, lo cual cumplí exactamente...

—Tranquilizaos, mi querido Edmundo, ya nos vamos acercando al fin.

En 1807, un mes antes de mi encarcelamiento, y quince dias despues de la muerte del conde Spada, el 23 de diciembre, por la milésima vez leía y volvía á leer aquellos papeles que arreglaba al mismo tiempo; porque, el palacio pertenecía desde aquel dia en adelante á un extranjero, y yo iba á salir de Roma para ir á establecerme en Florencia, con unas doce mil libras que poseía, mi biblioteca y mi famoso breviario; cuando fatigado por aquel trabajo asídúo, algo indispuerto tambien por una comida demasiado fuerte que había hecho, dejé caer la cabeza sobre mis manos, y me quedé dormido.

Eran las tres de la tarde, y desperté cuando acababan de dar las seis.

Cuando abrí los ojos vi que estaba sumergido en la oscuridad mas profunda. Llamé para que me trajesen luz, pero nadie me respondió. Entonces resolví servirme por mí mismo. Tomé una bugia preparada en una mano, y con la otra busqué á falta de pajueta un papel á fin de encenderlo en las últimas llamaradas de la chimenea, pero temiendo tomar en la oscuridad un papel que sirviese en lugar de uno inútil, vacilaba.... cuando me acordé haber visto en el famoso breviario, que estaba sobre la mesa junto á mí, un papel viejo amarillento por un lado que parecía servir de señal, y que había permanecido allí durante tantos y tantos años por la veneracion de los herederos. Busqué á tientas aquel papel inútil, al fin le encontré, le retorcí, y arrimándolo á la moribunda llama lo encendí; pero al mis-

mo tiempo y como por encanto, ví aparecer en el papel á medida que el fuego iba tomando cuerpo, ciertos caracteres amarillentos. Entonces un vago terror se apoderó de mis sentidos; apagué el papel entre mi mano; encendí la bugía en la llama, volví á desdoblarse con una emoci6n indecible la carta arrugada, y conocí que una tinta misteriosa y simpática habia señalado aquellas letras que aparecian únicamente al contacto del calor; algo mas de la tercera parte del papel habia sido consumida por la llama. Aquel papel era el que ahora tenéis en la mano. Volvedlo á leer, Dantés; cuando hayais concluido, yo os acabaré las frases interrumpidas y el sentido incompleto.

Y Faria ofreció con orgullo el papel á Dantés, quien leyó esta vez ávidamente las siguientes palabras trazadas con una tinta rojiza como de orin.

«Hoy 25 de abril de 1498, ha Alejandro VI, y temiendo que no quiera heredarme y me reser y Bentivoglio, muertos envenenados, mi heredero universal, que he se por haberlo visitado conmigo, es decir, en isla de Monte-Cristo, todo cuanto podrerías, diamantes, joyas; que yo únicamente puede ascender á cerca de dos millo encontraré levantando la vigésima ro ancon del Este en línea recta. Dos aber en esas grutas; el tesoro está en el ángulo mas le el cual tesoro le lego y cedo en toda pro único heredero.

«25 de abril de 1498

CES

—Ahora, replicó el abate, leed este otro papel.

Y presentó á Dantes una segunda hoja con otros fragmentos de renglones. Dantés le tomó y leyó:

biendo sido convidado á comer por su Santidad contento con haberme hecho pagar el capelo, ve la suerte de los cardenales Caprara declaro á mi sobrino Guido Spada pultado en un lugar que conoce las grutas de la pequeña seia de oro en barras, monedas, pesé la existencia de ese tesoro que nes de escudos romanos y que ca, empezando desde el pequeño turas han sido practicadas jano de la segunda, piedad como á mi

ARE SPADA.

Faria observaba con ansia las impresiones de Dantés.

Luego que lo hubo visto llegar á la última línea

—Juntad ahora, le dijo, los dos fragmentos y juzgad por vos mismo.

Obedeció Edmundo; juntos los dos pedazos daban el contenido siguiente:

«Hoy 25 de abril de 1498, ha... biendo sido convidado á comer por su Santidad Alejandro VI, y temiendo que no... contento con haberme hecho pagar el capelo, quiera heredarme y me reser... ve la suerte de los cardenales Caprara y Bentivoglio, muertos envenenados... declaro á mi sobrino Guido Spada, mi heredero universal; que he se... pultado en un lugar que conoce por haberlo visitado conmigo, es decir, en... las grutas de la pequeña isla de Monte-Cristo, todo cuanto po... seia de oro en barras, monedas, pedrerías, diamantes, joyas; que yo únicamente... sé la existencia de ese tesoro que puede ascender á cerca de dos millo... nes de escudos romanos, y que encontrará levantando la vigésima ro... ca empezando desde el pequeño ancon del Este, en línea recta. Dos aber... turas han sido practicadas en esas grutas; el tesoro está en el ángulo mas le... jano de la segunda; el cual tesoro le lego y cedo en toda pro... piedad como á mi único heredero.

25 de abril de 1498.

GES... ARE SPADA.»

—¡Y bien! ¿comprendeis al fin? dijo Faria.

—¿Luego era la declaracion del cardenal Spada y el testamento que se buscaba despues de tanto tiempo? dijo Edmundo sin osar aun creerlo.

—Si, mil veces si.

—¿Pero quién la ha completado de ese modo?

—Yo, que con el auxilio del pedazo que poseia, he adivinado lo demas midiendo el largo de los renglones con el papel y adivinando el sentido oculto á favor del sentido visible.

—Y que hicisteis cuando pensasteis haber adquirido esa conviccion?

—Quise partir, y partí inmediatamente, llevando conmigo el principio de mi gran trabajo acerca de la unidad de un reino en Italia; pero hacia tiempo que me vigilaba la policia imperial, que en aquella época, al contrario de lo que quiso Napoleon cuando tuvo un hijo, queria la division de las provincias: mi partida precipitada, cuya causa estaba muy lejos de adivinar, despertó sus sospechas, y en el momento en que me embarqué en Piombino fui preso.

Ahora, continuó Faria mirando á Dantés con una espresion casi paternal; ahora, amigo mio, ya sabeis tanto como yo. Si nos salvamos juntos, la mitad de mis tesoros os pertenece, si yo muero aqui y os salvais, solo os pertenece todo.

—Pero, preguntó Dantés vacilando, ¿ese tesoro no tiene en el mundo algun poseedor mas legitimo que nosotros?

—No, no, tranquilizáos; la familia se estinguio completamente. El último conde Spada, por otra parte me hizo su heredero; al legarme

ese breviario simbólico, me legó lo que contenia. No, no, tranquilizáos, si nos apoderamos de esa fortuna, podemos gozar de ella sin remordimientos.

—Y decís que ese tesoro asciende...

—A dos millones de escudos romanos, trece millones casi de nuestra moneda.

—¡Imposible! exclamó Dantés espantado de la enormidad de la suma.

—¡Imposible! ¿y por qué? replicó el anciano. La familia Spada era una de las mas poderosas del siglo XV. Por otra parte, en aquellos tiempos en que no se conocian ninguna especulacion ni industria, esas aglomeraciones de oro y de joyas no son de extrañar; aun existen hoy dia familias romanas que se mueren de hambre, y que tienen cerca de un millon en diamantes y en pedrerías transmitidos por mayorazgo y de cuyos objetos no pueden disponer.

Edmundo creia soñar: vacilaba entre la incredulidad y la alegría.

—Si os he guardado el secreto por tanto tiempo, ha sido primero por experimentaros y despues por sorprenderos. Si nos hubiésemos escapado antes de mi ataque apoplético, os hubiera conducido á Monte-Cristo; pero ahora, añadió dando un suspiro, vos me conduciréis. ¡Y bien! Dantés, ¿no me lo agradeceréis?

—Ese tesoro os pertenece, amigo mio, dijo Dantés; os pertenece á vos solo, y yo no tengo ningun derecho á él; no soy vuestro pariente.

—¡Sois mi hijo, Dantés! exclamó el anciano, sois el hijo de mi cautividad, mi estado me condenaba al celibato, Dios os ha enviado para consolar á la vez al hombre que no podia ser padre y al preso que no podia ser libre.

Y Faria tendió el brazo que tenia libre al jóven que se arrojó sollozando á su cuello.

CAPITULO XIX.

El tercer acceso.

Ese tesoro tanto tiempo objeto de las meditaciones del abate, que podia asegurar la felicidad de aquel á quien Faria amaba verdaderamente como á su hijo, habia doblado en valor á sus ojos; todos los dias decantaba la magnitud del tesoro esplicando á Dantés todo el bien que un hombre podia hacer á sus amigos con trece ó catorce millones de fortuna, y entonces Dantés se exaltaba, porque el juramento de venganza que habia hecho, se ofrecia á su imaginacion, y calculaba cuanto daño podia hacer un hombre á sus enemigos con trece ó catorce millones y en los tiempos modernos.

El abate no conocia la isla de Monte Cristo, pero Dantés si; ya

habia pasado varias veces delante de ella, situada á veinte y cinco millas de Pianosa, entre la Córcega y la isla de Elba, y una vez habia hecho escala. Estaba, habia estado y está en el dia, completamente desierta: es una roca de forma casi cónica, que parece haber sido arrojada por algun cataclismo volcánico desde el fondo del abismo á la superficie del mar. Dantés le hacia el plano de la isla á Faria, y Faria daba consejos á Dantés acerca de los medios que tenia que emplear para encontrar el tesoro.

Pero Dantés estaba muy lejos de participar del entusiasmo, y sobre todo de la confianza del anciano: no podia creer que aquel depósito, suponiendo que hubiese existido, existiese aun; y le consideraba quimérico, imposible de ser hallado. Entretanto, como si el destino hubiese querido quitar á los presos su última esperanza, y hacerles comprender que estaban condenados á perpétua prision, les acaeció una nueva desgracia; la galeria de la orilla del mar que amenazaba ruina hacia tanto tiempo, habia sido vuelta á construir; habian reparado y cubierto con enormes pedazos de roca el agujero medio lleno por Dantés; sin esta precaucion que habia sugerido al jóven el abaté, su desgracia hubiese sido mayor aun, porque hubieran descubierto su tentativa de evasion, y los habrian separado indudablemente; una nueva puerta, mas fuerte que las otras, se habia cerrado tambien para ellos.

—Bien veis, decia Dantés con tristeza, que Dios quiere quitarme hasta el mérito de lo que llamais mi afecto á vos. Os he prometido permanecer eternamente á vuestro lado, y ahora ya nó soy libre de dejar de cumplir mi promesa; ni vos ni yo poseemos ese tesoro: y no saldremos de aqui el uno sin el otro. Por lo demas, mi verdadero tesoro, amigo mio, es vuestra presencia, nuestra sociedad de cinco ó seis horas al dia, á pesar de nuestros carceleros, son esos rayos de inteligencia con que habeis iluminado mi entendimiento, esos idiomas que me habeis enseñado á costa de trabajo y de paciencia. Esas ciencias diversas cuyo conocimiento me habeis facilitado, reduciéndolas á principios sencillos y exactos; he aqui mi tesoro, amigo mio, he aqui lo que me ha hecho rico y feliz. Creedme y consolaos; mas vale eso que barras de oro y cajas llenas de diamantes, aunque no fueran tan problemáticas como esas nubes que se ven por la mañana flotar por el mar, pareciendo á nuestros ojos como pedazos de tierra firme que se evaporan y desvanecen despues á medida que uno se acerca á ellas. Si, amigo mio, porque teneros cerca de mí todo el mas tiempo posible, escuchar vuestra elocuente voz, engalanar mi espíritu, engrandecer mi alma haciéndome capaz de emprender algun dia grandes y terribles cosas, hé aqui mi fortuna, mi verdadera fortuna y de la cual no podrian privarme todos los soberanos de la tierra aunque cada uno de ellos fuese otro César Borgia.

Así, pues, los dias siguientes fueron para los dos presos, si no felices á lo menos dias que corrieron velozmente. Faria que durante tanto tiempo, habia guardado profundo silencio acerca del tesoro, hablaba ahora de él á cada momento. Como él lo habia previsto el brazo derecho y la pierna izquierda le quedaron paralizados, y ya

habia perdido la esperanza de usar de ambos miembros; pero siempre pensaba en su jóven compañero y en su porvenir. Temiendo que la carta se perdiese, se la habia hecho aprender de memoria á Dantés y este la sabia desde la primera hasta la última palabra; entonces destruyó la segunda parte, seguro de que si encontrasen la primera no adivinarían el verdadero sentido. Algunas veces pasaba Faria las horas enteras dando instrucciones á Dantés, instrucciones que debían servirle el día de su libertad. Entonces desde el día, desde la hora, desde el instante en que estuviere libre, no debia tener mas que un solo y único pensamiento; dirigirse á la isla de Monte-Cristo, por cualquier medio permanecer allí solo, bajo un pretexto que no diese que sospechar, y una vez allí, una vez solo procurar encontrar las grutas maravillosas y buscar el lugar indicado, que como ya se acordará el lector, era el ángulo mas lejano de la segunda abertura.

Mientras tanto las horas pasaban, sino rápidas á lo menos soporables. Faria no habia vuelto á recobrar, como ya hemos dicho, el uso de su pierna; habia acostumbrado poco á poco á su jóven compañero á esa conformidad del preso y á sacar partido de cualquier cosa; Faria temiendo envejecer, Dantés temiendo acordarse de lo pasado casi olvidado y que ya no flotaba en su memoria mas que como un recuerdo lejano, perdido en las tinieblas de la noche; todo marchaba de este modo, como en esas existencias donde la desgracia no ha dejado la menor huella á su paso y que viven maquinales y tranquilas bajo el ojo de la providencia. Pero, bajo esa tranquilidad superficial habia en el corazón del jóven, y en el del anciano tal vez muchas palpitaciones contenidas, muchos suspiros ahogados que estallaban cuando Faria se quedaba solo y cuando Edmundo volvía á su cuarto.

Una noche se despertó este sobresaltado, creyendo haber oído que le llamaban. Abrió los ojos y procuró saber de donde procedía aquel sonido. Su nombre ó mas bien una voz lastimera que procuraba articular su nombre, llegó á sus oídos. Se incorporó sobre la cama, un sudor frio inundó su frente, y escuchó. Ya no tenia la menor duda, aquellos ayes salían del calabozo de su compañero.

—¡Gran Dios! murmuró Dantés; ¿sería?...

Y separó su cama, retiró la piedra, se lanzó por el pasillo, y consiguió llegar al extremo opuesto; la baldosa estaba levantada. Al vacilante resplandor de aquella lámpara tosca de que ya hemos hablado, divisó al anciano pálido, en pié aun y sosteniéndose con trabajo sobre su cama. Sus facciones estaban descompuestas por aquellos síntomas horribles que conocia ya y que le habian espantado tanto cuando los vió por primera vez.

—¡Y bien! amigo mio, dijo Faria resignado; ya comprendéis, ¿no es así? ¿y no tengo necesidad de deciros nada?

Edmundo arrojó un grito doloroso, y perdiendo completamente la cabeza, se lanzó hácia la puerta exclamando: ¡socorro! ¡socorro!

Faria tuvo aun fuerzas para detenerle por el brazo.

—¡Silencio! dijo, ó sois perdido. No pensemos mas que en vos, amigo mio, en haceros soportable vuestra cautividad ó posible vuestra fuga. Muchos años necesitariais para volver á hacer todo lo

que yo he hecho, lo cual seria destruido inmediatamente si lo llegasen á saber nuestros carceleros. Por otra parte, tranquilizaos, amigo mio, el calabozo que pronto dejaré, no permanecerá vacío por mucho tiempo: otro desgraciado vendrá en mi lugar. A ese otro os aparecereis como un ángel salvador. Tal vez será jóven y fuerte como vos; tal vez podrá ayudaros en vuestra fuga, mientras que yo al contrario no hacia sino impedirla. Ya no tendreis un medio cadáver, ligado á vos para paralizar todos vuestros movimientos, decididamente Dios hará algo por vos; os devolverá mas de lo que os ha quitado; en fin, ya es tiempo de que yo muera.

Edmundo no pudo hacer otra cosa mas que cruzar las manos y esclamar:

—¡Oh! amigo mio, amigo mio, calláos; recobrando en seguida su fuerza y su valor al oír las palabras del anciano: ¡Oh! dijo, ya os he salvado una vez, pues bien, os salvaré otra. Y levantó el pié de la cama y sacó el frasco que contenia aun la tercera parte del licor rojo.

—Tomad, dijo, aun queda bastante cantidad de ese bálsamo salvador; pronto, pronto, decidme lo que debo hacer. Hablad, amigo mio, ya os escucho.

—No hay esperanza, respondió Faria inclinando la cabeza; pero no importa, Dios quiere que el hombre á quien ha creado y en cuyo corazón ha arraigado tan profundamente el amor á la vida, haga todo lo que pueda para conservar su existencia, tan penosa á veces, tan querida siempre.

—¡Oh! si, si, exclamó Dantés, y yo os salvaré, si, os lo repito.

—¡Pues bien! intentadlo; el frío se va apoderando de mi cuerpo, ya siento que la sangre se agolpa á la cabeza; este horrible temblor que hace rechinar mis dientes y que parece desunir mis huesos empieza á apoderarse de mi cuerpo; dentro de cinco minutos estallará el mal, dentro de un cuarto de hora ya no seré mas que un cadáver.

—¡Oh! exclamó Dantés con acento desesperado.

—Hareis lo mismo que la primera vez, pero no espereis tanto tiempo. Ya están demasiado gastados los resortes de la vida, y ahora, amigo mio, continuó mostrando su brazo y su pierna, la muerte no tendrá que hacer sino la mitad. Si despues de haberme vertido doce gotas en la boca en lugar de diez, veis que no vuelvo en mí, vertedreis lo demas, conducidme á mi cama, porque apenas puedo sostenerme.

Edmundo tomó en sus brazos al anciano, y lo colocó sobre su cama.

—Único consuelo de mi miserable vida, dijo Faria, vos á quien el cielo os ha enviado demasiado tarde, pero al fin os ha enviado, presente inestimable, que no sé como agradecerle, en el momento de separarme de vos eternamente, os deseo toda la felicidad, toda la prosperidad que mereceis. ¡Hijo mio! yo os bendigo!

—El jóven se arrojó de rodillas apoyando su cabeza contra la cama del anciano y ahogando en ella sus sollozos.

—Sobre todo, hijo mio, escuchad bien lo que os digo en este momento supremo; el tesoro de los Spada existe, Dios permite que ya

no haya para mí distancia ni obstáculo. Ya le veo, en el fondo de la segunda gruta, mis ojos atraviesan las profundidades de la tierra, y se deslumbran al ver tantas riquezas... si lograis escaparos, acordaos de que el pobre abate á quien todo el mundo creía loco, no lo estaba. Corred á Monte-Cristo, aprovechaos de nuestra fortuna, aprovechaos de ella, que bien lo mereceis.

Una violenta sacudida interrumpió al anciano. Dantés levantó la cabeza y vió que sus ojos se enrojecían, parecía que una ola de sangre acababa de subir desde su pecho á su frente.

—¡Adios, adios! murmuró el anciano estrechando convulsivamente la mano del jóven, adios!...

—¡Oh! todavía no, todavía no, exclamó este, no me abandoneis; oh! Dios mio! socorredle!... socorro!...

—¡Silencio, silencio! murmuró el moribundo, que no nos separen si me salvais.

—Teneis razon. Oh! si, si, tranquilizaos, os salvaré. Por otra parte, aunque sufrais mucho, parece que es menos que la otra vez.

—Oh! desengañaos, sufro menos, porque ya apenas tengo fuerzas para sufrir. A vuestra edad se tiene fé en la vida, es un privilegio de la juventud el creer y esperar; pero los ancianos ven la muerte con mas claridad. ¡Oh!... ya se acerca... si... mi vista se turba... mi razon se estingue... Vuestra mano Dantés, vuestra mano... Oh! adios!... adios!...

Y levantándose por un nuevo esfuerzo, en el cual pareció reunir todas sus facultades

—Monte-Cristo! dijo, no olvideis á Monte-Cristo! y volvió á caer sobre su cama.

La crisis fué terrible: sus miembros se crisparon, sus párpados se hincharon, una espuma sanguinosa que le salía de la boca, le cubrió parte del rostro; un cuerpo sin movimiento, hé aqui lo que quedó del ser inteligente que se habia acostado lleno de vida un momento antes. Dantés tomó la lámpara, la colocó en la cabecera de la cama sobre una piedra que formaba saliente, y desde donde su resplandor vacilante iluminaba con un reflejo extraño aquel rostro descompuesto y aquel cuerpo inerte. Allí, con los ojos fijos en el cadáver, esperó intrépidamente el momento de administrar el remedio salvador. Cuando creyó que habia llegado aquel momento, cogió el cuchillo, entreabrió los dientes que ofrecieron menos resistencia que la primera vez, contó una tras otra hasta doce gotas y esperó; el frasco contenia aun otro tanto de lo que habia vertido. Esperó diez minutos, un cuarto de hora, media, pero no se movió. Temblando, con los cabellos erizados, la frente bañada en sudor, contaba los segundos por los latidos de su corazon.

Entonces pensó que ya era tiempo de hacer la última prueba: acercó el frasco á los labios amaritados de Faria, y vertió todo el licor que contenia. El remedio produjo un efecto galvánico, un violento temblor se apoderó de los miembros del anciano, sus ojos se entreabrieron presentando un aspecto horrible, arrojó un suspiro que mas bien parecia un grito, y despues todo su cuerpo se estre-

meció y volvió poco á poco á su inmovilidad; únicamente los ojos le quedaron abiertos.

Media hora, una, una hora y media pasaron. Durante esta hora y media de angustia, Edmundo, inclinado sobre su amigo, y con la mano colocada en el corazón: sintió helarse sucesivamente el cuerpo; y apagarse los latidos de aquel corazón cada vez mas sordos y mas profundos. Al fin cesó el último latido, el rostro se quedó livido, los ojos abiertos, pero la mirada sin brillo.

Ya eran las seis de la mañana, el día empezaba á aparecer, y penetrando en el calabozo su rayo blanquecino, hacia palidecer la moribunda luz de la lámpara. Estraños reflejos pasaban por el rostro del cadáver dándole algunas veces ciertas apariencias de vida. Mientras duró aquella lucha por el día y por la noche, Dantés pudo dudar aun: pero apenas hubieron penetrado en el calabozo los primeros rayos de luz de la mañana, se convenció de que se hallaba solo con un cadáver. Entonces un terror profundo é insensible se apoderó de él; ya no se atrevia á estrechar aquella mano que colgaba fuera de la cama; no se atrevió á fijar sus ojos en aquellos ojos fijos y blancos, que procuró cerrar, pero inútilmente, porque siempre se volvian á abrir. Apagó la lámpara, la ocultó cuidadosamente y desapareció tornando á colocar la baldosa como mejor pudo sobre su cabeza. Por otra parte, ya era tiempo, el carcelero iba á venir. Esta vez empezó su visita por Dantés: al salir de su calabozo, se dirigió al de Faria, á quien llevaba el almuerzo y ropa limpia.

Dantés estuvo muy impaciente por saber lo que iba á pasar en el calabozo de su desgraciado amigo; entró en la galería subterránea y llegó á tiempo para escuchar las exclamaciones del carcelero pidiendo auxilio. Pronto entraron en el calabozo los demas carceleros; en seguida se oyó ese paso pesado y regular habitual á los soldados, aunque no estén de servicio. Detrás de los soldados venia el gobernador. Edmundo oia el ruido de la cama sobre la cual agitaban el cadáver; oia la voz del gobernador que mandó le echasen agua en el rostro, y que viendo que á pesar de esto el preso no volvía en sí, mandó á buscar al médico. El gobernador salió y algunas palabras de compasion llegaron á los oidos de Dantés: mezcladas con risas burlonas.

—Vaya, vaya, decia uno, el loco ha ido á reunirse con sus tesoros, buen viage.

—Quizás no tenga con todos sus millones con que pagar la mortaja, decia otro.

—¡Oh! replicó un tercero, las mortajas del castillo de If no cuestan muy caras.

—Quizás, dijo uno de los primeros interlocutores, como es eclesiástico hagan algunos gastos mas por él.

—Vaya, pues tendrá los honores del saco.

Edmundo, escuchaba, no perdía una sola palabra, pero apenas comprendía lo que decían. Pronto se fueron estinguiendo las voces y le pareció que aquella gente salía del cuarto. Sin embargo, no se atrevió á entrar, porque podían haber dejado á algun carcelero guar-

dando al muerto. Así, pues, permaneció mudo, inmóvil y conteniendo la respiración. Al cabo de una hora, el silencio fué interrumpido por un ruido débil que se fué aumentando sucesivamente. Era el gobernador que volvía seguido del médico y de muchos oficiales.

Hubo un momento de silencio; era evidente que el médico se acercaba á la cama y examinaba el cadáver. Pronto se renovaron las preguntas. El médico analizó el mal de que habia sido atacado el preso, y declaró que estaba muerto. Se hacian tales preguntas y tales respuestas que Dantés estaba indignado. Le parecia que todo el mundo debia sentir por el pobre abate una parte del afecto que él le profesaba.

—Mucho me disgusta lo que estais diciendo, dijo el gobernador, de que el anciano está muerto porque al fin era un preso amable, inofensivo, de una locura muy festiva, y sobre todo casi no necesitaba que le vigilaran.

—¡Oh! replicó el carcelero, bien lo creo. Aunque hubiese estado preso cincuenta años, estoy seguro de que no hubiera hecho la menor tentativa de evasión.

—Sin embargo, replicó el gobernador, me parece que no seria malo, á pesar de lo que decís, no porque dude de vuestra ciencia, sino por mi propia responsabilidad, asegurarnos si el preso está perfectamente muerto.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Dantés, que seguia escuchando, creyó que el médico examinaba por segunda vez el cadáver.

—Podeis estar tranquilo, dijo el médico; está bien muerto, os respondo de ello.

—Ya sabeis, caballero, replicó el gobernador insistiendo, que en semejantes casos no nos contentamos con un simple exámen; y á pesar de todas las apariencias dignas de cumplir las formalidades prescritas por la ley.

—Que se calienten los hierros, dijo el médico; pero os repito que juzgo inútil esa precaucion.

Esta órden de calentar los hierros hizo estremecer á Dantés. Oyéronse pasos apresurados, y muchas idas y venidas, despues de lo cual entró el carcelero diciendo:

—Aquí teneis el brasero con un hierro.

—Hubo un momento de silencio; poco despues se oyó el chirrido de la carne quemada, y cuyo olor espeso y nauseabundo atravesó la baldosa debajo de la cual Dantés escuchaba horrorizado. Aquel olor de carne humana carbonizada hizo que un sudor frio inundase la frente del jóven y creyó desmayarse.

—Ya lo veis caballero, ya veis que está perfectamente muerto, dijo el médico; esta quemadura en el talon es decisiva; el pobre loco está curado de su locura y libre de su cautiverio.

—¿No se llamaba Faria? preguntó uno de los oficiales que acompañaban al gobernador.

—Sí, caballero, y era además muy sabio y muy ingenioso tocante á todo lo que no era su tesoro; pero en cuanto á esto era intratable.

—Eso es lo que nosotros llamamos monomanía dijo el médico.

—¿Nunca habeis tenido ningun motivo de queja contra él? preguntó el gobernador al carcelero encargado de traer el alimento al abate.

—Nunca, señor gobernador, respondió el carcelero, nunca; al contrario, muchas veces me divertia mucho contándome cuentos; además un día que mi muger se hallaba enferma me dió una receta que la hizo sanar al momento.

—¡Ah! ¡ah! dijo el médico, ignoraba que es un cólega el desdichado que ha muerto; espero, señor gobernador, añadió riendo, que le tratareis como tal.

—Si, si, tranquilizaos, será amortajado con toda decencia, con el saco mas nuevo que se encuentre; ¿estais contento?

—Si quereis cumpliremos ahora esa formalidad, dijo uno de los carceleros.

—Bueno, pero daos prisa, porque no puedo estar aquí todo el día.

Dantés volvió á oír nuevas idas y venidas y un instante despues un ruido semejante al de un lienzo que se desdobra, la cama rechinó como si la hubiesen movido, un paso pesado como el de un hombre que levanta un gran peso, llegó á los oídos de Dantés; en seguida la cama sonó de nuevo bajo el peso que volvian á colocar sobre ella.

—Hasta la noche, dijo el gobernador. ¿Habrà misa? preguntó uno de los dos oficiales.

—¡Imposible! respondió el gobernador. El capellan del castillo me ha pedido ayer licencia por ocho días para hacer un viage á Hyères, Yo le respondí de mis presos durante todo este tiempo; el pobre abate no debía haberse muerto tan pronto y con eso tendria su correspondiente *Requien*.

—¡Bah! ¡bah! dijo el médico con esa impiedad familiar á todos los de su profesion, es eclesiástico, Dios tendrá en cuenta su estado, y proporcionará al infierno el placer de enviarle un sacerdote.

Una carcajada siguió á esta infame broma. Durante este tiempo, habia ya concluido la operacion de amortajar al muerto.

—Hasta la noche, volvió á decir el gobernador cuando vió que nada habia que hacer.

—¿A qué hora? preguntó el carcelero.

—Entre diez y once de la noche.

—¿Y se ha de velar al muerto?

—¿Para qué? se cierra el calabozo como si estuviese vivo y punto concluido.

Despues de estas últimas palabras los pasos se alejaron, las voces se fueron apagando; oyóse el ruido causado por las puertas al echar la llave y al correr los cerrojos. Un silencio mas sombrío é imponente que el de la soledad, el silencio de la muerte reinó en aquella estancia. Entonces Dantés levantó lentamente la baldosa con la cabeza, y echó una mirada investigadora por el calabozo: estaba vacío. Dantés salió de la galería.

CAPITULO XX.

El cementerio del castillo de If.

Sobre la cama, tendido á lo largo y debilmente iluminado por la claridad de una luz nebulosa que penetraba al través de la ventana, veíase un saco de tela basta, bajo los anchos pliegues del cual, se dibujaba confusamente un cuerpo vago y agarrotado: era la mortaja de Faria, aquella mortaja que segun decian los carceleros, costaba tan barata. Así, pues todo habia concluido; ya existia entre Dantés y Faria una separacion material; ya no podia ver aquellos ojos que habian permanecido abiertos; ya no podia estrechar aquella mano industriosa que le habia descornado el velo que cubria los arcanos de la ciencia. Faria, el útil, el buen compañero al cual se habia acostumbrado con tanto placer, no existia ya mas que en su memoria! Entonces se sentó en la cabecera de aquellecho terrible, y quedó sumergido en una sombra y amarga melancolía.

¡Solo! se habia quedado solo! habia vuelto al silencio; se encontraba en frente de la nada! solo, sin oír la voz, sin ver á aquel ser humano que le unía aun á la tierra! ¿No valia mas unirse con Faria, ir á preguntar á Dios el enigma de la vida, á costa de pasar por la lúgubre puerta de los sufrimientos? La idea del suicidio que su amigo le habia quitado de la cabeza, vino entonces á colocarse como un fantasma al lado del cadáver de Faria.

—Si yo pudiese morir, dijo, iria donde él vá, y le encontraria seguramente. ¿Pero como morir? Nada mas fácil, continuó riendo. Me voy á quedar aquí, me arrojaré al cuello del primero que entre, lo ahogaré entre mis manos y despues me guillotinarán.

Pero en los dolores grandes sucede lo mismo que en las grandes tempestades; el abismo se encuentra entre dos cimas de olas; Dantés retrocedió ante la idea de aquella muerte vergonzosa, y trocó aquella desesperacion en una sed ardiente de vida y de libertad.

— ¡Morir! oh! no! exclamó; no, no he vivido tanto tiempo y tampoco he sufrido tanto para morir ahora. No, quiero vivir; quiero luchar con mi destino hasta el fin; quiero volver á adquirir esa felicidad que me han arrebatado. Antes de morir, olvidaba que tengo que castigar á mis verdugos, y tambien ¿quién sabe si tendré que recompensar á mis amigos? Pero ahora me van á olvidar aquí, y no saldré ya de mi calabozo sino como ese desdichado.

Al pronunciar estas palabras, Edmundo se quedó inmóvil; con los ojos fijos, como un hombre herido de una súbita idea pero espantado de esta misma idea. Levantóse de pronto, se llevó la mano á la frente como si un vértigo horrible se hubiese apoderado de él, dió

unos cuantos paseos por el cuarto y al fin se quedó parado delante del cadáver...

—¡Oh! ¡oh! murmuró, quién me habrá sugerido este pensamiento? ¿seréis vos, Dios mio? puesto que únicamente los muertos son los que pueden salir de aquí, ocupemos el lugar de los muertos.

Y sin vacilar un momento siquiera por no cambiar aquella resolución desesperada, se inclinó hácia la horrible mortaja, la abrió con el cuchillo que Faria habia hecho, sacó el cadáver, lo llevó á su cuarto, lo acostó en su cama, le puso la gorra que él solia ponerse, y lo cubrió con su cobertor; intentó por última vez cerrar aquellos ojos rebeldes que continuaron abiertos á pesar de sus esfuerzos, le volvió la cabeza hácia la pared á fin de que el carcelero cuando tragese la cena creyese que estaba acostado como él solia hacerlo; entró en la galería, llegó al otro cuarto, sacó de la especie de armario la aguja y el hilo, se desnudó para que sintiesen bajo el saco la carne, se introdujo en él, tomó la posición que tenia el cadáver y sujetó la costura por dentro. Si por desgracia hubiesen entrado en este momento hubieran oído latir su corazón.

Dantés podia esperar á que pasase la visita de la noche; pero temia que el gobernador cambiara de opinion y mandase llevar antes el cadáver. Entonces perdía su última esperanza. En todo caso, ya tenia dispuesto su plan. Hé aquí lo que habia resuelto hacer:

Si durante la travesía conocian los enterradores que no era un muerto el que llevaban, no les daba tiempo de cerciorarse; con una vigorosa puñalada abría el saco de arriba abajo, se aprovechaba de su terror y se escapaba; si le querian coger, se defendia con el cuchillo. Si le conducian hasta el cementerio y le colocaban en una fosa se dejaba cubrir de tierra; y como era de noche, apenas hubiesen vuelto la espalda, levantaba la tierra y huía. Esperaba que el peso de la tierra no seria tanto que no pudiese levantarla. Si se engañaba, si al contrario de lo que él habia creído, le cargaban una capa pesada de tierra, moria ahogado y tanto mejor; punto concluido!

No habia comido desde la vispera ni entonces se acordaba de tal cosa. Era su situación harto precaria para darle tiempo á pensar en mas que su fuga.

El primer peligro que corria era que el carcelero notase la sustitucion, al traerle su cena á las siete. Felizmente, ya fuese por capricho, ya por fatiga, habia recibido veinte veces á su carcelero acostado, y en ese caso el hombre colocaba el pan y la cena sobre la mesa y se retiraba sin hablarle, pero esta vez el carcelero podia hablarlo y viendo que no le respondia, acercarse á la cama y descubrirle todo.

Quando se iban acercando las siete de la noche se renovaron las angustias de Dantés. Con la mano apoyada en el corazón procuraba comprimir los latidos, mientras que con la otra se enjugaba el sudor que inundaba su frente; de vez en cuando, se estremecía con tanta violencia que creia iba á morir. Pasaron las horas sin que ningun accidente turbase la quietud del castillo, y conoció que habia salvado de aquel primer peligro. Aquello era de buen agüero. En fin á

la hora fijada por el gobernador se oyeron algunos pasos en la escalera. Juzgó que ya habia llegado el momento; y recobró todo su valor y toda su serenidad perdida; conteniendo su aliento y procurando tambien al mismo tiempo los latidos de su corazon.

Paráronse á la puerta; los pasos se aumentaron, y Dantés advinó que eran los dos sepultureros que venian á buscarle. Esta sospecha se cambió en certidumbre cuando oyó el ruido que hicieron al depositar en el suelo las parihuelas. La puerta se abrió, una luz confusa llegó á los ojos de Dantés; al través del lienzo que le cubria, divisó dos sombras que se le acercaban á su cama. Otra persona se quedó á la puerta, con una linterna en la mano. Cada uno de los dos hombres que se habian acercado á la cama agarró el saco por uno de sus extremos.

—Mucho pesa para ser un viejo tan flaco, dijo uno de ellos levantando la cabeza.

—Dicen que cada año aumentan los huesos media libra de peso; dijo el otro cogiéndole por los pies.

—¿Has hecho el nudo? preguntó el primero.

—Buen tonto seria yo en cargarme con un peso tan inútil, dijo el segundo, ya le haremos mas adelante.

—¿Para que será ese nudo? se preguntó Dantés.

—Bueno, tienes razon, mas adelante le haremos, lo mismo dá.

—Agarra bien, no te se vaya á caer.

—No tengas cuidado, confia en mí.

—¿Tenemos algo mas que hacer aquí?

—Vamos á colocarle en las parihuelas.

—Es verdad, asi le llevaremos con mas comodidad.

—Ya lo creo, ¿sino para qué se habian traído?

Al acabar de pronunciar estas palabras levantaron al fingido muerto y le colocaron sobre las parihuelas.

—Partamos, dijeron á un tiempo los dos enterradores.

El cortejo fúnebre subió la escalera alumbrado por el hombre de la linterna que caminaba delante. De repente el aire fresco de la noche inundó el rostro de Dantés. Este conoció que era el *Mistral*, y experimentó á la vez una sensacion llena de delicias y de angustias. Los enterradores anduvieron como unos veinte pasos, despues se pararon y depositaron en tierra las parihuelas. Uno de ellos se alejó, y Dantés oyó resonar y perderse el ruido de sus pasos.

—¿Dónde estoy? se preguntó á sí mismo. ¿Dónde me hallo?

—Oye ¿sabes que no pesa poco? dijo uno de los dos que habian quedado, sentándose en el borde de las parihuelas. El primer pensamiento de Dantés fué el de apartarse; felizmente se detuvo.

—Alúmbrame, animal, dijo el sepulturero que se habia alejado, alúmbrame ó no encontraré lo que ando buscando. El hombre de la linterna obedeció á la demanda del enterrador aunque no hubiese sido hecha en términos muy políticos.

—¿Qué buscará? dijo para sí Dantés; será algun azadon.

Una esclamacion de satisfaccion indicó que el enterrador habia encontrado lo que buscaba.

—Gracias á Dios, dijo el otro.

—No tengas cuidado, respondió, que no se habrá cansado de esperar.

Al concluir estas palabras se acercó á Edmundo que oyó dejar caer á su lado un cuerpo pesado y retumbante; en el mismo instante ataron fuertemente una cuerda á sus pies.

—¿Está ya hecho el nudo? preguntó el enterrador que habia permanecido sin hacer nada.

—Y bien hecho, dijo el otro, respondo de ello.

—En ese caso, marchemos.

Y volvieron á seguir su camino cargados con las parihuelas.

Caminaron como unos cincuenta pasos, luego se pararon para abrir una puerta, y volvieron á proseguir su camino; el ruido de las olas al estrellarse contra la roca, sobre la cual está edificado el castillo, llegaba mas distinto á los oídos de Dantés á medida que iban avanzando.

—¡Amigo, mal tiempo! dijo uno de los enterradores, no será muy agradable el estar hoy en el mar.

—El abate corre peligro de fondear, dijo otro, y ambos prurumpieron en estrepitosas carcajadas.

Dantés no comprendió bien lo que significaba aquella broma; pero sus cabellos se erizaron á pesar de no entenderlo.

—¡Bueno! al fin llegamos, dijo el primero.

—Hombre, no, mas lejos, dijo el otro; bien sabes que el último que arrojamos por este lado se destrozó completamente contra las rocas y por la mañana aparecieron sus miembros ensangrentados, por lo cual el gobernador nos echó una buena reprimenda.

Entonces dieron unos cinco ó seis pasos mas, se pararon, y Dantés sintió que le cogian por la cabeza y por los pies, y que le balanceaban.

—¡A la una! exclamaron á la vez los enterradores, á las dos! á las tres!

Dantés se sintió lanzado al mismo tiempo en un inmenso vacío, atravesando el aire como un pájaro herido, cayendo siempre con un espanto que le helaba el corazón. Aunque un cuerpo pesado le atraía hácia abajo, le pareció que aquella caída duraba un siglo. Al fin, con un ruido espantoso penetró como una flecha en una agua helada que le hizo arrojar un grito ahogado en el instante mismo de sumergirse.

Dantés habia sido tirado al mar, al fondo del cual le arrastraba una bala de á treinta y seis, atada á sus pies.

El cementerio del castillo de If es el mar.

CAPITULO XXI.

La isla de Tiboulou.

Aunque aturdido y sofocado, tuvo Dantés sin embargo bastante presencia de ánimo para contener su aliento, y como iba preparado

de un cuchillo que llevaba en su mano derecha, según hemos dicho. abrió rápidamente el saco, sacó el brazo, luego la cabeza, pero á pesar de sus movimientos para levantar la bala se sintió arrastrado hácia el fondo; entonces se encorbó, buscando la cuerda que sujetaba la bala á sus pies, y por un esfuerzo súbito, la cortó precisamente en el momento en que ya no podia contener la respiración por mas tiempo. Y dando un vigoroso empuje con el pie, subió libre á la superficie del mar, mientras que la bala arrastraba al fondo aquel tosco saco destinado á servirle de mortaja. No estuvo en la superficie mas que el tiempo necesario para respirar y volverse á sumergir de nuevo, porque la primera precaucion que debia tomar era el sustraerse á las miradas de los enterradores.

Cuando apareció sobre el agua la segunda vez, se hallaba ya á cincuenta pasos del sitio de su caída; vió encima de su cabeza un cielo negro y tempestuoso, y en medio de la atmósfera, el viento arrastraba algunas nubes, descubriendo á veces un poco de cielo azul en el que brillaban una ó dos estrellas. Delante de él se extendia la playa sombría, barrida por las olas bramadoras y espumosas que anunciaban una próxima tempestad, mientras que detras de él, mas negro aun que el mar, mas negro que el cielo, se elevaba como un fantasma amenazador el gigante de granito, cuya punta sombría semejaba á un brazo estendido para volver á coger su presa. En la roca mas elevada se veia una linterna alumbrando á dos sombras. Parecióle que aquellas sombras se inclinaban hácia delante mirando al mar con inquietud. En efecto, los malditos enterradores debian haber oido el grito que arrojó al atravesar el espacio. Se zambulló de nuevo y no volvió á parecer sino á gran distancia. Esta operacion le era muy familiar en otro tiempo, y atraia siempre á su alrededor, en la ensenada del Faro numerosos admiradores, que le habian proclamado mas de una vez el mas hábil nadador de Marsella.

Cuando volvió á la superficie del mar, la linterna habia desaparecido. Era necesario hacerse cargo del lugar donde se hallaba para saber el rumbo que habia de tomar; de todas las islas que rodeaban el castillo de If, Ratonneau y Pommégue son las mas cercanas; pero estaban habitadas; lo mismo sucedia en la pequeña isla de Daume. La mas segura era la de Tiboulen ó la Lemaire, que están á una legua del castillo de If. Dantés resolvió dirigirse á una de ellas. Pero ¿cómo encontrarlas en medio de la oscuridad que le rodeaba? En aquel momento vió brillar como una estrella el Faro de Planier. Dirigiéndose derecho á él, dejaba á su izquierda la isla de Tiboulen; luego caminando un poco á la izquierda del lugar donde se hallaba, debia encontrar aquella isla en su derrotero. Pero ya lo hemos dicho, el castillo de If distaba una legua lo menos de aquella isla.

Faria solia repetir al jóven en su prision: «Dantés, no os entreguéis de ese modo á la molicie, porque cuando procureis huir os faltarán las fuerzas.» Se acordó de aquellas palabras, y empezó á nadar para ver si en efecto habia perdido sus fuerzas: mas vió con alegría que su inaccion forzada no le habia disminuido su poder ni su agilidad, y conoció que siempre era dueño del elemento donde

habia vivido, por decirlo asi, desde su mas tierna edad. Por otra parte, el miedo, ese rápido perseguidor, aumentaba su vigor. Inclinado sobre la cima de las olas, escuchaba si llegaba hasta sus oidos algun ruido. Cada vez que se elevaba en la estremidad de una ola, su rápida mirada abrazaba el horizonte y queria penetrar la espesa oscuridad. Cada ola algo mas elevada que las otras le parecia una barca que venia en su persecucion, y entonces aumentaba sus esfuerzos, que le alejaban sin duda, pero cuya repeticion debia pronto agotar sus fuerzas.

Sin embargo, él seguia nadando, y ya el castillo terrible habia quedado envuelto entre los sombríos vapores de la noche. El no lo distinguia ya, pero no lo podia borrar de su memoria.

Una hora pasó, durante la cual Dantés, exaltado por el amor de la libertad, continuaba hendiendo las olas en la direccion que habia tomado.

—Veamos, decia para sí, ya hace mas de una hora que estoy nadando; pero como el viento me es contrario, he perdido la cuarta parte de mi rapidez. Mas á no ser que me engañe en la línea, ya no debo estar muy lejos de la isla de Tiboulen. ¡Pero si asi no fuese!

Un súbito temblor pasó por todos los miembros del nadador, procuró sostenerse de espaldas sobre el agua para descansar un poco, pero la mar era cada vez mas gruesa, y pronto conoció que aquel medio de descanso era imposible. Pues bien, dijo, seguiré nadando hasta que se me cansen los brazos y las piernas, y entonces me dejaré ir á fondo.

Y se puso á nadar de nuevo con toda la fuerza de la desesperacion.

De repente le pareció que el cielo se oscurecia mas, que una nube espesa, pesada y compacta se inclinaba sobre él; al mismo tiempo sintió un fuerte dolor en la rodilla. Guiado por la imaginacion creyó que seria el choque de una bala, y que inmediatamente oiria la explosion del tiro; pero no sucedió asi. Dantés estendió el brazo y encontró una resistencia: estendió la pierna y tocó la tierra. Entonces vió cuál era el objeto que habia tomado por una nube. A veinte pasos de él se elevaba una masa de rocas de estrañas formas. Era la isla de Tiboulen.

Dantés dió algunos pasos hácia delante, y se arrodilló, dando gracias á Dios sobre aquellas puntas de granito que entonces le parecieron mas blandas que el mas mullido lecho.

Despues, á pesar del viento, de la tempestad, y de la lluvia que empezaba á caer, rendido de fatiga como se hallaba, se durmió con ese sueño tan delicioso que embarga al hombre cuyo cuerpo está destrozado por el trabajo, pero cuya alma vela con la conciencia de una dicha inesperada. Al cabo de una hora le despertó el espantoso rugido de un trueno; la tempestad se habia desencadenado en el espacio y batia el aire con furia. De cuando en cuando bajaba del cielo un relámpago como una serpiente de fuego iluminando las olas y las nubes, que se perseguian las unas á las otras como las ondas de un inmenso caos.

Con esa vista perspicaz de marino, Dantés no se había equivocado: había arribado á la primera de las dos islas, que es en efecto la de la Tiboulén; sabia que era árida, descubierta, y que no ofrecía el menor asilo. Pero en cuanto se calmase la tempestad se volvería á echar á nado con dirección á la isla de Lemaire, tan escueta como la otra, pero mas estensa y de consiguiente mas hospitalaria. Una roca que formaba un hueco ofreció por el pronto un asilo á Dantés; refugióse en ella y casi al mismo instante estalló la tempestad en toda su fuerza. Edmundo sentia temblar la roca, bajo la cual se había guarecido; al estrellarse las olas contra la base de la gigantesca pirámide salpicaban hasta él. En medio de aquel ruido profundo, en medio de aquellos fulgentes resplandores se hallaba sobrecogido de una especie de vértigo; le parecia que la isla temblaba bajo su peso, y que de un momento á otro iba, como un buque anclado, á romper su cable y arrastrarle en su remolino. Entonces se acordó de que hacia veinte y cuatro horas que no había comido; tenia hambre y sed; estendió los brazos y la cabeza y bebió el agua de la tempestad en el hueco de la roca.

Al tiempo de levantarse, un relámpago que parecia rasgar el cielo hasta el resplandeciente trono del Altísimo iluminó el espacio; al resplandor de este relámpago, entre la isla de Lemaire y el cabo Crocielle, á un cuarto de legua donde él se hallaba, vió Dantés aparecer como un espectro resbalando desde la cima de una ola á un abismo, un pequeño barco pescador impelido á un tiempo por la tempestad y por las olas. En la cima de la otra ola volvió á parecer la fantasma un instante despues, acercándose con una rapidez espantosa. Quiso gritar, buscó algun pedazo de lienzo que agitar en el aire para hacerles ver que se perdian; pero los otros lo veian perfectamente. Al resplandor de otro relámpago, vió el jóven cuatro hombres agarrados á los mástiles y á las vergas; otro se mantenía afianzado á la barra del timon ya roto. Estos hombres le vieron sin duda, porque llegaron á sus oídos mil clamores desesperados y conducidos por el viento. Encima del mastil tronchado como una caña flotaba una vela hecha pedazos. De repente las cuerdas que la sujetaban se rompieron, y desapareció en las sombrías profundidades del cielo, semejante á esos grandes pájaros blancos que se dibujan sobre las nubes negras.

Al mismo tiempo se oyó un crugido espantoso y despues gritos de agonía. Subido Dantés encima de la roca desde donde dominaba el abismo, un nuevo relámpago le mostró el barco roto, y entre los restos cabezas cuya fisonomía espresaba la desesperacion, brazos estendidos hácia el cielo. Luego todo volvió á quedar sumergido en la oscuridad mas completa.

Se precipitó sobre la resbaladiza pendiente de las rocas, á riesgo de rodar él mismo al mar. Miró, escuchó, pero no vió ni oyó nada; no mas gritos, no mas esfuerzos humanos, la tempestad únicamente, la grandiosa tempestad continuaba azotando los vientos y las olas. Poco á poco fué calmándose esta tempestad, las nubes negras y grises, hácia el occidente se disiparon, y el hermoso azul del cielo volvió á

aparecer, en el que se veían mil brillantes estrellas; bien pronto, hacia el este, una larga banda rojiza dibujó en el horizonte ondulaciones de un azul oscuro, las olas se fueron calmando, un súbito resplandor inundó sus cimas y doró la espuma de sus crestas.

Tal cambio era producido por el día.

Se quedó mudo é inmóvil ante aquel gran espectáculo, como si le viese por primera vez; en efecto, ya lo había olvidado desde el tiempo que hacia estaba en el castillo. Se volvió hacia la fortaleza preguntando á la vez con una larga mirada en torno al cielo y al mar. El sombrío edificio salía del seno de las olas con esa magestad imponente de las cosas inmóviles, que parecen vigilar y mandar á la vez.

Ya serían las cinco de la mañana; el mar continuaba calmándose. Dentro de dos ó tres horas, dijo Edmundo para sí, el carcelero entrará en mi cuarto, encontrará el cadáver de mi desdichado amigo. Lo reconocerá, me buscará en vano, y alarmará el castillo; entonces descubrirán el agujero, la galería; interrogarán á los hombres que me han lanzado al mar y que oyeron el grito que yo arrojé. Y barcas llenas de soldados armados correrán en pos del desgraciado fugitivo, que sabrán no ha de estar lejos. El cañon avisará á toda la costa para que no den asilo á un hombre que vean errante, desnudo y hambriento. Los espías y los alguaciles de Marsella serán tambien avisados y guardarán la costa mientras que el gobernador del castillo de If hará batir el mar. Entonces, acosado en el agua, perseguido en la tierra, ¿qué será de mí? tengo hambre, tengo frio; he abandonado hasta el cuchillo salvador que me incomodaba para nadar; me hallo á la merced del primero que quiera ganar veinte francos entregándome; ya no tengo fuerza, ni resolución. ¡Oh! Dios mio! Dios mio! Ved si he sufrido bastante, y si podeis hacer por mi mas de lo que yo puedo.

Cuando Edmundo, en una especie de delirio ocasionado por la falta de sus fuerzas, pronunciaba ansiosamente vuelto hacia el castillo de If, aquella fervorosa oracion, vió aparecer en la punta de la isla de Pommégue, dibujando su vela latina en el horizonte, y semejante á una gaviota que se desliza sobre las olas, un barco, que solo el ojo de un marino podia reconocer por una tartana genovesa, sobre la última línea que describía el mar; venia del puerto de Marsella, y caminaba á lo largo arrojando la espuma brillante, delante de la proa aguda que abría un camino mas fácil á sus flancos.

¡Oh! exclamó Edmundo, decir que dentro de media hora podria reunirme á ese barco, si no fuese por temor de ser interrogado, reconocido por fugitivo y conducido á Marsella! ¿qué hago? ¿Dios mio! que les diré? qué fábula he de inventar con que pueda burlarlos? todos esos hombres son contrabandistas, médio piratas. Bajo pretexto de hacer el cabotaje, navegan por la costa, preferirán venderme á hacer una buena accion estérilmente. Esperemos.

Pero esperar es cosa imposible, me estoy muriendo de hambre; dentro de algunas horas la poca fuerza que me resta, se acabará de agotar; por otra parte, se acerca la hora de la visita, aun no se ha dado la alarma, quizás no sospecharán nada, podré hacerme pasar por uno de los marineros de ese pequeño barco que ha naufragado

esta noche; esta fábula no carecerá de verosimilitud, nadie vendrá á contradecirme. Y al decir estas palabras, Dantés volvió los ojos hácia el lugar donde se habia ido á pique el barco, y se estremeció. En la punta de una roca estaba enganchado el gorro frigio de uno de los marineros náufragos, y á su lado flotaban algunos restos del barco que se hizo mil pedazos.

En un instante Dantés tomó su resolucion; se arrojó por segunda vez al mar, nadó con direccion á la roca donde se hallaba el gorro, se cubrió con él la cabeza, cogió una tabla, y se puso á nadar vigorosamente para cortar la linea que debia seguir la embarcacion.

—Ahora ya me he salvado, murmuró: y esta esperanza le dió nuevas fuerzas. Pronto apercibió la tartana que caminaba velozmente entre el castillo de If y la torre de Planier. Temió por un instante que en lugar de costear el pequeño barco, se engolfara como lo hubiese hecho por ejemplo, si su direccion hubiese sido para la Córcega ó para la Cerdeña; pero á juzgar por la maniobra ejecutada, el nadador conoció pronto que deseaba pasar como acostumbran las embarcaciones que van á Italia, entre la isla de Jaros y la de Calaseraigne.

Pronto se hallaron á corta distancia uno de otro; el barco y el nadador. Entonces este hizo un esfuerzo, y agitó su gorro en el aire en señal de pedir auxilio, y el barco viró de bordo alejándose de nuevo. Dantés pensó llamar á voces; pero midió la distancia con los ojos, y conoció que su voz no llegaría hasta allí, porque antes se confundiría con la brisa del mar y el murmullo de las olas. Entonces comprendió lo útil que le habia sido coger una tabla de las muchas que arrojó el mar, pertenecientes al barco que naufragó.

En el estado de debilidad en que se hallaba, tal vez no hubiera podido sostenerse sobre el mar hasta alcanzar el barco, y de seguro este pasaria sin verle, y no podría él volverse á la costa. Aunque seguro del rumbo que seguiría la embarcacion, la acompañó con los ojos con cierta ansiedad, hasta el momento en que la vió dirigirse hácia donde él se hallaba; pero antes de llegar, el barco empezó á virar de bordo. Al punto Dantés, por un esfuerzo violento, se levantó casi en pié sobre el agua agitando su gorro, y arrojando uno de esos gritos lamentables, semejantes á los que arrojan los marinos cuando se hallan en un peligro inminente, y que parecen una queja de los genios del mar.

Esta vez le divisaron y le oyeron. La tartana interrumpió su maniobra y se propuso salvarle, porque él vió que echaban al mar una lancha. Un instante despues, la lancha conducida por dos hombres, se dirigió á él impelida por dos remos; Dantés soltó entonces la tabla, que ya no creia necesitar, y nadó vigorosamente para ahorrar la mitad del camino á los que se dirigian á él. Sin embargo, el nadador habia contado demasiado con sus fuerzas ya casi nulas, y conoció lo útil que le hubiera sido aquel madero que flotaba ya á cien pasos de donde él se hallaba. Sus brazos y sus piernas empezaron á perder su flexibilidad, apenas podia moverse; le faltaba el aliento.

Arrojó un nuevo grito, los dos remeros aumentaron su energia y uno de ellos le gritó en italiano: ¡ánimo!

Esta palabra llegó á sus oídos en el momento en que una ola, cuyo ímpetu ya no tuvo fuerza para evitar, pasaba por encima de su cabeza y le cubría de espuma.

Al cabo de un instante volvió á aparecer batiendo el mar con esos movimientos desiguales y desesperados de un hombre en el momento de ahogarse; lanzó un tercer grito, y se sintió sumergir en el mar, cual si tuviese aun á los pies la bala mortal. El agua pasó de nuevo por encima de su cabeza, y al través de ella divisó el cielo lívido con manchas negras. Un violento esfuerzo le subió á la superficie. Entonces le pareció que le cogían por los cabellos; después no vió nada, ni oyó nada, estaba desmayado; cuando volvió á abrir los ojos, se encontró sobre el puente de la tartana que seguía su rumbo; su primera mirada fué para ver que dirección seguía; continuaba alejándose del castillo de If.

Estaba tan fatigado que la exclamación de alegría que dió fué tomada por un suspiro de dolor. Como ya hemos dicho estaba acostado sobre la cubierta; un marinero le frotaba los miembros con una manta; otro á quien reconoció por aquel que le gritó ¡ánimo! le ponía una cantimplora á la boca; un tercero, viejo marino, que hacía las veces de piloto y de patron, le miraba con ese sentimiento de piedad egoísta que experimentan en general los hombres hácia una desgracia de que se han librado el día antes, y que puede acaecerles en el siguiente. Algunas gotas de rom que contenía la cantimplora reanimaron el corazón desfallecido del jóven, mientras que las friegas que continuaba dándole el marinero, arrodillado delante, devolvían la elasticidad de sus miembros.

—¿Quién sois? preguntó el patron en mal francés.

—Soy, respondió Dantés en mal italiano, soy un marinero maltés; veníamos de Siracusa, con cargamento de vinos. La tempestad de esta noche nos ha sorprendido en el cabo Morgion, y por fin fuimos arrojados contra las rocas que veis allá bajo.

—¿De dónde venis?

—De aquellas rocas donde tuve la felicidad de agarrarme, mientras nuestro pobre capitán fué estrellado contra ellas: nuestros tres compañeros se han ahogado. Me parece que yo soy el único que ha quedado vivo; descubrí vuestro buque, y temiendo estar mucho tiempo en esa isla desierta, me agarré á uno de los maderos de nuestro barco para procurar reunirme con vosotros. Ahora, pues, os doy las gracias por haberme salvado la vida: ya estaba perdido cuando uno de vuestros marineros me asió por los cabellos.

—Yo fui, dijo un marinero de fisonomía franca y de patillas negras, y si me descuido un poco no veríais la luz del día.

—Sí, dijo Dantés presentándole la mano; sí, amigo mio, y os vuelvo á dar las gracias.

—A fé mia, dijo el marino, que casi vacilaba; con vuestra barba de seis pulgadas de larga y vuestros cabellos de un pie, mas bien parecíais un bandido que un hombre honrado.

Dantés recordó en efecto que desde que estaba en el castillo de If, no se había cortado el pelo ni tampoco se había afeitado.

—Si, dijo, es voto que habia hecho á Nuestra Señora del Pie de la Grotta, en un momento de peligro, estar diez años sin cortarme el pelo ni la barba. Hoy espira mi voto y poco ha faltado para que me ahogue el dia de mi aniversario.

—Ahora ¿qué hacemos de vos? preguntó el patron.

—¡Ay! respondió Dantés, lo que querais. El barco á que yo pertenecia se ha perdido, el capitan ha muerto. Como veis, me he librado por mi suerte; pero absolutamente desnudo. Felizmente soy bastante buen marino. Dejadme en el puerto en que arribeis, y siempre encontraré empleo en cualquier buque mercante.

—¿Conoceis el Mediterráneo?

—Navego en él desde mi infancia.

—¿Conoceis las buenas bahias?

—Pocos puertos hay, en que no pueda entrar y salir á ojos cerrados.

—Y bien, decidme, patron, preguntó el marinero que habia gritado ¡ánimo! á Dantés, si este camarada dice la verdad ¿qué le hace que se quede con nosotros?

—Si, teneis razon, dijo el patron con cierto aire de duda, pero ¿quién se fia de?...

—Yo cumpliré lo que he prometido, dijo Dantés.

—¡Oh! ¡oh! ya veremos, dijo el patron riendo.

—Cuando querais, replicó Dantés levantándose. ¿A dónde os dirigis?

—A Liorna.

—Pues bien, entonces, en lugar de virar con tanta frecuencia, cosa que os hará perder un tiempo precioso, ¿por qué no cargais la vela simplemente?

—Porque iríamos á dar derecho á la isla de Rion.

—Pasareis á mas de veinte brazas de ella.

—Bien, manejad el timon, dijo el patron, y juzgaremos de vuestros conocimientos.

El jóven fué á sentarse en el timon, se aseguró por una ligera presion de que el barco obedecia bien, y viendo que no era del todo malo, dió algunas órdenes, y al oirlas los cuatro marineros que forman la tripulacion, corrieron á su puesto, mientras que el patron observaba con atencion.

—Y ahora, amarrad: eso es, dijo Dantés.

Esta orden fué ejecutada como las primeras, y el buque, en lugar de continuar virando, empezó á avanzar hácia la isla de Rion, al lado de la cual pasó, como habia dicho Dantés, dejándola á estribor á distancia de unas veinte brazas.

—¡Bravo! dijo el patron.

—¡Bravo! repitieron en coro los marineros.

Y todos miraban con asombro á aquel hombre, cuya mirada habia recobrado una inteligencia tal, y sus músculos un vigor que ni siquiera se sospechaba en él.

—Ya veis, dijo Dantés soltando la barra, que siempre os podré servir de algo, á lo menos durante la travesia; si ya no me necesitais

en Liorna; y bien! me dejareis allí, y con mis primeros meses de sueldo os pagaré mi alimento y los vestidos que vais á prestarme.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo el patron; ya nos arreglaremos, si sos razonable.

—Un hombre vale lo que otro hombre, dijo Dantés; lo que daís á las camaradas, me lo dareis á mí, y punto concluido.

—Eso no es justo, dijo el marinero que sacó á Dantés del mar, por que vos sabeis mas que nosotros.

—¿Y qué te importa eso, Jacobo? dijo el patron; cada cuál es libre de empeñarse por la suma que mejor le convenga.

—Es muy justo, dijo Jacobo; solo era una simple observacion.

—Mejor harías en prestar á este valiente muchacho, que está completamente desnudo, un pantalon y una chaqueta si tienes para mandar.

—No, dijo Jacobo; pero tengo una camisa y un pantalon.

—Justamente lo que necesito, dijo Dantés. Gracias, amigo.

Jacobo bajó por la escotilla, y volvió á subir un instante despues con la camisa y el pantalon, que Dantés se puso con una sensacion de felicidad inesplicable.

—¿Necesitais algo mas? preguntó el patron.

—Un pedazo de pan y otro trago de ese excelente rom que me disteis, porque ya hace bastante tiempo que no he probado un bocado.

En efecto, ya hacia cerca de cuarenta horas.

Trajeron á Dantés un pedazo de pan, y Jacobo acercó de nuevo á sus lábios la cantimplora.

—Barra á babor, gritó el capitan volviéndose hácia el timonero. Dantés echó una mirada hácia el mismo lado, llevando la cantimplora á su boca, pero no pudo empezar á beber.

—Toma, dijo el patron, ¿qué es lo que pasa en el castillo de li?

Una pequeña nube blanca, nube que habia atraído la atencion de Dantés, acababa de aparecer por cima del castillo de li... Un segundo despues, un ruido cuya esplosion era lejana, fué á morir á bordo de la tartana. Los marineros levantaron la cabeza mirándose los unos á los otros.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó el patron.

—Se habrá escapado algun preso esta noche, dijo Dantés; y disparó el cañonazo de alarma. El patron miró al jóven, que habia llevado á sus lábios la cantimplora al decir estas palabras, pero le vió saborear con una satisfaccion muy tranquila el licor que contenia, de modo que si por un momento pudo tener alguna sospecha, esta sospecha desapareció al punto.

—Hé aqui un rom bastante fuerte, dijo Dantés limpiando con la manga de la camisa su frente anegada en sudor.

—En todo caso, murmuró el patron mirándole, si es él tanto mejor, porque al fin yo he hecho una gran adquisicion.

Dantés se sentó en el timon á pretesto de estar cansado.

Encantado el timonero al verse relevado de sus funciones, consultó con una mirada al patron que le hizo una seña dándole á entender que podia entregar la barra á su compañero. Colocado Dantés

de aquella manera se quedó con los ojos fijos en el lado donde se hallaba Marsella.

—¿A cuántos del mes nos hallamos? preguntó Dantés á Jacobo que le habia mandado sentar á su lado.

—A 28 de febrero, respondió éste.

—¿De qué año? volvió á preguntar Dantés.

—¿Cómo! ¿De qué año? ¿Me preguntais de que año?

—Si, replicó el jóven, os pregunto en qué año.

—¿Habeis olvidado el año en que estamos?

—Que quereis, he tenido un miedo tan grande esta noche, dijo Dantés riendo, que casi he perdido la memoria; ¿os pregunto que el 28 de febrero de que año?

—Del año 1829, dijo Jacobo.

Hacia catorce años, dia por dia, que Dantés habia sido preso. Habia entrado á los diez y nueve años de edad en el castillo de If, y salia á los treinta y tres... Una sonrisa dolorosa ásomó á sus lábios; preguntóse á sí mismo lo que habia sido de Mercedes durante aquel tiempo en que debió creerle muerto. Y una nueva sonrisa llena de odio brilló en sus lábios al pensar en aquellos tres hombres á los cuales debía un largo y penoso cautiverio, y volvió á renovar contra Danglars, Fernando y Villefort, aquel juramento de implacable venganza que habia pronunciado en su prision; y este juramento no era ya una vana amenaza, porque en aquel momento el buque mas veloz del Mediterráneo, no hubiera podido alcanzar á la tartana que se dirigia á toda vela á Liorna.

CAPITULO XXII.

Los contrabandistas.

Aun no habia pasado Dantés un dia á bordo y ya' sabia perfectamente como se habia de portar. Sin haber sido discípulo del abate Faria, el digno patron de la *Jóven Amelia*, tal era el nombre de la tartana genovesa, sabia casi todas las lenguas que se hablan en ese gran lago que llaman el Mediterráneo, desde el árabe hasta el provenzal; lo cual hacia no necesitar de intérpretes, personas por lo regular muy indiscretas, y le facilitaba los medios de comunicacion ora fuese con los buques de alto bordo, ora con los pequeños barcos que encontraba en alta mar, ora, en fin, con esas gentes sin nombre, sin patria, sin estado conocido, que se encuentran frecuentemente en los muelles de los puertos de mar, y que viven de esos recursos ocultos y misteriosos que es preciso creer deben solo á la Providencia, puesto que no tienen ninguna clase de medios de existencia conocidos.

Ya se adivinará que Dantés estaba á bordo de un barco contrabandista. Asi, pues, el patron le recibió con cierta desconfianza; era muy conocido de todos los aduaneros de la costa, y como andaba siempre con ellos á cual podia mas con ardides para engañarse mutuamente, pensó primeramente que Dantés era un emisario que usa-

ba de aquel ingenioso medio para descubrir algunos de los secretos del oficio; pero la manera brillante con que salió Edmundo de la prueba cuando dirigió el barco, le convenció completamente; despues cuando vió flotar aquella ligera humareda por encima del castillo de If, oyó el ruido lejano de la esplosion, tuvo por un momento la idea de que acababa de recibir á bordo á una persona á quien, lo mismo que para las entradas de los reyes, se dispensaban los honores del cañonazo. Esto le inquietaba menos, porque entonces el recién venido no era aduanero; pero esta segunda suposicion desapareció tan pronto como la primera, á la vista de la perfecta tranquilidad del marino.

Edmundo tuvo la ventaja de saber quien era su patron, sin que su patron pudiese saber quien era él. Por cualquier lado que le atacasen el viejo marino ó sus camaradas, conservó su posicion sin descubrir ningun flanco, dando muchos detalles acerca de Nápoles y de Malta, que conocia como Marsella, y sosteniendo su primera narracion, lo que por otra parte hacia honor á su memoria. Asi pues, el genovés quedó burlado por Edmundo, al cual favorecian su dulzura, su esperiencia náutica, y sobre todo el disimulo de que usaba. Además tal vez era el genovés como esas personas de talento que nunca saben mas de lo que deben y no creen mas de lo que tienen interés en creer. En esta recíproca situacion fué como llegaron á Liorna.

Edmundo debia hacer allí la primera prueba, que consistia en averiguar si se reconoceria á sí mismo despues de no haberse visto en catorce años. Habia conservado una idea bastante exacta de cuando era jóven, y queria verse cuando ya era un hombre. A los ojos de sus camaradas se habia cumplido su voto; antes de estar preso ya habia él arribado á Liorna mas de veinte veces; conocia allí un barbero en la calle de San Fernando, entró en su casa para hacer que le cortasen el pelo y la barba. El barbero miró con asombro á aquel hombre de larga cabellera y de barba espesa y negra, que parecia una de esas hermosas cabezas del Ticiano. En aquella época no se usaban la barba ni el cabello tan desmesuradamente largos. El barbero se puso manos á la obra.

Terminada que se hubo esta, cuando Edmundo sintió perfectamente afeitada su barba, cuando sus cabellos estaban ya medianamente cortos, pidió un espejo y se miró. Entonces tenia treinta y tres años, como ya hemos dicho, y aquellos catorce años de cautiverio habian cambiado su fisonomia. Dantés habia entrado en el castillo de If con ese rostro risueño é infantil del jóven feiz que cuenta con el porvenir, como con una deducion natural de lo pasado, todo eso habia desaparecido. Su cara redonda se habia prolongado, su boca risueña habia adquirido esas lineas firmes y fijas que indican la resolucion; sus cejas se habian arqueado bajo una arruga única y pensativa, sus ojos espresaban una profunda tristeza, y del fondo de ellos salian algunas veces esos resplandores sombríos de la misantropia y del odio; su tez retirada tanto tiempo del sol, habia adquirido ese color mate que constituye, la belleza aristocrática del norte, cuando es un rostro guarnecido de cabellos negros. Esa ciencia profunda que habia

adquirido, reflejaba por todo su rostro una aureola de inteligencia y de seguridad. Además, aunque de estatura bastante elevada, tenía el vigor peculiar á los hombres gruesos y bajos que concentran sus fuerzas en sí mismos.

A la elegancia de formas nerviosas y enjutas, habia sucedido la solidez de las formas redondas musculares. En cuanto á su voz, las súplicas, los gemidos y las imprecaciones la habian cambiado, unas veces en un timbre de una dulzura estraña, otras en un acento rudo y casi ronco. Además, sus ojos sumergidos constantemente en la oscuridad y en una media claridad, habian adquirido esa singular facultad de distinguir los objetos por la noche como la hiena y el lobo. Edmundo se puso á reir al verse; era imposible que su mejor amigo, si alguno le quedaba, le reconociese, porque apenas se reconocia á sí mismo.

El patron de la *Jóven Amelia*, á quien interesaba mucho tener entre su gente un hombre del valor de Edmundo, le propuso algunos adelantos á cuenta de sus futuras ganancias, y habia aceptado. Su primer cuidado al salir de casa del barbero que acababa de operarle aquella primera metamórfosis, fué entrar en un almacén á comprar un traje completo de marinero. Este traje, como ya se sabe, es muy sencillo: se compone de un pantalon blanco, de una camisa rayada y de un gorro frigio. Con este traje, y llevando á Jacobo la camisa y el pantalon que le habia prestado, se presentó Edmundo al patron de la *Jóven Amelia*, al cual se vió obligado á repetir su historia.

El patron no quiso reconocer en aquel marinero suelto y elegante al hombre de barba espesa, de cabellos largos y llenos de algas y cuyo cuerpo estaba inundado de agua cuando le recogió desnudo y moribundo en la cubierta de su buque. Al ver su buen porte, renovó á Dantés sus proposiciones de enganche; pero como tenia ya formados sus proyectos no los quiso aceptar mas que por tres meses.

Por otra parte la tripulacion de la *Jóven Amelia* era muy activa, y sometida á las órdenes de un patron que tenia la costumbre de no perder tiempo. Apenas hacia ocho dias que estaba en Liorna y ya los anchos costados del buque estaban llenos de muselinas pintadas, de percales prohibidos, de pólvora inglesa, y de tabaco. Se trataba de hacer salir todo esto de Liorna que era puerto franco, y desembarcarlo en la ribera de Córcega, desde donde ciertos especuladores se encargaban de hacer pasar el cargamento á Francia. Partieron y Edmundo hendió de nuevo aquel mar azulado, primer horizonte de su juventud, que tan amenudo habia visto en los sueños de su prision. Dejó á su derecha á Gorgona, á su izquierda á la Pianosa, y se adelantó hácia la patria de Paoli y de Napoleon.

Al dia siguiente al subir sobre cubierta, como lo hacia todos los dias muy de mañana, el patron encontró á Dantés apoyado sobre el borde del barco y mirando con una espresion estraña una gran masa de rocas de granito que el sol naciente inundaba con un resplandor sonrosado; era la isla de Monte-Cristo. La *Jóven Amelia* la dejó á estribor á distancia de tres cuartos de legua y continuó su rumbo hácia la Córcega.

Dantés pensaba, al mirar aquella isla cuyo nombre no podia desear de su imaginacion, que no tenia mas que arrojarle al mar y en media hora se encontraba en aquella tierra prometida. Pero una vez allí, ¿que haria sin instrumentos para descubrir su tesoro, sin armas para defenderle? Por otra parte, ¿qué dirian los marineros? ¿qué pensaria el patron? Era necesario pues esperar. Felizmente Dantés sabia esperar; habia esperado su libertad catorce años; ahora que estaba libre bien podia esperar la riqueza seis meses ó un año. ¿No habien él aceptado su libertad sin la riqueza. No era esta riqueza puramente quimérica? nacida en el cerebro del pobre abate Faria, ¿no habia muerto con él? Verdad es que aquella carta del cardenal Spada tenia concision rara y daba unas señas precisas, y Dantés repetia desde el principio hasta el fin en su memoria la carta, de que no habia olvidado una sola palabra.

Por fin llegó la noche. Edmundo vió bañarse la isla con las tintas que el crepúsculo de la tarde esparce sobre todos los objetos, y perderse para todo el mundo en la oscuridad; pero con esa mirada perspicaz que habia adquirido en la prision, continuó viéndola, sin duda porque fué el último que se quedó sobre cubierta.

Al dia siguiente se hallaron en la altura de Aleria, Todo el dia estuvieron virando; por la noche se vieron algunas hogueras en la costa. Por la disposicion de estas conocieron pronto que podrian desembarcar, porque subieron un farol en lugar de un pabellon en la gavia de la pequeña embarcacion, y se acercaron á un tiro de fusil á la orilla.

Dantés habia notado que el patron de la *Jóven Amelia* al acercarse á tierra, montó dos pequeñas culebrinas, semejantes á dos mosquetes, que sin hacer gran ruido podian enviar una bala de cuatro á distancia de mil pasos. Pero aquella noche fué inútil la precaucion, todo salió á pedir de boca. Cuatro lanchas se acercaron al oír el barco que echó al mar su lancha para hacerle los honores sin duda; ahora pues, estas cinco lanchas se manejaron tan bien que á las dos de la mañana todo el cargamento de la *Jóven Amelia* fué transportado á tierra. Tan hombre de orden era el patron que aquella misma noche hizo la reparticion de las ganancias: á cada uno le tocaron cien libras toscanas, es decir, casi veinte francos.

Pero aun no se habia concluido la espedicion, enderezaron la proa hácia la Cerdeña. Se trataba de volver á cargar el barco que acababan de descargar.

La segunda operacion fué ejecutada tan felizmente como la primera; el nuevo cargamento era para el ducado de Luca. Se componia de cigarros de la Habana y de vinos de Jerez y de Málaga. Pero allí tuvieron que sostener una refriega con los aduaneros, eternos enemigos del patron de la *Jóven Amelia*. Uno de aquellos quedó muerto, y dos marineros heridos. Dantés era uno de estos marineros: una bala le habia atravesado el hombro izquierdo.

Casi se alegraba de aquella escaramuza y de haber recibido la herida, porque le habian enseñado cómo miraba los peligros, y con que valor sufría los padecimientos. Miró tranquilo el riesgo, y al recibir

el golpe dijo como el filósofo griego: «Dolor, tú no eres un mal.» Además había examinado al aduanero herido de muerte, y ya fuese por el calor de la acción, ya por el resfriamiento de los sentimientos humanos, aquella vista no le había producido más que una ligera impresión. Dantés se hallaba en la senda que él quería recorrer, y marchaba impávido hacia el objeto que se había propuesto conseguir: su corazón estaba á punto de petrificarse en su pecho; por otra parte Jacobo que al verle caer le creyó muerto, se había precipitado sobre él levantándole y cuidándole como un excelente camarada.

Este mundo no era tan bueno como lo veía el doctor Pangloss, pero tampoco era tan malo como lo creía Dantés; ¿por qué este hombre, que no tenía nada que esperar de sus compañeros, experimentaba una aflicción tan profunda al creerle muerto? Felizmente, ya lo hemos dicho; Dantés no estaba sino herido; gracias á ciertas yerbas cogidas en ciertas épocas, y vendidas á los contrabandistas por unas viejas sardas, la herida se cerró bien pronto. Edmundo quiso probar entonces á Jacobo; le ofreció en cambio de sus cuidados la parte que le había tocado en la repartición; pero Jacobo rehusó con indignación.

Resulta de esta especie de afecto simpático que Jacobo sintió por Edmundo desde el primer momento que le vió, que Edmundo le tomó también cierto cariño. Pero Jacobo no quería más: había adivinado instintivamente en Edmundo esa suprema superioridad á su posición; superioridad que Edmundo había ocultado á los demás. Y con este poco de afecto de Dantés, estaba el buen marinero contento. Con una carta marina en la mano instruía á Jacobo, como á él le había instruido el abate Faria, en los largos días que pasaban á bordo cuando el barco se deslizaba seguro por las azules ondas sin más auxilio que el de el timonero y el de el favorable viento que hinchaba sus velas. Le enseñaba los diferentes sitios donde se hallan las costas, le explicaba las variaciones de la brújula, le enseñaba á leer en ese gran libro, siempre abierto sobre nuestras cabezas, que se llama el cielo, y donde Dios ha escrito sobre el azul con letras de diamante.

Y cuando Jacobo le preguntaba: «¿A qué enseñar todas esas cosas á un infeliz marinero como yo?» Edmundo le respondía: «¿quién sabe? Tal vez llegarás á ser algún día capitán de buque; tu compatriota Napoleón llegó á ser emperador.»

Hemos olvidado decir que Jacobo era corso.

Dos meses y medio pasaron en estas diferentes alternativas. Edmundo se había convertido en tan hábil costero como era antes intrépido marino; había hecho conocimiento con todos los contrabandistas de la costa; aprendido todos esos signos masónicos, con el auxilio de los cuales se reconocen entre sí esos semi-piratas. Había pasado más de veinte veces por delante de la isla de Monte-Cristo, pero no encontraba ocasión de desembarcar en ella. Así, pues, había tomado una resolución, y era en el momento en que concluyese su enganche con el patron de la *Jóven Amelia*, alquilar una barca por su propia cuenta (Dantés podía muy bien hacerlo, porque en sus diferentes correrías había recogido unas cien piastras), y bajo un pre-

testo cualesquiera dirigirse á la isla de Monte-Cristo. Allí haría libremente sus pesquisas. No en completa libertad, porque sin duda alguna sería espiado por los que le condujesen. Pero preciso era arriesgar alguna cosa.

La prision habia hecho á Edmundo mas prudente, y no queria arriesgarse, pero conocia que no habia otro medio de ir á la isla tan deseada mas que el de hacerse conducir á ella. Dantés flotaba en esta duda cuando el patron, que tenia en él la mayor confianza, y muchos deseos de que permaneciera con él, le cogió un día por el brazo y le condujo á una taberna de la Via del Oglio, en la cual acostumbraba reunirse lo mas escogido de los contrabandistas de Liorna. Allí era tambien donde se trataban toda clase de negocios. Ya habia entrado Dantés tres ó cuatro veces en aquella Bolsa marítima, y al ver reunidos los intrépidos aventureros procedentes de un litoral de mas de dos mil leguas de estension, se habia preguntado á sí mismo cual no sería el poder de un hombre que llegase á imprimir el impulso de su voluntad en todos aquellos hilos desunidos y divergentes. Esta vez se trataba de un gran negocio; de un barco cargado de tapices turcos, de telas de elefante y de cachemiras, y era preciso hallar un sitio propósito donde desembarcar todos estos objetos á fin de conducirlos despues á las costas de Francia; las ganancias eran enormes si se salia adelante con la expedicion, pues tocarían á cada hombre cuando menos cincuenta ó sesenta piastras.

El patron de la *Jóven Amelia* propuso como lugar de desembarco la isla de Monte-Cristo, en la cual por hallarse completamente desierta, no habia que temer ni á los soldados ni á los aduaneros. Al oír el nombre de Monte-Cristo se estremeció Dantés de alegría. Se levantó para ocultar su emocion, y dió una vuelta por aquella taberna llena de humo donde se hablaban á la vez todos los idiomas del mundo. Cuando volvió á reunirse á sus compañeros estaba ya elegida para lugar de desembarco la isla de Monte-Cristo, debiendo verificarse la expedicion la noche siguiente. Consultado Edmundo opinó que la isla ofrecia todas las seguridades posibles, y que para llevar á cabo grandes empresas, era preciso obrar con prontitud; nada pues fué cambiado en el programa. Se convino en aparejar al día siguiente por la noche, y si como se esperaba, la mar estaba tranquila y el viento era favorable, se hallarian sin falta en la noche del día próximo en las aguas de la isla designada.

CAPITULO XXIII.

La isla de Monte-Cristo.

Al fin Dantés, por una de esas felicidades inesperadas que acontecen á veces á aquellos sobre quienes se ha ensañado largo tiempo el rigor de la suerte, iba á conseguir su objeto por un medio sencillo y natural, y á visitar la isla sin inspirar á nadie la menor sospecha.

Una noche solamente le separaba de aquella partida tan esperada. Esta noche fué de las mas febriles para él. Durante ella todas las probabilidades buenas y malas se presentaron á su imaginacion: si cerraba los ojos veía la carta del cardenal Spada escrita con caracteres de fuego; si se dormía por un instante los sueños mas insensatos venian á turbar su espíritu; se figuraba bajar á grutas con pavimento de esmeraldas, paredes de rubíes, estaláctitas de diamantes; las perlas caian como gotas de agua filtradas.

Encantado, loco, llenaba sus bolsillos de pedrería; despues salía á la luz y estas piedras preciosas se habian convertido en guijarros; entonces procuraba entrar en aquellas grutas maravillosas que solamente habia entrevisto; pero el camino formaba infinitas espirales; la entrada se habia vuelto invisible; buscaba inútilmente en su fatigada memoria la palabra mágica y misteriosa que habia abierto para el pescador árabe las cabernas espléndidas de Ali-Baba. Mas todo era inútil: el tesoro desaparecido habia vuelto á ser propiedad de los genios de la tierra, á los cuales tuvo por un momento la esperanza de arrebatárselo.

Por fin llegó el dia casi tan cruel para Dantés como la noche; pero fijó un plan que hasta entonces vagaba en su cerebro. Vino la noche y con ella los preparativos de viage. Estos preparativos eran un medio para ocultar su agitacion. Poco á poco habia adquirido la autoridad de mandar sobre sus compañeros lo mismo que si fuera dueño del barco; y como sus órdenes eran claras, precisas y fáciles de ejecutar, le obedecian no solamente con prontitud sino con placer. El viejo marino le dejaba hacer cuanto quería; tambien él habia reconocido la superioridad de Dantés sobre sus compañeros y sobre él mismo; veía en el jóven su sucesor natural y sentía no tener una hija para casarla con Edmundo.

A las siete de la noche todo estuvo preparado; á las siete y diez minutos doblaban el faro justamente en el momento en que lo encendian. El mar estaba tranquilo y un viento fresco soplabá del sudeste. Navegaban bajo un cielo azul sembrado de estrellas. Dantés declaró que todo el mundo podia acostarse y que él se encargaba de dirigir el timon. Cuando daba semejante orden todos se iban á acostar tranquilos. Esto sucedia con bastante frecuencia; porque Dantés lanzado de la soledad al mundo tenia algunas veces necesidad de estar solo. Y ¿qué soledad puede haber mas poética que la de un bu-

que que flota aislado en el mar durante la oscuridad de la noche, en el silencio de la inmensidad; y bajo la mirada de Dios?

Cuando el patron se despertó, el buque caminaba velozmente: no había un trapo que no estuviese hinchado por el viento. Avanzaban mas de dos leguas y media por hora. La isla de Monte-Cristo se extendia en el horizonte. Edmundo entregó el barco á su dueño, y fué á tenderse en su hamaca, pero, á pesar de su noche de insomnio no pudo cerrar los ojos un solo instante.

Dos horas despues volvió á subir sobre cubierta. La embarcacion se preparaba á doblar la isla de Elba. Se hallaban á la altura de Marciana y encima de la estensa isla de la Pianosa. Las rocas de la de Monte-Cristo se dibujaban sobre un fondo azul. Dantés mandó al timonero que pusiese la barra á babor, á fin de dejar la Pianosa á la derecha; habia calculado que esta maniobra debia hacerles adelantar mucho terreno. A las cinco de la tarde ya se descubria toda la isla y se apercibian sus menores detalles, gracias á esa claridad atmosférica producida por la luz que derraman los rayos del sol al ocultarse en su ocaso.

Edmundo devoraba con los ojos aquella masa de rocas que eran bañadas alternativamente por todos los variados colores del crepúsculo, desde el rosa vivo hasta el azul oscuro; de cuando en cuando se animaba su rostro y brillaban sus ojos como si los iluminase una luz purpúrea. Jamás ningun jugador, cuya fortuna depende de la vuelta de un dado, sufrió las angustias que experimentaba él en tal momento. La noche llegó al fin. A las diez abordaron. La *Jóven Amelia* fué la primera que acudió á la cita; Dantés no pudo contenerse á pesar del imperio que tenia sobre sí mismo; saltó el primero á la orilla, y si se hubiera atrevido, cual otro Bruto hubiese besado la tierra.

Ya era completamente de noche; pero á las once la luna salió de enmedio del mar, plateando la superficie de las olas.

La isla era muy conocida de la tripulacion de la *Jóven Amelia*; en cuanto á Dantés, la reconoció al momento por haberla costeadado en sus viages á Levante, pero nunca habia anclado en ella.

—¿Dónde vamos á pasar la noche? preguntó á Jacobo.

—A bordo de la tartana, respondió el marino.

—¿No estariamos mejor en las grutas?

—¿En qué grutas?

—En las de la isla.

—No sé yo que tenga gruta alguna, dijo Jacobo.

Un sudor frio bañó la frente de Dantés.

—¿No hay grutas en Monte-Cristo? preguntó.

—No.

Permaneció algunos momentos aturdido; despues pensó que podian haber sido cegadas hacia poco tiempo por cualquier accidente, ó tapiadas para mayor precaucion, por el cardenal Spada. En todo caso lo principal era encontrar aquella abertura perdida. Era inútil buscarla durante la noche; aplazó la investigacion para el dia siguiente; por otra parte, una señal colocada á media legua de allí, y á la

cual respondió la *Jóven Amelia* al momento con otra parecida, indicó que había llegado el momento de poner manos á la obra. El barco retrasado, tranquilo ya con la señal que debía indicar al que llegára últimamente que podían desembarcar con toda seguridad, apareció pronto blanco y silencioso como un fantasma, y fué á echar el áncora á unas ciento veinte brazas de la ribera. El transporte comenzó al punto.

Mientras trabajaba Dantés, estaba pensando en el *hurra* de alegría que podía provocar entre todos aquellos hombres con decir en voz alta el incesante pensamiento que retumbaba en su oído y en su corazón; pero al contrario, mas bien temía haber dicho mucho y despertado sospechas con sus idas y venidas, sus repetidas preguntas, sus observaciones minuciosas y su continua distracción. Por fortuna á lo menos para esta circunstancia, un pasado bien doloroso reflejaba en su rostro una tristeza indeleble, y los resplandores de alegría entrevistos bajo aquella nube, no eran en realidad mas que relámpagos.

Nadie sospechaba nada; y cuando al día siguiente al tomar una escopeta, municiones y pólvora, manifestó deseo de ir á tirar á algunas de aquellas numerosas cabras salvages que se veían saltar de roca en roca, atribuyeron esta escursión á su afición á la caza ó al deseo de la soledad. Solamente Jacobo insistió en seguirle. Dantés no quiso oponerse, temiendo despertar algunas sospechas. Pero apenas hubo caminado un cuarto de legua, cuando teniendo ocasión de tirar y de matar una cabra, envió á Jacobo á que se la llevase á sus compañeros, invitándoles á que la guisasen y le avisáran por medio de un tiro el momento de ir á comerla. Algunas frutas frescas y un frasco de vino de Monte-pulciano debían completar la comida.

Dantés continuó su camino, volviéndose de cuando en cuando. Llegado que hubo á la cima de una roca vió á mil pies debajo de él á sus compañeros, á los cuales acababa de reunirse Jacobo, que se ocupaban activamente de los preparativos del almuerzo, aumentado, gracias á la habilidad de Edmundo, con una pieza mayor.

Mirólos un instante con esa sonrisa dulce y triste del hombre superior. Dentro de dos horas, dijo, volverá esa gente enriquecida con cincuenta piastras á arriesgar su vida por ganar otras cincuenta; luego ya se considerarán ricos con seiscientas libras, é irán á dilapidar este tesoro á una ciudad cualquiera, con la arrogancia de un sultán y la confianza de los nababs. Hoy la esperanza me hace despreciar su riqueza que me parece la profunda miseria; mañana el desengaño hará quizás que me vea obligado á mirar esa profunda miseria como la suprema felicidad.... Oh! no, exclamó eso no será así; el sabio, el infalible Faria no se habrá engañado. Por otra parte, mas valdría morir que vivir miserable.

Así Edmundo que hace tres meses solo aspiraba á la libertad ya no se satisfacía con ella; iba en pos de la opulencia y de los goces: no tenía él la culpa sino la naturaleza que al dar al hombre facultades limitadas, le dejó deseos infinitos.

Entretanto se había acercado al lugar donde debían estar las gru-

tas, por un camino oculto entre dos rocas, siguiendo un sendero formado por el torrente, y que segun toda probabilidad, ninguna planta humana había hollado aun. Siguiendo la orilla del mar, y examinando los menores objetos con mucha atencion, creyó notar sobre algunas de las rocas señales trazadas por la mano del hombre. El tiempo que tiende sobre todos los objetos físicos su manto de musgo, como sobre todas las cosas morales su manto de olvido, parecía haber respetado aquellos signos trazados con cierta regularidad, y probablemente con el objeto de indicar algun camino, y que desaparecian bajo los grupos de mirtos que se estendian en gruesos ramilletes cargados de flores, ó bajo la yedra parásita. Era preciso, pues, que Edmundo apartase las ramas para encontrar los signos indicadores que le conducian en aquel otro laberinto. Estos habian dado á Dantés alguna esperanza: ¿por qué no habia de haber sido el cardenal quien los hubiese trazado para que pudiesen servir de guia á su sobrino, en caso de alguna catástrofe, que no habia podido preveer? Este lugar solitario convenia muy bien á un hombre que quiere sepultar un tesoro. ¿Pero cómo era que aquellos signos infieles no habian atraído la atencion de otro cualquiera que no fuese Dantés, y como la isla de las maravillas habia guardado tan fielmente su magnífico secreto?

A unos sesenta pasos cerca del puerto, le pareció á Edmundo, siempre oculto á sus compañeros por lo montuoso del terreno, que las rocas se concluian, pero no desembocaban en ninguna gruta. Una enorme piedra de figura redonda, apoyada sobre una base sólida, era la única que terminaba aquella cordillera. Pensó que en lugar de haber llegado al fin, tal vez no estaba sino al principio; volvióse atrás y empezó á deshacer lo andado. Durante este tiempo sus compañeros disponian el almuerzo, sacaban agua de un manantial que por allí habia, transportaban el pan y las frutas á tierra y hacian cocer la cabra. Justamente en el momento de sacarla del asador improvisado, vieron á Edmundo que ligero y osado como un gamo, saltaba de roca en roca: al verle dispararon un tiro, que era la señal de aviso. El cazador cambió al punto de direccion y volvió hácia ellos. Pero cuando todos le seguian con los ojos en la especie de vuelo que ejecutaba, calificando su destreza de temeridad, le faltó un pié; se balanceó en la cima de una roca, dió un grito y desapareció.

Todos arrojaron otro grito á la vez, porque todos amaban á Edmundo á pesar de su superioridad; sin embargo, Jacobo fué quien llegó el primero. Le encontró tendido, ensangrentado y casi sin conocimiento; debia de haber caído lo menos de una altura de quince pies. Le introdujeron algunas gotas de rom, y este remedio, que tanta eficacia tuvo ya otra vez para él, produjo el mismo efecto que la primera.

Abrió los ojos, se quejó de un dolor agudo en la rodilla, una gran pesadez en la cabeza y fuertes dolores en los riñones. Pudieron transportarle á la orilla; pero apenas le tocaron, aunque era Jacobo quien dirigia la operacion, declaró quejándose que no se sentia con fuerzas para resistir el transporte. Ya se comprenderá que Dantés no po-

dria ir á almorzar; pero exigió que sus camaradas, que no tenian las mismas razones que él para guardar dieta, volviesen á su puesto. En cuanto á él, dijo que no tenia necesidad mas que de un poco de reposo, y que cuando volviesen le encontrarían aliviado. Los marineros no se hicieron mucho de rogar, tenian hambre, percibian el olorcillo que exhalaba la cabra y esto abria aun mas su apetito.

Una hora despues, volvieron. Todo lo que Edmundo habia podido hacer era arrastrarse como unos doce pasos y apoyarse en una roca cubierta de yerba, pero lejos de aliviarse sus dolores parecian haber crecido con violencia. El viejo patron que se veia obligado á partir por la mañana para ir á depositar su cargamento en las fronteras del Piamonte y de la Francia, entre Niza y Frejus, insistió en que Dantés procurase levantarse, hizo esfuerzos sobrehumanos para intentarlo; pero á cada nuevo esfuerzo volvía á caer dando mil quejidos y palideciendo.

—¡Se ha roto el espinazo! dijo en voz baja el patron, pero es un buen compañero, y no le debemos abandonar; procuremos transportarle á la tartana.

Mas Dantés declaró que mejor quería morir donde estaba, que tener que sufrir los dolores atroces que le causaria el movimiento por débil que fuese.

—¡Y bien! dijo el patron, suceda lo que quiera, no han de decir que hemos dejado sin recurso á un valiente compañero como vos. Ya no partiremos hasta la noche.

Esta proposicion asombró mucho á los marineros, aunque ninguno de ellos la sentia, todo lo contrario. El patron era hombre tan rígido que aquella era la primera vez que le veian renunciar á su empresa, ó á lo menos retardar su ejecucion. Así pues, Dantés no quiso permitir que faltasen por él á las reglas de la disciplina establecida á bordo.

—No, dijo al patron, he sido un torpe, y justo es que sufra la pena de mi torpeza. Dejadme una pequeña provision de asado, una escopeta, pólvora y municiones para matar cabras ó para defenderme, y una picota para construir una especie de casa, si tardáseis mucho en volver.

—Pero vas á morirte de hambre, dijo el patron.

—Mejor lo quiero, respondió Edmundo, que no sufrir los dolores que padezco al hacer el menor movimiento.

El patron dirigió la vista hácia el barco, que se balanceaba en el puerto.

—¿Qué quieres que hagamos, maltés? dijo. No podemos abandonar-te y tampoco podemos quedarnos.

—¡Partid! partid! exclamó Dantés.

—Estaremos ocho dias lo menos ausentes, dijo el patron, y siempre necesitaremos variar de rumbo para venir á buscarte.

—Escuchad, dijo Dantés; si dentro de dos ó tres dias encontrais algun barco pescador ó de otra especie que se dirija á estos sitios, enviádmelo; le daré veinte y cinco piastras porque me conduzca á Liorna. Y si no le encontrais entonces volved.

El patron movió la cabeza.

—Escuchad, patron Baldi, un medio hay de conciliarlo todo, dijo Jacobo, partid; yo me quedaré con el herido para cuidarle.

—¿Y renunciarás á tu parte de ganancias, dijo Edmundo, por quedarte conmigo?

—Si, dijo Jacobo, sin el menor disgusto.

—Vamos eres un buen muchacho, Jacobo, dijo Edmundo, y Dios te recompensará tu buena voluntad; pero no necesito á nadie, gracias; un día ó dos de reposo me repondrán, y espero encontrar entre estas rocas ciertas yerbas escelentes para las contusiones.

Una sonrisa estraña asomó á los labios de Dantés; estrechó la mano de Jacobo con efusion, pero permaneció firme en su resolucion de quedarse, y de quedarse solo. Los contrabandistas dejaron por fin á Edmundo y se alejaron, no sin volverse varias veces, dándole á cada vez que se volvian las despedidas mas cordiales, á las que respondia él únicamente con la mano, como si no pudiese mover lo demas de su cuerpo.

Así que hubieron desaparecido: Es estraño, murmuró Dantés riendo, que sea entre esta gente donde se encuentren mayores pruebas de amistad y un afecto mas puro.

Entonces se arrastró con precaucion hasta la cima de una roca que le impedia ver el mar, y desde allí vió acabar de aparejar la tartana, levar el áncora, balancearse graciosamente y partir con rapidez. Al cabo de una hora ya habia desaparecido completamente; á lo menos desde el lugar donde se hallaba el herido era imposible verla.

Entonces Dantés se levantó mas ligero que un ciervo sobre aquellas rocas salvages, tomó con una mano la escopeta y la picota con la otra, y corrió hácia aquella roca, á que conducian las señales que habian llamado su atencion.

—Y ahora, exclamó, acordándose de aquella historia del pescador árabe que le habia contado Faria; ¡ahora, Sésamo, ábrete!

CAPITULO XXIV.

Asembro.

El sol habia ya andado la tercera parte de su carrera, y sus ardientes rayos caian sobre aquellas rocas que parecian sentir su calor. Millares de cigarras ocultas entre la maleza hacian oír su murmullo continuo y monótono. Las hojas de los mirtos y de los olivos se agitaban por el viento, produciendo un sonido casi metálico. A cada paso que daba por el granito, hacia huir los lagartos que parecian esmeraldas. A lo lejos se veian saltar las cabras salvages que á veces atraen á aquel sitio algunos cazadores; en una palabra, la isla estaba habitada, alegre, animada, y Edmundo se sentia sin embargo solo bajo la mano de Dios.

Esperimentaba cierta especie de emoci3n, que mas bien parecia temor. Era esa desconfianza que infunde la mucha luz y nos hace suponer aun en medio de un desierto, que siempre tenemos ojos investigadores abiertos y fijos sobre nosotros.

Fué tan poderoso este pensamiento, que en el acto de empezar su tarea, se detuvo, dejó caer la picota en el suelo, tomó su escopeta, subió de nuevo á la roca mas elevada de la isla, y desde allí, echó una mirada sobre todo lo que le rodeaba. Pero lo que mas llamó su atencion, no fué ni esa poética Córcega, cuyas casas casi podia distinguir, ni esa Cerdeña casi desconocida, ni la isla de Elba de gigantescos recuerdos, ni en fin, aquella linea imperceptible que se estendia en el horizonte, y que conoció eran la soberbia Génova y la mercantil Liorna, no; fué el bergantin que se habia dado á la vela al amanecer, y la tartana que acababa de partir. El primero se hallaba á punto de desaparecer en el estrecho de Bonifacio; la otra, siguiendo el rumbo opuesto, costeaba la Córcega, la cual se disponia á doblar.

Esta vista tranquilizó á Edmundo; entonces empezó á examinar los objetos que le rodeaban; vió que estaba sobre el punto mas elevado de la isla, asemejándose entonces á una pequeña estatua colocada sobre aquel inmenso pedestal; debajo de él no habia un hombre siquiera, á su alrededor ni una barca, solamente el mar azulado que habia la base de la isla, á la que tan continuo choque bordaba una franja de plata. Entonces bajó con paso rápido, pero sin embargo lleno de prudencia; temia mucho que en semejante momento le sucediese un accidente semejante al que habia fingido antes con tanta habilidad.

Como ya hemos dicho, se habia guiado por las señales de las rocas, y habia visto que conducian á una especie de ancon oculto como un baño de ninfa antigua, estenso y bastante profundo, para que un barco pequeño pudiese entrar en él y permanecer allí oculto. Entonces, siguiendo el hilo de las inducciones, aquel hilo que en manos del abate Faria vió que guiaba el espiritu de una manera tan ingeniosa por el Dédalo de las probabilidades, pensó que el cardenal Spada, á fin de no ser visto, habia abordado en aquel ancon, ocultado en el pequeño barco que lo condujo, seguido la línea indicada por los signos y sepultado su tesoro en el estremo de esa línea.

Esta suposicion fué la que condujo á Dantés junto á la roca circular. Pero una cosa le inquietaba, porque confundia todas sus ideas en dinamica? ¿cómo habian podido sin ayuda de fuerzas considerables levantar aquel peñasco, que tal vez pesaba cinco ó seis millares de arrobas sobre la base donde descansaba?

De repente le ocurrió una idea.

—En lugar de hacer subir la roca, dijo, la habrán hecho bajar.

Y él mismo se lanzó sobre la roca, á fin de buscar el lugar de su primera base.

En efecto, pronto vió que habian practicado una ligera pendiente, por donde sin duda se deslizó la roca y vino á pararse en el lugar donde se hallaba. Infinidad de piedras y guijarros habian sido cuidadosamente colocados al rededor para hacer desaparecer toda solu-

cion de continuidad; esta especie de montoncillo de piedras fué cubierto de tierra vegetal que estaba ya poblada de yerba y de musgo, tanto que el peñasco parecia salir del suelo.

Dantés levantó con precaucion la tierra, y reconoció ó creyó reconocer todo aquel ingenioso artificio. Y se puso á trabajar con su picota sobre aquella medianeria cimentada por el tiempo.

Despues de un trabajo de diez minutos, la pared cedió y logró Dantés abrir un agujero, por el que pudo introducir el brazo. Fué á cortar el olivo mas fuerte que pudo encontrar, le desgajó de sus ramas, lo introdujo en el agujero é hizo de él una palanca; pero el peñasco sobre ser muy pesado, estaba muy sólidamente engastado en la roca inferior para que pudiera moverle fuerza humana, aunque fuese la de Hércules.

Reflexionó entonces que debia atacar al mismo engaste, pero ¿de qué manera? Dirigió una mirada á su alrededor como hacen los hombres cuando encuentran alguna dificultad que no pueden vencer en el momento, y sus ojos se fijaron en un frasco de pólvora que le habia dejado Jacobo. Se sonrió; la invencion infernal iba á producir su efecto. Con auxilio, pues, de la picota hizo un conducto de mina entre las dos rocas, lo llenó de pólvora comprimiéndola todo lo mejor que pudo, y deshilachando su pañuelo y restregándole en la pólvora hizo una especie de mecha. Dióle fuego y se apartó.

No se hizo esperar la esplosion; la roca superior fué levantada en un instante por la incalculable fuerza de la pólvora comprimida, la roca inferior voló hecha pedazos. Salieron una multitud de insectos asquerosos, y una enorme culebra, guarda de aquel camino misterioso, se deslizó sobre sus azuladas roscas, y desapareció.

Dantés se acercó entonces. La roca superior ya sin apoyo se inclinaba hácia el abismo. El intrépido jóven dió una vuelta, eligió el punto mas vacilante, apoyó su palanca en una de sus aristas, y semejante á Sisifo empujó con toda su fuerza á la roca. Poco asegurada ya á causa de la conmocion, vaciló. Redobló entonces sus esfuerzos; cualquiera hubiese creído ver en él á uno de aquellos titanes que arrancaban las montañas para hacer la guerra á los dioses. La roca cedió al fin, rodó, se precipitó y desapareció, sumergiéndose en el mar. Dantés miró al sitio donde estaba, y vió que dejaba descubierto un espacio circular, en medio del cual sobresalia un anillo de hierro asegurado en medio de una piedra cuadrada.

Arrojó un grito de alegría y de asombro. Nunca primera tentativa alguna tuvo un resultado tan feliz. Quiso continuar, pero sus piernas temblaban de tal modo, su corazon latia con tanta violencia, una nube tan ardiente abrasaba sus ojos, que se vió obligado á detenerse.

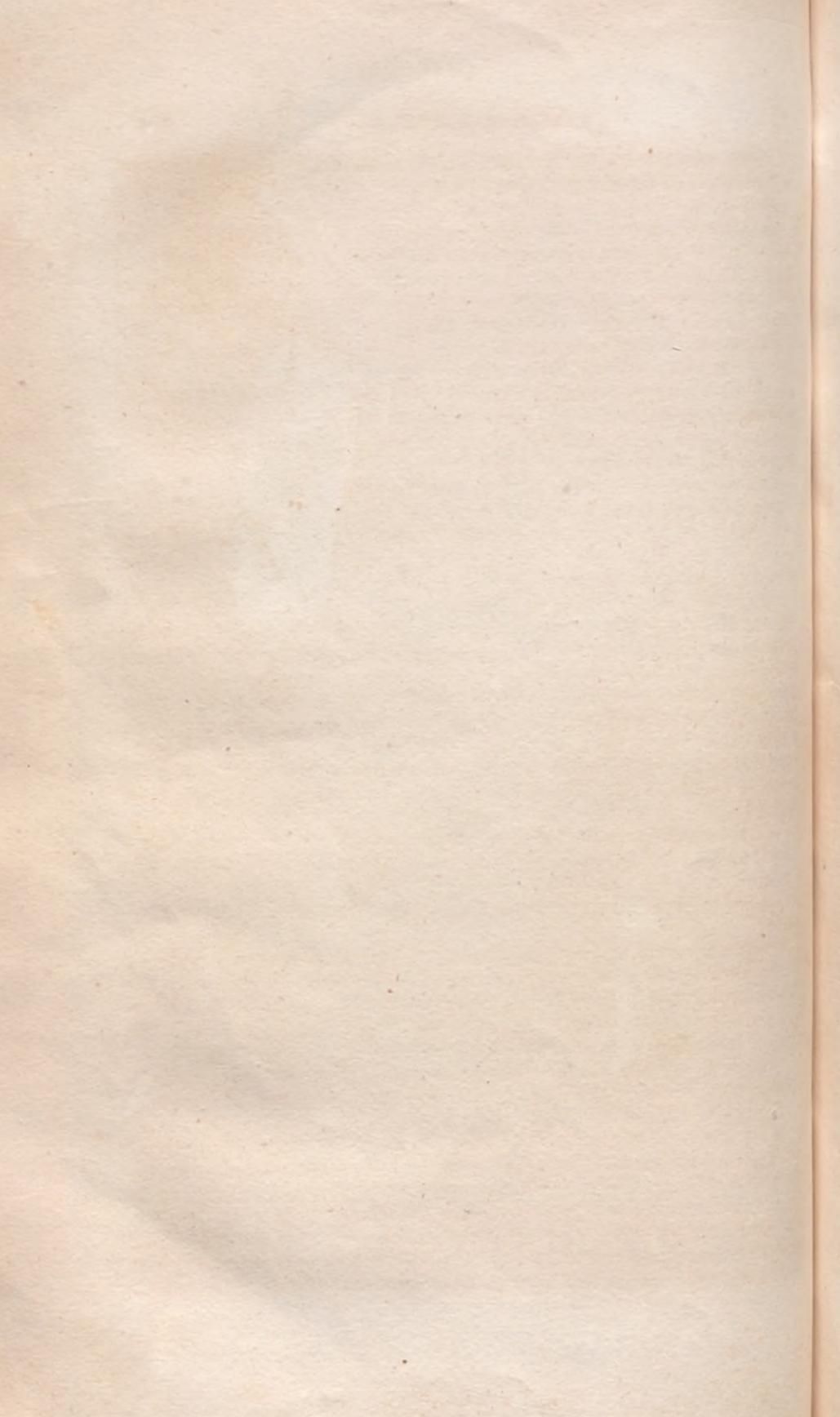
Este momento de descanso duró tanto como un relámpago. Pasó su palanca por el anillo de hierro, lo levantó vigorosamente, y la piedra se alzó descubriendo la pendiente rápida de una especie de escalera cuyos peldaños iban perdiéndose en la sombría oscuridad de una gruta cada vez mas tenebrosa.



Lit. de los Artistas.

Arrojó un grito de alegría y de asombro. ~

(El Coude de Monte-Christo)



Otro cualquiera se hubiera precipitado, hubiese arrojado mil exclamaciones de alegría; pero Dantés se quedó inmóvil, pálido y dudoso.

—Veamos, dijo para sí. Seamos hombre. Acostumbrado á la adversidad, no nos dejemos abatir por un desengaño: entonces ¿á qué habia de haber sufrido tanto? Rómpele el corazon cuando despues de haberle ensanchado escesivamente la esperanza con su tibio aliento vuelve á replegarse en la fria realidad! Faria ha soñado sin duda alguna; el cardenal Spada no ha sepultado nada en esa gruta; quizás no haya venido nunca á estos sitios, ó si ha venido, César Borgia, el intrépido aventurero, el infatigable y sombrío ladron, habrá venido detrás de él, habrá descubierto su camino, trabajado lo mismo que yo, como yo habrá levantado esta piedra, y bajado antes que yo, no me habrá dejado nada.

Permaneció un momento inmóvil, pensativo, con los ojos fijos en aquella abertura sombría y continua.

Ahora que ya no cuento con esperanza alguna, porque se me figura una sandez el tenerla, para mí el seguir esta aventura es cuestion de curiosidad y nada mas.

Y quedó otra vez inmóvil y meditabundo.

—Si, si, esta es una aventura que habrá tenido lugar en la vida, mezclada de sombras y de luz de ese bandido real. En ese tegido de acontecimientos extraños que componen la trama de su existencia, este fabuloso suceso ha debido encadenarse insensiblemente á los demas. Si, Borgia ha venido aquí una noche, con una antorcha en una mano y una espada en la otra, y á los veinte pasos de él al pie de aquella roca tal vez, le esperaban sombríos y amenazadores, dos esbirros, mientras entraba su dueño como yo voy á hacerlo en esta gruta misteriosa.

—Si; pero si vinieron esbirros, precisamente César les debia descubrir su secreto; ¿Qué haria luego de ellos? se preguntó así mismo Dantés.

—Lo que hicieron de los enterradores de Alarico, que los sepultaron con él.

—Sin embargo, si hubiese venido, continuó Dantés, si hubiese visto y arrebatado el tesoro, Borgia el hombre que comparaba la Italia á una alcachofa, y que se la iba comiendo hoja por hoja, Borgia sabia muy bien el empleo del tiempo para haber perdido el suyo, en colocar aquella piedra sobre su base. Bajemos.

Entonces bajó con la sonrisa de la duda en los labios, y murmurando estas últimas palabras de la sabiduria humana:

¿Quién sabe?

Pero en lugar de las tinieblas que él esperaba encontrar, en lugar de una atmósfera opaca y húmeda, vió una agradable claridad azulada; el aire y la luz filtraban no solamente por la abertura que acababa de hacer sino por mil rendijas invisibles por la parte exterior, al través de las cuales se divisaba un cielo azulado. Despues de algunos segundos de estar en aquella gruta, cuya atmósfera mas bien templada que húmeda, mas bien odorifera que inodora, parti

cipaba de la temperatura de la isla; la mirada de Dantés acostumbrada por otra parte, como ya hemos dicho, á las tinieblas, pudo sondear los rincones mas ocultos de la caverna, que era de granito con partículas abrillantadas que resplandecian como diamantes.

¡Ay! dijo para sí sonriendo, estos serán sin duda los tesoros que habrá dejado el cardenal, y al ver en sueños el pobre abate estas paredes tan resplandecientes, se habrá ilusionado con tan ricas esperanzas.

Pero se acordó de los términos del testamento que sabia de memoria.

«En el ángulo mas lejano de la segunda gruta,» decia.

No habia penetrado mas que en la primera, era pues necesario buscar la entrada de la segunda.

Aquella segunda gruta debia estar naturalmente internada en la isla. Examinó todas las junturas de las piedras y dió unos cuantos golpes en varios sitios donde calculaba debia caer la segunda abertura, tapiada sin duda para mayor precaucion. La picota resonó un instante, y este sonido hizo circular por su frente un sudor fino. Al fin le pareció que le respondia un eco mas sordo y mas profundo. Acercóse mas y mas á la piedra y reconoció con ese tacto que adquieren los presos, lo que ningun otro hubiera tal vez reconocido, que habia alli una abertura. Sin embargo, por no trabajar inútilmente, Dantés que sabia como César Borgia el valor del tiempo, sondeó lo demas, examinó la tierra por los sitios que le eran mas sospechosos, y no habiendo encontrado nada, volvió á la parte que resonara antes y empezó á dar nuevos golpes con mas fuerza.

Entonces vió una cosa singular; que á los golpes del instrumento, cayó una capa semejante á la que se aplica á las paredes para pintarlas al fresco, descubriendo una piedra blanca y blanquizca. Habiendo cerrado la abertura de la roca con piedras de otra clase, las cubrieron con aquella capa imitando sobre ella el brillo del granito. Dió entonces un golpe con la punta de la picota, que entró hasta una pulgada en aquella pasta que cubria las piedras. Allí era donde se debia registrar.

Por un misterio extraño de la organizacion humana, mientras mas debia asegurarse por el buen éxito de sus pruebas de que Faria no se habia engañado, mas dudaba y casi se desanimaba su corazon desfallecido. Este nuevo experimento que debia haberle dado nuevas fuerzas le quitó las pocas que le quedaban; la picota se escapó de sus manos: se enjugó la frente, y salió de la gruta dándose á si mismo el pretexto de ver si le espiaba alguien, pero en realidad era porque tenia necesidad de aire, porque sentia que iba á desmayarse.

La isla estaba desierta, y el sol en su zénit, parecia cubrirla con su mirada de fuego; á lo lejos multitud de barcas de pescadores extendian sus alas sobre el mar de un azul de záfiro. Dantés no habia comido nada aun; pero comer en aquel momento seria perder mucho tiempo, tomó unos cuantos sorbos de rom y volvió á entrar en la gruta mas animado. La picota que le habia parecido tan pesada se habia vuelto mas ligera; la levanto como si fuese una pluma y se puso á tra-

bajar vigorosamente. Despues de algunos golpes notó que las piedras no estaban unidas, sino colocadas las unas sobre las otras; introdujo la punta de la picota en una de las juntas; hizo fuerza sobre el mango y vió con alegría rodar la piedra á sus pies. Entonces no tuvo que hacer mas que tirar de cada una y todas fueron rodando sucesivamente.

Hubiera podido entrar así que quitó la primera piedra pero mientras mas tiempo tardaba, mas tiempo conservaba aun la esperanza. Al fin, despues de un nuevo momento de descanso, pasó de la primera gruta á la segunda.

Esta era mas baja, mas sombría y de un aspecto mas espantoso que la primera. El aire que no penetraba en ella mas que por la abertura practicada, tenia un olor mefítico que estrañó él no encontrar en la primera: esperó á que el aire renovase aquella atmósfera infectada y entró.

A la izquierda de la abertura habia un rincon profundo y sombrío. Pero, ya lo hemos dicho, para Dantés no habia tinieblas. Sondeó con la mirada la segunda gruta: estaba vacía como la primera. El tesoro, si existia, debia estar enterrado en aquel rincon sombrío.

La hora de mayor angustia habia llegado; ahondar dos pies de tierra era todo lo que quedaba á Dantés entre la suprema alegría y la suprema desesperacion. Adelantose hácia el ángulo, y empezó á cavar atrevidamente.

Al quinto ó sexto golpe el hierro resonó sobre hierro. Nunca la señal de alarma, de incendio, de naufragio; nunca el toque á muerto produjo efecto semejante en el que le oyó. Era imposible que Dantés se hubiera puesto mas pálido, aunque nada hallára. Dió nuevos golpes, encontró la misma resistencia, pero no el mismo sonido.

—Es un cofre de madera con aros de hierro, dijo.

En aquel momento una sombra rápida pasó, interceptando por un instante la luz; Dantés dejó caer la picota, agarró su escopeta pasó por la abertura y se lanzó fuera de la gruta.

Una cabra salvaje habia pasado por la primera entrada de la gruta y pastaba á algunos pasos de allí. Era buena ocasion de asegurarse su comida: pero temió que la detonacion de la escopeta atrajese á alguno. Reflexionó un instante, cortó la rama mas resinosa de un árbol, fué á encenderla al fuego humeante aun, donde los contrabandistas habian guisado su almuerzo, y volvió con aquella antorcha encendida. No queria perder el menor detalle de lo que iba á ver.

Acercó la antorcha al agujero informe y aun no concluido, y reconoció que no se habia engañado: sus golpes habian dado alternativamente sobre hierro y sobre madera. Colocó la antorcha en el suelo y se puso á trabajar. En un instante sacó una gran cantidad de tierra, y descubrió un cofre de encina con aros de hierro cincelado. En medio de la tapa sobre un escudo de plata cuyo brillo se conservaba á pesar de la tierra que la habia cubierto por tanto tiempo, resplandecian las armas de la familia Spada; es decir, una espada puesta sobre un escudo de forma ovalada, como todos los escudos italianos, debajo de un capelo de cardenal. Dantés las reconoció fácil-

mente, porque Faria siempre se las estaba dibujando. Ya no le cabia la menor duda, el tesoro estaba allí; no se hubieran tomado tantas precauciones para guardar un cofre vacío.

En un momento fué apartada la tierra que cubria lo demas del cofre y vió aparecer á su vez la cerradura de en medio, colocada entre dos fuertes candados y las asas en los otros dos lados, todo primorosamente cincelado. Cogió el cofre por las asas y procuró levantarlo; pero le fué imposible. Intentó abrirlo; las cerraduras y los candados estaban cerrados: aquellos fieles guardianes parecian no querer entregar su tesoro. Introdujo la punta de su picota entre el cofre y la tapa, cargó todo su cuerpo sobre el mango y despues de haber rechinado la tapa saltó al fin. Las cerraduras cayeron al suelo y el cofre quedó descubierto.

Una fiebre vertiginosa se apoderó de Dantés: agarró inmediatamente su escopeta, la cargó, y la colocó á su lado. Al principio cerró los ojos, como hacen los niños para ver en la brillante noche de su imaginacion, mas estrellas que pudieran contar en un cielo sembrado de ellas, despues los volvió á abrir y se quedó deslumbrado.

Tres divisiones componian el cofre; la primera estaba llena de brillantes escudos de dorados reflejos; la segunda de barras de oro mal pulimentadas, pero perfectamente puestas y que no tenian de oro mas que el peso y el valor; en la tercera, en fin, Edmundo cogia á puñados los diámanes, las perlas, los rubies, que formaban al dejarlos caer de nuevo una brillante cascada, y producian un sonido semejante al de los granizos cuando chocan contra los cristales.

Despues de haber tocado, palpado, metido sus temblorosas manos en el oro y en las piedras preciosas, se levantó con la exaltacion de un hombre que toca en la locura. Saltó sobre una roca desde donde podia descubrir el mar, y no descubrió ni un alma; estaba solo, perfectamente solo, con aquellas riquezas incalculables, increíbles, fabulosas que le pertenecian; pero ¿dormia ó estaba despierto? ¿era aquello un sueño fugitivo ó luchaba cuerpo á cuerpo con una realidad?

Necesitaba volver á ver su oro, y sin embargo conocia que no tendria fuerzas para sostener de nuevo su vista, se puso las manos en la cabeza como para sujetar su razon, despues se lanzó á traves de la isla, sin seguir, no un camino, por que en la isla de Monte-Cristo no los hay, sino una línea fija y constante, haciendo huir las cabras salvages y espantando los pájaros de mar con sus gritos y gesticulaciones. Despues volvió dudoso aun, se precipitó de la primera á la segunda gruta encontrándose frente á frente con aquella mina de oro y de diamantes. Aquella vez cayó de rodillas, comprimiendo con ambas manos su palpitante corazon y murmurando una oracion inteligible para Dios solamente. Pronto se sintió mas tranquilo y mas feliz; porque solo desde aquel instante empezó á creer en su felicidad.

Entonces se puso á contar su fortuna; habia mil barras de oro de dos ó tres libras de peso cada una, en seguida apiló veinte y cinco mil escudos de oro de valor cada uno de ochenta francos, todos con

el busto del papa Alejandro VI y de sus predecesores; en fin, tomó diez puñados de diamantes, perlas y demas piedras, las cuales montadas por los mejores diamantistas de la época, tenían un valor por la hechura y el trabajo que igualaba á su valor intrínseco.

Dantés vió declinar el día y temiendo ser sorprendido si permanecía mas tiempo en la caverna, salió con la escopeta en la mano. Un pedazo de vizecocho y algunos sorbos de vino fueron su única cena. Despues volvió á colocar la piedra, se acostó encima de ella y durmió algunas horas, cubriendo con su cuerpo la entrada de la gruta. Aquella noche fué para él una de esas noches deliciosas y terribles á la vez, como las que ya habia pasado dos ó tres veces en su vida.

CAPITULO XXV.

El desconocido.

El día apareció: Dantés le esperaba largo tiempo hacia con los ojos abiertos. Al descubrir sus primeros rayos, se levantó, subió, como habia hecho el día anterior, sobre la roca mas elevada de la isla. á fin de explorar las inmediaciones. Mas como la vispera todo estaba desierto.

Bajó de la roca, levantó la piedra, llenó sus bolsillos de piedras preciosas, volvió á colocar lo mejor que pudo las planchas y las ceraduras del cofre, le tornó á cubrir con tierra, apisonó esta tierra, echó arena encima á fin de igualar el lugar recientemente removido á lo demas del terreno, salió de la gruta, puso otra vez la piedra y sobre ella otras de diferentes tamaños, introdujo tierra en las junturas, plantó en esta mirto y otras yerbas, regó aquellas plantas nuevas, á fin de que pareciesen antiguas, borró las huellas de sus pasos impresas al rededor de aquel lugar, y esperó con impaciencia la vuelta de sus compañeros. En efecto, ya no se trataba de pasar el tiempo con los brazos cruzados, mirando el oro y los diamantes, y quedarse en Monte-Cristo como un dragon guardando inútiles tesoros. Ya era necesario volver á la vida entre los hombres, y entrar en la sociedad, en el rango, en la influencia y en el poder que proporciona en este mundo la riqueza, que es la primera y la mayor fuerza de que puede disponer la criatura humana.

Los contrabandistas volvieron al sexto día. Dantés reconoció de lejos el porte y la marcha de la *Jóven Amelia*; se arrastró hasta el puerto, cual otro Philoctetes herido, y cuando sus compañeros desembarcaron les anunció, quejándose aun, que se sentia mucho mas aliviado; despues á su vez escuchó la relacion de los aventureros. Habian salido bien, es verdad, mas apenas habian dejado el cargamento cuando tuvieron aviso de que un brick que estaba de vigia en Tolon acababa de salir del puerto y se dirigía hácia ellos; entonces se vieron obligados á huir como mejor pudieron, sintiendo no estuviese

allí para dirigir el buque Dantés que tan bien y con tanta velocidad sabia hacer. En efecto, pronto divisaron al barco cazador; pero ayudados por la oscuridad, y doblando el cabo de Córcega, se libraron de él. En fin, el viage no habia sido malo, y todos, especialmente Jacobo, sentian que no hubiese estado con ellos á fin de tener su parte en las ganancias hechas; parte que ascendia á cincuenta piastras.

Edmundo permaneció impasible; ni siquiera se sonrió cuando le contaron las ventajas de que hubiera participado si hubiese podido salir de la isla; y como la *Jóven Amelia* no habia venido á Monte-Cristo mas que para buscarle, se embarcó la misma tarde y siguió al patron á Liorna. Buscó allí un judío y vendió cuatro diamantes de los mas pequeños en veinte y cinco mil francos. El judío hubiera podido informarse cómo un pescador podia poseer semejantes objetos; pero se guardó bien de ello porque ganaba en cada uno mil francos. Al dia siguiente compró una barca nueva, que entregó á Jacobo con cien piastras ademas, á fin de que pudiese tripularla; pero bajo la condicion de que iria á Marsella á adquirir noticias de un anciano llamado Luis Dantés, que vivia en las avenidas de Meillan, y de una jóven del barrio de los Catalanes, que se llamaba Mercedes.

Jacobo creyó que soñaba. Edmundo le contó entonces que se habia hecho marino por una calaverada y por que su familia le rehusaba el dinero necesario para sus gastos, pero que al llegar á Liorna le habian entregado los bienes de un tío suyo que al morir le habia nombrado su único heredero. La distinguida educacion de Dantés daba á esta relacion un aspecto tan verídico, que Jacobo no dudó siquiera un instante que su antiguo compañero dijese la verdad. Por otra parte, como ya habia espirado el enganche de Edmundo á bordo de la *Jóven Amelia*, se despidió de su patron, que procuró detenerle, pero que al saber como Jacobo la historia de la herencia, renunció á la esperanza de vencer la resolucion de su antiguo marinero.

Al dia siguiente, Jacobo se hizo á la vela para Marsella; debia reunirse con Edmundo en Monte-Cristo. El mismo dia Dantés partió sin decir donde iba, despidiéndose de la tripulacion de la *Jóven Amelia* por medio de una gratificacion espléndida, y del patron, con la promesa de darle un dia ú otro noticias suyas. Se fué á Génova.

En el momento de llegar, estaban probando un pequeño yacht, mandado construir por un inglés, que habiendo oido decir que los genoveses eran los mejores constructores del Mediterráneo, habia querido tener uno de Genova. El inglés habia ofrecido cuarenta mil francos; Edmundo ofreció sesenta mil bajo la condicion de que se le habian de entregar aquel mismo dia. El inglés habia ido á dar una vuelta por Suiza mientras se concluia su buque; no debia volver hasta dentro de tres semanas ó un mes; así pues, el constructor pensó que tenia tiempo de hacer otro. Dantés condujo al constructor á casa de un judío, pasó con él á la trastienda, y el judío le entregó sesenta mil francos. Ofreció á Dantes sus servicios para proporcionarle una tripulacion, pero aquel le dió las gracias diciendo que acostumbraba

á navegar solo, y que lo único que deseaba, era que hiciesen en su camarote á la cabecera de la cama, un armario secreto, en el cual hubiera tres divisiones tambien secretas; dió la medida del armario y de las divisiones, y fueron ejecutados al dia siguiente.

Dos horas despues, salia del puerto de Génova, escoltado por las miradas de un tropel de curiosos que querian ver al señor español que tenia costumbre de navegar solo. Se bandeó perfectamente con auxilio del timon, sin tener necesidad de dejarlo, hizo ejecutar á su barco todas las evoluciones que quiso, parecia un ser inteligente pronto á obedecer al menor impulso, y Dantés convino en que los genoveses merecian su reputacion de los primeros constructores del mundo. Los curiosos siguieron con los ojos la pequeña embarcacion, hasta que la perdieron de vista, y entonces empezaron á discutir á donde se dirigiria; unos dijeron que á la Córcega, otros que á la isla de Elba, estos apostaron á que iba á España, aquellos sostenian que se dirigia á Africa, pero ninguno nombró la isla de Monte-Cristo.

Sin embargo, á Monte-Cristo era á donde se dirigia y llegó al segundo dia. El buque era muy velero y habia recorrido la travesia en treinta y cinco horas. Dantés conocia perfectamente la situacion de la costa, y en lugar de abordar en el puerto principal, echó el áncora en el ancon. La isla estaba desierta; nadie parecia haber arribado allí desde que él habia salido. Se dirigió al lugar donde tenia oculto su tesoro; todo estaba como éllo habia dejado.

Al dia siguiente por la noche, la inmensa fortuna estaba ya transportada á bordo del yacht y encerrada en las tres divisiones del armario secreto; esperó aun ocho dias, durante los cuales hizo maniobrar su buque al rededor de la isla como hace un escudero para probar un caballo. Al cabo de este tiempo ya conoció sus defectos y sus ventajas. Se propuso remediar los unos y aumentar las otras. El dia octavo, vió aparecer un pequeño barco que se dirigia á toda vela hácia él, conociendo que era la barca de Jacobo. Hizo una señal á la cual respondió este, y dos horas despues la barca se reunió con el yacht. Cada una de las preguntas de Edmundo tuvo una respuesta bien triste; el anciano Dantés habia muerto: Mercedes habia desaparecido.

Escuchó Edmundo estas noticias con rostro sereno; pero al punto saltó á tierra, prohibiendo que nadie le siguiese: dos horas despues volvió; dos hombres de la barca de Jacobo pasaron á su yacht para ayudarle á la maniobra, y dió orden de dirigirse á Marsella. La muerte de su padre la preveía, es verdad; pero ¿y Mercedes qué habia sido de ella?

Sin divulgar su secreto, Edmundo no podia dar á su agente instrucciones bastantes; por otra parte, queria tomar algunos informes, y para esto no se fiaba de nadie. En Liorna se aseguró por medio de un espejo de que no podia ser reconocido; ademas, ahora tenia mil medios de disfrazarse. Una mañana pues, el yacht, seguido de la barca, entró en el puerto de Marsella, y se detuvo frente del lugar donde le habian embarcado aquella noche de fatal memoria para el castillo de If.

Dantés no pudo dejar de experimentar cierto estremecimiento cuando vió dirigirse á él un gendarme. Pero con esa perfecta tranquilidad que habia adquirido, le presentó un pasaporte inglés comprado en Liorna, y saltó á tierra sin ninguna dificultad.

Lo primero que vió, al poner los pies en la Cannebiere, fué uno de los antiguos marineros del *Faraon*. Este hombre habia servido tiempo ha bajo sus órdenes, y se encontraba allí como un medio para tranquilizarle acerca del cambio que habia experimentado su fisonomía: se dirigió hácia él, y le hizo muchas preguntas á las cuales respondió sin hacer sospechar, ni por su fisonomía, ni por sus palabras, que recordase haber visto jamás á quien le hablaba. Dantés dió al marinero una moneda en agradecimiento á sus informes; un instante despues, oyó que aquel hombre corría trás él, y se volvió.

—Perdonad, caballero, dijo el marinero; os habeis engañado sin duda; vos habeis creído darme una moneda de cuarenta sueldos, y me habeis dado una de diez francos.

—En efecto, amigo mio, dijo Dantés, me habia engañado; pero vuestra honradez merece ser recompensada, aquí teneis otra que os ruego acepteis para beber á mi salud con vuestros compañeros. El marinero se quedó de tal modo aturdido con aquel regalo, que ni siquiera pensó en dar las gracias al que se lo hacía, y lo miró alejarse diciendo:

—Será algun nabab que acaba de llegar de la India.

Dantés continuó su camino; cada paso que daba oprimia su corazón con una nueva emoción; todos sus recuerdos de infancia, recuerdos indelebles, clavados eternamente en su memoria, estaban allí renovándose con mas violencia cada vez que pasaba por una esquina, por una plaza. Al llegar á la calle de Noailles, y al apercibir la alameda de Meillan sintió que flaqueaban sus rodillas, y poco le faltó para caer bajo las ruedas de un carruage. Al fin llegó á la casa que habia habitado su padre. Las enredaderas y las capuchinas habian desaparecido de la ventana donde la mano de su padre las enredaba con tanto cuidado. Dantés se apoyó contra un árbol y permaneció pensativo por algun tiempo mirando el último piso de aquella pobre casa; al fin se adelantó hácia la puerta; pasó el umbral, preguntó si habia algun cuarto vacío, y aunque le dijeron que estaba ocupado, insistió tanto por ver el quinto, que el portero subió y pidió de parte de un estrangero á las personas que lo habitaban permiso para ver las dos piezas de que se componia.

Los inquilinos eran un jóven y una jóven que acababan de casarse hacia ocho dias. Al ver á aquellos dos jóvenes, arrojó Dantés un profundo suspiro. Además, ya no existia ningun recuerdo de como su padre lo dejó; las paredes no tenían el mismo papel: todos los antiguos muebles, aquellos amigos de la infancia de Edmundo presentes en su memoria con sus menores detalles, habian desaparecido. La situacion de las paredes era únicamente la misma.

Se volvió hácia el sitio donde su padre acostumbraba á poner la cama, y otra cama la habia sustituido; á pesar suyo, sus ojos se lle-

naron de lágrimas; en aquel sitio fué donde debió espirar el anciano nombrando á su hijo.

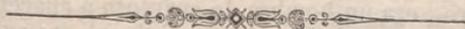
Los dos jóvenes miraban con asombro á aquel hombre de fisonomía severa, por las megillas del cual rodaban gruesas lágrimas; pero como el dolor debe ser respetado, los jóvenes no hicieron la menor pregunta al desconocido; mas se retiraron hácia atrás para dejarle llorar libremente; y cuando salió, le acompañaron diciéndole que podía volver cuando quisiera, y que su pobre casa le seria siempre hospitalaria.

Al pasar por el piso principal, se paró Edmundo delante de otra puerta y preguntó si seguia viviendo allí el sastre Caderousse. Pero el portero le respondió, que el hombre de que hablaba habia tenido muchas quiebras en su oficio, y que habia tomado por su cuenta en el camino de Bellegarde á Beaucaire la posada del Puente del Gard.

Dantés bajó, preguntó las señas del propietario de la casa de la avenida de Meillan, se dirigió á él, se hizo anunciar bajo el titulo que llevaba su pasaporte, que era lord Wilmore, y le compró la casa por la suma de veinte y cinco mil francos. Diez mil francos daba lo menos de mas. Pero aunque le hubiese pedido medio millon, lo hubiera dado.

Aquel mismo dia notificó el notario á los jóvenes del quinto piso que el nuevo propietario les daba la eleccion de un cuarto en aquella casa sin aumentarles el precio de ninguna manera, bajo la condicion de que le cederian la habitacion que ocupaban. Este extraño acontecimiento ocupó por algunos dias á todos los vecinos de Meillan, y formaron mil conjeturas, pero ninguna exacta. Por otra parte lo que mas dió que pensar á todos, fué que aquella misma tarde se le vió pasear por el barrio de los Catalanes, y finalmente entrar en una pobre casa de pescadores, donde permaneció mas de una hora preguntando por personas que habian muerto ó desaparecido hacia ya mas de quince años.

Al dia siguiente las personas en cuya casa entró para hacer todas aquellas preguntas, recibieron en agradecimiento una barca catalana armada en regla para la pesca. Aquella gente hubiera dado las gracias de buena gana al generoso desconocido, pero al separarse de ellos le vieron, despues de haber dictado algunas órdenes á un marino, montar en un soberbio caballo, y salir de Marsella por la puerta de Aix.



CAPITULO XXVI.

La posada del puente del Gard.

Los que como yo hayan recorrido á pié el mediodia de la Francia habran podido notar entre Bellegarde y Beaucaire á la mitad del camino que conduce del pueblo á la ciudad, casi mas cerca de Beaucaire que de Bellegarde, una posada sobre cuya puerta cuelga una plancha de hierro, y pintada en ella una grotesca copia del puente del Gard. Está situada al lado izquierdo del camino volviendo la espalda al rio y acompañada, por decirlo así, de lo que en el Languedoc llaman un jardín, ó lo que es igual la fachada opuesta cae á un cercado donde vegetan algunos olivos achaparrados y algunas higueras de hojas blancuecinas á causa del polvo que las cubre; en los intervalos que median entre árbol y árbol están sembrados lechugas, pimientos y ajos; por último en uno de sus ángulos, como un centinela olvidado, un pino quita sol esparce melancólicamente sus flexibles ramas mientras que su cima, de forma de abanico, está espuesta á los ardores de un sol de treinta grados. Todos estos árboles, grandes ó pequeños, se inclinan naturalmente en la direccion del mistral uno de los tres azotes de la Provenza, sabido es ó no lo es que los otros dos eran el Duranzo y el Parlamento. En la llanura inmediata vegetan aquí y allí algunas espigas de trigo que los hortelanos del pais cultivan por curiosidad, cada una de las cuales sirve de albergue á una cigarra que persigue con su canto discorde y monótono á los viajeros que por allí pasan.

Siete ú ocho años ha que esta posada pertenece á un hombre y una muger que tienen por criados una muchacha llamada Trinette, y un mozo de cuadra que responde al nombre de Pacaud, pareja que por lo demas bastaba para cubrir el servicio que pudiera necesitarse desde que un canal abierto de Beaucaire á Aiguemortes sustituyó victoriosamente las barcas á los carros, y las sillas de postas á las diligencias. Este canal, como para hacer mas deplorable aun la suerte del posadero á quien perdía, pasaba entre el Rhodano que le alimenta y el camino á cien pasos de la posada, de que acabamos de dar una corta pero exacta descripcion. Tampoco olvidaremos un perro, antiguo guardian de noche, y que ladraba ahora á todos los transeuntes, tanto de dia como durante las tinieblas, porque ya habia perdido la costumbre de ver viajeros.

El posadero, era un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, alto, seco y nervioso, verdadero tipo meridional, con sus ojos hundidos y brillantes, su nariz en forma de pico de ave de rapiña y sus dientes blancos como los de un animal carnicero; sus cabellos que parecian no querer encanecer á pesar de los años eran como su barba, espesos, crespos y sembrados apenas de algunos pelos grises; su tez naturalmente tostada, se habia cubierto aun de una nueva capa morena á causa

de la costumbre que tenía el pobre diablo de mantenerse desde por la mañana hasta por la noche en el cancel de la puerta, para ver si pasaba alguno, ya fuese á pié ya en coche, pero casi siempre esperaba en vano; durante este tiempo y para sustraerse á los ardores del sol no usaba de otro preservativo que un pañuelo encarnado atado á la cabeza á la manera de los carreteros españoles. Este hombre es nuestro antiguo conocido. Gaspar Caderousse. Su muger que se llamaba Magdalena Radelle, era pálida, delgada y enfermiza. Nacida en los alrededores de Arlés, conservando las señales primitivas de la belleza tradicional de sus compatriotas había visto destruirse lentamente su rostro en el acceso casi continuo de una de esas fiebres sordas tan comunes en las poblaciones vecinas á los estanques de Aiguemortes y á los pantanos de la Camargue. Siempre se mantenía sentada y tiritando en su cuarto, situado en el primer piso, ya tendida en un sillón ó apoyada contra su cama mientras que su marido se ponía á la puerta á continuar su perpetua centinela, lo que prolongaba con tanta mejor gana cuanto que cada vez que se encontraba con su áspera mitad, esta le perseguía con sus quejas eternas contra la suerte, quejas á las cuales su marido respondía como de costumbre con estas palabras filosóficas.

—Cállate, *Carconte!* Dios quiere que sea así!

Este sobrenombre provenía de que Magdalena Radelle había nacido en el pueblo de la *Carconte*, situado entre Salon y Lambése. Ahora, pues, siguiendo la costumbre del país que es la de llamar siempre á la gente con un apodo en lugar de llamarlas por su nombre, su marido había sustituido este al de Magdalena, demasiado dulce tal vez para su rudo lenguaje.

Sin embargo, á pesar de esta fingida resignación á los decretos de la Providencia, no se crea que nuestro posadero dejara de sentir profundamente el estado de pobreza á que le había reducido el miserable canal de Beucaire, y que fuese invulnerable á las incesantes quejas con que le perseguía su muger. Era como todos los habitantes del mediodía, un hombre sobrio y sin grandes necesidades, pero se pagaba mucho de la exterioridad. Así, pues, en sus tiempos prósperos, no dejaba pasar una feria ni una procesion de la Tarasca sin presentarse en ella con la *Carconte*, el uno con ese trage pintoresco de los hombres del mediodía, y que participa á la vez del gusto catalan y del andaluz; la otra con ese vestido encantador de las mugeres de Arlés, que se parece á los de las de Grecia y de la Arabia. Pero poco á poco, cadenas de relój, collares, cinturones de mil colores, corpiños bordados, chaquetas de terciopelo, medias de seda, botines bordados, zapatos con hebillas de plata, todo había desaparecido; y Gaspar Caderousse, no pudiendo ya mostrarse á la altura de su pasado esplendor, renunció por él y por su muger á todas esas pompas mundanas, cuya alegre algazara llegaba á desgarrarle sordamente el corazón hasta en su pobre vivienda, que conservaba aun mas bien como un asilo que como una especulacion. Caderousse había permanecido, como tenía de costumbre, parte de la mañana delante de la puerta, paseando su mirada melancólica desde una le-

chuga que picoteaban algunas gallinas, hasta los dos extremos del camino desierto, que por un lado miraba al norte y por el otro al mediodía, cuando de repente la chillona voz de su muger le obligó á abandonar su puesto. Entró gruñendo y subió al primer piso, dejando la puerta abierta de par en par, como para invitar á los viajeros á que no se olvidasen de entrar si su mala estrella los hacia pasar por allí.

Al irse á meter, el camino de que ya hemos hablado continuaba tan desierto y solitario como siempre, estendiéndose entre dos filas de árboles secos; y fácil es comprender que ningun viajero dueño de escoger otra hora del día, iria á aventurarse en aquel horrible Zahara. Sin embargo, á pesar de todas las probabilidades, si Caderousse se hubiese quedado en su puesto, hubiera podido ver por el lado de Bellegarde á un caballero y á un caballo, marchando con ese continente sosegado y amistoso que indicaba las buenas relaciones que mediaban entre el hombre y el animal; este era un caballo al parecer muy manso; el caballero era un sacerdote vestido de negro y con sombrero de tres picos. A pesar del excesivo calor del sol marchaba el animal á trote bastante largo. Así que hubieron llegado á la puerta, el grupo se detuvo; pero difícil hubiera sido decidir si fué el caballo el que detuvo al jinete ó el jinete el que detuvo al caballo; en fin, el caballero se apeó, y tirando por la brida del animal, lo amarró á una argolla que habia al lado de la puerta; adelantóse en seguida hácia esta limpiándose el sudor que inundaba su frente con un pañuelo de algodón encarnado, y dió tres golpes en una de las hojas de la puerta, con el puño de hierro del baston que llevaba en la mano.

El enorme perro negro se levantó al punto y dió algunos pasos ladrando y enseñando sus dientes blancos y agudos, doble demostracion hostil, prueba de lo poco hecho que estaba á la sociedad. En el momento un paso pesado estremeció la escalera de madera; era el posadero que bajaba dando traspieses para darse mas prisa á satisfacer la curiosidad de saber quien seria el que llamaba.

—¡Allá ván! decia Caderousse asombrado; allá ván! ¿quiéres callarte, Margotin! no temais nada, caballero, ladra pero no muerde. Sin duda querreis vino, por que hace un calor inaguantable. Ah! perdonad, interrumpió Caderousse, al ver que especie de viajero era el que recibia en su casa. ¿Qué deseais? qué quereis, señor abate? Estoy á vuestras órdenes.

El sacerdote miró á aquel hombre dos ó tres segundos con una atencion estraña; y aun pareció procurar atraer la del posadero sobre sí; despues viendo que las facciones de este no espresaban ningun otro sentimiento que la sorpresa de no recibir una respuesta, juzgó que ya era tiempo de que aquella cesase, y dijo con un acento italiano muy pronunciado.

—¿No sois vos el señor Caderousse?

—Sí, caballero, dijo el posadero casi mas asombrado de la pregunta, que lo habia estado del silencio; yo soy, en efecto, Gaspar Caderousse, para serviros.

—¿Gaspar Caderousse?... sí... creo que esos son el nombre y el

apellido. ¿Viviais en otro tiempo en la alameda de Meillan, en un cuarto piso?

—Precisamente.

—¿Y ejerciais el oficio de sastre?

—Sí, pero no prosperaba; y además como hace tanto calor en ese demonio de Marsella, creo que acabarán por no vestirse. Pero á propósito de calor, ¿ao quereis refrescar, señor abate?

—Si tal. Dadme una botella de vuestro mejor vino, y seguiremos la conversacion que teniamos empezada.

—Como querais, señor abate, dijo Caderousse.

Y para no perder esta ocasion de despachar una de las últimas botellas de vino de Cahors que le quedaban, Caderousse se apresuró á levantar una trampa practicada en el pavimento de esta especie de cuarto bajo, que servia á la vez de cocina y de sala. Cuando volvió á aparecer al cabo de cinco minutos, encontró al abate sentado sobre un banquillo con el codo apoyado sobre una mesa larga, mientras que Margotin que parecia haber hecho las paces con él, al oír que, contra la costumbre este viagero iba á tomar algo, apoyaba su hocico sobre el muslo de aquel, y le dirigia una lánguida mirada.

—¿Estais solo? preguntó el abate á su posadero mientras este colocaba delante de ella la botella y un vaso.

—¡Ah! Dios mio, sí, solo, ó poco menos señor abate, porque tengo una muger que no me puede ayudar en nada, á causa de hallarse siem pre enferma; ¡pobre Carconte!

—¡Ah! estais casado! dijo el sacerdote con cierto interés y echando á su alrededor una mirada que parecia espresar la lástima que le inspiraba la pobreza de aquella habitacion.

—Adivinais que no soy rico, ¿no es verdad, señor abate? dijo Caderousse sonriendo; pero ¿qué quereis? no basta ser hombre honrado para prosperar en este mundo.

El abate fijó sobre él una mirada penetrante.

—Si señor, honrado, puedo vanagloriarme de ello, caballero, dijo el posadero arrojando la mirada del abate, poniendo una mano sobre el corazon y mirándole de pies á cabeza, y en estos tiempos, no todos pueden decir otro tanto.

—Mejor, si de lo que os jactais es cierto, añadió el abate, porque tarde ó temprano yo estoy firmemente convencido de que el hombre de bien será recompensado y el malo castigado.

—Vos debéis decir eso, señor abate; vos debéis decir eso, replicó Caderousse con una espresion amarga. Pero uno es dueño de creer ó no creer lo que decís.

—Haceis mal en hablar así, dijo el abate, porque acaso muy en breve voy á ser yo mismo una prueba de lo que pronostico.

—¿Qué quereis decir? preguntó Caderousse asombrado.

—Quiero decir que es necesario que me asegure de si sois vos el que yo busco.

—¿Qué pruebas quereis que os dé?

—¿Habeis conocido en 1814 ó en 1815 á un marino que se llama-
ba Dantés?

—¡Qué si lo he conocido! qué si he conocido á ese pobre Edmundo! Vaya, yo lo creo; como que era uno de mis mejores amigos; exclamó Caderousse, cuyo rostro se cubrió de una tinta purpurea, mientras que la mirada fija y tranquila del abate parecia dilatarse para cubrir enteramente á aquel á quien interrogaba.

—Si, me parece que en efecto se llamaba Edmundo.

—¡Qué si se llamaba Edmundo! bien lo creo, tan cierto como que yo me llamo Gaspar Caderousse. ¿Y que ha sido de ese pobre Edmundo, continuó el posadero, lo habeis conocido? ¿vive aun? ¿está libre? ¿es feliz?

—Ha muerto mas desesperado y mas miserable que los presidiarios que arrastran su cadena en el presidio de Tolon, respondió el abate.

Una palidez mortal sucedió en el rostro de Caderousse, al vivo encarnado que se habia apoderado antes de él, volvióse y el abate le vió que enjugaba una lágrima con su pañuelo.

—¡Pobrecillo! murmuró Caderousse. Y bien! ahí teneis una prueba de lo que yo os decia antes, señor abate, que Dios solo es bueno para los malos. Ah! continuó Caderousse con ese language particular á los naturales del Mediodia, este mundo va de mal en peor. Llueva pólvora dos dias y fuego una hora y acabemos de una vez.

—Segun parece, amabais á ese muchacho de corazon, ¿no es verdad? preguntó el abate.

—Sí, mucho le amaba, dijo Caderousse, aunque tenga que echarme en cara el haberle envidiado por un momento su dicha. Pero despues, os lo juro; á fé de Caderousse, compadezco su deplorable suerte.

Hubo un silencio, durante el cual la mirada fija del abate no cesó un instante de interrogar la fisonomía movible del posadero.

—¿Y vos le habeis conocido? continuó Caderousse.

—He sido llamado á su lecho de muerte para prodigarle los socorros de la religion, respondió el abate.

—¿Y de qué ha muerto? preguntó Caderousse con una angustia mortal.

—¿De qué se muere en la prision cuando se muere á los treinta años, sino de la prision misma?

Caderousse se enjugó el sudor que corria por su frente.

—Lo que mas me estraña en todo esto es que Dantés en sus últimos momentos me juró por el santo Cristo cuyos pies besaba, que no sabia la verdadera causa de su cautiverio.

—Es verdad, es verdad, murmuró Caderousse, no podia saberla; no, señor abate, el pobre muchacho no mentia.

—Por lo cual me encargó descubriese la causa de su desgracia, que él no pudo descubrir y vindicara su buen nombre si por acaso habia sido mancillado.

Y la mirada del abate cada vez mas fija y penetrante, devoró la espresion casi sombría que se habia pintado en el rostro de Caderousse.

—Un rico inglés, continuó el abate, compañero suyo de infortunio,

y que salió de la cárcel al verificarse la segunda restauracion, poseia un diamante de un valor inmenso, y habiéndole cuidado Dantés como un hermano en una enfermedad que tuvo, quiso darle una prueba de reconocimiento y le dejó el diamante. Edmundo en lugar de servirse de él para seducir á sus carceleros, que por otra parte podian tomarle y despues hacerle traicion, lo conservó siempre preciosamente para el caso en que saliese en libertad; porque si llegaba á salir su fortuna estaba asegurada con solo la venta de aquel diamante.

—¿Y era, como decís, preguntó Caderousse con los ojos inflamados por la codicia, un diamante de gran valor?

—Todo es relativo, replicó el abate, de gran valor para Edmundo; estaba tasado en cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos! dijo Caderousse: ¿entonces sería tan grueso como una nuez?

—No, poco le faltaba, dijo el abate; pero vos mismo vais á juzgarlo porque le tengo conmigo.

Caderousse pareció buscar bajo los vestidos del abate el depósito de que hablaba.

Este sacó de su bolsillo una cajita de taflete negro, la abrió, é hizo brillar á los ojos atónitos de Caderousse, la deslumbrante maravilla, montado en una sortija de un trabajo admirable.

—¿Y esto vale cincuenta mil francos? preguntó Caderousse.

—Sin el engaste que vale otro tanto, dijo el abate. Y cerró la cajita, y volvió á colocar en su bolsillo el diamante que sin embargo continuaba brillando en el pensamiento de Caderousse.

—¿Pero cómo es que poseeis ese diamante, señor abate? preguntó Caderousse; ¿os ha hecho Edmundo heredero suyo?

—No, pero sí su ejecutor testamentario. Yo tenia tres buenos amigos y una muchacha con quien estaba para casarme, me dijo; los cuatro, estoy seguro, sintieron mi suerte amargamente; uno de estos buenos amigos se llamaba Caderousse.

Caderousse se estremeció.

—El otro, continuó el abate haciendo como que no se apercibia de la emocion de Caderousse; el otro se llamaba Danglars; el tercero, añadió, porque mi rival me amaba tambien.....

Una sonrisa diabólica brilló en el rostro de Caderousse, que hizo un movimiento para interrumpir al abate.

—Esperad, dijo este, dejadme acabar, y si teneis alguna observacion que hacerme pronto os escucharé. El otro, porque mi rival me amaba tambien, se llamaba Fernando; en cuanto á mi prometida, su nombre era....

—Mercedes, dijo Caderousse.

—¡Ah! sí, eso es, replicó el abate con un suspiro ahogado, Mercedes.

—¿Y bien? preguntó Caderousse.

—Dadme un poco de agua, dijo el abate.

Caderousse se apresuró á obedecer. El abate llenó el vaso y bebió algunos sorbos.

—¿Dónde estábamos? preguntó colocando el vaso sobre la mesa. La prometida se llamaba Mercedes; sí, eso es. Ireis á Marsella... Dantés es quien habla, comprendéis?

—Perfectamente.

—Vendereis ese diamante, hareis cinco partes y las repartireis entre esos buenos amigos, únicos seres que me han amado en la tierra.

—¿Cómo cinco partes? dijo Caderousse; ¿no habeis nombrado mas que cuatro personas!

—Porque segun me han dicho la quinta ha muerto... la quinta era el padre de Dantés.

—¡Ay! si, dijo Caderousse conmovido por las pasiones que combatian en él, ¡ay! si, el pobre hombre ha muerto!

—Lo he sabido en Marsella, respondió el abate haciendo un esfuerzo por parecer indiferente; pero ha tanto tiempo que murió, que no he podido adquirir mas detalles... ¿sabríais vos algo del fin que tuvo ese anciano?

—¡Ah! dijo Caderousse, ¿quién puede saberlo mejor que yo?.. vivia al lado de él... ¡Ah! ¡Dios mio! si, un año casi despues de la desaparicion de su hijo murió el pobre anciano!

—¿Pero de qué murió?

—Los médicos dijeron que de una gastro-enteritis... otros han dicho que murió de dolor... y yo, que casi le he visto morir, digo que ha muerto...

Caderousse se detuvo.

—¿Muerto de qué? preguntó el sacerdote con ansiedad.

—De hambre.

—¡De hambre! exclamó el abate saltando sobre su banquillo; de hambre! Los animales mas viles no mueren de hambre; los perros que vagan por las calles encuentran una mano compasiva que les arroja un pedazo de pan! ¡y un hombre, un cristiano, ha muerto de hambre en medio de otros hombres que como él se creian cristianos! ¡Imposible! ¡oh! ¡eso es imposible!

—Lo que he dicho vuelvo á repetirlo, dijo Caderousse.

—Y haces muy mal, dijo una voz en la escalera; ¿para qué te mezclas en cosas que nada te importan?

Los dos hombres se volvieron, y vieron al través de las barras de la escalera la cabeza de la Carconte; habia conseguido arrastrarse hasta allí, y escuchaba la conversacion, sentada en el último escalon con la cabeza apoyada sobre sus rodillas.

—¿Y tú, á qué te metes en esto, muger? dijo Caderousse. El señor me pide informes; la política exige que yo se los dé.

—Si; pero la prudencia exige que se los rehuses. ¿Quién te ha dicho con qué intencion te quieren hacer hablar, imbécil?

—Muy escelente, señora; os respondo de ello, dijo el abate. Vuestro marido nada tiene que temer con tal que hable francamente.

—Nada que temer... si, siempre se empieza por muy buenas promesas, despues se añade que nada hay que temer, luego se deja por cumplir lo prometido, y de la noche á la mañana te cae á uno encima una desgracia sin saber por donde ni como vino.

—Tranquilizaos buena muger, respondió el abate; no os sucederá ninguna desgracia por parte mia, os lo aseguro.

La Carconte murmuró algunas palabras que no se pudieron oír; dejó caer su cabeza sobre sus rodillas y continuó tiritando, dejando á su marido libre de continuar en conversacion; pero colocada de manera que no perdía una sola palabra.

Durante este tiempo, el abate habia bebido algunos sorbos de agua y repuéstose algun tanto.

—Pero, replicó, ¿ese infeliz anciano estaba tan abandonado de todo el mundo que haya muerto de semejante muerte?

—¡Oh! caballero, replicó Caderousse, no fué porque Mercedes la catalana ni Mr. Morrel le hubiesen abandonado; pero el pobre anciano habia cobrado una gran antipatia hácia Fernando, ese mismo, continuó Caderousse con una sonrisa irónica, que Dantés os ha dicho ser uno de sus amigos.

—Pues no lo era? dijo al abate.

—¡Gaspar, Gaspar, murmuró la muger desde lo alto de la escalera; mira lo que dices!

Caderousse hizo un movimiento de impaciencia, y sin conceder otra respuesta á la pregunta que le hacian mas que:

—¿Se puede ser amigo de aquel cuya muger se desea? respondió al abate. Pero Dantés, que tenia un corazon de oro, llamaba á todos amigos suyos..... Pobre Edmundo..... En fin, mejor es que no haya sabido nada; porque le hubiese costado algun trabajo perdonarlos al morir.... Y digan lo que quieran, continuó Caderousse en su lenguaje, que no carecia de cierta poesía ruda, mas miedo tengo aun á la maldicion de los muertos, que al ódio de los vivos.

—¡Imbécil! murmuró la Carconte.

—¿Sabeis lo que hizo Fernando contra Dantés?

—¿Qué si lo sé? yo lo creo que lo sé!

—Hablad pues.

—Gaspar, haz lo que quieras, eres dueño, dijo su muger, pero deberias creerme y no decir una palabra.

—Me parece que tienes razon, muger, dijo Caderousse.

—¿Con que nada quereis decir? replicó el abate.

—¿Para qué? dijo Caderousse. Si el chico estuviese vivo y viniese á preguntarme, no digo que no; pero ya está debajo de tierra, segun decis, y de consiguiente no puede odiar, no puede vengarse; dejemos la conversacion.

—¿Entonces quieres, dijo el abate, que yo dé á esas personas, que vos considerais enemigos, una recompensa destinada á la fidelidad?

—Es verdad, tenéis razon, dijo Caderousse. Por otra parte, ¿de qué le serviría lo que les deja Edmundo?... lo mismo que una gota de agua que cae en el mar.

—Sin contar con que esa gente puede aniquilarte con un solo ademán, dijo la muger.

—¿Pues cómo? han llegado á ser ricos y poderosos?

—¿Luego no sabeis su historia?

—No; contádmela.

Caderousse pareció reflexionar un instante.

—No, porque sería muy largo.

—Haced lo que mas os convenga, amigo mio, dijo el abate con el acento de la mas profunda indiferencia, yo respeto vuestros escrúpulos; por otra parte lo que haceis es propio de un hombre verdaderamente bueno; no hablemos mas de ello. ¿De qué estaba yo encargado? de una simple formalidad, Venderé este diamante; y le sacó de su bolsillo, abrió la cajita, y lo hizo brillar por segunda vez á los deslumbrados ojos de Caderousse.

—Ven á verlo, muger, dijo este con voz ronca.

—Un diamante; dijo la Carconte levantándose y bajando con un paso bastante firme la escalera.

—¿Qué diamante es este?

—No lo has oido, muger? dijo Caderousse, es un diamante que nos ha legado el pobre chico á su padre á sus tres amigos Fernando, Danglars y Yo y á Mercedes, su prometida. Este diamante vale cincuenta mil francos.

—¡Oh! ¡qué joya tan preciosa! dijo ella.

—¿Con qué nos pertenece la quinta parte de esta suma? dijo Caderousse.

—Si, caballero, repondió el abate; ademas la parte del padre, que me creo autorizado á repartir entre vosotros cuatro.

—¿Y por qué entre los cuatro? preguntó la Carconte.

—Porque sois los cuatro amigos de Edmundo.

—No son amigos los que hacen traicion; murmuró sordamente la muger.

—Si, si, dijo Caderousse; y eso es lo que yo decia. Es casi una profanacion, casi un sacrilegio, recompensar la traicion, el crimen tal vez.

—Vos lo habeis querido, replicó tranquilamente el abate volviendo á colocar el diamante en el bolsillo de su sotana; ahora dadme las señas de los amigos de Edmundo, á fin de que pueda ejecutar su última voluntad.

La frente de Caderousse estaba inndada de sudor; vió que el abate se levantó, se dirigió hácia la puerta, como para echar una ojeada á su caballo, y volvió. Marido y muger se miraban con una expresion indecible.

—¡Seria para nosotros el diamante entero! dijo Caderousse.

—¿Lo crees así? respondió la muger.

—Un eclesiástico no querria engañarnos.

—Haz lo que quieras, dijo la muger. En cuanto á mí, no quiero mezclarme en nada. Y volvió á tomar el camino de la escalera, tiritando y dando diente con diente, á pesar del excesivo calor que hacia. En el último escalon se detuvo un instante.

—Reflexiónalo bien, Gaspar, dijo.

—Ya estoy decidido, respondió Caderousse. La Carconte entró en su cuarto, arrojando un suspiro; oyóse el ruido de sus pasos al pasar por el pavimento hasta que hubo llegado al sillón, donde cayó sentada.

—¿A qué estais decidido? preguntó el abate.

—A deciroslo todo, respondió este.

—Me parece que eso es lo mejor que pudierais hacer, dijo el sacerdote; no porque yo quiera saber lo que vos quereis ocultarme; pero en fin, si podeis ayudarme á distribuir las mandas segun la voluntad del testador, será mejor.

—Así lo espero, respondió Caderousse, con las megillas inflamadas por la esperanza y la ambicion.

—Os escucho, dijo el abate.

—Esperad, podrian interrumpirnos en lo mas interesante de mi relacion, lo cual seria algo desagradable; por otra parte, es inútil que nadie sepa que habeis venido aqui; y se dirigió á la puerta de su posada, la cual cerró, y á la que, para mayor precaucion, echó la barra que solo se debía poner por la noche.

Durante este tiempo, el abate eligió un lugar para escuchar con toda comodidad; se habia sentado en un rincon, de manera que quedaba sumergido en una media oscuridad, mientras que la luz daba de lleno sobre el rostro de su interlocutor, disponiéndose con la cabeza inclinada, las manos cruzadas, ó mas bien crispadas, á escuchar con todos sus cinco sentidos. Caderousse acercó un banquillo, y se colocó frente de él.

—Acuérdate de que yo no te he inducido á que hables; dijo la temblorosa voz de la Carconte, como si al través del pavimento de su cuarto, hubiese podido ver la escena que se preparaba.

—Está bien, está bien, dijo Caderousse; no hablemos mas de ello, déjalo todo á mi cargo.

CAPITULO XXVII.

Declaraciones.

Ante todo, dijo Caderousse; deb., caballero, rogaros que me prometais una cosa.

—¿Cuál? preguntó el abate.

—Que si llegais á hacer uso de los detalles que voy á daros, nadie debe saber jamás que los habeis adquirido de mí, porque aquellos de quienes voy á hablaros son ricos y poderosos, y con que me tocaran solamente con la punta de un dedo me harian pedazos como si fuera de cristal.

—Tranquilizaos, amigo mio, dijo el abate, soy sacerdote, y las confesiones mueren en mi seno. Acordaos de que no tenemos otro fin mas que cumplir dignamente la última voluntad de nuestro amigo. Hablad pues sin temor y sin ódio; decid la verdad, la verdad pura. Yo no conozco y probablemente no conoceré jamás á las personas de que vais á hablarme; por otra parte soy italiano y no francés, pertenezco á Dios y no á los hombres, y pronto volveré á entrar en mi convento del que no he salido mas que para cumplir con la última voluntad de un moribundo.

Esta promesa positiva pareció tranquilizar algun tanto á Caderousse.

—¡Pues bien! En ese caso, dijo Caderousse, quiero, ó mas bien debo desengañaros acerca de esas amistades que el pobre Edmundo creía sinceras y desinteresadas.

—Empecemos por su padre, si gustais, dijo el abate. Edmundo me ha hablado mucho de ese anciano á quien profesaba un amor profundo.

—La historia es triste, caballero, dijo Caderousse inclinando la cabeza. ¿Probablemente sabreis el principio?

—Si, respondió el abate, Edmundo me contó todo hasta el momento en que fué preso en una taberna cerca de Marsella.

—En la Reserva. ¡Oh, Dios mio! si, me acuerdo como si lo estuviera viendo.

—¿No fué en la comida de sus bodas?

—Si, y la comida que tan bien empezó tuvo un fin bastante triste. Un comisario de policia, seguido de cuatro soldados armados, entró y Dantés fué preso.

—Hasta ese suceso es lo que yo sé, dijo el sacerdote. Dantés mismo no sabia mas que lo que le era absolutamente personal, porque no volvió á ver ninguna de las personas que os he nombrado, ni oido hablar de ellas.

—¡Pues bien! una vez preso Dantés, Mr. Morrel corrió á tomar informes que fueron bien tristes. El anciano volvió solo á su casa, dobló su vestido de bodas llorando, pasó todo el dia dando paseos por su cuarto, y no se acostó; porque yo vivia debajo de él, y escuché sus pasos toda la noche; yo mismo, debo decirlo, tampoco dormí; el dolor de aquel pobre padre me causaba mucho mal, y cada uno de sus pasos me estrujaba el corazon como si hubiese puesto el pie sobre mi pecho. Al dia siguiente, Mercedes fué á Marsella para implorar la proteccion de Mr. de Villefort; pero nada obtuvo: en seguida fué á hacer una visita al anciano. Cuando le vió tan sombrío y tan abatido, cuando supo que habia pasado la noche sin acostarse, y que no habia comido desde el dia anterior, quiso llevarle á su casa para prodigarle los cuidados de una hija á un padre; pero el anciano no quiso consentir en ello. «No, decia, no saldré de esta casa; porque á mí es á quien mas ama mi desgraciado hijo, y si sale de la prision, á quien primero correrá á ver será á mí. Y entonces ¿qué diria si no me viese aquí esperándole?»

Yo escuchaba todo esto desde mi cuarto, y hubiera querido que Mercedes determinase al anciano á seguirla; porque aquellos pasos dia y noche sobre mi cabeza no me dejaban descansar.

—¿Pero no subiais vos á consolar al anciano?

—¡Ah! caballero, respondió Caderousse; no se puede consolar al que no quiere ser consolado; y él era de esta especie; además, no se por qué, pero me parecia que tenia repugnancia en verme. Sin embargo, una noche que oia sus sollozos, no pude resistir por mas tiempo y subí; pero cuando llegué á la puerta, ya no sollozaba, oraba.

La elocuencia y ternura de sus palabras, yo no sabré explicarklas.

caballero; aquello era mas que piedad, era mas que dolor; así pues, yo que no soy santurrón y que no gusto mucho de los jesuitas, dije para mí ese día: Ahora me alegro de ser solo y de que Dios no me haya enviado ningún hijo, porque si fuera padre y sintiese un dolor semejante al de ese anciano, no pudiendo hallar en mi memoria ni en mi corazón todo cuanto él dice al Señor, me precipitaria al mar por no sufrir tanto tiempo.

—¡Pobre padre! murmuró el sacerdote.

—Cada vez vivía mas solo y aislado; Mr. Morrel y Mercedes venían á verle á menudo, pero su puerta seguía cerrada; y aunque yo tenía completa seguridad de que estaba en su habitación él no respondía. Un día que, contra su costumbre, recibió á Mercedes, y la pobre joven, igualmente desesperada, procuraba socorrerle: «Creeme, hija mía, la dijo, ha muerto..... y, en lugar de esperarle nosotros, él es quien nos espera.... de este modo yo soy muy feliz porque soy el mas viejo y de consiguiente le verá primero que nadie....»

Por bueno que uno sea, pronto cesa de ver á las personas que le entristecen: el viejo Dantés acabó por quedarse completamente solo. Yo no veía subir á su casa mas que personas desconocidas que bajaban con algun paquete mal encubierto; comprendí despues lo que eran aquellos paquetes; iba vendiendo poco á poco para vivir lo que tenía.

Al fin se agotaron los recursos del pobre anciano... debía tres plazos, le amenazaron con echarle de la casa; entonces que pidió ocho dias de término, le fueron concedidos. Supe estos pormenores porque el casero entró en mi casa despues de haber salido de la suya. Durante los tres primeros dias, oía sus pasos como de costumbre; pero al cuarto ya no oía nada. Me atreví á subir, la puerta estaba cerrada, y al través del agujero de la llave, le ví tan pálido y tan demudado, que, juzgándole muy enfermo, hice avisar á Mr. Morrel y corrí á casa de Mercedes. Los dos se apresuraron á ir á socorrerle. Mr. Morrel llevaba consigo un médico; el cual reconoció que aquella enfermedad era una gastro... enteritis, y le mandó que guardase dieta. Yo estaba allí, caballero, y nunca olvidaré la sonrisa del anciano al oír aquella orden. Desde entonces abrió su puerta; ya tenía una excusa para no comer, puesto que el médico le habia mandado guardar rigurosa dieta.

El abate lanzo un gemido.

—Esta historia os interesa, ¿no es verdad, caballero? dijo Caderousse.

—Si, respondió el abate; me enterece mucho.

—Mercedes volvió y le halló tan demudado, que así como la primera vez quiso transportarle á su casa. Tal era también la opinion de Mr. Morrel: pero el anciano gritó y se desesperó tanto que tuvieron que dejarle. Mercedes se quedó á la cabecera de su cama. Mr. Morrel se alejó, haciendo señal á la catalana de que dejaba una bolsa sobre la chimenea. Pero, escudado con el mandato del médico, el anciano no quiso tomar nada. En fin, despues de nueve dias de desesperacion y de abstinencia, espiró maldiciendo á los que habian causado su desgracia, y diciendo á Mercedes:

—Si volveis á ver á Edmundo, decidle que muero bendiciéndole.

El abate se levantó, dió unos cuantos paseos por el cuarto llevándose entrambas manos á la cabeza.

—¿Y vos creéis que ha muerto?

—De hambre..... caballero, de hambre, dijo Caderousse; os lo aseguro; tan cierto como que los dos somos cristianos.

El abate agarró el vaso de agua medio lleno aun con una mano convulsiva, lo bebió de un solo sorbo y se volvió á sentar con los ojos inflamados y las mejillas pálidas.

—Confesad que es una desgracia, dijo con voz ronca.

—Tanto mayor, cuanto que Dios no se ha mezclado en nada los hombres únicamente tienen la culpa de todo.

—Pasemos pues á hablar de esos hombres, dijo el abate; pero pensad que os habeis comprometido á decírmelo todo: veamos; ¿qué hombres son esos que han hecho morir al hijo de desesperacion y al padre de hambre?

—Dos hombres celosos de él, caballero. El uno por amor, el otro por ambicion, Fernando y Danglars.

—¿Y como se manifestaron esos celos, decidme?

—Denunciaron á Edmundo como agente bonapartista.

—¿Pero quién de los dos le denunció? ¿quién de los dos fué el verdadero culpable?

—Ambos, caballero; el uno escribió la carta, el otro la echó al correo.

—¿Y dónde se escribió la carta?

—En la misma Reserva, la víspera del casamiento.

—Eso es, eso es, murmuró el abate. Oh! Faria! Faria! ¡qué bien conocia los hombres y las cosas!

—¿Qué decis, caballero? preguntó Caderousse.

—Nada, replicó el sacerdote, continuad.

—Danglars fué quien escribió la denuncia con la mano izquierda para que su letra no fuese conocida, y Fernando quien la envió.

—Pero, exclamó de repente el abate, vos estabais allí!...

—Yo, dijo Caderousse asombrado, ¿quién os ha dicho que yo estaba?

El abate vió que se habia adelantado demasiado.

—Nadie, dijo: pero para estar tan al corriente de todos esos detalles es preciso que hayais sido testigo de ellos.

—Es verdad, dijo Caderousse, con voz ahogada, allí estaba.

—¿Y no os opusisteis á esa infamia? dijo el abate, entonces sois su cómplice.

—Caballero, dijo Caderousse, me habian hecho beber los dos hasta el punto que perdí la razon. Todo lo veia como al traves de una nube. Dije cuanto puede decir un hombre en este estado; pero me respondieron que solo era una chanza lo que habian intentado hacer, y que esta chanza no tendria consecuencia.

—Al dia siguiente, caballero, al dia siguiente, bien visteis que tuvo consecuencia; sin embargo no dijisteis nada, y estabais allí cuando le prendieron.

—Sí, estaba allí, y quise hablar, quise decirlo todo, pero Danglars me contuvo. «Y si es culpable por casualidad, si verdaderamente ha arribado á la isla de Elba, si está encargado de una carta para la junta bonapartista de Paris, si le encuentran esa carta, los que le hayan sostenido pasarán por cómplices suyos. Tuve miedo de la policía tan rigurosa que habia en aquel tiempo. Lo confieso, me callé, fué una cobardía, convengo en ello, pero no fué un crimen.

—Comprendo, dejásteis obrar, ya estoy.

—Sí, caballero, respondió Caderousse, y eso me causa dia y noche espantosos remordimientos. Muchas veces pido perdón á Dios, os lo juro, tanto mas cuanto que esta accion, la única que tengo que echarme en cara en mi vida, es sin duda alguna la causa de mis adversidades. Espió un instante de egoismo; así pues eso es lo que yo digo siempre á la Carconte cuando me viene con quejas: «Cállate muger, Dios lo quiere así.» Y Caderousse bajó la cabeza dando todas las muestras de un verdadero arrepentimiento.

—Bien, bien, dijo el abate, habeis hablado con franqueza; acusar-se de ese modo, es merecer el perdón.

—Desgraciadamente, dijo Caderousse, Edmundo ha muerto y no me ha perdonado.

—Sin duda lo ignoraba, dijo el abate.

—Pero ahora lo sabrá tal vez, replicó Caderousse, dicen que los muertos todo losaben,

Hubo un instante de silencio: el abate se habia levantado y se paseaba pensativo, despues se dirigió al sitio que ocupaba antes y se volvió á sentar con abatimiento.

—Me habeis nombrado ya por dos tres veces á un tal Mr. Morrel, le dijo, ¿quién es ese hombre?

—Era el armador del *Faraon*, el principal de Dantés.

—¿Y qué especie de papel ha hecho ese hombre en todo este triste suceso? preguntó el abate.

—¡Ah! el papel de un hombre de bien, de un hombre honrado, caballero, veinte veces intercedió por Edmundo, y cuando el emperador volvió á ocupar el trono escribió, suplicó, amenazó, en fin, hizo tanto por salvar á aquel desgraciado que en la segunda restauracion fué perseguido como bonapartista; veinte veces, como ya os he dicho, fué á casa del padre de Dantés para llevarlo á la suya, y la vispera ó la antevispera de su muerte, como ya os he dicho tambien, dejó sobre la chimenea un bolsillo con el cual pudieren pagarse la deudas de aquel buen hombre y atender á los gastos de su entierro, de manera que aquel desgraciado anciano llegó á morir como habia vivido sin causar ningun perjuicio á nadie; yo mismo conservo aun aquel bolsillo, un bolsillo de seda encarnada.

—¿Y vive aun ese señor Morrel?... preguntó el abate.

—Sí, si señor, dijo Caderousse.

—En ese caso, continuó el abate, á ese hombre lo habrá bendecido el cielo... y será rico... feliz...

Caderousse se sonrió amargamente.

—Sí, feliz, tan feliz como yo, dijo.

—¡Pues qué! el señor Morrel es tan desgraciado! exclamó el abate.

—Se halla ya á las puertas de la miseria, caballero, y lo que es peor aun, á las del deshonor.

—¿Pues cómo es eso?

—¿Qué quereis?... continuó Caderousse, de esas cosas que suceden; despues de veinte y cinco años de un continuo trabajo, despues de haber adquirido un honroso lugar entre los comerciantes de Marsella, el desgraciado Mr. Morrel se ha arruinado completamente. Ha perdido cinco buques en dos años, ha sufrido tres quiebras espantosas, y todas sus esperanzas están cifradas ahora en ese mismo *Faraon* que mandaba el pobre Dantés, que segun dice debe volver de las Indias con un cargamento de cochinilla y de añil. Si el *Faraon* naufraga tambien como los otros, el señor Morrel quedará perdido, enteramente perdido.

—¿Y tiene muger.... tiene hijos ese desgraciado?

—Si señor, tiene una muger que ha sobrellevado las desgracias de su esposo como una santa, tiene una hija que estaba para casarse con un hombre á quien amaba, y cuya familia no quiso consentir en que se casase con la hija de un comerciante quebrado; y tiene ademas un hijo teniente de no sé qué cuerpo; pero como comprendereis muy bien, todo esto aumenta el dolor en vez de dulcificarlo á ese infeliz y honrado señor Morrel. Si fuese solo, es decir, si no tuviese familia, se levantaría la tapa de los sesos y punto concluido.

—Pero eso es horroroso, interrumpió el abate.

—He ahí como recompensa Dios la virtud, caballero, dijo Caderousse. Mirad, yo, que nunca he hecho ninguna mala accion, escepto la que ya os he contado, me encuentro en la miseria mas deplorable. Despues de ver morir á mi pobre muger de una fiebre, sin poder hacer nada por ella, moriré de hambre como el padre de Dantés, mientras que Fernando y Danglars nadan en oro.

—¿Pues cómo?

—Porque todo les sale bien, al paso que á mí, que soy un hombre honrado, todo me sale mal.

—Qué ha sido de Danglars, el mas culpable ¿no es así?

—¿Qué ha sido de él? abandonó á Marsella; entró por recomendacion de Mr. Morrel, que ignoraba su crimen, de primer dependiente en casa de un banquero español. En tiempo de la guerra de España se encargó de una parte en las provisiones del ejército francés, é hizo fortuna: con ese primer dinero, jugó sobre los fondos públicos y triplicó, cuatriplicó, sus capitales, y viudo despues de la hija de su principal, se casó con otra viuda llamada Mad. Nargonne, hija de Mr. de Servieux, canceller del rey actual, y que goza de la mayor influencia. Habia legado á ser millonario, le hicieron conde, de modo que ahora es conde Danglars, y posee un magnífico palacio en la calle de Mon-Blanc, diez soberbios caballos, seis lacayos en la antecala, y no sé cuantos millones en sus cajas.

—¡Ah! exclamó el abate con un acento singular; ¿y es feliz?

—¡Ah! feliz, ¿quién puede decir eso? la desgracia ó la felicidad es secreto de las paredes; las paredes oyen, pero no hablan; de manera

que si para ser feliz solo se necesita tener una gran fortuna, Danglars goza de la mas completa felicidad.

—¿Y Fernando?

—¿Fernando? eso ya es otra cosa.

—¿Pero cómo ha podido hacer fortuna un pobre pescador catalan sin recursos, sin educacion? eso es lo que me pasma; os lo confieso.

—Pues eso está aquí pasando todos los dias; es necesario que haya en su vida algun secreto estraño que nadie conoce.

—Pero en fin; ¿por medio de qué escalones visibles ha subido á esa fortuna ó tomado esa posicion tan elevada?

—Ambas cosas, caballero, ambas cosas; posee á la vez riquezas y posicion.

—¡Vamos! eso parece cosa de novela.

—Ello así lo parece, pero escuchadme, y todo lo comprendereis.

A Fernando, algunos dias antes de la vuelta de Dantés, le habia tocado la suerte de soldado; los Borbones le dejaron tranquilo en los Catalanes; pero Napoleon volvió, se decretó otra quinta estraordinaria, y Fernando se vió obligado á partir. Yo tambien partí; pero como era mas viejo que él y acababa de casarme fuí enviado solamente á las costas; Fernando fué agregado á las tropas activas, pasó la frontera con su regimiento y asistió á la batalla de Ligny. La noche que siguió á la batalla estaba de centinela á la puerta de un general que tenia relaciones secretas con el enemigo. Aquella misma noche debia reunirse con los ingleses; propuso á Fernando que le acompañase: aceptó, abandonó su puesto y siguió al general. Y lo que habria sido causa de que se formase á Fernando un consejo de guerra, si Napoleon hubiera permanecido sobre el trono, le sirvió de recomendacion á la vuelta de los Borbones. Así pues entró en Francia con la charretera de subteniente; y como la proteccion del general, que goza de gran favor, no le abandonó, ya era capitán en el año de 1823, en tiempo de la guerra de España, es decir en el momento que Danglars arriesgaba sus primeras especulaciones. Fernando era español; fué enviado á Madrid á fin de instruirse del estado de la opinion pública. Allí encontró á Danglars, se asoció con él, prometió á su general un apoyo entre los realistas de la capital y de las provincias, recibió promesas, se comprometió, guió su regimiento por caminos conocidos solo de él, por desfiladeros guardados por los realistas, y en fin, hizo tales servicios en esa corta campaña, que despues de la toma del Trocadero, fué nombrado coronel y recibió la cruz de oficial de la Legion de Honor con el título de baron.

—¡Oh! destino! destino! murmuró el abate.

—Sí, pero escuchad, aun no es eso todo. Concluida la guerra de España, la carrera de Fernando se hallaba interrumpida por la larga paz que prometia reinar en Europa. La Grecia solamente se habia sublevado contra la Turquía y acababa de empezar la guerra de su independendia; todas las miradas estaban fijas en Atenas; era moda entonces compadecer y sostener á los griegos. El gobierno francés, sin protegerlos abiertamente como sabeis toleraba los emigraciones

parciales. Fernando solicitó y obtuvo permiso de ir á servir á Grecia, aunque sin dejar de pertenecer al ejército francés. Algun tiempo despues se supo que el baron Morcerf, este era el nombre que llevaba, habia entrado al servicio de Ali-Bajá, con el grado de general-instructor. Aquel fué muerto, como sabeis ya, pero antes de morir recompensó los servicios de Fernando dejándole una suma considerable con la cual se volvió á Francia, donde le fué confirmado su grado de teniente general.

—¿De manera que hoy?... preguntó el abate.

—De manera que hoy, prosiguió Caderousse, es conde, diputado, y posee un magnífico palacio en Paris, calle de Helder, núm 27.

El abate permaneció un instante pensativo y como vacilando, pero al fin hizo un esfuerzo sobre si mismo.

—¿Y Mercedes? dijo, me habian asegurado... que habia... desaparecido...

—Si, desaparecido, dijo Caderousse, como desaparece el sol para salir al dia siguiente mas brillante.

—¡Ah! ¿tambien ha hecho fortuna? preguntó el abate con una sonrisa irónica.

—Mercedes es á estas horas una de las señoras de mas alto rango de Paris, replicó Caderousse.

—Continuad, dijo el abate; me parece un sueño todo lo que oigo. Pero tambien he visto yo cosas tan extraordinarias, que ya no me asombran tanto las que me referís.

—Mercedes se desesperó por la manera imprevista con que habia desaparecido Edmundo. Ya os he dicho las instancias que hizo á Mr. de Villefort, y el interés que manifestó hácia el padre de Dantés. En medio de su desesperacion un nuevo dolor la sobrecogió, y fué la partida de Fernando, de Fernando, cuyo crimen ignoraba, y á quien miraba como á su hermano. Fernando partió y Mercedes quedó sola.

Tres meses pasaron, durante los cuales la desgraciada no hizo otra cosa mas que llorar, no tenia noticias de Edmundo ni de Fernando; solo tenia delante de si un desgraciado anciano que pronto iba á morir tambien de desesperacion.

Una noche, despues de haber permanecido sentada todo el dia como de costumbre en la division de los dos caminos de los cuales uno se dirige á Marsella y el otro conduce á los Catalanes, entró en su casa mas abatida que nunca; ni su amante ni su amigo volvian por ninguno de los dos caminos, y tampoco tenia noticia de ninguno de los dos.

De repente le pareció oír unos pasos que la eran conocidos, se volvió con ansiedad, la puerta se abrió, y vió aparecer á Fernando con su uniforme de subteniente.

No era ni la mitad de todo lo que deseaba: pero al fin siempre era un consuelo el que recibía.

Mercedes estrechó las manos de Fernando con un transporte que este calificó de amor, y que no era mas que la alegría de no verse sola en el mundo, y de volver á ver al fin á un amigo despues de las largas horas de tristeza y de soledad que habia pasado; además, preciso es decirlo, Fernando no habia sido nunca aborreci-

do, no era amado y nada mas. Otro era el que poseia el corazon de Mercedes, pero este otro se hallaba ausente... habia desaparecido... Tal vez habria muerto. A esta última idea ella se deshacia en gemidos y sollozos, y se torcia los brazos de desesperacion; pero esta idea, que ella rechazaba cuando le fué sugerida por otro, se le presentaba entonces en su imaginacion. Por otra parte, el anciano Dantés no cesaba de decirla: «Nuestro Edmundo ha muerto, porque si tal no hubiese sido, ya estaria con nosotros.»

El anciano murió como ya os he dicho; que si no tal vez Mercedes no hubiera sido de otro: por que él estaria allí para echarla en cara su infidelidad. Fernando comprendió esto. Cuando supo la muerte del anciano, volvió. Esta vez ya era teniente. A su primer viaje, no habia dicho á Mercedes ni una sola palabra de amor, al segundo la recordó el que la profesaba.

Mercedes, le pidió seis meses de plazo para esperar y llorar á Edmundo.

—De manera que, dijo el abate con una sonrisa amarga, eran diez y ocho meses. ¿Puede pedir mas el amante mejor correspondido? Despues murmuró estas palabras del poeta inglés:

Fraillly ty name is Woman! (Fragilidad, tienes nombre de muger).

—Seis meses despues, respondió Caderousse, el casamiento se verificó en la iglesia de Accoules.

—La misma iglesia donde debia casarse con Edmundo, murmuró el sacerdote.

—Mercedes se casó, pues, continuó Caderousse; pero aun que á los ojos de todos afectase parecer serena y tranquila, poco la faltó para desmayarse en la misma Reserva, donde diez y ocho meses antes habia sido celebrada su boda con aquel á quien hubiese visto que amaba aun, si hubiera osado mirar en el fondo de su corazon. Fernando era feliz, pero no estaba tan tranquilo, por que temia sin cesar la vuelta de Edmundo; se ocupó al punto de marcharse lejos de los Catalanes, por que allí tenia que temer muchos peligros y combatir muchos recuerdos. Ocho dias despues de la boda, partieron.

—¿Y volvisteis á ver á Mercedes? preguntó el sacerdote.

—Si, en tiempo de la guerra de España, en Perpiñan, donde la dejó Fernando; entonces estaba dando educacion á su hijo.

El abate se estremeció.

—¿A su hijo? dijo:

—Si, respondió Caderousse, á su Alberto.

—Pero para instruir á su hijo, continuó el abate, necesitaba ella haber recibido educacion. Me parece haber oido decir á Edmundo que era hija de un pobre pescador, hermosa, pero inculta.

—¡Oh! dijo Caderousse conocia tan mal á su prometida! Mercedes hubiera podido ser reina, si la corona se debiera colocar solamente sobre las cabezas mas hermosas y mas inteligentes! Su fortuna crecia, y su talento crecia á la vez de día en día. Estaba aprendiendo el dibujo, la música, en fin todo lo que hay que saber. Por otra parte, yo creo, aquí para entre nosotros, que solo hacia aquello para distraerse, para olvidar, en fin, para acallar aquella voz constante que resonaba

en su corazón. Pero ahora ya debe decirse todo, continuó Caderousse, sin duda la habrán consolado algo su fortuna y sus honores; es rica y condesa, pero.....

Caderousse se detuvo.

—¿Pero qué? preguntó el abate.

—Pero estoy seguro de que no es feliz, dijo Caderousse.

—¿Y por qué lo creéis así?

—Cuando me hallé tan desgraciado, pensé que mis antiguos amigos me ayudarían en algo. Me presenté en casa de Danglars, el cual no me recibió. Fui á casa de Fernando, quien me hizo entregar cien francos por medio de su ayuda de cámara.

—¿Luego no visteis ni á uno ni á otro?

—No, pero Mad. de Morcerf, sí, me vió.

—¿Pues cómo?

—Cuando salí cayó un bolsillo á mis pies con veinte y cinco luis. Levanté de repente la cabeza, y vi á Mercedes que volvía á cerrar la persiana.

—¿Y Mr. de Villefort? preguntó el abate.

—¡Oh! él no había sido mi amigo, á él no le conocía yo, y tampoco tenía nada que pedirle.

—¿Pero no sabéis lo que fué de él, y la parte que tomó en la desgracia de Edmundo?

—No: únicamente sé que algun tiempo despues de haberle hecho prender, se casó con la señorita de Saint-Meran, y pronto abandonó á Marsella. Sin duda alguna le habrá sonreído la fortuna como á los demás, sin duda alguna será rico como Danglars, considerado como Fernando; yo solamente, ya lo veis, he permanecido pobre, mas pobre que antes, miserable y olvidado de Dios.

—Os engañais, amigo mio, dijo el abate. Dios parece olvidar á veces cuando su justicia descansa, pero siempre llega un momento en que se acuerda de ella, y hé aquí la prueba.

Al decir estas palabras, el abate sacó el diamante de su bolsillo, y presentándole á Caderousse:

—Tomad, le dijo, tomad este diamante, es para vos.

—¿Cómo? ¿para mí solo? exclamó Caderousse. ¡Ah! caballero! ¿no os burlais?

—Este diamante debía ser repartido entre los amigos de Edmundo, no tenía mas que un amigo, él solo debe poseerlo. Tomad ese diamante y vendedle; vale cincuenta mil francos, os lo repito, y esta suma, creo que bastará para sacaros de la miseria.

—¡Oh! caballero, dijo Caderousse adelantando tímidamente una mano y limpiándose con la otra el sudor que corría por su frente; ¡oh! caballero, no os burleis de ese modo de la felicidad y de la desesperacion de un hombre!

—Demasiado sé lo que son la dicha y la desesperacion, y nunca me burlaré de tales sentimientos, respondió el abate, tomadlo pues, pero en cambio...

Caderousse, que tocaba ya con la punta de sus dedos el diamante, retiró su mano. El abate se sonrió.

—En cambio, continuó, dadme ese bolsillo de seda encarnado que Mr. Morrel dejó sobre la chimenea del anciano Dantés y que está aun en vuestras manos.

Caderousse cada vez mas asombrado, se dirigió hacia un gran armario de madera de encina, lo abrió, y entregó al abate un bolsillo largo, de seda encarnada bastante usado, y al rededor del cual habia dos anillos de cobre dorado en otro tiempo. El abate lo tomó y en su lugar dió el diamante á Caderousse.

—¡Oh! sois el mejor de todos los hombres, caballero, exclamó Caderousse, porque nadie sabia que Edmundo os habia dado este diamante, y vos hubierais podido guardarlo.

—¡Bueno! dijo el abate para sí, segun parece, eso seria lo que tú hubieses hecho!

El abate se levantó, tomó su sombrero y sus guantes.

—¿Con que, dijo, todo lo que me habeis dicho es cierto, no es asi, y puedo creerlo sin temor?

—Mirad, señor abate, dijo Caderousse, ahí veis en aquel rincon de la pared un crucifijo de madera; sobre esta mesa mirad el libro de los cuatro evangelios que pertenece á mi muger ¡abrid ese libro, y os juraré por la salvacion de mi alma á fé de cristiano, que os he dicho la verdad, la pura verdad, como si estuviera en presencia de Dios el dia del juicio final!

—Bien está, dijo el abate convencido por aquel acento de que Caderousse no mentia, está bien; me alegraré que hagais buen uso de ese dinero. Adios, vuelvo á alejarme de los hombres que tanto mal se hacen los unos á los otros.

Y librándose el abate con gran trabajo de los entusiasmados transportes de Caderousse, levantó él mismo la barra de la puerta, salió, volvió á subir á caballo, saludó por última vez al posadero que se deshacia en profundísimos saludos, y partió tomando el mismo camino que habia trahido para venir.

Cuando Caderousse se volvió, vió detrás de él á la Carconte mas pálida y temblorosa que nunca.

—¿Es cierto lo que he oido? dijo.

—¿Cómo? que nos daba el diamante para nosotros solos? dijo Caderousse loco de alegría.

—¡Si!

—Ciertísimo, y sino mirale aquí.

La muger le miró un instante, despues dijo con voz sorda:

—¿Y si fuese falso?

Caderousse se quedó pálido como la muerte.

—Falso, murmuró, falso... Y para qué me habia de dar ese hombre un diamante falso?

—¡Para poseer tu secreto sin pagarlo, imbécil!

Caderousse permaneció un momento aturdido bajo el peso de tal suposicion.

—¡Oh! dijo al cabo de un instante y tomando su sombrero, el cual se encasquetó sobre el pañuelo encarnado liado á su cabeza: ¡pronto lo sabremos!

—¿Y de qué modo?

—Acuérdate de que hoy es la feria de Beaucaire; que en ella hay muchos joyeros de París: voy á ir á enseñársele. Tú cuida de la casa, muger, dentro de dos horas estaré de vuelta.

Y Caderousse se lanzó al campo y tomó corriendo el camino opuesto al que seguía el desconocido.

—¡Cincuenta mil francos! murmuró la Carconte así que se hubo quedado sola; es bastante dinero... pero ¡no es una cosa del otro mundo!

CAPITULO XXVIII

Los registros de cárceles.

Al dia siguiente de aquel en que habia pasado en el camino de Bellegarde á Beaucaire la escena que acabamos de describir, un hombre de treinta á treinta y dos años, vestido con un frac azul mezcilla, con un pantalon de Nankin y un chaleco blanco, en cuyo sugeto se conocian á la vez continente y acento británicos, se presentó en casa del Alcalde de Marsella.

—Caballero, le dijo, soy el primer dependiente de la casa Thomson y French de Roma; estamos hace diez años en relaciones de comercio con la casa Morrel é hijos de Marsella; tenemos entabladas negociaciones por valor de mas de cien mil francos y nos hallamos algo inquietos á causa de los rumores de quiebra, que corren respecto de dicha casa. Acabo de llegar espresamente de Roma para pedirnos informes acerca de la veracidad que tengan estos rumores.

—Caballero, respondió el Alcalde, en efecto, tengo entendido que hace cuatro años que la desgracia parece perseguir á Mr. Morrel; ha perdido sucesivamente cuatro ó cinco buques, y ha sufrido tres ó cuatro quiebras; pero no me corresponde á mí, sin embargo de ser tambien acreedor de Mr. Morrel por mas de diez mil francos, el dar ningun informe acerca del estado de su fortuna. Preguntadme como alcalde lo que pienso de Mr. Morrel, y os responderé que es un hombre en extremo honrado, y que hasta ahora ha cumplido todos sus compromisos con la mayor exactitud. Esto es todo lo que puedo decir, caballero; si quereis saber mas, dirigios á Mr. de Boville, inspector de cárceles, calle de Nouailles, número 15; segun creo, tiene colocados doscientos mil francos en la casa Morrel, y si en realidad hay algo que temer, como esa suma es mucho mas considerable que la mia, probablemente le encontrareis mejor informado que yo respecto á ese punto.

El inglés pareció apreciar esta delicadeza del alcalde, saludó, salió y se encaminó con ese paso peculiar á los hijos de la Gran Bretaña, hácia la calle indicada.

Mr. de Boville estaba en su gabinete; al verle, el inglés hizo un movimiento de sorpresa que parecia indicar no era aquella la primera vez que se hallaba delante de aquel á quien venia á visitar. En cuanto á Mr. de Boville, estaba tan desesperado que era probable que todas sus facultades estuviesen absortas en el pensamiento que le ocupaba en aquel instante. El inglés, con esa sangre fria tan característica á los de su nacion, le hizo casi en los mismos términos la misma pregunta que acababa de hacer al alcalde de Marsella.

—¡Oh! caballero, exclamó Mr. de Boville, vuestros temores son desgraciadamente muy fundados; bastante me cuesta á mí tambien ese suceso. Yo tenia doscientos mil francos en la casa Morrel, cuya suma era el dote de mi hija, que iba á casarse dentro de quince dias; debia cobrarlos en dos plazos, cien mil el 15 de este mes, y cien mil el 15 del que viene. Yo habia suplicado á Mr. Morrel que este reembolso fuese hecho con exactitud, y aun no hace media hora, caballero, que vino á decirme que si su buque el *Faraon* no estaba de vuelta para el 15, se hallaria en la imposibilidad de pagarme.

—En efecto, dijo el inglés, eso tiene trazas de una moratoria.

—¡Decid mas bien, caballero, que tiene trazas de una quiebra! exclamó Mr. de Boville desesperado.

El inglés pareció reflexionar un momento, despues dijo: ¿conque desconfiais de cobrar vuestro crédito?

—No señor, sino que le tengo por perdido.

—Pues bien, os lo compro.

—¿Vos?

—Si, yo.

—¿Sin duda con un descuento enorme?

—No por cierto, os daré por él doscientos mil francos; nuestra casa añadió el inglés riendo, no hace semejantes negocios.

—¿Y pagais?...

—Al contado.

Y el inglés sacó de su bolsillo un paquete de billetes de banco que componian el doble de la suma que Mr. de Boville pensó perder. Un rayo de alegría brilló en el rostro del inspector; mas sin embargo hizo un esfuerzo sobre si mismo y dijo:

—Caballero, debo preveniros que segun todas las probabilidades no os reintegrareis de la sesta parte de esa suma.

—Eso á mí no me importa, respondió el inglés, sino á la casa de Thomsom y French que represento. Tal vez le interese apresurar la ruina de una casa que tenia como rival. Pero lo único que sé, caballero, es que estoy pronto á entregaros dicha suma en pago de la cesion que me hagais de vuestro crédito; pero os pediré sin embargo un derecho de corretage.

—¡Cómo! caballero, nada mas justo, exclamó Mr. de Boville. Esta clase de comision se paga ordinariamente al uno y medio por ciento, pues bien, ¿quereis el dos?... ¿quereis el tres?... ¿quereis el cinco? ¿quereis mas aún? hablad decidme si quereis mas.

—Nada, replicó el inglés riendo, yo soy como la casa á que perteneczo; no hago esa clase de negocios, no; mis derechos de cor-

retage son de otra naturaleza muy distinta que la que vos creéis.

—Hablad pues, caballero, decid lo que quereis; estoy pronto á escucharos.

—¿Sois inspector de cárceles, no es verdad?

—Hace mas de catorce años.

—¿Y conservais en vuestro poder los registros de entradas y salidas de presos?

—Sin duda alguna.

—¿Y esos registros estarán acompañados probablemente de notas relativas á los presos?

—Cada uno tiene la suya.

—Pues bien, caballero, he sido educado en Roma por un pobre diablo, un abate que desapareció de repente. Supe despues que habia estado confinado en el castillo de If, y quisiera saber algunos pormenores acerca de su muerte.

—¿Cómo se llamaba?

—El abate Faria.

—¡Oh! me acuerdo perfectamente, exclamó Mr. de Boville, estaba loco.

—Eso decian.

—¡Oh! yo lo aseguro.

—¿Es posible? ¿y qué género de locura era la suya?

—Pretendia saber el lugar donde se hallaba oculto un tesoro incalculable, y ofrecia sumas inmensas al gobernador si queria ponerle en libertad.

—¡Pobre hombre! Y ha muerto?

—Si señor, hace cinco ó seis meses, en febrero precisamente.

—Muy buena memoria debeis tener sin duda para acordaros de todos esos pormenores.

—Los tengo tan presentes, porque su muerte fué acompañada de una circunstancia muy singular.

—¿Podré saberla? preguntó el inglés con una espresion de curiosidad, que un observador profundo se hubiese admirado de encontrar en su flemática fisonomía.

—¡Oh! si señor, no hay inconveniente, el calabozo del abate estaba distante como unos cuarenta ó cincuenta pies del de un bonapartista, de los que mas habian contribuido á que volviere el usurpador en 1815, hombre muy resuelto y en extremo peligroso.

—¡De verás! dijo el inglés.

—Si, respondió Mr. de Boville, yo mismo tuve la ocasion de ver á ese hombre en 1816 ó 1817, y no se bajaba nunca á su calabozo sino escoltado de un piquete de soldados; este hombre me causó una profunda impresion y no olvidaré jamás su fisonomía.

El inglés se sonrió imperceptiblemente.

—Y decís que los dos calabozos.....

—Estaban separados por una distancia de cincuenta pies, mas parece que el tal Edmundo Dantés....

—¡Ah! aquel hombre tan peligroso se llamaba....

—Edmundo Dantés. Si señor, parece que este tal se habia procu-

rado herramientas ó las habia fabricado, pues se descubrió un corredor por el cual se comunicaban los dos presos.

—Cuyo corredor habria sido practicado sin duda con objeto de verificar una evasión.

—En efecto; pero desgraciadamente para los presos el abate Faria fué acometido de una catalepsis y murió.

—Ya comprendo; y este accidente debió frustrar todos sus proyectos de fuga.

—Para el muerto sí, respondió Mr. de Boville, mas para el vivo al contrario: en esto vió Dantés un medio de apresurar su fuga; pensaba sin duda que los presos muertos en el castillo de If eran enterrados en un cementerio ordinario; transportó el difunto á su cuarto y ocupó su lugar, poniéndose el saco en que habian metido al muerto, y esperó el momento del entierro.

—Era un medio arriesgado y que indicaba valor, dijo el inglés.

—¡Oh! ya os he dicho que era hombre muy resuelto y peligroso; pero por fortuna él mismo tranquilizó al gobernador sobre los temores que le inspiraba.

—¿Pues cómo?

—¿No lo adivináis?

—No.

—El castillo de If no tiene cementerio; sino que arrojan siempre los muertos al mardespuesde haberles atado á los pies una bala de treinta y seis.

—¿Es posible! exclamó el inglés.

—Si señor, continuó el inspector. Comprenderéis facilmente cual debió de ser la admiracion del fugitivo cuando se sintió precipitado desde una altura bastante elevada; hubiera querido ver su fisonomia en aquel momento.

—No habria sido fácil.

—No importa, dijo Mr. de Boville, á quien la certeza de ser poseedor de doscientos mil francos que creía perdidos le tenia de muy buen humor; no importa yo me la figuro. Y se echó á reir.

—Y yo tambien, dijo el inglés. Y acompañó en su risa al inspector de cárceles.

—Con que, en resumidas cuentas, dijo el inglés, que fué el primero en recobrar su sangre fria, ¿se ahogó el fugitivo?

—Perfectamente.

—¿De manera que el gobernador del castillo se vió libre á la vez del furioso y del loco?

—Justamente.

—¿Pero se sacaria testimonio de aquel suceso? preguntó el inglés.

—Sí, sí, acta mortuoria. Por que á los parientes de ese Dantés, si los tenia, podia interesar saber si estaba muerto ó vivo.

—De suerte que pueden estar tranquilos si por acaso han heredado de él.

—No hay la menor duda, está muerto y bien muerto.

—Pues señor, si es así, ¡Dios le haya perdonado! dijo el inglés. Pero volvamos á los registros.



—Es verdad. Esta historia nos habia alejado de ellos, os pido mil perdones.

—¿Perdones, de qué? de haberme contado esa historia? Toda ella me ha parecido sumamente curiosa.

—Y lo es en efecto. ¿De modo qué deseareis saber lo relativo á nuestro pobre abate, que era la dulzura personificada?

—Tendria sumo placer en ello.

—Pues pasemos á mi gabinete, y os enseñaré el registro que deseais ver.

Y se dirigieron al gabinete de Mr. de Boville.

Todo estaba efectivamente colocado en el mejor orden, el registro de cada preso tenia su número, y cada cárcel ó prision su legajo separado.

El inspector hizo sentar al inglés en su sillón, y puso delante de él el legajo relativo al castillo de If, dejándole examinarlo, mientras que sentado él en otro sillón leia un periódico.

El inglés encontró fácilmente el asiento respectivo al abate Faria, pero sin duda la historia que le habia contado Mr. de Boville le habia interesado vivamente, porque despues de haberse enterado de aquellas notas, continuó hojeando hasta que llegó á las pertenecientes á Edmundo Dantés. Allí encontró cada cosa en su sitio; denuncia, interrogatorio, peticion de Mr. Morrel, informes de Mr. de Villefort. Dobló con gran cuidado la denuncia, la guardó en su bolsillo, leyó el interrogatorio, y vió que el nombre de Noirtier no estaba allí; recorrió la solicitud que con fecha 10 de abril de 1815 habia hecho Morrel, y en la cual exageraba con una excelente intencion, pues Napoleon reinaba entonces, los servicios que Dantés habia prestado á la causa imperial, servicios que el certificado de Villefort hacia incontestables. Entonces lo comprendió todo. Esta solicitud á Napoleon, guardada por Villefort, habia servido en la segunda restauracion como un arma terrible en manos del procurador del rey. Así, pues, no se admiró al hojear el registro, de hallar en él la nota siguiente:

EDMUNDO DANTES: { Bonapartista acérrimo, ha tomado una parte muy activa en la vuelta del usurpador de la isla de Elba. Debe conservársele perfectamente custodiado, y bajo la mas rigurosa incomunicacion.

Al pié de estas líneas habia escrito con diferente clase de letra: «A consecuencia de la nota anterior, visto.»

Tan solo comparando la letra de la nota con la del certificado puesto debajo de la solicitud de Morrel, fué como se cercioró Edmundo de que ambas cosas estaban escritas por la misma mano, es decir, por Villefort.

En cuanto á la otra nota con que terminaba aquella especie de sumaria, el inglés comprendió que debia haber sido puesta por algun inspector que se habia tomado un interés pasajero por la situacion de Dantés pero que el informe que acabamos de citar habia imposibilitado que continuase aquel interés.

Así como hemos dicho, el inspector por discrecion y por no incomodar al discípulo del abate Faria en sus pesquisas, se habia alejado y leia *la Bandera blanca*. Así, pues, no pudo ver que el inglés dobló y puso en el bolsillo la denuncia escrita por Danglars bajo el emparado de la Reserva, y que llevaba el timbre del correo de Marsella, 27 de febrero, salido á las seis de la tarde. Pero, preciso es decirlo, aun que lo hubiese visto, daba muy poca importancia á aquel papel, y demasiada á sus doscientos mil francos, para oponerse á lo que hacia el inglés, por indebido que fuese.

—Gracias, dijo este cerrando estrepitosamente el registro, ya tengo lo que necesito; ahora á mí me corresponde cumplir mi promesa; hacedme una simple cesion de vuestro crédito; reconoced haber recibido en cesion el importe, y voy á entregaros la suma.

Y cedió su lugar á Mr. de Boville, que se sentó sin cumplimiento y se apresuró á estender la cesion pedida, mientras el inglés contaba los billetes de banco en un lado de la mesa de caja.

CAPITULO XXIX.

La casa Morrel.

El que hubiese abandonado á Marsella algunos años antes conociendo el interior de la casa Morrel, y entrara en ella en la época en que hablamos, encontraría un gran cambio. En lugar de ese aire de vida y de felicidad que exhala, por decirlo así, de una casa próspera, en lugar de esas fisonomias alegres y risueñas que se muestran detras de las cortinas de las ventanas, de esos dependientes afanados que atraviesan los corredores con una pluma detras de la oreja; en lugar de un patio lleno de fardos, hubiese hallado á primera vista cierto no sé qué de triste y de imponente en aquellos corredores desiertos y en aquel patio vacío. De los numerosos empleados que poblaban en otro tiempo las oficinas, dos habian quedado únicamente: uno era un jóven de veinte y tres á veinte y cuatro años, llamado Manuel Raimundo, el cual amaba á la hija de Mr. Morrel, y habia permanecido en la casa á pesar de los esfuerzos que hicieron sus padres para separarle de ella; el otro era un anciano cajero, tuerto y llamado Coelés, apodo que le habian puesto los jóvenes que poblaban aquella gran casa, entonces casi inhabitada, y que tan bien habia reemplazado á su verdadero nombre, que si le hubiesen llamado por él, es probable que ni siquiera hubiese vuelto la cabeza.

Coelés habia permanecido al servicio de Mr. Morrel, y hecho un cambio singular; habia ascendido al grado de cajero y descendido al de criado. Ademas no solo era bueno, honrado y paciente, sino estricto observador de la aritmética, único punto en que se las habiera tenido tiesas con el mismo Mr. Morrel, apesar de no conocer mas que la tabla de Pitágoras, la cual sabia de corrido y salteada

tan perfectamente que podia contestar á cualquier pregunta que se le hiciese.

En medio de la tristeza general que reinaba en la casa Morrel, Coclés era el único que habia permanecido impassible.

Pero esta impassibilidad no provenia de falta de afecto, sino al contrario de una conviccion invencible. Así como las ratas segun se dice, abandonan poco á poco un barco condenado por el destino á perecer en el mar, en términos que estos huéspedes egoistas le abandonan en el momento de levar el ancla; del mismo modo ese tropel de dependientes y empleados cuya subsistencia se cifraba en la casa del armador, se habia separado poco á poco de las oficinas; Coclés los habia visto alejarse sin pensar en darse cuenta de la causa de su partida; todo, como ya hemos dicho, se reducía para Coclés á una cuestion de números, y en veinte años que estaba en la casa Morrel siempre habia visto verificarse los cambios con tal regularidad, que no podia creer que aquella regularidad pudiese cesar, y suspenderse aquellos pagos, como un molinero que posee un molino movido por las aguas de un caudaloso rio, no puede creer que este rio pueda cesar de correr. En efecto, hasta entonces nada se habia opuesto á la conviccion de Coclés. Los pagos de fin de mes se habian efectuado con una puntualidad rigurosa. Coclés habia reparado un error de setenta céntimos, cometido por Mr. Morrel en perjuicio suyo, y el mismo dia habia entregado los catorce cuartos de diferencia á Mr. Morrel, quien, con una sonrisa melancólica, los habia tomado y dejado caer en un cajon casi vacío, diciendo:

—Bien, Coclés, sois la perla de los cajeros. Y Coclés se habia retirado sumamente satisfecho; porque un elogio de Mr. Morrel, ese modelo de las personas honradas de Marsella, le lisonjeaba mas que una gratificacion de cincuenta escudos. Pero despues de estos últimos pagos, tan victoriosamente cumplidos, Mr. Morrel habia pasado horas muy crueles: para hacer frente á ellos habia reunido todos sus recursos, y temiendo que el rumor de su desgracia se esparciese por Marsella, cuando le vieran recurrir á tales extremos, habia hecho un viaje á la feria de Beaucaire para vender algunas joyas pertenecientes á su muger y á su hija, y una parte de su vajilla de plata. Mediante este sacrificio la casa Morrel habia permanecido con honor. Pero en cambio la caja habia quedado completamente vacía. El comercio de Marsella alarmado por el rumor que corria, habia retirado su crédito á Mr. Morrel con ese egoismo que le es tan habitual, y para hacer frente á los cien mil francos que tenia que reembolsar el 15 del presente mes á Mr. de Boville, y á los otros cien mil del 15 del mes siguiente, no tenia en realidad, mas que la esperanza de la vuelta del *Faraon*, cuya partida supo por una embarcacion que habia levado el áncora al mismo tiempo que él, y que llegó con felicidad. Pero ya este buque, precedente como el *Faraon* de Calcuta, habia llegado hacia quince dias, mientras que del *Faraon* no tenia noticia alguna.

En este estado de cosas el enviado de la casa Thomson y French de Roma se presentó á Mr. Morrel al dia siguiente de aquel en que

habia terminado con Mr. de Boville el importante asunto de que ya hemos hablado.

Manuel le salió á recibir. El jóven, á quien espantaba cada nuevo rostro que veía, porque cada nuevo rostro anunciaba un nuevo acreedor; el jóven que en medio de su inquietud venia á preguntar al jefe de la casa, quiso evitar á su principal el disgusto de tal visita, interrogó al recién venido, pero este declaró que no tenia que decir nada á Manuel, y que era á Mr. Morrel en persona á quien queria hablar.

Manuel llamó suspirando á Coclés. Este se presentó, y el jóven le mandó que condujese al estrangero al gabinete de Mr. Morrel. Coclés marchó delante y el estrangero le siguió. En la escalera encontraron á una jóven preciosa de diez y seis á diez y siete años que miró al estrangero con inquietud. Coclés no se apercibió de esta expresion, la cual sin embargo no dejó de ser notada por el estrangero.

—¿Mr. Morrel está en su gabinete, no es así, señorita Julia? preguntó el cajero.

—Sí, creo que sí, dijo la jóven vacilando: id á verlo, Coclés, y si mi padre está allí, anunciad á este caballero.

—Anunciarme seria inútil, señorita, respondió el ingles; Mr. Morrel no conoce mi nombre.

Este caballero no tiene que decir sino que soy el primer dependiente de los señores Thomson y French de Roma, con los cuales se halla en relaciones la casa de vuestro padre.

La jóven palideció y continuó bajando, mientras Coclés y el estrangero continuaban subiendo. Entró en el despacho donde estaba Manuel, y Coclés, con la ayuda de una llave de que era poseedor, abrió una puerta que habia en el rincon de la meseta de la escalera; introdujo al estrangero en una antesala, abrió una segunda puerta, que volvió á cerrar tras sí, y despues de haber dejado solo por un momento al enviado de la casa Thomson y French, volvió á aparecer haciéndole una seña de que podia entrar. El inglés entró en efecto; halló á Mr. Morrel sentado á su escritorio, pálido y turbado ante las espantosas columnas de guarismos estampadas en su libro mayor.

Al ver al estrangero, Mr. Morrel cerró el libro, se levantó y le presentó una silla; despues cuando vió sentarse al estrangero, se sentó él.

Catorce años habian cambiado al digno comerciante, que al principio de nuestra historia tenia treinta y seis años y ahora rayaba en los cincuenta. Sus cabellos habian enblanquecido, su frente estaba surcada de arrugas, su mirada en fin, en otro tiempo tan firme y tan fija, se habia vuelto vaga y poco resuelta, y parecia temer el verse obligado á fijarse en una idea ó en un hombre. El inglés le miró con un sentimiento de curiosidad mezclado de interés.

—Caballero, dijo Morrel, á quien este exámen parecia aumentar su inquietud, ¿deseais hablarme?

—Sí, señor, pero no á mi nombre sino al de la casa..... Thomson y French.

—Lo sé; me lo ha dicho mi cajero.

—Pues así es en efecto, caballero. La casa Thomson y French tenía que hacer pagos en Francia en todo este mes y el que viene, por valor de trescientos á cuatrocientos mil francos, y conociendo vuestra rigurosa exactitud, ha comprado todos los pagarés vuestros que circulaban en la plaza, y me ha encargado que á medida que los fuese recogiendo los realizase é hiciera uso de estos fondos.

Morrel arrojó un profundo suspiro, y pasó la mano por su frente bañada en sudor.

—¿Con que es decir, caballero, preguntó Morrel, qué poseeis todos mis pagarés?

—Sí señor, y en suma bastante considerable.

—¿Como á cuánto ascenderán? preguntó Morrel con tranquilidad aparente.

—Aquí teneis, dijo el inglés sacando de su bolsillo un paquete, una cesion de doscientos mil francos hecha á nuestra casa por Mr. de Boville, inspector de cárceles. ¿Confesais deber esa suma á Mr. de Boville?

—Si señor; son unos fondos que habia colocado en mi casa con beneficio de cuatro y medio por ciento hará unos cinco años.

—¿Y cuya suma debeis reembolsarle?...

—La mitad el 15 de este mes, y la otra mitad el 15 del que viene.

—Hé aquí los dos pagarés firmados por vos, y que el referido Mr. de Boville ha endosado á mi órden.

—Los conozco, dijo Morrel sonrojándose al pensar que por primera vez en su vida no podria hacer honor á su firma. ¿Es eso todo?

—No, caballero, aun tengo para fines del mes que viene otros pagarés que nos han sido igualmente endosados por la casa Pascale y la casa Wiid y Turner de Marsella; cincuenta y cinco mil francos, poco mas ó menos, y el total doscientos ochenta y siete mil quinientos.

Lo que sufría el desgraciado Morrel durante esta liquidacion es imposible describirlo.

—¡Doscientos ochenta y siete mil quinientos francos! repitió maquinalmente.

—Si señor, respondió el inglés. Ahora, pues, continuó despues de un momento de silencio, ya no os ocultaré, señor Morrel, sin que trate de lastimar vuestra conocida probidad los rumores que corren por Marsella de que no os hallais en estado de hacer frente á vuestros negocios.

A esta salida tan repentina, Morrel palideció espantosamente.

—¡Oh caballero!, dijo, hasta ahora, y ya hace mas de veinte y cuatro años que me hallo al frente de la casa que era de mi padre, casa que él habia manejado por espacio de treinta y cinco años, hasta ahora ningun pagaré firmado por Morrel é hijo ha sido presentado en mi caja sin que se pague en el acto.

—Si, ya lo sé, respondió el inglés, pero ahora de caballero á caballero habládme francamente. ¿podriais pagar estos con la misma exactitud?

Morrel se estremeció y miró al que de tal modo le hablaba con mas tranquilidad que lo habia hecho aun.

—A preguntas con tal franqueza, dijo, será preciso responder con la misma franqueza. Si, caballero, los pagaré, llegando mi buque, como espero, con felicidad; porque su llegada me devolverá el crédito que los sucesivos accidentes de que he sido víctima me han quitado; mas si por desgracia me faltase el *Faraon*, último recurso con que cuento.... se asomaron las lágrimas á los ojos del pobre armador.

—¡Y bien! preguntó su interlocutor, si os faltase ese último recurso.....

—Entonces, continuó Morrel, cruel es decirlo..... pero acostumbrado ya á la desgracia, será necesario que me acostumbre á la vergüenza.... me parece que me veria obligado á suspender mis pagos.

—¿No teneis amigos que puedan favoreceros en esa circunstancia? preguntó el extranjero.

Morrel se sonrió tristemente.

—En el comercio, caballero, dijo, no se tienen amigos, bien lo sabeis, solo se tienen corresponsales.

—Es verdad, murmuró el inglés. ¿Luego no teneis mas que una esperanza?

—Una sola.

—¿La última?

—La última.

—¿De manera que si os sale fallida esa esperanza?....

—Soy perdido, caballero, completamente perdido.

—Cuando yo me dirigia á vuestra casa, entraba un buque en el puerto.

—Ya lo sé, caballero, un jóven que ha permanecido fiel, apesar de mi mala fortuna, pasa una gran parte del tiempo en un mirador situado en lo mas alto de la casa, con la esperanza de venir á anunciarme el primero una buena noticia. Por él he sabido la entrada de ese buque.

—¿Y no es el vuestro?

—No señor, es un navio bordelés, *la Gironde*; viene tambien de la India, pero no es el que yo espero.

—Tal vez haya sabido algo del *Faraon* y os traiga noticias suyas.

—Será preciso que os lo diga, caballero; casi tanto temo saber algo de mi buque como permanecer en la incertidumbre, porque la incertidumbre es aun la esperanza.

Despues Mr. Morrel añadió con voz sorda:

—Esta tardanza no es natural; *el Faraon* ha salido de Calcuta el 5 de febrero, ya hace un mes que debia estar aquí.

—¿Qué es esto? dijo el inglés aplicando el oido, qué significa ese ruido?

—¡Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó Morrel palideciendo, ¿qué hay?

En efecto, en la escalera se oia un gran ruido de gentes que iban y venian; al mismo tiempo se oyó un grito agudo de dolor. Morrel se levantó para ir á abrir la puerta, pero le faltaron las fuerzas, y volvió á caer sobre su sillón.

Estos dos hombres se quedaron el uno en frente de otro; Morrel

temblando, el extranjero mirándole con una espresion de profunda compasion. El ruido habia cesado, pero sin embargo, cualquiera hubiese dicho que Morrel tenia algun accidente; aquel ruido debia tener una causa, y esta causa una consecuencia. Al extranjero le pareció que subian con tiento la escalera, y que los pasos que se oian eran los de muchas personas, que se paraban en la meseta. Introdujeron una llave en la cerradura, y la puerta rechinó sobre sus goznes.

—Solo dos personas tienen la llave de esta puerta, murmuró Morrel, Coclés y Julia.

Al mismo tiempo se abrió la segunda puerta, y vióse aparecer á la jóven pálida y con las megillas bañadas en lágrimas. Morrel se levantó temblando, y se apoyó en el brazo de su sillón, porque apenas hubiera podido tenerse de pié. Quería hablar, pero la voz le faltaba.

—¡Oh! padre mio, dijo la jóven cruzando las manos, perdonad á vuestra hija por ser la mensajera de una funesta noticia.

Morrel se estremeció y Julia se arrojó en sus brazos.

—¡Oh! ¡padre mio, padre mio, valor!....

—¿Ha perecido el Faraon?....

—¡Oh! padre mio, padre mio, é hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Y la tripulacion? preguntó Morrel.

—Se ha salvado, dijo la jóven, se ha salvado á bordo del buque bordelés que acaba de entrar en el puerto; Morrel levantó las manos al cielo con una espresion sublime de reconocimiento y de resignacion.

—¡Gracias, Dios mio! ¡Oh! gracias, dijo Morrel; á lo menos solo me heris á mí. Aquella escena, no pudo menos de afectar al inglés, no obstante su impassibilidad, y una lágrima rodó por sus megillas.

—Entrad, dijo Morrel, entrad, porque presumo que estais todos á la puerta.

En efecto, apenas pronunció estas palabras cuando Mme. Morrel entró sollozando. Manuel la seguia, y en el fondo de la antesala veianse las rudas facciones de siete ú ocho marineros medio desnudos. Al ver á aquellos hombres, el inglés se estremeció; dió un paso como para dirigirse á ellos, pero se contuvo y se ocultó en el rincón mas oscuro y mas lejano del gabinete. Mme. Morrel se sentó en el sillón, tomó una de las manos de su marido entre las suyas mientras Julia permanecia en pié apoyada en el pecho de su padre. Manuel se hallaba en la mitad del cuarto y parecia servir de lazo entre la familia Morrel y los marinos que estaban á la puerta.

—¿Y cómo sucedió? respondió Morrel.

—Acercaos, Penelon, dijo el jóven, y contadnos de qué modo ha tenido lugar tan triste acontecimiento.

Un anciano marinero, cuyo rostro estaba bronceado por el sol del ecuador, se adelantó dando vueltas entre sus manos á los restos de su sombrero.

—Buenos dias, señor Morrel, dijo como si hubiese salido de Marsella el dia anterior y llegase de Aix ó de Tolon.

—Buenos dias, amigo mio, dijo el armador, no pudiendo dejar de

sonreirse en medio de su afliccion; ¿pero dónde está el capitan?

—En cuanto al capitan, señor Morrel, se ha quedado enfermo en Palma; pero si Dios quiere, no será nada, y dentro de algunos dias le veréis llegar, tan bueno y tan sano como vos y yo.

—Está bien, dijo Morrel, ahora.... hablad, Penelon, hablad.

Penelon arrojó una fuerte bocanada de humo, puso la mano delante de su boca, se volvió, lanzó en la antesala una gran dosis de saliba negruzca; adelantó su pierna, y contoneándose

—Poco antes del naufragio, dijo; nos hallábamos entre el cabo Blanco y el cabo Boyador andando con una buena brisa Sud-oeste, despues de una calma de ocho dias, cuando el capitan Gaumard se acercó á mí (yo me hallaba en el timon), y me dice: «Compadre Penelon, qué pensais de esas nubes que se elevan allá en el horizonte?» Justamente las estaba yo mirando en aquel momento. ¿Qué es lo que pienso, capitan? que caminan con mas velocidad de la que es menester, y que son mas negras de lo que conviene á nubes de buena intencion. «Ese es tambien mi parecer, dijo el capitan, y voy á tomar mis precauciones. Tenemos demasiadas velas para el viento que pronto va á hacer.... ¡hola! eh! amainar!» Ya era tiempo, aun no habia sido ejecutada la órden, cuando el viento nos alcanzó y el buque se inclinaba de un lado: «Bueno, dijo el capitan; aun tenemos mucho trapo! á cargar el gran foque!» Cinco minutos despues, el gran foque estaba recogido, y caminábamos con el trinquete, las gavias y los masteleros de juanetes. «Y bien! Penelon, me dijo el capitan, ¿qué significan esos meneos de cabeza?—Porque, en vuestro lugar, yo no permaneceria en tan buen camino.—Creo que tienes razon, dijo; ahora vamos á tener un viento bastante fuerte.—¡Ah! diantre, capitan; es un temporal el que tenemos encima, ó yo no entiendo una palabra.» Es decir, que se veia venir el viento como se ve venir el polvo en Montredon; felizmente tenia que luchar con un hombre que lo entendia. ¡Prepárense á tomar dos rizos en las gavias! exclamó el capitan, larga las bolinas, recoger las gavias, sujétense los palanquines en las vergas!

—Pues en tales parages no basta eso, dijo el inglés; yo en lugar vuestro hubiera cogido cuatro rizos y me hubiera desembarazado del trinquete!

Esta voz firme, sonora é inesperada, hizo estremecer á todo el mundo. Penelon miró al que criticaba con tanto aplomo la maniobra de su capitan.

—Pues hicimos mas que eso, señor mio; dijo el viejo marinero con cierto respeto; porque cargamos la mesana y pusimos la barra al viento para dejarnos correr. Seis minutos despues, cargábamos las gavias y caminábamos á palo seco.

—El buque era ya muy viejo para arriesgarlo de ese modo, dijo el inglés.

—¡Y bien! justamente, eso fué lo que nos perdió. Al cabo de doce horas de dar tumbos en medio de aquel infierno, el vendabal se hallaba en toda su fuerza. «Penelon, me dijo el capitan, me parece que nos vamos á pique, amigo mio; dame la barra y baja á la bodega»

Le dí en efecto la barra, y bajé: ya habia mas de tres pies de agua. Vuelvo á subir gritando: eh, ¡las bombas! ¡las bombas! ¡Ah! ¡si! ya era tarde, se pusieron á trabajar; pero yo creo que contra mas agua sacábamos, mas entraba. ¡Ah! dije al cabo de cuatro horas de trabajo, puesto que nos vamos á ir á pique, dejémonos correr, no se muere mas que una vez. «¿De ese modo dais el ejemplo Penelon? dijo el capitan; ¡pues bien! ¡espera! ¡espera!» y se dirigió á su camarote á tomar un par de pistolas. «Al primero que se separe de la bomba, dijo, le levanto la tapa de los sesos!»

—¡Bien! dijo el inglés.

—Nada hay que dé mas valor que las buenas razones, continuó el marino, tanto mas cuanto que el tiempo habia aclarado y calmádose el viento, pero sin embargo el agua continuaba siempre subiendo; nada mas que dos pulgadas por hora, eso no parece nada, pero en doce horas son veinte y cuatro pulgadas, y veinte y cuatro pulgadas son dos pies. Dos pies y tres que teniamos ya, hacian cinco. Ahora, pues, cuando un buque tiene en el vientre cinco pies de agua, puede pasar por hidrópico. «Vamos, dijo el capitan, me parece que el señor Morrel no se quejará; hemos hecho cuanto hemos podido para salvar el buque; ahora es preciso salvar á los hombres. ¡Muchachos, á la lancha lo mas pronto que se pueda!...

Escuchad, señor Morrel, continuó Penelon; nosotros todos queríamos mucho al *Faraon*, pero por mucho que quiera el marino á su buque, quiere mucho mas su pellejo. Asi, pues, no nos lo hicimos repetir; ademas el buque se quejaba, y parecia decirnos: ¡Marcháos pronto! ¡pronto! y en verdad que el pobre *Faraon* no mentia; le sentiamos zambullirse bajo de nuestros pies: asi es que en un instante echamos al mar la chalupa, y nos metimos los ocho dentro.

El capitan bajó el último, ó mas bien no, no bajó, por que no queria abandonar el buque; entonces yo le cogí por la mitad del cuerpo y se lo arrojé á los camaradas, despues de lo cual salté á mi vez. Ya era tiempo; apenas acabé de saltar, el puente se abrió causando un ruido espantoso. Diez minutos despues se sumergió por delante; en seguida por detrás, y se puso á dar vueltas como un perro que corre tras de su rabo; despues buenas noches!!!.. punto concluido; se acabó el *Faraon*!

En cuanto á nosotros, estuvimos tres dias sin beber ni comer, y ya ibamos tratando de echar suerte para saber quien habia de servir de alimento á los demás cuando descubrimos á la *Gironde*; le hicimos seña, se dirigió hácia nosotros, nos envió su lancha y nos recogió. Hé ahí cómo ha pasado todo, señor Morrel, palabra de honor! á fe de marino! ¿no es verdad camaradas?

Un murmullo general de aprobacion indicó que el narrador no habia dicho mas que la pura verdad.

—Bien, amigos míos, dijo Mr. Morrel, sois unos valientes, y demasiado sabia yo que en la desgracia que me abrumba no hay á quien culpar mas que á mi destino. Es voluntad de Dios, y no culpa de los hombres. Adoremos la voluntad de Dios. Ahora decidme, ¿cuánto se os debe de sueldo?

—¡Oh! ¡bah! no hablemos de eso, señor Morrel.

—Al contrario, hablemos, dijo el armador con una triste sonrisa.

—Bueno, pues se nos deben... tres meses, contestó Penelon.

—Coclés, pagad doscientos francos á cada uno de estos valientes.

Amigos míos, en otra época yo hubiese añadido: dadles á cada uno doscientos francos de gratificación, pero los tiempos están muy desgraciados; y el poco de dinero que me queda no me pertenece; perdonad y no me queráis menos por eso.

Penelon hizo un gesto de enternecimiento; se volvió hacia sus compañeros, cambió algunas palabras con ellos y volvió.

—En cuanto á eso señor Morrel, dijo echando una nueva bocanada de humo y arrojando en la antesala una nueva dosis de saliba, en cuanto á eso....

—¿A qué...?

—Al dinero.

—¿Qué hay?

—Señor Morrel, los camaradas dicen que por ahora tienen bastante con cincuenta francos cada uno, y que ya esperarán por lo demas.

—¡Gracias, amigo mio, gracias! exclamó Mr. Morrel conmovido; teneis un corazon generoso; pero nada, tomadlo, y si encontrais un buen acomodo, no le desperdiciéis; estais libres.

Esta última frase hizo un efecto prodigioso en los dignos marinos; miráronse unos á otros admirados. Penelon, á quien casi faltaba la respiracion, dijo:

—¡Cómo! señor Morrel, cómo! nos despedís! estais disgustado de nosotros?

—No, amigos míos, dijo el armador; no, al contrario, no os despido. ¿Pero que quereis? ya no tengo buques, de consiguiente no necesito marineros.

—¡Cómo! que no teneis buques! Dijo Penelon; pues bien! hareis construir otros; esperaremos; á Dios gracias bien sabemos lo que es esperar.

—Ya no tengo dinero para hacer construir mas buques, Penelon, dijo el armador con una sonrisa triste. No puedo, pues, aceptar vuestra oferta por obsequiosa que sea.

—¡Pues bien! si no teneis dinero, entonces no nos pagueis; haremos como ese pobre Faraon, marcharemos á palo seco y punto concluido.

—Basta, basta amigos míos, dijo Morrel sumamente conmovido, basta, os lo ruego. Ya nos encontraremos en mejores tiempos; Manuel, acompañadlos, añadió el armador, acompañadlos, y cuidad de que sean cumplidos mis deseos.

—Al menos hasta la vista; no es asi; señor Morrel? dijo Penelon.

—¡Oh! si; amigos míos, asi lo espero. Marchaos.

Hizo una seña á Coclés que marchó delante, los marineros siguieron al cajero, y Manuel siguió á los marineros.

—Ahora, dijo el armador á su muger y á su hija, dejadme solo un instante, tengo que hablar con este caballero. Y señaló con una mi-

rada al comisionado de la casa Thomson y French que habia permanecido en pié é inmóvil en un rincón durante toda esta escena, en la cual no habia tomado parte mas que por las palabras que ya hemos dicho. Las dos mugeres miraron al estrangero á quien habian olvidado, y se retiraron. Pero al tiempo de retirarse la jóven lanzó á este hombre una ojeada sublime de súplica, á la cual respondió por medio de una sonrisa que un fiel observador se hubiese asombrado de ver brillar en aquel rostro de hielo.

Los dos hombres se quedaron solos.

—Caballero, dijo Morrel dejándose caer sobre su sillón, todo lo habeis visto, todo lo habeis oído, y nada tengo que deciros.

—Ya he visto, dijo el inglés, que os ha sucedido una nueva desgracia tan poco merecida como las demas, y esto me ha confirmado en el deseo que tenia de seros útil.

—¡Oh! caballero, exclamó Morrel.

—Veamos, continuó el estrangero, yo soy uno de vuestros principales acreedores, ¿no es así?

—Vos sois á lo menos quien posee créditos á mas corto plazo.

—¿Deseais una próroga para pagarme?

—Una próroga podria salvarme el honor, dijo Morrel, y de consiguiendo la vida.

—¿Cuanto pedís?

—Morrel vaciló.

—Dos meses, dijo.

—Bueno, exclamó el estrangero, os concedo tres.

—Pero, dijo Morrel, creéis que la casa Thomson y French...

—Tranquilizaos, caballero, eso corre de mi cuenta. Hoy estamos á 5 de junio?

—Sí.

—¡Pues bien! renovadme esos pagarés para el 5 de setiembre, y ese dia á las once en punto de la mañana (el reloj marcaba exactamente las once) me presentaré en vuestra casa.

—Os esperaré, caballero, dijo Morrel, y sereis pagado ó yo moriré.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas tan bajo que el estrangero no pudo oirlas. Los pagarés fueron renovados; rasgaron los antiguos, y el pobre armador contaba ya tres meses para reunir sus últimos recursos. El inglés recibió sus acciones de gracias con la frialdad que le caracterizaba, y se despidió de Morrel que le condujo bendiciéndole hasta la puerta. En la escalera encontró á Julia; la jóven hacia como que bajaba, pero en realidad le estaba esperando.

—¡Oh! caballero, dijo cruzando las manos.

—Señorita, dijo el estrangero, algun dia recibireis una carta firmada.... Simbad el marino.... haced al pié de la letra lo que diga esa carta, por extraño que os parezca lo que os encarguen en ella.

—Sí, caballero, respondió Julia.

—¿Me prometéis hacerlo?

—Os lo juro.

—Bien, adios, señorita, continuad siendo siempre hija tan buena

y tan santa como habeis sido hasta aqui, y espero que Dios os recompensará dándoos á Manuel por esposo.

Julia se sonrojó y se agarró al pasamanos de la escalera para sostenerse. El extranjero continuó su camino haciéndola un ademán de despedida. En el patio encontró á Penelon que tenia en cada mano un cartucho de cien francos, y que parecia no poderse decidir á llevarlos.

—Venid, amigo mio; le dijo, tengo que hablaros.

CAPITULO XXX.

El cinco de Setiembre.

Este plazo concedido por el representante de la casa Thomson y French, en el momento en que menos lo esperaba Morrel, pareció al armador uno de esos cambios que anuncian al hombre que la suerte se ha cansado de encarnizarse con él. El mismo dia contó á su hija, á su muger y á Manuel, lo que le habia pasado, y la familia cobró un poco de esperanza ya que no una absoluta tranquilidad. Pero desgraciadamente Morrel no tenia deudas solo con la casa Thomson y French que se habia mostrado para con él tan generosa. Como él lo habia dicho, en el comercio se tienen corresponsales, pero no amigos. Cuando se ponía á pensar en ello profundamente, no comprendia aquella conducta generosa de los señores Thomson y French hácia él, y solo la atribuía á un espíritu de calculado egoismo que podia traducirse de este modo: «mas vale sostener á un hombre que nos debe cerca de trescientos mil francos, y recuperar estos trescientos mil francos al cabo de tres meses, que no apresurar su ruina, y obtener el seis ó el ocho por ciento del capital.

Desgraciadamente, ya fuese por odio, ó por ignorancia, no todos los corresponsales de Morrel hicieron la misma reflexion, y algunos supusieron lo contrario. Los pagarés firmados por Morrel fueron presentados en la caja con un rigor escrupuloso, y gracias á el plazo concedido por el inglés, fueron pagados por Cocles religiosamente.

Este continuó pues en su tranquilidad fatidica. Mr. Morrel vió con terror que si hubiese tenido que reembolsar el 15 los cincuenta mil francos de Mr. de Boville, y el 30 los treinta y dos mil quinientos francos de los demás pagarés, adquiridos por la casa Thomson y French, era hombre perdido.

La opinion de todo el comercio de Marsella era que Morrel á causa de los sucesivos reveses que habia sufrido no podria sostenerse.

El asombro fué muy grande cuando vieron que llegado el fin de mes verificó sus pagos con la misma exactitud de siempre; sin embargo no por esto quedaron desvanecidos sus temores, y con voz unánime aplazaron para el fin del mes próximo la presentacion en quiebra del desgraciado armador.

Todo el mes pasó, y los esfuerzos que habia hecho Morrel para reunir fondos fueron inútiles. En otro tiempo sus pagarés á cualquiera fecha que fuesen, eran tomados con confianza y aun pedidos, Morrel procuró negociar algunos de aquellos á noventa dias, pero halló cerradas todas las cajas. Felizmente tenia algunas entradas con las cuales podia contar; estas entradas se verificaron: se encontró en estado de hacer frente á sus compromisos, cuando llegó el fin de julio.

Por lo demas, no se habia vuelto á ver en Marsella al comisionado de la casa Thomson y French. Al dia siguiente de su visita á Mr. Morrel, habia desaparecido; ahora pues, como no habia tenido en Marsella mas relaciones que con el alcalde, el inspector de cárceles y Mr. Morrel, su paso no habia dejado la menor huella, escepto el recuerdo diferente que habian conservado de él estas tres personas. En cuanto á los marineros del *Faraon* sin duda habian hallado algun nuevo enganche porque tambien habian desaparecido.

Repuesto ya de la indisposicion que le detuvo en Palma, volvió el capitan Gaumard. Vacilaba en presentarse á Mr. Morrel; pero este supo su llegada, y fué él mismo á buscarle. El digno armador sabia de antemano, por medio de Penelon, la conducta valerosa del capitan durante todo este siniestro suceso, y él fué quien procuró consolarle. Le traia su sueldo que el capitan Gaumard apenas osaba tomar.

Cuando bajaba la escalera, Mr. Morrel encontró á Penelon que la subia. Penelon, habia hecho al parecer un buen uso de su dinero, porque estaba enteramente vestido de nuevo. Al conocer á su armador, el digno timonero quedó como cortado; se colocó en el rincon mas oscuro de la meseta, respondiendo solo por medio de una tímida presion al apretón de mano que le dió con su acostumbrada cordialidad Mr. Morrel. Este atribuyó la turbacion de Penelon á la elegancia de su trage; era probable que aquel valiente estuviese enganchado á bordo de algun otro buque, y su vergüenza provenia de no haber llevado, si puede decirse asi, mas tiempo el luto del *Faraon*.

Tal vez venia para dar parte al capitan Gaumard de su buena fortuna y para hacerle ofertas en nombre de su nuevo dueño.

—¡Qué buena gente! dijo Morrel alejándose, Dios quiera que vuestro nuevo armador os ame como yo os amaba, y sea mas feliz que yo....

Agosto pasó en tentativas renovadas sin cesar por Morrel para levantar su antiguo crédito. El 20 de agosto supieron en Marsella que habia tomado un asiento en la silla correo, y entonces dijeron que el mes próximo se verificaria la quiebra, y que habia partido anticipadamente para no asistir á aquel acto cruel, encargado sin duda á su dependiente Manuel y á su cajero Coclés. Pero contra todas las previsiones, cuando llegó el 31 de agosto, la caja se abrió como de costumbre. Coclés apareció detras de la verja, tranquilo como el justo de Horacio, examinó con la misma atencion el papel que se le presentaba, y desde el primero hasta el último, satisfizo los pagarés con igual exactitud. Aun vinieron dos reembolsos, que

habia previsto Mr. Morrel, y que Coclés pagó con la misma puntualidad. Los murmuradores habian perdido el tino, por decirlo así, y no obstante con la tenacidad peculiar á los profetas de malas noticias, insistian en fijar la quiebra para fines del mes de setiembre.

El día primero volvió Morrel; era esperado por toda su familia con una ansiedad terrible: de este viage á Paris dependia su último recurso de salvacion. Morrel habia pensado en Danglars, hoy día millonario, y en otro tiempo su dependiente, puesto que por recomendacion suya entro al servicio del banquero español, en cuya casa empezó su inmensa fortuna. Danglars, segun decian, poseia seis ú ocho millones y un crédito ilimitado; de modo, que sin sacar un escudo de su bolsillo, podia salvarle: no tenia mas que garantizar un empréstito para ello. Morrel habia pensado en Danglars hacia mucho tiempo; pero hay ciertas repugnancias instintivas de que uno no es dueño, y habia diferido cuanto le fué posible el acudir á aquel supremo recurso; y tuvo razon porque volvió avergonzado por la humillacion de una negativa.

Así pues, á su vuelta no exhaló una queja, ni profirió una repriminacion; abrazó llorando á su muger y á su hija, estrechó con efusion la mano de Manuel, se encerró en su gabinete, y mandó llamar á Coclés.

—Esta vez, dijeron las dos mugeres á Manuel, somos perdidas. Despues, en una corta conferencia que tuvieron entre sí, convinieron en que Julia escribiria á su hermano, que se hallaba de guarnicion en Nimes, para que viniese inmediatamente. Las pobres mugeres conocian que necesitaban de toda sus fuerzas para poder sostener el golpe que las amenazaba. Por otra parte, Maximiliano Morrel, aunque de edad de veinte y dos años apenas, tenia gran influencia sobre su padre.

Era un jóven valiente y discreto. Cuando se trató de abrazar una carrera, su padre no quiso imponerle un porvenir, y habia consultado el gusto del jóven Maximiliano. Este habia delarado entonces que queria seguir la militar; de consiguiente habia hecho sus estudios, consiguiendo por ellos entrar en la Escuela Politécnica, y habia salido de ella subteniente del 53 de línea. Hacia un año que ocupaba este grado y le habian prometido ser nombrado teniente á la primera ocasion. En el regimiento, Maximiliano Morrel era citado como rígido observador, no solamente de todas las obligaciones impuestas al soldado, sino de todos los deberes propuestos al hombre, y todos le llamaban el Stoico. Digamos tambien que muchos de los que le daban este epíteto le repetian por haberle oido, y ni siquiera sabian lo que significaba. Este jóven era el que su madre y su hermana llamaban en su ayuda para sostenerlas en la grave circunstancia en que preveian iban á hallarse.

En efecto, no se habian engañado acerca de la gravedad de esta circunstancia, porque un instante despues que hubo entrado Mr. Morrel en su gabinete con Coclés, vió Julia salir á este último pálido, tembloroso y el rostro descompuesto. Quiso interrogarle cuando pasaba por su lado; pero el cajero continuó bajando la escalera con una

precipitacion que no le era habitual, y se contentó con esclamar levantando las manos al cielo: «Oh! señorita, señorita! qué espantosa desgracia! quién lo hubiera creído!»

Un instante despues, Julia le vió subir de nuevo con tres libros grandes, una cartera y un saco de dinero. Morrel consultó los libros, abrió la cartera y contó el dinero. Todos sus recursos ascendian á seis ú ocho mil francos; lo que componia lo mas una suma de catorce mil francos para hacer frente á un pagaré de doscientos ochenta y siete mil quinientos. Tampoco habia medio de ofrecer ningun crédito á cuenta.

Sin embargo, cuando Morrel bajó para comer parecia bastante tranquilo. Esta tranquilidad espantó mas á las dos mugeres que hubiera podido hacerlo el mas profundo abatimiento. Despues de la comida, Morrel acostumbraba á salir; iba á tomar su café al círculo de los Phocios y á leer el *Semaphore*; mas este dia no salió y volvió á subir á su despacho.

En cuanto á Coelés, parecia completamente alorado. Durante una parte del dia habia estado en el patio, sentado sobre una piedra, con la cabeza desnuda, espuesta á un sol de treinta grados.

Manuel procuraba tranquilizar á las mugeres, pero carecia de elocuencia para ello. El jóven estaba muy al corriente de los negocios de la casa, para dejar de conocer que la familia Morrel se veia amenazada de una gran catástrofe. La noche llegó: las dos mugeres habian velado, esperando que al bajar de su gabinete, Morrel entraria en el cuarto de ellas; pero le oyeron pasar por delante de su puerta, de puntillas, temiendo sin duda que le llamasen. Prestaron atencion, entró en su cuarto y cerró la puerta por dentro.

Mme. Morrel dijo á su hija que se acostase; media hora despues que Julia se hubo retirado, se levantó, se quitó los zapatos y se fué por el corredor para ver por la cerradura lo que hacia su marido. Descubrió una sombra que se retiraba. Era Julia que, inquieta tambien, habia precedido á su madre. La jóven se dirigió á esta.

—Está escribiendo, dijo.

Las dos mugeres se habian adivinado sin hablarse.

Mme. Morrel se inclinó al nivel de la cerradura. En efecto, Morrel escribia; pero lo que ella no habia notado era que su marido escribia en papel sellado. Y le ocurrió la terrible idea de que hacia su testamento; se estremeció, y sin embargo tuvo fuerzas para no decir nada.

Al dia siguiente Morrel parecia tranquilo; estuvo en su despacho como de ordinario, y bajó para almorzar; pero despues de concluido el desayuno, hizo sentar á su hija á su lado, estrechó convulsivamente la cabeza de la pobre jóven contra su pecho y estuvo así por espacio de largo tiempo. Por la noche, Julia dijo á su madre que aunque muy tranquilo en la apariencia, habia notado que el corazon de su padre latia con violencia. Los otros dos dias pasaron del mismo modo. El 4 de setiembre por la noche, Mr. Morrel pidió á su hija la llave de su gabinete. Julia se estremeció al oír aquella siniestra demanda. ¿Por qué la pedia su padre aquella llave que ella siempre ha-

bia guardado, y que no la pedian en su infancia sino para castigarla? La jóven miró á Mr. Morrel.

—¿Qué falta he cometido, padre mio, dijo, para que me pidais esa llave?

—Ninguna, hija mia, respondió el desgraciado Morrel á quien esta pregunta tan sencilla le hizo asomar las lágrimas á los ojos: ninguna, la necesito.

—Julia hizo como que iba á buscar la llave.

—Quizás la habré dejado en mi cuarto, dijo.

Y salió: pero en lugar de ir á su cuarto, bajó y corrió á consultar á Manuel.

—No entregueis esa llave á vuestro padre, dijo este, y mañana por la mañana, si es posible, no os separeis de su lado.

Procuró interrogar á Manuel, pero este no sabia mas, ó no queria decirlo.

Durante toda la noche del 4 al 5 de setiembre, Mme. Morrel permaneció con el oído en la cerradura del despacho de su esposo; hasta las tres por su cuarto se oyó andar por su cuarto con agitacion; á las tres únicamente se echó sobre la cama. Las dos mugeres pasaron la noche juntas. Desde el día anterior esperaban á Maximiliano. A las ocho Mr. Morrel entró en su cuarto; estaba tranquilo, pero la agitacion de la noche se leia en su rostro pálido y alterado. Las mugeres no osaron preguntarle si habia dormido bien. Morrel estuvo mucho mas amable con su muger, y mas paternal y cariñoso para con su hija que habia estado nunca; no podia cansarse de mirar y de abrazar á la pobre niña.

Julia se acordó de la recomendacion de Manuel y queria seguir á su padre cuando salió; pero este la rechazó con dulzura, diciendo, quedate al lado de tu madre. Julia quiso insistir.

—Lo quiero asi, dijo Morrel.

Esta era la primera vez que Morrel decia á su hija: lo quiero, pero pronunció estas palabras con un acento lleno de una dulzura tan paternal, que Julia no se atrevió á insistir por mas tiempo. Se quedó en aquel mismo lugar en pié, muda, é inmóvil: un instante despues la puerta se abrió, y sintió dos brazos que la estrechaban y unos labios que se pegaban á su frente. Levantó los ojos y lanzó una exclamacion de alegría.

—¡Maximiliano! ¡hermano mio! exclamó. Al oír este grito, Mme. Morrel corrió hácia aquella habitacion y se arrojó en los brazos de su hijo.

—¡Madre mia! dijo el jóven mirando alternativamente á su madre y á su hermana; ¿qué es lo que pasa? ¿qué sucede? vuestra carta me ha dejado lleno de espanto!

—Julia, dijo Mme. Morrel haciendo una seña al jóven, dí á tu padre que Maximiliano acaba de llegar. La jóven se salió de la habitacion: pero al tiempo de ir á bajar la escalera se encontró á un hombre que tenia una carta en la mano.

—¿No sois vos la señorita Julia Morrel? dijo con un acento italiano de los mas pronunciados.

—Si, caballero, respondió Julia; ¿pero qué quereis? yo no os conozco!

—Leed esta carta, dijo el hombre presentándola un papel.

Julia vaciló.

—¡De ello depende la salvacion de vuestro padre! dijo el mensajero. La jóven le arrancó el billete de las manos, lo abrió precipitadamente y leyó:

«Inmediatamente dirigíos á la alameda de Meillan; entrad en la casa núm. 15; pedid al portero la llave de la habitacion del quinto piso; subid á ella; tomad un bolsillo de seda encarnada que hay sobre la chimenea y entregadlo á vuestro padre. Es muy importante que lo tenga antes de las once. Me habeis prometido obedecerme ciegamente, os recuerdo vuestra promesa.

«SIMBAD-EL-MARINO.»

La jóven dió un grito de alegría; levantó los ojos, buscó al hombre que le habia entregado el billete para preguntarle, pero habia desaparecido. Dirigió entonces los ojos hácia el billete para leerle por segunda vez, y notó que habia una *posdata*:

«Es importante que cumplais este encargo en persona, y sola; si vais acompañada ó se presenta otro que vos, el portero responderá que no sabe lo que quieren decir.»

Esta *posdata* hizo suspender la alegría de la jóven. ¿No tenia nada que temer? Seria aquello algun lazo que la tendian? Su inocencia la dejaba ignorar cuáles eran los peligros que podia correr una jóven á su edad. Pero no se necesita conocer los peligros para temerlos; hay una cosa notable, y es que justamente son los peligros desconocidos los que inspiran mayor terror. Julia vacilaba; resolvió pedir consejos; pero por un sentimiento extraño no recurrió á su madre ni á su hermano, sino á Manuel.

Bajó, le contó lo que la habia sucedido el dia en que el apoderado de la casa Thomson y French habia venido á casa de su padre, la escena de la escalera, la promesa que le habia hecho, y le mostró la carta.

—Es necesario ir, señorita, dijo Manuel.

—¿Ir? murmuró Julia.

—Si, yo os acompañaré.

—¿Pero no habeis visto que debo ir sola? dijo Julia.

—Tambien estareis sola, respondió el jóven; en cuanto á mi yo os esperaré en la esquina de la calle del Museo, y si tardáseis tanto que me causará alguna inquietud, entonces iré á buscaros y ¡desgraciados de aquellos que os diesen el menor disgusto!

—Con que, decidme, Manuel, repuso la jóven vacilando; ¿me aconsejais que asista á esa cita?

—¡Si! ¿no os ha dicho el mensajero que de ello dependia la salvacion de vuestro padre?

—Pero en fin, Manuel, ¿qué peligro corre? preguntó la jóven.

Manuel vaciló un instante, pero el deseo de persuadir á la jóven de una vez le decidió.

—Escuchad, la dijo, hoy estamos á 5 de setiembre, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Hoy, á las once vuestro padre tiene que pagar trescientos mil francos?

—Sí, ya lo sabemos.

—¡Pues bien! dijo Manuel, en la caja apenas hay quince mil.

—Entonces, ¿qué va á suceder!

—Que si hoy antes de las once vuestro padre no ha encontrado alguno que le proporcione recursos, á las doce se verá obligado á declararse en quiebra.

—¡Oh! venid, venid, exclamó la jóven arrastrando á Manuel tras sí.

Durante este tiempo, la esposa de Morrel se lo habia contado todo á su hijo. El jóven sabia muy bien que á causa de la serie de desgracias que habian acontecido á su padre, se habian hecho grandes reformas en los gastos de la casa; pero ignoraba hasta que punto habian llegado las cosas. Quedó anonadado; despues de un momento, se lanzó fuera de la habitacion, subió rápidamente la escalera, creyendo estuviere su padre en el gabinete. Despues de haber llamado inútilmente, oyó abrirse la puerta de su cuarto; se volvió, y vió á su padre, que en lugar de dirigirse á su gabinete, habia entrado en su alcoba de la cual salia. Soltó un grito de sorpresa al ver á Maximiliano, pues ignoraba la llegada del jóven. Se quedó inmóvil en el mismo sitio, apretando con el brazo izquierdo un objeto que tenia oculto bajo su levita. Maximiliano bajó vivamente la escalera y se arrojó al cuello de su padre; mas al instante retrocedió, dejando solo su mano derecha apoyada sobre el pecho de Morrel.

—Padre mio, dijo poniéndose pálido como la muerte, ¿por qué tenéis un par de pistolas bajo vuestra levita?

—¡Oh! esto es lo que yo temia, dijo Morrel.

—¡Padre mio... padre mio! en nombre del cielo, exclamó el jóven ¿para qué quereis esas armas?

—Maximiliano, respondió Morrel, mirando fijamente á su hijo, tú eres un hombre, y un hombre de honor; ven, voy á decírtelo todo; y con paso seguro se encaminó á su gabinete, en tanto que Maximiliano le seguia vacilando. Morrel abrió la puerta y la cerró detras de su hijo, atravesó la antesala, se acercó al bufete, puso sus pistolas sobre la mesa, y mostró á su hijo con el dedo el libro mayor abierto. En este libro estaba consignado el estado esacto de su situacion; tenia que pagar antes de media hora, doscientos ochenta y siete mil quinientos francos. Y poseia solamente quince mil doscientos cincuenta y siete.

—¡Lee! dijo Morrel. El jóven leyó y permaneció algunos momentos como si un rayo le hubiese herido. Morrel no decia una sola palabra pues ¿qué hubiera podido responder á la inexorable sentencia de aquellos guarismos?

—Y vos, padre mio, dijo al cabo de un momento Maximiliano, ¿habeis hecho todo lo posible por evitar esta desgracia?

—Sí, respondió Morrel.

—¿No contais con ninguna entrada?

- Con ninguna.
- ¿Habeis agotado todos vuestros recursos?
- Todos.
- ¿Y dentro de media hora... añadió con voz sombría, quedará deshonrado nuestro nombre?
- La sangre lava la deshonra dijo Morrel.
- Teneis razon, padre mio, y os comprendo.
- Y estendiendo la mano hácia las pistolas prosiguió.
- Una para mí y otra para vos, gracias!
- Morrel le detuvo la mano.
- ¿Y tu madre... y tu hermana, quién las mantendrá?
- Un frio mortal circuló por todo el cuerpo del jóven.
- Padre mio, ¿me decís que viva?
- Si, te lo digo; respondió Morrel; porque tal es tu deber; tú tienes valor, Maximiliano... no eres un hombre vulgar; no te pido nada ni exijo de tí nada, solamente digo: examina la situacion como si fueses extraño á ella, y juzga por tí mismo.

El jóven reflexionó un instante; cuando levantó la cabeza brillaba en sus ojos una sublime espresion de resignacion; se arrancó con un movimiento lento y triste la charretera y la capona, insignias de su grado.

— Está bien, dijo, teniendo la mano á Morrel, morid en paz, padre mio, yo viviré.

Morrel hizo un movimiento para arrojarle á los pies de su hijo. Maximiliano le atrajo hácia sí, y aquellos dos corazones tan nobles latieron un instante uno contra otro.

— ¡Bien sabes que no ha sido culpa mia! dijo Morrel.

Maximiliano se sonrió tristemente.

— Yo sé, padre mio, que sois el hombre mas honrado que he conocido en mi vida.

— Bien, bien; ahora vete con tu madre y tu hermana.

— ¡Padre mio, dijo el jóven, hincando una rodilla en tierra, bendecidme!

Morrel estrechó la cabeza de su hijo entre sus dos manos, la acercó á él, imprimiendo sus labios repetidas veces en su frente.

— ¡Oh! sí, sí, hijo mio, dijo; yo te bendigo en mi nombre y en el de tres generaciones de hombres de una conducta ejemplar. Escucha, pues, lo que te dicen por mi voz: el edificio que la desgracia ha destruido, la providencia puede volverle á edificar. Viéndome muerto de tal modo, los mas inexorables tendrán lástima de mí, á tí te concederán tal vez el tiempo que á mí me han negado; entonces procura que no sea pronunciada la palabra infame; trabaja con ardor, jóven; tu madre, tu hermana y tú vivid solamente con lo mas preciso, á fin de que dia por dia puedas ir juntando lo necesario para pagar á mis acreedores. Piensa que no habrá dia mas grande, mas hermoso ni mas solemne que el de la rehabilitacion, el dia en que sentado en este mismo escritorio puedas decir; murió mi padre por que no podia hacer lo que yo hago hoy, murió tranquilo, por que sabia al morir que habia de hacerlo yo.

—¡Oh! padre mio, padre mio, si aun pudiéseris vivir?

—Si vivo, todo se ha perdido; si vivo, el interés se cambia en duda, la lástima en encarnizamiento; si vivo, no seré mas que un hombre que ha faltado á su palabra, y á sus obligaciones; yo no soy mas que un comerciante arruinado. Si muero, al contrario, piensa en ello, Maximiliano; mi cadáver no es mas que el de un hombre desgraciado pero con honra. Si vivo, mis mejores amigos dejarán mi casa. Si muero, Marsella entera me seguirá llorando hasta mi último asilo. Vivo, te avergonzarás de llevar mi nombre; muerto, levantarás orgullosa tu cabeza, diciendo: soy el hijo del que se suicidó, porque se vió obligado por la primera vez en su vida á faltar á su palabra.

El jóven lanzó un gemido, pero pareció resignado. Aquella era la segunda vez que la convicción se apoderaba, no de su corazón, sino de su espíritu.

—Y ahora, dijo Morrel, déjame solo y procura alejar á tu madre y á tu hermana.

—¿No queréis ver por última vez á mi hermana?

El jóven creía hallar una postrera y vaga esperanza en esta entrevista, hé aqui por qué la proponia. Mr. Morrel volvió la cabeza.

—La he visto esta mañana y me he despedido de ella.

—¿No teneis ninguna recomendacion particular que hacerme? preguntó Maximiliano con voz alterada.

—Si, hijo mio, te hago una sagrada.

—Decid, padre mio.

—La casa de Thomson y French es la única, que por humanidad, ó tal vez por egoismo, pues no me toca á mí leer en el corazón de los hombres, ha tenido piedad de mí. Su emisario, que, dentro de diez minutos se presentará á cobrar un pagaré de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, no diré que me concedió, sino que me ofreció tres meses de espera; que esta casa sea la primera á quien pagues, hijo mio, que este hombre te sea sagrado.

—Está bien, padre mio, dijo Maximiliano.

—Y ahora, adios, hijo, adios; dijo Morrel, vete, vete, tengo necesidad de estar solo; encontrarás mi testamento en la papelera de mi dormitorio.

El jóven permaneció en pié é inmovil.

—Escucha Maximiliano, dijo su padre, supón que yo fuese militar como tú, que hubiese recibido la órden de tomar un reducto, y que supieras que iba á ser muerto en el ataque, no me dirias lo que me dices ahora? id, padre mio, por que de otro modo os deshonrarais y mas vale la muerte que la deshonra.

—Si, sí, dijo el jóven, sí.

Y estrechando convulsivamente á Morrel entre sus brazos:

—Id, padre mio, dijo. Y se lanzó fuera del gabinete.

Quando hubo salido su hijo, Morrel permaneció un momento en pié con los ojos fijos en la puerta, despues estendió la mano, encontró el cordon de una campanilla y llamó.

Al cabo de un instante, Coclés se presentó.

No era ya el mismo hombre; aquellos tres días de ansiedad le habían trastornado. Al pensar que la casa de Morrel iba á suspender sus pagos, se habia envejecido mas que si hubiesen pasado por el veinte años.

—Mi buen Coclés, dijo Morrel con un acento difícil de pintar, te vas á quedar en la antesala. Cuando el señor que vino hace tres meses, ya sabes, el mandatario de la casa Thomson y French, venga, le anunciarás.

Coclés respondió; hizo una señal afirmativa con la cabeza, y fué á sentarse en la antesala.

Morrel se dejó caer en una silla; sus ojos se fijaron en la esfera del reloj, aun le quedaban siete minutos, el minuterero marchaba con una velocidad increíble, y le parecia verle andar. Lo que experimentó en tan supremo momento, aquel hombre, que jóven aun, á consecuencia de un razonamiento, acaso falso, si bien fundado en la apariencia iba á separarse de todo lo que amaba en el mundo, y abandonar la vida que tenia para él todos los placeres que nos proporciona una familia querida, es imposible esplicarlo; era necesario verlo para poder formarse una idea de su frente cubierta de sudor, mas resignada; de sus ojos anegados en lágrimas, y sin embargo elevados al cielo.

El minuterero seguia avanzando siempre, las pistolas estaban perfectamente cargadas; estendió la mano, cogió una, y murmuró el nombre de su hija; despues abandonó el arma mortal, tomó la pluma y escribió algunas palabras. Le parecia entonces que no se habia despedido de su hija querida; en seguida se volvió hácia el reloj; ya no contaba por minutos sino por segundos. Volvió á tomar el arma, con la boca entreabierta y los ojos fijos en el minuterero, se estremeció al ruido que hizo al montar el gatillo. En este momento un sudor aun mas frio que el primero inundó su frente, una angustia mas mortal le oprimió el corazon; oyó la puerta de la escalera rechinar sobre sus goznes, y abrirse la de su gabinete; el reloj iba á dar las once,

Morrel no se volvió, esperando únicamente escuchar á Coclés decir estas palabras: «El mandatario de la casa de Thomson y French.» Se acercó el arma mortifera á su boca... mas al punto oyó un grito... era la voz de su hija...

Se volvió y vió á Julia; la pistola se le cayó de la mano.

—¡Padre mio! exclamó la jóven sin aliento y casi muerta de alegría, ¡os habeis salvado! ¡os habeis salvado!

Y se arrojó en sus brazos, enseñando en una mano un bolsillo de seda encarnado.

—¡Me he salvado! hija mia, dijo Morrel, ¿qué quieres decir!

—¡Si, salvado! mirad, mirad, replicó la jóven.

Morrel tomó el bolsillo y se estremeció, porque un vago recuerdo le traia á la memoria este objeto por haberle pertenecido. En un lado se hallaba la letra de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, pagada ya. En el otro habia un diamante del tamaño de una avellana, con estas tres palabras escritas en un pedazo de pergamino: Dote de Julia.

Morrel pasó la mano por su frente: creía soñar. En este momento, el reloj dió las once. El timbre de la campana vibró en él como si cada golpe de aquel martillo de acero hubiera vibrado sobre su corazón.

—Veamos, hija mia, dijo, espílicate. ¿Dónde encontraste este bolsillo?

—En una casa de la alameda de Meillan número 15, sobre la chimenea de la pobre habitacion de un quinto piso.

—Pues entonces, exclamó Morrel, este bolsillo no te pertenece.

Julia entregó á su padre la carta que habia recibido por la mañana.

—¿Y has estado sola en esa casa? dijo Morrel despues de haber leído aquella.

—Manuel me acompañaba, padre mio, y debia esperarme en la calle del Museo; pero, cosa estraña, á mi vuelta no estaba ya.

—¡Mr. Morrel! gritó una voz en la escalera, Mr. Morrel!

—Es su voz, dijo Julia.

Al mismo tiempo Manuel entró, con el rostro trastornado, por la alegría y la emocion.

—¡El *Faraon*! exclamaba; ¡el *Faraon*!

—¿Y bien, qué? el *Faraon*! estais loco, Manuel? ¿no sabeis que se perdió?

—¡El *Faraon*! Señor, el *Faraon* ha sido señalado por el vigía, el *Faraon* entra en el puerto!

Morrel volvió á caer sobre su silla; le faltaron las fuerzas; no podía creer en esta continuacion de sucesos increíbles, inauditos, fabulosos. Pero su hijo entró confirmándolo:

—Padre mio, dijo Maximiliano, ¿por qué deciais que el *Faraon* se habia perdido? El vigía le ha indicado ya, y entra en el puerto.

—Amigos míos, dijo Morrel, si es verdad eso, será preciso creer en un milagro de Dios! Imposible! imposible!

Pero lo que era verdad y no menos increíble era el bolsillo que tenia en la mano, era la letra de cambio satisfecha y era aquel diamante tan magnífico.

—¡Ah señor! dijo Coclés; ¿qué quiere decir eso? Cómo es posible que el *Faraon*?....

—Marchemos, hijos míos, dijo Morrel levantándose; dirijámonos al puerto, y si es falsa la noticia, Dios tenga piedad de nosotros.

Todos se dispusieron á salir; en medio de la escalera esperaba Mme. Morrel: la pobre muger no habia osado subir. En un instante llegaron á la Cannebière, en cuyo muelle habia reunida una gran multitud de gente que á la llegada de Morrel le abrió paso con el mayor interés y curiosidad.

—¡El *Faraon*! ¡el *Faraon*! gritaban todos....

Y en efecto; cosa maravillosa, increíble, en frente de la torre de San Juan, un bergantin que llevaba en su popa estas palabras escritas con letras blancas: El *Faraon*; Morrel é hijo de Marsella; de porte exactamente igual al del otro *Faraon*, y cargado como el otro de cochinilla y añil, echaba el áncora y amainaba sus velas; sobre la cu-

bierta, el capitán Gaumard daba sus órdenes, y maese Penelon hacía señas á Mr. Morrel. Ya no era posible dudarlo, el *Faraon* estaba allí; diez mil personas confirmaban con sus voces tan inesperado suceso.

Cuando Morrel y su hijo se abrazaban sobre el muelle entre los aplausos de todo el populacho testigo de este prodigio, un hombre, cuyo rostro estaba medio cubierto por una barba negra, y que, oculto detras de la garita de un soldado, contemplaba esta escena con eternecimiento, murmuró estas palabras:

—¡Sé feliz corazón generoso!; Dios te bendiga por todo el bien que has hecho y que harás aun, y quede oscurecida mi gratitud, como quedó tu beneficio! Y con una sonrisa, en que brillaban la alegría y la felicidad, dejó el sitio en que estaba oculto, y sin que nadie fijase su atención en él, á causa de lo preocupados que se hallaban con el suceso presente, bajó una de las escaleras que sirven de desembarcadero, y llamó con la bocina tres veces:

—¡Jacobó! ¡Jacobó! ¡Jacobó!

Entonces se aproximó á él una lancha, le recibió á bordo y le condujo á un yacht ricamente aparejado, sobre cuyo puente se lanzó él con la ligereza propia de un marino; desde allí, miró de nuevo á Morrel, que llorando de alegría, distribuía cordiales apretones de mano á toda aquella multitud, y daba gracias con una vaga mirada á aquel bienhechor invisible que parecía buscar en el cielo.

—Y ahora, dijo el hombre desconocido, adios bondad humanidad, y gratitud!... ¡adios todos los sentimientos que ensanchan el corazón!.. Hesustituido á la Providencia para recompensar á los buenos... ahora cédame su puesto el Dios vengador para castigar á los malos.

A estas palabras, hizo una señal, y como si solo hubiese estado esperando para partir, el yacht hendió rápidamente los mares.

CAPITULO XXXI.

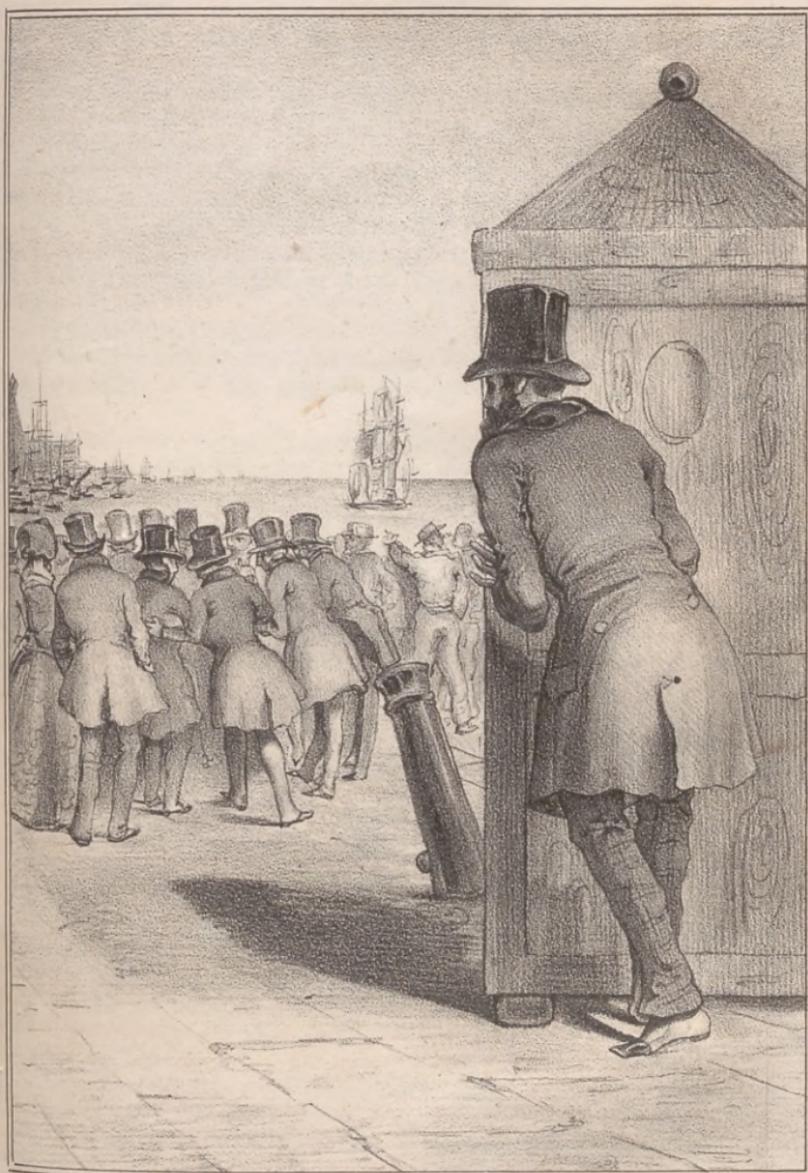
Italia.—Simbad el marino.

A principios del año de 1838 se hallaban en Florencia dos jóvenes pertenecientes á la sociedad mas elegante de Paris; el uno era el vizconde Alberto de Morcerf, y el otro el baron Franz de Epinay. Habian convenido entre sí pasar el carnaval del mismo año en Roma, donde Franz, que hacia cuatro años habitaba la Italia, serviria de cicerone á Alberto.

Pero como no es tan facil pasar el carnaval en Roma, sobre todo cuando no se tiene casa en la plaza del Pópolo, ó en el Foro Romano, escribieron á maese Pastrini, propietario de la fonda de Londres en la plaza de España, rogándole les tuviese preparada una habitacion de las mejores.

Maese Pastrini respondió que no tenia disponibles mas que dos

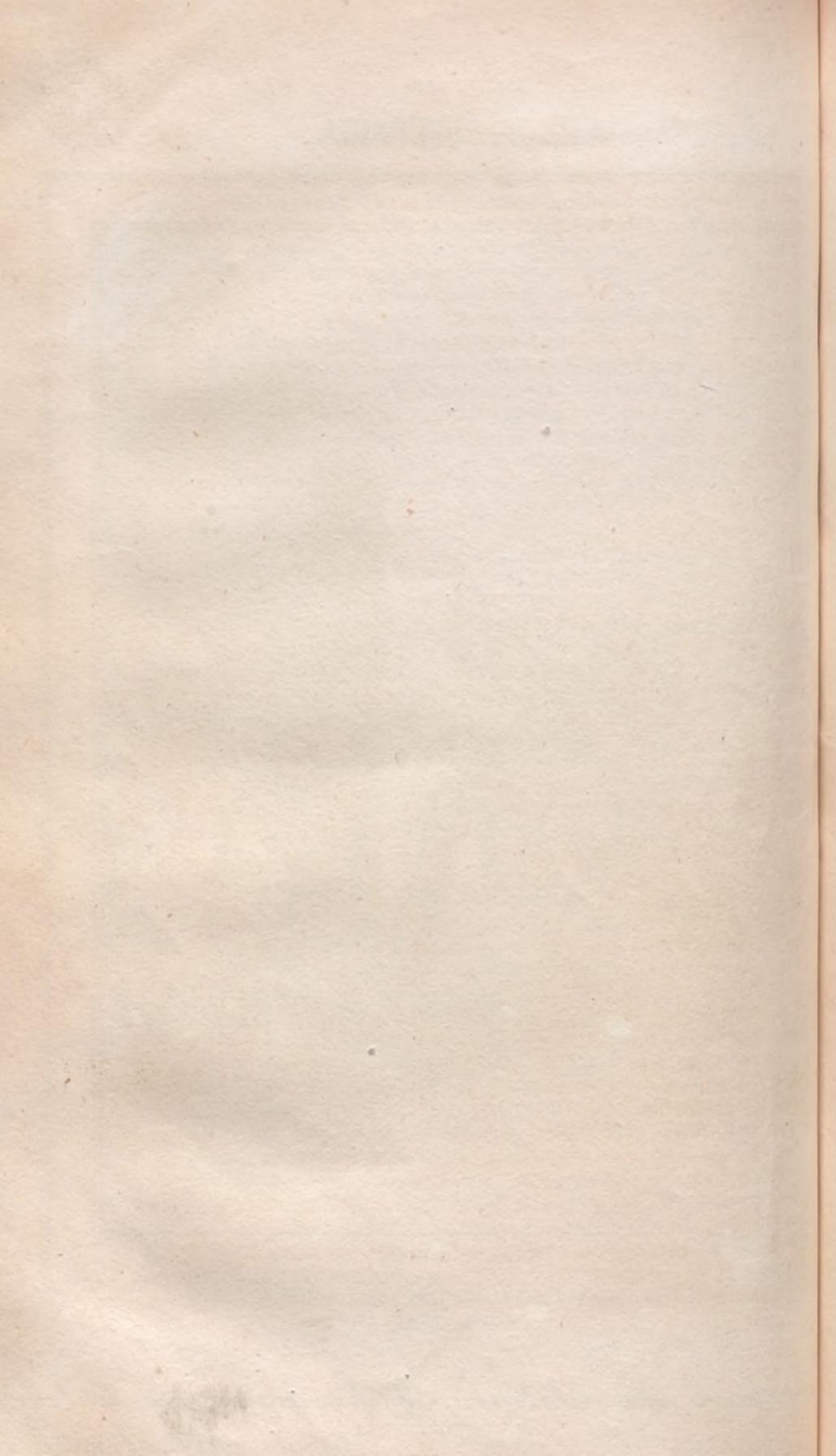
ABEJA LITERARIA.



Lit. de los Artistas.

El Con

... marmuró estas palabras:— ¡ Sé feliz, corazón generoso!;



habitaciones y un gabinete en el segundo piso, lo cual ofrecia mediante la módica retribucion de un luís al día. Los dos jóvenes aceptaron; despues queriendo aprovechar el tiempo que le quedaba, Alberto partió para Nápoles. En cuanto á Franz, se quedó en Florencia.

Cuando hubo gozado largo tiempo de la vida que proporciona la ciudad de los Médicis, y paseadose por aquel Edem que llaman las Casines, cuando fué recibido en los magnificos palacios que son la gloria de Florencia, despues de haber visitado la Córcega, cuna de Bonaparte, se le antojó ir á ver la isla de Elba, morada de Napoleon.

Una tarde, pues, mandó desatar una barca del anillo de hierro que la sujetaba al puerto de Liorna, se acostó en el fondo de aquella, envuelto en su capa, diciendo á los marineros estas últimas palabras:

—«A la isla de Elba!»

La barca se separó del puerto como el pájaro del mar que abandona su nido, y al día siguiente desembarcó á Franz en Porto-Ferraio.

Atravesó este la isla imperial despues de haber seguido las huellas que dejaron trazadas los pasos de aquel gigante, que la habitó y fué á embarcarse en Marciana. A las dos horas de haber dejado la tierra desembarcó en la Pianosa, donde le esperaban infinitas bandadas de perdices rojas, segun le habian asegurado.

La caza fué mala; mató con dificultad algunas perdices muy flacas; y como todo cazador que se fatiga por nada, volvió á entrar en su barca de bastante mal humor.

—¡Ah! si vuestra escelencia quisiera, le dijo el patron, podria hacer una buena caza.

—¿Y dónde?

—¿Veis aquella isla? continuó el patron estendiendo el brazo hacia el mediodia y mostrando una masa cónica que salia del mar, teñida de un bello azul oscuro.

—¿Y bien? qué isla es esa? preguntó Franz.

—La isla de Monte-Cristo, respondió el liornés.

—Pero yo no tengo permiso para cazar en ella.

—Tampoco hace falta, está desierta.

—¡Ah! diantre, dijo el jóven, una isla desierta en medio del Mediterráneo es cosa curiosa.

—Y natural. Esa isla es una masa de rocas, y en toda ella no hay una fanega de tierra donde pueda sembrarse.

—Y ¿á quién pertenece?....

—A la Toscana.

—¿Qué clase de caza se encontrará en ella?...

—Millares de cabras salvages.

—¿Que viven lamiendo las piedras? dijo Franz con una sonrisa de incredulidad.

—No, que se alimentan de la maleza, de la yerba y de los mirtos que vegetan entre ellas.

—¿Pero entonces dónde paso la noche?

El Conde de Monte-Cristo.

—En las grutas ó á bordo envuelto en vuestra capa. Ademas si su escelencia quiere, partiremos al punto que se concluya la caza; bien sabeis que lo mismo bogamos de dia que de noche, y que á falta de velas hay remos.

Como aun habia de tardar en reunirse con su compañero, y no debia inquietarse por su huésped en Roma, aceptó esta proposicion para indemnizarse de su malograda caza. Al oír su respuesta afirmativa, los marineros cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja.

—¡Y bien! preguntó el jóven, ¿qué hay de nuevo? tenemos alguna dificultad?

—No, replicó el patron; pero debemos prevenir á vuestra escelencia que la isla es algo peligrosa.

—¿Qué quereis decir?

—Que como la isla de Monte-Cristo no está habitada, sirve á veces de punto de arribo á contrabandistas y piratas que vienen de Córcega, de Cerdeña ó de Africa; si una señal cualquiera denuncia nuestra morada en la isla, nos veremos obligados al volver á Liorna, á hacer una cuarentena de seis dias.

—¡Diablo! ¡eso es ya otra cosa! ¡seis dias!.... Justamente el tiempo que necesitó Dios para crear el mundo. Me parece demasiado, muchachos.

—¿Pero quién irá á decir que vuestra escelencia ha estado en Monte-Cristo?

—¡Oh! no seré yo, exclamó Franz.

—Ni nosotros tampoco, exclamaron los marineros.

—En ese caso á Monte-Cristo.

El patron comenzó la maniobra; bien pronto la barca empezó á bogar en direccion de la isla. Franz dejó concluir la operacion, y así que hubo tomado el nuevo camino, así que la vela fué hinchada por la brisa, y así que los marinos se hubieron colocado cada uno en su lugar, tres delante y uno en el timon, renovó la conversacion.

—Querido Cayetano, dijo al patron, acabais de decirme, segun creo, que la isla de Monte-Cristo servia de refugio á contrabandistas y á piratas, y me parece que es otra caza muy distinta de las cabras.

—Si, teneis razon.

—Yo ya sé que hubo contrabandistas, pero pensaba que desde la toma de Argel y la destruccion de la regencia, no existian los piratas mas que en las novelas de Cooper y del capitán Marryat.

—¡Pues bien! vuestra escelencia se engañaba; hay piratas bandidos que son estermidados sin cesar por el papa Leon XII, y que sin embargo acosan todos los dias á los viageros hasta las puertas de Roma. ¿No habeis oido decir que hace apenas seis meses el encargado de negocios de Francia cerca de la Santa Sede, fué robado á quinientos pasos de Velletri?

—Si.

—¡Pues bien! si vuestra escelencia viviese como nosotros en Liorna, ya oiria decir de cuando en cuando que un pequeño buque cargado de mercancías ó que un lindo yacht inglés, que esperaban en

Bastia, en Porto-Ferraio, ó en Civita-Vecchia no ha llegado, que no saben lo que ha sido de él y que sin duda se habrá estrellado contra alguna roca. Pues, esa roca que ha encontrado es una barca rasa y estrecha, tripulada de seis ú ocho hombres que le han sorprendido ó pillado en medio de una noche sombría ó tempestuosa, á la vuelta de algun islote salvaje é inhabitado, como bandidos que detienen y saquean una silla de postas en un espeso bosque.

—Pero en fin, replicó Franz que seguia tendido en la barca, ¿por qué no se quejan aquellos á quienes sucede tal desgracia? ¿cómo no atraen sobre esos piratas la venganza del gobierno francés, sardo ó toscano?

—¿Por qué? dijo Cayetano sonriéndose.

—Si, ¿por qué?

—Porque en primer lugar transportan del buque ó yacht á la barca todo lo bueno que hay en él; despues atan de pies y manos á toda la tripulacion, amarran al cuello de cada hombre una bala de á 24, hacen un agujero del tamaño de un tonel en la quilla del buque, suben á la cubierta: cierran las escotillas y pasan á la barca. Al cabo de diez minutos, el buque empieza á quejarse y á gemir. Poco á poco se va sumergiendo, primero por uno de sus lados, despues por el otro; vuelve á levantarse, y vuelve á zambullirse. De repente suena un ruido semejante á un cañonazo; es el aire que rompe el puente. Entonces el buque se agita como un ahogado que lucha contra las olas pero que cada vez se vá haciendo mas pesado.

Bien pronto el agua, demasiado comprimida en las cavidades, se lanza por las aberturas semejante á las columnas líquidas que arroja por las ventanillas de sus narices algun gigantesco cetáceo. Al fin lanza su último gemido, gira por postrera vez sobre sí, y se hunde abriendo en las aguas un ancho embudo que dá vueltas un instante, se llena poco á poco y acaba por borrarase en términos, que á los cinco minutos es necesario el ojo del mismo Dios para ir á buscar en el fondo de aquel mar tranquilo el buque desaparecido.

—¿Comprendeis ahora, continuó el patron sonriendo, por que no entra en el puerto el buque, y por que no se queja la tripulacion? Si Cayetano hubiera contado esto antes de proponer la expedicion, es probable que Franz se hubiese mirado bien para emprenderla; pero la barca bogaba en direccion de la isla, y le pareció cobardia el retroceder. Era uno de esos hombres que no corren tras los peligros, pero que si el peligro les sale al encuentro, conservan una sangre fria inalterable para combatirle; era uno de esos hombres de voluntad tranquila, que no miran un riesgo en la vida mas que como un adversario en un duelo, que calculan sus movimientos, que estudian su fuerza, que si se retiran es para tomar aliento y no parecer un cobarde; en fin, que comprendiendo con una sola mirada todas sus ventajas, matan de una vez.

—¡Bah! replicó; he atravesado la Sicilia y la Calabria, he navegado dos meses por el Archipiélago, y nunca he visto la sombra de un bandido ni de un pirata.

—No creais que yo os he dicho eso, dijo Cayetano, por haceros

renunciar á vuestro proyecto; me habeis preguntado y os he respondido.

—Si, mi querido Cayetano, y vuestra conversacion es muy interesante: así, pues, quiero gozar de ella todo el mas tiempo posible; con que lo dicho, á Monte-Cristo!

Entre tanto se iban acercando rápidamente al término del viage; hacia buen viento y la barca avanzaba de seis á siete millas por hora. A medida que se acercaban, la isla parecia ir subiendo del fondo del mar, y al través de la despejada atmósfera de los últimos rayos del día, se distinguian como las balas en un arsenal aquel amontonamiento de rocas colocadas las unas sobre las otras, en los intervalos de las cuales se distinguian colorar los arbustos y reverdecer los árboles. En cuanto á los marineros, aun que aparecian perfectamente tranquilos estaban muy alerta interrogando con la mirada al vasto espacio sobre que se encubrian y cuyo horizonte poblaban solas algunas barcas de pescadores, con sus velas blancas, balanceándose como una gaviota sobre la superficie de las olas.

Quince millas distarian de Monte-Cristo cuando el sol empezó á ocultarse detras de la Córcega, cuyas montañas aparecian á la derecha, recortando en el cielo sus sombrías cumbres; aquella masa de piedras, como el gigante Adamastor, se elevaba amenazadora delante de la barca quitándole el sol de que se doraba su cima. Poco á poco la sombra subió del mar y pareció destruir ese último reflejo del día que pronto iba á apagarse; luego el rayo luminoso fué rechazado hasta la cúspide del cono, donde se detuvo un instante como el penacho inflamado de un volcan; al cabo fué la sombra cubriendo progresivamente la cima como habia cubierto la base, y la isla pareció solo una montaña gris que cada vez iba oscureciendo mas. Media hora despues ya era completamente de noche.

Felizmente los marineros conocian muy bien aquellos parages y hasta la menor roca del archipiélago toscano; porque en medio de la oscuridad profunda que envolvia la barca, Franz no dejaba de experimentar alguna inquietud. La Córcega habia desaparecido completamente; la isla de Monte-Cristo habia quedado igualmente invisible; pero los marineros parecian tener, como el línce, la facultad de ver en las tinieblas; y el piloto, que dirigia el timon, no se mostraba dudoso un momento.

Una hora habia pasado desde la desaparicion del sol, cuando Franz creyó divisar á un cuarto de milla á la izquierda una masa sombría; pero era tan imposible distinguir lo que fuese, que temiendo escitar la risa de los marineros si tomaba algunas nubes flotantes por la tierra firme, guardó silencio. De repente apareció un gran resplandor; la tierra podia asemejarse á una nube, pero el fuego no era un meteoro.

—¿Qué significa esa luz? preguntó Franz.

—¡Silencio! dijo el patron, es una hoguera.

—¿Pues no deciais que la isla estaba inhabitada?

—Decia que no tenia poblacion fija, pero tambien he dicho que ahí suelen arribar contrabandistas.

—¿Y piratas?

—Y piratas, continuó Cayetano repitiendo las palabras de Franz; por eso he dado la orden de pasar por otro lado, porque, como veis, la hoguera está detrás de nosotros.

—Pero esa hoguera, continuó Franz; me parece mas bien un motivo de seguridad que de inquietud, las personas que temieran ser vistas no encenderian ese fuego.

—¡Oh! eso nada quiere decir, dijo Cayetano; si pudiéseis juzgar en medio de la oscuridad, de la posicion de la isla, veriais que no puede descubrirse esa hoguera desde la costa ni desde la Pianosa, sino desde alta mar.

—¿Con que vos creeis que esa hoguera no nos anuncie mala compañía?

—De eso es preciso asegurarnos, replicó Cayetano con los ojos siempre fijos en aquella estrella terrestre.

—¿Y de qué manera?

—Vais á verlo.

—A estás palabras habló Cayetano en voz baja con sus compañeros y al cabo de cinco minutos de discusion ejecutaron en silencio una maniobra, con ayuda de la cual, pronto hubieron virado de bordo; entonces tomaron el rumbo que acababan de seguir, y algunos segundos despues de este cambio de direccion perdieron de vista la hoguera.

Entonces el piloto viró otra vez y acercó la barca á unos cincuenta pasos de la isla: amainó las velas y paró.

Todo esto habia sido ejecutado en medio del mayor silencio, y por otra parte despues del cambio de rumbo, nadie habia chistado á bordo; Cayetano, que habia propuesto la espedicion, tomó á su cargo la responsabilidad de ella. Los otros tres marineros no le dejaban de observar, prontos á huir con el auxilio de los remos, lo cual no era difícil gracias á la oscuridad. En cuanto á Franz, disponia sus armas con esa sangre fria que ya le conocemos; tenia dos escopetas de dos cañones y una carabina: los cargó, se aseguró bien de los gatillos, y esperó.

Durante este tiempo el patron se habia quitado el gaban y la camisa, se sujetó su pantalón á la cintura, y como llevaba los pies desnudos, no tuvo que deshacerse de zapatos ni de medias; una vez en este traje, hizo señas de que todos guardasen el mas profundo silencio, y dejándose caer en el mar nadó hácia la ribera con tanta precaucion que era imposible oír el menor ruido. Solamente se podia seguir su huella por el surco fosfórico que causaban sus movimientos. Mas pronto desapareció este surco; sin duda habia llegado ya á la orilla.

Todos permanecieron inmóviles por espacio de media hora, al cabo de la cual vieron aparecer junto á la orilla y acercarse á la barca el mismo surco luminoso. Algunos instantes despues Cayetano estaba en la barca.

—¿Qué és? exclamaron á un tiempo Franz y los marineros.

—Son contrabandistas españoles, acompañados de dos bandidos corsos, dijo Cayetano.

—¿Y qué hacen esos bandidos corsos reunidos á los contrabandistas españoles?

—¡Eh! ¿qué quereis? replicó Cayetano con un tono de profunda caridad cristiana, es necesario ayudarse los unos á los otros. Los bandidos se ven perseguidos con bastante frecuencia en la tierra por los gendarmes y los carabineros; pues bien, encuentran una barca, y en esa barca valerosos muchachos como nosotros, vienen á pedirnos que les concedamos hospitalidad en nuestra casa flotante. Los recibimos, y para mayor seguridad nos largamos. Esto nada nos cuesta, y al fin salvamos la vida á uno de nuestros semejantes que reconoce el servicio que le hemos hecho, indicándonos un buen lugar donde podamos desembarcar nuestras mercancías sin ser incomodados por los curiosos.

—¡Hola! hola! dijo Franz, ¿con que vos tambien entendeis algo del oficio? Eh! querido Cayetano?

—¿Qué quereis? dijo este con una sonrisa imposible de describir; bueno es saber de todo, porque lo primero es vivir.

—¿Con que entonces es decir que con los que habitan la isla de Monte-Cristo os hallais como en país conocido?

—Casi, casi. Nosotros los marinos somos como los francmasones, que nos conocemos por ciertas señas.

—¿Y creéis que no tengamos nada que temer si desembarcamos?

—¡Absolutamente nada! los contrabandistas no son ladrones!

—Pero esos bandidos corsos.... replicó Franz calculando de antemano el peligro que correría.

—¡Eh! dijo Cayetano, no tienen ellos la culpa de ser bandidos, sino la justicia.

—¿Pues cómo?

—¡Sin duda! los persigue por haber dado una mojada..... como si la venganza no fuera muy propia de los corsos!

—¿Qué entendeis vos por dar una mojada? ¿asesinar á un hombre? dijo Franz continuando sus investigaciones.

—¡Matar á un enemigo! replicó el patron, lo cual es muy diferente.

—¡Pues bien! dijo el jóven, vamos á pedir hospitalidad á los contrabandistas y á los bandidos. ¿Creéis que nos la concedan?

—Sin duda alguna.

—¿Cuántos son?

—Cuatro y los dos bandidos, seis.

—Justamente el mismo número que nosotros, en caso de que esa gente mostrase malas intenciones, tenemos fuerzas iguales, y por consiguiente podemos defendernos. Asi, pues, no hay que vacilar; á Monte-Cristo.

—Si, ¿pero nos permitiréis tomar algunas precauciones?

—¡Cómo, querido! sois sábio como Nestor y prudente como Ulises: no solo lo permito, sino que os lo encargo.

—Pues bien: entonces ¡silencio! dijo Cayetano. Todos se callaron.

Para un hombre considerado como lo era Franz, que sabia mirar

todas las cosas bajo su verdadero punto de vista, la situación, sin ser peligrosa, no carecía de cierta gravedad. Se hallaba sumergido en la mas profunda oscuridad; aislado en medio del mar entre unos marineros que no le conocian y que no tenian ningun motivo para interesarse por él, que sabian llevaba en su bolsillo algunos miles de francos, y que ya habian examinado diez veces, sino con envidia, á lo menos con curiosidad sus armas, que eran por cierto muy buenas. Por otra parte iba á abordar sin otra escolta que estos hombres á una isla que llevaba un nombre sagrado; pero que gracias á los contrabandistas y á los bandidos, no parecia prometer á Franz otra hospitalidad que la que ofreció el monte Calvario á Cristo; ademas aquella historia de los buques echados á pique, que él habia creído exagerada cuando era de día, le parecia mas verosimil que nunca por la noche. Asi, pues, colocado como estaba entre este doble peligro, imaginario tal vez, pero tal vez real, no dejaba de observar un momento á aquellos hombres, y por supuesto sin dejar la escopeta de la mano.

Entre tanto los marineros habian izado de nuevo las velas y vuelto á tomar la dirección de la isla. Al través de la oscuridad, Franz, un poco acostumbrado á las tinieblas, distinguia el gigante de granito, que costeaba la barca en aquel momento; despues al pasar de nuevo por el ángulo de una roca apercibió la hoguera que despedia resplandores mas brillantes que nunca, y al rededor de esta hoguera cuatro ó cinco personas sentadas. Los reflejos de la hoguera se estendian hasta unos cien pasos en el mar. Cayetano costeó la hoguera, manteniendo siempre la barca en la parte no iluminada, y penetró valerosamente en el círculo formado por los contrabandistas entonando una cancion de pescadores, cuyo estrivillo cantaban en coro los marineros.

A las primeras palabras de la cancion, los hombres sentados al rededor de la hoguera se habian puesto de pié y acercado al embarcadero, con los ojos fijos en la barca cuya fuerza é intenciones procuraban visiblemente adivinar. Pronto parecieron haber hecho un exámen suficiente, y fueron á sentarse al rededor de la hoguera en medio de la cual estaban asando una cabra, á escepcion de uno de ellos que se quedó de pié en la orilla.

Cuando la barca hubo llegado á unos veinte pasos de tierra, el hombre que estaba á la orilla hizo con su carabina maquinamente el ademan de un centinela que espera una patrulla, y exclamó en patua sardo:

¿Quién vive?

Franz montó los dos gatillos de su escopeta con la mas perfecta sangre fria.

Cayetano cambió entonces con este hombre algunas palabras, cuyo sentido no comprendió el viajero, pero sí que eran relativas á él.

—¿Quiere vuestra escelencia decir su nombre, preguntó el patron, ó guardar el incógnito?

—Mi nombre debe ser desconocido á esa gente; respondió Franz, decidles que soy un francés que viaja por distraerse.

Así que Cayetano hubo trasmitido esta respuesta, el centinela dió una órden á uno de los hombres sentados al rededor de la hoguera, el cual se levantó al punto y desapareció entre las rocas.

Hubo un momento de silencio. Cada cual parecia ocupado de sus asuntos; Franz en su desembarco; los marineros en recoger las velas; los contrabandistas asando su cabra: pero en medio de esta ocupacion, todos se observaban unos á otros.

El hombre que se habia alejado volvió á aparecer por el lado opuesto; hizo un ademan de cabeza al centinela, que se volvió y se contentó con pronunciar estas únicas palabras: *S' accomodi*.

El *s' accomodi* italiano es imposible traducirle. Quiere decir á la vez: venid, entrad, bien venido seais, estais en vuestra casa, sois el dueño; es lo mismo que esa frase turca de Molière que asombraba tanto al hidalgo lugareño por la cantidad de significados que encerraba; los marineros no se lo hicieron repetir; remaron un poco y la barca tocó á la tierra. Cayetano saltó a la playa, habló en vez baja algunas palabras al centinela, sus compañeros saltaron uno tras otro, y por fin le tocó á Franz.

Este llevaba una de sus escopetas á la espalda en forma de bandolera; Cayetano tenia la otra, y uno de los marineros su carabina. Su trage participaba á la vez del de artista y del de *Dandy*, por lo que no inspiró ninguna sospecha y de consiguiente ninguna inquietud. Amarraron la barca á la orilla, dieron algunos pasos para buscar un lugar de descanso cómodo; pero sin duda el punto á que se encaminaban no agradó mucho al contrabandista que estaba de centinela, porque gritó á Cayetano:

—¡No, en eselado no!

Cayetano murmuró una especie de escusa, y sin insistir mas, se adelantó por el lado opuesto, mientras dos marineros, fueron á encender dos antorchas para alumbrar por el camino. Anduvieron como unos treinta pasos, y se detuvieron en una pequeña esplanada rodeada de rocas, en las cuales, habia una especie de garitas pequeñas donde podian montar la guardia sentados.

Por las grietas y por los espacios que mediaban entre las rocas vegetaban algunas encinas salvajes y espesas ramas de mirtos. Franz acercó una antorcha, y al reparar en una poca de ceniza, conoció que no era el primero que se habia apercibido de lo cómodo de tal sitio, el cual debia ser uno de los puntos de descanso habituales á los habitantes errantes de la isla de Monte-Cristo.

En cuanto á su inquietud, habia cesado.

Así que hubo puesto el pie en tierra firme, y visto las disposiciones, si no amistosas, al menos indiferentes de sus huéspedes, habia desaparecido toda su precaucion, y al olor de la cabra que asaban en el vivac próximo, la preocupacion se habia cambiado en apetito.

Dijo algunas palabras acerca de este nuevo incidente á Cayetano, que le respondió que nada habia mas fácil que una cena cuando se tenia, como les sucedia á ellos en su barca, pan, vino, seis perdices y un buen fuego para asarlas.

—Por otra parte, añadió, si vuestra excelencia encuentra tan in-

citativo el olor de la cabra , puedo ir á ofrecer á nuestros vecinos dos aves por un trozo de su cuadrúpedo.

—Si, marchad, Cayetano, marchad, dijo Franz; habeis nacido verdaderamente con el genio de la negociacion.

Durante este tiempo, los marineros habian arrancado muchos montones de yerba seca, ramas de encina, y aplicado á esto el fuego presentando á poco rato una hoguera bastante respetable. Franz esperaba pues con impaciencia la vuelta del patron, cuando este volvió á presentarse y se dirigió á él con aire preocupado.

—¿Qué tenemos? preguntó Franz, rechazan nuestra oferta?

—Al contrario, dijo Cayetano: el gefe á quien se le ha dicho que sois un jóven francés, os invita á cenar con él.

—¡Oh! exclamó Franz, no seré yo quien rehuse, tanto mas cuanto que llevo mi parte de la cena.

—¡Oh! no es eso; tiene comida abundante; mas para que os presenteis en su casa pone una condicion singular.

—¡En su casa! replicó el jóven; ¿ha hecho por ventura edificar una casa?

—No, y sin embargo, no deja de tener un albergue bastante cómodo, segun me han asegurado.

—¿Conoceis á ese gefe?

—He oido hablar de él.

—¿Bien ó mal?

—De ambos modos.

—¡Diablo! ¿Y qué condicion es la que me impone?

—Que os dejéis vendar los ojos y que no os quiteis la venda hasta que él os lo diga.

Franz sondeó cuanto le fué posible la mirada de Cayetano para saber lo que ocultaba aquella proposicion.

—¡Ah! diantre, replicó este respondiendo al pensamiento de Franz, bien lo conozco, la cosa merece reflexionarse.

—¿Qué hariais vos en mi lugar? exclamó el jóven.

—Yo que nada tengo que perder, iria.

—Con que..... ¿aceptariais?

—Si, aunque no fuese mas que por curiosidad.

—¿Luego hay que ver algo de curioso en ese gefe?

—Escuchad, dijo Cayetano bajando la voz; no sé si será cierto lo que se cuenta. (Y se detuvo mirando á su alrededor por si le escuchaban).

—¿Y qué se cuenta?

—Que ese gefe habita un palacio subterráneo en comparacion del cual no vale nada el palacio Pittí.

—¡Soñais! dijo Franz sentándose.

—¡Oh! no es sueño; continuó el patron, es realidad. Cama, el piloto del *San Fernando*, entró en él un dia, y salió maravillado, diciendo que no existen tales tesoros sino en los cuentos de hadas..

—¿Sabeis dijo Franz, que con semejantes palabras me hariais descender á la caverna de Alí-Baba?

—Os repito lo que me han dicho, esclencia.



—¿Con que me aconsejais que acepte?

—¡Oh! no digo eso; vuestra escelencia hará lo que mejor le parezca, pues yo no quisiera aconsejarle en semejante ocasion.

Franz reflexionó algunos instantes, comprendió que aquel hombre tan rico no podia atentar contra él, que solo llevaba algunos miles de francos; y como solo veia en todo esto una excelente cena, aceptó.

Cayetano fué á llevar la respuesta.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, Franz era prudente; así pues queria adquirir todos los mayores detalles posibles acerca de aquel huesped misterioso. Volvióse pues hácia el marinero, que habia desplumado las perdices durante este diálogo con la gravedad de un hombre orgulloso de ejercer sus funciones, y le preguntó donde habian podido abordar aquellos hombres, puesto que no se veia ni barca, ni tartana.

—No os inquieteis por eso, dijo el marinero, conozco la embarcacion que montan.

—¿Es bonita?

—Deseo á vuestra escelencia una semejante para dar la vuelta al mundo.

—¿De qué fuerza es?

—Casi de mas de cien toneladas. Por lo demas es un buque de capricho, un yacht como dicen los ingleses, pero construido de manera que pueda contrarrestar al mar en todos tiempos.

—¿Y dónde ha sido construido?

—Lo ignoro; sin embargo, creo que es genovés.

—¿Y cómo es que un gefe de contrabandistas, continuó Franz, osa construir un yacht destinado á su comercio en el puerto de Génova?

—Yo no he dicho, dijo el marinero, que el dueño de ese yacht fuese gefe de contrabandistas.

—No, però Cayetano lo ha dicho, segun creo.

—Cayetano habia visto la tripulacion de lejos; pero aun no habia hablado á nadie.

—Y si ese hombre no es un gefe de contrabandistas; ¿qué es entonces?

—Un señor muy rico que viaja por gusto.

—Vamos, pensó Franz, el personage es mucho mas misterioso ahora, puesto que las opiniones acerca de él son diferentes. ¿Y cómo se llama?

—Cuando se le pregunta, responde que se llama Simbad el marino; pero dudo que sea su verdadero nombre ese.

—¿Simbad el marino?

—Si.

—¿Y dónde habita ese señor?

—En el mar.

—¿De qué pais es?

—No sé.

—¿Le habeis visto?

—Algunas veces.

—¿Qué clase de hombre es?

—Vuestra excelencia juzgará por sí mismo.

—¿Y dónde me va á recibir?

—Sin duda en ese palacio subterráneo de que os ha hablado Cayetano.

—¿Y nunca habeis tenido la curiosidad cuando habeis arribado aqui y hallado la isla desierta, de procurar penetrar en ese palacio encantado?

—¡Oh! si tal, replicó el marinero, y mas de una vez; pero nuestras pesquisas han sido inútiles: hemos registrado la roca por todos lados, y no hemos encontrado la mas minima abertura. Por otra parte, dicen que la puerta no se abre con llave, sino por medio de una palabra mágica:

—Vamos, decididamente murmuró Franz, héme aqui convertido en el héroe de un cuento de las *Mil y una noches*.

—Su excelencia os espera, dijo detrás de él una voz que reconoció por la del centinela.

Al recién venido le acompañaban dos hombres pertenecientes á la tripulacion del yacht. Por toda respuesta Franz sacó su pañuelo del bolsillo y lo presentó al que le habia hablado. Sin decirle una palabra siquiera le vendó los ojos con un cuidado que indicaba el temor de cometer alguna indiscrecion, despues de lo cual le hizo jurar que no procuraria quitarse la venda antes de decirselo el gefe. Franz lo juró.

Entonces los dos hombres lo cogieron cada uno por un brazo y empezó á caminar guiado por ellos y precedido por el centinela. Despues de unos treinta pasos, sintió por el fuerte calor de la hoguera y el olor cada vez mas apetitoso de la cabra que pasaba por delante del vivac; le hicieron continuar su camino durante unos cincuenta pasos, avanzando evidentemente hácia el lado por donde no habian querido dejar pasar á Cayetano, prohibicion que se esplicaba ahora perfectamente. Pronto conoció Franz por el cambio de atmósfera que entraba en un subterráneo. Al cabo de algunos segundos de marcha oyó un crujido y le pareció que la atmósfera cambiaba aun de naturaleza y se volvía tibia y perfumada; en fin, sintió que sus piés pisaban sobre una alfombra blanda y espesa; sus guias le abandonaron. Hubo un momento de silencio, y una voz dijo en buen francés, aunque con un acento estrangero.

—Caballero, bien venido seais á mi casa, podeis quitaros vuestra venda.

Como ya se pensará, Franz no se hizo repetir dos veces esta invitacion, levantó su pañuelo, y se encontró frente de un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, vestido con un traje tunecino, es decir, un casquete encarnado con una larga borla de seda azul, chaqueta de terciopelo negro bordada de oro, pantalones encarnados anchos y huecos, polainas del mismo color bordadas de oro como la chaqueta, y babuchas amarillas; un magnífico chal de cachemira le ceñía la cintura, y sujetaba aquella faja una cuchilla pequeña, corva

y afilada. Aunque de una palidez lívida tenia aquel hombre una fisonomía notablemente hermosa, sus ojos eran vivos y penetrantes, su nariz recta y casi al nivel de la frente, indicaba el tipo griego en toda su pureza, y sus dientes blancos como perlas, resaltaban admirablemente bajo el bigote negro que los cubria. Solo que aquella palidez era estraña; parecia un hombre encerrado largo tiempo en una tumba que nunca hubiera podido recobrar el color de los vivos. Sin ser de gran estatura, era muy bien formado, y como todos los hombres del mediodía, tenia las manos y los pies pequeños.

Pero lo que mas asombró á Franz que habia creído ser un sueño lo que decia Cayetano, fué la suntuosidad del mueblage.

Toda la habitacion estaba forrada de una tela turca de color carmesí y bordada de grandes flores de oro. En un lado habia una especie de divan, sobre el cual estaba colocado un trofeo de armas árabes dorado con resplandecientes piedras preciosas; del techo colgaba una lámpara de cristal de Venecia, de forma y de color encantadores, y los pies reposaban sobre una alfombra de Turquía, en la cual se hundian hasta el tobillo: unas trampas cubrian la puerta por donde Franz habia entrado; y otra puerta que comunicaba con una segunda habitacion que parecia espléndidamente iluminada.

El gefe dejó un instante á Franz entregado á su sorpresa, y le devolvía su exámen, pues no dejaba un momento de mirarle.

—Caballero, le dijo al fin, os pido perdon mil veces por las precauciones que se han exigido de vos para introducirnos en mi casa; pero como la mayor parte del tiempo está desierta la isla, si el secreto de esta morada fuese conocido, sin duda al volver la hallaria en muy mal estado, lo cual me seria muy desagradable, no por la pérdida que esto me causára, sino porque ya no tendria la certeza de poder separarme del resto de la tierra cuando quisiera. Ahora voy á procurar haceros olvidar este pequeño disgusto, ofreciéndos lo que seguramente no esperaríais hallar; es decir, una cena regular y buenas camas.

—A fé mia, mi querido huesped, respondió Franz. en eso nada tengo que perdonaros. Siempre he visto que se vendaba los ojos á las personas que penetraban en los palacios encantados, lo mismo le sucede á Raoul en los *Hugonotes*, y verdaderamente no tengo por qué quejarme, pues lo que me mostrais es digno de las maravillas de las *Mil y una noches*.

—¡Ay! yo os diré como *Lúculo*; si hubiese sabido que me esperaba el honor de vuestra visita me hubiera preparado de antemano. Pero en fin, tal como es, mi ermita, la pongo á vuestra disposicion, y os ofrezco mi frugal cena de todo corazon. Alí ¿estamos ya servidos?

—Casi al mismo instante la trampa se levantó, y un nubio, negro como el ébano y vestido de una sencilla túnica blanca, hizo señas á su amo de que podia pasar al comedor.

—Ahora, dijo el desconocido á Franz, no sé si sois de mi opinion, pero me parece que nada hay mas desagradable que tener una

conferencia de dos ó tres horas sin saber con qué nombre ó título llamarse. En cuanto á mí, respeto demasiado las leyes de la hospitalidad para preguntaros el vuestro, os ruego solamente que me designeis un nombre cualquiera, por medio del cual pueda dirigiros la palabra. Respecto á mí, os diré que acostumbran á llamarme Simbad el marino.

—Y yo, replicó Franz, os diré que como no me falta para estar en la situación de Aladino mas que la lámpara maravillosa, no veo ninguna dificultad en que por ahora me llameis Aladino. Así no saldréis del Oriente á donde creo haber sido transportado por el poder de algun buen genio.

—Y bien, señor Aladino, exclamó el extraño anfitrión, ya habeis oido que estábamos servidos, ¿no es así? dignaos, pues, tomaros la molestia de pasar al comedor; vuestro humilde servidor pasa delante de vos para enseñaros el camino.

Y en efecto, á estas palabras, levantando la trampa pasó Simbad por delante de Franz.

Este marchaba de encanto en encanto: la mesa estaba espléndidamente servida. Una vez convencido de este punto importante, dirigió los ojos á su alrededor. El comedor no era menos espléndido que la sala que acababa de abandonar, todo de mármol, con bajos relieves antiguos de gran valor, y en los cuatro rincones de esta habitación cuatro magníficas estatuas con canastillos en las cabezas contenian dos pirámides de diversas frutas; ananas de Sicilia, granadas de Málaga, naranjas de las Islas Baleares, abridores de Francia y dátiles de Túnez. En cuanto á su cena, se componia de un faisán asado rodeado de mirlos de Córcega, un jamon de jabalí con jaletina, un cuarto de cabra á la tártara, un magnífico rodavallo y una gigantesca langosta. Los intermedios de los grandes platos estaban llenos por otros pequeños con entremeses. Las fuentes eran de plata, los platos de porcelana del Japon.

Franz se frotó los ojos para asegurarse de que no soñaba. Allí era el único que servia la mesa y lo desempeñaba á las mil maravillas. Así se lo dijo el convidado á su huésped.

—Si, replicó Simbad, haciendo los honores á su cena con desembarazo; si, este es un pobre diablo que me profesa mucho afecto. Se acuerda de que le salvé la vida, y como segun parece, iba á perder la cabeza, me tiene algun agradecimiento por habérsela conservado.

Aunque no entendiese el francés, Allí conoció por las miradas de Simbad que hablaba de él; así, pues, se acercó á la mesa, tomó una mano de su bienhechor y la besó.

—¿Y seria indiscrecion, señor Simbad, dijo Franz, el preguntaros en qué circunstancia hicisteis esa buena accion?

—¡Oh! ¡Dios mío! bien sencillo es, replicó Simbad, segun parece este truhan habia rondado el serrallo del bey de Túnez mas cerca de lo que convenia á un mozo de su color; de suerte que habia sido condenado por el bey á que se le cortasen la lengua, la mano y la cabeza; la lengua el primer día, la mano el segundo y la

cabeza el tercero. Yo habia deseado siempre mucho el tener á mi servicio un mudo; esperé á que tuviese la lengua cortada, y fui á proponer al bey que me le diese en cambio de una magnífica escopeta de dos cañones que me habia parecido el dia anterior escitar los deseos de su alteza. Vaciló un instante, tanta era su gana de acabar con el pobre diablo. Pero añadí á la escopeta un cuchillo de caza inglés, con que habia yo mellado el yatagan de su alteza; de suerte que el bey se decidió á concederle el perdon de las manos y de la cabeza; pero bajo la condicion de que no volveria á poner los pies en Tunez. La recomendacion era inútil: en cuanto vé á lo lejos las costas de Africa, se mete en el último rincon del buque y no vuelve á aparecer hasta que se ha perdido de vista la tercera parte del mundo.

Franz permaneció un momento mudo y pensativo, no sabiendo qué pensar de la sencillez cruel con que acababa de hacerle aquel relato Simbad.

—¿Y asi como el marino, cuyo nombre habeis tomado, dijo cambiando de conversacion, pasais vuestra vida viajando?

—Si, es un voto que hice en un tiempo en que no creia poderle cumplir, dijo el desconocido sonriendo: he hecho algunos votos por el estilo, y espero se cumplirán á su vez.

Aunque Simbad pronunció estas palabras con la mayor sangre fria, sus ojos lanzaron una mirada de ferocidad estraña.

—¿Habeis sufrido mucho, caballero? le dijo Franz.

Simbad se estremeció y le miró fijamente.

—¿En qué lo conoceis? preguntó.

—En todo; replicó Franz, en vuestra voz, en vuestra mirada, en vuestra palidez y en la vida que llevais.

—¡Yo! pues si llevo la vida mas feliz que darse puede; una verdadera vida de baja; soy el rey de la creacion: si me gusta un lugar me quedo en él: si me fastidia, le dejo; soy libre como el pájaro, y como él tengo alas. Las personas que me rodean me obedecen á una señal; de vez en cuando me divierto en burlarme de la justicia humana, libertando de sus garras algun bandido á quien busca, ó algun criminal á quien persigue. Ademas yo tambien tengo mi justicia, justicia baja y alta, sin términos ni apelaciones, que condena y que absuelve, y con la cual nadie tiene que ver nada. ¡Ah! si hubiéseis disfrutado de mi vida, no apeteceriais otra, y no volveriais al mundo, á menos que como yo, tuviéseis que realizar algun proyecto.

—¡Una venganza! sin duda, dijo Franz.

El desconocido fijó en el jóven una de esas miradas que penetran hasta lo mas profundo del corazon y del pensamiento.

—¿Y por qué una venganza? preguntó.

—Porque, continuó Franz, me pareceis un hombre que perseguido por la sociedad, tiene que ajustar con ella alguna cuenta terrible.

—No: exclamó Simbad riendo y mostrando sus dientes blancos y agudos, no lo creais; tal como me veis, soy una especie de filán-

tropo, y algun dia tal vez vaya á Paris á entrar en competencia con Mr. Apper y con el Hombre de la Capilla azul.

—¿Y será la primera vez que haceis este viage?

—¡Oh! si; parezco poco curioso, ¡eh! pero os aseguro que no es culpa mia si he tardado tanto; si no es un dia, será otro.

—¿Y pensais hacerlo pronto?

—Todavía no sé: eso depende de circunstancias sujetas á combinaciones inciertas.

—Me alegraría estar en la época en que vos fuéreis, y procurar ia devolveros la hospitalidad que me dais en Monte-Cristo.

—Con mucho gusto aceptaria vuestra oferta, replicó Simbad; pero desgraciadamente, si voy, ha de ser de incógnito.

La cena entretanto avanzaba, y parecia haber sido servida espresamente para Franz, porque apenas habia gustado el desconocido algun que otro plato del espléndido festin que le habia ofrecido, y al cual habia hecho aquel tan cumplidamente los honores.

Al fin, Alí colocó los postres, ó mas bien tomó los canastillos de las cabezas de las estatuas y los puso sobre la mesa. Entre dos de estos colocó una pequeña copa de oro cerrada por medio de una tapadera del mismo metal.

El respeto con que habia traído Alí esta copa picó la curiosidad de Franz. Levantó la tapadera y vió una especie de pasta de un color verde que le era totalmente desconocida. Volvió á colocar la tapadera, quedando tan ignorante de lo que contenia despues de haberla tapado como antes, y mirando á su huésped le vió sonreirse de su admiracion.

—No podeis adivinar, le dijo este, qué clase de comestible encierra esa copa, y eso os dá que hacer, ¿no es así?

—Lo confieso.

—Pues bien: esa especie de confite verde no es ni mas ni menos que la ambrosía que Hebe servia en la mesa de Júpiter.

—Pero esa ambrosía, dijo Franz, sin duda al pasar por mano de los hombres habrá perdido su nombre celestial, para tomar un nombre humano. En fin, ¿cómo se llama ese ingrediente hácia el cual, por otra parte, no siento gran simpatía?

—¡Eh! ahí teneis justamente lo que revela nuestro origen material, exclamó Simbad; á veces pasamos al lado de la felicidad sin verla, sin mirarla, ó si la hemos visto y mirado sin conocerla. Si sois hombre positivo y el oro es vuestro Dios, probad esta pasta, y las minas del Perú, de Guzarate y de Golconda se abrirán á vuestros ojos. Si sois poeta probadla de nuevo, y desaparecerán las barreras de lo posible; los campos de lo infinito se abrirán ante vos, os paseareis con corazon libre y con libertad de espíritu por los campos, sin limites de la fantasia. Si sois ambicioso, si correis tras grandezas de la tierra probadla tambien: y en una hora sereis rey, no rey de un pequeño reino oculto en un rincon de Europa, como la Francia, la España ó la Inglaterra, sino rey del mundo, rey del universo, rey de la creacion. Vuestro trono será erigido sobre la montaña donde Satanás llevó á Jesus: y sin tener necesidad de

rendirle homenaje, sin verse obligado á besarle las garras, seréis el soberano dueño de todos los reinos de la tierra. ¿No os tienta lo que os ofrezco, decid, y no es cosa bien fácil puesto que no hay que hacer nada mas que esto? mirad.

Al acabar estas palabras descubrió á su vez la pequeña copa de oro que contenia la sustancia tan alabada, tomó con una cucharita de café un poco del confite mágico, le llevó á su boca y le saboreó lentamente con los ojos medio cerrados y la cabeza inclinada hácia atrás. Franz le dejó todo el tiempo necesario para saborear aquel manjar favorito; cuando le vió algun tanto vuelto en sí:

—En fin, exclamó, ¡qué manjar es ese tan precioso!

—¿Habeis oido hablar del Viejo de la Montaña, le preguntó su huésped; el mismo que quiso asesinar á Felipe Augusto?

—Sin duda.

—Pues bien: ya sabeis que reinaba en un rico valle que domina la montaña, cuyo nombre pintoresco habia tomado. En aquel valle habia magníficos jardines plantados por Maseu-beu-Sabah, y en aquellos jardines pabellones aislados. Hacia entrar á sus elegidos en los pabellones y allí les hacia comer, segun dice Marco Polo, cierta yerba que los transportaba al Paraiso en medio de plantas siempre florecidas, frutos siempre maduros, mugeres siempre vírgenes. Ahora, pues, lo que aquellos jóvenes bienaventurados tomaban por la realidad era un sueño, pero un sueño tan dulce, tan embriagador, tan voluptuoso, que se vendian cuerpo y alma al que se lo habia proporcionado, y obedeciendo sus órdenes como á las de Dios, iban á herir al fin del mundo á la víctima indicada, muriendo en los tormentos sin quejarse, con la única idea de que la muerte que sufrían no era sino una transición á esa vida de delicias, de que les habia dado una idea esa yerba santa que os acaban de servir.

—Entonces, exclamó Franz, será el *hatchis*. Si, lo conozco, es decir, de nombre.

—Justamente habeis dicho la palabra, señor Aladino, es el *hatchis* el mejor y mas puro que se hace en Alejandria, el *hatchis* de Abu-Gor, el gran fabricante, el hombre único, el hombre á quien se debiera edificar un palacio con esta inscripcion: «*Al fabricante de la felicidad, el mundo agradecido.*»

—¿Sabeis, le dijo Franz, que tengo deseos de juzgar por mí mismo de la verdad ó de la exageracion de vuestros elogios?

—Juzgad por vos mismo, mi querido huésped, juzgad; pero no os fieis de la primera esperiencia. Como en todo, es preciso acostumbrar los sentidos á una impresion nueva, dulce ó violenta, triste ó alegre. Hay una lucha de la naturaleza contra esa divina sustancia, de la naturaleza que no está acostumbrada á la alegría y que mas bien se inclina al dolor. Es preciso que la naturaleza venida sucumba en el combate; es preciso que la realidad suceda al sueño, y entonces el sueño reina como señor, entonces es el sueño el que se vuelve vida, y la vida la que se vuelve sueño; pero ¡qué diferencia hay en esta transfiguracion! Es decir que comparando los dolores de la existencia real con los goces de la existencia ficti-

cia, ¡no querriais vivir nunca, y querriais estar soñando siempre! Cuando abandoneis vuestro mundo por el mundo de los demas, os parecerá que pasais de una primavera napolitana á un invierno de la Laponia. Os parecerá abandonar el Paraiso por la tierra, el cielo por el infierno. Probad el *hatchis*, mi querido huesped, probadlo.

Por toda contestacion, Franz tomó una cucharada de aquella pasta maravillosa; medida por la que habia tomado su anfitrión, y la llevó á su boca.

—¡Diablol esclamó despues de haber tragado aquel divino manjar, no sé aun si el resultado será tan agradable como decis, pero la cosa no me parece tan suculenta.

—Porque vuestro paladar no está aun acostumbrado á la sublimidad de la sustancia que prueba. Decidme, ¿acaso habeis tomado el gusto desde luego á las ostras, al té, á las trufas, á todo lo que mas os ha gustado despues? Comprendeis acaso á los romanos que sazonaban los faisanes con asa-fétida, y á los chinos que comen nidos de golondrinas? Eh, Dios mio, no. Pues bien; lo mismo sucede con el *hatchis*; tomadle por espacio de ocho dias y al cabo de ese término, ningun alimento del mundo os parecerá que reune la delicadeza de ese gusto que hoy se os figura desabrido y nauseabundo. Pero pase-mos á esa habitacion cercana, es decir, á vuestro cuarto, donde Ali nos servirá el café y nos dará pipas.

Los dos se levantaron, y mientras el llamado Simbad daba algunas órdenes á su criado, Franz entró en la dicha habitacion.

Estaba amueblada con sencillez, aunque no por eso menos rica. Era de forma redonda, y un gran divan la rodeaba. Pero divanes, paredes y pavimento estaban colgados de magnificas pieles suaves y blandas como los tapices mas muelles; eran pieles de leon del Atlas de poderosas crines; pieles de trigre de Bengala, cuyas rayas eran pronunciadas; pieles de pantera del Cabo manchadas graciosamente como la que se apareció al Dante; en fin, pieles de oso de la Siberia, y de zorros de Noruega, y todas arrojadas unas sobre otras en profusion, de manera que se creia pisar sobre el césped mas espeso y reposar sobre la cama mas blanda. Los dos se recostaron sobre el divan; pipas con tubos de jazmin y boquillas de ámbar estaban á la altura de la mano, preparadas para que no hubiese que fumar dos veces en la misma. Tomaron una de ellas cada uno. Ali las encendió y salió para ir á buscar el café.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Simbad se dejó arrastrar por pensamientos que le ocupaban sin cesar, aun en medio de la conversacion, y Franz se abandonó á esa soñolencia muda en que se cae casi siempre al fumar un tabaco escelente, que parece llevarse con el humo todas las penas de la imaginacion, y traer en cambio al fumador todos los sueños del alma.

Ali sirvió el café

—Cómo le quereis tomar? dijo el desconocido; á la francesa ó á la turca, fuerte ó lijero, dulce ó con poca azúcar, pasado ó en el momento de hervir? á vuestra eleccion; lo hay preparado de todos modos.

—Pues bien, lo tomaré á la turca, respondió Franz.

—Teneis razon, esclamó su huesped, esto prueba que teneis disposiciones para la vida oriental. Ah! los orientales son los que saben vivir en el mundo. En cuanto á mi, añadió con una de esas singulares sonrisas que no se escapaban al jóven, cuando haya concluido mis asuntos en Paris, iré á morir á Oriente, y si quereis encontrarme, será preciso que vayais á buscarme al Cairo, á Bagdad ó á Ispahan.

—A fé mia, dijo Franz, que será la cosa mas fácil pues me parece que me están naciendo alas de águila, con estas alas daria la vuelta al mundo en veinte y cuatro horas.

—¡Ah! ah! el *hatchis* va operando; pues bien! abrid vuestras alas y elevaos hasta las regiones sobrehumanas; no temais nada, velan por vos, y si, como las de Icaro, se derriten al sol, aquí estamos para recibirlos.

Entonces dijo algunas palabras árabes á Alí, que hizo una señal de obediencia y se retiró, mas sin alejarse.

En cuanto á Franz, una estraña transformacion se operaba en él, toda la fatiga física de aquel dia, toda la preocupacion de espíritu que habian hecho nacer los acontecimientos de la noche, desaparecian como en ese primer momento de reposo en que se vive lo bastante para sentir que le llega á uno el sueño. Su cuerpo parecia adquirir una ligereza imaterial; su imaginacion se aclaraba de una manera estraña; sus sentidos parecian aumentar sus facultades. El horizonte se ensanchaba ante él; pero no aquel horizonte sombrío sobre el cual se estendia un vago terror; sino un horizonte trasparente, vasto, con todo el azul del mar, con todo el brillo del sol, con todo el perfume de la brisa; luego, en medio del canto de sus marineros, cantos tan puros y tan claros que se hubiesen tomado por una armonía divina, veia aparecer la isla de Monte-Cristo, no ya como un escollo amenazador sobre las olas, sino como un oasis perdido en el desierto; luego á medida que la barca se acercaba, los cantos se volvian mas numerosos, porque una armonía divina y misteriosa subia desde aquella isla hasta Dios, cual si alguna hada como Yorelay ó algun encantador como Anfon, hubiese querido atraer á ella un alma ó edificar una ciudad.

Al fin la barca tocó la orilla, pero sin esfuerzo, sin sacudimiento, asi como los labios tocan á los labios, y Franz se imaginó entrar en la gruta sin que cesase aquella música encantadora. Bajó, ó mas bien le pareció bajar algunos escalones, respirando un aire fresco y embalsamado como el que debia reinar al rededor de la gruta de Circe, compuesto de tales perfumes que estasian, de tales ardores que abrasan, y volvió á ver todo lo que habia visto antes de su sueño, desde Simbad, el huesped fantástico, hasta Alí, el servidor mudo; despues todo pareció borrarse y confundirse bajo sus ojos, como las últimas sombras de una linterna mágica que se apaga, y se encontró en la habitacion de las estatuas, iluminada solamente por una de esas lámparas antiguas que velan en medio de la noche el sueño de la voluptuosidad.

Eran en efecto las estatuas ricas de formas de lujuria y de poesia, de ojos magnéticos, de sonrisas lascivas, de abundantes cabelleras.

Eran Frinée, Cleopatra, Mesalina, esas tres hermosas cortesanas; y en medio de aquellas sombras impúdicas se deslizaba como un rayo puro, como un ángel cristiano en medio del Olimpo, una de esas figuras castas, una de esas sombras tranquilas, una de esas visiones dulces que parecían velar su frente virginal bajo todas aquellas impurezas de mármol.

Entonces le pareció que aquellas tres estatuas habían reunido sus tres amores para un solo hombre, y que este hombre era él; que se acercaban á la cama donde dormía otro segundo sueño, con los pies perdidos en sus largas túnicas blancas, su garganta desnuda, los cabellos desarrollados en forma de ondas, con una de esas actitudes á las cuales resistían los santos, pero á la cual sucumbían los dioses, con una de esas miradas inflexibles y ardientes, como las de una serpiente sobre el pájaro, y que él se abandonaba á esas miradas dolorosas, como una presión, y voluptuosas como un beso.

Le pareció á Franz que cerraba los ojos, y que al través de la última mirada que arrojaba en derredor suyo, entreveía la estatua púdica que se velaba enteramente; y con los ojos cerrados á las cosas reales, sus sentidos se abrieron á las impresiones imposibles.

Entonces gozó de una voluptuosidad completa, de un amor sin reposo como el que prometía el profeta á sus elegidos. Entonces todas aquellas bocas de piedra se animaron hasta el punto que para Franz, sufriendo por la primera vez el imperio del *hatchis*, aquel amor era casi un dolor, aquella voluptuosidad casi un tormento, cuando sentía pasar por su boca los labios de aquellas estatuas flexibles y frías como los anillos de una culebra. Pero mientras más intentaba rechazar los abrazos de aquel amor desconocido, más sufrían sus sentidos el encanto de aquel sueño misterioso; tanto que después de una lucha por la cual hubiese dado su alma, se abandonó sin reserva y concluyó por caer sin aliento, fatigado, aniquilado de fatiga, bajo los encantos de aquel sueño inaudito.

CAPITULO XXXII.

El Despertar.

Cuando Franz volvió en sí, los objetos exteriores le parecieron una segunda parte de su sueño; creyó hallarse en un sepulcro donde apenas penetraba, como una mirada de piedad, un rayo de sol, estaba dió la mano y tocó la piedra; se levantó y entonces vió que estaba acostado sobre una cama de yerba seca, muy suave y blanda. Toda vision había desaparecido, y como si las estatuas no hubiesen sido más que sombras salidas de sus tumbas durante su sueño, se habían desvanecido al tiempo de despertarse; dió algunos pasos hácia el punto por donde penetraba la luz; á toda la agitacion del sueño sucedía la calma de la realidad. Se encontró en una gruta, se adelantó hácia la abertura, y al través de la puerta, apercibió un cielo y un

mar azules. El aire y el agua resplandecian á los rayos del sol de la mañana; los marineros estaban sentados en la orilla hablando y riendo; á diez pasos en el mar, la barca se balanceaba graciosamente sobre su áncora.

Entonces aspiró largo tiempo aquella brisa fresca que le pasaba por la frente; escuchó el débil ruido de las olas que iban á morir en la orilla, y que dejaban sobre las rocas una franja de espuma blanca como la plata; dejóse ir sin reflexionar, sin pensar en aquel encanto divino que hay en los objetos de la naturaleza, sobre todo cuando se sale de un sueño fantástico; luego poco á poco aquella vida exterior tan tranquila, tan pura, tan grande, le fué recordando la inverosimilitud de su sueño, y los recuerdos empezaron á entrar en su memoria. Se acordó de su llegada á la isla, de su presentacion á un gefe de contrabandistas, de un palacio subterráneo lleno de esplendores, de una cena escelente y de una cucharada del hatchis.

Solo que en medio de tal realidad le parecia que ya hacia lo menos un año que habian pasado todas aquellas cosas; tanta era la importancia que tenia para él todo aquel sueño. Así, pues, de vez en cuando, su imaginacion hacia sentar en medio de los marineros ó atravesar una roca, ó balancearse sobre la barca, á una de aquellas sombras que se habian presentado durante la noche con sus miradas y con sus besos. Por lo demas, tenia la cabeza perfectamente libre y el cuerpo descansado, ninguna pesadez en su cerebro; al contrario un cierto bienestar general, una facultad de absorber el aire y el sol mayor que nunca. Acercóse alegremente á sus marineros. Apenas le vieron, se levantaron y el patron se acercó á él.

—El señor Simbad, le dijo, nos ha encargado que presentemos sus respetos á vuestra escelencia, y nos ha dicho que os espresemos el sentimiento que ha tenido de no poder despedirse de vos; pero espera que le dispenseis cuando sepais que un asunto muy urgente le llama á Málaga.

—¡ Ah querido Cayetano! dijo luego Franz ¿conque todo ha sido verdad? Existe un hombre que me ha recibido en esta isla, que me ha dado en ella hospitalidad, y que ha partido durante mi sueño?

—Existe, y la prueba es que alli teneis su yacht que se aleja á toda vela, y si quereis tomar vuestro anteojo de larga vista, reconocereis á vuestro huesped en medio de su tripulacion.

Y al decir estas palabras, Cayetano estendia el brazo en la direccion de una pequeña embarcacion que bogaba hácia la punta meridional de la Córcega; Franz sacó su anteojo, lo graduó á su vista y lo dirigió hácia el lugar indicado. Cayetano no se engañaba. En la popa del buque estaba en pie el misterioso estrangero, vuelto hácia él y como él con un anteojo en la mano. Llevaba el mismo trage con que se habia presentado la víspera á su convidado, y agitaba un pañuelo en señal de despedida; Franz le devolvió su saludo, sacando á su vez su pañuelo y agitándolo como su huesped agitaba el suyo. Al cabo de un segundo, una ligera nube de humo se dibujó en la popa del buque, y subió lentamente hácia el cielo, despues una ligera detonacion llegó hasta Franz.

—¿Ois? dijo Cayetano, se despide de vos.

El joven tomó su carabina y la descargó al aire, pero sin esperanza de que el ruido pudiese atravesar la distancia que separaba el yacht de la costa.

—¿Tiene algo que mandar su escelencia? dijo Cayetano.

—En primer lugar que me encendais una antorcha.

—¡Ah! si, comprendo, replicó el patron, para buscar la entrada de ese palacio encantado. Si eso os divierte, escelencia, con mucho gusto, voy á encenderos la antorcha. Pero yo tambien he tenido esa idea y hecho varias tentativas, y al fin he renunciado á mi intento. Juan, añadió, enciende una antorcha y entrégala á su escelencia. Aquel obedeció. Franz tomó la antorcha y entró en el subterráneo seguido de Cayetano.

Reconoció el lugar donde se habia despertado por la cama de yerba; dió una vuelta con su antorcha por la superficie exterior de la gruta, pero nada vió á no ser ligeras señales de humo, lo cual probaba que otros antes que él habian intentado inútilmente la misma investigacion.

Sin embargo, no dejó por examinar la menor rendija de aquella muralla de granito. Por todas introdujo la hoja de su cuchillo. En cualquier punto saliente que veia, se apoyaba con la esperanza de que cederia; pero todo fué inútil, y perdió sin ningun resultado dos horas en esta pesquisa. Al cabo renunció á ella. Cayetano triunfó.

Cuando Franz volvió á la playa, el yacht no parecia mas que como un punto blanco en el horizonte; recurrió á su antejo, pero aun con el instrumento era imposible distinguir nada. Cayetano le recordó que habia venido á cazar cabras, lo que olvidara completamente. Tomó su fusil, y se puso á recorrer la isla con todo el aire de un hombre que cumple con un deber mas bien que con un placer, y al cabo de un cuarto de hora habia matado una cabra y dos cabritillos. Pero estas cabras, aunque salvajes y ligeras como gamuzas, se asemejaban mucho á nuestras cabras domésticas, y á Franz no le parecian caza.

Ademas de otras ideas, desde la vispera estaba siendo el héroe de un cuento de las *Mil y una noches*, y casi insensiblemente se dirigia hacia la gruta.

Entonces, á pesar de la inutilidad de su primera pesquisa, volvió á empezar otra, despues de haber dicho á Cayetano que hiciese asar uno de los dos cabritillos. Esta segunda duró bastante, pues cuando volvió el cabritillo estaba asado y el almuerzo dispuesto.

Franz se sentó en el mismo lugar donde la vispera habian venido á invitarle á cenar de parte de aquel huesped misterioso, y aun divisó como una paviota que se mece sobre una ola, al yacht que seguia avanzando hácia la Córcega.

—Pero, dijo á Cayetano, me habeis anunciado que el señor Simbad hacia vela para Málaga, y me parece que se dirige hácia Porto Vecchio.

—¿No os acordais, replicó el patron, de que os he dicho que entre las personas de su tripulacion se hallaban accidentalmente dos bandidos corsos?

—¡Es verdad! y va á dejarlos en la costa, exclamó Franz.

—¡Justamente! ¡Ah! es un individuo, exclamó Cayetano, que no teme á Dios ni al diablo, segun dicen, y que andaria cincuenta leguas para hacer un servicio á un pobre hombre.

—¿Pero ese género de servicio podria malquistarle con las autoridades del pais donde ejerce ese género de filantropía? exclamó Franz.

—¡Ah! dijo Cayetano riendo: ¿Qué le importan á él las autoridades? Se burla de ellas, y cuando procuran perseguirle, no es ya su yacht un buque velero, es un pájaro, y ademas no tiene mas que arrojarle á la costa, y por todas partes encuentra amigos.

Lo único que resulta claro de todo esto, es que el señor Simbad, el hiesped de Franz, tenia el honor de estar en relaciones con todos los contrabandistas y bandidos del Mediterráneo, lo cual no dejaba de procurarle una posicion bastante rara.

En cuanto á Franz, nada le detenia ya en Monte-Cristo; habia perdido toda esperanza de encontrar el secreto de la gruta; apresuróse, pues, á almorzar, ordenando á los marineros que dispusiesen la barca para cuando concluyera.

Media hora despues estaba á bordo. Echó la última mirada al yacht, el cual estaba á punto de desaparecer en el golfo de Porto-Vecchio. Dió la señal de partir. En el momento en que la barca se ponía en movimiento, cesó de verse el yacht; con él se borraba la última realidad de la noche precedente; así: pues, la cena, Simbad, el hatchis y las estatuas, todo empezaba á confundirse para Franz en el mismo sueño. La barca caminó todo el dia y toda la noche, y al siguiente, cuando salió el sol, desapareció á su vez la isla de Monte-Cristo.

Asi que Franz hubo puesto los pies en tierra, olvidó á lo menos momentáneamente, los acontecimientos que acababan de pasar, para terminar sus asuntos de placer y de política en Florencia, y no ocuparse mas que de reunirse á su compañero que le esperaba en Roma. Partió, pues, y el sábado por la noche llegó á la plaza de la aduana por el correo.

La habitacion estaba guardada, como ya sabemos, de antemano, no habia mas que dirigirse á la fonda de maese Pastrini, lo cual no era muy fácil, pues una multitud inmensa de gente poblaba ya las calles, y Roma se hallaba poseida de ese rumor sordo y febril que precede á los grandes sucesos. Ahora, pues, en Roma hay cuatro grandes acontecimientos al año: el carnaval, la semana Santa, el dia del Corpus y el de san Pedro. Todo el resto del año vuelve á caer la ciudad en esa triste apatía, estado intermedio á la vida y la muerte, que la hace semejante á una especie de estacion entre este mundo y el otro, estacion sublime, alto lleno de poesia y de carácter que Franz habia hecho ya cinco ó seis veces, y que cada vez habia encontrado mas maravilloso y mas fantástico todavia. En fin, atravesó aquella turba cada vez mas creciente y mas agitada, y llegó á la fonda. A su primera pregunta, le respondieron, con esa impertinencia propia de los cocheros de alquiler ya apostados y de los posaderos que tienen ocupados todos los cuartos, que en la fonda de

Londres no habia habitacion para él. Entonces envió su targeta á maese Pastrini, y preguntó por Alberto de Morcef. El medio fué escelente, y acudió en persona maese Pastrini, escusándose de haber hecho esperar á su escelencia, regañando á sus criados, tomando la bugia de la mano del cicerone que se habia apoderado ya del viajero, y preparándose á conducirle al lado de Alberto, cuando este le salió al encuentro.

La habitacion indicada se componia de dos pequeñas piezas y de un gabinete. Estas caian á la calle, circunstancia que maese Pastrini hizo valer añadiendo que tenia aquella pieza un mérito inapreciable. El resto de aquel piso estaba alquilado á un personage muy rico, que creian siciliano ó maltés; pero el posadero no pudo decir de cierto á cual de las dos naciones pertenecia el tal viajero.

—Está bien, maese Pastrini, dijo Franz, pero necesitaríamos por el pronto una cena cualquiera para esta noche, y un carruage para mañana y los dias siguientes.

—En cuanto á la cena, respondió el posadero, sereis servidos inmediatamente; pero respecto al carruage....

—¡Dudais! maese Pastrini, vamos, no os chanceis, necesitamos un carruage.

—¡Oh! caballero, se hará todo lo posible por proporcionárosle, esto es cuanto puedo deciros.

—¿Y cuándo sabremos la respuesta? preguntó Franz.

—Mañana por la mañana, respondió el posadero.

—¡Qué diablol! dijo Alberto, se pagará mas caro... ya sabemos lo que es... en casa de Drake y Aaron, veinte y cinco francos los dias de trabajo y treinta ó treinta y cinco los domingos ó dias de fiesta; añadid pues cinco francos al dia por corretage, resultan cuarenta, asi pues no volvamos á hablar de ello.

—Temo que aun ofreciendo el doble los señores, no puedan procurárselo.

—Pues entonces que pongan caballos al mio, aunque algo estropeado á causa del camino... ¡no importa!...

—No se encontrarán caballos.

Alberto miró á Franz como un hombre á quien se le da una respuesta que le parece incomprendible.

—¿Ois eso, Franz, no hay caballos? dijo, ¿pero no podria haberlos de posta?

—Todos están alquilados hace quince dias, y ahora no quedan mas que los necesarios para el servicio.

—¿Qué estais diciendo? preguntó Franz.

—Digo que cuando no comprendo una cosa, tengo la costumbre de no detenerme mucho en ella y de pasar á otra. ¿Está pronta la cena maese Pastrini?

—Si, escelencia.

—Pues bien: lo primero cenemos.

—¿Pero el carruage y los caballos? dijo Franz.

—Tranquilizaos, querido amigo, ellos vendran por sí solos; el caso está en el precio.

Y Morcef, con esa admirable filosofía de hombre que nada cree imposible mientras siente bien lleno su bolsillo, cenó, se acostó, durmió perfectamente, y soñó que pasaba el carnaval en un carruaje tirado por seis caballos.

CAPITULO XXXIII.

Bandidos romanos.

Al dia siguiente Franz se despertó antes que su compañero, y así que estuvo despierto, tiró del cordón de la campanilla. Aun vibraba el sonido de esta, cuando maese Pastrini entró en persona.

—¡Y bien! dijo el huesped triunfante, sin esperar á que Franz le interrogase, bien lo sospechaba yo ayer cuando no queria prometeros nada; habeis acudido demasiado tarde, y ya no hay en Roma un solo carruaje desalquilado, para los tres últimos dias se entiende.

—Si, exclamó Franz, para los dias que mas le necesitamos.

—¿Qué hay? preguntó Alberto entrando, ¿no tenemos carruaje?

—Justamente, querido amigo, respondió Franz, lo habeis adivinado.

—¡Pues está buena vuestra ciudad eterna!

—Es decir, replicó maese Pastrini, que deseaba quedase bien el pabellon de la capital del mundo cristiano con los viajeros, es decir, que no hay carruaje desde el domingo por la mañana, hasta el martes por la noche, pero despues encontrareis cincuenta que querais.

—¡Ah! eso ya es algo, dijo Alberto; ¿hoy es jueves, quien sabe lo que puede suceder de aquí al domingo?

—Que llegarán diez ó doce mil viajeros, respondió Franz, los cuales harán mayor aun la dificultad.

—Amigo mio, dijo Morcef, gocemos del presente, y no oscurezcamos el porvenir.

—¿A lo menos, preguntó Franz, tendremos una ventana?

—¿Dónde?

—En la calle del Cours.

—¡Oh! una ventana! exclamó maese Pastrini, imposible de toda imposibilidad; una solamente quedaba en el quinto piso del palacio Doria, y ha sido alquilada á un príncipe ruso por veinte zequies al dia.

Los dos jóvenes se miraron con aire estupefacto.

—Y bien querido, dijo Franz á Alberto, lo mejor que podemos hacer es irnos á pasar el carnaval á Venecia; al menos allí, sino encontramos carruaje, encontraremos góndolas.

—¡Oh! no, exclamó Alberto, estoy decidido á ver el Carnaval en Roma, y lo veré aunque sea en zancos.

—Calle, exclamó Franz, es una gran idea, sobre todo, para apagar los moccoleti; nos disfrazaremos de polichinelas vampiros ó de habitantes de las Landas, y tendremos un éxito magnífico.

—¿Desean aun sus escelencias tener un carruage para el domingo?

—¡Pues qué! ¿creeis que vamos á recorrer las calles de Roma á pié como si fuéramos pasantes de escribano?

—¡Bien! voy á apresurarme á ejecutar las órdenes de sus escelencias, dijo maese Pastrini; pero les prevengo que el carruage les costará seis piastras al dia.

—Y yo, querido maese Pastrini, dijo Franz, yo que no soy nuestro vecino el millonario, os prevengo que como es la cuarta vez que vengo á Roma, conozco el precio de los carruages, tanto los domingos y dias de fiesta como los que no lo son, os daremos doce piastras por hoy, mañana y pasado, y aun sacareis muy buena ganancia.

—Sin embargo, escelencia, dijo maese Pastrini procurando rebelarse.

—Andad, andad, mi querido huesped, dijo Franz, ó voy yo mismo á ajustar el carruage con vuestro *affettatore*, que es tambien el mio; es un antiguo amigo que me ha robado bastante dinero en su vida, y que, con la esperanza de robarme mas, pasará por un precio menor que el que os ofrezco; de este modo perdereis la diferencia, y vos tendreis la culpa.

—¡Oh! no os tomeis esa molestia, escelencia, dijo maese Pastrini con la sonrisa del especulador italiano que se confiesa vendido, cumpliré vuestro encargo lo mejor que me sea posible, y espero que quedareis contento.

—A las mil maravillas, eso se llama hablar con juicio.

—¿Cuándo quereis el carruage?

—Dentro de una hora.

—Pues dentro de una hora estará á la puerta.

En efecto, una hora despues el carruage esperaba á los dos jóvenes; era un modesto simon que atendida la solemnidad de la circunstancia, habian elevado al rango de carretela. Pero á pesar de su mediana apariencia, los dos jóvenes se hubieran dado por muy felices con tener un vehículo semejante para los tres últimos dias.

—Esclencia, gritó el cicerone, al ver á Franz asomarse á la ventana, ¿se acerca la carroza al palacio?

Por acostumbrado que estuviere Franz al énfasis italiano, su primer movimiento fué mirar á su alrededor; pero en efecto á él era á quien se dirigian aquellas palabras, Franz era la escelencia, la carroza era el simon, y el palacio era la fonda de Londres. Todo el genio laudatorio de la nacion estaba encerrado en aquella frase.

Franz y Alberto bajaron, la carroza se acercó al palacio. Sus escelencias subieron y el cicerone saltó á la trasera.

—¿Dónde quieren sus escelencias que se les conduzca?

—Primero á san Pedro, y en seguida al Coliseo, dijo Alberto. Pero este no sabia una cosa, que se necesita un dia para ver á san Pedro, y un mes para estudiarlo. Asi, pues, el dia se pasó en ver á san Pedro.

De repente los dos amigos notaron que iba anocheciendo. Franz

sacó su reloj; eran las cuatro y media. Al punto tomaron el camino de la fonda; á la puerta Franz dió orden al cochero de estar allí á las ocho. Quería hacer ver á Alberto el Coliseo á la luz de la luna, así como le habia hecho ver San Pedro á la luz del dia.

Quando se hace ver á un amigo una ciudad que uno ya conoce, se usa de la misma coquetería que para enseñarle la muger á quien se ama; de consiguiente Franz trazó al cochero su itinerario; debia salir por la puerta del Pópulo, costear la muralla exterior, y entrar por la puerta de San Juan. De este modo el Coliseo se les aparecía sin preparacion alguna, y sin que el Capitolio, el Foro, el arco de Septimio Severo, el templo de Antonino y Faustino, y la Via-Sacra hubiesen servido de escalones puestos en su camino para acortarlo.

Se sentaron á la mesa; maese Pastrini habia prometido á sus huéspedes un festin escelente; sin embargo les dió una comida mediana, y á lo menos no tuvieron que quejarse,

Al fin de la comida entró el posadero; Franz creyó que era para recibir las gracias, y se disponia á dárselas, quando le interrumpió á las primeras palabras.

—Esceiencia, dijo, mucho me lisongea vuestra aprobacion, pero no subia para eso á vuestro cuarto.

—¿Era acaso para decirnos que habiais encontrado carruage? preguntó Alberto encendiendo un cigarro.

—Mucho menos; lo mejor que podeis hacer, es no pensar mas en ello, y tomar un partido. En Roma las cosas se pueden ó no se pueden. Quando se os ha dicho que no se podia, punto concluido.

—¡Oh! en Paris es mucho mas cómodo; quando una cosa no se puede, se paga doble y al instante se tiene lo que se pide.

—Si, si, ya he oido decir eso á todos los franceses, dijo maese Pastrini algun tanto picado, y así no comprendo como viajan.

—Es que los que viajan, dijo Alberto arrojando flemáticamente una bocanada de humo hácia el techo, y balanceándose sobre los dos pies de su silla, son solo los locos y los necios como yo, las personas sensatas no abandonan su habitacion en la calle de Helder, el boulevard de Gante y el café de Paris.

—Escusado es decir que Alberto vivia en la dicha calle, daba todos los dias su paseo *fashionable*, y comia cuotidianamente en el único café en que se come cuando se está en buenas relaciones con los mozos.

Maese Pastrini permaneció un momento silencioso, era evidente que meditaba la respuesta que le habia dado Alberto, respuesta que sin duda alguna no le parecia del todo clara.

—Pero en fin, dijo Franz á su vez interrumpiendo las reflexiones geográficas de su huesped, vos habias venido aquí para algo; ¿queréis esplicarnos el objeto de vuestra visita?

—¡Oh! justamente, ¿habeis mandado venir el carruage á las ocho!

—Si.

—¿Teniais intencion de visitar el Colosseo?

—Es decir, el Coliseo.

—Es exactamente lo mismo.

—Sea.

—Habeis dicho á vuestro cochero que saliese por la puerta del Popolo, que diera la vuelta por el lado exterior de las murallas y que entrase por la puerta de San Juan.

—Esas son mis propias palabras.

—Pues bien, ese itinerario es imposible, ó á lo menos muy peligroso.

—¿Peligroso, por qué?

—A causa del famoso Luigi Vampa.

—Ante todo, mi querido huesped, ¿quién es el famoso Luigi Vampa? preguntó Alberto. Será muy famoso en Roma, pero os advierto que en París es perfectamente desconocido.

—¿Cómo! ¿no le conocéis?

—No tengo ese honor.

—Pues bien! es un bandido á cuyo lado son niños de pecho los Devesaris y los Gasparone.

—Atención, Alberto, exclamó Franz, al fin hallamos un bandido.

—Os prevengo, querido huesped, que no voy á creer palabra de lo que me digáis. Sabido esto, hablad cuanto queráis, estoy pronto á escucharos.—«Habia una vez....» Vaya, vaya, no proseguís?...

Maese Pastrini se volvió hácia Frauz que le parecia mucho mas juicioso que su compañero, y le dijo gravemente:

—Escelencia, si me creéis embustero, inútil es que os diga lo que queria deciros; sin embargo, puedo afirmaros que lo hacia por interés de vuestras esclencias.

—Alberto no os dice que sois embustero, querido señor Pastrini replicó Franz; os dice que no os creerá enteramente, pero yo si os creeré; tranquilizaos, hablad.

—Mas sin embargo, esclencia, bien comprendéis que si ponen en duda mi veracidad....

—Querido, interrumpió Franz, sois mas susceptible que Casandra, á quien nadie escuchaba á pesar de ser profeta, al paso que vos, á lo menos, estais seguro de la mitad de vuestro auditorio, veamos, sentaos, y decidnos quién es Mr. Vampa.

—Ya os lo he dicho, esclencia, es un bandido cual no se ha visto otro desde el famoso Mastrilla.

—Pero, ¿qué tiene que ver ese bandido con la orden que yo he dado á mi cochero de salir por la puerta del Pópolo y de entrar por la de San Juan?

—Tiene, respondió maese Pastrini, que por la una podreis salir, pero dudo que entreis por la otra.

—¿Por qué? preguntó Franz.

—Porque llegada la noche, ya no está uno seguro á cincuenta pasos de las puertas.

—Palabra de honor? exclamó Alberto.

—Señor conde, dijo maese Pastrini siempre picado por la duda que tenia Alberto de su veracidad, no hablo con vos, sino con

vuestro compañero de viage, que conoce á Roma, y que sabe no hay que chancearse sobre este punto.

—Oye; querido, dijo Alberto dirigiéndose á Franz, hé aqui una aventura admirable; atestamos nuestro coche de pistolas, trabucos y escopetas de dos cañones. Viene Luigi Vampa á prendernos, y cogemos nosotros á él. Le conducimos á Roma, lo presentamos á su Santidad que nos pregunta qué es lo que puede hacer para pagarnos tal servicio. Entonces reclamamos simplemente una carroza y dos caballos de sus caballerizas, y vemos el carnaval en carruage, sin contar con que probablemente el pueblo romano, reconocido tambien, nos corone en el Capitolio, y nos proclame, como á Curcio y Horacio Coclés, salvadores de la patria.

Mientras Alberto deducia esta consecuencia, maese Pastrini gesticulaba de una manera difícil de describir.

—En primer lugar, preguntó Franz á Alberto, dime dónde encontrarás esas pistolas, esos trabucos, esas escopetas de dos cañones, con que quieres atestar el coche?

—Lo que es en mi arsenal no será, dijo Alberto, pues en la Terracina, me despojaron hasta de mi puñal; ¿y á tí?

—A mí me sucedió otro tanto en Acuapendente.

—¡Ah! querido huesped, dijo Alberto encendiendo su segundo cigarro en la punta del primero, ¿sabeis que es muy cómoda para los ladrones esa medida, y que me parece ha sido tomada de acuerdo con ellos?

Sin duda maese Pastrini halló aquella pregunta muy embarazosa, pues no respondió sino á medias, dirigiendo aun la palabra á Franz como al único ser razonable con quien pudiera entenderse.

—Su excelencia sabe que cuando uno se ve atacado por bandidos, no es la costumbre defenderse.

—¡Cómo! exclamó Alberto, cuyo valor se exaltaba á la sola idea de dejarse robar sin pronunciar una sola palabra; ¡cómo! ¿que no es la costumbre defenderse?

—No, porque toda defensa sería inútil. ¿Qué quereis hacer contra una docena de bandidos que salen de un foso, de una choza ó de la misma tierra, si así puede decirse, y que os apuntan á boca de jarro todos á un tiempo?

—Quiero hacerme matar, exclamó Alberto.

El posadero se volvió hácia Franz, con un aire que queria decir: decididamente vuestro camarada está loco.

—Querido Alberto, replicó Franz, vuestra respuesta es sublime y vale tanto como el *qu' il mourut* de Corneille; solo que cuando Horacio respondia eso, se trataba de la salvacion de Roma, y la cosa bien valia la pena. Pero en cuanto á nosotros, notad que se trata solo de un capricho que queremos satisfacer y que sería ridiculo por un capricho, arriesgar nuestra vida.

—¡Ah! ¡per Bacco! exclamó maese Pastrini, eso se llama saber hablar!

Alberto se llenó un vaso de Lacryma-Christi, el cual bebió á pequeños sorbos murmurando palabras ininteligibles.

—Y bien, maese Pastrini, replicó Franz, ahora que mi compañero está tranquilo, y que habeis podido apreciar mis disposiciones pacíficas; veamos quien es ese señor Vampa ¿es pastor ó patricio? es joven ó viejo? alto ó bajo? pintádnosle, á fin de que si le encontramos por casualidad en el mundo, como Juan Sbogard ó Lara, podamos á lo menos reconocerle.

—Pues para adquirir detalles exactos á nadie mejor que á mi nodrera; porque he conocido á Luigi Vampa desde la infancia, y un día que yo habia caido en sus manos, al ir de Ferentino á Alatri, se acordó, felizmente para mí, de nuestro antiguo conocimiento; me dejó ir, no solo sin hacerme pagar nada, si no desearme de haberme regalado un precioso reloj, y referido su historia. —Veamos el reloj, dijo Alberto.

Maese Pastrini sacó de su bolsillo un magnífico Breguet que llevaba el nombre de su autor, el timbre de París y una corona de oro.

—Aquí le teneis.

—¡Diantre! exclamó Alberto, os doy la enhorabuena. Tengo uno semejante, añadió, sacando á su vez el reloj del bolsillo de su chaqueta, y me ha costado tres mil francos.

—Ahora veamos la historia, dijo Franz á su vez, haciendo señas á maese Pastrini para que se sentase.

—Permitan sus escelencias.....

—¡Qué diantre! dijo Alberto, no sois predicador para estar hablando en pié.

El posadero se sentó despues de haber hecho á cada uno de sus huéspedes una profunda y respetuosa cortesía, lo cual indicaba que estaba pronto á dar los informes que le pedian acerca del famoso bandido Luigi Vampa.

—¡Ah! exclamó Franz deteniendo á maese Pastrini en el momento en que abria la boca, decís que habeis conocido á Luigi Vampa desde su niñez, ¿es aun jóven?

—¡Cómo! ¡yo lo creo que es jóven! tiene veinte y dos años apenas. ¡Oh! todavía ha de meter mucho ruido.

—¿Qué decís de eso, Alberto? Es muy raro el haber adquirido ya á los veinte años una reputacion, dijo Franz.

—Si, ciertamente; y á su edad, Alejandro, César y Napoleon que despues han figurado tanto, no habian adelantado lo que él.

—Asi pues, replicó Franz dirigiéndose á su huesped, ¿el héroe cuya historia nos vais á contar tiene veinte y dos años?

—Apenas, como he tenido el honor de deciros.

—¿Es alto ó bajo?

—De estatura mediana, asi como vuestra escelencia, dijo el huesped señalando á Alberto.

—Gracias por la comparacion, dijo este inclinándose.

—Vaya, proseguí maese Pastrini, replicó Franz sonriéndose de la susceptibilidad de su amigo. ¿Y á qué clase de la sociedad pertenecía?

—Era un simple pastor de la quinta del conde de San Felice, si-

tuada entre Palestrina y el lago de Gabri: habia nacido en Pampinara, y entrado á la edad de cinco años al servicio del conde. Su padre pastor en Anagni, poseia un pequeño rebaño, y vivia de la lana de sus carneros y de la leche de sus ovejas que venia á vender á Roma. Cuando era niño tenia Vampa un carácter estraño. Un dia á la edad de siete años, fué á buscar al cura de Palestrina, y le rogó que le enseñase á leer, lo cual era difícil; pues el jóven pastor no podia abandonar un instante su ganado. Pero el buen cura iba todos los dias á decir misa á una aldea harto miserable para pagar un sacerdote, y que, no teniendo nombre, era conocida bajo el de Borgo. Ofreció á Luigi hallarse en el camino por donde él pasára á la hora de su vuelta y darle de este modo su leccion, previniéndole que seria corta, y que por consiguiente tendria que aprovecharse de ella. El pobre muchacho aceptó lleno de gozo.

Todos los dias llevaba Luigi á pastar su ganado hácia el camino de Palestrina á Borgo, todos los dias á las nueve de la mañana el cura y el muchacho se sentaban sobre la yerba, y el pastorcillo daba su leccion en el breviario del sacerdote.

Al cabo de tres meses sabia leer. Pero esto no era bastante, necesitaba aprender á escribir. El sacerdote encargó á su maestro de Roma que le hiciera tres alfabetos: uno de letra gruesa, otro de mediana y el tercero de letra muy pequeña; y le dijo que copiando aquellas cifras en una pizarra, podria aprender á escribir.

Aquella misma noche, asi que hubo entrado el ganado en la quinta, Vampa corrió á casa del cerrajero de Palestrina. Tomó un grueso clavo, lo forjó, lo machacó, lo redondeó, consiguiendo hacer de él una especie de stylo antiguo. Al dia siguiente habia reunido una provision de pizarras y trabajaba en ellas. Al cabo de otros tres meses ya sabia escribir.

Asombrado el cura de aquella profunda inteligencia é interesado por tan rara disposicion, le regaló unos cuantos cuadernos de papel, un mazo de plumas y un cortaplumas. Este fué un nuevo estudio, pero estudio que no era nada al lado del primero. Ocho dias despues manejaba la pluma lo mismo que el stylo. El cura contó esta anécdota al conde de San Felice que queria ver al pastorcillo, le hizo leer y escribir delante de él, mandó á su mayordomo que le hiciese comer con sus criados, y le dió dos piastras al mes. Con este dinero compró Luigi libros y lápices.

En efecto, habia aplicado á todos los objetos aquella facultad de imitacion que tenia, y como Giotto, dibujaba sobre sus pizarras sus ovejas, los árboles, las casas, y con la punta de su cortaplumas empezó á tallar la madera y á darla todas las formas que queria. Asi fue como empezó Pinelli el escultor popular.

Una jóven de seis ó siete años, es decir, un poco mas jóven que Vampa, guardaba el rebaño de una quinta próxima á Palestrina. era huérfana, habia nacido en Valmontone y se llamaba Teresa.

Los dos niños se encontraban, se sentaban el uno junto al otro, dejaban sus ganados mezclarse y pastar juntos, hablaban, reian y jugaban; y despues, por la noche, apartaban los carneros del conde

de San Felice, de los del baron de Cervetri, y los niños se separaban para volver á su quinta respectiva prometiendo reunirse al dia siguiente. Este dia cumplian su palabra; y de este modo iban creciendo juntos. Vampa llegó á los doce años y Teresa á los once.

Entretanto se desarrollaban tambien sus instintos naturales. Mas á su afición á las artes en que Luigi se habia distinguido cuanto le era posible en su aislamiento, unia un carácter impetuoso, colérico, burlon. Ninguno de los jóvenes de Pampinara, de Palestrina ó de Valmontone habian podido no solamente tener alguna inteligencia sobre él, sino llegar á ser su compañero. Su genio voluntarioso, siempre dispuesto á exigir, sin querer nunca acceder á ninguna concesion, apartaba de su lado todo movimiento amistoso, toda demostracion simpática. Teresa únicamente mandaba con una palabra, con una mirada, con un gesto, aquel carácter fiero que se humillaba bajo la mano de una muger, y que bajo la de un hombre cualquiera se habria irritado hasta estrellarse.

Teresa por el contrario, era viva, alegre, pero coqueta hasta el extremo; las dos piastras que daba á Luigi el mayordomo del conde de San Felice, el precio de todos los juguetillos que se vendian en Roma, se gastaban en pendientes de perlas, en collares, en alfileres; así pues, gracias á aquella prodigalidad de su jóven amigo, era Teresa la aldeana mas bella y mas elegante de los alrededores de Roma. Los dos jóvenes seguian creciendo, pasando todo el dia juntos, y entregándose á los instintos de su carácter; así pues, en sus conversaciones, en sus deseos, en sus sueños, Vampa se veia siempre hecho un capitán de navío, general de ejército ó gobernador de una provincia. Teresa se veia rica, vestida de bello traje, y seguida de lacayos con sus libreas: además, cuando habian pasado el dia juntos adornando su porvenir con aquellos locos y brillantes arabescos, se separaban para conducir los rebaños á los establos y descender desde la elevacion de su sueño hasta la humildad de su posicion real.

Un dia, el jóven pastor dijo al mayordomo del conde que habia visto salir un lobo de las montañas de la Sabina que rondaba su ganado. El mayordomo le entregó una escopeta; esto era lo que queria Vampa. Aquel arma tenia por casualidad un escelente cañon de Brescia, que calzaba bala como una carabina inglesa, solo que un dia persiguiendo el conde á un zorro, rompió la culata y la arrinconaron por inútil. Esto no era una dificultad para un escultor como Vampa. Examinó la culata primitiva calculó las dimensiones que debia darle para apuntar él bien, y al cabo de unos cuantos dias hizo otra culata cargada de adornos tan maravillosos, que si hubiese querido venderla sin el cañon, hubiera ganado seguramente quince ó veinte piastras. Pero el no pensaba hacer tal uso de ella; una escopeta habia sido toda su vida el pensamiento fijo del jóven. En todos los países en que la independenciam ha sustituido á la libertad, la primera necesidad que experimenta todo corazon fuerte, toda organizacion poderosa, es la de una arma que asegure al mismo tiempo el ataque y la defensa, y que, haciendo terrible al que la lleva, lo hace tambien temido. Desde aquel momento, dedicó Vampa todos los instan-

tes que le quedaron libres al ejercicio del arma; compró pólvora y balas, y todos los objetos que tenía á mano fueron para él blanco; el tronco de los olivos, el zorro que salía de su cueva por las noches para empezar su caza nocturna, el águila que se cernía en el aire. Pronto llegó á ser tan diestro, que Teresa venció el temor que en un principio experimentara al oír la detonacion, y se divertía en ver á su jóven compañero poner la bala en el punto que pensaba, con tanta exactitud y limpieza como si la hubiese puesto allí con la mano.

Una noche un lobo salió efectivamente de un bosque, cerca del cual acostumbraban á reunirse los dos jóvenes: apenas habia andado el lobo diez pasos por la llanura, ya estaba muerto. Orgullosa Vampa de tan buen tiro, se echó áuestas el lobo y lo llevó á la quinta.

Todos estos detalles daban á Luigi cierta reputacion en los alrededores de la quinta; el hombre superior, por todas partes donde se halla, se crea una multitud de admiradores. Hablaban en los alrededores de aquel jóven pastor como del mas fuerte y del mas valiente contadino que habia diez leguas en contorno; y aunque Teresa por su parte pasase por una de las jóvenes mas bellas de la Sabina, nadie osaba decirla una palabra porque sabian que Vampa la amaba.

Y sin embargo, los dos jóvenes no se habian confesado nunca su amor. Habian ido creciendo uno y otro como dos árboles que mezclan sus raíces bajo la tierra, sus ramas en el aire, su perfume en el cielo; pero su deseo de verse era el mismo; este deseo habia llegado á ser una necesidad, y mas bien comprendian la muerte que una separacion de un solo dia. Teresa tenia diez y seis años y Vampa diez y siete.

Por este tiempo empezaban á hablar mucho de una compañía de bandidos que se iba organizando en los montes Lepini. Los salteadores no han sido nunca enteramente estinguidos en los alrededores de Roma. A veces faltan gefes; pero cuando se presenta uno, es raro que le falte una partida. El célebre Cucumetto perseguido en los Abruzos, arrojado del reino de Nápoles, donde habia sostenido una verdadera guerra, habia atravesado el Garigliano como Manfredo y habia venido á refugiarse entre Sonnino y Juperino, á orillas del Amasina. El era quien se ocupaba en reorganizar una tropa, y quien seguía las mismas huellas de Decesaris y de Gasparone, á quienes pronto esperaba sobrepujar. Muchos jóvenes de Palestrina, de Frascati y de Pampinara desaparecieron: al principio se inquietaban por su suerte; mas pronto supieron que habian ido á reunirse con la banda de Cucumetto. Al cabo de algun tiempo Cucumetto llegó á ser el objeto de la atencion general. Se contaban rasgos de este cabecilla llenos de una audacia y de una brutalidad extraordinarias.

Un dia robó á una jóven: era la hija del agrimensor de Frosine. Las leyes de los bandidos son positivas; una jóven es primero del que la roba, despues de cada uno por suerte, y la desgraciada sirve para los placeres de toda la compañía hasta que la abandonan ó muere. Cuando los parientes son bastante ricos, para rescatarla envían

un mensajero que trata de rescate; la cabeza del prisionero responde de la seguridad del emisario. Si las condiciones del rescate son rehusadas, el prisionero es condenado irrevocablemente.

Esta jóven tenia su amante en la partida de Cucumetto; se llamaba Carlini. Al reconocerle, se creyó salvada y le tendió los brazos; pero el pobre Carlini al verla, sintió despedazarse su corazón, porque aun ignoraba la suerte que estaria destinada á su querida.

Sin embargo, como era el favorito de Cucumetto, como habia compartido con él sus peligros hacia tres años, como le habia salvado la vida matando de un pistoletazo á un carabnero que tenia ya el sable levantado sobre su cabeza, esperó que Cucumetto se apiadaria de él. Llamó, pues, al gefe aparte, mientras que la jóven, sentada contra el tronco de un gran pino que se elevaba en medio de una plazuela del bosque, habia hecho un velo de su adorno pintoresco de las paisanas romanas, y ocultaba su rostro á las lujuriosas miradas de los bandidos. Allí se lo contó todo: sus amores con la prisionera, sus juramentos de fidelidad, y como todas las noches desde que estaban en aquellos alrededores se citaban á unas ruinas.

Justamente Cucumetto habia mandado aquel dia á Carlini á un pueblo vecino, y no pudo acudir á la cita; pero Cucumetto se habia hallado allí por casualidad, segun decia, y entonces robó á la jóven.

Carlini suplicó á su gefe que hiciese una escepcion en favor suyo, y que respetase á Rita, diciéndole que su padre era rico y que pagaria un buen rescate. Cucumetto pareció rendirse á las súplicas de su amigo, y le encargó que buscase un pastor á quien enviar á casa del padre de Rita, á Frosinone. Entonces Carlini se acercó gozoso á la jóven, la dijo que estaba salvada, y la invitó á que escribiese á su padre una carta contándole todo lo que habia pasado y diciéndole que su rescate estaba fijado en trescientas piastras. Concedian al padre por todo término doce horas, es decir, hasta el dia siguiente á las nueve de la mañana.

Escrita la carta, Carlini se apoderó de ella al punto, y corrió á la llanura para buscar un mensajero. Encontró á un jóven pastor que guardaba un rebaño. Los mensajeros naturales de los bandidos son los pastores que viven entre la ciudad y la montaña, entre la vida salvaje y la vida civilizada. El jóven pastor partió inmediatamente, prometiendo estar en Frosinone antes de una hora. Carlini volvió lleno de gozo para reunirse con su querida y anunciarla aquella buena noticia. Encontró á toda la compañía en la plazoleta, donde cenaba alegremente provisiones que los bandidos exijian de los paisanos como un tributo; solo que, en medio de aquellos alegres compañeros, buscó en vano á Cucumetto y á Rita. Preguntó donde estaban; los bandidos respondieron con una gran carcajada. Un sudor frio inundó la frente de Carlini, y sintió una angustia mortal. Renovó su pregunta; uno de los bandidos llenó un vaso de vino de Orvietto y se lo presentó diciendo:

—¡A la salud del valiente Cucumetto y de la hermosa Rita!»

En este momento Carlini creyó oír un grito de muger; todo lo

adivinó; tomó el vaso, se lo hizo pedazos en la cara al que se lo presentaba, y se lanzó en dirección del grito.

Al cabo de cien pasos, á la vuelta de un matorral, vió á Rita desmayada en brazos de Cucumetto. Al ver á Carlini, se levantó aquel con una pistola en cada mano. Los dos bandidos se miraron durante un momento, el uno con la sonrisa de la lujuria en los labios, el otro con la palidez de la muerte en la frente. Hubiérase creído que iba á pasar alguna escena terrible entre aquellos dos hombres; pero poco á poco las facciones de Carlini se aplacaron; su mano, que habia llevado á una de las pistolas de su cinturón, permaneció inmóvil; Rita estaba tendida entre los dos. La luna iluminaba esta escena.

—¡Y bien! le dijo Cucumetto, ¿has hecho el encargo que te dí?

—Si, capitan, respondió Carlini, y mañana antes de las nueve el padre de Rita estará aquí con el dinero.

—Perfectamente. Mientras tanto vamos á pasar una noche deliciosa. Esta jóven es encantadora, y en verdad que tienes buen gusto, Carlini: así pues como no soy egoísta, vamos á volver al lado de los camaradas, y sortear á quien le toca ahora.

—¿Luego estais decidido á abandonarla á la ley comun? preguntó Carlini.

—¿Y por qué se habia de hacer una escepcion en su favor?

—Creí que mis súplicas...

—¿Y por qué has de ser tú mas que los otros?

—Es justo.

—Pero tranquilízate, prosiguió Cucumetto riendo, un poco antes ó un poco despues, ya llegará tu turno.

Los dientes de Carlini se chocaban convulsivamente.

—Vamos, dijo Cucumetto dando un paso hácia los bandidos, ¿vienes?

—Ya os sigo....

—Cucumetto se alejó sin perder de vista á Carlini, porque tal vez temia que le hiriese por detrás; pero nada anunciaba en el bandido intencion hostil. En pie, con los brazos cruzados, estaba al lado de Rita que seguia desmayada. Cucumetto creyó por un instante que el jóven iba á tomarla en sus brazos y huir con ella; pero poco le importaba, habia conseguido lo que deseaba; y en cuanto al dinero, trescientas piastras repartidas entre los compañeros hacian una suma tan pobre que le importaba bien poco. Continuó pues su camino hácia la plazaleta; pero con gran asombro de su parte, Carlini llegó á ella casi al mismo tiempo que él.

—«¡A sortear! ¡a sortear!

Gritaron todos los bandidos al descubrir á su gefe.

Y los ojos de aquellos hombres brillaron de alegría, mientras que la llama de la hoguera esparcia sobre todos ellos un resplandor rojizo que los hacia asemejarse á demonios.

Lo que pedian era justo; así pues el gefe hizo una señal de cabeza anunciando que accedia á su demanda. Pusieron todos los nombres en un sombrero, tanto el de Carlini como el de los demas, y el mas jóven de la compañía sacó de la urna improvisada una papeleta. Esta

contenia el nombre de Diabolaccio. Era el mismo que habia propuesto á Carlini un brindis á la salud del gefe, y á quien respondió haciéndole pedazos el vaso en la cara. Una ancha herida, abierta desde la sien, hasta la boca, dejaba correr la sangre; Diabolaccio, al verse favorecido así por la fortuna soltó una carcajada.

—Capitan, dijo, hace poco Carlini no quiso beber á vuestra salud; proponedle que beba á la mia; tal vez tenga mas condescendencia con vos que que conmigo.

Todos esperaban una esplosion de parte de Carlini, pero con asombro general tomó un vaso en una mano, la botella en la otra y llenando el vaso: A tu salud, ¡Diabolaccio! dijo con una voz perfectamente tranquila, y bebió sin que su mano temblase. Sentándose en seguida al lado de la hoguera.

—Mi parte de la cena, dijo: la caminata que acabo de hacer me ha abierto el apetito.

—¡Viva Carlini! exclamaron los bandidos.

—¡En hora buena, eso se llama tomar las cosas como buenos compañeros!

Y todos formaron un círculo al rededor de la hoguera, mientras que Diabolaccio se alejaba.

Carlini comia y bebia como si nada hubiera pasado.

Los bandidos le miraron con asombro, sin comprender aquella impasibilidad, cuando oyeron resonar en el piso bajo unos pasos lentos.

Se volvieron y divisaron á Diabolaccio que conducía á la jóven entre sus brazos; tenia la cabeza inclinada hácia detrás, y sus largos cabellos tocaban la tierra. A medida que avanzaban en el círculo de la luz proyectada por la hoguera, notaban la palidez de la jóven y del bandido. Esta aparicion tenia un aspecto tan extraño y tan solemne, que todos se levantaron excepto Carlini, que se quedó sentado y continuó bebiendo y comiendo como si nada pasase al rededor suyo. Diabolaccio continuó avanzando en medio del mas profundo silencio, y depositó á Rita á los pies del capitan.

Entonces todos pudieron conocer la causa de aquella palidez de la jóven y del bandido. Rita tenia un cuchillo clavado hasta el puño en el corazon.

Todas las miradas se fijaron en Carlini; la vaina se hallaba vacia en su cinturon.

—¡Ah! ¡ah! dijo el gefe, ahora comprendo por qué se quedó detrás Carlini.

Toda naturaleza salvaje aprecia una accion valerosa: aunque ninguno de los bandidos hubiese hecho lo que Carlini, todos comprendieron aquella hazaña.

—Y bien, dijo Carlini, levantándose á su vez y acercándose al cadáver con la mano apoyada en el gatillo de una de sus pistolas, ¿hay alguno que me dispute esta muger?

—¡No, dijo el gefe, te pertenezco!

Entonces Carlini la tomó en sus brazos y la condujo fuera del círculo de la luz que arrojaba la llama de la hoguera.

Cucumetto dispuso las centinelas como de costumbre, y los ban-

didos se acostaron envueltos en sus capas al rededor de la hoguera.

A media noche, el centinela dió la señal de alarma, y en un instante el gefe y sus compañeros se levantaron. Era el padre de Rita que venia en persona á traer el rescate de su hija.

—Toma, dijo á Cucumetto presentándole un saco lleno de dinero, aqui tienes trescientos doblones, devuélveme á mi hija.

El gefe, sin pronunciar una sola palabra y sin tomar el dinero, le hizo señas de que le siguiese.

El anciano obedeció; los dos se alejaron bajo los árboles al través de cuyas ramas filtraban los rayos de la luna. En fin, Cucumetto se detuvo, tendiendo la mano y mostrando al anciano dos personas agrupadas al pie de un árbol: Toma, le dijo, pide tu hija á Carlini; él te dará cuenta de ella. Y se volvió con sus compañeros.

El anciano permaneció inmóvil y con los ojos fijos. Sentia que pesaba sobre su cabeza alguna desgracia desconocida, inmensa. Al fin dió algunos pasos hácia el grupo. Al ruido que hizo al acercarse á él, Carlini levantó la cabeza, y las formas de dos personas comenzaron á aparecer mas distintas á los ojos del anciano. Vió á una muger tendida en la tierra con la cabeza apoyada sobre las rodillas de un hombre sentado é inclinado hácia ella; al levantarse este hombre fué cuando pudo descubrir el rostro de la muger que oprimia con todo su pecho. El anciano reconoció á su hija y Carlini reconoció al anciano.

—Te esperaba, dijo el bandido al padre de Rita.

—Miserable, dijo éste, ¿qué has hecho?

Y miraba con terror á Rita, pálida, inmóvil, ensangrentada, con un cuchillo clavado en el pecho. Un rayo de luna la iluminaba con su blanquecina luz.

—Cucumetto habia violado á tu hija, dijo el bandido, y como la amaba, la he matado; porque despues de él iba á servir de juguete á toda la partida.

El anciano no pronunció una palabra, pero se quedó pálido como un espectro.

—Ahora, prosiguió Carlini, si he hecho mal, véngala.

Y arrancó el cuchillo del seno de la jóven, y levantándose lo presentó al anciano, mientras que con la otra apartaba su camisa, y le presentaba su pecho desnudo.

—Has hecho bien, le dijo el anciano con voz sorda. Abrázame, hijo mio.

Carlini, se arrojó llorando en los brazos del padre de su querida. Era las primeras lágrimas que derramaba aquel hombre.

—Ahora, dijo el anciano á Carlini, ayúdame á enterrar á mi hija.

Carlini fué á buscar dos azadones, y el padre y el amante se pusieron á cavar al pie de una encina, cuyas espesas ramas debian cubrir la tumba de la jóven. Asi que estuvo abierta, el padre la abrazó primero, el amante despues; en seguida, levantándola uno por los pies y otro por debajo de los brazos, la colocaron en la fosa. Arrodilláronse en seguida á los dos lados y rezaron las oraciones de difuntos, y cuando concluyeron, cubrieron el cadáver con la tierra

que habian sacado hasta que la fosa estuvo llena. Entonces, presentándole la mano:

—Gracias, hijo mio, dijo el anciano á Carlini; ahora déjame solo.

—Pero.... dijo este.

—Déjame solo.... te lo mando.

Carlini obedeció; fué á reunirse con sus compañeros, se envolvió en su capa, y pronto pareció tan profundamente dormido como los demas. El día anterior se habia decidido que iban á mudar de campamento. Una hora antes de amanecer Cucumetto despertó á sus camaradas, y se dió el órden de partir; pero Carlini no quiso abandonar el bosque sin saber lo que habia sido del padre de Rita. Dirigióse hácia el lugar donde le habia dejado.... Encontró al anciano ahorcado de una de las ramas de la encina que daba sombra á la tumba de su hija. Entonces hizo sobre el cadáver del uno y sobre la fosa del otro el juramento de vengarlos, mas no pudo cumplirle, porque murió dos días despues, en un encuentro con los carabineros romanos. Todos se asombraron de que, haciendo frente al enemigo, hubiese recibido una bala en la espalda; pero el asombro cesó, cuando uno de los bandidos hizo notar á sus compañeros que Cucumetto estaba colocado diez pasos detrás de Carlini cuando este cayó.

La mañana de la partida del bosque de Frosinone habia seguido á Carlini en la oscuridad, y escuchado su juramento, y á fuer de hombre cauto le tomó la delantera. Aun se contaban sobre este terrible jefe de bandidos otras muchas historias no menos curiosas que esta. De manera que desde Fondi á Perousse todo el mundo temblaba al solo nombre de Cucumetto.

Estas historias habian sido con frecuencia objeto de las conversaciones de Luigi y de Teresa. La jóven temblaba al oír tales aventuras; pero Vampa la tranquilizaba con su sonrisa, dirigiendo una mirada á su soberbia escopeta que ponía la bala tan perfectamente, y si aun no se tranquilizaba, le mostraba á cien pasos algun cuervo sobre alguna rama, le apuntaba, y el animal herido caía al pié del árbol; en tanto el tiempo corria, los dos jóvenes habian proyectado casarse cuando Vampa tuviera veinte años y Teresa diez y nueve. Ambos eran huérfanos, y no tenian que pedir permiso á nadie mas que á sus amos; lo habian pedido y se les habia concedido.

Un día que hablaban de sus proyectos de porvenir, oyeron dos ó tres tiros, y de repente salió un hombre del bosque, cerca del cual acostumbraban los dos jóvenes llevar á pastar sus ganados, y corrió hácia ellos.

Así que estuvo á distancia de poder ser escuchado:

—Me persiguen, exclamó, ¿podeis ocultarme?

Los dos jóvenes reconocieron al momento que aquel fugitivo debia ser algun bandido; pero hay entre el paisano y el bandido romano una simpatía desconocida que hace que el primero esté siempre pronto á prestar un servicio al segundo. Vampa, sin pronunciar una palabra corrió á la piedra que tapaba la entrada de la gruta, descubrió aquella entrada retirando la piedra, hizo una señal al fu-

gitivo para que se metiera en aquel asilo desconocido de todos, volvió á cubrir la entrada con la piedra y se sentó al lado de Teresa.

Casi al mismo tiempo cuatro carabineros á caballo aparecieron en la entrada del bosque; tres de estos parecían buscar al fugitivo, el cuarto conducía por el cuello á un bandido prisionero. Los tres primeros exploraron el pais con una ojeada, vieron á los dos jóvenes, corrieron al galope hácia ellos y les preguntaron: Nada habian visto.

—Lo siento, dijo el comandante, porque el bandido á quien buscamos es el gefe.

—¿Cucumetto?

Esclamaron á la vez Luigi y Teresa.

—Si, y como su cabeza está apreciada en mil escudos romanos, os darian quinientos á vosotros, si nos hubiéseis ayudado á descubrirle.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada. El comaudante tuvo alguna esperanza, quinientos escudos romanos son tres mil francos, y tres mil francos son una fortuna para dos pobres huérfanos que van á casarse.

—Si, yo tambien lo siento, pero no le hemos visto, dijo Vampa.

Entonces los carabineros recorrieron el pais en diversas direcciones, pero inútilmente; al fin fueron desapareciendo. Entonces Vampa retiró la piedra y Cucumetto salió.

Estuvo viendo al través de las rendijas de la puerta de granito á los dos jóvenes hablar con los carabineros; habia dudado del resultado de su conversacion; pero leyó en el rostro de Luigi y de Teresa la firme resolucion de no entregarle; sacó pues una bolsa llena de oro y se la ofreció. Pero Vampa levantó la cabeza con orgullo; en cuanto á Teresa sus ojos brillaron al pensar en todas las ricas joyas y los hermosos vestidos que podria comprar con tanto dinero.

Cucumetto era un demonio muy hábil; pero habia tomado la forma de bandido en vez de tomar la de serpiente. Sorprendió aquella mirada, reconoció á Teresa por una digna hija de Eva, y se entró en el bosque, volviéndose muchas veces bajo pretesto de saludar á sus libertadores.

Muchos dias pasaron sin que se volviese á ver á Cucumetto, sin que se oyera hablar de él.

El tiempo del carnaval se acercaba, y el conde de San Felice anunció que iba á dar un baile de máscaras, al cual seria convidada toda la elegancia de Roma. Teresa tenia muchas ganas de ver este baile. Luigi pidió á su protector el mayordomo permiso para ella y para él de asistir ocultos entre los sirvientes de la casa; se le concedió.

Daba el conde este baile principalmente por complacer á su hija Cármeta á quien adoraba; tenia la misma edad y la misma estatura de Teresa, la cual era por lo menos tan hermosa como la hija de su señor. La noche del baile, Teresa se vistió su trage mas bello, se adornó con sus mas brillantes alhajas. Llevaba el trage de las mugeres de Frascati. Luigi vestia el pintoresco trage de paisano romano en los dias de fiesta. Ambos se mezclaron como se les habia permitido, entre los sirvientes y los paisanos.

La fiesta era magnífica. No solamente estaba la quinta ardientemente iluminada, sino que millares de linternas de colores estaban suspendidas de los árboles del jardín. En cada salón había una orquesta y refrescos, las máscaras se detenían, formábanse cuadrillas, y se bailaba donde mejor parecía. Cárnela iba vestida como las de Sonnino; llevaba su gorro bordado de perlas, las agujas de sus cabellos eran de oro y de diamantes, su cinturón era de seda turca con grandes flores, su sobretodo y su jubón de cachemir; su delantal de muselina de las Indias, los botones de su jubón eran otras tantas piedras preciosas. Otras dos de sus compañeras iban vestidas, la una á estilo de Neptuno, la otra á uso de la Riccia.

Cuatro jóvenes de las familias más ricas y más nobles de Roma las acompañaban con esa libertad italiana que no tiene igual en ningún otro país del mundo; iban vestidos de aldeanos de Albano, de Velletri, de Civita-Castellana y de Sora. Además, tanto los trajes de los aldeanos como los de las aldeanas, estaban resplandecientes de oro y de piedras preciosas.

Cárnela deseó formar una cuadrilla uniforme; pero faltaba una mujer: miraba á su alrededor, ninguna de las convidadas llevaba traje análogo al suyo y á los de sus compañeras. El conde de San Felice le señaló en medio de las aldeanas á Teresa apoyada en el brazo de Luigi.

—¿Permitis acaso, padre mio...?

—Sin duda, respondió el conde, ¿no estamos en carnaval?

Cárnela se inclinó hácia el galán que la acompañaba, y le dijo algunas palabras en voz baja mostrándole con el dedo á la pareja de Luigi. El joven siguió con los ojos la dirección de la linda mano que le servía de conductora, hizo un ademán de obediencia y fué á invitar á Teresa para que figurase en la cuadrilla dirigida por la hija del conde.

Teresa sintió arder su frente. Interrogó con la mirada á Luigi: no podía rehusar; dejó deslizar lentamente su brazo alejándose conducida por su elegante caballero, fué temblando á ocupar su puesto en la cuadrilla aristocrática. Seguramente, á los ojos de un artista, el exacto y severo traje de Teresa hubiese tenido un carácter muy distinto del de Cárnela y sus compañeras; mas era aquella joven frívola y coqueta, y los bordados de la muselina, las perlas de los gorros, el brillo de la cachemira, el reflejo de los záfiro y de los diamantes la volvían loca. Por su parte Luigi sentía nacer en él un sentimiento desconocido; una especie de dolor sordo que le desgarraba primero el corazón, y después corría por sus venas y se apoderaba de todo su cuerpo. Seguía con los ojos los menores movimientos de Teresa y de su pareja; cuando sus manos se tocaban, sus arterias latían con violencia, y hubiérase dicho que el sonido de una campana vibraba en sus oídos. Cuando se hablaban, aunque Teresa escuchase tímida y con los ojos bajos los discursos de su pareja, como Luigi leía en los ojos ardientes del bello joven que aquellos discursos eran lisonjas, le parecía que la tierra se abría á sus pies y que todas las voces del infierno le hablaban

pronunciando palabras de muerte y de asesinato. Entonces temiendo dejarse arrastrar por su locura, se asia con una mano del sillón en el que se apoyaba, y con la otra oprimía con un movimiento convulsivo el puñal de mango cincelado que pendía de su cinturón, y el cual, sin apercibirse de ello, sacaba algunas veces casi enteramente de la vaina.

Luigi estaba celoso, temía que llevada de su naturaleza coqueta y orgullosa, pudiera olvidarle. Teresa entretanto, la bella aldeana, tímida y casi espantada al principio, se había repuesto pronto. Ya hemos dicho que era hermosa. Pues ahora añadimos que tenía gracia, esa gracia salvaje mucho más poderosa que nuestra gracia afectada. Casi recibió todos los honores de la cuadrilla, y si tuvo envidia de la hija del conde de San Felice, no osaríamos decir que Carmela no estuvo celosa de ella. Así pues, con mil cumplimientos la volvió á conducir su elegante pareja donde la había sacado á bailar y donde la esperaba Luigi.

Dos ó tres veces durante la contradanza le había la joven mirado, y cada vez le vió más pálido y con las facciones crispadas. Una vez había brillado á sus ojos con un resplandor siniestro la hoja de su puñal medio sacado de su vaina. Así, pues, temblaba cuando volvió á apoyarse sobre el brazo de su amante. La cuadrilla había tenido un éxito tan brillante, que probablemente se trataría de repetir. Carmela se oponía, pero el conde de San Felice rogó con tanta ternura á su hija que al fin consintió.

Al punto uno de los caballeros se lanzó á invitar á Teresa, sin la cual era imposible que se verificase la contradanza; pero la joven había desaparecido.

En efecto, Luigi no se sintió con fuerzas para sufrir la segunda prueba; y medio por fuerza, medio de grado, arrastró á Teresa hacia otro punto del jardín; cedió ella bien á pesar suyo; pero había visto la alterada fisonomía del joven, y dedujo de su silencio interrumpido por sus estremecimientos nerviosos que pasaba en él algo de extraordinario. Tampoco dejaba ella de sentir una agitación interior, y apesar de no haber hecho nada malo, comprendía que Luigi tenía derecho para reconvenirla; de qué...? lo ignoraba; pero no por eso se le ocultaba que sus reconvenciones serían merecidas. No obstante, con gran asombro de Teresa, Luigi permaneció mudo y ni siquiera una palabra entreabrió sus labios durante el resto de la noche. Mas cuando el frío hizo salir de los jardines á los convidados, y se cerraron las puertas de la quinta para principiar la fiesta interior, se llevó á Teresa; y al ir ella á entrar en su cabana:

—Teresa, le dijo, ¿en qué pensabas cuando bailabas frente de la joven condesa de San Felice?

—Pensaba, respondió la joven con toda la franqueza de su alma, que daría la mitad de mi vida por tener un traje como el suyo.

—¿Y qué te decía tu pareja?

—Que solo de mí dependía el tenerle, que me bastaba pronunciar una palabra.

—Tenía razon, respondió Luigi ¿Lo deseas tanto como dices?

—Si.

—¡Pues bien! lo tendrás.

La jóven asombrada levantó la cabeza para preguntarle; pero su rostro estaba tan sombrío y tan terrible que la voz se le heló en sus labios. Por otra parte al pronunciar estas palabras, Luigi se habia alejado. Teresa le siguió con los ojos por la oscuridad todo el tiempo que pudo. Y así que hubo desaparecido entró en su cuarto suspirando.

Aquella misma noche ocurrió un gran trastorno, sin duda por la imprudencia de algun criado que se descuidó al apagar las luces; se habia apoderado el fuego del palacio de San Felice, justamente en los alrededores de la habitacion de la hermosa Cárnela. Despertada en medio de la noche por el resplandor de las llamas, habia saltado de su cama, y envuelta en su bata, intentó huir por la puerta; pero el corredor por el cual debia pasar estaba invadido por las llamas. Entonces entró en su cuarto pidiendo socorro, cuando de repente se abrió su balcon, situado á veinte pies de la tierra, un jóven aldeano se lanzó en la habitacion, cogió á la señorita en brazos, y con fuerza y agilidad sobre humanas, la transportó al musgo del prado, donde cayó desmayada. Cuando recobró el sentido, vió á su padre, y á todos los criados que la rodeaban prodigándola socorros. Un ala entera del palacio habia ardido; pero ¿qué importaba puesto que Cárnela se habia salvado?

Buscaron por todas partes á su libertador, mas no pareció; preguntaron á todo el mundo, pero nadie le habia visto. En cuanto á Cárnela estaba tan turbada que no le habia reconocido.

Por otra parte, como el conde era inmensamente rico, prescindiendo del peligro que habia corrido su hija, y que por la milagrosa manera con que se habia salvado le pareció mas bien un nuevo favor de la Providencia que una desgracia real, la pérdida ocasionada por las llamas fué poca cosa para él.

Al dia siguiente, á la hora habitual, los dos jóvenes se encontraron en la entrada del bosque; Luigi habia llegado el primero. Salió al encuentro de la jóven con gran alegría; parecia haber olvidado completamente la escena de la vispera. Teresa estaba pensativa, pero al ver á Luigi tan alegre, afectó la risueña indiferencia que era el fondo de su carácter cuando alguna pasion no venia á turbarle. Luigi tomó el brazo de Teresa, y la condujo hasta la entrada de la gruta. Allí se detuvo. Conociendo la jóven que habia en esto algo de extraordinario, le miró fijamente.

—Teresa, dijo Luigi, ayer por la noche me dijiste que darias la mitad de tu vida por tener un traje semejante á la hija del conde.

—Seguramente, dijo Teresa, pero estaba loca al desear tal cosa.

—Y yo respondí: «Está bien, lo tendrás.»

—Si, respondió la jóven, cuyo asombro crecia á cada palabra de Luigi; pero respondisteis aquello sin duda por no disgustarme.

—Nada te he prometido que no te haya dado, Teresa, dijo Luigi con orgullo: entra en la gruta y vistete.

Al pronunciar estas palabras, retiró la piedra y enseñó á Teresa la gruta iluminada por dos bugías que ardían á cada lado de un soberbio espejo; sobre la mesa rústica, hecha por Luigi, estaban colocados el collar de perlas y las agujas de diamantes, y en una silla el resto del trage. Teresa arrojó un grito de alegría, y sin informarse de donde venia aquel trage, sin dar las gracias á Luigi, se lanzó á la gruta transformada en un gabinete de tocador. Detras de ella Luigi colocó la piedra, porque acababa de descubrir sobre la cumbre de una pequeña colina, que impedia ver á Palestrina, un viajero á caballo, que se detuvo un momento como incierto de su camino, dibujándose sobre el azul del cielo con esa limpieza de contorno particular á las lontananzas de los paises meridionales.

Al ver á Luigi, el viajero puso su caballo al galope, y se acercó á él: no se habia engañado, el viajero que se dirigia de Palestrina á Tivoli dudaba de su camino. El jóven se lo indicó; pero como á un cuarto de milla de allí, el camino se dividia en tres senderos y llegado á ellos el viajero, podia estraviarse de nuevo, rogó á Luigi que le sirviera de guia. Tiró éste la capa al suelo, se echó la escopeta al hombro y marchó delante del viajero con ese paso rápido del montañés, á quien apenas puede seguir un caballo.

En diez minutos Luigi y el viajero estuvieron en la especie de encrucijada indicada por el jóven pastor. Llegado allí con un ademán magestuoso como el de un emperador, estendió la mano hácia el sendero que debia seguir el viajero.

—Este es vuestro camino, dijo, ya no puede engañarse su excelencia.

—¡Toma! dijo el viajero ofreciendo al jóven pastor algunas monedas.

—Gracias, dijo Luigi retirando su mano, hago un servicio, pero no le vendo.

—Sin embargo, dijo el viajero que parecia acostumbrado á distinguir entre la servidumbre del hombre de las ciudades y el orgullo del campesino, si rehusas un salario, aceptarás á lo menos un regalo.

—¡Ah! si, eso es otra cosa.

—¡Pues bien! dijo el viajero, toma estos dos zequies venecianos y dalos á tu novia para unos pendientes.

—Y vos, tomad este puñal, dijo el jóven pastor, no encontrareis otro cuyo mango esté mejor cincelado desde Albano á Civita Castellana.

—Acepto, dijo el viajero, pero entonces yo soy el que te quedo agradecido, porque este puñal vale mucho mas de dos zequies.

—En la ciudad, tal vez, pero como lo he cincelado yo, á penas vale una piastra.

—¿Cómo te llamas? preguntó el viajero.

—Luigi Vampa, respondió el pastor con el mismo tono que si hubiera respondido; Alejandro rey de Macedonia,

—¿Y vos?

—Yo,... dijo el viajero, me llamo Simbad el Marino.

à V

ber

cal

ve

me

mi

Me

vol

lle

ere

sal

me

un

mi

cid

bre

tre

pas

ga

vac

boi

sig

blâ

rat

de

me

y

bi

qu

gu

he

po

ba

Franz de Epiney dió un grito de sorpresa.

—¿Simbad el Marino? exclamó.

—Sí, respondió el narrador, ese es el nombre que el viajero dijo á Vampa.

—Pero qué teneis vos que ver con ese nombre? interrumpió Alberto; es un nombre muy bello, y las aventuras del patron de este caballero, debo confesarlo, me han divertido mucho en mi juventud.

Franz no insistió mas. Aquel nombre de Simbad el Marino, como es de conocer, despertó en él una multitud de recuerdos, lo mismo que le habia sucedido el dia anterior con el del conde de Monte-Cristo.

—Continuad, dijo al posadero.

Vampa metió con indiferencia los dos zequies en su bolsillo y volvió á tomar lentamente el camino por donde habia venido. Cuando llegó á la distancia de doscientos ó trescientos pasos de la gruta creyó oír un grito. Detúvose un momento para escuchar de donde salía, al cabo de un segundo oyó pronunciar su nombre distintamente.

El grito salía del lado de la gruta. Luigi comenzó á correr como una gamuza, montando su escopeta en la carrera, y llegó antes de un minuto á la cima de la pequeña colina opuesta á la en que habia parecido el viajero.

Allí los gritos de ¡socorro! llegaron mas claramente á sus oídos.

Echó una ojeada sobre el espacio que dominaba y vió á un hombre que robaba á Teresa como el Centáuro Neso á Dejanira.

Este hombre, que se dirigia hácia el bosque, estaba ya en las tres cuartas partes del camino que separaba la gruta del bosque.

Vampa midió la distancia; aquel hombre le llevaba doscientos pasos de delantera, y no habia probabilidad de cogerle antes de que ganase el bosque. El jóven pastor se detuvo como si le hubiesen clarado los pies en la tierra, apoyó la culata de su escopeta contra su hombro, condujo lentamente el cañon en direccion del raptor, le siguió un segundo en su carrera é hizo fuego. El raptor se paró, dobláronsele las rodillas y cayó á tierra con Teresa; pero ésta se levantó al instante y el fugitivo quedó luchando con las convulsiones de la agonía.

Vampa corrió al instante hácia Teresa, porque á diez pasos del moribundo le faltaron tambien las piernas, y habia caído de rodillas, y el jóven temblaba con la idea de que la bala que habia hecho sucumbir á su enemigo, hubiese tambien herido á su querida.

Felizmente nada de esto habia sucedido, y solo el terror era lo que habia paralizado las fuerzas de Teresa. Cuando Luis se hubo asegurado bien de que ella estaba sana y salva, se volvió hácia el herido.

Acababa de espirar con los puños apretados, la boca contraída por el dolor, y el cabello erizado con el sudor de la agonía. Sus ojos habian quedado abiertos y amenazadores.

Vampa se acercó al cadaver y reconoció á Cucumetto.

Desde el día en que el bandido se acogió al amparo de los dos amantes, se había enamorado de Teresa, y juró que había de ser suya. Desde aquel día no había dejado de espionarla, y aprovechando el momento en que el amante la había dejado sola para enseñar el camino al viagero, la robó y ya la contaba por suya cuando la bala de Vampa, guiada por el ojo infalible del pastor, le atravesó el corazón.

Vampa le contempló un instante sin que anunciase su semblante la menor emoción, mientras que por el contrario Teresa, trémula todavía no se atrevía á aproximarse al bandido muerto sino muy poco á poco y mirando recelosa al cadáver por encima del hombro de su amante.

Al cabo de un instante Vampa se volvió hácia su querida.

—¡Ah, ah! le dijo, muy bien, estás vestida; ahora me toca á mí vestirme.

En efecto, Teresa estaba cubierta de pies á cabeza con el traje de la hija del conde de San Felice.

Vampa cogió en brazos el cuerpo inanimado de Cucumetto, le llevó á la gruta, mientras Teresa quedaba guardándola.

Si otro viagero hubiese pasado entonces, hubiera visto una cosa particular; esto es, una pastora guardando su rebaño con traje de cachemira, ricos pendientes y un collar de perlas, alfileres de diamantes y botones de zafiro, esmeraldas y rubies.

Sin duda hubiérase creído trasportado á los tiempos de Florian, hubiera asegurado al volver á Paris que había encontrado á la pastora de los Alpes sentada al pié de los montes Sabinos.

Pasado un cuarto de hora, Vampa salió á su vez de la gruta. Su traje no era menos elegante en su género que el de Teresa.

Tenia una chaqueta de terciopelo carmesi con botones de oro cincelados, un chaleco de seda todo cubierto de bordados, una banda romana atada al rededor del cuello, una cartuchera adornada con oro y seda roja y verde, calzones de terciopelo azul de cielo ceñidos por bajo de la rodilla con cadenas de diamantes, polainas de piel de gamo bordadas de mil arabescos, y un sombrero donde flotaban cintas de todos colores; dos relojes colgaban de su cintura y su cartuchera sostenía un magnífico puñal.

Teresa lanzó un grito de admiración. Vampa con este traje parecía una pintura de Leopoldo Robert ó de Schuetz; habíase vestido el traje completo de Cucumetto.

El jóven conoció el efecto que produjo en su querida y una sonrisa de orgullo asomó á sus labios.

—Ahora, dijo á Teresa, ¿te hallas dispuesta á seguir mi suerte cualquiera que sea?

—¡Oh sí! dijo la jóven con entusiasmo.

—¿A seguirme por donde quiera que vaya?

—Hasta el fin del mundo.

—Entonces toma mi brazo y vámonos porque no podemos perder un momento.

La linda pastora cogió el brazo de su amante, sin preguntarle si quiera á donde la llevaba, porque en aquel momento le parecia bello, arrogante y poderoso como un dios.

Ambos se dirigieron hácia el bosque cuya entrada salvaron al cabo de pocos minutos.

No se necesita advertir que Vampa conocia todos los senderos de la montaña; por tanto se internaba en el bosque sintitubear un solo instante, aunque no habia en él ningun camino marcado, y reconociendo la senda que debia seguir con la sola inspeccion de los árboles y matorrales: de esta suerte marcharon una hora y media poco mas ó menos.

Al cabo de este tiempo, llegaron al parage mas espeso del bosque. Un torrente cuyo lecho estaba seco, conducia á una profunda hoya y Vampa se dirigió por este extraño camino que encajonado entre dos alturas y oscurecido por la espesa sombra de los pinos, parecia en vez de fácil bajada, el sendero del Averno descrito por Virgilio.

Teresa, atemorizada al aspecto de aquel sitio salvaje y desierto, se estrechó contra su guia sin decir una palabra; pero como le veia marchar siempre con igual paso, y como su semblante mostraba una profunda tranquilidad, se veia en cierto modo obligada á disimular su emocion.

De repente y como á diez pasos de distancia, vieron á un hombre aparecer delante de un árbol detras del cual se hallaba oculto y que encañonando á Vampa, le gritó:

—Ni un paso mas ó eres muerto.

—Vamos; dijo Vampa, levantando la mano con un gesto despreciativo mientras Teresa sin poder ocultar su temor se unia mas á él, ¿se destrozan los lobos entre sí?

—¿Quién eres? preguntó el centinela.

—Soy Luigi Vampa, el pastor de la quinta de San Felice.

—¿Y qué quieres?

—Quiero hablar á tus compañeros que están en el soto de Rocca Bianca.

—En tal caso, sígueme, dijo el centinela, ó mas bien, puesto que sabes donde está ese sitio, anda delante.

Vampa respondió sonriendo con un aire de desprecio á la precaucion del bandido, pasó delante con Teresa y continuó su camino con el mismo paso firme y tranquilo que habia llevado hasta entonces.

No habian pasado cinco minutos cuando el bandido hizo señas á los dos jóvenes de que se detuviesen, y ambos obedecieron. El bandido imitó tres veces el graznido del cuervo á lo cual le respondieron del mismo modo.

—Bien, dijo el bandido, ahora puedes continuar tu camino.

Luigi y Teresa siguieron su marcha; pero á medida que se adelantaban, Teresa temblorosa se estrechaba mas y mas á su amante; en efecto, por entre los árboles se veian aparecer armas y brillar los cañones de las escopetas.

El soto de Rocca Bianca estaba en la cima de una pequeña

montaña que sin duda en otros tiempos había sido volcán, pero volcán estinguido antes que Remo y Rómulo hubiesen salido de Alba para edificar á Roma.

Teresa y Luigi subieron á la cúspide y se hallaron en aquel momento enfrente de unos veinte bandidos.

—Aquí teneis á un jóven que os busca y desea hablaros, dijo el centinela.

—¿Y qué quiere decirnos? preguntó el que en ausencia del jefe hacia veces de capitán.

—Quiero decirnos que estoy fastidiado del oficio de pastor, dijo Vampa.

—¡Ah! ya entiendo! contestó el teniente, y vienes á suplicarnos que te admitamos en nuestras filas?

—¡Sea bien venido! gritaron muchos bandidos de Ferrusino, de Pampinara y de Anagni que habian reconocido á Luigi Vampa.

—Sí, solo que vengo á pedirnos mas que el ser vuestro compañero.

—¿Y qué vienes á pedirnos? dijeron los bandidos con asombro.

—Vengo á pedirnos ser vuestro capitán.

Los bandidos riéronse á carcajadas.

—¿Y qué has hecho para aspirar á tanto honor? preguntó el teniente.

—He matado á vuestro jefe Cucumetto cuyos despojos estais viendo aquí, dijo Luis mostrando su traje y he prendido fuego á la villa de San Felice para regalar un traje á mi futura.

Una hora despues, Luigi Vampa fué elegido capitán en reemplazo de Cucumetto.

—Y bien, querido Alberto, dijo Franz volviéndose á su amigo, ¿qué pensais ahora del ciudadano Luigi Vampa?

—Digo que es una fábula, respondió Alberto, y que no ha existido nunca.

—¿Qué quiere decir una fábula? preguntó Pastrini.

—Seria demasiado largo para explicarlo querido huésped, dijo Franz. ¿Y decís que ese señor Vampa ejerce en este momento su profesion en las cercanías de Roma?

—Y con una audacia que no se ha conocido hasta ahora en ningun otro bandido.

—¿Es decir que la policia ha tratado inútilmente apoderarse de él?

—¡Qué quereis! está de acuerdo á un tiempo con los pastores del llano, los pescadores del Tiber y los contrabandistas de la costa. Se le busca en la montaña, y se le descubre en el río; se le persigue en el río, y aparece en alta mar; luego de repente, cuando se le cree refugiado en la isla de Giglio, de Guanouti ó de Monte-Cristo, se le ve aparecer en Albano, en Tivoli ó en la Riccia.

—¿Y cuáles su modo de proceder con los viajeros?

—No puede ser mas sencillo. Segun la distancia á que se halla de la ciudad, les da diez, doce horas, un dia para pagar su rescate, pasado este tiempo concede una hora de gracia, y al cumplirse el últi-

mo minuto de esta hora, si no ha llegado el dinero, hace saltar el cráneo del prisionero con un pistoletazo, ó le hunde su puñal en el corazón y negocio concluido.

—Ahora bien, Alberto, preguntó Franz á su compañero, ¿estás dispuesto á ir al Coliseo por los baluartes exteriores?

—Indudablemente, dijo Alberto, si el camino es mas pintoresco.

En este momento dieron las nueve, la puerta se abrió y apareció en ella nuestro cochero.

—Excelencias, dijo, el carruaje está pronto.

—Bien, dijo Franz, en ese caso al Coliseo.

—¿Por la puerta del Pópulo, excelencias, ó por las calles.

—Por las calles, ¡diablol por las calles, exclamó Franz.

—¡Ah amigo mio! dijo Alberto levantándose y encendiendo su tercer cigarro, á la verdad, te creia un poco mas valiente que todo eso.

Y con esto los dos jóvenes bajaron la escalera y subieron al carruaje.

CAPITULO XXXIV.

Apariciones.

Franz habia encontrado un término medio para que Alberto llegase al Coliseo sin pasar delante de ninguna ruina antigua, y por consiguiente sin que los preparativos graduales quitasen al Coliseo un solo ápice de sus gigantescas proporciones. Era seguir la via Sistina, cortar en derechura por Santa-Maria-Mayor, y llegar por la via Urbana y San Pedro ad víncula hasta la via del Coliseo.

Este itinerario ofrecia otra ventaja; la de no distraer en nada á Franz de la impresion producida en él por la historia que habia contado maese Pastrini, y en la cual se hallaba mezclado su misterioso anfitrión de Monte-Cristo. Así, pues, habia vuelto á aquellos mil interrogatorios sin fin que se habia hecho á sí mismo, y de los cuales ni uno siquiera le habia dado una respuesta satisfactoria.

Una cosa por otra parte, le habia vuelto á recordar á su amigo Simbad el marino; aquellas misteriosas relaciones entre los bandidos y los marineros. Lo que habia dicho maese Pastrini del refugio que encontraba Vampa en las barcas de los pescadores y de los contrabandistas, le hizo pensar en aquellos dos bandidos corsos que habia encontrado cenando con la tripulacion del pequeño y achque se habia retirado de su rumbo y abordado en Porto-Vecchio, con el único fin de desembarcarlos. El nombre con que se hacia llamar su huésped de Monte-Cristo, pronunciado por su huésped de la fonda de España, le probaba que representaba el mismo papel filantrópico en las costas de Piombino, de Civita Vecchia, de Ostia y de Gaeta que en

las de Cógemela, Toscana, y España, y aun en las de Tunez y Palermo. Lo cual era una prueba de que abrazaba un círculo de relaciones bastante estenso.

Pero por poderosas que fueran en la imaginacion del jóven todas aquellas reflexiones, se desvanecieron cuando vió elevarse ante él el sombrío y gigantesco espectro del Coliseo, al través de cuyas aberturas, proyectaba la luna aquellos pálidos y prolongados rayos que arrojan los ojos de las fantasmas. El carruage se detuvo á algunos pasos de la Mesa sudans. El cochero fué á abrir la portezuela; los dos jóvenes saltaron del carruage y se encontraron enfrente de un cicerone que parecia haber salido de la tierra. Como tambien les habia seguido el de la fonda, resultó que tenian dos,

Imposible en Roma evitar ese lujo de guias; ademas del cicerone general que se apodera de vos en el momento que poneis el pie en el dintel de la puerta de la fonda, y que no os abandona hasta que salís de la ciudad, hay aun un cicerone especial en cada monumento, y casi diré en cada parte de él; júzguese si se debe ir solo al Coliseo, es decir, al monumento por excelencia que hacia decir á Marcial: «Cese Menfis de ponderarnos los bárbaros milagros de sus pirámides; no se canten ya las maravillas de Babilonia, todo debe ceder ante el inmenso trabajo del anfitatro de los Césares, y todas las voces de la fama deben reunirse para ponderar este monumento.»

Franz y Alberto no intentaron sustraerse á la tiranía ciceroniana.

Por otra parte, seria tanto mas difícil cuanto que solo los guias tienen derecho de recorrer el monumento con antorchas. No hicieron, pues, ninguna resistencia, y se entregaron á sus conductores.

Franz conocia este paseo por haberle dado diez veces; pero como su compañero, mas novicio, ponía el pie por primera vez en el monumento de Flavio Vespasiano, debo confesarlo en alabanza suya, á pesar de la ignorante charlataneria de sus guias, estaba fuertemente impresionado. En efecto, cuando no se ha visto, no se puede formar una idea de la magestad de semejante ruina, cuyas proporciones están aumentadas aun por la misteriosa claridad de la luna meridional, cuyos rayos parecen un crepúsculo de occidente.

Así, pues, apenas Franz el pensativo hubo andado cien pasos en los pórticos interiores, cuando abandonó á Alberto y á sus guias, que no querian renunciar al imprescriptible derecho de hacerle ver detalladamente la Fosa de los Leones, la mansion de los Gladiadores, el Podim de los Césares, se dirigió hácia una escalera medio arruinada, y dejándoles continuar su simétrico camino, fué á sentarse á la sombra de una columna, en frente de una abertura que le permitia abatear al gigante de granito en toda su magestuosa estension.

Estaba allí hacia un cuarto de hora, perdido como se ha dicho en la sombra de una columna, ocupado en mirar á Alberto que, acompañado de sus dos hombres con sus antorchas, acababa de salir de un vomitorium colocado el extremo del Coliseo, y los cuales, semejantes á dos sombras que siguen un fuego fátuo, descendian de grada en grada hasta los sitios reservados á las vestales, cuando le pare-

ció oír rodar en las profundidades del monumento una piedra desprendida de la escalera fronteriza á la que él acababa de subir. Nada de extraño tenia una piedra que desquiciada por el pie del tiempo, va á rodar al abismo ; pero entonces le pareció que no habia cedido al pie del tiempo sino al de un hombre , y que sentia pasos cuyo ruido procuraban debilitar.

En efecto , al cabo de un instante , apareció un hombre , saliendo gradualmente de la sombra á medida que subia la escalera , cuya entrada , veia de frente Franz , y estaba iluminada por la luna.

Podia ser un viagero como él , que prefiriese una meditacion solitaria á la insignificante charla de sus guias , por consiguiente su aparicion nada tenia que pudiese sorprenderle ; pero en la indecision con que subia los últimos escalones , llegado que hubo á la plataforma , en la manera con que se paró como á escuchar , era probable que habia venido con un fin particular y que esperaba á alguno. Por un movimiento instintivo Franz se ocultó todo lo mas que pudo detras de la columna.

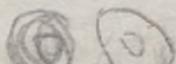
A diez pasos del pavimento donde se hallaban los dos , la bóveda estaba algun tanto derribada , una abertura redonda semejante á la de un pozo , permitia ver el cielo todo sembrado de estrellas. Al derredor de esta abertura , que tal vez hacia cien años daba paso á los rayos de la luna , habian nacido una infinidad de yervas silvestres , cuyas ramas se destacaban vigorosamente sobre el azul mate del firmamento , mientras que las enredaderas y la yedra pendian de aquel terrado superior y se balanceaban bajo la bóveda , semejantes á cuerdas flotantes.

El personaje cuya misteriosa llegada habia llamado la atencion de Franz , estaba colocado en una media tinta que no le permitia distinguir sus facciones , pero que sin embargo no era bastante oscura para impedir que se detallase su traje : iba envuelto en una gran capa parda , cuyo embozo caido sobre el hombro izquierdo le ocultaba la parte inferior del rostro , mientras que su sombrero de anchas alas cubria la parte superior. Solamente el extremo de su traje se hallaba iluminado por la luz oblicua que atravesaba la abertura ; y que permitia distinguir un pantalon negro , cuyo botin cuadraba coquetamente una bota charolada. Este hombre pertenecia sin duda si no á la aristocracia , á lo menos á la alta sociedad.

Estaba allí hacia algunos minutos , y ya comenzaba á impacientarse , cuando se dejó oír en el piso de encima un ligero ruido. Al punto una sombra interceptó la luz ; apareció un hombre en la abertura , echó una ojeada penetrante por las tinieblas , y al fin descubrió al de la capa ; al punto asíó un puñado de aquellas enredaderas y yedras flotantes , se dejó deslizar , y cuando llegó á tres ó cuatro pies del pavimento , saltó ligeramente abajo. Este llevaba el traje de un trastiberino.

—Dispensadme , excelencia , dijo en dialecto romano si os he hecho esperar ; no me he retrasado mas que algunos minutos , las diez acaban de dar en San Juan de Letran.

—Mas bien yo me he adelantado , respondió el extranjero en el



mas puro toscano ; así , pues , nada de ceremonias ; y además , aunque hubieseis tardado siempre creeria lo atribuiria á una causa independiente de vuestra voluntad.

—Y hubierais tenido razon , excelencia ; vengo del castillo de Santo Angelo , y me ha costado un trabajo infinito el hablar á Beppo.

—¿Quién es Beppo?

—Un empleado de la prision á quien tengo destinada una rentita por saber todo cuanto pasa en el interior del palacio de su Santidad.

—¡Ah ! ¡ah ! veo que sois hombre cauto , querido.

—Qué quereis , excelencia , nadie sabe lo que puede suceder con el tiempo ; tal vez á mí mismo me pescarán como á ese Pipino , y necesitaré de alguna rata que roa las puertas de mi prision.

—En fin , ¿ qué habeis sabido?

—El martes habrá dos ejecuciones ; á las dos como es costumbre en Roma , un reo será *mazzolato* , es un miserable que ha matado á un sacerdote que le educó y que no merece ningun interés ; el otro será *decapitato* , y este será el pobre Pipino.

—Qué quereis , querido , inspirais un terror tan grande : no solamente en el gobierno pontifical sino en los reinos vecinos , que quieren hacer un ejemplar.

—Pero Pipino no es de nuestra partida , sino un pobre pastor que no ha cometido mas crimen que el de proporcionarnos viveres.

—Pues eso le hace cómplice vuestro , así , pues , ya veis que le guardan algunas consideraciones. En lugar de martirizarlo como harian con vos , si os llegaran á echar la mano , se contentan con guillotinarlo. Esto variará los placeres del pueblo , y habrá espectáculo para toda clase de gustos.

—Sin contar el que yo preparo y ellos no cuentan , prosiguió el trastiberino.

—Amigo mio , permitidme os diga , prosiguió el hombre de la capa , que os veo dispuesto á hacer alguna simpleza.

—A todo para impedir la ejecucion del pobre diablo que morirá por causa mia ; ¡ por la madona ! me consideraria muy cobarde si no me moviera por ese valiente muchacho.

—¿ Y qué vais á hacer?

—Colocar unos veinte hombres al rededor del cadalso , y en el momento en que le conduzcan , á una señal hecha por mí nos lanzamos daga en mano sobre la escolta , y le libertaremos.

—Eso me parece muy peligroso , y decididamente creo que mi proyecto vale mucho mas que el vuestro.

—¿ Y cuáles vuestro proyecto , excelencia?

—Dar dos mil piastras á una persona que yo conozco , y que obtendrá que la ejecucion de Pipino se dilate hasta dentro de un año ; daré otras mil piastras á otra persona que tambien yo sé , y lo hará evadir de la prision.

—¿ Estais seguro de obtener buen éxito?

—¡ *Diantre!* dijo en francés el hombre de la capa.

—¿ Qué ? preguntó el trastiberino.

—Digo, querido, que mas he de hacer yo con mi oro que vos y toda vuestra gente con sus puñales, sus pistolas, sus carabinas y sus trabucos. Dejadme y vereis.

—Por si acaso, estaremos prontos.

—Bueno, si asi lo quereis, pero estad seguro de que he de obtener la dicha dilacion

—Cuidado que el martes es pasado mañana. No os queda mas que mañana.

—¡Y bien! ¡qué! un dia se compone de veinte y cuatro horas, cada hora de sesenta minutos, cada minuto de sesenta segundos; y en ochenta y seis mil cuatrocientos segundos se pueden hacer muchas cosas.

—¿Y cómo sabremos si lo habeis logrado?

—Bien sencillo es, he alquilado los tres últimos balcones del café Rospoli; si he conseguido la próroga, los dos balcones de los lados estarán colgados de damasco amarillo, pero el de enmedio de damasco blanco con una cruz roja.

—Perfectamente, ¡y por quién hareis entregar el perdon?

—Enviadme uno de vuestros hombres disfrazado de penitente, y se le dará, gracias á su traje llegará hasta el pie del cadalso, y entregará la orden al jefe de la hermandad, que la pasará al verdugo. Mientras tanto, haced saber esa noticia á Pipino, no se vaya á morir de miedo ó á volverse loco, no hayamos hecho un gasto inútil.

—Escuchad, excelencia, dijo el paisano, os profeso un grande afecto, bien lo sabeis; ¿no es así?

—Yo lo creo al menos.

—Pues bien, si salvais á Pipino, no será afecto lo que os profese, será obediencia.

—Mira lo que dices, querido, algun dia te lo recordaré, porque acaso tenga necesidad de ti.

—Pues bien!... entonces, excelencia, me encontrareis, como yo os he encontrado ahora; y aun cuando os fueseis al fin del mundo, no tendreis mas que escribirme: «Haz esto.» y lo haré á fé de...

—¡Silencio! dijo el desconocido, oigo ruido.

—Son viageros que visitan el Coliseo con antorchas

—Es inútil que nos encuentren juntos. Estos demonios de guias podrian reconoceros, y por honrosa que sea vuestra amistad, amigo mio, si supiesen que estábamos tan unidos perderia un poco de mi crédito.

—¿Con que si conseguis la próroga?...

—El balcon de enmedio colgado de damasco blanco con una cruz

roja.

—¿Y si no lo conseguis?...

—Tres colgaduras amarillas.

—Y entonces...

—Entonces, querido amigo, manejad el puñal como gustéis; os lo permito, y yo estaré allí para veros maniobrar.

—Adios, excelencia, cuento con vos; contad conmigo.

Al pronunciar estas palabras, el trastiberino desapareció por la escalera, mientras que el desconocido, cubriéndose mas que nunca el rostro con su capa, pasó junto á Franz, y descendió al circo por las gradas exteriores. Un segundo despues, oyó aquel resonar su nombre por las bóvedas, era Alberto que le llamaba. Esperó para responder á que los dos hombres se hubiesen alejado, cuidando de que no supieran habian tenido un testigo que si no vió su rostro, tampoco perdió palabra de su conversacion. Diez minutos no habian pasado aun cuando Franz estaba ya camino de la fonda de España, escuchando con una distraccion impertinente el erudito discurso que hacia Alberto, segun Plinio y Calpurnio, acerca de las redes guarnecidas de puntas de hierro que impedian á los animales feroces lanzarse sobre los espectadores. Le dejaba hablar sin contradecirle, pues queria hallarse solo para pensar sin distraccion alguna en lo que acababa de pasar en su presencia.

De aquellos dos hombres, el uno seguramente era extranjero, y no le habia visto ni oído hasta entonces; pero no sucedia lo mismo con el otro, y aunque Franz no llegó á distinguir su rostro constantemente envuelto en la sombra ú oculto en su capa, el acento de aquella voz le habia llamado demasiado la atencion desde la primera vez que la oyera para que volviese á resonar en su presencia sin que la reconociera. Habia sobre todo en sus entonaciones irónicas algo de estridente y metálico que le habia hecho estremecer en las ruinas del Coliseo, lo mismo que en la gruta de Monte-Cristo; así pues, estaba perfectamente convencido de que aquel hombre no era otro que Simbad el Marino.

En cualquiera otra circunstancia, la curiosidad que le inspiró aquel hombre hubiese sido tan grande que se hubiera dado á conocer á él; pero en aquella ocasion, la conversacion que acababa de oír era harto íntima para que no se detuviese por el justo temor de que su aparicion no le fuera nada agradable. Lo habia dejado pues alejarse, como se ha visto, pero prometiendo si le encontraba otra vez no dejar escapar la segunda ocasion como lo habia hecho con la primera.

Estaba Franz muy preocupado para poder dormir bien. Empleó aquella noche en recordar en su imaginacion todas las circunstancias concernientes al hombre de la gruta y al desconocido del Coliseo, y que parecian hacer de aquellos dos personajes el mismo individuo; ademas mientras mas pensaba Franz, mas se afirmaba en esta opinion.

Se durmió, cerca del amanecer, lo que hizo que no despertara sino muy tarde.

Alberto, á fuer de verdadero parisien, habia tomado ya sus precauciones para la noche. Habia enviado por un palco al teatro Argentino. Franz tenia que escribir muchas cartas para Francia, y cedió el carruage á Alberto por todo el dia.

A las cinco volvió este; habia entregado las cartas de recomendacion, tenia billetes para todas las tertulias y habia visto á Roma.

Un día le habia bastado para todo esto. Y todavía habia tenido tiempo para informarse de la pieza que se representaba y los actores que la ejecutaban. La pieza tenia por título: *Parisina*; los actores se llamaban Coselli, Moriani y la Spech.

Nuestros dos jóvenes no eran tan desgraciados como se vé: iban á asistir á la representacion de una de las mejores óperas del autor de *Lucia di Lammermoor*, ejecutada por tres artistas de los mas afamados de Italia.

Alberto no habia podido nunca acostumbrarse á los teatros ultramontanos, cuya orquesta no se vá á oír, y que no tienen ni balcones ni palcos descubiertos; esto era bastante duro para un hombre que tenia su luneta en los *Bouffes* y su parte de palco infernal en la ópera, lo cual no impedía que Alberto se vistiese de gran etiqueta siempre que iba á la ópera con Franz; tiempo perdido, pues, preciso es confesarlo para vergüenza de uno de los representantes mas dignos de nuestra *elegancia*; despues de cuatro meses que paseaba la Italia en todos sentidos, no habia tenido ni una sola aventura.

Las buscaba porque le heria mortalmente el estar en tal descubierto siendo él uno de los jóvenes mas corridos. Y era tanto mas penoso, cuanto que segun la modesta costumbre de nuestros queridos compatriotas, Alberto habia salido de Paris con la conviccion de que iba á tener los mejores lances, y que volveria á entretener á sus amigos del boulevard de Gante con la relacion de sus lances de buena fortuna. ¡Ah! nada de esto habia sucedido; las encantadoras condesas genovesas, florentinas y napolitanas habian temido, no á sus maridos, sino á sus amantes, y Alberto habia adquirido la cruel conviccion de que las italianas tienen sobre las francesas la ventaja de ser fieles á su infidelidad, sin embargo no quiero decir con esto que en Italia, como en todas partes no haya regla sin escepcion.

Y no obstante, Alberto era no solo un joven perfectamente elegante, sino un hombre de mucho talento; ademas era vizconde, vizconde de moderna nobleza, es verdad; pero en el día que no se hacen pruebas, ¿qué importa que se date de 1599 ó de 1815? sobre todo tenia cincuenta mil libras de renta, mas de lo necesario para vivir en Paris á *la moda*; era pues algo humillante no haber sido aun notado con formalidad en ninguna de las ciudades por donde habia pasado.

Pero tambien él contaba con pescar alguna cosa en Roma, y mucho mas por el carnaval, siendo esta una de las épocas de libertad en que todos se dejan arrastrar á algun acto de locura. Como el carnaval empezaba desde el día siguiente, era muy importante que Alberto lanzase antes su prospecto.

Habia alquilado, pues, con esa intencion uno de los palcos mas apropósito del teatro, y vestidose con suma elegancia. Estaba en la primera fila, que reemplaza en nuestros teatros la galeria. Por otra parte, los tres primeros pisos son tan aristocráticos los unos como los otros, y por esta razon son llamados los palcos nobles. Aquel palco, donde podrian estar doce personas sin estre-

charse, habia costado á los dos amigos un poco mas barato que un palco de cuatro personas en el Ambigu cómico.

Alberto tenia aun otra esperanza, la de que si llegaba á encontrar cabida en el corazon de una bella romana, le conduciria naturalmente á conquistar un puesto en el carruage, y por consiguiente á ver el carnaval en algun balcón principal.

Todas estas circunstancias le hacian, pues, mas emprendedor que nunca. Volvia la espalda á los actores, inclinándose fuera del palco, y miraba á todas las personas con unos anteojos de seis pulgadas de largo, lo que hacia que ninguna muger recompensase, con una sola mirada de curiosidad, todos sus movimientos. En efecto, cada cual hablaba de sus asuntos, de sus amores, de sus placeres, del carnaval que comenzaba el dia siguiente, de la próxima semana santa, sin fijar la atencion ni un solo instante ni en los actores, ni en la pieza, excepto en los momentos en que todos se volvian para oír un trozo del recitado de Coselli, para aplaudir algun rasgo brillante de Moriani, ó en fin para gritar bravo á la Spech, pero en seguida las conversaciones particulares recobraban su estado habitual.

Hacia el final del primer acto, la puerta de un palco que habia permanecido vacío se abrió, y Franz vió entrar á una muger á la cual habia tenido el honor de ser presentado en Paris, y que creia aun en Francia. Notó Alberto el movimiento que hizo su amigo al ver aquella aparicion, y volviéndose hácia él:

—¿Conoceis acaso á esa muger? dijo.

—Si, ¿qué os parece?

—Encantadora, querido, y rubia. ¡Oh! qué cabellos tan adorables; ¿es francesa?

—No, es veneciana.

—¿Y cómo se llama?

—La condesa G...

—¡Oh! la conozco de nombre, exclamó Alberto; dicen que ademas de ser hermosa tiene mucho talento; ¡Diantre! cuando pienso que yo hubiera podido ser presentado á ella en el último baile de Mad. de Villefort, en el cual estaba, y entonces no quise, ¡vaya, soy un necio!

—¿Queréis que repare esa falta? preguntó Franz.

—¡Cómo! la conoceis tan íntimamente que podais llevarme á su palco?

—He tenido el honor de hablarla tres ó cuatro veces en mi vida, pero, bien lo sabeis, es lo bastante para no cometer una indiscrecion.

En este momento la condesa descubrió á Franz y le hizo con la mano un ademan gracioso, al cual respondió él con una respetuosa inclinacion de cabeza,

—¡Ah! me parece que estais en buena armonia? dijo Alberto.

—¡No! Os engañais, y hé aqui lo que nos hará cometer mil necesidades á nosotros los franceses, en el estrangero, por someterlo todo á nuestros puntos de vista parisienses. En España y en Italia sobre todo, no juzgéis jamás de la intimidad de las personas por lo es-

presivo de los cumplimientos. Hemos simpatizado la condesa y yo, pero nada más.

—¿Simpatía de corazón? preguntó Alberto riendo.

—No, de carácter, respondió gravemente Franz.

—¿Y en qué ocasión?

—En un paseo semejante al que hemos dado juntos.

—¿A la luz de la luna?

—Sí.

—¿Solos?

—Poco más ó menos.

—¿Y habeis hablado?...

—De los muertos.

—¡Ah! exclamó Alberto, estaria agradable. ¡Pues bien! yo os prometo que si tengo la dicha de servir de caballero á la bella condesa en un paseo semejante al vuestro no la hablaré sino de los vivos.

—Y tal vez hareis mal.

—Mientras tanto, vais á presentarme á ella como me lo habeis prometido.

—Así que se baje el telon.

—¿Qué largó es este primer acto!

—Escuchad el final, es muy bello, y Coselli lo canta admirablemente.

—¿Si pero que talle!

—La Spech está sumamente dramática.

—Ya comprendereis que cuando se ha oido á la Sontag y á la Malibran....

—¿No os parece escelente el método de Moriani?

—No me gustan los morenos que cantan de esa manera.

—¡Ah! querido, dijo Franz volviéndose, mientras Alberto continuaba mirando con los anteojos, en verdad que estas sumamente distraido.

El telon se bajó, con gran satisfaccion del vizconde de Morcerf que tomó su sombrero, se atusó sus cabellos y compuso su corbata y sus puños, é hizo observar á Franz que le esperaba. Como por su parte la condesa á quien Franz interrogaba con su mirada, le hizo comprender que seria bien recibido no tardó en satisfacer la impaciencia de Alberto, y dirigiéndose al palco seguido de su compañero, que se aprovechaba del viage para componer los falsos pliegues que los movimientos habian podido arrugar, el cuello de la camisa y las solapas de su frac, llamó al palco número 4, que era el que ocupaba la condesa. Al punto el jóven que estaba sentado á su lado delante del palco, cediendo su lugar, segun costumbre italiana al recién venido, como debe cederlo cuando llega una visita.

Franz presentó á Alberto á la condesa como uno de nuestros jóvenes más distinguidos por su posicion social y por su talento, lo que por otra parte era verdad; pues en París, y de la manera que vivia Alberto, era un caballero distinguido. Añadió que, desesperado por no haber sabido aprovecharse de la morada de la condesa en

París, para hacer que le presentasen á ella, le habia encargado que reparase su falta, mision que cumplia, rogando á la condesa, al lado de la cual tambien él hubiera necesitado un introductor que escusase su indiscrecion.

La condesa respondió haciendo un saludo encantador á Alberto y presentando la mano á Franz. Alberto, invitado por ella, se sento en el lugar desocupado en la delantera, y Franz se sentó en segundo término, detrás de la condesa.

Alberto habia encontrado un escelente asunto de conversacion, era París, hablaba á la condesa de sus conocimientos comunes. Franz comprendió que se hallaba en su terreno; dejóle pues, y pidiéndole sus gigantescos anteojos, se puso á su vez á explorar el salon. Sola en el delantero de un palco de la tercera fila en frente de ellos; estaba una muger admirablemente hermosa, vestida á la griega que llevaba con toda la soltura de su trage habitual. Detrás de ella, y á la sombra, se divisaba la forma de un hombre cuyo rostro era imposible distinguir. Franz interrumpió la conversacion de Alberto y de la condesa para preguntar á esta última si conocia á la bella albanesa, digna de atraer no solamente la atencion de los hombres, sino de las mugeres.

—No, dijo; todo cuanto sé es que está en Roma desde el principio de la estacion; porque desde la apertura del teatro la he visto donde está, y hace un mes que no ha faltado á una sola representacion, unas veces acompañada del que en este momento está con ella, otras seguida de un criado negro.

—¿Qué os parece, condesa?

—Estremadamente hermosa, Medora se debia asemejar á esa muger.

Franz y la condesa cambiaron una sonrisa; esta última se puso á hablar de nuevo con Alberto, y Franz á mirar á su albanesa. El telon se levantó para el baile, era uno de esos bailables italianos puestos en escena por el famoso Henry, que se ha formado en Italia como coreógrafo una reputacion tan colosal, que ha venido por fin á perder al teatro Náutico; uno de esos bailables en que todo el mundo, desde el primer bailarín al último comparsa, toman una parte tan activa en la accion, que ciento cincuenta personas hacen á la vez el mismo ademan y levantan á un tiempo el mismo brazo ó la misma pierna. Llamaban á este baile *Dorliska*.

Franz estaba harto preocupado de su hermosa albanesa para ocuparse del baile por interesante que fuese. En cuanto á ella, tenia un placer visible en aquel espectáculo, placer que hacia un contraste particular con el profundo desden del que la acompañaba, y que, mientras duró la escena coreográfica, no hizo un movimiento, pareciendo que á pesar del ruido infernal producido por las trompetas los timbales y los chinoscos de la orquesta, gustaba de las celestiales dulzuras de un sueño pacífico y radiante.

El baile concluyó por fin, y el telon se bajó en medio de los frenéticos aplausos de un público embriagado de placer. Gracias á esa costumbre de cortar la ópera con un baile, los entreactos son muy

cortos en Italia, teniendo tiempo los cantantes para descansar y cambiar de traje mientras que los bailarines ejecutan sus piruetas y saltos. La obertura del segundo acto comenzó. A los primeros sonidos de la orquesta, Franz vió al durmiente levantarse despacio y acercarse á la griega, que se volvió para dirigirle algunas palabras, y se apoyó de nuevo sobre el antepecho del palco. La fisonomía de su interlocutor seguía oculta en la sombra, y Franz no podía distinguir ninguna de sus facciones.

El telon se levantó, la atencion de Franz fué atraida por los actores, y sus ojos abandonaron un instante el palco de la hermosa griega para fijarlos en el escenario.

El acto comienza, como ya se sabe, por el duo del sueño: Parisina, acostada deja escapar delante de Azzo el secreto de su amor á Hugo. El esposo engañado sufre todos los furores de los celos, hasta que, convencido de que su muger es infiel, la despierta para anunciarla su próxima venganza. Este duo es uno de los mas hermosos, de los mas espresivos y de los mas terribles que han salido de la fecunda pluma de Donizetti. Franz le oia por tercera vez, y produjo en él un efecto profundo. Iba pues, á unir sus aplausos á los del salon, cuando sus manos, prontas á chocarse, permanecieron apartadas, y el bravo que se escapó de su boca espiró en sus lábios.

El hombre del palco se habia levantado, y avanzando la cabeza hasta el delantero del palco, Franz reconoció al misterioso habitante de Monte-Cristo, á aquel cuya voz habia creído reconocer en las ruinas del Coliseo; ya no le cabia duda, el estraño viajero vivia en Roma.

Sin duda la espresion de la fisonomía de Franz estaba en armonia con la turbacion que esparcia en su imaginacion aquella aparicion, porque la condesa le miró, empezó á reir, y le preguntó qué era lo que tenia.

—Señora condesa, hace poco os he preguntado si conociais á esa muger albanesa; ahora os pregunto si conoceis á su marido.

—Lo mismo que á ella, respondió la condesa.

—¿No habeis reparado nunca en él?

—¡Hé ahí una pregunta francesa! Bien sabeis que para nosotras las italianas no hay otro hombre en el mundo mas que el que amamos!

—Es verdad, respondió Franz.

—En todo caso, dijo ella aplicando los anteojos de Alberto á sus ojos, y dirigiéndolos hácia el palco, debe ser algun recien desenterrado, algun muerto salido de su tumba con permiso del enterrador, porque me parece horriblemente pálido.

—Pues siempre está lo mismo, respondió Franz.

—¡Le conoceis acaso! preguntó la condesa; entonces yo soy la que debo preguntaros quién es.

—Creo haberle visto, y me parece reconocerle.

—En efecto, dijo ella haciendo un movimiento con sus hombros, como si un estremecimiento circulase por sus venas, comprendo que cuando se ha visto una vez á un hombre semejante jamás se olvida.

El efecto que Franz habia experimentado no era una impresion particular, puesto que otra persona la sentia lo mismo que él.

—¡Y bien! preguntó Franz á la condesa despues que le hubo observado por segunda vez; ¿qué pensais de ese hombre?

—Que creo ver á lord Ruthwen en carne y hueso.

En efecto; este nuevo recuerdo de lord Byron admiró á Franz: si un hombre pudiese creer en la existencia de los vampiros, aquel era el mas á propósito.

—Es preciso que yo sepa quien es, dijo Franz levantándose.

—¡Oh! no, exclamó la condesa; no, no me abandonéis; cuento con vos para que me acompañeis, y os quiero tener á mi lado.

—¡Cómo! la dijo Franz inclinándose á su oido, ¿tendriais miedo?

—Escuchad, le dijo ella; Byron me ha jurado que él creia en los vampiros; me ha dicho que los habia visto. Me ha descrito su rostro, y es absolutamente semejante al de ese hombre; esos cabellos negros, esos ojos tan grandes, que brillan con una llama estraña, esa palidez mortal; ademas, notad que no está con una muger como las demas; está con una estrangera.... una griega... una cismática... sinduda con una mágica como él.... Os ruego que no os vayais. Mañana podreis buscarle, si así os parece; pero hoy os declaro que teneis que acompañarme.

Franz insistió.

—Escuchad, dijo ella levantándose, me voy; no puedo quedarme hasta el fin de la funcion, tengo gente en mi casa, ¿sereis tan poco galante que me refuseis vuestra compañía?

Franz no podia dar otra respuesta que la de tomar el sombrero, abrir la puerta y presentar su brazo á la condesa. Y esto fué lo que hizo.

La condesa estaba efectivamente muy conmovida, y Franz no dejaba tampoco de experimentar cierto terror supersticioso, tanto mas natural, cuanto que lo que era en la condesa el producto de una sensacion instintiva, era en él el resultado de un recuerdo. Sintió que temblaba al subir al carruaje. La condujo hasta su casa: no habia nadie, y no era esperada por nadie; él la reconvinó.

—En verdad, dijo ella, no me siento buena, y tengo necesidad de estar sola; la vista de ese hombre me ha trastornado.

Franz procuró reir.

—No os riais; le dijo ella; ademas prometedme una cosa.

—¿Cuál?

—Prometédmela.

—Todo cuanto querais, escepto renunciar á descubrir á ese hombre. Tengo motivos que no puedo deciros para desear saber quien es, de dónde viene y á dónde va.

—De dónde viene, lo ignoro, pero donde va puedo deciroslo: va al infierno de seguro.

—Volvamos á la promesa que queriais exigir de mí, condesa, dijo Franz.

—¡Ah! es la siguiente: entrar directamente en vuestra casa y no buscar esta noche á ese hombre. Hay cierta afinidad entre las per-

sonas que se separan y las que se reunen. No sirvais de conductor entre ese hombre y yo. Mañana correreis trás él cuanto querais, pero jamás me lo presentéis si no quereis hacerme morir de miedo. Así, pues, buena noche, procurad dormir; yo sé bien que no podré cerrar los ojos.

Y con estas palabras la condesa se separó de Franz dejándole indeciso por saber si se habia divertido á su costa ó si verdaderamente habia sentido el temor que habia espresado.

Dirigiose á la fonda y al entrar encontró á Alberto con bata y pantalón voluptuosamente tendido sobre un sillón, y fumando un cigarro.

—¡Ah! ¡sois vos! le dijo; en verdad que no os esperaba hasta mañana.

—Querido Alberto, respondió Franz, me felicito por tener una ocasion de deciros una vez por todas, que teneis la idea mas equivocada de las mugeres italianas; me parece sin embargo que vuestras desdichas amorosas debian habéroslo hecho perder.

—¡Qué quereis! ¡el diablo que las comprenda! os dan la mano, os la estrechan, os hablan al oido, hacen que las acompañeis á su casa; con la cuarta parte de ese modo de tratar á un hombre, una parisien-se perderia pronto su reputacion.

—Justamente, porque nada tienen que ocultar, porque viven con tanta libertad, es por lo que las mugeres se cuidan tan poco del público en el bello pais donde resuena el sí, como dice Dante. Por otra parte, bien habeis visto que la condesa ha tenido miedo.

—Miedo, ¿de qué? de ese honrado caballero que estaba enfrente de nosotros con aquella hermosa griega? Pues yo al salir me los encontré en el corredor. No sé de donde diablos os han venido esas ideas del otro mundo.

Es buen mozo y muy elegante, no parece sino que se viste en Francia en casa de Blin ó en casa de Humann. Un poco pálido, es verdad; pero bien sabeis que la palidez es un signo de distincion.

Franz se sonrió; Alberto tenia tambien pretensiones de estar pálido.

—Así, pues, le dijo Franz; estoy convencido de que las ideas de la condesa acerca de ese hombre, no tienen sentido comun. ¿Ha hablado á vuestro lado, y habeis oido algunas de sus palabras?

—Ha hablado, pero en griego, cuyo idioma he reconocido en algunas palabras desfiguradas.

—Es preciso deciros, querido, que en el colegio era yo muy fuerte en griego.

—¿Con que hablaba en griego?

—Sí.

—Ya no hay duda, murmuró Franz, él es.

—¿Qué decis?...

—Nada. ¿Qué haciais allí?

—Os preparaba una sorpresa.

—¿Cuál?

—Bien sabeis que es imposible encontrar un carruage.

—¡Diantre! Como que hemos hecho todo cuanto se podia hacer.

—¡Pues bien! me ha ocurrido una idea maravillosa.

Franz miró á Alberto como dudando del estado de su imaginacion.

—Querido, dijo Alberto, me honrais con una mirada que mereceria os pidiese reparacion.

—Estoy pronto á dárosela, querido amigo, si la idea es tan ingeniosa como decis.

—Escuchad.

—Escucho.

—¿No hay medio de encontrar carruage?

—No.

—¿Ni caballos?

—Tampoco.

—¿Pero una carreta sí se podrá encontrar?

—Tal vez.

—¿Un par de bueyes?

—Es probable.

—Y bien, esa es la nuestra. Mando adornar la carreta, nos vestimos de segadores napolitanos, y representamos al natural el magnifico cuadro de Leopoldo Robert. Si para mayor propiedad la condesa quiere vestirse de una paisana de Puzzole, ó de Sorrento, esto completará la mascarada, y seguramente la condesa es demasiado hermosa para que la tomen por el original de la muger del niño.

—¡Diantre! exclamó Franz, por esta vez teneis razon, Alberto, y esa es una idea feliz.

—Y nacional. ¡Ah! señores romanos, creeis que se vá á correr á pie por vuestras calles como unos lazzaronis, y todo porque no teneis coches ni caballos; pues bien! ya se inventarán.

—¿Y habeis participado á alguno esa idea triunfante?

—A nuestro huesped. Al entrar le hice subir y le manifesté mis deseos. Me ha asegurado que nada era mas fácil; yo queria hacer dorar los cuernos de los bueyes; pero él me dijo que para eso se necesitarian tres dias; por lo cual será necesario pasar sin esa superfluidad.

—¿Y dónde está?

—¿Quién?

—Nuestro huesped.

—En busca de nuestra carreta. Mañana será ya tarde.

—¿De suerte que esta noche misma tendremos la respuesta?

—La espero.

En este momento se abrió la puerta, y maese Pastrani asomó la cabeza.

—¿Se puede entrar? dijo.

—¡Ciertamente que se puede! exclamó Franz.

—¡Y bien! dijo Alberto, ¿nos habeis encontrado la carreta buscada y los bueyes pedidos?

—He encontrado algo mas que eso, respondió muy satisfecho de sí mismo.

—¡Ah! mi querido huesped, tened cuidado, dijo Alberto: lo mejor es enemigo de lo bueno.

—Fiense vuestras excelencias en mí, dijo maese Pastrini.

—Pero en fin, ¿qué hay? exclamó Franz á su vez.

—Ya sabeis, dijo el posadero, que el Conde de Monte-Cristo vive en este mismo piso?

—Yo lo creo, dijo Alberto, pues que gracias á él nos hemos colocado como dos estudiantes en la calle de Saint-Nicolas-du-Char-donnet.

—Pues bien! sabiendo el apuro en que os encontrais, os ofrece dos asientos en su carruage y dos sitios en sus ventanas del palacio Rospoli.

Alberto y Franz se miraron.

—Pero, preguntó Alberto, ¿debemos aceptar la oferta de ese extranjero? de un hombre que no conocemos?

—¿Qué clase de hombre es ese conde de Monte-Cristo? preguntó Franz á su huesped.

—Un gran señor siciliano ó maltés, no lo sé de fijo, pero noble como un Colonna y rico como una mina de oro.

—Me parece, dijo Franz á Alberto, que si ese hombre fuese de tan buenas cualidades como dice nuestro huesped, hubiera debido habernos su invitacion de otra manera, escribiéndonos ó...

En este momento llamaron á la puerta.

—Entrad, dijo Franz.

Un criado vestido perfectamente con una librea elegante, se presentó en el dintel de la habitacion.

—De parte del conde de Monte-Cristo, para Mr. Franz d' Epiney y para el señor vizconde Alberto de Morcerf, dijo, y presentó al huesped dos targetas que éste entregó á los jóvenes.

—El señor conde de Monte-Cristo, continuó el criado, me manda que pida á estos señores permiso para presentarse mañana por la mañana en su casa como vecino; y desearia tener el honor de informarse á qué hora estarán visibles.

—A fé mia, dijo Alberto á Franz, que no nos podemos quejar.

—Decid al conde, respondió Franz, que nosotros tendremos el honor de hacerle nuestra visita.

El criado se retiró.

—Eso es lo que se llama un asalto de elegancia, dijo Alberto; vamos; decididamente vos teniais razon, maese Pastrini, y el conde de Monte-Cristo es un hombre enteramente *comme, il faut*.

—¿Luego aceptais su oferta? dijo el huesped.

—Yo lo creo, respondió Alberto, sin embargo, os lo confieso, siento que no se realice nuestro plan de la carreta y los segadores; y si no hubiese lo del balcon del palacio Rospoli para compensar lo que perdemos, creo que volveria á mi primera idea; ¿qué os parece, Franz?

—Me parece que tambien son los balcones del palacio Rospoli los que me deciden, respondió Franz á Alberto.

En efecto, esta oferta de dossitios en un balcon del palacio Rospoli habia recordado á Franz la conversacion que habia oido en las ruinas del Coliseo, entre su desconocido y el trastiberino, conversacion en la cual el hombre de la capa habia prometido obtener la gracia del reo. Ahora pues, si el hombre de la capa, era, segun todo se lo probaba á Franz, el mismo cuya aparicion en el teatro Argentino le habia preocupado tanto, sin duda alguna le reconoceria, y entonces nada le impediria satisfacer su curiosidad respecto á este punto.

Franz pasó una parte de la noche pensando en sus dos apariciones y deseando que llegase el dia siguiente. En efecto, entonces debia aclararlo todo, y esta vez, á menos que su huésped de Monte-Cristo no poseyese el anillo de Gygés, para hacerse invisible, era evidente que no se le escaparia. Así, pues, se despertó á las ocho. En cuanto á Alberto, como no tenia los mismos motivos que Franz para madrugar tanto, dormia aun apaciblemente. Mandó llamar á su huésped, que se presentó con los saludos ordinarios.

—Maese Pastrini, le dijo, ¿no debe haber hoy una ejecucion?

—Si, excelencia, pero si preguntais eso para tener balcon, os acordais de ello muy tarde.

—No, prosiguió Franz; por otra parte, si yo lo hiciese absolutamente por ver ese espectáculo, encontraria sitio en el monte Pincio.

—¡Oh! yo creia que vuestra excelencia no querria mezclarse con toda la canalla, cuyo anfiteatro es ese.

—Es probable que no vaya, dijo Franz, pero desearia adquirir algunos detalles.

—¿Cuáles?

—Quisiera saber el número de reos, sus nombres y su género de suplicio.

—¡Oh! no lo podiais preguntar mas á tiempo, excelencia, ahora justamente me acaban de traer las *tavolette*.

—¿Qué es eso de las *tavolette*?

—Las *tavolette* son unas tabletas de madera que se cuelgan en todas las esquinas de las calles la vispera de las ejecuciones, y en las cuales están inscriptos el nombre de los sentenciados, la causa de su condena, y la clase de suplicio. Este aviso tiene por objeto invitar á los fieles á que rueguen á Dios para que dé á los culpables un sincero arrepentimiento.

—¿Y os traen esas tabletas para que unais vuestras súplicas á las de los fieles? preguntó Franz con aire de duda.

—No, excelencia; yo me he entendido con el repartidor y me trae esos anuncios, así como me trae los carteles de teatro, por si alguno de mis viajeros desea asistir á la ejecucion.

—¡Ah! esa es una atencion en extremo delicada, exclamó Franz.

—¡Oh! dijo maese Pastrini sonriendo: puedo vanagloriarme de que hago todo cuanto puedo para satisfacer los deseos de los nobles extranjeros que me honran con su confianza.

—Eso es lo que veo, querido huésped, y lo que repetiré á quien

quiera decirlo, estad seguro. Mientras tanto desearia leer una de esas *tavolette*.

—Nada mas fácil, dijo el huesped abriendo la puerta, he mandado poner una en el corredor.

Salió, descolgó la *tavoletta*, y la presentó á Franz. He aquí la traduccion literal del cartel patibular.

«Se hace saber á todos que el martes 22 de febrero, primer día de carnaval, serán, por mandato del tribunal de la Rota, ejecutados en la plaza del Pópolo los llamados Andrés Rondolo, culpable de asesinato en la persona muy respetable y venerada de don César Torlini, canónigo de la iglesia de San Juan-de-Letran, y el llamado Pipino, alias *Rocca Priori*, convicto de complicidad con el detestable bandido Luigi-Vampa y los demas de su banda. El primero será *mazzolato*, y el segundo *decapitato*. Las almas caritativas pueden pedir á Dios un arrepentimiento sincero para esos dos desgraciados reos.»

Esto mismo era lo que Franz habia oido la antevíspera en las ruinas del Celiseo, y nada habia cambiado en el programa; los nombres de los condenados, la causa de su suplicio y el género de ejecucion eran exactamente los mismos. Asi, pues, segun toda probabilidad el trastiberino no era otro que el bandido Luigi-Vampa, y el hombre de la capa Simbad el Marino, que en Roma como en Porto-Vecchio y en Tunez, proseguia el curso de sus filantrópicas expediciones.

En tanto el tiempo corria, eran las nueve, y Franz iba á despertar á Alberto, cuando con gran asombro de parte suya, le vió salir vestido de su cuarto. El carnaval le habia hecho despertar mas de mañana que su amigo esperaba.

—¡Y bien! dijo Franz á su huesped, ahora que estamos prontos, ¿ereis, señor Pastrini, que podremos presentarnos en casa del conde de Monte-Cristo?

—¡Oh! seguramente, respondió; el conde de Monte-Cristo acostumbra á madrugar y estoy seguro de que hace dos horas que está levantado.

—¿Y creis que no será indiscrecion el presentarse en su casa ahora?

—Ninguna.

—En ese caso, Alberto si estais pronto.....

—Desde luego, dijo Alberto.

—Vamos á dar gracias á nuestro vecino por su atencion.

—¡Vamos!

No tenian que atravesar mas que el corredor. El posadero los adelantó y llamó por ellos; un criado salió á abrir.

—*I signori francesi*, dijo el huesped.

El criado se inclinó y les hizo seña de que entrasen.

Atravesaron dos piezas amuebladas con un lujo que no creían encontrar en la fonda de maese Pastrini, y llegaron en fin á un salon de una elegancia perfecta. Una alfombra de Turquía cubria el pavimento, y los muebles mas cómodos con sus almohadones blandos y sus espaldares inclinados detras adornaban aquella estancia. Magnificos

cuadros mezclados de trofeos de armas espléndidas estaban suspendidos de las paredes, y hermosas colgaduras flotaban delante de la puerta.

—Si sus excelencias quieren sentarse, dijo el criado, voy á prevenir al señor conde.

Y desapareció por una de las puertas.

En el momento en que esta puerta se abría, el sonido de una *guzla* llegó á los oídos de los dos amigos; pero al punto se apagó, la puerta cerrada casi al mismo tiempo que abierta, no había podido por decirlo así, dejar penetrar en el salón mas que un soplo de armonía. Franz y Alberto cambiaron una mirada y volvieron los ojos hácia los muebles, los cuadros y las armas. Todo esto les pareció entonces aun mas magnífico que antes.

—¡Y bien! preguntó Franz á su amigo, ¿qué decís de esto?

—A fé mia, querido, dijo, que es preciso que nuestro vecino sea algun agente de cambio que ha jugado á la baja sobre los fondos españoles, ó algun príncipe que viaja de incógnito.

—¡Silencio! le dijo Franz, eso es lo que vamos á saber, pues aquí viene.

En efecto, el ruido de una puerta girando sobre sus goznes acababa de llegar hasta los oídos de los dos amigos, y casi al mismo tiempo levantándose el tapiz, dió paso al propietario de todas aquellas riquezas. Alberto se levantó y le salió al encuentro; pero Franz al verle se quedó clavado en su sitio.

El que acababa de entrar no era otro que el hombre de la capa del Coliseo, el desconocido del palco, el huesped misterioso de la isla de Monte-Cristo.

CAPITULO XXXV.

La Mazzolata.

—Señores, dijo al entrar el conde de Monte-Cristo, perdonadme el haber dado lugar á que os hayais adelantado, sin embargo de que al presentarme antes en vuestra casa hubiera temido ser indiscreto. Por otra parte, me habeis dicho que vendriais, y os he estado esperando.

—Teníamos que daros mil y mil gracias, Franz y yo, señor conde, dijo Alberto; pero verdaderamente nos sacais de un gran apuro, y estábamos á punto de inventar la estratagema mas fantástica en el momento en que nos participaron vuestra graciosa invitación.

—¡Eh! Dios mio! señores, dijo el conde haciendo seña á los dos jóvenes para que se sentasen en un diván; ese imbécil de Pastrini tiene la culpa de que os haya dejado tanto tiempo en esa angustia. No me había dicho una palabra de vuestro apuro, á mí que, solo y aislado como estoy aquí, no buscaba mas que una ocasión de hacer conocimiento con mis vecinos. Así, pues, desde el momento en que

supe que podia seros útil en algo , ya habeis visto con qué prisa he aprovechado la ocasion de ofreceros mis servicios.

Los dos jóvenes se inclinaron , Franz no habia encontrado aun una sola palabra que decir , no habia tomado ninguna resolucio,n y como nada indicaba en el conde su voluntad de reconocerle ó su deseo de ser conocido de él no sabia si hacer por una palabra cualquiera, alusion á lo pasado , ó dejar tiempo al porvenir para que le diese nuevas pruebas. Por otra parte , seguro de que la vispera era él quien estaba en el palco , no podia responder tan positivamente de que fuese él quien estaba la antevispera en el Coliseo. Resolvió , pues, dejar marchar las cosas sin hacer ninguna pregunta directa. Ademas, tenia cierta superioridad sobre él pues que era dueño de su secreto; mientras que el conde no podia tener ninguna accion sobre Franz, que nada tenia que ocultar. Sin embargo , resolvió hacer girar la conversacion sobre un punto que podria aclarar un poco sus dudas.

—Señor conde , le dijo , nos habeis ofrecido dos asientos en vuestro carruage y dos sitios en vuestras ventanas del palacio Rospoli ; ahora podreis decirnos cómo nos procurariamos un puesto cualquiera, como se dice en Italia , en la plaza del Pópolo?

—¡Ah! si, es verdad , dijo el conde con airedistraido y mirando á Morcef con una atencion sostenida , ¿ no hay en la plaza del Pópolo una... una ejecucion?

—Si , respondió Franz , viendo que él mismo iba donde él queria conducirle.

—Esperad , esperad , creo haber dicho ayer á mi mayordomo que se ocupase de eso , tal vez pueda hacer os ese pequeño servicio.

Y estendió la mano hácia un cordon de campanilla.

Al punto vió entrar Franz á un individuo de cuarenta y cinco á cincuenta años que parecia asemejarse como dos gotas de agua al contrabandista que le habia introducido en la gruta , pero que no pareció reconocerle. Sin duda estaba prevenido.

—Señor Bertuccio, dijo el conde , ¿os habeis ocupado como os dije ayer , de procurarme una ventana en la plaza del Pópolo?

—Si, excelencia , respondió el mayordomo , pero ya era tarde.

—¿Cómo ! dijo el conde frunciendo las cejas , ¿ no os he dicho que queria tener una?

—Y vuestra excelencia tiene una , la que estaba alquilada al principe Lobanieff ; pero me he visto obligado á pagarla en ciento....

—Basta , basta , señor Bertuccio ; dejémosos de cuentas ; tenemos una ventana , esto es lo principal. Dad las señas de la casa al cochero , y estad en la escalera para conducirnos. Esto basta ; idos.

El mayordomo saludó y dió un paso para retirarse.

—¡Ah! prosiguió el conde , tened la bondad de preguntar á Pastri ni si ha recibido la *tavolette* y si quiere enviarme el programa de la ejecucion.

—Es inútil, dijo Franz sacando su cartera del bolsillo; he tenido en la mano ese programa y lo he copiado: aquí lo teneis.

—Está bien; entonces, señor Bertuccio, podeis retiraros, ya no os necesito. Decid que nos avisen cuando esté pronto el almuerzo. Es-

tos señores, continuó volviéndose hácia los dos amigos, ¿me harán el honor de almorzar conmigo?

—Pero á la verdad, señor conde, dijo Alberto, eso seria abusar.

—No lo creais, al contrario, me proporcionais un sumo placer, todo esto me lo devolvereis algun dia en Paris, uno ú otro, ó tal vez los dos. Señor Bertuccio, hareis poner tres cubiertos.

El conde de Monte-Cristo tomó la cartera que le daba Franz y el señor Bertuccio salió.

—Con que decíamos, continuó con el mismo tono que si hubiera leído los carteles, que.... «serán ejecutados hoy 22 de febrero los llamados Andrea Rondolo, culpable de asesinato en la persona muy respetable y venerada de don César Torlini, canónigo de la iglesia de San Juan-de-Letran, y el llamado Pipino, alias *Rocca Priori*, convencido de complicidad, con el defestable bandido Luigi Vampa y los demas de su banda.» ¡Hum! «El primero será *mazzolato*, el segundo *decapitado*.» Sí, en efecto, prosiguió el conde, así era como debía suceder al principio; pero creo que desde ayer han sobrevenido algunos cambios en el orden y la marcha de la ceremonia.

—¡Bah! dijo Franz.

—Sí, ayer en casa del cardenal Rospigliosi, donde estuve de tertulia, se hablaba de una próroga concedida á uno de los condenados.

—¿A Andrea Rondolo? preguntó Franz.

—No..... replicó sencillamente el conde; al otro..... (y arrojó la vista sobre la cartera como para acordarse del nombre), á Pipino, llamado *Rocca Priori*. Esto os priva de asistir á ver guillotinar, pero os queda la *mazzolata*, que es un suplicio muy curioso cuando se ve por primera vez, y aun por la segunda, mientras que el otro, que debéis conocer ya, es muy sencillo y no tiene nada de particular. El *Alaudata* no se engaña, no tiembla, no da golpe en vago, no vuelve á herir treinta veces como el soldado que cortaba la cabeza al conde de Chalais y al cual acaso Richeliu habia recomendado el paciente. ¡Ah! callad, añadió el conde con tono despreciativo, no me habéis de los europeos para los suplicios, no entienden nada de eso y puede decirse que están en la infancia respecto á este punto.

—En verdad, señor conde, respondió Franz, se creeria al oiros que habeis hecho un gran estudio comparando los diferentes suplicios de todas las partes del mundo.

—Pocos habrá que no haya visto, respondió friamente el conde.

—¿Y habeis encontrado algun placer asistiendo á esos horribles espectáculos?

—El primer sentimiento fué el de la repugnancia, el segundo el de la indiferencia y el tercero el de la curiosidad.

—¿La curiosidad? ¿Sabeis que la palabra es terrible?

—¿Por qué? Una sola preocupacion hay en la vida; esta es la de la muerte; y qué, ¿no os parece curioso estudiar de cuántas maneras

puede el alma salir del cuerpo, y como segun los caractéres, los temperamentos, y aun las costumbres del pais, sufren los individuos ese supremo traspaso del ser á la nada? En cuanto á mí os diré que mientras mas he visto morir, mas fácil me parece, la muerte será tal vez un suplicio; pero no una espiacion.

—No os comprendo bien, dijo Franz, esplicaos, pues, no sabeis hasta qué punto me interesa lo que decís.

—Escuchad, dijo el conde, y su rostro tomó una espresion de odio. Si un hombre hubiese hecho perecer por medio de un tormento atroz, un tormento sin fin, á vuestro padre, á vuestra madre, á vuestra querida, á uno de esos seres, en fin que, cuando se les separa del corazon, dejan en él un vacío eterno y una llaga siempre sangrienta, ¿creeríais la reparacion que os concede la sociedad suficiente, porque el hierro de la guillotina hubiese pasado entre la base occipital y los músculos trapecios del cuello, y porque aquel que os ha hecho sentir años de sufrimientos morales hubiese experimentado algunos segundos de dolores físicos?....

—Si, ya lo sé, replicó Franz, la justicia humana es tan insuficiente como consoladora, solo puede derramar la sangre en cambio de la sangre; preciso es pedirle solo lo que puede y nada mas.

—Y aun supongo un caso material, replicó el conde, aquel en que la sociedad, atacada por la muerte de un individuo en la base sobre la cual se reposa, venga la muerte con la muerte. Pero ¿no hay millones de dolores con los que puedan ser desgarradas las entrañas de un hombre, sin que la sociedad se ocupe de ello, sin que le ofrezca el medio insuficiente de venganza de que hablábamos hace poco? ¿No hay crímenes para los cuales el palo de los turcos, las gamellas de los persas, los nervios retorcidos de los iroqueses serian suplicios demasiado dulces, y que sin embargo la sociedad indiferente deja sin castigo?..... respondió, ¿no hay tales crímenes?

—Si, respondió Franz, y para castigarlos está tolerado el duelo.

—¡Ah! el duelo, exclamó el conde, buen modo, á fé mia, de conseguir el objeto, cuando el objeto es la venganza! Un hombre os ha robado una querida, un hombre ha seducido vuestra muger, un hombre ha deshonrado á vuestra hija; de una vida entera que tenia derecho á esperar de Dios la parte de felicidad que ha prometido á todo ser humano al crearlo, ha hecho una existencia de dolor, de miseria ó de infamia, y os creéis vengado, porque á ese hombre, que ha esparcido el delirio en vuestro espíritu y la desesperacion en vuestro corazon, habeis dado una estocada en el pecho ó sumergido una bala en la cabeza? ¡Vamos! Sin contar con que es él quien sale á menudo triunfante de la lucha, lavado de la mancha á los ojos del mundo, y en cierto modo absuelto por Dios. No, no, continuó el conde: si alguna vez tuviera que vengarme, no me vengaría así.

—¿Con que desaprobais el duelo, con que no os batiríais en duelo? preguntó á su vez Alberto, asombrado de oír tan estraña teoria.

—¡Oh! si tal, dijo el conde. Entendámonos: me batiria por una miseria, por un insulto, por una palabra, por una bofetada, y eso con tanto mas desprecio, cuanto que, gracias á la habilidad que he adquirido en todos los egercicios de armas y á la costumbre que tengo del peligro, estaria casi seguro de matar á mi contrario. ¡Oh! si, me batiria por todo eso; pero por un dolor lento, y profundo, infinito, eterno, devolveria, si era posible, un dolor semejante al que me hubieran causado: ojo por ojo, diente por diente, como dicen los orientales, nuestros maestros en todo, esos elegidos de la creacion que han sabido formarse una vida de sueños y un paraíso de realidades.

—Pero, dijo Franz al conde, con esa teoría que os constituye juez y verdugo en vuestra propia causa, es difícil que vos mismo os escapeis del poder de la ley. El odio es ciego, la cólera aturridá, y el que toma á su cargo la venganza, arriesga el beber un amargo brebaje.

—Si, si es pobre y torpe; no, si es millonario y hábil. Por otra parte, todo lo peor seria ese último suplicio de que hablábamos hace poco, el que la filantrópica revolucion francesa ha sustituido al descuartizamiento, y á la rueda. ¡Y bien! ¡qué es el suplicio si está vengado! En verdad que casi siento que ese miserable Pipino no sea *decapitado*, como ellos dicen; veriais el tiempo que dura y si merece la pena de hablar de ello. Pero, en verdad, señores, que tenemos una conversacion un poco singular para un dia de carnaval. ¿Cómo hemos venido á parar á este punto? ¡Ah! me acuerdo: me habiais pedido un sitio en mi balcon; ¡pues bien! sea, lo tendreis, pero primero sentémonos á la mesa, pues justamente nos vienen á anunciar que ya está el almuerzo servido.

En efecto, un criado abrió una de las cuatro puertas del salon, y pronunció las palabras sacramentales de:

—*Al suo commodol*

Los dos jóvenes se levantaron y pasaron al comedor. Durante el almuerzo, que era excelente, y servido con un esmero delicado, Franz buscó con los ojos la mirada de Alberto á fin de leer en ella la impresion que no dudaba habrian producido en él las palabras de su huésped; pues ya sea que en medio de su desden habitual no les hubiese prestado grande atencion, ya sea que lo que el conde de Monte-Cristo le habia dicho respecto al duelo le hubiese agradado, sea en fin que los antecedentes que hemos contado, conocidos solo de Franz, hubieran aumentado hácia él solo el efecto de las teorías del conde, no se apercibió de que su compañero estuviese tan preocupado: hacia los honores á la comida como hombre condenado desde cuatro ó cinco años á la cocina italiana, es decir, á una de las peores cocinas del mundo, en cuanto al conde, poseido de una viva preocupacion que parecia inspirarle la persona de Alberto, apenas tocaba con los labios cada plato; hubierase dicho que al sentarse á la mesa con sus convidados cumplia un sencillo deber de política, y que esperaba su partida para hacerse servir algun plato extraño ó particular. Esto le recordaba á Franz el terror que habia inspirado

el conde á la condesa G.... y la conviccion en que le habia dejado de que el conde, el hombre que él le habia mostrado en el palco de enfrente era un vampiro.

Al fin del almuerzo Franz sacó su reloj;

—Y bien ! le dijo el conde , qué haceis?

—Nos escusareis , señor conde ; respondió Franz , pero tenemos mil cosas que hacer.

—¿Cuáles?

—Nos hallamos sin disfraces y hoy son de rigor.

—No os ocupeis de eso. Tenemos , segun creo , en la plaza del Pópolo , un cuarto particular ; haré llevar á él los trages que querais decirme , y nos disfrazaremos al momento.

—¿Despues de la ejecucion ? exclamó Franz.

—Sin duda , despues , durante ó antes , como querais.

—¿Enfrente del patíbulo?

—El patíbulo forma parte de la fiesta.

—Mirad , señor conde , he reflexionado , dijo Franz : mucho os agradezco vuestras bondades , pero me contentaré con aceptar un asiento en vuestro carruage , un sitio en el palacio de Rospoli , y os dejaré libre de disponer del sitio del balcon , de la plaza del Pópolo.

—Pero os prevengo que perdereis una cosa muy curiosa , respondió el conde.

—Ya me la contareis , replicó Franz , y en vuestra boca me impresionará tanto como si la viese. Por otra parte , mas de una vez he querido asistir á una ejecucion , y nunca me he podido decidir ; y vos , Alberto?

—Yo , respondió el vizconde , he visto ejecutar á Casteins ; pero creo que estaba un poco alegrillo ese dia , pues era el de mi salida del colegio .

—Pero , respondió el conde , no es una razon que no hayais hecho una cosa en París para que no la hagais en el estrangero ; cuando se viaja es para intruirse ; cuando se cambia de lugar es para ver. Pensad qué buen papel hariais cuando os preguntasen cómo ejecutan en Roma ? y respondiéis : no sé. Y ademas , dicen que el reo es un tunante , un pícaro que ha matado á fuerza de golpes con un morrillo de chimenea á un buen conónigo que lo habia educado como si fuese su hijo. Si viajais por España , ireis á ver las corridas de toros , ¿no es verdad ? Pues bien ! suponed que vamos á ver un combate : acordaos de los antiguos romanos en el circo , de las cazas en que se mataban trescientos leones y una centena de hombres. Acordaos de aquellos ochenta mil espectadores que aplaudian , de aquellas matronas que conducian allí á sus hijas , y de aquellas vestales de manos blancas que hacian con el dedo indice una encantadora señal que queria decir :—Vamos , no haya pereza , acabad con ese hombre , que ya está moribundo

—¿Vais Alberto ? preguntó Franz.

—A fe mia , si , querido ; vacilaba como vos , pero la elocuencia del conde me decide.

—Vamos , puesto que asi lo quereis , dijo Franz , pero al dirigir-

me á la plaza del Pópolo , deseo pasar por la calle del Cours. ¿Es posible , señor conde?

—A pié , si ; en carruage , no.

—¡Pues bien! iré á pié.

—¿Es necesario que paseis por la calle del Cours?

—Si , tengo que ver una cosa.

—¡Pues bien ! pasemos por la calle del Cours , enviaremos el carruage á que nos espere en la plaza del Pópolo por la entrada del Babuino ; por otra parte , tambien yo me alegro de pasar por la calle del Cours para ver si han cumplido algunas órdenes que he dado.

—Excelencia , dijo el criado abriendo la puerta , un hombre vestido de penitente pregunta si puede hablaros.

—¡Ah! si , dijo el conde , ya sé lo que es ; señores , si quereis pasar al salon , allí encontrareis escelentes cigarros de la Habana: al instante me reuno con vosotros.

Los dos jóvenes se levantaron y salieron por una puerta , mientras que el conde , despues de haberles renovado sus excusas , salió por la otra.

Alberto , que desde que estaba en Italia , se veia privado de los cigarros del café de París , gran sacrificio en él , se acercó á la mesa y lanzó un grito de alegría al percibir verdaderos puros.

—¡Y bien! le preguntó Franz , ¿ qué pensais del conde de Montecristo?

—¿Qué pienso? dijo Alberto , visiblemente admirado de que su compañero le hiciese tal pregunta; pienso que es un hombre encantador , que hace los honores de su casa á las mil maravillas , que ha visto mucho , que ha estudiado mucho , reflexionado mucho , que es como Bruto de la escuela estóica , y sobre todo esto , añadió arrojando suavemente una bocanada de humo que subió en forma de espiral hácia el techo , que posee escelentes cigarros.

Tal era la opinion de Alberto respecto al conde ; ahora , pues , como Franz sabia que Alberto tenia la pretension de no formar una opinion de los hombres y de las cosas sino despues de muchas reflexiones , no intentó cambiar en nada la suya.

—Pero , dijo , ¿ habeis notado una cosa singular?

—¿Cuál?

—La atencion con que os miraba.

—¿A mí?

—Si , á vos.

Alberto reflexionó.

—¡Ah! dijo lanzando un suspiro , nada tiene eso de estraño. Estoy ausente de París hace un año , y debo haber tomado las costumbres provinciales. El conde me habrá tomado , pues , por un provinciano ; desengañadle , amigo mio , y decidle , os ruego , en la primera ocasion que encontreis , que no hay nada de eso.

Franz se sonrió ; un instante despues entró el conde.

—Aquí estoy , señores , á vuestra disposicion , las órdenes están dadas , el carruage irá por una parte á la plaza del Pópolo , y nosotros por la nuestra vamos , si quereis , á la calle del Cours. Tomad

algunos cigarros de estos, señor de Morcerf, añadió apoyando de una manera estraña sobre este nombre que pronunciaba por la primera vez.

—A fé mia, con mucho gusto, dijo Alberto, porque los cigarros italianos son peores aun que los de la tercena. Cuando volvais á Paris os devolveré todo esto.

—No lo rehuso, pues cuento con ir algun dia, y, puesto que lo permitis, iré á veros en vuestra casa. Vamos, señores, vamos, no tenemos tiempo que perder, son las doce y media, partamos.

Los tres bajaron la escalera. Entonces el cochero recibió las órdenes de su amo y siguió la via del Balmiero, mientras que los que iban á pie subian por la plaza de España y por la via Prattina, que los conducia entre el palacio Fiano y el palacio Rospoli. Todas las miradas de Franz se dirigieron á los balcones de este último palacio; no habia olvidado la señal convenida en el Coliseo entre el hombre de la capa y el trastiberino.

—¿Cuáles son vuestros balcones? preguntó al conde con el tono mas natural que pudo dar á su pregunta.

—Los últimos, respondió este sencillamente, pues no podia adivinar en qué sentido se le hacia aquella pregunta.

Los ojos de Franz se dirigieron rápidamente hácia los tres balcones. Los dos laterales estaban colgados de damasco amarillo, y el de enmedio de damasco blanco con una cruz roja. El hombre de la capa habia cumplido su palabra al trastiberino, y ya no le quedaba duda alguna. El hombre de la capa era el conde.

Los tres balcones estaban aun vacíos.

Ademas, por todas partes se hacian preparativos; se colocaban sillas, se levantaban tablados, se colgaban los balcones y las ventanas. Las máscaras no podian presentarse, y los carruages no podian circular hasta el sonido de la campana; pero sentianse las máscaras detras de todas las ventanas, y los carruages detras de todas las puertas.

Franz, Alberto y el conde continuaron su camino por la calle de Cours. A medida que se acercaban á la plaza del Pópolo, la turba era cada vez mas espesa, y por encima de las cabezas de aquella turba veianse elevarse dos cosas, el obelisco, finalizando con una cruz que indica el centro de la plaza, y delante del obelisco, justamente en el punto de correspondencia visual de las tres calles del Babuino, del Corso y di Ripetta, los dos terribles potros del patibulo, entre los cuales brillaba el hierro de la mandaya. En el ángulo de la calle encontraron al mayordomo del conde que esperaba á su señor. El balcon, alquilado á un precio exorbitante sin duda, pertenecia al segundo piso del gran palacio situado entre la calle del Babuino y el monte Pincio; era, como hemos dicho, una especie de gabinete de tocador que comunicaba con una alcoba; cerrando la puerta de la alcoba, los que estuviesen en el gabinete quedaban perfectamente independientes; sobre las sillas habian colocado trages de pallazo, de seda blanca y azul, de los mas elegantes

—Como me habiais dejado la eleccion de los trages, dijo el conde

á los dos amigos, os he hecho preparar estos. En primer lugar, será lo que mas se lleve este año; en segundo, es lo mas cómodo para los rostros, en atención á que no hay que darse con harina.

Franz no oyó bien las palabras del conde, y no apreció tal vez como debía aquel nuevo servicio, pues toda su atención estaba absorbida por el espectáculo que presentaba la plaza del Pópolo y por el instrumento terrible que entonces formaba el principal adorno. Aquella era la primera vez que Franz veía una guillotina, porque la mandaya romana tiene casi la misma forma que ese instrumento de muerte. La cuchilla es un semicírculo que corta por la parte convexa, cayendo de menos altura.

Dos hombres sentados en la plancha donde tienden al sentenciado, almorzaban mientras tanto y comían, según podia alcanzar la vista de Franz, pan y salchicha; uno de ellos levantó la plancha, sacó un frasco de vino, bebió un trago y pasó el frasco á su compañero; estos dos hombres eran los ayudantes del verdugo! A este solo aspecto, Franz estaba ya horrorizado.

Los reos, transportados la víspera por la noche desde las Cárcel Nuevas á la pequeña iglesia de Santa Maria del Pópolo, habian pasado la noche, asistidos cada uno de dos sacerdotes; era una capilla cerrada con una reja, delante de la cual se paseaban los centinelas de hora en hora. Dos filas de carabineros colocados á cada lado de la puerta se estendian hasta el patíbulo, alrededor del cual iban formando un círculo, dejando libre un camino de dos pies de ancho, y al rededor de la guillotina un espacio de unos cien pasos de circunferencia. Todo el resto de la plaza estaba cubierto de hombres y mugeres. Muchas de estas sostenian á sus hijos sobre sus hombros. Estos niños, que dominaban la turba, estaban admirablemente colocados.

El monte Pincio parecia un vasto anfiteatro, cuyas gradas hubiesen sido cargadas de espectadores; los balcones de las dos iglesias que formaban el ángulo de las calles del Babuino y di Ripetta estaban ya llenas de curiosos privilegiados: los escalones de los peristilos parecian una ola movible empujada hácia el pórtico por una marea incesante; cada ángulo saliente de la pared que pudiese sostener un hombre, tenia su estatua viviente. Lo que decia el conde era verdad; lo mas curioso que hay en la vida es el espectáculo de la muerte. Y sin embargo, en lugar del silencio que parecia exigir la solemnidad del espectáculo, un gran ruido reinaba en aquella turba, ruido compuesto de risas, chillidos y gritos de gozo: era evidente, como habia dicho el conde, que aquella ejecución no era otra cosa para todo el pueblo que el principio del carnaval.

De repente cesó este ruido como por encanto; la puerta de la iglesia acababa de abrirse. Una cofradía de penitentes, de la cual cada miembro vestia un saco gris con dos agujeros para los ojos únicamente, y con un cirio encendido en la mano, apareció antes que nada; delante marchaba el gefe de la cofradía. Detras de los penitentes venia un hombre de elevada estatura: este hombre estaba desnudo, escepto un calzon de lienzo, al lado izquierdo del cual

pendia un gran cuchillo oculto en su vaina ; llevaba sobre el hombro derecho una pesada maza de hierro. Este hombre era el verdugo. Llevaba además unas sandalias atadas á la pierna por cuerdas. Detrás del verdugo marchaban en el órden con que debían ser ejecutados , primero Pipino y despues Andr ea. Cada uno iba acompañado de dos sacerdotes. Ni uno ni otro iban con los ojos vendados. Pipino caminaba con paso firme : sin duda debió ser avisado de lo que le estaba preparado. Andr ea iba sostenido por un sacerdote. Ambos bebaban de cuando en cuando el crucifijo que les presentaba su confesor.

Franz sintió a este aspecto que le flaqueaban las piernas : mir  a Alberto. Estaba pálido como su camisa , y por un movimiento maquinal arrojó lejos de sí su cigarr  , sin haberlo fumado mas que hasta la mitad. El conde era el único que parecia impasible. Mas bien una ligera tinta sonrosada habia cubierto sus megillas de una palidez livida. Su nariz se dilataba como la de un animal feroz que huele la sangre ; y sus labios ligeramente abiertos , dejaban ver sus dientes blancos , pequeños y agudos como los de un chacal. Y no obstante a pesar de todo esto , su rostro tenia una espresion de dulzura risueña que Franz no le habia visto aun ; sus ojos negros , sobre todo , tenia una espresion de bondad admirable.

Sin embargo , los dos condenados continuaban andando hacia el patibulo , y a medida que avanzaban , pod ase distinguir las facciones de su rostro. Pipino era un muchacho buen mozo , de veinte y cuatro a veinte y seis años , de tez tostada por el sol , de mirada franca y salvaje. Llevaba la cabeza erguida y parecia respirar el viento para ver de qué lado vendria su libertador. Andr ea era grueso y rechoncho : su rostro de una bajeza cruel , no indicaba la edad ; sin embargo , podria tener unos treinta años. En la prision habia dejado crecer su barba. Su cabeza caia sobre uno de sus hombros y sus piernas temblaban bajo su peso ; todo su ser parecia obedecer a un movimiento maquinal en el cual su voluntad no entraba para nada.

— Me parece , dijo Franz al conde , que me habiais anunciado que no habria mas que una ejecucion .

— Os he dicho la verdad , respondió el conde con frialdad .

— Sin embargo , alli teneis dos reos .

— Si , pero de esos dos , el uno pronto va a morir , y al otro le quedan largos años de vida y perdon .

— Pues me parece que si ha de venir , no tiene tiempo que perder .

— Pues justamente alli viene ; mirad , dijo el conde .

En efecto , en el momento en que Pipino llegaba al fin de la mandaya , un penitente que parecia tardar , atraves  por entre las filas sin que los soldados opusiesen ningun obstáculo , y adelantándose hacia el gefe de la cofradia , le entregó un papel doblado en cuatro dobleces. La mirada ardiente de Pipino no habia perdido ninguno de estos detalles ; el gefe de la cofradia desdobló el papel , lo leyó y levantó la mano .

— El Señor sea bendecido y su santidad sea loado , dijo en alta e inteligente voz ; hay perdon de la vida para uno de los condenados .

—¡Perdon ! exclamó el pueblo á un solo grito: hay perdon.

A estas palabras de perdon , Andrea pareció saltar y levantar la cabeza.

—¿Perdon , para quien ? gritó.

Pipino permaneció inmóvil , mudo y atento.

—Hay perdon de la pena de muerte para Pipino , llamado Rocca-Priori , dijo el gefe de la cofradia , y pasó el papel al capitan que mandaba los carabineros , el cual despues de haberlo leido , se lo devolvió.

—¡Perdon para Pipino ! exclamó Andrea enteramente sacado del estado de entorpecimiento en que parecia estar sumergido. ¿ Por que perdon para él y no para mí ? Debiamos morir juntos , me habian prometido que moriria antes que yo , no tienen derecho para hacerme morir solo ; no quiero morir solo , no quiero.

Y se agarró á los brazos de los sacerdotes , torciéndose , abullando , rugiendo y haciendo esfuerzos insensatos para romper las cuerdas que le ligaban las manos. El verdugo hizo una señal á sus dos ayudantes que bajaron del cadalso y se apoderaron del condenado.

—¿Qué hay ? preguntó Franz al conde , pues como todo esto pasaba en lengua romana , no habia comprendido muy bien.

—¿Qué hay ? dijo el conde , ¿ no lo adivináis ? Esa criatura humana , que va á morir está furiosa porque su semejante no muere con ella , y si la dejasen la desgarraria con sus uñas y con sus dientes mas bien que dejarla gozar de la vida de que se va á ver privada. ¡ Oh ! hombres , hombres ! raza de crocodilos , como dice Kárl Moor , exclamó el conde estendiendo los dos puños hácia toda la turba , ¡ qué bien se os conoce en eso , y qué dignos sois en todo tiempo de vosotros mismos !

En efecto , Andrea y los dos ayudantes del verdugo se arrastraban por el suelo , mientras que el condenado seguia gritando : « debe morir , quiero que muera , no tienen derecho para matarme á mí , solo . »

—Mirad , mirad , continuó el conde agarrando á cada uno de los dos jóvenes por la mano , mirad , porque á fé mia es cosa curiosa ; allí teneis á un hombre que estaba resignado á su suerte , que marchaba al patíbulo , que iba á morir como un cobarde , es verdad , pero en fin iba á morir sin resistencia y sin acriminacion ; ¿ sabéis lo que le daba alguna fuerza ? ¿ sabéis lo que le consolaba ? ¿ sabéis lo que le hacia sufrir el suplicio con resignacion ? ... Que otro participaba de su angustia , que otro iba á morir como él , que otro iba á morir antes que él . Llevad dos carneros ó dos bueyes al matadero , y haced comprender á uno de ellos que su compañero no morirá ; el carnero balará de gozo , y el buey mugirá de placer ; pero el hombre , el hombre que Dios ha creado á su imágen , el hombre á quien Dios ha impuesto por primera , por única , por suprema ley , el amor al prógimo , el hombre á quien Dios ha dado una voz para espresar su pensamiento , ¿ cuál será su primer grito cuando sepa que su camarada se ha salvado ? una blasfemia . Honor al hombre , esa obra maestra de la naturaleza , ese rey de la creacion !

Y el conde empezó á reir, pero con una risa terrible que indicaba que habia debido sufrir horriblemente para conseguir reir de aquella manera.

No obstante la lucha continuaba, y era una cosa espantosa. Los dos ayudantes llevaban á Andrea al patíbulo, todo el pueblo habia tomado un partido contra él, y veinte mil voces gritaban á un tiempo: «Muera! muera!» Franz se retiró; pero el conde agarró su brazo y le detuvo delante de la ventana.

—¿Qué haceis? le dijo, ¿teneis piedad? Si oyéseis ladrar á un perro rabioso, tomariais vuestra escopeta, saldriais á la calle, matariais sin misericordia á boca de jarro al pobre animal, que al fin y al cabo no seria culpable mas que de haber sido mordido por otro perro, y devolver lo que le habian hecho; y ahora teneis piedad de un hombre á quien ningun otro hombre ha mordido, y que sin embargo ha matado á su bienhechor, y que ahora, no pudiendo ya matar á nadie, porque tiene las manos atadas, quiere á toda fuerza ver morir á su compañero de cautividad, á su camarada de infortunio? No, no, mirad, mirad.

La recomendacion era inútil; Franz estaba como fascinado por tan horrible espectáculo. Los dos ayudantes habian llevado al condenado al patíbulo; y allí, á pesar de sus esfuerzos, de sus mordeduras, de sus gritos, lo habian obligado á ponerse de rodillas; durante este tiempo, el verdugo se habia colocado á un lado con la maza levantada; entonces á una señal, los ayudantes se separaron. El condenado quiso volverse á levantar; pero antes de que hubiese tenido tiempo para ello, la maza cayó sobre su sien izquierda; oyóse un ruido sordo y seco, y el paciente cayó como un buey, con el rostro contra la tierra; despues se volvió de espaldas por el choque, entonces el verdugo dejó caer su maza, sacó el cuchillo de su cinturón, le abrió la garganta de un solo golpe, y subiendo al punto sobre su vientre, se puso á patearlo con sus pies. A cada presion un caño de sangre se lanzaba del cuello del condenado.

Entonces Franz no pudo tenerse en pie; se retiró vacilando, y fué á caer casi desmayado sobre un sillón.

Alberto con los ojos cerrados permaneció de pie, pero asido á las cortinas del balcon, sin cuyo apoyo hubiera caido seguramente.

El conde estaba en pie y triunfante como el ángel malo.

CAPITULO XXXVI

El Carnaval en Roma.

Cuando Franz volvió en sí, encontró á Alberto bebiendo un vaso de agua, juzgando por su palidez lo conveniente de aquella accion, y al conde vistiéndose ya de pallazo. Arrojó maquinalmente una mirada á la plaza; todo habia desaparecido, patíbulo, verdugos, vic-

timas; no quedaba mas que el pueblo azorado, alegre, bullicioso; la campana de Monte Citorio, que no se tocaba mas que para la muerte del papa, y la apertura de la mascarada, repicaba velozmente.

—¿Y bien? preguntó el conde, ¿qué ha pasado?

—Nada, absolutamente nada, dijo, como veis; pero el carnaval ha comenzado, vistámonos pronto.

—En efecto, respondió Franz al conde, solo resta de tan horrible escena las huellas de un sueño.

—Pues no es otra cosa que un sueño, lo que habeis tenido.

—Sí, yo, pero ¿y el condenado?

—Tambien es un sueño; pero él ha quedado dormido al paso que vos os habeis despertado; y ¿quién puede decir cuál de los dos será el privilegiado?

—Pero ¿qué ha sido de Pipino?

—Pipino es un muchacho juicioso que no tiene ningun amor propio, y que, contra la costumbre de los hombres que se enfurecen cuando no se ocupan de ellos, se ha alegrado de que, la atencion general se fijase en su compañero; por consiguiente, se ha aprovechado de esta distraccion para deslizarse por entre la turba y desaparecer, sin dar siquiera las gracias á los dignos sacerdotes que le habian acompañado. Decididamente el hombre es un animal muy ingrato y egoísta... Pero vestíos; mirad como os da el ejemplo Mr. de... Morcerf.

En efecto, Alberto se ponía maquinalmente su pantalon de tafetan encima de su pantalon negro y de sus botas charoladas.

—¿Y bien? Alberto, preguntó Franz, ¿estais dispuesto á cometer algunas locuras? Veamos, responded francamente.

—No, dijo, pero en verdad que ahora me alegro de haber visto este espectáculo y comprendo lo que decia el señor conde; que, cuando uno ha podido acostumbrarse á él, es el único que aun puede causar algunas emociones.

—Sin contar con que en ese momento se pueden hacer estudios de los caractéres, dijo el conde; en el primer escalon del patibulo, la muerte arranca la máscara que se ha llevado toda la vida y aparece el verdadero rostro. Preciso es convenir que el de Andréa no estaba muy bonito... pícaro, infame!...

—¡Vistámonos, señores, vistámonos! tengo necesidad de ver máscaras de carton para consolarme de las máscaras de carne.

Ridículo hubiera sido para Franz el aparentar aun conmocion y no seguir el ejemplo que le daban sus dos compañeros. Púsose pues, su traje y su careta, que no era seguramente mas pálida que su rostro. Concluido que hubieron de disfrazarse, bajaron la escalera. El carruage esperaba á la puerta, lleno de dulces y de ramilletes.

Difícil es formarse una idea de un cambio mas completo que el que acababa de operarse.

En lugar de aquel espectáculo de muerte, sombrío y silencioso, la plaza del Pópulo presentaba el aspecto de una orgía loca y bulliciosa. Una turba de máscaras salia por todas partes, escapándose de

las puertas, y descendiendo por los balcones, los carruages desembo-
caban por todas las calles cargados de *pierrros*, de figuras grotes-
cas, de dominós, de marqueses, de trastiberinos, de arlequines,
de caballeros, de aldeanos; todos gritando, gesticulando, lanzando
huevos llenos de harina, confites, ramilletes; atacando con pala-
bras y proyectiles á los amigos y á los estraños, á los conocidos y
desconocidos, sin que nadie tuviese derecho para enfadarse, sin
que nadie hiciese otra cosa mas que reir.

Franz y Alberto eran como esos hombres que para distraerse de
un violento pesar van á una orgía, y que, á medida que beben y se
embriagan, sienten interponerse un denso velo entre el presente y
lo pasado. Siempre veian ó mas bien conservaban el reflejo de lo
que habian visto. Pero poco á poco los iba dominando la embria-
guez general; parecióles que su razon vacilante iba á abandonarlos;
sentian una necesidad estraña de tomar parte en aquel ruido, en
aquel movimiento, en aquel vértigo. Un puñado de confites dirigi-
do á Morcerf desde un carruage próximo, y que, cubriéndole de pol-
vo, asi como á sus dos compañeros, el cuello y la parte de rostro
que no estaba cubierto por la máscara, como si le hubiesen lanzado
cien alfileres, acabó por impelerle á la lucha general en la que en-
tran todas las máscaras que encontraban. Púsose de pie á su vez en
el carruage; agarró puñados de proyectiles de los sacos, y con to-
do el vigor y la habilidad de que era capaz, envió á su vez hue-
vos y yemas de dulce á sus vecinos.

Desde entonces se trabó el combate. El recuerdo de lo que habia
visto media hora antes, se borró enteramente de la imaginacion de
los dos jóvenes; tanto habia influido en ellos aquel espectáculo mo-
vible, alegre, bullicioso, que tenian á la vista. En cuanto al conde
de Monte-Cristo, nunca habia parecido impresionado un solo ins-
tante.....

En efecto, figúrese el lector aquella grande y hermosa calle, li-
mitada á un lado y á otro de palacios de cuatro ó cinco pisos, con
todos sus balcones guarnecidos de colgaduras. En estos balcones,
trescientos mil espectadores romanos, italianos, estrangeros venidos
de las cuatro partes del mundo; reunidas todas las aristocracias de
nacimiento, de dinero, de talento, mugeres encantadoras que, su-
friendo la influencia de aquel espectáculo, se inclinan sobre los bal-
cones, y fuera de las ventanas, hacen llover sobre los carruages que
pasan una granizada de confites que se las devuelve con ramilletes;
la atmósfera espesada con los dulces que descenden y las flores que
suben; y sobre el pavimento de las calles, una turba gozosa, ince-
sante, loca, con trages variados, gigantescas coliflores que se pasean,
cabezas de búfalo que mugen sobre cuerpos de hombres, perros que
parecen andar con las patas de anteras; en medio de todo esto, una
máscara que se levanta, y en esa tentacion de San Antonio soñada
por Cattot, algun Asfarteo que ve un rostro encantador á quien
quiere seguir, y de la cual se ve separado por especies de demonios
semejantes á los que se ven en sueños, y tendrá una débil idea de
lo que es el carnaval en Roma.

A la segunda vuelta el conde hizo detener el carruage y pidió á sus compañeros permiso para separarse de ellos, dejándole á su disposicion. Franz levantó los ojos; estaban en frente del palacio Rospoli, y en el balcon de enmedio, el que estaba colgado de damasco blanco con una cruz roja, habia un dominó azul bajo el cual la imaginacion de Franz se representó sin trabajo la bella griega del teatro Argentino.

—Señores, dijo el conde saltando á tierra, cuando os canseis de ser actores y querais ser espectadores, ya sabeis que teneis un sitio en mi balcon; mientras tanto, disponed de mi carruage y de mis criados.

Hemos olvidado decir que el cochero del conde iba vestido gravemente con una piel de oso, negra del todo semejante á la del Odry, en el *Oso* y el *Pacha*, y que los dos lacayos iban en pié detrás del carruage con dos vestidos de mono verdes, perfectamente ceñidos á su cuerpo, y con caretas de resorte con las que hacian gestos á los paseantes.

Franz dió gracias al conde por su delicada oferta. En cuanto á Alberto, estaba coqueteando con un carruage lleno de aldeanas romanas detenido como el del conde por uno de esos descansos tan comunes en las filas, y tirando de una parte y de otra ramilletes. Desgraciadamente para él, la fila prosiguió su movimiento, y mientras que él descendia hácia la plaza del Pópolo, el carruage que habia llamado su atencion subia hácia el palacio de Venecia.

—¡Ah! querido, dijo á Franz, ¿no habeis visto ese carruage que va cargado de aldeanas romanas?

—No.

—Pues estoy seguro de que son mugeres encantadoras.

—¡Qué desgracia que esteis enmascarado, querido Alberto! dijo Franz; este era el momento de desquitaros de vuestras desdichas amorosas.

—¡Oh! respondió Alberto, medio risueño y medio convencido, es pero que no pasará el carnaval sin que me acontezca alguna aventura.

A pesar de esta esperanza de Alberto, todo el dia pasó sin otra aventura que el encuentro renovado dos ó tres veces del carruage de las aldeanas romanas; en uno de estos encuentros sea por casualidad, sea por cálculo de Alberto, se le cayó la careta.

Entonces, tomó el resto de ramilletes y lo arrojó al carruage de las mugeres que él juzgaba encantadoras; conmoviéronse de esta galanteria, pues á su vez, cuando volvió á pasar el carruage de los dos amigos, arrojaron un ramillete de violetas. Alberto se precipitó sobre el ramillete. Como Franz no tenia ningun motivo de creer que iba dirigido á su persona, dejó apoderarse á Alberto de él. Este lo puso victoriosamente en sus ojales, y el carruage continuó su marcha triunfante.

—¡Y bien! le dijo Franz, este es un principio de aventura.

—Ríete cuanto quieras, respondió; pero creo que si; así, pues, no me separo de este ramillete.

—Diantre, bien lo creo, respondió Franz riendo, es una señal de reconocimiento.

La broma, por otra parte, tomó un carácter de realidad, porque cuando, siempre conducidos por la fila, Franz y Alberto se cruzaron de nuevo con el carruage de las aldeanas, la que habia lanzado el ramillete comenzó á aplaudir al verle en su ojal.

—¡Bravo! querido, ¡bravo! le dijo Franz, esto se va preparando perfectamente; quereis que os deje, si preferis estar solo?

—No, dijo, no nos arriesguemos demasiado. No quiero dejarme engañar como tonto á la primera demostracion, á una cita bajo el reloj, como decimos en el baile de la ópera. Si la bella aldeana tiene gana de ir mas allá ya la encontraremos mañana, ó ella nos encontrará; entonces me dará señal de existencia, y yo veré lo que tengo que hacer.

—Es verdad, mi querido Alberto, dijo Franz, sois sábio como Nestor y prudente como Ulises, y si vuestra Circe llega á cambiarse en una bestia cualquiera, preciso será que sea muy diestra ó muy poderosa.

Alberto tenia razon: la bella desconocida habia resuelto sin duda no llevar la intriga mas lejos aquel dia, pues anuque los jóvenes dieron aun muchas vueltas, no volvieron á ver el carruage que buscaban con los ojos: habia desaparecido por una de las calles adyacentes. Entonces subieron al palacio Rospoli; pero el conde tambien habia desaparecido con el dominó azul; los dos balcones colgados de damasco amarillo seguian por otra parte, ocupados por personas que él sin duda habia convidado.

En este momento la campana que habia sonado para la apertura de la mascarada sonó para la retirada; la fila del Corso se rompió al punto, y en un instante todos los carruages desaparecieron por las calles transversales. Franz y Alberto estaban en este momento en frente de la via delle Maratte, el cochero arreó los caballos y llegando á la plaza de España, se detuvo delante de la fonda.

Maese Pastrini salió á recibir á sus huéspedes al umbral de la puerta.

El primer cuidado de Franz fué informarse del conde y espresar el sentimiento de no haberle ido á buscar á tiempo; pero Pastrini le tranquilizó, diciéndole que el conde de Monte-Cristo habia mandado un segundo carruage para él y que este carruage habia ido á buscarle á las cuatro al palacio Rospoli. Ademas estaba encargado de ofrecer á los dos amigos la llave de su palco en el teatro Argentino. Franz interrogó á Alberto acerca de sus disposiciones; pero Alberto tenia que poner en ejecucion grandes proyectos antes de pensar en ir al teatro. En su consecuencia, en lugar de responder, se informó si maese Pastrini podría procurarle un sastre.

—Un sastre, preguntó el huesped, ¿y para qué?

—Para hacernos de hoy á mañana dos vestidos de aldeanos romanos lo mas elegante que sea posible, dijo Alberto.

Maese Pastrini meneó la cabeza.

—¡Haceros de aquí á mañana dos trages! exclamó; ¿dos trages

cuando de aquí á ocho dias no encontraríais seguramente ni un sastre que consintiese coser seis botones á un chaleco, aunque le pagáseis á escudo el boton?

—Entonces, ¿es preciso renunciar á procurarnos los trages que deseo?

—No, porque tendremos esos trages hechos. Dejad que me ocupe de eso, y mañana encontrareis al despertaros una coleccion de sombreros, de chaquetas y de calzones, de los cuales quedareis satisfechos.

—¡Ah! querido, dijo Franz á Alberto, fiémonos en nuestro huésped, ya nos ha probado que era hombre de recursos; comamos pues tranquilamente, y despues de la comida vamos á ver la *Italiana en Argel*.

—Sea por la *Italiana en Argel*, dijo Alberto; pero pensad maese Pastrini, que éste caballero y yo, continuó señalando á Franz, tenemos mucho interés en poseer esos trages mañana.

El posadero afirmó por última vez á sus huéspedes que no se inquietasen por nada, y que serian servidos á su deseo, con lo cual Franz y Alberto subieron para quitarse sus trages de pallazo. Alberto, al despojarse del suyo, guardó con el mayor cuidado su ramillete de violetas; era su señal de reconocimiento para el dia siguiente. Los dos amigos se sentaron á la mesa; pero al comer, Alberto no pudo menos de advertir la diferencia notable que existia entre el cocinero de maese Pastrini, y el del conde de Monte-Cristo. La verdad obligó á Franz á confesar, á pesar de las prevenciones que debia tener contra el conde, que la ventaja no estaba de parte de maese Pastrini.

A los postres el criado del conde preguntó la hora á que deseaban los jóvenes el carruaje. Alberto y Franz se miraron, temiendo ser indiscretos. El criado los comprendió,

—Su excelencia, el conde de Monte-Cristo, les dijo, ha dado órdenes terminantes para que el carruaje permaneciese todo el dia á la disposicion de sus señorías.

Sus señorías pueden pues, disponer de él sin temor de ser indiscretos.

Los jóvenes resolvieron aprovecharse de la amabilidad del conde, y mandaron enganchar, mientras que ellos sustituian un traje de etiqueta á su traje de calle, un si es no es descompuesto por los numerosos combates á los cuales se habian entregado. Tomada esta precaucion, se dirigieron al teatro Argentino, y se instalaron en el palco del conde.

Durante el primer acto, entró en el suyo la condesa G....; su primera mirada se dirigió hácia el lado donde la vispera habia visto al singular desconocido, de suerte que apercibió á Franz y Alberto en el palco de aquel acerca del cual habia formado una opinion tan estraña.

Sus anteojos estaban dirigidos á él con una pertinacia tal, que Franz creyó que seria una crueldad tardar mas tiempo en satisfacer su curiosidad. Así pues, usando del privilegio concedido á los espectadores de los teatros italianos, que consiste en hacer de las salas

de espectáculos un salon de recibo, los dos amigos salieron de su palco para ir á presentar sus respetos á la condesa. Apenas hubieron entrado en su palco hizo una seña á Franz para que se sentase en el sitio de preferencia. Alberto se colocó detras de ella.

—¡Y bien! dijo á Franz sin darle siquiera tiempo de sentarse, no parece sino que no habeis tenido nada que os urgiera tanto como hacer conocimiento con el nuevo lord Rutwen, y segun veo ya sois los mejores amigos del mundo?

—Sin que estemos tan adelantados como decís, en una intimidad reciproca, no puedo negar, señora condesa, respondió Franz, que hayamos abusado todo el dia de su amabilidad.

—¿Cómo, todo el dia?

—A fé mia, si señora: esta mañana hemos aceptado su almuerzo; durante toda la mascarada hemos recorrido el Corso en su carruage: en fin, esta noche venimos al teatro á su palco.

—¿Le conociais?

—Si... y no

—¿Cómo?

—Es una larga historia.

—Razon de mas.

—Esperad al menos que esta historia tenga un desenlace.

—Bien. Me gustan las historias completas. Mientras tanto, decidme, ¿cómo os habeis encontrado en contacto? ¿quién os ha presentado á él?

—Nadie; él es quien se ha hecho presentar á nosotros ayer noche, despues de haberme separado de vos.

—¿Por qué intermediario?

—¡Oh! ¡Dios mio! por el muy prosáico intermediario de nuestro huesped.

—¿Vive, pues, en la fonda de Lóndres como vos?

—No solamente vive en la misma fonda, sino en el mismo piso.

—¿Cómo se llama? porque sin duda sabreis su nombre.

—Perfectamente: el conde de Monte-Cristo.

—Qué nombre es ese, no será un nombre de familia?

—No, es el nombre de una isla que ha comprado.

—¿Y es conde?

—Conde toscano.

—Sufriremos al fin ese como los demas, respondió la condesa que era de una de las mas antiguas familias de los alrededores de Venecia. Y ¿qué clase de hombre es ese?

—Preguntad al vizconde de Morcef.

—Ya lo ois, caballero, me envian á vos, dijo la condesa.

—Hiriamos muy mal si no le juzgásemos encantador, señora, respondió Alberto; un amigo de diez años no hubiese hecho por nosotros lo que él, y esto con una gracia, con una delicadeza, una amabilidad que indican verdaderamente un hombre de mundo.

—Vamos, dijo la condesa riendo; vereis como mi vampiro será sencillamente algun nuevo millonario que quiere gastar sus millones.

—¿Y á ella la habeis visto?

El Conde de Monte-Cristo.

—¿A quién? preguntó Franz sonriendo.

—A la graciosa griega de ayer.

—No, nos pareció, si haber oído el sonido de su guzla mas ella permaneció invisible.

—Es decir, que cuando decís invisible, mi querido Franz, dijo Alberto, es con el fin de hacerla mas misteriosa. ¿Quién creéis que era aquel dominó azul que estaba en el balcon colgado de damasco blanco en el palacio Rospoli?

—¡Pues qué! el conde tenia tres balcones en el palacio Rospoli!

—Si. ¿Habeis pasado por la calle del Cours.

—Sin duda. ¿Quién es el que hoy no ha pasado por la calle del Cours?

—¡Y bien! no visteis tres balcones y uno de ellos colgado de damasco blanco, con una cruz roja? Pues esos eran los tres balcones del conde.

—¿Acaso ese hombre es algun nabab? Sabeis lo que cuestan tres balcones como esos durante ocho dias de carnaval, y en el palacio Rospoli; es decir, en el mejor sitio del Corso?

—Doscientos ó trescientos escudos romanos.

—Decid mas bien dos ó tres mil.

—¡Diantre!

—¿Es acaso su isla la que produce tanto?

—Su isla no produce ni un solo bejuco.

—¿Por qué la ha comprado entonces?

—Por capricho.

—Es un hombre original.

—El caso es, dijo Alberto, que me ha parecido bastante ese éntrico. Si habitase en Paris, si frecuentase nuestros teatros, os diria, que es un pobre diablo á quien la literatura moderna ha trastornado la cabeza. En verdad me ha dado ayer dos ó tres golpes dignos de Didier ó de Antoni.

En este momento entró una visita, y segun la costumbre, Alberto cedió su lugar al recién venido; esta circunstancia, ademas de mudar de lugar, hizo cambiar tambien la conversacion. Una hora despues, los dos amigos volvieron á entrar en la fonda. Maese Pastriani estaba ya ocupado de sus disfraces para el dia siguiente y les prometió que quedarian satisfechos de su inteligente actividad.

En efecto, al dia siguiente á las nueve, entró en el cuarto de Franz acompañado de un sastre cargado con ocho ó diez clases de vestidos de aldeanos romanos. Los dos amigos escogieron dos parecidos, que casi ajustaban á su cuerpo; encargaron á su huésped que les pusiesen unas veinte cintas en cada uno de sus sombreros, y que les procurase dos de esas fajas de seda de listas transversales y colores vivos, con las cuales los hombres del pueblo en los dias de fiesta tienen la costumbre de ceñir la cintura.

Alberto estaba impaciente por ver cómo le estaria su improvisado vestido, el cual se componia de una chaqueta y unos calzones de terciopelo azul, medias con cuchillas bordadas, zapatos con evillas y un chaleco de seda. El jóven pues no podia menos de ganar con

este traje tan pintoresco, y cuando su cinturón hubo oprimido su elegante talle, cuando su sombrero, ligeramente inclinado á un lado, dejó caer sobre su hombro una infinidad de cintas, Franz se vió obligado á confesar que el traje influye mucho para la superioridad física en ciertas poblaciones.

Los turcos, tan pintorescos antes con sus trajes largos de vivos colores, ¿ no están ahora horribles con sus levitas azules abotonadas y los gorros griegos que parecen botellas de vino con tapon encarnado? Franz felicitó á Alberto, que en pie delante del espejo, se sonreía con un aire de satisfacción que nada tenía de equívoco. En este estado entró el conde de Monte-Cristo.

— Señores, les dijo, como por agradable que sea la compañía en las diversiones, la libertad lo es mas aun, vengo á anunciaros que por hoy y los días siguientes dejo á vuestra disposición el carruage de que os habeis servido ayer, Nuestro huésped ha debido decirnos que tenía tres ó cuatro en sus cuadras; no me privaís, pues, de ir en carruage; usad de él libremente, para ir á divertirnos ó á vuestros asuntos. Nuestra cita, si algo tenemos que decirnos, será en el palacio Rospoli.

Los dos jóvenes quisieron hacer algunas observaciones, pero verdaderamente no tenían ninguna razón para rehusar una oferta, que por otra parte les era agradable. Concluyeron por aceptar,

El conde de Monte-Cristo permaneció un cuarto de hora con ellos, hablando de todo con una facilidad estremada. Estaba, como ya se habrá podido notar, muy al corriente de la literatura de todos los países. Una ojeada que arrojó sobre las paredes de su cuarto había probado á Franz y á Alberto que era aficionado á los cuadros. Algunas palabras que pronunció al pasar, les probó que no le eran estrañas las ciencias, sobre todo parecia haberse ocupado particularmente de química.

Los dos amigos no tenían la pretension de volver al conde el almuerzo que él les había dado; hubiera sido una necedad ofrecerle en cambio de su excelente mesa, la comida muy mediana de maese Pastrini. Se lo dijeron francamente, y él recibió sus excusas como hombre que apreciaba su delicadeza.

Alberto estaba encantado de los modales del conde, que, sin su ciencia hubiera reconocido por un caballero. La libertad de disponer enteramente del carruage lo llenaba sobre todo de alegría; tenía ya sus miras acerca de aquellas graciosas aldeanas, y como se habían presentado la víspera en un carruage muy elegante, no le desagradaba aparecer en este punto con igualdad.

A la una y media, los dos jóvenes bajaron; el cochero y los lacayos habían imaginado poner sus libreas sobre sus pieles de animales, lo cual les formaba un cuerpo aun mas grotesco que el día anterior, y esto tambien les valió el que Franz y Alberto les alabasen por aquella invención. Alberto había colocado sentimentalmente su ramillete de violetas ajadas en su ojal.

Al primer toque de la campana partieron y se precipitaron á la calle del Cours por la via Vittoria. A la segunda vuelta un ramillete

de violetas que salió de un carruaje de pallasas, y que vino á caer al carruaje del conde, indicó á Alberto que, como él y su amigo, las paisanas de la vispera habian cambiado de trage, y que, sea por casualidad, sea por un sentimiento semejante al que le habia hecho obrar, mientras que él habia vestido elegantemente su trage, ellas, por su parte, habian vestido el suyo.

Alberto se puso el ramillete fresco en el lugar del otro, pero guardó el ajado en su mano, y cuando cruzó de nuevo el carruaje, lo llevó amorosamente á sus labios, accion que pareció divertir mucho no solamente á la que se lo habia arrojado, sino á sus locas compañeras. El dia fué no menos animado que el anterior; es probable que un profundo observador hubiese aun reconocido cierto aumento de ruido y alegría. Un instante apercibieron al conde en su balcon pero cuando el carruaje volvió á pasar, habia ya desaparecido.

Inútil es decir que el cambio de coqueteria entre Alberto y la pallasa de los ramilletes de violetas duró todo el dia. Por la noche al entrar Franz encontró una carta de la embajada; le anunciaba que tendria el honor de ser recibido al dia siguien por su Santidad. En todos los viages que antes habia hecho á Roma, habia solicitado y obtenido el mismo favor; y tanto por religion como por reconocimiento, no habia querido salir de la capital del mundo cristiano, sin rendir su respetuoso homenaje á los pies de uno de los sucesores de San Pedro que ha dado el raro ejemplo de todas las virtudes. De consiguiente, este dia no habia que pensar en el carnaval; pues, á pesar de la bondad con que rodea su grandeza, siempre es con un respeto lleno de profunda emocion, como se dispone uno á inclinarse ante ese noble y santo anciano á quien llaman Gregorio XVI.

Al salir del Vaticano, Franz volvió derecho á la fonda evitando aun el pasar por la calle del Cours. Llevaba un tesoro de piadosos pensamientos, para los cuales el contacto de los locos goces de la mascarada hubiese sido una profanacion. A las cinco y diez minutos Alberto entró. Estaba en el colmo de la alegría; la pallasa habia vuelto á ponerse su trage de aldeana, y al cruzar con el carruaje de Alberto habia levantado su máscara; era encantadora.

Franz dió á Alberto la mas sincera enhorabuena, y este la recibió como hombre que la merecia. Habia conocido, decia, en ciertas señas inimitables de elegancia, que su bella desconocida debia pertenecer á la mas alta aristocracia. Estaba decidido á escribirle al dia siguiente.

Al recibir esta confianza, Franz notó que Alberto parecia tener que pedirle alguna cosa, y que sin embargo vacilaba en dirigirle esta demanda. Insistió declarando de antemano que estaba pronto á hacer por su dicha todos los sacrificios que estuviesen en su poder. Alberto se hizo rogar todo el tiempo que exigia una política amistosa; pero al fin, confesó á Franz que le haria un gran servicio si le dejase para el dia siguiente el carruaje á él solo.

Alberto atribuia á la ausencia de su amigo la estremada bondad que habia tenido la bella aldeana de levantar su máscara. Ya se com-

prenderá que Franz no era tan egoísta que detuviese á Alberto en medio de una ventura que prometia á la vez ser tan agradable para su curiosidad, y tan lisongera para su amor propio. Conocia bastante la perfecta indiscrecion de su digno amigo para estar seguro de que le tendria al corriente de los menores detalles de su ventura y, como despues de dos ó tres años que corria la Italia en todos sentidos, jamás habia tenido ocasion de meterse en una intriga semejante por su cuenta, Franz no estaba disgustado por saber cómo pasarían las cosas en semejante caso. Prometió, pues, á Alberto que se contentaria el dia siguiente con mirar el espectáculo desde los balcones del palacio Rospoli.

En efecto, al dia siguiente vió pasar y volver á pasar á Alberto. Llevaba un enorme ramillete, á quien sin duda habia encargado fuese portador de su epistola amorosa. Esta probabilidad se cambió en certidumbre, cuando Franz vió el mismo ramillete, notable por un círculo de camelias blancas, entre las manos de una encantadora pallaza vestida de satin color de rosa. Así, pues, aquella noche no era alegría, era delirio. Alberto no dudaba de que su bella desconocida le respondiese del mismo modo. Franz salió al encuentro de sus deseos, diciéndole que todo aquel ruido le fatigaba, y que estaba decidido á emplear el dia siguiente en révisar su album y en tomar algunas notas. Por otra parte, Alberto no se habia engañado en sus previsiones: al dia siguiente por la noche Franz le vió entrar dando saltos en su cuarto, y ostentando triunfalmente en una mano un pedazo de papel que sostenia por una de sus esquinas.

—¡Y bien! dijo, me habia engañado?

—¡Ha respondido! exclamó Franz.

—Leed.

Esta palabra fué pronunciada con una entonacion imposible de pintar. Franz tomó el billete y leyó:

«El martes por la noche, á las siete, bajad de vuestro carruaje enfrente de la via Pontefici, y seguid á la aldeana romana que os arranque vuestro moccoletto. Cuando llegueis al primer escalon de la iglesia de San Giacomó, tened cuidado para que pueda reconocerlos, de atar una cinta color de rosa en el hombro de vuestro traje de pallazo.

«Hasta entonces no me volvereis á ver.

«Constancia y discrecion.»

—¡Y bien! dijo á Franz cuando este hubo terminado la lectura: ¿qué pensais de esto, mi querido amigo?

—Pienso, respondió Franz, que la cosa va tomando carácter de una aventura muy agradable.

—Esa es tambien mi opinion, dijo Alberto, y tengo miedo de que vayais solo al baile del duque de Bracciano.

Franz y Alberto habian recibido por la mañana cada uno una invitacion del célebre banquero romano.

—Cuidado, mi querido Alberto, dijo Franz, toda la aristocracia irá á casa del duque; y si vuestra bella desconocida, es verdaderamente aristocrática, no podrá dejar de ir.

—Que vaya ó no, sostengo mi opinion acerca de ella, continuó Alberto. Habeis leido el billete; ya sabeis la pobre educacion que reciben en Italia las mugeres del *Mezzo sito* (asi llaman á la clase media); pues bien, volved á leer este billete, examinad la letra, y buscadme una falta de lengua ó de ortografia. En efecto, la letra era preciosa y la ortografia purisima.

—Estais predestinado, dijo Franz á Alberto, devoliéndole por segunda vez el billete.

—Reid cuanto querais, burlaos, respondió Alberto, estoy enamorado.

—¡Oh! ¡Dios mio! me espantais, exclamó Franz, y veo que no solamente iré solo al baile del duque de Bracciano, sino que podré volver solo á Florencia.

—El caso es que si mi desconocida es tan amable como bella, os declaro que me fijo en Roma por seis semanas lo menos. Adoro á Roma, y por otra parte siempre he tenido un gusto particular por la arqueologia.

—Vamos, un encuentro ó dos como ese, y no desespero de veros miembro de la academia de las inscripciones y de las bellas-letras.

Sin duda Alberto iba á discutir sériamente sus derechos al sillón académico, pero vinieron á anunciar á los dos amigos que estaban servidos. Ahora pues, el amor en Alberto no era contrario al apetito. Se apresuró pues, asi como su amigo, á sentarse á la mesa, prometiendo proseguir la discusion despues de comer.

Mas despues de comer, anunciaron al conde de Monte-Cristo. Hacia dos dias que los jóvenes no le habian visto. Un asunto, habia dicho maese Pastrini, le llamó á Civita Vecchia. Habia partido la vispera por la noche, y se hallaba de vuelta una hora solamente. El conde estuvo amabilísimo; sea que se observase, sea que la ocasion no despertase en él las fibras acrimoniosas, que ciertas circunstancias habian ya hecho resonar dos ó tres veces en sus amargas palabras, estuvo casi como todo el mundo. Este hombre era para Franz un verdadero enigma. El conde no podia ya dudar que el joven viajero le hubiese reconocido, y sin embargo, ni una sola palabra desde su nuevo encuentro parecia indicar que se acordase de haberle visto en otro punto. Por su parte, por mucho deseo que tuviese Franz de hacer alusion á su primera entrevista, el temor de ser desagradable á un hombre que le habia colmado, tanto á él como á su amigo, de bondades, le detenia; asi, pues, siguió con la misma resolucion que él.

El conde sabia que los dos amigos habian querido tomar un palco en el teatro Argentino, y que les habian respondido que todo estaba tomado; de consiguiente les llevaba la llave del suyo; á lo menos este era el motivo aparente de su visita. Franz y Alberto pusieron algunas dificultades, alegando el temor de que él se privase de asistir; pero el conde les respondió que como iba aquella noche al teatro Vallé, su palco del teatro Argentino quedaria desocupado si ellos no lo aprovechaban.

Esta razon determinó á los dos amigos á aceptar. Franz se habia acostumbrado poco á poco á aquella palidez del conde que tanto le admiraba la primera vez que le vió. No podia menos de hacer justicia á la belleza de aquella cabeza severa, de la cual aquella palidez era el único defecto ó tal vez la principal cualidad. Verdadero héroe de Byron, Franz no podia, no diremos verle, ni aun pensar en él sin que se presentase aquel rostro sobre los hombros de Manfredo, ó bajo la toga de Lara. Tenia esa arruga en la frente que indica la incesante presencia de algun amargo pensamiento; tenia esos ojos ardientes que leen en lo mas profundo de las almas; tenia ese labio altanero y burlon que dá á las palabras que salen por él un carácter singular que hacen se graven profundamente en la memoria de los que la escuchan.

El conde no era jóven; tendria lo menos cuarenta años, y parecia haber sido formado para ejercer siempre cierto dominio sobre los jóvenes con que se reuniese. La verdad es, que, por semejanza con los héroes fantásticos del poeta inglés, el conde parecia tener el don de la fascinacion.

Alberto no cesaba de hablar de la felicidad que habian tenido él y Franz en encontrar á semejante hombre. Franz era menos entusiasta, y no obstante sufría la influencia que ejerce todo hombre superior sobre el espíritu de los que le rodean. Pensaba en aquel proyecto que habia manifestado varias veces el conde de ir á Paris, y no dudaba que con su carácter escéntrico, su rostro caracterizado y su fortuna colosal, el conde produjese gran efecto: sin embargo no deseaba hallarse en Paris cuando él fuese.

La noche pasó como pasan las noches por lo regular en el teatro de Italia, no en escuchar á los cantantes, sino en hacer visitas ó hablar. La condesa G.... queria hacer girar la conversacion acerca del conde; pero Franz la anunció que tenia que revelarla un acontecimiento muy notable; y á pesar de las demostraciones de falsa modestia á que se entregó Alberto, contó á la condesa el gran acontecimiento que, hacia tres dias formaba el objeto de la preocupacion de los dos amigos.

Como estas intrigas no son raras en Italia, á lo menos si se ha de creer á los viajeros, la condesa lo creyó y felicitó á Alberto por el principio de una aventura que prometia terminarse de una manera tan satisfactoria. Se separaron prometiéndose encontrarse en el baile del duque de Bracciano, al cual, Roma entera estaba convidada. La dama del ramillete cumplió su promesa; ni el dia siguiente ni el otro dió á Alberto señal de existencia.

Pero llegó el martes, el último y el mas ruidoso de los dias de carnaval. El martes, los teatros se abren á las diez de la mañana, porque pasadas las ocho de la noche entra la cuaresma. El martes, todos los que, por falta de tiempo, de dinero ó de entusiasmo no han tomado aun parte en las fiestas precedentes, se mezclan en la bacanal, se dejan arrastrar por la orgia, y unen su parte de ruido y de movimiento al movimiento y al ruido general. Desde las dos hasta las cinco, Franz y Alberto siguieron la fila, cambiando puñados de

dulces con los carruages de la fila opuesta y los que iban á pie que circulaban entre los caballos y las carrozas, sin que sucediese en medio de esta espantosa mezcla un solo accidente, una sola disputa, un solo reto. Los italianos son el pueblo por excelencia respecto á este punto. Las fiestas son para ellos verdaderas fiestas. El autor de esta historia, que ha vivido en Italia por espacio de cinco ó seis años, no se acuerda de haber visto nunca una solemnidad turbada por uno solo de esos acontecimientos que sirven siempre de corolario á los nuestros.

Alberto triunfaba con su traje de pallazo. Tenia sobre el hombro un lazo de cinta color de rosa, cuyas puntas le colgaban bastante, para que no le confundieran con Franz. Este habia conservado su traje de aldeano romano.

Mientras mas avanzaba el dia, mayor se hacia el tumulto; no habia en todas las calles, en todos los carruages, en todos los balcones, una sola boca que estuviese muda, un brazo que estuviese quieto, era verdaderamente una tempestad humana, compuesta de un trueno de gritos y de una granizada de grajeas, de ramilletes, de huevos, de naranjas y de flores. A las tres, el ruido de las cajas tiradas á la vez en la plaza del Pópolo, y en el palacio de Venecia, atravesando aquel horrible tumulto, anunció que iban á comenzar las carreras.

Las carreras, como los moccoli, son unos episodios particulares de los últimos dias de carnaval. Al ruido de aquellas cajas, los carruages rompieron al instante las filas y se refugiaron en la calle transversal mas cercana. Todas estas evoluciones se hacen, por otra parte, con una habilidad inconcebible y una rapidez maravillosa, y esto sin que la policia se ocupe de señalar á cada uno su puesto ó de trazar á cada uno su camino. Los que iban á pie se unieron á las paredes de los palacios; en seguida se oyó un gran ruido de caballos y de sables.

Un escuadron de carabineros de quince en fondo recorria al galope y en todo su ancho la calle de Cours, la cual barria para dejar sitio á los barberi. Cuando el escuadron llegó al palacio de Venecia, el sonido de otras cajas anunció que la calle estaba libre.

Casi al mismo tiempo, en medio de un clamor inmenso, universal, inaudito, pasaron como sombras siete ú ocho caballos escitados por los clamores de trescientas mil personas y por las bolas de hierro que les saltan sobre la espalda; despues el cañon del castillo de Santo-Angelo dió tres cañonazos para anunciar que el número tres habia ganado.

Al punto, sin otra señal que esta, los carruages se volvieron á poner en movimiento, llenando de nuevo el Corso; desembocando por todas las calles como torrentes contenidos un instante, y que se lanzan juntos hácia el rio que alimentan, y la ola inmensa volvió á proseguir mas rápida que antes su carrera entre los dos rios de granito. Pero un nuevo elemento de ruido y de movimiento se habia mezclado á esta multitud: los vendedores de moccoli acababan de entrar en la escena.

Los mocoli ó mocolletti son bugías que varían de grueso, desde el cirio pascual hasta el cabo de vela, y que despiertan en los autores de esta gran escena que termina el carnaval romano, dos preocupaciones opuestas, 1.^o la de conservar encendido su mocolletto: 2.^o la de apagar el mocolletto de los demas.

El mocolletto es como la vida: el hombre no ha encontrado sino un medio de transmitirlo, y este medio lo tiene de Dios. Pero ha descubierto mil medios para quitarlo; es verdad que para esta operación el diablo le ha ayudado un poco.

El mocolletto se enciende acercándolo á una luz cualquiera. ¿Pero quién describirá los mil medios inventados para apagar el mocolletto, los fuelles gigantescos, los apagadores mónstruos, los abanicos sobrehumanos? Cada cual se apresuró á comprar y encender mocolletti y Franz y Alberto hicieron lo que los demas.

La noche se acercaba rápidamente, y al grito de ¡*Mocolli!* repetido por las atronadoras voces de un millar de industriales, dos ó tres estrellas empezaron á brillar encima de la turba. Esta fué una señal. Al cabo de diez minutos cincuenta mil luces brillaron descendiendo del palacio de Venecia á la plaza del Pópolo, y volviendo á subir de la plaza del Pópolo al palacio de Venecia. Hubiérase dicho que aquella era una fiesta de fuegos fátuos. No se puede formar una idea de aquel aspecto á no haberlo visto.

Supóngase que todas las estrellas se destacan del cielo y vienen á mezclarse en la tierra á un baile insensato: todo acompañado de gritos nunca escuchados por el oido humano sobre el resto de la superficie del globo.

En este momento sobre todo es donde ya no hay distincion social. El facchino se une al príncipe, el príncipe al trastiberino, el trastiberino al hombre de la clase media; cada cual soplando, apagando, encendiendo. Si el viejo Eolo apareciese en este momento, seria proclamado rey de los mocoli, y Aquilon heredero de la corona.

Esta carrera loca y ardiente duró dos horas casi; la calle del Cours estaba iluminada como si fuese de dia; distinguíanse las facciones de los espectadores hasta el tercero ó cuarto piso. De cinco en cinco minutos Alberto sacaba su reloj; al fin este señaló las siete. Los dos amigos se hallaban justamente en la altura de la via Pontifici; Alberto saltó del carruage con su mocolletto en la mano.

Dos ó tres máscaras quisieron acercarse á él para apagarlo ó arrancarlo pero, á fuer de hábil luchador, Alberto las envió á rodar una tras otra á diez pasos de él continuando su camino hácia la iglesia de San Giácomo. Las gradas estaban cargadas de curiosos y de máscaras que luchaban á quién se arrancaria de las manos la antorcha. Franz seguía con los ojos á Alberto, y le vió poner el pie sobre el primer escalon: casi al punto una máscara con el traje bien conocido de la aldeana del ramillete estendiendo el brazo, y, sin que esta vez hiciese ninguna resistencia, le arrancó el mocolletto.

Franz estaba muy lejos para escuchar las palabras que cambia-

ron, pero sin duda nada tuvieron de hostil, porque vió alejarse á Alberto, y á la aldeana del brazo. Por espacio de algun tiempo los siguió con la mirada en medio de la multitud, pero en la via Macello los perdió de vista.....

De repente el sonido de la campana que da la señal de la conclusion al carnaval, resonó, y al mismo instante todos los moccolettis se apagaron como por encanto.

Hubiérase dicho que un solo é inmenso soplo de viento lo habia aniquilado todo. Franz se encontró en la oscuridad mas profunda.

Con el mismo toque de campana cesaron los gritos, como si el poderoso soplo que habia apagado las luces terminase el bullicio, no se oyó mas que el ruido de las carrozas que conducian á las máscaras á su casa; no se vió mas que las raras luces que brillaban detras de los balcones.

El carnaval habia concluido.

CAPITULO XXXVII.

Las catacumbas de San Sebastian.

En su vida tal vez habia experimentado Franz una impresion tan viva, un paso tan rápido de la alegría á la tristeza como en este momento; hubiérase dicho que Roma, bajo el soplo mágico de algun demonio de la noche, acababa de cambiarse en una vasta tumba. Por una casualidad que aumentaba aun la intensidad de las tinieblas, la luna, que estaba en su menguante, no debia salir hasta las doce de la noche: las calles que el jóven atravesaba estaban sumergidas en la mayor oscuridad. Por otra parte, el tránsito era corto; al cabo de diez minutos su carruage, ó mas bien el del conde, se detuvo delante de la fonda de Londres.

La comida estaba ya dispuesta; pero como Alberto habia avisado que no le esperasen, Franz se sentó solo á la mesa. Maese Pastrini, que acostumbraba verlos comer juntos, se informó de la causa de su ausencia; pero Franz se contentó con responder que Alberto habia recibido la antevíspera una invitacion, á la cual habia acudido. La súbita estincion de los moccolettis, aquella obscuridad que habia reemplazado á la luz, aquel silencio que habia sucedido al ruido, habian dejado en el espíritu de Franz cierta tristeza que participaba tambien de alguna inquietud. Comió, pues, silenciosamente, á pesar de la officiosa solicitud de su huesped que entró dos ó tres veces para informarse si tenia necesidad de algo.

Franz estaba resuelto á esperar á Alberto hasta bastante tarde. Pidió, pues, el carruage para las once, rogando á maese Pastrini que le avisase al instante si Alberto volvia á la fonda. A las once Al-

berto no había entrado. Franz se vistió y partió, previniendo á su huésped, que pasaba la noche en casa del duque de Bracciano.

La casa del duque de Bracciano, es una de las mejores casas de Roma: su muger una de las últimas herederas de los Colonna, hace los honores de ella de una manera perfecta; de esto resulta que las fiestas que dá tienen una celebridad europea.

Franz y Alberto habían llegado á Roma con cartas de recomendación para él; así pues, su primera pregunta fué decir á Franz qué había sido de su compañero de viage; Franz respondió que se había separado de él en el momento de apagar los moccolettis; y que lo había perdido de vista en la via Macello.

—¿Entonces no habrá vuelto? preguntó el duque.

—Le he esperado hasta esta hora, respondió Franz.

—¿Y sabéis donde iba?

—No precisamente, sin embargo, creo que se trataba de una cita.

—¡Diablo! dijo el duque, mal día es este ó mala noche para tardarse de ese modo, ¿no es verdad, señora condesa?

Estas últimas palabras se dirigian á la condesa G., que acababa de llegar y que se paseaba del brazo de Mr. Torlonia, hermano del duque.

—Creo al contrario que es una noche encantadora, respondió la condesa, y los que están aquí no se quejarán mas que de una cosa; de que pasará demasiado pronto.

—Pero, replicó el duque sonriendo, yo no hablo de las personas que estais aquí; no corren otros peligros los hombres que enamorarse de vos, y las mugeres caer enfermas de celos al veros tan hermosa: hablo de los que recorren las calles de Roma.

—¡Oh! preguntó la condesa, ¿quién recorre las calles de Roma á esta hora, á menos que no venga á este baile?

—Nuestro amigo el vizconde de Morcerf, señora condesa, de quien me separé dejándolo con su desconocida á eso de las siete de la noche, dijo Franz, y á quien no he visto despues.

—¿Cómo y ¿no sabéis donde esta?

—Ni lo sospecho.

—¿Y tiene armas?

—Iba de pallazo.

—No deberíais haberle dejado ir, dijo el duque á Franz, vos que conoceis mejor á Roma.

—¡Oh! si, lo mismo hubiera adelantado que si hubiese intentado detener el número tres de los barberi, que ha ganado hoy el precio de la carrera, respondió Franz, ademas, ¿qué queréis que le suceda?

—¿Quién sabe? la noche está sombría, y el Tiber está cerca de la via Macello.

Franz sintió circular por sus venas un estremecimiento, al ver que el duque y la condesa estaban tan acordes con sus inquietudes personales.

—Tambien he dejado dicho en la fonda que tenia el honor de pasar la noche en vuestra casa, señor duque, dijo Franz, y deben venir á anunciarme su vuelta.

—Mirad, dijo el duque, creo que allí viene uno de mis criados buscándonos.

El duque no se engañaba; al ver á Franz, el criado se acercó á él.

—Excelencia, dijo, el dueño de la fonda de Londres, os manda avisar que un hombre os espera en su casa con una carta del conde de Morcef.

—¡Con que una carta del conde! exclamó Franz.

—Si.

—¿Y quién es ese hombre?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no ha venido á traerla aquí?

—El mensajero no me ha dado ninguna explicacion.

—¿Y dónde está el mensajero?

—Partió en cuanto me vió entrar en el salon de baile para avisaros.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo la condesa á Franz, id pronto, pobre joven, tal vez le haya sucedido algun accidente.

—Corro, dijo Franz.

—¿Os volveremos á ver para saber de él? preguntó la condesa.

—Si, si la cosa no es grave; si no, no respondo lo que será de mí mismo.

—En todo caso, prudencia, dijo la condesa.

—Tranquilizaos.

Franz tomó su sombrero, y partió inmediatamente. Habia mandado venir su carruage á las dos; pero felizmente, el palacio Bracciano, que cae por un lado á la calle del Cours, y por otro á la plaza de los Santos-Apóstoles, está á diez minutos de la fonda de Londres. Al acercarse á esta, Franz vió un hombre en pie en medio de la calle; no dudó un solo instante de que era el mensajero de Alberto. Este hombre estaba envuelto en una gran capa. Se dirigió á él; pero con gran asombro de Franz, este hombre fué quien le dirigió primero la palabra.

—¿Qué me quereis, excelencia? dijo dando un paso hácia atrás como un hombre que desea permanecer siempre á la mira.

—¿No sois vos, preguntó Franz, quien me trae una carta del conde de Morcef?

—¿Es vuestra excelencia quien vive en la fonda de Pastrini?

—Si.

—¿Es vuestra excelencia el compañero de viage del conde?

—Si.

—¿Cómo se llama vuestra excelencia?

—El baron Franz de Epiney.

—Está bien: á vuestra excelencia es á quien está dirigida esta carta.

—¿Hay respuesta? preguntó Franz tomándole la carta de las manos.

—Si, al menos vuestro amigo la espera.

- Subid á mi cuarto, allí os la daré.
 —Quiero mejor esperar aquí, dijo riendo el mensajero.
 —¿Por qué?
 —Vuestra excelencia lo comprenderá cuando haya leído la carta.
 —¿Entonces os encontraré aquí?
 —Sin duda alguna.

Franz entró, en la escalera encontró á maese Pastrini.

—¡Y bien! ¿qué? respondió Franz.

—¿Habeis visto al hombre que deseaba hablaros de parte de vuestro amigo? preguntó á Franz.

—Sí, le he visto, respondió este, y me ha entregado esta carta. Haced que pongan una luz en mi cuarto.

El posadero dió esta orden á un criado. El jóven habia encontrado á maese Pastrini muy asustado, y esto habia aumentado su gana de leer la carta. Acercóse á la bugía, asi que estuvo encendida, y desdobló el papel. La carta estaba escrita de la mano de Alberto, y firmada por él. Franz la volvió á leer dos veces, tan lejos estaba de esperar lo que encerraba.

Hé aqui su contenido.

—Querido amigo, al punto que recibais la presente, tened la bondad de tomar de mi cartera, que hallareis en el cajon cuadrado de la gabetta, la letra de crédito, unidla á la vuestra sino es suficiente. Corred á casa de Torlonia, tomad inmediatamente cuatro mil piastras y entregadlas al portador. Es urgente que esta suma me sea dirigida sin tardanza. No insisto mas, cuento con vos, como vos podeis contar conmigo.

P. D. Y *beliere nou to italian bandetti.*

Vuestro amigo.

«ALBERTO DE MORCEF.»

Debajo de estos renglones estaban escritas con una letra estraña estas palabras italianas:

Se alle sei della mattina, le quattro mile piastre non sono nelle mie mani, alle sete il conte Alberto avrà cessato di vivere (1)

LUIGI VAMPA.

Esta segunda firma lo esplicó todo á Franz, que comprendió la repugnancia del mensajero en subir á su cuarto; la calle le parecia mas segura. Alberto habia caido entre las manos del famoso gefe de bandidos cuya existencia tanto trabajo habia tenido en creer.

No habia tiempo que perder. Corrió á la gaveta, la abrió, en el dicho cajon encontró la cartera, y en ella la letra de crédito; era de seis mil piastras; pero de estas seis mil piastras Alberto habia ya gastado tres mil. En cuánto á Franz no tenia ninguna letra de crédito; como vivia en Florencia, y habia venido á Roma para pasar en

(1) Si á las seis de la mañana las cuatro mil piastras no están en mis manos, á las siete el conde Alberto habrá cesado de existir.

ella siete ú ocho dias solamente, habia tomado unos cien luises, y de estos cien luises le quedaban cincuenta todo lo mas. Necesitaba, pues, siete ú ochocientas piastras para que entre los dos pudiesen reunir la suma pedida. Es verdad que Franz podia contar en un caso semejante con la bondad del señor Torlonia. Así pues, se dispo- nia á volver al palacio Bracciano sin perder un instante, cuando de repente una idea le pasó por la imaginacion.

Pensó en el conde de Monte-Cristo. Franz iba á dar la órden de que avisasen á maese Pastrini, cuando este en persona se presentó en la puerta.

—Querido señor Pastrini, le dijo vivamente, ¿creeis que el conde esté en su cuarto?

—Si, excelencia, acaba de entrar.

—¿Habrá tenido tiempo de acostarse?

—Lo dudo.

—Entonces, llamad á su puerta, y pedidle por mi permiso para presentarme en su habitacion.

Maese Pastrini, se apresuró á seguir las instrucciones que le da- ban, cinco minutos despues estaba de vuelta.

—El conde espera á vuestra excelencia, dijo.

Franz atravesó el corredor, un criado le introdujo en casa del conde. Estaba en un pequeño gabinete que Franz no habia visto aun, y que estaba rodeado de divanes. El conde le salió al en- cuentro.

—¡Oh! á que debo el honor de esta visita á semejante hora? dijo; ¿vendriais á cenar conmigo? Seriais muy amable.

—No, vengo á hablaros de un asunto grave.

—¡De un asunto! dijo el conde mirando á Franz con esa mirada profunda que le era habitual; y ¿de qué asunto?

—¿Estamos solos?

El conde se dirigió á la puerta y volvió.

—Perfectamente solos.

Franz le presentó la carta de Alberto.

—Leed, le dijo.

—¡Ah! ¡ah! exclamó.

—¿Habeis leído la posdata?

—Si, ya la veo.

«*Se alle sei della mattina le quattro mile piastre non sono nelle mie mani, il conti Alberto avra cessato di vivere.*»

«LUIGI VAMPA.»

—¿Qué decis de esto? preguntó Franz.

—¿Teneis la suma que os piden?

—Si, menos ochocientas piastras.

El conde se dirigió á su gaveta, la abrió, y tocando un resorte apareció un cajon lleno de oro,

—Espero, dijo á Franz, que no me hareis la injuria de dirigiros á otro que á mí?

—Bien veis, dijo Franz, que á vos me he dirigido primero que á nadie.

—Y os doy gracias: tomad.

—E hizo señas á Franz de que tomase del cajon cuanto necesitase.

—¿Es necesario enviar esta suma á Luigi Vampa? preguntó el joven mirando á su vez fijamente al conde.

—¡Diantre! juzgad vos mismo, la posdata es terminante.

—Me parece que si os tomáseis el trabajo de buscar, hallaríais algun medio que simplificase mucho el negocio, dijo Franz.

—¿Y cuál? preguntó el conde asombrado.

—Por ejemplo, si fuésemos á ver á Luigi Vampa juntos, estoy seguro que no os rehusaria la libertad de Alberto.

—¿Ami? ¿Y qué influencia quereis que tenga yo sobre ese bandido?

—¿No acabais de hacerle uno de esos servicios que jamás se olvidan?

—¿Y cuál?

—¿No acabais de salvar la vida á Pipino?

—¡Ah! ¡ah! dijo el conde, ¿quién os ha dicho eso?

—¿Qué os importa? yo lo sé.

El conde permaneció un momento mudo y con las cejas fruncidas.

—¿Y si yo fuese á ver á Vampa, me acompañaríais?

—Si mi compañía no os fuese desagradable.

—Pues bien, el tiempo es hermoso, un paseo por el campo de Roma no puede menos de aprovecharnos.

—¿Llevamos armas?

—¿Para qué?

—¿Dinero?

—Es inútil. ¿Dónde está el hombre que ha traído este billete?

—En la calle.

—¿Espera respuesta?

—Sí.

—Es preciso saber donde hemos de ir; voy á llamarle.

—Inútil, no ha querido subir.

—A vuestro cuarto, tal vez, pero al mio no pondrá ninguna dificultad.

El conde se asomó á la ventana del gabinete que daba á la calle; y silbó de cierta manera. El hombre de la capa se separó de la pared

y se plantó en medio de la calle.

—¡Salite! dijo el conde con el mismo tono que si hubiera dado alguna orden á su criado. El mensajero obedeció sin tardanza, sin vacilar, mas bien con prisa, y subiendo la escalera, entró en la fonda;

cinco segundos despues estaba á la puerta del gabinete.

—¡Ah! eres tú; Pipino, dijo el conde.

Pero Pipino en lugar de responder, se arrojó de rodillas, asió la mano al conde, y la aplicó á los labios repetidas veces.

—¡Ah! ¡ah! dijo el conde, aun no has olvidado que te he salvado la vida! eso es estraño, y sin embargo ya hace ocho dias.

—No excelencia, y nunca lo olvidaré, respondió Pipino con el acento de un profundo reconocimiento.

—¡Nunca! eso es mucho, pero en fin, bueno es que así lo creas. Levántate y responde.

Pipino arrojó sobre Franz una mirada inquieta.

—¡Oh! puedes hablar delante de su excelencia, dijo, es uno de mis amigos. ¿Permitis que os de este título? dijo en francés el conde, volviéndose hácia Franz, es necesario para escitar la confianza de este hombre.

Podeis hablar delante de mí, exclamó Franz soy un amigo del conde.

—Enhorabuena, dijo Pipino volviéndose hácia el conde, interrógueme vuestra excelencia que yo responderé.

—¿Cómo ha caido el conde Alberto entre las manos de Luigi?

—Excelencia, el carruage del francés se ha encontrado muchas veces con aquel en que iba Teresa.

—¿La querida del gefe?

—Sí. El francés la empezó á hacer cocos. Teresa se divertia en responderle; el francés le arrojó ramilletes, ella le devolvió todo esto, pero con consentimiento del gefe que estaba en el carruage, se entiendo.

—¿Cómo! exclamó Franz, Luigi Vampa estaba en el mismo carruage de las aldeanas romanas?

—Era el que le conducia disfrazado de cochero, respondió Pipino.

—¿Despues? preguntó el conde.

—¡Despues! el francés se quitó la máscara; Teresa, siempre con consentimiento del gefe, hizo otro tanto; el francés pidió una cita; Teresa concedió la cita pedida; pero en lugar de Teresa fué Beppo quien estuvo en las gradas de San Giacomo.

—¿Cómo! interrumpió Franz, aquella aldeana que le arrancó el mocoletto?....

—Era un muchacho de quince años, respondió Pipino, pero no es vergonzoso para vuestro amigo el haber caido en el lazo, pues Beppo ha atrapado á otros muchos.

—¿Y Beppo le condujo fuera de los muros? dijo el conde.

—Justamente; un carruage esperaba al extremo de la via Macello; Beppo se dirigió á él invitando al francés á que subiera tambien; este no se lo hizo repetir. Ofreció galantemente la mano derecha á Beppo y se colocó detras de él, Beppo le anunció que iba á conducirle á una poblacion que estaba á una legua de Roma. El francés dijo que estaba pronto á seguirle al cabo del mundo. Al punto el cochero subió la calle di Ripetta, llegó á la puerta de San Paolo, y á doscientos pasos en el campo, como el francés se iba haciendo demasiado atrevido, Beppo le presentó un par de pistolas al cuello; al punto el cochero detuvo á los caballos, se volvió sobre su asiento, é hizo otro tanto. Al mismo tiempo cuatro de los nuestros que estaban ocultos en las orillas del Almo se lanzaron á las portezuelas. El francés tenia ganas de defenderse, y aun estranguló un poquillo á Beppo, segun he oido decir, pero no podia hacer nada contra cinco

hombres armados, no tuvo, pues, mas remedio que rendirse; le hicieron bajar del carruage, siguieron la orilla del pequeño rio, y lo condujeron ante Teresa y Luigi que lo esperaban en las catacumbas de San Sebastian.

—¡Y bien! dijo el conde volviéndose hácia Franz, me parece bastante divertida esa historia; ¿qué decís de esto vos que lo entendéis?

—Lo mismo que vós creería si hubiese acontecido á otro que á ese pobre Alberto.

—El caso es que si no hubiese yo estado aquí ya costaria un poco cara á vuestro amigo la broma; pero tranquilizaos; merece que se haga todo por él, aunque no fuese mas que por el susto que habrá pasado.

—Pero iremos á buscarlo, ¿eh? preguntó Franz.

—Tanto mas cuanto que está en un sitio muy pintoresco; ¿conocéis las catacumbas de San Sebastian?

—No, nunca he descendido á ellas; pero contaba con ir un dia.

—¡Y bien! he aquí la ocasion, y difícil seria encontrar otra mejor. ¿Teneis vuestro carruage?

—No.

—No le hace, acostumbro á que me tengan siempre uno enganchado noche y dia.

—¿Enganchado?

—Sí, soy muy caprichoso: algunas veces, al levantarme cuando acabo de comer, en medio de la noche, me dan ganas de partir para un punto cualquiera del mundo, y parto.

El conde llamó; su camarero se presentó.

—Que saquen el carruage de la cuadra, dijo, y sacad las pistolas que están en las bolsas, es inútil despertar al cochero. ¡Allí lo conducirá!

Al cabo de un instante se oyó el ruido del carruage que se detenía delante de la puerta. El conde sacó su reloj.

—Las doce y media, dijo; podriamos partir á las cinco y llegáramos á tiempo; pero tal vez esta tardanza hubiera hecho pasar á vuestro compañero una mala noche; mas vale ir corriendo á sacarle de las manos de esos infieles. ¿Estais decidido á acompañarme?

—Mas que nunca.

—Pues bien, venid.

Franz y el conde salieron seguidos de Pipino. A la puerta encontraron el carruage. Allí estaba en el pescante; Franz reconoció al esclavo mudo de la gruta de Monte-Cristo. Franz y el conde subieron al carruage, que era un coupé; Pipino se colocó cerca de allí, y partieron al galope. Allí habia recibido de antemano sus órdenes; porque tomó la calle del Cours, atravesó el campo Vaccino, subió la strada San-Gregorio y llegó á la puerta de San Sebastian; allí quiso poner algunas dificultades el guarda, pero el conde de Monte-Cristo presentó una autorizacion del gobernador de Roma para entrar en la ciudad y salir de ella á toda hora del dia y de la noche; abriose pues la puerta, el guarda recibió un luis por el trabajo y el carruage pasó.

El camino que seguía era el antiguo camino Appienne, sembrado á un lado y á otro de tumbas, de cuando en cuando, á la luz de la luna que comenzaba á salir, vió Franz destacarse de una ruina una especie de centinela; pero al punto, á una señal cambiada por Pipino y este centinela, entraba en la sombra y desaparecía. Un poco antes del circo de Caracalla el carruage se paró, Pipino abrió la portezuela, y el conde y Franz bajaron.

—Dentro de diez minutos, dijo el conde á su compañero habremos llegado.

Llamó á Pipino aparte, le dió una orden en voz baja, y Pipino partió, despues de haberse provisto de una antorcha que sacó del cofre del coupé. Cinco minutos pasaron aun, durante los cuales Franz vió internarse al pastor por un pequeño sendero enmedio de las desigualdades del terreno que forman el suelo de la llanura de Roma, y desaparecer entre esas altas yerbas rojizas que se asemejan á la erizada crin de algun leon gigantesco.

—Ahora, dijo el conde, sigámosle.

Franz y el conde se internaron á su vez por el mismo sendero que, al cabo de cinco pasos, los condujo por una pendiente inclinada al fondo de un pequeño valle. Pronto apercibieron dos hombres hablando en la sombra.

—¿Debemos continuar avanzando? preguntó Franz al conde, ¿ó se debe esperar?

—Marchemos; Pipino debe haber avisado al centinela nuestra llegada.

En efecto, uno de estos hombres era Pipino, el otro era un bandido colocado allí de vigía. Franz y el conde se acercaron; el bandido saludó.

—Excelencia, dijo Pipino dirigiéndose al conde, si quereis seguirme, la abertura de las catacumbas está á dos pasos de aquí.

—Está bien, dijo el conde; marcha delante.

En efecto, detrás de una infinidad de maleza y enmedio de algunas rocas, se veía una abertura por la que apenas podría pasar un hombre.

Pipino se deslizó el primero por aquella hendidura; pero apenas hubo dado algunos pasos, el subterráneo se ensanchó. Entonces se detuvo, encendió su antorcha, y se volvió para ver si era seguido.

El conde se habia introducido en una especie de espiral, y Franz venia detras de él. El terreno formaba una pendiente dulce, y se ensanchaba mientras mas se avanzaba, pero sin embargo, Franz y el conde se veian aun obligados á caminar inclinados, y apenas habrían podido pasar dos de frente. Anduvieron de este modo unos cincuenta pasos, y en seguida se detuvieron por el grito de *¡quien vive?* Al mismo tiempo vieron enmedio de la oscuridad brillar sobre el cañon de una carabina el reflejo de su propia antorcha.

—¡Amigo! dijo Pipino; y se adelantó solo, pronunció algunas palabras en voz baja á este segundo centinela que, como el primero, saludó haciendo seña á los visitantes nocturnos de que podian conti-

uar su camino. Detrás del centinela habia una escalera de unos veinte escalones; Franz y el conde descendieron por ella y se encontraron en una especie de patio mortuorio. Cinco caminos se estendian como los rayos de una estrella, y las paredes estaban ahuecadas de muchos sobre puestos, que tenian la forma de atahudillos. Lo cual indicaba que se habia al fin llegado á las catacumbas. En una de estas cavidades se veian algunos reflejos de luz. El conde puso la mano sobre el hombro de Franz.

—¿Quereis ver un campamento de bandidos descansando? le dijo.

—Seguramenté, respondió Franz.

—¡Pues bien! venid conmigo.... Pipino, apaga la antorcha.

Pipino obedeció, y Franz y el conde se encontraron en la oscuridad mas profunda; solamente, á cincuenta pasos delante de ellos, continuaban vagando en las paredes algunos resplandores rojizos mas visibles desde que Pipino apagó la antorcha. Avanzaron silenciosamente; el conde guiaba á Franz como si hubiese tenido la singular facultad de ver en las tinieblas. Por otra parte, Franz tambien distinguia mas fácilmente su camino á medida que se acercaba á aquellos reflejos que le servian de guia.

Tres arcos, de los cuales el de enmedio servia de puerta, les daban paso. Estos arcos comunicaban por un lado al corredor donde estaban el conde y Franz, y por el otro á una gran pieza cuadrada rodeada de nichos semejantes á aquellos de que ya hemos hablado. En medio de esta pieza se elevaban cuatro pedestales que antes habian servido de altar, como lo indicaba la cruz que sobre ellos estaba aun. Una sola lámpara colocada sobre la cornisa de una columna iluminaba con una luz pálida y vacilante la estraña escena que se ofrecia á los ojos de los dos visitantes ocultos en la sombra.

Un hombre estaba sentado con el codo apoyado sobre esta columna, y leia volviendo la espalda á los arcos, por la abertura de los cuales le miraban los recién llegados. Era el gefe de la banda, Luigi Vampa. Al rededor de él agrupados segun su capricho, entrueltos en su capa ó acostados sobre un banco de piedra que rodeaba todo el Columbarium, se distinguian unos veinte bandidos; cada uno con su carabina al lado. En el fondo, silencioso, apenas visible, y semejante á una sombra, un centinela se paseaba delante de una especie de abertura que solo se distinguia porque las tinieblas parecian espesar mas hácia este punto.

Quando el conde creyó que Franz habia gozado suficientemente sus miradas en este pintoresco cuadro, llevó el dedo á sus labios para recomendar silencio, y subiendo los tres escalones que conducian desde el corredor al Columbarium, entró en el cuarto por el arco de enmedio, y se adelantó hácia Vampa, que estando profundamente sumergido en su lectura no oyó el ruido de sus pasos.

—¿Quién vive? exclamó el centinela menos preocupado, y que vió el resplandor de la lámpara una especie de sombra que iba aumentando detras del gefe. A este grito, Vampa se levantó, sacando una pistola de su cinturón. Y en un instante todos los bandidos estuvie-

ron de pie y veinte cañones de carabina se dirigieron al conde.

—¿Qué es eso? dijo este con voz perfectamente tranquila y sin que su rostro denotase la menor alteracion, mi querido Vampa, me parece que son demasiados preparativos para recibir á un amigo!

—¡Rindan las armas! gritó el gefe haciendo con una mano una señal imperativa, mientras que con la otra quitaba respetuosamente su sombrero. Volviéndose en seguida hácia el singular personage que dominaba esta escena.

—Perdonad, señor conde, le dijo, pero estaba tan lejos de esperar vuestra visita, que no os habia reconocido.

—Parece que teneis poca memoria en todo, Vampa, dijo el conde, y que no solamente olvidais el rostro de las personas, sino las condiciones estipuladas con ellas.

—¿Y qué condiciones he olvidado, señor conde? preguntó el bandido, como un hombre que conoce haber cometido un error, y está pronto á repararlo.

—¿No se ha convenido, dijo el conde, que no solamente mi persona, sino la de mis amigos os serian sagradas?

—¿Y en qué he faltado al tratado, excelencia?

—Habeis robado esta noche y transportado aquí al vizconde Alberto de Morcef; y bien; continuó el conde con un acento que hizo estremecer á Franz, ese jóven es uno de *mis amigos*, ese jóven vive en la misma casa que yo, ese jóven ha paseado el Corso durante ocho dias en mi propio carruage, y no obstante, os lo repito, le habeis robado, le habeis transportado aquí, y, añadió el conde sacando la carta de su bolsillo, le habeis fijado rescate como si fuera un cualquiera.

—¿Por qué no me habeis avisado vosotros todo eso? dijo el gefe volviéndose hácia sus hombres que retrocedieron ante su mirada, ¿por qué me habeis espuesto á que falte á mi palabra respecto á un hombre como el señor conde, que tiene nuestra vida entre sus manos? ¡Por la sangre de Cristo! Si creyese que uno de vosotros hubiese sabido que el jóven era amigo de su excelencia, le saltaria la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—¡Y bien! dijo el conde volviéndose hácia Franz, bien os habia dicho que seria algun error.

—¿No estais solo? preguntó Vampa con inquietud.

—Estoy con la persona á quien iba dirigida esta carta, y á quien he querido probar que Luigi Vampa es un hombre de palabra. Venid, excelencia, dijo á Franz, aqui teneis á Luigi Vampa que va á deciros por sí mismo que está desesperado por el error que acaba de cometer.

Franz se acercó; el gefe dió algunos pasos al encuentro de él.

—Bien venido seais, entre nosotros, excelencia, le dijo, ya habeis oido lo que acabo de decir al conde, y lo que le he respondido; añadiré que no querria por las cuatro mil piastras en que he fijado el rescate de vuestro amigo, que hubiese sucedido semejante cosa.

—Pero, dijo Franz, mirando á su alrededor con inquietud, ¿donde está el prisionero, pues aquí no le veo?

—¿Espero que nada le habrá sucedido? preguntó el conde frunciendo las cejas.

—El prisionero está allí, dijo Vampa, mostrando con la mano la abertura, ante la cual se paseaba el bandido, y yo mismo voy á anunciarle que está libre.

El gefe se adelantó hácia el lugar designado por él y que servia de prision á Alberto: Franz y el conde le siguieron.

—¿Qué hace el prisionero? preguntó Vampa al centinela.

—A fé mia, capitan, que nada sé; hace una hora que no le oigo moverse.

—Venid, excelencias, dijo Vampa.

El conde y Franz subieron siete ú ocho escalones precedidos siempre por el gefe que descorrió un cerrojo y empujó una puerta. Entonces, al resplandor de una lámpara semejante á la que iluminaba el Columbarium, pudieron ver á Alberto envuelto en una capa que le habia prestado uno de los bandidos, acostado en un rincon y durmiendo con el sueño mas profundo.

—Vamos, dijo el conde sonriendo con esa sonrisa que le era particular, no se porta mal un hombre que debia ser fusilado á las siete.

Vampa miraba á Alberto con cierta admiracion; veíase que no era insensible á aquella prueba de valor.

—Teneis razon, señor conde, dijo, ese hombre debe ser de vuestros amigos.

Acercándose á Alberto y tocándole en el hombro:

—¿Excelencia, dijo, quereis despertaros?

Alberto estendió los brazos, se frotó los párpados y abrió los ojos.

—¡Ah! ¡ah! ¿sois vos, capitan? ¡Diantre! debiérais haberme dejado dormir: tenia un sueño encantador; soñaba que bailaba la galop en casa de Forloni con la condesa G.... Sacó su reloj que habia guardado para juzgar por sí mismo del tiempo pasado.

—La una y media de la mañana, ¿para qué diablos me despertais á esta hora?

—Para deciros que estais libre, excelencia.

—Querido, prosiguió Alberto con una libertad de espíritu perfecta, conservad en vuestra memoria para lo sucesivo esta máxima de Napoleon-el-Grande: «No me despertéis sino para darme una mala noticia.» Si me hubiéseis dejado dormir, acabaria mi galop, y os hubiera quedado reconocido por toda mi vida.... ¿Han pagado mi rescate?

—No, excelencia.

—Pues entonces, ¿cómo estoy libre?

—Cierta persona, á quien nada puedo rehusar, ha venido á reclamaros.

—¿Hasta aquí?

—Hasta aquí.

—¡Diantre! esa persona es muy amable.

Alberto miró á su alrededor y apercibió á Franz.

—¡Cómo! le dijo, ¿sois vos, mi querido Franz, quien llevais el afecto hasta tal punto?

—No soy yo, respondió Franz, sino nuestro vecino el conde de Monte-Cristo.

—¡Ah! ¡diantre! señor conde, dijo alegremente Alberto arreglando su corbata y sus puños, sois un hombre en extremo amable, os quedaré sumamente reconocido, primero por el carruaje, segundo por esto; y presentó la mano al conde, quien se estremeció al dársela, pero se la dió sin embargo.

El bandido miraba toda esta escena con aire estupefacto; estaba acostumbrado á ver temblar á sus prisioneros en su presencia, y ahora tenia uno cuyo buen humor no habia sufrido la menor alteracion; en cuanto á Franz, estaba encantado de que Alberto hubiese sostenido, aun en frente de un bandido, el honor nacional.

—Querido Alberto, le dijo, si quereis daros prisa, aun tendremos tiempo de ir á concluir de pasar la noche en casa de Forloni. Proseguireis vuestra galop donde la habeis interrumpido, de suerte que no guardareis ningun rencor al señor Luigi que se ha conducido en este punto como un caballero.

—¡Ah! es verdad, á las dos podremos estar allí; señor Luigi, continuó Alberto, ¿hay que cumplir aun alguna formalidad para despedirse de vuestra excelencia?

—Ninguna, caballero, respondió Luigi, y estais libre como el aire.

—En ese caso, buena y alegre vida. Venid, señores, venid.

Y Alberto seguido de Franz y del conde, descendió la escalera y atravesó la gran sala cuadrada. Todos los bandidos estaban en pie con el sombrero en la mano.

—Pipino, dijo el gefe, dadme la antorcha.

—¡Y bien! ¿qué haceis? preguntó el conde.

—Os acompaño, dijo el capitan; este es el menor homenaje que puedo prestar á vuestra excelencia.

Y tomando la antorcha encendida de las manos del pastor, marchó delante de sus huéspedes, no como un criado que acompaña á su amo, sino como un rey que precede á los embajadores. Llegado que hubo á la puerta se inclinó.

—Y ahora, señor conde, dijo, os renuevo mi disculpa y espero que no me guardareis resentimiento por lo que acaba de suceder.

—No, mi querido Vampa, dijo el conde; por otra parte reparais vuestros errores de una manera tangalante, que casi está uno tentado de felicitarlos por haberlos cometido.

—Señores, dijo el gefe volviéndose hácia los jóvenes, tal vez la oferta no os parecerá muy delicada, pero si alguna vez quisierais hacerme una segunda visita, siempre sereis bien venidos.

Franz y Alberto saludaron. El conde salió primero, Alberto despues, Franz quedó el último.

—¿Tiene algo que mandarme vuestra excelencia? dijo Vampa sonriendo.

—Si, lo confieso, respondió Franz, teugo curiosidad de saber qué obra era la que leiais con tanta atencion cuando llegamos.

—Los comentarios de César, dijo el bandido, es mi libro predilecto.

—¡Y bien! ¿no venís? preguntó Alberto.

—Si tal, respondió Franz, aquí estoy.

Y salió á su vez del espiral. Dieron algunos pasos por la llanura.

—¡ Ah ! perdonad , dijo Alberto volviendo ; ¿ me permitís capitán ?

Y encendió un cigarro en la teca de Vampa.

—Ahora , señor conde , la mayor prontitud posible , tengo que ir por fuerza á concluir la noche á casa del duque de Bracciano.

Hallaron el carruaje donde le habian dejado. El conde pronunció una palabra árabe á Ali y los caballos partieron al galope tendido. Las dos en punto eran cuando los dos amigos entraron en el salon de baile. Su vuelta causó mucho ruido, pero como entraban juntos, todas las inquietudes que habian podido concebir acerca de Alberto cesaron al punto.

—Señora, dijo el conde de Morcef adelantándose hácia la condesa, ayer tuvisteis la bondad de prometerme una galop, vengo un poco tarde á reclamar esa graciosa promesa; pero aquí teneis á mi amigo cuya serenidad conocéis y que os afirmará que no ha sido culpa mía.

Y como en este momento la música daba la señal de wals, Alberto pasó su brazo al rededor de la cintura de la condesa, y desapareció con ella en el torbellino de parejas.

Durante este tiempo, Franz pensaba en el singular estremecimiento que habia circulado por todo el cuerpo del conde de Monte-Cristo en el momento en que se habia visto obligado en cierto modo á dar la mano á Alberto.

CAPITULO XXXVIII.

La cita.

I.

El dia siguiente al levantarse, las primeras palabras de Alberto fueron proponer á Franz ir á visitar al conde. Ya le habia dado las gracias la víspera, pero pensó que un servicio como aquel valia la pena de que se las dieran de nuevo. Franz, á quien una atraccion mezclada de terror llevaba hácia el conde de Monte-Cristo, no quiso dejarle ir solo al cuarto de aquel hombre, y lo acompañó. Ambos fueron introducidos; cinco minutos despues se presentó el conde.

—Señor conde, le dijo Alberto dirigiéndose á él, permitidme que os repita hoy lo que ayer dije mal; y es que no olvidaré jamás en qué

circunstancia me habeis socorrido, y que siempre me acordaré de que os he debido la vida ó poco menos.

—Querido vecino, respondió el conde riendo, exagerais vuestras obligaciones respecto á mí; me debeis un ahorro de veinte mil francos en vuestra cartera de viage, y nada mas. Bien veis que esto no merece la pena de volver á hablar de ello. Por vuestra parte, añadió, recibid mi enhorabuena; habeis estado con valor y sangre fria admirables.

—¿Qué quereis, conde? dijo Alberto, me he figurado que habia tenido una disputa, y un duelo, y he querido hacer comprender á esos bandidos una cosa, que en todas partes del mundo se baten, pero que solo los franceses se baten riendo. No obstante, como mi obligacion respecto á vos no es menos grande, vengo á preguntaros si yo, mis amigos, ó mis conocimientos, os podrian ser útiles en algo. Mi padre, el conde de Morcef, que es de origen español, ocupa una elevada posicion en Francia y en España; vengo, pues, á ofrecerme á vuestras órdenes y por mí á las personas que me aman.

—Pues bien, dijo el conde, os confieso, señor de Morcef, que esperaba vuestra oferta y que la acepto de todo corazon. Ya habia yo contado con vos para pedir os un gran servicio.

—¿Cuál?

—Nunca he estado en Paris, no le conozco.

—¿Cómo! exclamó Alberto, ¿habeis podido vivir sin ver á Paris? eso es increíble.

—Pues ya lo veis. Pero pienso como vos que es imposible pasar ya sin ver la capital del mundo inteligente. Mas es; tal vez hubiera hecho ese viage indispensable tiempo ha si hubiese conocido á alguno que pudiese introducirme en ese mundo, en que no tengo relaciones.

—¡Oh! ¡un hombre como vos! exclamó Alberto.

—Eso es mucho favor. Pero como yo no me conozco á mí mismo otro mérito que el de poder competir, en cuanto á millones, con vuestros mas ricos banqueros, y no voy á Paris para jugar á la Bolsa, esta pequeña circunstancia me ha detenido. Ahora me decide vuestra oferta. Veamos; ¿os comprometéis, mi querido señor de Morcef (y el conde acompañó estas palabras de una sonrisa singular), os comprometéis cuando vaya á Francia á abrirme las puertas de ese mundo, al que seré tan extraño como un huron ó un cochinchino?

—¡Oh! en cuanto á eso, señor conde, con muchísimo gusto, respondió Alberto; y tanto mas, cuanto que me llaman á Paris por una carta que he recibido esta misma mañana (querido Franz, no os burleis de mí), y en la que se trata de una alianza con una casa muy buena, y que tiene las mejores relaciones en el mundo parisiense.

—¿Alianza por casamiento? dijo Franz riendo.

—¡Oh! Dios mio, si. Asi pues, cuando volvais á Paris, me hallareis hecho un hombre de juicio y un padre de familia. Esto vendrá bien á mi gravedad natural, ¿no es verdad? En todo caso, conde os lo repito, yo y los míos estamos á vuestra disposicion.

—Acepto, dijo el conde, porque os juro que solo me faltaba esta ocasion para realizar ciertos proyectos que planteo hace mucho tiempo.

Franz no dudó de que estos proyectos fuesen aquellos sobre que el conde dejó escapar una palabra en la gruta de Monte-Cristo, y le miró mientras decia estas palabras, para procurar ver en su fisonomía alguna revelacion de los proyectos que le conducian á París pero era muy dificil penetrar en el alma de aquel hombre, sobre todo cuando la velaba con una sonrisa.

—Pero veamos, conde, prosiguió Alberto encantado de tener que dirigir á un hombre como Monte-Cristo, ¿no es este uno de esos proyectos que edificado sobre la arena, son destruidos por el primer soplo de viento?

—No, palabra de honor, dijo el conde, quiero ir á París, es preciso que vaya.

—¿Y cuándo?

—¿Cuándo estareis vos allí?

—¡Yo! dentro de quince dias ó de tres semanas á lo mas; lo que tarde en volver.

—¡Pues bien! dijo el conde, os doy tres meses, bien veis que es bastante.

—¡Y dentro de tres meses, exclamó Alberto lleno de gozo, ireis á llamar á mi puerta!

—¿Quereis mejor una cita dia por dia, hora por hora? dijo el conde. Os prevengo que soy muy exacto.

—Dia por dia, hora por hora, perfectamente, dijo Alberto.

—¡Pues bien! sea.

Y estendió la mano hácia un calendario colgado junto á un espejo.

—Hoy estamos, dijo, á 21 de febrero; sacó su reloj; son las diez y media de la mañana. ¿Quereis esperarme el 21 de mayo próximo á las diez y media de la mañana?

—¡Si, si! exclamó Alberto, el almuerzo estará preparado.

—¿Dónde vivis?

—Calle de Helder, núm. 27.

—¿Vivis en vuestra casa solo? no tendré que incomodar?

—Vivo en el palacio de mi padre, pero en un pabellon en el fondo del patio, enteramente separado.

—Bien.

El conde sacó su cartera y escribió: « calle de Helder, núm. 27, 21 de mayo, á las diez y media de la mañana. »

—Y ahora, dijo el conde guardando su cartera en el bolsillo, tranquilizaos, la aguja de vuestro reloj no será mas exacta que la del mio.

—¿Os volveré á ver antes de mi partida? preguntó Alberto.

—Segun ¿ cuándo partis?

—Mañana, á las cinco de la tarde.

—En ese caso, me despido de vos. Porque tengo que irme á Nápoles, y no estaré de vuelta hasta el sábado por la noche ó el domingo por la mañana.

—¿Y vos, preguntó el conde á Franz ; partís tambien señor baron?

—Si.

—¿ Para Francia?

—No , para Venecia. Me quedo todavia un año ó dos en Italia.

—¿ Con que nos veremos en Paris?

—Temo no tener ese honor.

—Vamos , señores , buen viage , dijo el conde á los dos amigos presentándoles una mano á cada uno.

Era la primera vez que Franz tocaba la mano de aquel hombre , se estremeció , porque estaba helada como la de un cadáver.

—Por última vez , dijo Alberto , queda dicho ; bajo palabra de honor , ¿ no es verdad ? Calle de Helder , núm. 27 , el 21 de mayo , á las diez y media de la mañana?

—El 21 de mayo , á las diez y media de la mañana , calle de Helder , núm. 27 , respondió el conde.

Despues de lo cual los dos jóvenes lo saludaron y salieron.

II.

—¿Qué teneis? , dijo al entrar en su cuarto Alberto á Franz ; pareis disgustado?

—Si , dijo Franz , os lo confieso , el conde es un hombre singular y me estremece esa cita que os ha dado en Paris.

—¿ Esa cita... os estremece ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ estais loco , mi querido Franz ! exclamó Alberto.

—¿ Qué quereis ! dijo Franz , loco ó no , eso es lo que pienso.

—Escuchad , dijo Alberto , y me alegro que se presente ocasion de deciroslo ; siempre os encuentro muy frio , respecto al conde , quien por su parte no puede haber estado mas fino y espresivo para con nosotros. ¿ Teneis algun motivo particular de resentimiento contra él?

—Tal vez.

—¿ Le habiais visto ya en alguna parte antes de encontrarlo aqui?

—Justamente.

—¿ Dónde?

—¿ Me prometeis no decir á nadie palabra de lo que voy á contaros?

—Os lo prometo.

—Está bien. Escuchad , pues.

Y entonces Franz contó á Alberto su escursion á la isla de Monte-Cristo , cómo habia encontrado allí una tripulacion de contrabandistas , y en medio de ellos dos bandidos corsos. Contó la hospitalidad mágica que el conde le dió en su gruta de las *mil y una noches*; la cena , el hatchis , las estatuas , la realidad y el sueño , y como al despertar ya no quedaba , como prueba de todos aquellos acontecimientos , mas que aquel pequeño yatch bogando en el horizonte para Porto Vecchio. Luego habló de Roma , de la noche del Coliseo de la conversacion que habia oido entre él y Vampa , conversacion relativa á Pipino , y en la cual el conde habia prometido obtener el

perdon del bandido, lo que cumplió como han visto nuestros lectores.

Al fin llegó á la aventura de la noche precedente, al apuro en que se habia encontrado al ver que para completar la suma, le faltaban seis ú ochocientas piastras; en fin, á la idea de dirigirse al conde, y que tuvo á la vez un resultado tan pintoresco y tan satisfactorio,

Alberto escuchaba á Franz con todos sus cinco sentidos.

—¡Y bien! le dijo cuando hubo concluido ¿qué encontráis en eso de extraño? el conde es viagero, y tiene un buque suyo porque es rico. Id á Portsmouth y á Southampton, vereis los puertos llenos de yatches pertenecientes á ricos ingleses que tienen el mismo capricho. Para saber donde fijar sus escursiones, para no conocer esa espantosa cocina que nos envenena, á mi hace cuatro meses, á vos hace cuatro años, para no dormir en esas abominables camas donde no puede uno cerrar los ojos, hace amueblar una habitacion en Monte Cristo; pero temiendo que el gobierno toscano le espulse y sus gastos sean perdidos, entonces compra la isla y toma el nombre de ella. Querido, buscad en vuestra memoria, ¿cuántas personas conocidas nuestras toman el nombre de propiedades que jamás han tenido?

—Pero, dijo Franz á Alberto, ¿esos bandidos corsos que se hallaban entre su tripulacion?.....

—¿Y qué hay en eso de extraño? Sabeis mejor que nadie, que los bandidos corsos no son ladrones, sinó pura y sencillamente fugitivos á quienes alguna *vendetta*, ha desterrado de su ciudad ó de su aldea: bien puede uno verlos sin comprometerse. En cuanto á mí, declaro que si alguna vez voy á Córcega, antes de hacerme presentar al gobernador y al prefecto, me hago presentar á los bandidos de Colomba, por lo que pueda suceder; me gustan mucho.

—Pero Vampa y su partida, dijo Franz, son bandidos que detienen para robar, no lo negareis, ¿eh? ¿Qué direis de la influencia del conde sobre semejantes hombres?

—Diré, querido, que como, segun toda probabilidad, debo la vida á esa influencia, no debo juzgarla con rigidez. Así pues, en lugar de calificarla como vos, de un crimen capital, deberé escusarla, si no por haberme salvado la vida, lo cual es exagerar mucho las cosas, á lo menos por haberme ahorrado cuatro mil piastras que son veinte y cuatro mil libras de nuestra moneda, suma en la que seguramente no me hubieran estimado en Francia, lo cual prueba, añadió Alberto, que nadie es profeta en su país.

—¡Pues bien! justamente, decidme, ¿de qué país es el conde? ¿cuáles son sus medios de existencia? ¿de dónde le ha venido esa inmensa fortuna? ¿cuál ha sido esa primera parte de su vida misteriosa y desconocida? ¿quién ha esparcido en la segunda esa tinta sombría y misantrópica? eso es lo que yo quisiera saber.

—Querido Franz, dijo Alberto, cuando al recibir mi carta, visteis que teniamos necesidad de la influencia del conde, fuisteis á decirle: «Alberto de Morcef, mi amigo corre un gran peligro, ayudadme á sacarlo de él.» ¿no es verdad?

—Si.

—Entonces os preguntó: ¿quién es ese Alberto de Morcef? ¿de dónde le viene ese nombre, su fortuna? ¿cuáles son sus medios de existencia? ¿cuáles su país? ¿dónde ha nacido? os preguntó todo eso? decid.

—No, lo confieso.

—Fué y me libró de las manos de Vampa, donde á pesar de mi apariencia llena de desenvoltura, como decís, hacia una triste figura, es cierto; ¡pues bien! querido, cuando en cambio de semejante servicio, me pide haga por él lo que se hace todos los dias por el primer príncipe ruso ó italiano que pasa por París, es decir, presentarlo en el mundo, ¿quereis que se lo rehuse? ¡Vamos, Franz, estais loco!

Preciso es decir que contra su costumbre, la razon estaba de parte de Alberto.

—En fin, dijo Franz dando un suspiro, haced lo que querais, querido vizconde, porque todo cuantome estais diciendo es muy convincente, pero no por eso dejo de creer que el conde de Monte-Cristo es un hombre extraño.

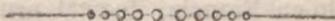
—El conde de Monte-Cristo es un filántropo; no os ha dicho para qué venia á París, ¡pues bien! viene para concurrir al premio de Montyon, y si solo necesita mi voto para obtenerlo, se lo daré. Conque, mi querido Franz, no hablemos de esto, sentémonos á la mesa, y vamos á hacer la última visita á San Pedro.

Todo sucedió como habia dicho Alberto, y el dia siguiente á las cinco de la tarde los dos jóvenes se separaban; Alberto de Morcef para volver á París, Franz de Epiney para ir á pasar unos quince dias á Venecia.

Pero antes de subir al carruage, Alberto entregó al mozo de la fonda, tanto temia que su convidado faltase á la cita, una targeta para el conde de Monte-Cristo, en la cual bajo estas palabras: «*Vizconde Alberto de Morcef,*» habia escrito con lápiz:

21 DE MAYO A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA MAÑANA,

N.º 27, CALLE DE HELDER.



CAPITULO XXXIX.

Los convidados.

En la casa de la calle del Helder donde Alberto de Morcef habia citado en Roma al conde de Monte-Cristo, todo se preparaba para hacer honor á la palabra del jóven.

Alberto de Morcef ocupaba un pabellon situado en el ángulo de un gran patio y hacia frente á otro edificio; dos ventanas caian á la calle, las otras tres al patio y otras dos al jardin.

Entre el patio y el jardin se elevaba, construida con el mal gusto de la arquitectura imperial, la habitacion vasta y cómoda del conde y la condesa de Morcef.

Rodeaba toda la propiedad una gran pared con pilastras y en ellas jarrones de flores, interrumpida en su centro por una grande reja dorada que servia para las entradas que requerian aparato; una puerta pequeña casi pegada al cuarto del portero daba paso á los sirvientes ó á los que entraban y salian á pie.

Adivinábase en esta eleccion del pabellon destinado á la habitacion de Alberto la delicada prevencion de una madre que sin querer separarse de su hijo, habia comprendido al mismo tiempo que un jóven de la edad del vizconde necesitaba de toda su libertad. Conociase tambien por otro lado, debemos decirlo, el inteligente egoismo del jóven, amante de la vida libre y ociosa, de los hijos de familia.

Por las ventanas que daban á la calle, podia hacer sus reconocimientos. Las vistas al exterior son tan necesarias á los jóvenes, que quieren siempre ver al mundo atravesar por su horizonte, aunque este horizonte no sea mas que la calle; hecho un reconocimiento, si merecia exámen mas profundo, para entregarse á sus pesquisas, podia salir por una puertecita que hacia frente á la que hemos mencionado, junto al cuarto del portero, y que merece una descripcion particular.

Era una puertecita al parecer olvidada de todo el mundo desde que se hizo la casa y que cualquiera supondria condenada para siempre, ¡tan sucia y cubierta de polvo estaba!; pero cuya cerradura y y goznes cuidadosamente untados de aceite anunciaban una práctica misteriosa y continua. Esta puertecita hemos dicho que hacia pareja á otras dos y se burlaba del portero, abriéndose como la famosa puerta de la caverna de las *Mil y una noches*, como el Sesamo encantado de Ali-Baba, por medio de algunas palabras cabalísticas ó de algunos golpecitos convenidos, pronunciadas por una dulce voz ó dados por los dedos mas lindos del mundo.

Al extremo de un corredor largo y pacifico con el cual comunicaba esta puerta, y que servia de antesala, estaban á la derecha el comedor de Alberto que caia al patio, y á la izquierda su saloncito que

daba al jardín. Plantas de enredaderas que nacian delante de la ventana, ocultaban al patio y al jardín el interior de estas dos piezas, únicas en el piso bajo donde pudiesen penetrar las miradas indiscretas.

En el principal, en lugar de estas dos piezas, eran tres: un salón, una alcoba y un gabinete.

El salón del bajo era una especie de diván argelino destinado á los fumadores.

El gabinete del principal estaba al lado de la alcoba, y por una puerta invisible comunicaba con la esalera. Bien se vé que estaban tomadas todas las medidas de precaucion.

Encima de este piso principal habia un vasto taller que agrandaba echando abajo los tabiques, pandemonium que el artista disputaba al dandy. Allí se refugiaban y confundian todos los caprichos sucesivos de Alberto; los cuernos de caza, las flautas, los violines, una orquesta completa, pues Alberto habia tenido por un instante, no el gusto, sino el capricho de la música; los caballetes, las paletas, los pasteles, porque al capricho de la música habia seguido el de la pintura: en fin, los floretes, los guantes del pugilato, las espadas y los bastones de todos géneros, porque siguiendo las tradiciones de los jóvenes á la moda de la época á que hemos llegado, Alberto de Morcef, cultivaba con una perseverancia infinitamente superior á la que habia tenido con la pintura y la música, las tres artes, que completan la educacion *leonina*: la esgrima, el pugilato y el palo, y recibia sucesivamente en esta pieza destinada á todos los ejercicios del cuerpo á Grisier, Coolas y Carlos Lecour.

El resto de los muebles de esta pieza privilegiada, eran antiguos cofres y mesas del tiempo de Francisco I, chineros llenos de porcelana, de vasos del Japon, jarrones de Lucca y de la Robbia, y platos de Bernard y de Palissy: antiguos sillones donde tal vez se habrian sentado Enrique IV, Luis XIII ó Richelieu, porque dos de ellos con un escudo esculpido, donde brillaban sobre el azul las tres flores de lis de Francia, encima de las cuales habia una corona real, por fuerza habian salido de los guarda-muebles del Louvre, ó de algun palacio real. Sobre estos sillones de fondos sombríos y severos, estaban esparcidas en profusion ricas telas de vivos colores, teñidas al sol de la Persia, ó hechas por las mugeres de Calcuta y de Chandernagor. Lo que hacian allí estas telas, no se sabe; esperaban sin duda recreando la vista, un destino desconocido á su propietario, y mientras tanto iluminaban la habitacion con sus sedosos y dorados reflejos.

En el lugar preferente se elevaba un piano, construido por Roller y Blanchet, de madera de rosa, que contenia una orquesta en su estrecha y sonora cavidad, y que gemia bajo de las obras de Beethoven, de Wever, de Mozart, Haydn, Gretry y Porpora.

Ademas en la pared, en el techo, en las puertas, habia colgados puñales, espadas, lanzas, corazas, hachas, armaduras completas, damasquinas, pájaros disecados abriendo para un vuelo inmóvil sus alas color de fuego y su pico que jamás cierran.

Faltaba decir que esta pieza era la predilecta de Alberto de Morcef.

Sin embargo, el día de la cita, el jóven, vestido de media toilette, habia establecido su cuartel en el saloncito del piso bajo. Allí, sobre una mesa rodeada de todos los tabacos buenos conocidos desde el de Petersburgo hasta el negro de Sináí. Al lado de estos, en cajas de maderas odoríferas, estaban arreglados por órden de tamaños y de calidad los puros, los de regalía, los habanos y los manileños: en fin, en un armario abierto, una coleccion de pipas alemanas, con boquillas de ambar, adornadas de coral, é incrustadas de oro, con largos tubos de tafíete arrollados como serpientes, esperaban el capricho ó la simpatía de los fumadores. Alberto habia presidido el arreglo ó mas bien el desórden simétrico que gustan tanto de contemplar despues del café los convidados de un almuerzo moderno, al traves del vapor que se escapa de su boca, y que sube hasta el techo en largas y caprichosas espirales.

A las diez menos cuarto entró un criado.

Venia con un pequeño groon de quince años, que no hablaba mas que inglés. y que respondia al nombre de Juan.

El criado que se llamaba German, y que gozaba de la entera confianza de su jóven amo, llevaba en la mano un lio de periódicos que depositó sobre la mesa y un paquete de cartas que entregó á Alberto.

Alberto echó una mirada distraida sobre estos diferentes objetos, tomó dos cartas de papel satinado y perfumado, las abrió y leyó con cierta atencion.

—¿Cómo han venido estas cartas? preguntó.

—La una por el correo, la otra la ha traído el criado de Mme. Danglars.

—Decid á Mme. Danglars que acepto el lugar que me ofrece en su palco.... Esperad.... á eso de medio dia, pasareis á casa de Rosa; la direis que iré, como me ha invitado, á cenar con ella al salir de la ópera, y la llevareis seis botellas de vinos de Chipre, de Jerez, de Málaga, y un barril de ostras de Ostende.... tomadlas de casa de Borrel, y sobre todo decid que son para mí.

—¿A qué hora quereis ser servido?

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

—Pues bien, servidnos para las diez y media en punto. Debray tendrá que ir á su ministerio.... Y por otra parte.... Alberto miró á su cartera. Si, esa es la hora que indiqué al conde el 21 de mayo, á las diez y media de la mañana, y aunque no cuente con su promesa, quiero ser exacto. A propósito; ¿sabeis si se ha levantado la señora condesa?

—Si quiere el señor vizconde me informaré.

—Si, si, le pedireis una de sus cajas de licores; la mía está incompleta; y le direis que tendré el honor de pasar á su cuarto á eso de las tres, y que le pido permiso para presentarle una persona.

El criado salió. Alberto se echó en un divan, desgarró la faja de dos ó tres periódicos, mirólos teatros, hizo un gesto al ver que representaban una ópera y no un baile; buscó en vano en los anuncios de perfumería cierta agua para los dientes, de que le habían hablado, y tiró uno tras otros los periódicos, murmurando en medio de un profundo bostezo:

—En verdad estos periódicos están cada vez mas insípidos.

En este momento un carruage ligero se detuvo delante de la puerta, y un instante despues el criado entró para anunciar á Mr. Luciano Debray.

Un jóven alto, rubio, de ojos grises y mirada fija, de labios delgados y pálidos, con un frac azul con botones de oro, corbata blanca, lente de concha, suspendido al cuello por una cinta de seda negra, y que por un esfuerzo del músculo superciliar lanzaba miradas profundas y fijas, entró sin sonreír, sin hablar, y con un aire medio oficial.

—Buenos días, Luciano, dijo Alberto. ¡Ah! ¡me asombra vuestra exactitud! ¿Qué digo? ¡exactitud! Yo que os esperaba el último, y llegais á las diez menos cinco minutos, cuando la cita era á las diez y media! ¡esto es milagroso! ¡ha caído el ministerio?

—No, querido, dijo el jóven incrustándose en el divan, tranquilizados, vacilamos siempre, pero nunca caemos, y empiezo á creer que pasamos buenamente á la inamovilidad, sin contar con que los asuntos de la Península nos van á consolidar del todo.

—¡Ah! si, es verdad, arrojais de España á don Carlos.

—No, querido, no nos confundamos, le traemos del otro lado de la frontera de Francia, y le ofrecemos una hospitalidad real en Bourges.

—¿En Bourges?

—¡Si, no tendrá por qué quejarse, qué demonio! Bourges es la capital de Carlos VII. ¿Cómo es que no sabiais esto? Todo el mundo lo sabe desde ayer en Paris; y antes de ayer la cosa marchaba bien en la bolsa, porque Mr. Danglars (no sé como sabe ese hombre las noticias al mismo tiempo que nosotros), porque Mr. Danglars jugó á la alza y ha ganado un millon.

—Y vos una nueva cinta, segun parece.

—¡Psch! me han enviado la placa de Carlos III, respondió sencillamente Debray.

—Vamos, no os hagais del indiferente, y confesad que la noticia os habrá agradado.

—Si, á fé mia, una placa siempre hace bien sobre un frac negro abotonado, es elegante.

—Y, dijo Morcef sonriendo, se tiene el aire de un principe de Galles ó de un duque de Reihstadt.

—Por eso me veis tan de mañana, querido.

—¿Porque teneis la placa de Carlos III y queriais anunciarme esta buena noticia?

—No, porque he pasado la noche trabajando veinte y cinco despachos diplomáticos. De vuelta á mi casa quise dormir, pero me

dió un fuerte dolor de cabeza y me levanté para montar una hora á caballo. En Boulogne me avisaron de tal modo el hambre y el fastidio, que me acordé que hoy dáis un almuerzo, y aquí me teneis: tengo hambre, dadme de comer, me fastidio, distraedme.

—Ese es mi deber de anfitrión, querido amigo, dijo Alberto llamando al criado, mientras que Luciano hacia saltar los periódicos con el extremo de su bastón de puño de oro incrustado de turquesas; German, Jerez y bizcochos. Mientras tanto querido Luciano, aquí teneis cigarros de contrabando; os invito á que los probeis, y también podreis decir á vuestro ministro que nos venda como estos en lugar de esas especies de hojas de nogal que condena á fumar á los buenos ciudadanos.

—¡Diablo! yo me guardaria muy bien de hacerlo. Desde el momento en que os viniesen del gobierno os parecerian detestables. Por otra parte, eso no corresponde al Interior, sino á la Hacienda; dirigios á Mr. Human, en la seccion de las contribuciones indirectas, corredor A. n.º 26.

CAPITULO XL.

El Almuerzo.

—En verdad dijo Alberto, me asombráis con la estension de vuestros conocimientos. ¡Pero tomad un cigarro!

—¡Ah! querido conde, dijo Luciano encendiendo uno habano en una bugía de rosa ardiendo en un candelero sobre dorado, y recostándose en el diván, ¡ah querido conde, que feliz sois en no tener nada que hacer? en verdad no conoceis vuestra felicidad.

—¡Y qué harías, mi querido pacificador de reinos, repuso Morcef con una ligera ironía, si no hicieseis nada? ¡Cómo! secretario particular de un ministro, lanzado á la vez en el mundo europeo y en las intrigas de París; teniendo reyes, y mucho mejor aun, reinas que proteger, partidos que reunir, elecciones que dirigir; haciendo mas desde vuestro gabinete, con vuestra pluma y vuestro telégrafo, que Napoleon hacia en sus campos de batalla con su espada y sus victorias, poseyendo veinte y cinco mil libras de renta, un caballo por el que Chateau Renaud os ha ofrecido cuatrocientos luisas: un sastre que no os falta en un pantalon, teniendo asiento en la ópera, Jockey Club y el teatro de Variedades no hallais en todo esto con qué distraeros? Pues bien, yo os distraeré.

—¿Cómo?

—Haciéndoos con un conocimiento nuevo.

—¿De hombre ó de muger?

—De hombre.

—¡Ya conozco demasiados!

—¡Pero no conoceis al hombre de que os hablo!

El Conde de Monte-Cristo.

—¿De dónde viene? ¿del cabo del mundo?

—De mas lejos tal vez.

—¡Diabló! espero que no se lleve nuestro almuerzo.

—No, tranquilizaos; nuestro almuerzo está seguro. ¿Pero teneis hambre?

—Si, lo confieso por humillante que sea el decirlo. Pero ayer he comido en casa de Mr. de Villefort; ¿y lo habeis notado? se come bastante mal en casa de todas esas personas del estado de jueces: cualquiera diria que tienen remordimientos.

—¡Ah! ¡diantre! despreciad las comidas de los demás; en cambio se come bien en casa de vuestros ministros.

—Si, pero no convidamos á ciertas personas al menos; y si no nos viésemos obligados á hacer los honores de nuestra mesa á algunos infelices que piensan y sobre todo que votan bien; nos guardaríamos como de la peste de comer en nuestra casa; debeis creerlo.

—Entonces, querido, tomad otro vaso de Jerez y otro bizcocho.

—De buena gana, vuestro vino de España es escelente; bien veis que hemos hecho bien en pacificar este país.

—¿Si, perodon Cárlos?

—Don Cárlos beberá vino de Burdeos, y dentro de diez años casaremos á su hijo con la reinécita.

—Lo cual os valdrá el Toison de Oro, si aun estais en el ministerio.

—Creo, Alberto, que habeis adoptado por sistema esta mañana alimentarme de humo.

—Y eso es lo que divierte el estómago, convenid en ello, pero justamente oigo la voz de Beauchamp en la antesala, disputareis con él, y eso hará que no os impacientéis.

—¿Sobre qué?

—Sobre los periódicos.

—¿Qué acaso leo yo los periódicos? dijo Luciano con un desprecio soberano.

—Razon de mas; disputareis mejor.

—¡Monsieur Beauchamp! anunció el criado.

—¡Entrad! entrad, pluma terrible! dijo Alberto saliendo al encuentro del jóven, mirad, aqui teneis á Debray que os detesta sin leerlos, segun él dice á lo menos.

—Tiene razon, dijo Beauchamp, le mismo que yo, que le critico sin saber lo que hace. Buenos dias comendador.

—¡Ah! lo sabeis ya, dijo el secretario particular cambiando con el periodista un apretón de mano y una sonrisa.

—¡Diantre! replicó Beauchamp.

—¿Y qué se dice en el mundo?

—¿En qué mundo? Tenemos muchos mundos en el año de gracia de 1858.

—En el mundo crítico-político de que formais parte.

—¡Oh! se dice que es una cosa muy justa y que sembráis bastante rojo para que nazca un poco de azul.

—Vamos, vamos, no va mal, dijo Luciano; ¿porqué no sois de los

nuestros, querido Beauchamp? con el talento que teneis hariais, fortuna en tres ó cuatro años.

—Solo una cosa espero para seguir vuestro consejo. Un ministerio que esté asegurado por seis meses. Ahora, una sola palabra, mi querido Alberto, porque es preciso que deje respirar á ese pobre Luciano. ¿Almorzamos ó comemos? Tengo que hacer. No es todo ro-sas, como decís, en nuestro oficio.

—Se almorzará, ya no esperamos mas que dos personas y nos sentaremos á la mesa en cuanto hayan llegado, dijo Alberto.

—¿Y qué clase de personas esperais? dijo Beauchamp.

—Un hidalgo y un diplomático, repuso Alberto.

—Pues entonces esperaremos dos horas cortas al hidalgo y dos horas largas al diplomático. Volveré á los postres. Guardadme fre-sas, café y cigarros, comeré una tortilla en la cámara.

—No hagais tal Beauchamp, pues aunque el hidalgo fuese un Montmorency y el diplomático un Metternich, almorzaremos á las on-ce en punto; mientras tanto haced lo que Debray; probad mi Jerez y mis bizcochos.

—Bueno, me quedo, en algo hemos de invertir la mañana.

—Bien, lo mismo que Debray. Sin embargo, yo creo que cuando el ministerio está triste la oposicion debe estar alegre.

—¡Ah! no sabeis lo que me amenaza. Esta mañana oiré un discurs-o de Mr. Danglars en la Cámara de los diputados, y esta noche en casa de su muger una tragedia de un par de Francia. Llévase el dia-blo al gobierno constitucional; y puesto que podiamos elegir, no sé como hemos elegido este.

—Comprendo; teneis necesidad de hacer provision de ale-gria.

—No habéis mal de los discursos de Mr. Danglars, dijo Debray, vota por vos, y hace la oposicion.

—¡Ah! está el mal, así pues espero que le enviéis á discurrir al Luxemburgo para reirme de mejor gana.

—Querido, dijo Alberto á Beauchamp, bien se conoce que los asuntos de España se han arreglado, estais hoy con un humor insu-frible. Acordaos de que la Crónica parisiense habla de un casamien-to entre la señorita Eugenia Danglars y yo. No puedo, pues, en con-ciencia dejaros hablar mal de la elocuencia de un hombre que debe-rá decirme un dia: Señor vizconde, ¿sabeis que doy dos mil *leones* á mi hija?

—Vamos, dijo Beauchamp, ese casamiento no se efectuará. El rey ha podido hacerle conde, podrá hacerle par, pero no lo hará caballe-ro, y el conde de Morcef es una espada demasiado aristocrática para consentir, mediante dos pobres millones, en una baja alian-za. El vizeconde de Morcef no debe casarse sino con una mar-quesa.

—¡Dos millones!..... no deja de ser bonito, repuso Mor-cef.

—Es el capital social de un teatro de boulevard ó de un camino de hierro del Jardin de las Plantas en la Rapeé.

—Dejadle hablar, Morcef, repuso Debray, y casaos. Es lo mejor que podeis hacer.

—Si, si, creo que teneis razon, Luciano, respondió tristemente Alberto.

—Y ademas, todo millonario es noble como un bastardo, es decir, puede serlo.

—¡Silencio! no digais eso, Debray, replicó Beauchamp riendo, porque aquí teneis á Chateau-Renaud que, para curaros de vuestra mania, os introducirá por el cuerpo la espada de Renaud de Montauban, su antepasado.

—Haria mal, respondió Luciano, porque yo soy villano, y muy villano.

—¡Bueno! exclamó Beauchamp, aquí tenemos al ministerio cantando el Beranger, ¿dónde vamos á parar?

—¡Mr. de Chateau-Renaud! ¡Mr. Maximiliano Morrel! dijo el criado anunciando á dos nuevos convidados.

—Ya estamos todos, mas si no me engaño, ¿no esperaban mas que dos personas.

—¡Morrel! murmuró Alberto sorprendido; ¡Morrel! ¿quién será ese señor?

Pero antes de que hubiese acabado, Mr. de Chateau-Renaud, bello jóven de treinta años, hidalgo de pies á cabeza, es decir, con el rostro de un Genibe y el talento de un Montemart, habia estrechado una mano á Alberto.

—Permitidme, querido, le dijo, presentaros al señor capitán de *spahis*, Maximiliano Morrel, mi amigo, y ademas mi salvador. Por otra parte, él se presenta bien por sí mismo, saludad á mi héroe, vizconde.

Y se retiró á un lado para descubrir á aquel jóven alto y noble, de frente ancha, de mirada penetrante, de bigotes negros, á quien nuestros lectores se acordarán haber visto en Marsella, en una circunstancia demasiado dramática para que la hayan olvidado. Un rico uniforme medio francés, medio oriental, admirablemente llevado hacia notar aun mas la anchura de su pecho condecorado con la cruz de la legion de honor y resaltar su elegante talle.

El jóven oficial se inclinó con una política llena de elegancia; Morrel era gracioso en todos sus movimientos, por que era fuerte.

—Caballero, dijo Alberto con una política afectuosa, el señor baron de Chateau-Renaud sabia de antemano todo el placer que me causaba al presentaros; sois de sus amigos, caballero, sed de los nuestros.

—Muy bien, dijo Chateau-Renaud, y desead mi querido vizconde que si llega el caso, haga por vos lo que ha hecho por mí.

—¿Y qué ha hecho? preguntó Alberto.

—¡Oh! dijo Morrel, eso no vale la pena de hablar de ello, y el señor exagera las cosas.

—¡Cómo! ¡que no vale la pena! ¡con que la vida no vale nada!.... Bueno que digais eso por vos que esponeis vuestra vida todos los dias; pero por mí que la espongo una vez por casualidad....

—Lo que veo en esto mas claro es que el señor capitán Morrel os ha salvado la vida....

—¡Oh! si señor, justamente, dijo Chateau-Renaud.

—¿Y en qué ocasion? preguntó Beauchamp.

—Beauchamp, amigo mio, ¡habeis de saber que me muero de hambre! dijo Debray, no empecéis con vuestras historias.

—¡Pues bien! yo no impido que vayámos á almorzar, yo.... Chateau-Renaud nos lo contará en la mesa.

—Señores, dijo Morcef, aun no son mas que las diez y cuarto, aun tenemos que esperar otro convidado.

—¡Ah! es verdad, un diplomático, replicó Debray.

—Un diplomático ó yo no sé lo que es, lo que sé es que por mi cuenta le encargué de una embajada que ha terminado tan bien y tan á mi satisfaccion, que si fuese rey, le hubiese hecho al instante caballero de todas mis órdenes, incluso las del Toison de oro y de la Jarretiera.

—Entonces, puesto que no nos sentamos á la mesa, dijo Debray, servios una botella de Jerez como hemos hecho nosotros y contadnos eso, baron.

—Ya sabeis todos que me habia encaprichado por ir á Africa.

—Ese es un camino que os han trazado vuestros antecesores, mi querido Chateau-Renaud, respondió con galanteria Morcef.

—Si, pero dudo de que fuese, como ellos, para libertar el sepulcro de Jesucristo.

—Teneis razon, Beauchamp, dijo el jóven aristócrata; era solo por dar un golpe como aficionado. El duelo me repugna, como sabeis, desde que dos testigos, á quienes yo habia elegido para arreglar cierto asunto, me obligaron á romper un brazo á uno de mis mejores amigos.... ¡Diantre! á ese pobre Franz de Epinay á quien todos conoceis.

—¡Ah! si, es verdad, dijo Debray, os habeis batido en tiempo de.... ¿de qué?

—¡Lléveme el diablo si me acuerdo! dijo Chateau-Renaud; de lo que me acuerdo sí, es de que no queriendo dejar dormir mi talento, quise probar en los árabes unas pistolas nuevas que me acababan de regalar; de consiguiente, me embarqué para Oran; desde Oran fui á Constantina y llegué justamente para ver levantar el sitio. Me puse en retirada como los demas. Durante cuarenta y ocho horas sufrí con bastante valor la lluvia del dia, la nieve de la noche; en fin á la tercera mañana mi caballo se murió de frio. ¡Pobre animal! ¡acostumbrado á las mantas y á las estufas de la cuadra! un caballo árabe que solo se murió al encontrar diez grados de frio en Arabia.

—Por eso me queriais comprar mi caballo inglés, dijo Debray; suponeis que sufrirá mejor el frio que vuestro árabe.

—Os engañais, porque he hecho voto de no volver mas á Africa.

—¿Con que tanto miedo habeis tenido? preguntó Beauchamp.

—¡Oh! si, lo confieso, respondió Chateau-Renaud; y habia de de que tenerlo. Mi caballo habia muerto; yo me retiraba á pie, seis árabes vinieron á galope á cortarme la cabeza; maté á dos con los

dos tiros de mi escopeta, y otros dos con mis dos pistolas; pero aun quedaban dos, y estaba desarmado. Uno me cogió por los cabellos, por eso los llevo cortos, nadie sabe lo que puede suceder, el otro me rodeó el cuello con su yatagan. Y ya sentia el frio agudo del hierro, cuando el señor, que veis aqui, cargó sobre ellos, mató al que me cogia de los cabellos de un pistoletazo y partió la cabeza al que se disponia á cortar la mia de un sablazo. Este caballero se habia propuesto salvar á un hombre este dia, y la casualidad ha querido que fuese yo; cuando sea rico, mandaré hacer á Klaymaan ó á Morochetti una estatua á la casualidad.

—Si, dijo sonriendo Morrel; era el 5 de setiembre, es decir, el aniversario de un dia en que mi padre fué milagrosamente salvado; así, pues, siempre que esté en mi mano celebró todos los años ese dia con una accion...

—¿Heróica, no es verdad? interrumpió Chateau-Renaud; en fin, yo fui el elegido, pero aun no es esto todo. Despues de haberme salvado del hierro, me salvó del frio dándome, no la mitad de su capa, como hizo San Martin, sino dándomela entera; y despues del hambre partiendo conmigo, no adivinais el qué puede ser?...

—¿Un pastel de casa de Felix? preguntó Beauchamp.

—No, su caballo, del que cada cual comimos un pedazo con gran apetito, aunque era un poco duro...

—¿El caballo? preguntó riendo Morcef.

—No, el sacrificio, respondió Chateau-Renaud. Preguntad á Debray si sacrificaría el suyo inglés por un extranjero?

—Por un extranjero, no, dijo Debray, pero por un amigo tal vez.

—Adiviné que juzgariais como yo, dijo Morrel: por otra parte ya he tenido el honor de deciroslo, heroísmo ó no, sacrificio ó no, yo debia una ofrenda á la mala fortuna en recompensa á los favores que nos habia dispensado otras veces la buena.

—Esa historia á que se refiere Mr. Morrel, continuó Chateau-Renaud, es una admirable historia que algun dia os contará cuando hayais trabado mas íntimo conocimiento: por hoy pensemos en alimentar el estómago y no la memoria. ¿A qué hora almorzais, Alberto?

—A las diez y media.

—¿En punto? preguntó Debray sacando su reloj.

—¡Oh! me concedereis los cinco minutos de gracia, dijo Morcef, porque yo tambien espero á un salvador.

—¿De quién?

—¿De mí, que diantre! respondió Morcef, ¡ creis que á mí no me puedan salvar como á cualquiera otro y que solo los árabes cortan la cabeza! nuestro almuerzo es un almuerzo filantrópico, y tendremos en nuestra mesa dos bienhechores de la humanidad.

—¿Cómo haremos? dijo Debray, no tenemos mas que un premio Montyon.

—¡Pues bien! se le dará al que nada haya hecho, dijo Beauchamp. De este modo salen del apuro en la Academia.

—¿Y de dónde viene? preguntó Debray; dispensad que insista; ya habeis respondido á esta pregunta, pero muy vagamente.

—En verdad, dijo Alberto, nada sé. Cuando le convidé, hace dos meses, estaba en Roma; pero despues, ¿quién puede saber dónde ha ido á parar?

—¿Y le creéis capaz de ser exacto? preguntó Debray.

—Le creo capaz de todo, respondió Morcef.

—Cuidado que ya no faltan mas que diez minutos con los cinco de gracia.

—Pues bien, los aprovecharé para deciros una palabra de mi convidado.

—Perdonad, dijo Beauchamp, ¿hay materia para un folletin en lo que vais á contar?

—Si, seguramente, dijo Morcef; y de los mas curiosos.

—Pues entonces podeis hablar.

—Estaba yo en Roma en el último carnaval...

—Ya lo sabemos, dijo Beauchamp.

—Si; pero lo que nosabeis es que fui robado por unos bandidos.

—Pero si no hay bandidos, dijo Debray.

—Si tal, y capaces de asustar á cualquiera.

—Veamos, mi querido Alberto, dijo Debray; confesad que vuestro cocinero se tarda mucho, que las ostras aun no han llegado de Marennes ó de Ostende, y que siguiendo el ejemplo de Mme. de Maintenon, queréis reemplazar el plato con un cuento. Decidlo querido, franqueza tenemos para perdonaros y paciencia para escuchar vuestra historia por fabulosa que parezca á primera vista.

—Y yo os digo, que por fabulosa que sea, os la cuento por verdadera desde el principio hasta el fin. Habiéndome robado los ladrones, me condujeron á un lugar muy triste, que se llama las Catacumbas de San Sebastian.

—Ya conozco ese sitio, dijo Chateau-Renaud; me faltó poco para coger allí la fiebre.

—Y yo, dijo Morcef, la tuve realmente. Me habian anunciado que estaba prisionero y me pedian por mi rescate una miseria, cuatro mil escudos romanos, veinte y seis mil libras tornesas. Desgraciadamente no tenia mas que mil quinientas; estaba al fin de mi viage y mi crédito se habia concluido. Escribí á Franz. ¡Y por Dios! aguardad; al mismo Franz podeis preguntarle si miento; escribí á Franz, que si no llegaba á las seis de la mañana con los cuatro mil escudos, á las seis y diez minutos me habria ido á reunir con los bienaventurados santos y los gloriosos mártires, en compañía de los cuales tendria el honor de encontrarme; y Luigi Vampa, este era el nombre del gefe de los ladrones, hubiera cumplido escrupulosamente su palabra.

—¿Pero llegó Franz con los cuatro mil escudos? dijo Chateau-Renaud. ¡Qué diantre! ni Franz de Epinay ni Alberto de Morcef, se pueden ver embarazados por cuatro mil escudos.

—No, llegó simplemente acompañado del convidado que os anuncio y que espero presentaros.

—¡Ah! ya, pero era ese hombre un Hércules matando á Caco ó un Perseo salvando á Andrómeda?

- No, es un hombre de mi estatura poco mas ó menos.
- ¿Armado hasta los dientes?
- No llevaba ninguna arma.
- ¿Pero trató de vuestro rescate?
- Dijo dos palabras al oído del gefe y fui puesto en libertad.
- Le daría excusas por haberte preso, dijo Beauchamp.
- Justamente, respondió Morcef.
- ¡Pero era Ariosto ese hombre!
- No, era el conde de Monte-Cristo.
- No se llama el conde de Monte-Cristo, dijo Debray.
- No creo, añadió Chateau-Renaud, con la sangre fria de un hombre que tiene en la punta de los dedos la nobleza europea, que haya en parte alguna un conde de Monte-Cristo.
- Puede ser que venga de la tierra santa; dijo Beauchamp; alguno de sus ascendientes habrá poseído el calvario, como los Mortemar el mar muerto.
- Perdonad, dijo Maximiliano, pero creo que os voy á dar alguna luz. Señores, Monte-Cristo es una pequeña isla, de que he oído hablar muchas veces á los marinos que empleaba mi padre, un grano de arena en medio del Mediterráneo, en fin un átomo en el infinito.
- Eso es exactamente, dijo Alberto. Pues bien! de ese grano de arena, de ese átomo, es Señor y Rey ese de quien os hablo; habrá comprado su título de conde en alguna parte de Toscana.
- ¿Será muy rico vuestro conde?
- Ya lo creo...
- Pero se deberá ver, me parece.
- Os engañais, Debray.
- No os comprendo.
- ¿Habeis leído las *Mil y una noches*?
- ¡Buena pregunta!
- Pues bien: ¿sabeis si las personas que allí se ven son ricas ó pobres? ¿si sus granos de trigo no son de rubies ó de diamantes? Tienen el ayre de miserables pescadores, ¿no es esto? Los tratais como á tales, y de repente os abren alguna caverna misteriosa, en donde os encontrais un teroro que basta á comprar la India.
- ¿Y qué?
- Mi conde de Monte Cristo es uno de esos pescadores. Tiene ademas un nombre adecuado; se llama Simbad el Marino, y posee una caverna llena de oro.
- ¿Y habeis visto esa caberna, Morcef? preguntó Beauchamp.
- Yo no, Franz... Pero, silencio: es menester no decir una palabra de esto delante de él. Franz ha bajado allí con los ojos bendados, y ha sido servido por mudos y por mugeres, al lado de las cuales, á lo que parece, no hubiese sido nada Cleopatra. Lo que es de las mugeres, no está muy seguro, puesto que no entraron hasta despues que hubo comido el Hatchis; de suerte que podrá suceder que lo que ha creído mugeres fuesen una cuadrilla de estatuas.
- Los jóvenes miraron á Morcef con una mirada que parecia decir:
- Querido, ¿os habeis vuelto loco, ó quereis burlaros de nosotros?

—En efecto, dijo Morrel pensativo; yo he oído contar á un viejo marino, llamado Fenelon, alguna cosa parecida á lo que ha dicho Mr. de Morcef.

—¡Ah! dijo Alberto, me alegro que M. de Morrel venga en mi ayuda. Esto os contraría, eh! tanto mejor...

—Perdonad, mi querido amigo, dijo Debray; pero nos contaís unas cosas tan inverosímiles....

—¡Ah! es por que vuestros embajadores, vuestros cónsules no os hablan! No tienen tiempo; es menester que incomoden á sus compatriotas que viajan.

—¡Ah! hé aqui por lo que nos incomodais, culpando á nuestros pobres agentes. ¿Y con qué quereis que os protejan? La cámara les rebaja todos los dias sus sueldos hasta que los deje sin nada. ¿Quereis ser embajador, Alberto? Yo os hago nombrar en Constantinopla.

—No, porque el Sultan, á la primera demostracion que hiciera en favor de Mehemet--Ali, me envia el cordon, y mis secretarios me ahorcarian.

—¿Lo veis? dijo Debray.

—Sí; pero todo esto no impide que exista mi conde de Monte-Cristo!

—Por Dios! todo el mundo existe: ¿qué tiene eso de particular?

—Todo el mundo existe, sin duda, pero no con condiciones semejantes. Todo el mundo no tiene esclavos negros, armas á la Casaba, caballos de seis mil francos, damas griegas!

—¿Habeis visto la dama griega?

—Sí, la he visto y oído. La he visto en el teatro del Valle, y la he oído un dia que almorzaba en casa del conde.

—¿Come acaso ese hombre extraordinario?

—Sí come, es tan poco, que no vale la pena de hablar de ello.

—Ya vereis como es un vampiro.

—Reiros si quereis. Esta era la opinion de la condesa de G... que como sabeis ha conocido á lord Ruthwen.

—¡Ah! muy bien! dijo Beauchamp, aquí tenemos para un hombre que no es perodista, la cuestion de la famosa serpiente de mar del *Constitutionnel*; un vampiro, eso es magnifico!

—Ojo de color leonado, cuya pupila disminuye y se dilata segun su voluntad, dijo Debray; aire sombrío, frente magnífica, tez livida barba negra, dientes blancos y agudos, y modales desenvueltos.

—Y bien, eso es justamente, dijo Luciano, y las señas están trazadas perfectamente. Sí, política aguda é incisiva. Este hombre me ha dado frecuentemente miedo, y un dia entre otros que presenciáramos juntos una ejecucion, creí que iba á ponerme malo, mas bien de verle y oírle hablar friamente sobre todos los suplicios de la tierra, que de ver al verdugo cumplir su oficio y oír los gritos del paciente.

—No os ha conducido á las ruinas del Coliseo para ver correr la sangre, Morcef? preguntó Beauchamp.

—Y despues de haber deliberado, no os ha hecho firmar algun pergamino color de fuego, por el cual le cedais vuestra alma como Esau su derecho de primogenitura?

—¡Burlaos! ¡burlaos lo que queráis, señores! dijo Morcef un poco picado. Cuando os miro á vosotros bellos parisienses habitantes del boulevard de Gante paseantes del bosque de Boulogne, y me acuerdo de ese hombre! me parece que no somos de la misma especie.

—¡Yo me lisongo de ello! dijo Beauchamp.

—Siempre será añadió Chateau-Renaud, vuestro conde de Monte-Cristo, un hombre galante en sus momentos perdidos, excepto prescindiendo de esos pequeños arreglos con los bandidos italianos.

—¡Ya no hay bandidos italianos! dijo Debray.

—¡Ni vampiros! añadió Beauchamp.

—Ni conde de Monte-Cristo, respondió Debray. Aguardad querido Alberto, que son las diez y media.

—Decid que habeis tenido una pesadilla, y vamos á almorzar, dijo Beauchamp.

Pero aun no se habia estinguido la vibracion del reloj, cuando se abrió la puerta y German anunció:

—¡Su excelencia, el conde de Monte-Cristo!

Todos los circunstantes hicieron á pesar suyo un gesto que denotaba la preocupacion que la relacion de Morcef habia dejado en sus almas. Alberto mismo no pudo contener una emocion súbita. No se habia oido ni carruage en la calle, ni pasos en la antesala. La puerta misma se habia abierto sin ruido.

El conde apareció en el dintel, vestido con la mayor sencillez, pero el elegante mas exigente no hubiese encontrado nada que reprehender en su traje. Todo era de un gusto delicado, todo salia de las manos de los mas elegantes proveedores, vestidos, sombrero, y ropa blanca.

Parecia de edad de treinta y cinco años apenas, y lo que admiró á todo el mundo fué su estrema semejanza con el retrato que habia trazado de él Debray.

El conde se adelantó sonriendo en medio del salon, y se dirigió derecho á Alberto, quien saliéndole al encuentro, le ofreció la mano con prontitud.

—La exactitud, dijo el conde de Monte-Cristo, es la política de los reyes, segun ha dicho, creo, uno de vuestros soberanos. Pero cualquiera que sea su buena voluntad, no es siempre la de los viajeros. Sin embargo, espero, mi querido vizconde, que me escusareis, en favor de mis buenos deseos, los dos ó tres segundos que he tardado á la cita. Quinientas leguas no se andan sin algun contratiempo, particularmente en Francia, donde está prohibido, segun parece, dar prisa á los postillones.

—Señor conde, respondió Alberto, estaba anunciando vuestra visita á algunos amigos míos, que he reunido hoy contando con la promesa que habeis tenido á bien hacerme, y que tengo el honor de presentaros. Son los señores, conde de Chateaud-Renaud, cuya nobleza viene de los doce pares, y cuyos antepasados ocuparon un puesto en la tabla redonda; Mr. Luciano Debray, secretario particular del ministro del interior; Beauchamp; enérgico periodista, ter-

ror del gobierno francés; vos no habeis jamás oido hablar de él en Italia donde no permiten la entrada de su periódico; en fin, Mr. Maximiliano Morrel, capitán de spahis,

A este nombre el conde, que habia hasta entonces saludado cortesmente, pero con una frialdad y una impasibilidad inglesa, dió á pesar suyo un paso hácia adelante, y una ligera tinta de vermellon pasó como un relámpago por sus pálidas megillas.

—¿El señor lleva el uniforme de los nuevos vencedores franceses? dijo él; es un bonito uniforme.

No se hubiera podido decir cuál era el sentimiento que daba á la voz del conde una vibracion tan profunda, y que hacia brillar á pesar suyo su mirada tan espresiva cuando no habia un motivo de violentarla.

—¿No habeis visto jamás á nuestros africanos, caballero? dijo Alberto.

—Nunca, replicó el conde, repuesto enteramente.

—Pues bien, caballero, bajo este uniforme late un corazon de los mas valientes y nobles del ejército.

—Ob! señor conde, interrumpió Morrel.

—Dejadme hablar, capitán..... Y acabamos, continuó Alberto, de saber del señor una accion tan heroica, que aunque lo haya visto hoy por la primera vez, reclamo de él el favor, de presentárosle como amigo mio.

Aun se hubiera podido notar en estas palabras de Monte-Cristo, esa mirada fija, ese rubor fugitivo, y el ligero temblor del párpado que demostraba en él la emocion.

—Ah! el señor tiene un corazon noble, dijo el conde, tanto mejor!

Esta especie de exclamacion, que respondia al pensamiento del conde, mas bien que á lo que acababa de decir Alberto, sorprendió á todo el mundo, y particularmente á Morrel, que miró á Monte-Cristo con admiracion. Pero al mismo tiempo el acento era tan dulce, ó por mejor decir, tan suave, que por estraña que fuese esta esclamacion, no habia medio de incomodarse.

—¿Por qué habia de dudar? dijo Beauchamp á Chateau-Renaud.

—En verdad, respondió este, quien con su trato de mundo y su mirada aristocrática habia penetrado en Monte-Cristo todo lo que se podia penetrar en él; en verdad que Alberto no nos ha engañado, y que es un personage singular el conde; ¿qué decís vos, Morrel?

—Por vida mia, dijo este, tiene la mirada franca y la voz simpática, de manera que me agrada á pesar de la estraña reflexion que acaba de hacerme.

—Señores, dijo Alberto, German me anuncia que estamos servidos. Mi querido conde, permitidme enseñaros el camino.

Pasaron silenciosamente al comedor. Cada uno ocupó su sitio.

—Señores, dijo el conde sentándose, permitidme que os haga una confesion que será mi disculpa por todas las faltas que pueda cometer, soy estrangero; pero hasta tal punto, que es la vez primera que vengo á Paris. Las costumbres francesas me son particularmente desconocidas, y no he practicado bastante hasta ahora,

sino las costumbres orientales, las mas antipáticas á las buenas tradiciones parisienses. Os suplico, pues, que me escuseis si encontrais en mí algo de turco, de napolitano, ó de árabe. Dicho esto, señores almorcemos.

—Por lo que ha dicho, murmuró Beauchamp, es decididamente un gran señor.

—Un gran señor extranjero, añadió Debray.

—Un gran señor de todos los países, señor Debray, dijo Chateau-Renaud.

El conde segun hemos dicho, era un convidado bastante sóbrio. Alberto se lo hizo observar, atestiguando el temor que desde el principio tuvo de que la vida parisiense no agradase al viagero en su parte mas material, pero al mismo tiempo mas necesaria.

—Mi querido conde, dijo, temo que la cocina de la calle de Helder, no os agrade tanto como la de la plaza de España. Hubiera debido preguntaros vuestro gusto, y haceros preparar algunos platos que os agradasen.

—Si me conociérais mas, respondió sonriéndose el conde, no os preocuparíais por un cuidado casi humillante para un viajero como yo, que ha pasado sucesivamente con los macarrones en Nápoles, la polenta en Milan, la olla podrida en Valencia, el arroz cocido en Constantinopla, el kárrik en la India, y los nidos de golondrinas en la China. No hay cocina para un cosmopolita como yo. Cómo de todo y en todas partes, solamente que cómo poco, y hoy que os quejais de mi sobriedad, estoy en uno de mis días de apetito porque desde ayer mañana no he comido.

—¿Cómo! ¿desde ayer mañana? exclamaron los convidados; ¿no habeis comido desde hace veinte y cuatro horas?

—No, respondió Monte-Cristo, me fué preciso separarme de mi camino y tomar algunos informes en las cercanías de Nimes; de manera que me retardé un poco, y no he querido pararme.

—¿Y habeis comido en vuestro carruaje? preguntó Moreef.

—No, he dormido, como me sucede cuando me aburro sin valor para distraerme, ó cuando siento hambre sin tener gana de comer.

—¿Pero mandais en vuestro sueño, señor? preguntó Morrel.

—Casi.

—¿Teneis receta para ello?

—Infalible.

—Hé aqui lo que seria bueno para nosotros los africanos, que no siempre tenemos que comer, y rara vez que beber, dijo Morrel.

—Si, dijo Monte-Cristo; desgraciadamente mi receta, escelente para un hombre como yo, que lleva una vida escepcional, seria muy peligrosa aplicada á un ejército que no se despertaria cuando se tuviese necesidad de él.

—¿Y se puede saber cuál es esa receta? preguntó Debray.

—Oh! Dios mio, si, dijo Monte-Cristo, no hago secreto de ello; es una mezcla de un escelente ópio que he ido á buscar yo mismo á Canton, para estar seguro de obtenerlo puro, y del mejor hatchis que se recoge en Oriente, es decir, entre el Tigris y el Eufrates;

se reunen estos dos ingredientes en porciones iguales, y se hace una especie de píldoras, que se tragan cuando hay necesidad. Diez minutos despues producen el efecto. Preguntad al baron Franz de Epinay, creo que él lo ha probado un dia.

—Si, respondió Morcef, me ha dicho algunas palabras de ello, y ha guardado al mismo tiempo un recuerdo muy agradable.

—Pero, dijo Beauchamp, quien en su calidad de periodista era muy incrédulo, ¿llevais esas drogas con vos?

—Siempre, respondió Monte-Cristo.

—Seria demasiado indiscreto el pedir os ver esas preciosas píldoras; continuó Beauchamp esperando coger al extranjero en falta.

—No, señor, respondió el conde, y sacó de su bolsillo una maravillosa cajita incrustada en una sola esmeralda, y cerrada por una rosca de oro, que destornillándose, daba paso á una bolita de color verdoso y del grueso de un guisante. Esta bola era de un olor agrio y penetrante, tenia cuatro ó cinco iguales en la esmeralda, y podria contener hasta una docena.

La cajita pasó de mano en mano por todos los convidados, mas para examinar esta admirable esmeralda que para ver ó para analizar las píldoras.

—¿Es vuestro cocinero quien os prepara este manjar? preguntó Beauchamp.

—No, señor, dijo Monte-Cristo; yo no entrego mis goces reales como este, á merced de manos indignas. Soy bastante buen quimico, y preparo las píldoras yo mismo.

—Es una admirable esmeralda, y la mas gruesa que he visto jamás, aunque mi madre tiene algunas joyas de familia bastantes notables, dijo Chateau-Renaud.

—Tenia tres iguales, respondió Monte-Cristo; he dado una al Gran Señor, que ha hecho engarzar en su espada; otra á nuestro Santo Padre el Papa, que la hizo incrustar en su mitra en frente de otra esmeralda casi parecida, pero menos hermosa, sin embargo que habia sido dada á su predecesor, por el emperador Napoleon; he guardado la tercera para mí, y la he hecho ahuecar, lo que la ha quitado la mitad de su valor, pero es mas cómoda para el uso que he querido hacer de ella.

Todos miraban á Monte-Cristo con admiracion; hablaba con tanta sencillez, que era evidente que decia la verdad, ó que estaba loco; sin embargo, la esmeralda que habia quedado entre sus manos, hacia que se inclinassen naturalmente hácia la primera suposicion.

—¿Y qué os han dado esos dos soberanos en cambio de tan magnífico regalo? preguntó Debray.

—El Gran Señor, la libertad de una muger, respondió el conde; nuestro Santo Padre el Papa, la vida de un hombre. De manera que una vez en mi vida he sido tan poderoso, como si Dios me hubiese hecho nacer en las gradas de un trono.

—¿Y es á Pipino á quien habeis libertado, no es esto? exclamó Morcef; es en él en quien habeis hecho aplicacion de vuestro derecho de gracia?

—Puede ser, dijo Monte-Cristo sonriendo.

—Señor conde, vos no podeis formaros una idea del placer que experimento al oiros hablar así, dijo Morcef. Os habia anunciado á mis amigos como un hombre fabuloso, como un encantador de las *Mil y una noches*, como un nigromático de la edad media; pero los parisienses son tan sutiles y materiales, que toman por capricho de la imaginacion las verdades mas incontestables, cuando estas verdades no entran en todas las condiciones de su existencia cotidiana. Por ejemplo, aqui teneis á Debray y á Beauchamp que leen todos los dias, que han sorprendido y han robado en el boulevard á un miembro del Jockey Club que se retiraba tarde, que han asesinado á cuatro personas en la calle de Saint Denis, ó en el arrabal de Saint Germain, que han preso diez, quince ó veinte ladrones, sea en un café del boulevard del Temple, ó en San Julian, que disputan la existencia de los bandidos de Marennes del campo de Roma, ó de los pantanos de Pontios. Decidles, pues, vos mismo, os lo suplico, señor conde, que he sido cogido por esos bandidos, y que sin vuestra generosa intercesion esperaria hoy probablemente la resurreccion eterna en las catacumbas de San Sebastian, en lugar de darles una comida en mi casita de la calle de Helder.

—¡Bah! dijo Monte-Cristo, me habeis prometido no hablarme jamás de esa materia.

—No soy yo, señor conde, exclamó Morcef, es algun otro á quien habeis hecho el mismo servicio que á mí, y que confundireis conmigo. Hablemos de otra cosa, os lo suplico; porque si continuais hablando de esta circunstancia, puede ser que me digais no solamente un poco de lo que sé, sino algo de lo que no sepa.

—Perome parece, dijo sonriendo el conde, que habeis representado en todo este asunto un papel bastante importante para saber tan bien como yo lo que ha pasado.

—¿Queréis prometerme; si digo todo lo que sé, dijo Morcef, de decir luego lo que vos sepais?

—Es muy justo, respondió Monte-Cristo.

—Pues bien, respondió Morcef, aunque padezca mi amor propio, me he creido durante tres dias objeto de las atenciones de una máscara, á quien yo juzgué alguna descendiente de las Julias ó de las Poppéas, entretanto que era pura y sencillamente objeto de las coqueterias de una contadina, y notad que digo contadina por no decir aldeana. Lo que sé, es que, como un inocente mas inocente aun que de quien yo hablaba ahora, tome por esta aldeana á un jóven bandido de quince á diez y seis años, imberbe, de talle delicado, quien en el momento en que queria emanciparme hasta depositar un beso en sus castos hombros, me puso una pistola en el pecho, y con la ayuda de siete ú ocho de sus compañeros; me condujeron, ó mas bien me arrastraron al fondo de las catacumbas de San Sebastian, donde encontré al gefe de los bandidos, por cierto muy instruido, que leia los Comentarios de César, y que se dignó interrumpir su lectura, para decirme que si al dia siguiente á las seis de la mañana no entregaba cuatro mil escudos, al dia siguiente á las seis y cuarto ha-

bria dejado de existir. La carta existe en poder de Franz, firmada por mí, con una posdata de Luigi Vampa. Si dudais de ello, escribo á Franz que hará legalizar las firmas. He aquí lo que sé. Lo que yo no sé ahora, es cómo fuisteis, señor conde, á infundir tanto respeto á los bandidos de Roma, que respetan tan pocas cosas. Os confieso que Franz y yo nos quedamos sorprendidos.

—Nada mas sencillo, respondió el conde: yo conocia al famoso Vampa hace mas de diez años. Muy jóven, cuando era pastor, un dia que le di una moneda de oro por haberme enseñado mi camino, me dió, para no deberme nada, un puñal esculpido por él y que habreis visto en mi coleccion de armas. Mas tarde, sea que hubiese olvidado este cambio de regalos, ó que no me hubiese reconocido, intentó robarme, pero fui yo al contrario quien le puse preso y á una docena de los suyos. Podia entregarle á la justicia romana, que es ejecutiva, y que hubiera sido aun mas con ellos, pero no hice nada. Lo solté con sus compañeros.

—Pero con la condicion que no robarian ya mas, dijo el periodista riendo. Veo con placer que han cumplido escrupulosamente su palabra.

—No, señor, respondió Monte-Cristo, con la simple condicion de que me respetarian á mí y á los míos. Lo que voy á deciros os parecerá extraño á vosotros, señores socialistas, progresistas, humanitarios y es, que yo no me ocupo nunca de mi prógimo, no procuro nunca proteger á la sociedad que no me protege, y diré aun mas, que no se ocupa generalmente de mí, sino para perjudicarme; y retirándoles mi estimacion, y guardando la neutralidad frente á frente de ellos, es aun la sociedad y mi prógimo, quienes me deben agradecimiento.

—¡Sea en buen hora! exclamó Chateau-Renaud, hé aquí el primer hombre intrépido á quien he oido predicar leal y francamente el egoismo; es hermoso esto, ¡bravo! señor conde.

—A lo menos es franco, dijo Morrel; pero estoy seguro que el señor conde no se habrá arrepentido de haber faltado alguna vez á los principios que, sin embargo, acaba de esponernos de una manera tan absoluta.

—¿Cómo que he faltado á esos principios? preguntó Monte-Cristo, que devez en cuando no podia dejar de mirar á Maximiliano con tanta atencion, que ya dos ó tres veces el atrevido jóven, habia bajado los ojos delante de la mirada clara y fija del conde.

—Me parece, respondió Morrel, que libertando á Mr. Morcef, á quien no conociais, serviais á vuestro prógimo y á la sociedad.

—De quien forma su mas bello adorno, dijo gravemente Beauchamp, vaciando de un solo sorbo un vaso de vino de champagne.

—Señor conde, exclamó Morcef, estais cogido á pesar de ser uno de los mas rudos lógicos que conozco; y se os vá á demostrar que lejos de ser un egoista, sois al contrario un filántropo. ¡Ah! señor conde, vos os llamais oriental, de levante, malayo, indio, chino, salvaje, os llamais Monte-Cristo por vuestro nombre de familia, Simbad el Marino por vuestro nombre de bautismo, y al poner el pie

en París poseéis por instinto el mayor mérito ó el mayor defecto de nuestros escéntricos parisienses, es decir, que usurpais los vicios que no teneis, y que ocultais las virtudes que os adornan!

—Mi querido vizconde, dijo Monte-Cristo, no veo en todo lo que he dicho ó hecho una sola palabra que me valga por vuestra parte y la de estos señores el pretendido elogio que acabo de recibir. Vos no sois un extraño para mí, porque os conocia, os habia cedido dos habitaciones, dado de almorzar, prestado uno de mis carruages, porque habiamos visto pasar las máscaras juntos en la calle del Cours, y porque habiamos mirado desde una ventana de la plaza del Pópolo esa ejecucion que os hizo tan fuerte impresion. Ahora bien, pregunto á estos señores ¿podia yo dejar á mi huesped en manos de esos infames bandidos, como vos los llamais? Por otra parte, vos lo sabeis; al salvaros tenia una segunda intencion, que era servirme de vos para introducirme en los salones de París cuando viniese á visitar la Francia. Algun tiempo habeis podido considerar esta resolucion como un proyecto vago y fugitivo, pero hoy, bien lo veis, es una realidad á la cual es menester someteros, sopena de faltar á vuestra palabra.

—Y la cumpliré, dijo Morcef, pero temo que quedeis descontento, mi querido conde. Vós que estais acostumbrado á los grandes parages, á los acontecimientos pintorescos, á los horizontes fantásticos. Nosotros no conocemos el menor episodio del género de aquellos á que os ha acostumbrado vuestra vida aventurera. Nuestro Cimborazzo es Montmartre, nuestro Himalaya, es el Mont-Valerien, nuestro gran desierto es la llanura de Grenelle, en que hay alguno que otro pozo para que las caravanas encuentren agua. Tenemos ladrones, pero esos ladrones que temen mas á un muchacho del pueblo que á un gran señor; en fin, la Francia es un pais tan prosáico, y París una ciudad tan civilizada, que no encontrareis en nuestros ochenta y cinco departamentos, digo ochenta y cinco, porque exceptúo á la Córcega; no encontrareis en nuestros ochenta y cinco departamentos la menor montaña en que no haya un telégrafo, y la menor gruta, por negra que sea, en que un comisario de policia no haya hecho poner el gas. Solo un servicio puedo haceros, mi querido conde, y es presentaros por todas partes, ó haceros presentar por mis amigos: pero vos no teneis necesidad de nadie para eso; con vuestro nombre, vuestra fortuna y vuestro talento (Monte-Cristo se inclinó con una sonrisa ligeramente irónica), os podeis presentar sin necesidad de nadie, y sereis bien recibido de todo el mundo. En realidad solo os puedo servir en una cosa: si alguna de las costumbres de la vida parisiense, alguna esperiencia, algun conocimiento de nuestros bazares pueden recomendarme á vos, me pongo á vuestra disposicion para buscaros una casa de las mejores. No me atrevo á proponeros que compartais conmigo mi habitacion, así como yo lo he hecho en Roma con la vuestra; yo que no profeso el egoismo, pero que soy egoista por excelencia, no podria tolerar en mi cuarto ni una sombra á no ser la de una muger.

—¡Ah! esa es una reserva conyugal. En efecto, me habiais dicho

en Roma algo acerca de un casamiento.... debo felicitaros por vuestra próxima felicidad.

—La cosa sigue en proyecto, señor conde.

—Y quien dice proyecto, dijo Debray, quiere decir inseguridad.

—¡No! ¡no! dijo Morcef, mi padre está empeñado, y yo espero antes de poco presentaros, si no á mi muger á lo menos mi futura, Mlle. Eugenia Danglars.

—¡Eugenia Danglars! respondió el conde de Monte-Cristo, esperad, ¿no es su padre el conde Danglars?

—Si respondió Morcef, pero conde de nueva creación.

—¡Oh que importa! respondió Monte-Cristo, si ha hecho al estado servicios que le hayan merecido esa distinción.

—¡Oh! enormes, dijo Beauchamp. Aunque liberal en el alma, ha completado en 1829 un empréstito de seis millones para el rey Carlos X, que le ha hecho conde y caballero de la legión de honor, de suerte que lleva su cinta, no en el bolsillo del chaleco como pudiera creerse, si no en el ojal del frac.

—¡Ah! dijo Morcef riendo; Beauchamp, Beauchamp, guardad eso para el *Corsario* y el *Charivari*; pero delante de mí, no habéis así de mi futuro suegro.

Volviéndose hácia Monte-Cristo.

—¿Pero hace poco habéis pronunciado su nombre como si conociérais al conde? dijo.

—No le conocía, respondió el conde de Monte-Cristo, pero no tardaré en conocerle, atendido á que tengo un crédito abierto sobre él por la casa de Richard y Blonut de Londres, Arstein y Estelus de Viena, y Thompson y French de Roma.

Y al pronunciar estas palabras, Monte-Cristo miró de reojo á Maximiliano Morrel.

Si el extranjero había esperado producir algun éxito en Maximiliano Morrel, no se había engañado. Maximiliano se estremeció como si hubiese recibido una conmoción eléctrica.

—Thompson y French, dijo, ¿conocéis esa casa, caballero?

—Son mis banqueros en la capital del mundo cristiano, respondió tranquilamente el conde; ¿puedo servirlos de algo respecto á esos señores?

—¡Oh! señor conde; podriais ayudarnos en unas pequisas que hasta ahora han sido infructuosas: esta casa ha hecho hace tiempo un gran servicio á la nuestra, y no sé por qué siempre ha negado habernos hecho este servicio.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, respondió Monte-Cristo inclinándose.

—Pero, dijo Morcef, nos hemos apartado de la conversacion que teníamos respecto á Danglars. Se trataba de buscar una buena habitacion al conde de Monte-Cristo. Veamos, señores, formemos una idea: ¿dónde colocaremos á este nuevo habitante de Paris?

—En el barrio de Saint-Germain, dijo Chateu-Renaud, este caballero encontrará allí una casa encantadora entre patio y jardin.

—¡Bah! dijo Debray: no conocéis mas que vuestro triste barrio

de Saint-Germain, no le oigais señor conde; buscad casa en la Chaussée d' Autin; este es el verdadero centro de París.

—En el Boulevard de la Opera, dijo Beauchamp; en el piso principal, una casa con dos balcones. El señor conde hará llevar á ella almohadones de terciopelo bordados de plata, y verá, fumando en pipa ó tragando sus píldoras, desfilar á sus ojos á toda la capital.

—Y vos, Morrel, ¿ no teneis idea? ¿ no proponeis nada? dijo Chateau-Renaud.

—Si tal, dijo sonriendo el jóven; al contrario, tengo una, pero esperaba que el señor conde siguiese algunas de las brillantes disposiciones que acaban de hacerle. Ahora como no ha respondido, creo poder ofrecerle una habitacion en una casa encantadora, á la Pompadour, que mi hermana alquiló hace un año en la calle de Meslay.

—¿Teneis una hermana? preguntó Monte-Cristo.

—Si señor, y una hermana escelente.

—¿Casada?

—Pronto hará nueve años.

—¿Feliz? preguntó de nuevo el conde.

—Tan feliz como puede serlo una criatura humana, respondió Maximiliano; se ha casado con el hombre que amaba, el cual nos ha sido fiel en nuestra mala fortuna; Manuel Merbant.

Monte-Cristo se sonrió imprudentemente.

—Vivo allí mientras estoy aquí, continuó Maximiliano, y estoy con mi cuñado Manuel á la disposicion del señor conde, para todo lo que necesite.

—Un momento: exclamó Alberto antes que Monte-Cristo hubiese podido responder, cuidado con lo que haceis, señor Morrel, vais á hacer entrar á un viagero, á Simbad el Marino, en la vida de familia. Vais á convertir en patriarca á un hombre que ha venido para ver á Paris.

—¡Oh! no, respondió Morrel sonriendo, mi hermana tiene veinte y cinco años, mi cuñado treinta, son jóvenes, alegres y dichosos; por otra parte, el señor conde estará en su casa y no encontrará á sus huéspedes, sino cuando quiera bajar á verlos.

—Gracias, señor, gracias, dijo Monte-Cristo, me alegraria de que me presentáseis á vuestra hermana y cuñado, si gustais hacerme este honor; pero no he aceptado la oferta de ninguno de estos señores porque tengo ya mi habitacion preparada.

—¡Cómo! exclamó Morcef, vais á ir á una fonda; eso seria muy mezquino para vos.

—¿Tan mal estaba en Roma? preguntó Monte-Cristo.

—Qué diantre, en Roma, dijo Morcef, gastásteis cincuenta mil piastras para haceros amueblar una habitacion, pero presumo que no estais dispuesto á renovar todos los dias un gasto semejante.

No es eso lo que me ha detenido, respondió Monte-Cristo; pero estaba resuelto á tener una casa en Paris, una casa mia, se entiende. Envié de antemano á mi criado, y ya ha debido habérmela comprado y amueblado.

—Pero el criado ese no conoce á Paris, exclamó Beauchamp.

—Es la primera vez como yo que viene á Francia, caballero, es negro, y no habla, dijo Monte-Cristo.

—Entonces es Alí, preguntó Alberto en medio de la sorpresa general.

—Si, señor, es Alí, mi nubio, mi mudo, el que segun creo habeis visto en Roma.

—Si, me acuerdo perfectamente, dijo Morcef.

—¿Peró cómo habeis encargado á un nubio de compraros una casa en Paris, y á un mudo de hacerla amueblar? Harán las cosas al revés.

—Desengañaos, estoy seguro de que todas las ha hecho á gusto mio, porque bien sabeis que mi gusto no es el de todos los demas. Ha llegado hace ocho dias, habrá recorrido toda la ciudad con ese instinto que podría tener un buen perro cazador: sabe mis caprichos; mis necesidades; todo lo habrá organizado á mi placer. Sabía que yo habia de llegar hoy á las diez; me esperaba desde las nueve en la barrera de Fontanebleau, me entregó este papel: en él están escritas las señas de mi casa; mirad, leed, y Monte-Cristo pasó un papel á Alberto.

—Campos Elíseos, núm. 30, leyó Morcef.

—¡Ah! eso es original, no pudo menos de exclamar Beauchamp.

—¿Cómo! ¿aun no sabeis dónde está vuestra casa? preguntó Debray.

—No; dijo Monte-Cristo; ya os he dicho que no queria faltar á la hora. Me he vestido en mi carruaje, y me he apeado á la puerta del vizconde.

Los jóvenes se miraron; no sabian si era una comedia representada por el conde de Monte-Cristo; pero todo cuanto salia de su boca tenia un carácter tan original, tan sencillo, que no se podia suponer que debiese mentir. ¿Y por qué habia de haber mentido?

—Preciso será contentarnos, dijo Beauchamp, con prestar al señor conde todos los servicios que estén en nuestra mano; yo, como periodista, le ofrezco entrada en todos los teatros de Paris.

—Gracias, caballero, dijo sonriéndose Monte-Cristo; mi mayordomo ha recibido ya la orden de abonarme á todos ellos.

—¿Y vuestro mayordomo es tambien algun mudo? preguntó Debray.

—No señor, es un compatriota vuestro, si es posible que un corso sea compatriota de alguien; pero vos le conoceis, señor de Morcef.

—¿Seria tal vez aquel valeroso Bertuccio, que es tan hábil para alquilar balcones?

—Justamente, y le visteis el dia en que tuve el honor de almorzar en vuestra compañía. Es todo un hombre; tiene un poco de soldado, de contrabandista, en fin, de todo cuanto se puede ser. Y no juraria que no haya tenido algun altercado con la policia..... una miseria, por no sé qué cuchilladas.

—Y habeis escogido ese honrado ciudadano para vuestro mayordomo; ¿cuánto os roba cada año?

—Menos que cualquiera otro, estoy seguro, contestó el conde; pero hace mi negocio, para él no hay imposibilidad ninguna, y por eso le conservo.

—Entonces dijo Chateau-Renaud, ya teneis la casa puesta, poseéis un palacio en los campos Eliseos, criados, mayordomo, no os falta sino una esposa.

Alberto se sonrió; pensaba en la hermosa griega que habia visto en el palco del conde en el teatro Valle y en el teatro Argentino.

—Mucho mejor la tengo, dijo Monte-Cristo; tengo una esclava; vosotros alabais á vuestras señoras del teatro de la Opera, del Vaudeville, del de Varietés, mas yo he comprado la mia en Constantinopla, me ha costado bastante cara; pero ya no tengo necesidad de inquietarme por nada.

—¿Pero os olvidais, dijo riendo Debray, que somos, como dijo el rey Carlos, francos de nombre, francos de naturaleza, y que en poniendo el pie en tierra de Francia, el esclavo es ya libre?

—¿Y quién se lo ha de decir? Preguntó Monte-Cristo.

—El primero que llegue.

—No habla mas que romaico.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—¿Pero la veremos al menos? preguntó Beauchamp: teniendo un mudo, tendreis tambien eunucos.

—¡No á fé mia! dijo Monte-Cristo: no llevo el orientalismo hasta tal punto; todos los que me rodean pueden dejarme, y no tienen necesidad de mí ni de nadie; hé ahí acaso por lo que no me abandonan.

Despues de mucho tiempo, pasado en los postres y en fumar.

—Querido, dijo Debray levantándose, son las dos y media; vuestro convite ha sido delicioso, mas no hay compañía por buena que sea, que no sea necesario dejar, y aun algunas veces por otra peor; es preciso que vuelva á mi ministerio. Hablaré del conde al ministro; será menester que sepamos quien es.

—Tened cuidado, dijo Morcef; los mas atrevidos han renunciado á ello.

—¡Bah! tenemos tres millones para nuestra policia: es verdad que casi siempre se gastan antes; pero no importa, siempre quedan unos cincuenta mil francos.

—Y cuando sepais quien es, ¿me lo direis?

—Os lo prometo. Adios, Alberto. Señores, servidor vuestro.

Y al salir Debray exclamó muy alto en la antesala:

—Daos prisa.

—¡Bueno! dijo Beauchamp á Alberto; no iré á la cámara, pero tengo que ofrecer á mis lectores algo mejor que un discurso de Danglars.

—Hacedme un favor; Beauchamp, ni una palabra, os lo suplico, no

me quiteis el mérito de presentarle y de explicarle. ¿No es verdad que es curioso?

—Es mucho mejor que eso, respondió Chateau-Renaud; es verdaderamente uno de los hombres mas extraordinarios que he visto en mi vida. ¿Venís, Morrel?

—Esperad, voy á dar una targeta al conde que me ha prometido ir á hacerme una visita, calle Meslai, número 14.

—Estad seguro de que no faltaré, dijo el conde inclinandose. Y Maximiliano Morrel salió con el baron de Chateau-Renaud, dejando solos á Monte-Cristo y Morecef.

CAPITULO XXXXI.

La presentacion.

Cuando Alberto se encontró en frente á solas con Monte-Cristo:

—Señor conde, le dijo, permitidme que empiece mi nuevo oficio de Cicerone haciéndoos una descripcion de una habitacion del jóven acostumbrado á los palacios de Italia, esto os servirá de estudio para saber en cuántos pies cuadrados puede vivir un jóven que no pasa de ser de los mas mal alojados. A medida que vayamos pasando de una pieza á otra, abriremos las ventanas para que podais respirar.

Monte-Cristo conocia ya el comedor y el salon del piso bajo. Alberto le condujo á su taller; este era su cuarto predilecto.

Monte-Cristo era digno apreciador de todas las cosas que Alberto habia acumulado en esta habitacion: antiguos cofres, porcelanas del Japon, alfombras de Oriente, juguetes de Venecia, armas de todos los paises del mundo, todo le era familiar, y á la primera ojeada conocia el siglo, el pais y el origen; Morecef habia creído ser el que esplicase, y él era el que estudiaba bajo la direccion del conde, un curso completo de arqueología, de mineralógia y de historia natural. Alberto introdujo á su huesped en el salon. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de pintores modernos; paises de Dupré con sus hermosos arroyos, sus árboles desgajados, sus vacas paciendo y sus encantadores cielos; tenia tambien ginetes árabes de Delacroix con largos albarnoces blancos, cinturones brillantes y con armas damasquinas, y cuyos caballos muerden el bocado con rabia, mientras que los hombres se desgarran con mazas de hierro; las aguadas de Boulager representando toda *Nuestra Señora de Paris* con aquel vigor que hace del pintor el émulo del poeta; telas de Diaz que hace á las flores mas hermosas de lo que son las flores, el sol mas brillante que es el sol; dibujos de Decamp con un colorido como el de Salvador Rosa, pero mas poético; pasteles de Giraud y de Muller representando niños con cabezas de Angeles, mu-

geres de facciones virginales; bocetos arrancados del álbum del viaje á Oriente de Dacorats, que habian sido trazados en algunos segundos sobre la silla de algun camello ó sobre la cúpula de una mezquita; en fin todo lo que el arte moderno puede dar en cambio y en indemnizacion del arte perdido con los siglos precedentes.

Alberto esperó mostrar esta vez al menos alguna cosa nueva al estraño viagero, pero con gran admiracion, este, sin tener necesidad de buscar las firmas, en que algunas por otra parte no estaban representadas sino por iniciales, aplicó al instante el nombre de cada autor á su obra; de manera que era fácil ver que no solamente cada uno de estos nombres le era conocido, sino que cada uno de estos talentos habian sido apreciados y estudiados por él.

Del salon se pasó al dormitorio. Era á la vez un modelo de elegancia y de gusto severo; un solo retrato pero firmado por Leopoldo Rober, resplandecia en su marco de oro mate.

Este retrato atrajo al principio las miradas del conde de Monte-Cristo, porque dió tres pasos rápidos en la habitacion, y se paró de repente delante de él.

Era el de una jóven de 23 á 26 años, de tez morena, de mirada de fuego; velada bajo unos párpados hermosos; llevaba el trage pintoresco de las pescadoras catalanas con su corpiño encarnado y negro, y sus agujas de oro enlazadas en los cabellos; miraba al mar, y su elegante contorno se destacaba sobre el doble azul de las olas y del cielo.

La habitacion estaba sombría, sin lo cual Alberto hubiese podido ver la palidez lívida que se extendia sobre las megillas del conde y sorprender el temblor nervioso que circulaba por sus hombros y por su pecho.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Monte-Cristo permaneció con la mirada obstinadamente fija sobre esta pintura.

—Teneis ahí una hermosa querida, vizconde, dijo Monte-Cristo con una voz perfectamente segura; y ese trage de baile sin duda le sienta á las mil maravillas.

—¡Ah! señor, dijo Alberto, hé aquí una equivocacion que no me perdonaria si al lado de este retrato hubiéseis visto algun otro. Vos no conoceis á mi madre, caballero; es á ella á quien veis en ese lienzo; se hizo retratar así hace seis ú ocho años. Ese trage es de capricho, á lo que parece, y la semejanza, que creo aun ver á mi madre como era en 1850. La condesa mandó hacer este retrato durante una ausencia del conde. Sin duda queria prepararle para su vuelta una graciosa sorpresa; pero cosa rara; ese retrato desagradó á mi padre, y el valor de la pintura, que es como ya veis, una de las mejores de Leopoldo Robert, no pudo hacerle pasar la antipatia que le habia tomado. La verdad, aquí para entre nosotros, mi querido conde, es que Mr. Morcef es uno de los pares mas asíduos al Luxembourg, un general muy nombrado por la teoria, pero un amante del arte de los mas medianos; no es lo mismo mi madre, que pinta de un modo bastante notable, y que estimando demasiado una obra semejante para separarse de ella, me la dado, para que en mi cuarto

esté menos espuesta á desagradar á Mr. de Morcef, en donde os haré ver á su vez el retrato pintado por Gros. Perdonadme si os hablo de una manera tan familiar; pero como voy á tener el honor de conducirlos á la habitacion del conde, os digo esto para que no se os escape elogiar este retrato delante de él. Por lo demas tiene una funesta influencia, porque es muy raro que mi madre venga á mi cuarto sin mirarle, y mas raro aun que le mire sin llorar. La nube que levantó la aparicion de esta pintura en el palacio, es la sola que ha habido entre el conde y la condesa, quienes aunque casados hacen mas de 20 años, están aun unidos como el primer dia.

Monte-Cristo echó una mirada rápida sobre Alberto, como para buscar una intencion oculta en estas palabras; pero era evidente que el jóven habia dicho con toda la sencillez de su alma.

—Ahora, dijo Alberto, habeis visto todas mis riquezas, señor conde, permitidme ofrecéros las, por indignas que sean; consideraos aqui como en vuestra casa; y para mas franqueza aun, dignaos acompañarme hasta el cuarto de Mr. de Morcef, á quien he escrito desde Roma el servicio que me habeis hecho, y á quien he anunciado la visita que me habiais prometido, y puedo decirlo, el conde y la condesa esperaban con impaciencia que les fuese permitido daros las gracias. Estáis un poco cansado de estas cosas, lo sé, señor conde, y las escenas de familia no tienen para Simbad el Marino mucho atractivo: ¡habeis visto muchas escenas! Sin embargo aceptad la que os propongo como iniciativa de la vida parisiense, vida de política, de visitas y de presentaciones.

Monte-Cristo se inclinó sin responder; aceptaba la proposicion sin entusiasmo y sin pesar, como una de esas conveniencias de sociedad en que todo hombre de educacion se hace un deber. Alberto llamó á su criado, y le mandó ir á prevenir á Mr. y á Mme. de Morcef de la próxima llegada del conde de Monte-Cristo.

Alberto le siguió con el conde.

Al llegar á la antesala del conde, veíase encima de la puerta que caía al salon un escudo que por sus ricos adornos y su armonía indicaba la importancia que el propietario daba á este blason.

Monte-Cristo se detuvo delante del blason, que examinó con atencion.

—Campo azul y siete merletas de oro puestas en fila. ¿Sin duda será este el escudo de vuestra familia, caballero? preguntó. Escepto el conocimiento de las piezas que me permite descifrarlo, soy muy ignorante en cuanto á heráldica: yo, conde de casualidad, fabricado por la Toscana, ayudado por una encomienda de San Esteban, y que hubiera pasado siendo gran señor, si no me hubiesen repetido que cuando se viaja mucho es cosa absolutamente necesaria. Porque al fin siempre es preciso, aunque no sea mas que para cuando los aduaneros os registran, tener algo en la portezuela de vuestro carruaje. Escusadme, pues, si os hago semejante pregunta.

—De ningun modo es indiscreta, dijo Morcef con la sencillez de la conviccion, y lo habeis adivinado; son nuestras armas, es decir las de la familia de mi padre; pero como veis, están unidas á otro es-

cado con una torre de oro, que es de la familia de mi madre; por las mugeres soy español; pero la casa de Morecef es francesa, y segun he oido decir, una de las mas antiguas del mediodia de la Francia.

—Si, replicó el conde de Monte-Cristo, lo indican las aves; casi todos los peregrinos armados que intentaron ó que hicieron la conquista de la Tierra Santa, tomaron por armas ó cruces, señal de la mision que iban á cumplir, ó aves de paso, símbolo del largo viage que iban á emprender y que esperaban acabar con las alas de la fé. Uno de vuestros abuelos paternos habrá pertenecido á una de las cruzadas, y suponiendo que no sea mas que la de San Luis, ya esto os remonta al siglo XIII, lo cual no deja de ser bueno.

—Es muy posible, dijo Morecef; mi padre tiene en el gabinete un árbol genealógico que nos esplicará esto. Pero ahora no pensemos en ello, y sin embargo os diré señor conde, y esto entra en mis obligaciones de Cicerone, que empiezan á ocuparse mucho de estas cosas en estos tiempos de gobierno popular.

—¡Pues bien! vuestro gobierno debia haber elegido alguna cosa mejor que esos dos carteles que he visto en vuestros monumentos, y que no tienen ningun sentido heráldico. En cuanto á vos, vizconde, sois mas feliz que vuestro gobierno, porque vuestras armas son verdaderamente hermosas y hablan á la imaginacion. Si, eso es, sois á un tiempo de Provenza y de España, lo cual está esplicado, si el retrato que me habeis mostrado es semejante por su hermoso color moreno que tanto admiraba yo en el rostro de la noble catalana.

Preciso hubiera sido ser otro Edipo ó la misma Esfinge para adivinar la ironía que dió el conde á estas palabras, llenas en la apariencia de la mayor política, Morecef le dió gracias con una sonrisa, y pasando primero para mostrarle el camino, abrió la puerta que estaba debajo de sus armas, y que, como hemos dicho, comunicaba al salon.

En el lugar principal de este salon se veía tambien un retrato; era el de un hombre de treinta y cinco á treinta y ocho años, vestido con uniforme de oficial general, con sus dos charreteras, señal de los grados superiores; la cinta de la legion de honor al cuello, lo cual indicaba que era comendador; y en el pecho, á la derecha, la placa de gran oficial de la órden del Salvador, y á la izquierda, la de la gran cruz de la órden de Carlos III, lo cual indicaba que la persona representada por este retrato habia debido hacer la guerra á Grecia y á España, ó lo que viene á ser lo mismo, habia cumplido alguna mision diplomática en ambos paises.

Monte-Cristo estaba ocupado en detallar este retrato con no menos cuidado que habia hecho con el otro, cuando se abrió una puerta lateral y vió al mismo conde de Morecef.

Era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, pero que representaba cincuenta lo menos, cuyo bigote y cejas negras contrastaban con unos cabellos casi blancos, enteramente cortados segun la moda militar; iba vestido de paisano, y llevaba en su ojal una cinta, cuyos diferentes colores recordaban las diferentes órdenes

de que estaba condecorado. Este hombre entró con paso bastante noble y apresurado. Monte-Cristo le vió venir sin dar un paso; hubieran dicho que sus pies estaban clavados en el pavimento como sus ojos sobre el rostro del conde de Morcef.

—Padre mio, dijo el jóven, tengo el honor de presentaros el señor conde de Monte-Cristo, el generoso amigo que he tenido el honor de encontrar en las difíciles circunstancias que sabeis.

—Mucho placer recibo en ver á este caballero, dijo el conde de Morcef sonriéndose, conservándonos el único heredero, ha hecho á nuestra casa, un servicio que escitará eternamente nuestro reconocimiento.

Y al pronunciar estas palabras el conde Morcef señalaba un sillón al de Monte-Cristo, mientras él se sentaba frente de la ventana.

En cuanto á Monte-Cristo, mientras tomaba el sillón señalado por el conde de Morcef, se colocó de manera que permaneciese oculto en las sombras de las grandes colgaduras de terciopelo y pudiera leer en las facciones del conde una historia de secretos dolorosos, escritos en cada una de sus arrugas, esculpidas antes de tiempo.

—La señora condesa, dijo Morcef, estaba en el tocador cuando el vizconde la mandó avisar la visita que iba á tener el honor de recibir; va á bajar y dentro de diez minutos estará en el salón.

—Mucho honor es para mí, dijo Monte-Cristo, el entrar acabado de llegar á París en relaciones con un hombre, cuyo mérito iguala á la reputación, y con quien la fortuna nunca se ha mostrado adversa; ¿pero no tiene todavía en las llanuras del Misisipi ó en las montañas del Atlas, algún baston de mariscal que ofreceréis?

—¡Oh! repuso Morcef sonrojándose, he dejado el servicio, caballero. Nombrado par en tiempo de la restauración, estaba en la primera campaña, y servía á las órdenes del mariscal de Bourmont, podía, pues, aspirar á un mando superior, y quién sabe lo que hubiese sucedido si la rama mayor hubiese permanecido en el trono. Pero la revolución de julio era, según parece, demasiado gloriosa para ser ingrata, y lo fué sin embargo para todo servicio que no databa del período imperial; porque cuando, como yo, se han ganado las charreteras en los campos de batalla, no se sabe manobrar sobre el resbaladizo terreno de los salones, he abandonado la espada, para lanzarme en la política, me dedico á la industria, estudio las artes útiles. Durante los veinte años que yo habia permanecido en el servicio lo habia deseado mucho, pero me faltó tiempo.

—Esas ideas son las que conservan la superioridad de vuestra nación sobre los otros países, caballero, respondió Monte-Cristo; noble perteneciente á una gran casa, con una brillante fortuna, habeis consentido en ganar los primeros grados como soldado oscuro, esto es rarísimo: despues general, par de Francia, comendador de la legion de honor, consentis en volver á empezar una segunda carrera, sin otra esperanza, sin otra recompensa que la de ser algun dia útil á vuestros semejantes.... ¡Ah! caballero, eso es hermoso, diré mas, sublime.

Alberto miraba y escuchaba á Monte-Cristo con asombro; no es-

taba acostumbrado á verle elevarse á semejantes ideas de entusiasmo.

—¡Ay! continuó el extranjero, sin duda para desaparecer la imperceptible nube que estas palabras acababan de producir en la frente de Morcef; nosotros no hacemos lo mismo en Italia, obramos segun nuestra cuna y clase, y siempre que podamos haremos lo mismo toda nuestra vida.

—Pero caballero, repuso el conde de Morcef, para un hombre de vuestro mérito, la Italia no es una patria, y la Francia os abre sus brazos; venid á ella, la Francia no será tal vez ingrata para todo el mundo; trata mal á sus hijos, pero generalmente recibe bien á los extranjeros.

—¡Ah! padremio, dijo Alberto sonriéndose; bien se ve que no conoceis al señor conde de Monte-Cristo. No aspira á los honores, y solo se cuida de lo que le puede facilitar un pasaporte.

—Esa es, á mi juicio, la espresion mas exacta que jamás he oido respondió el extranjero.

—Vos habeis sido dueño de vuestro porvenir, respondió el conde de Morcef con un suspiro, y habeis elegido el camino de las flores.

—Justamente, caballero, respondió Monte-Cristo con una de esas sonrisas que jamás podrá copiar un pintor, y en vano tratará de analizar un fisiólogo.

—Si no hubiese temido fatigar al señor conde, dijo el general encantado de los modales de Monte-Cristo, le habria conducido á la cámara; hoy hay una sesion curiosa para el que no conozca á nuestros senadores modernos.

—Muy reconocido os quedaré, caballero, si quereis renovarme esa oferta otra vez; pero hoy me han lisongeadó con la esperanza de ser presentado á la señora condesa, y esperaré.

—¡Ah! aqui está mi madre, exclamó el vizconde.

En efecto, Monte-Cristo, volviéndose vivamente, vió á Mad. de Morcef en la puerta del salon opuesta á la otra, por donde habia entrado su marido: pálida é inmóvil, dejó caer, cuando Monte-Cristo se volvió hacia ella, su brazo que, no se sabe por qué se habia apoyado sobre el quicio dorado de la puerta; estaba alli hacia algunos segundos, y habia oido las últimas palabras pronuncias por el extranjero.

Este se levantó y saludó profundamente á la condesa, que se inclinó á su vez muda y ceremoniosa.

—¡Ah! ¡Dios mio! señora, preguntó el conde, ¿qué teneis? ¿Os hace mal el calor de este salon?

—¿Sufris, madre mia? exclamó el vizconde lanzándose al encuentro de Mercedes.

Ambos fueron recompensados con una sonrisa.

—No, dijo, pero he experimentado alguna emocion al ver por primera vez á la persona sin cuya intervencion en este momento estaríamos sumergidos en lágrimas y desesperacion. Caballero, continuó la condesa adelantándose con la magestad de una reina, os de-

bo la vida de un hijo , y por este beneficio os bendigo. Ahora os doy gracias por el placer que me causais procurándome una ocasion de daros gracias , como os he bendecido , es decir , con el fondo del corazon.

El conde se inclinó de nuevo, pero mas profundamente que la primera vez; estaba aun mas pálido que Mercedes.

—Señora, dijo el señor conde, y vos me recompensais con demasiada generosidad por una accion muy sencilla, salvar á un hombre, aborrrar tormentos á un padre y á una madre, esto no es siquiera una buena obra, es solo un acto de humanidad.

A estas palabras pronunciadas con una política y una dulzura delicadas, Mad. de Morcef respondió con un acento profundo:

—Mucha felicidad es para mi hijo, caballero, el teneros por amigo, y doy gracias á Dios que lo ha dispuesto todo así.

Y Mercedes levantó al cielo sus hermosos ojos con una gratitud tan infinita, que el conde creyó ver temblar en ellos algunas lágrimas.

Mr. Morcef se acercó á ella.

—Señora, dijo, ya he dado mis excusas al señor conde por verme obligado á dejarle, y os suplico que vos se las renoveis. La sesion se abre á las dos, son las tres y debo hablar en ella.

—Id descuidado, caballero, yo procuraré hacer olvidar vuestra ausencia á nuestro huesped, dijo la condesa con el mismo acento de sensibilidad, señor conde, continuó ella volviéndose hácia Monte-Cristo, ¿nos hareis el honor de pasar el dia con nosotros?

—Gracias, señora, y estoy sumamente reconocido á vuestra oferta; pero me he apeado esta mañana á vuestra puerta desde el camino. Ignoro como estoy instalado en Paris. Esta es una inquietud ligera, lo sé, pero sin embargo natural.

—Al menos tendremos otra vez este placer, ¿nos lo prometéis? preguntó la condesa.

Monte-Cristo se inclinó sin responder, pero esta inclinacion podia pasar por un asentimiento.

—Entonces no os detengo, caballero, dijo la condesa, porque no quiero que mi reconocimiento sea una indiscrecion ó una importunidad.

—Querido conde, dijo Alberto, si quereis voy á pagaros en Paris vuestro amable favor de Roma, y poner mi coupé á vuestra disposicion hasta que tengais tiempo de arreglar vuestros carruages.

—Gracias mil veces por vuestra bondad, vizconde, dijo Monte-Cristo; pero presumo que Mr. Bertuccio habrá empleado las cuatro horas y media que acabo de dejarle, y que encontraré en la puerta un carruage preparado.

Alberto estaba acostumbrado á los modales del conde; sabia que iba como Nerón en busca de lo imposible, y no se asombraba de nada; pero queria juzgar por sí mismo de qué modo habian sido ejecutadas las órdenes, y le acompañó hasta la puerta de su casa.

Monte-Cristo no se habia engañado: apenas se presentó en la antesala, un lacayo, el mismo que en Roma fué á llevar la carta de

los dos jóvenes, y á anunciarles su visita, se habia lanzado fuera del piristilo, de suerte que al llegar al pie de la escalera, el ilustre viagero encontró efectivamente su carruage esperándole.

Era un coupé acabado de salir de los talleres de Keller, y un tiro por el que Drake habia rehusado la vispera diez y ocho mil reales.

—Caballero, dijo el conde á Alberto, no os propongo que me acompañéis á mi casa, pues no podria mostraros mas que una casa improvisada. Concededme un solo dia, y permitidme entonces convidaros. Estaré mas seguro de no faltar á las leyes de la hospitalidad.

—Si pedís un dia, estoy tranquilo; no será entonces una casa la que me mostreis; será un palacio. Decididamente teneis algun genio á vuestra disposicion.

—Creedlo así, dijo Monte-Cristo poniendo el pie en el estribo, forrado de terciopelo de su espléndido carruage; esto me pondrá bien con las damas.

Y se lanzó en su carruage, que partió rápidamente; pero no tanto que no viera el movimiento imperceptible que hizo temblar la colgadura del salon donde habia dejado á Mercedes.

Cuando Alberto entró en el aposento de su madre vió á la condesa hundida en un gran sillón de terciopelo; anegado en sombra todo el cuarto, apenas pudo distinguir Alberto las facciones de su madre; pero parecióle que su voz estaba alterada: tambien distinguió entre los perfumes de las rosas y de los heliotropos del florero el olor ágrido de las sales de vinagre sobre una de las copas cinceladas de la chimenea: en efecto, el pomo de la condesa atrajo la inquieta atencion del jóven.

—¿Sufrís madre mia? exclamó entrando, ¿os habeis puesto mala durante mi ausencia?

—¿Yo? no, Alberto; pero ya comprendereis que estas rosas y estas flores exalan durante estos primeros calores, á los cuales no estoy acostumbrada tan violentos perfumes....

—Entonces, madre mia, dijo Morcef echando la mano á la campanilla, es preciso llevarlas á vuestra antesala. Estais indispuesta, cuando entrásteis estabais ya muy pálida.

—¿Qué estaba pálida decís, Alberto?

—Con una palidez que os sienta perfectamente, madre mia; pero que no por eso nos ha asustado menos á mi padre y á mi.

—¿Os ha hablado de ello vuestro padre? preguntó vivamente Mercedes.

—No, señora, pero á vos, acordaos, os hizo esta observacion.

—No me acuerdo, dijo la condesa.

Un criado entró, acudia al ruido de la campanilla.

—Llevad esas flores á la antesala ó al gabinete de tocador, dijo el vizconde; hacen mal á la señora condesa.

El criado obedeció.

Hubo un largo silencio, que duró todo el tiempo que se gastó en cumplir esta órden.

—¿Qué nombre es ese de Monte-Cristo? preguntó la condesa así que el criado hubo llevado el último vaso de flores. ¿Es algun nombre de familia, de tierra, un simple título?

—Creo, madre mia, que es un título y nada mas. El conde ha comprado una isla en el archipiélago toscano, y ha fundado un pequeño reino, segun él decia esta mañana. Ya sabeis que eso se suele hacer por San Esteban de Florencia, por San Jorge Constantino de Parma y aun por la órden de Malta. Por lo demas, no tiene ningunas pretensiones de nobleza, y se llama conde de casualidad, aunque la opinion general de Roma es que el conde es un gran señor.

—Sus maneras son escelentes, dijo la condesa, á lo menos segun lo que he podido juzgar por los cortos instantes que ha permanecido aqui.

—¡Oh! perfectas, madre mia, tan perfectas que sobrepujan en mucho á todo lo mas aristocrático que yo he conocido en las tres noblezas principales, es decir, en la nobleza inglesa, la española y la alemana.

La condesa, reflexionó un instante, despues replicó.

—Habeis visto, mi querido Alberto.... es una pregunta de madre la que os dirijo.... habeis visto á Mr. de Monte-Cristo en su interior; teneis perspicacia, teneis mundo, mas de lo que ordinariamente se tiene á vuestra edad; ¿creeis que el conde sea lo que realmente parece?

—¿Y qué os parece?

—Vos lo habeis dicho hace un instante, un gran señor.

—Os he dicho madre mia, que le tenia por tal.

—¿Pero vos qué creeis, Alberto?

—Yo no tengo opinion fija acerca de él, lo creo maltés.

—No os pregunto sobre su origen: os pregunto sobre su persona.

—¡Ah! sobre su persona, eso es otra cosa, he visto tantas cosas extrañas de él; que si quereis que os diga lo que pienso, os responderé que le miraria como uno de los hombres de Byron, quienes la desgracia ha marcado con un sello fatal; algun Manfredo, algun Lara, algun Werner, como uno de esos restos en fin de alguna familia antigua, que desheredados de su fortuna paterna, han encontrado una por la fuerza de su génio aventurero, que les ha hecho superior á las leyes de la sociedad....

—¿Qué decis?....

—Digo que Monte-Cristo es una isla en medio del Mediterráneo, sin habitantes, sin guarnicion, guarida de contrabandistas de todas naciones, de piratas de todos los paises. ¿Quién sabe si estos dignos industriales pagarán á su señor un derecho de asilo?

—Es posible, dijo reflexionando la condesa.

—Pero no importa, replicó el jóven; contrabandista ó no, convendreis, madre mia, puesto que le habeis visto, en que el señor conde de Monte-Cristo es un hombre notable, y que hará mucho efecto en los salones de Paris; y escuchad, esta mañana en mi cuarto empezó su entrada en el mundo, dejando estupefactos á todos los que alli estaban, y aun á Chateau-Renaud.

—¿Y qué edad podrá tener el conde ? preguntó Mercedes , dando visiblemente gran importancia á esta pregunta.

—Tiene de treinta y cinco á treinta y seis años , madre mia.

—Tan jóvenes imposible dijo Mercedes , respondiendo al mismo tiempo á lo que le decia Alberto, y á lo que le decia su pensamiento.

—Sin embargo , es verdad , tres ó cuatro veces me ha dicho , y seguramente sin premeditacion , en tal época yo tenia cinco años, en otra tenia diez , en aquella doce. Yo , que por mi curiosidad estaba alerta siempre que hablaba de estos detalles , reunia las fechas, y jamás le cogi en falta. La edad de este hombre singular , que no tiene edad , es treinta y cinco años todo lo mas. Acordaos , madre mia , cuán viva es su mirada , cuán negros están sus cabellos , y su frente , aunque pálida , no tiene una arruga ; es una naturaleza no solamente vigorosa , sino jóven.

La condesa bajó la cabeza , como agoviada por amargos pensamientos.

—¿Y ese hombre es un amigo verdadero ? preguntó con un estremecimiento nervioso.

—Yo lo creo así , señora.

—¿Y vos... le apreciáis tambien?

—Me agrada , señora , diga lo que quiera Franz d' Epinay que queria hacerle pasar á mis ojos por un hombre venido del otro mundo.

La condesa hizo un movimiento de terror.

—Alberto dijo con voz alterada , siempre os he encargado que tengais mucho cuidado con los nuevos conocimientos que hagais. Ahora sois hombre , y me podriais dar consejos ; sin embargo , sed prudente Alberto.

—Pero seria preciso , querida madre , para poder aprovechar el consejo , saber de qué tengo que desconfiar. El conde no juega nunca , no bebe mas que agua dorada con una gota de vino de España ; el conde se ha anunciado rico , y en efecto lo es : ¿ qué quereis pues , que tema del conde?

—Teneis razon , dijo la condesa , y mis terrores son locos , tratándose de un hombre que os ha salvado la , vida. A propósito ; ¿ le ha recibido bien vuestro padre ? Es importante que estemos mas que amables con el conde. Mr. de Morcefestá ocupado á veces , sus negocios le ponen disgustado , y podria ser que sin querer....

—Mi padre ha estado perfecto , señora , interrumpió Alberto ; diré mas ; ha parecido infinitamente lisongeado de dos ó tres cumplimientos que le ha dirigido tan á propósito el conde , como si le hubiera conocido ha treinta años. Cada una de estas flechas lisongeras han debido agradar á mi padre , añadió Morcef riendo , de suerte que se han separado los mejores amigos del mundo , y Mr. de Morcef queria llevarle á la cámara para hacer que oyese su discurso.

La condesa no respondió ; estaba absorta en una meditacion tan profunda que sus ojos se habian cerrado poco á poco. El jóven, en pie delante de ella , la miraba con ese amor filial mas tierno y afectuoso en los hijos cuyas madres son aun hermosas ; y despues de

haber visto cerrarse sus ojos, la escuchó respirar un instante en su dulce inamovilidad, y creyéndola dormida se alejó de puntillas, abriendo con precaución la puerta del aposento donde quedaba su cuadro.

—Este diablo de hombre, murmuró meneando la cabeza, ya yo habia predicho que haria sensacion en el mundo; mido su efecto por un termómetro infalible. Mi madre ha parado mucha la atencion en él, de consiguiente debe ser notable.

Y bajó á las caballerizas, no sin cierto despecho secreto, de que sin malicia alguna, el conde de Monte-Cristo habia logrado tener un tiro de caballos mejor que el suyo, el cual desmereceria mucho en la opinion de los inteligentes.

—Decididamente, dijo, los hombres no son iguales, es preciso suplicar á mi padre que aclare este teorema en la cámara alta.

CAPITULO XLI.

El señor Bertuccio.

Durante este tiempo el conde habia llegado á su casa; seis minutos se habian pasado en el camino, y bastantes para que fuese visto de mas de veinte jóvenes que, conociendo el precio del tiro de caballos que ellos no habian podido comprar, habian puesto sus cabalgaduras al galope para entrever al espléndido señor que usaba caballos de 10,000 francos cada uno.

La casa elegida por Ali, y que debia servir de residencia á Monte-Cristo, estaba situada á la derecha subiendo los Campos Eliseos, colocada entre un patio y jardin; una plazoleta de árboles muy espesos que se elevaban en medio del patio, cubrian una parte de la fachada; al rededor de esta plazoleta se estendian como dos brazos, dos calles de árboles que conducian desde la reja los carruages á una doble escalera, sosteniendo en cada escalon un jarrón de porcelana lleno de flores. Esta casa aislada en medio de un ancho espacio, tenia ademas de la entrada principal otra entrada que caia á las calles de Pont-Ruén.

Antes de que el cochero hubiese llamado al portero, la reja maciza giró sobre sus goznes, habian visto venir al conde, y en Paris como en Roma, como en todas partes, era servido con la rapidez del relámpago. El cochero entró pues, describió el semicírculo, y la reja estaba ya cerrada cuando las ruedas rechinaban aun sobrela arena de la calle de árboles.

A la izquierda de la escalera el carruage se paró; dos hombres se presentaron en la portezuela; uno era Ali, que se sonrió al ver á su señor con una franqueza increíble de alegría, y que fué pagado por una mirada de Monte Cristo.

El otro saludó humildemente y presentó su brazo al conde para ayudarle á bajar del carruage.

—Gracias, señor Bertuccio, dijo el conde saltando ligeramente del carruage, ¿y el notario?

—Está en el saloncito, excelencia, respondió Bertuccio.

—¿Y las targetas que os he mandado grabar en cuanto supiéseis el número de la casa?

—Ya está hecho, señor conde; he estado en casa del mejor grabador del Palais-Royal, que grabó la plancha delante de mí, la primera que tiraron fué llevada al instante á casa del señor baron Danglars, diputado, calle de la Chaussée-d' Autin, número 7, las otras están sobre la chimenea de la alcoba de su excelencia.

—Bien, ¿qué hora es?

—Las cuatro

Monte-Cristo dió sus guantes, su sombrero y su baston al mismo lacayo francés que se habia lanzado fuera de la antesala del conde de Morcef para llamar el carruage; despues pasó al saloncito, conducido por Bertuccio, que le mostró el camino.

—Vaya una pobreza de mármoles en esta antesala, espero que los cambien inmediatamente.

Bertuccio se inclinó.

Como habia dicho el mayordomo, el notario esperaba en el salon. Era un hombre de fisonomía honrada y pacífica.

—¿Vos sois el notario encargado de vender la casa de campo que yo quiero comprar? preguntó Monte-Cristo.

—Si, señor conde, respondió el notario.

—¿Está preparada el acta de venta?

—Si, señor conde.

—¿La habeis traído?

—Aquí está.

—Perfectamente. ¿Y dónde está la casa que compro? dijo el conde dirigiéndose á Bertuccio y al notario.

El mayordomo hizo un gesto que significaba: No sé.

El notario miró á Monte-Cristo con asombro.

—¿Cómo? dijo, no sabe el señor conde donde está la casa que compra?

—No.

—¿No tiene el señor conde la menor idea de su situacion?

—¿Y cómo demonios habia de saberlo? acabo de llegar de Cadiz esta mañana, jamás he estado en Paris, esta es la primera vez que pongo el pié en Francia.

—Entonces es otra cosa, respondió el notario, la casa que el señor conde compra está situada en Auteuil.

A estas palabras Bertuccio palideció visiblemente.

—¿Y dónde está Auteuil? preguntó Monte-Cristo.

—A dos pasos de aquí, señor conde, respondió el notario, un poco despues de Passy, en una situacion encantadora, en medio del bosque de Boloña.

—¡Tan cerca! dijo Monte-Cristo; pero eso no es campo. ¿Cómo diablos me habeis ido á escoger una casa á las puertas de Paris, señor Bertuccio.

—¡Yo! exclamó el mayordomo turbado, no seguramente, no es á mi á quien el señor conde encargó que le eligiese una casa; acuérdesse el señor conde, busque en su memoria, reuna sus ideas.

—¡Ah! es verdad, dijo Monte-Cristo me acuerdo ahora de que he leído este anuncio en un periódico, y me he dejado seducir por este título: *Casa de campo*.

—Aun es tiempo, dijo vivamente Bertuccio, y si vuestra excelencia quiere encargarme que busque otra, la encontraré mucho mejor, en Eughien, en Fontenay-aux-Roces, ó en Besse-vue.

—No, no, dijo desdeñosamente Monte-Cristo; puesto que ya tengo esta la conservaré.

—Y haceis bien, dijo vivamente el notario, temiendo perder sus ganancias: es una propiedad encantadora: aguas cristalinas y abundantes; bosques espesos, habitaciones cómodas, aunque abandonadas hace tiempo, sin contar con los muebles que, aunque un poco antiguos, tienen valor, sobre todo en el día que solo se buscan las cosas antiguas. Perdonad, pero creo que el señor conde tendrá el gusto de la época.

—Hablad, hablad, dijo Monte-Cristo; ¿es cosa conveniente?

—¡Ah! señor, mucho mejor, es magnífica.

—Pues nada, no hay que desperdiciar esta ocasion, dijo Monte-Cristo; el contrato, señor notario.

Y firmó rápidamente despues de haber echado una ojeada hácia el sitio donde estaban designados los nombres de los propietarios y la situacion de la casa.

—Bertuccio, dijo, entregad cincuenta y cinco mil francos á este caballero.

El mayordomo salió con pasos no muy seguros, y volvió con un atado de billetes de banco que el notario contó como un hombre poco acostumbrado á recibir el dinero con tanta exactitud.

—¿Y ahora, preguntó el conde, están cumplidas todas las formalidades?

—Todas, señor conde.

—¿Teneis las llaves?

—Están en poder del portero que guarda la casa; pero aqui teneis la orden que le he dado de instalaros en vuestra nueva propiedad.

—Muy bien.

Y Monte-Cristo hizo al notario un movimiento que queria decir:

—Ya no tengo necesidad de vos; idos.

—Pero, exclamó el honrado notario, el señor conde se ha engañado me parece; comprendido todo, no son mas que cincuenta y cinco mil francos.

—¿Y vuestros honorarios?

—Están pagados con esta suma, señor conde.

—¿Pero no habeis venido de Auteuil aqui?

—¡Oh! yo lo creo.

—Pues bien; preciso es pagaros vuestra incomodidad, dijo el conde. Y le despidió con una mirada.

El notario salió lentamente, haciendo una cortesía hasta los pies á cada paso que daba, era la primera vez, desde el día que empezó la carrera, que encontraba semejante cliente.

—Conducid á este caballero, dijo el conde á Bertuccio.

Y el mayordomo salió detrás del notario.

Apenas estuvo solo el conde, sacó de su bolsillo una cartera con cerradura, que abrió con una llavecita que llevaba al cuello, y de la que no se separaba nunca.

Después de haber buscado un momento, se detuvo en una hoja que contenía varias notas, comparó estas notas con el acta de venta que había puesto sobre la mesa, y reflexionando un momento:

—Auteuil, calle de la Fontaine, número 50, esto es, dijo: ahora, ¿deberé arrancar esa confesión por el terror religioso ó por el terror físico? Dentro de una hora lo sé todo.

—¡Bertuccio! exclamó dando un golpe con una especie de martillo sobre un timbre, que produjo un sonido agudo y sonoro: ¡Bertuccio!

El mayordomo se presentó en el dintel.

—Señor Bertuccio, dijo el conde, ¿no me habíais dicho otras veces que habéis viajado por Francia?

—Por ciertas partes de Francia, si, excelencia.

—¿Sin duda conocéis los alrededores de Paris?

—No, excelencia, no, respondió el mayordomo con cierto temblor nervioso, que Monte-Cristo, conecedor en punto á emociones, atribuyó con razon á viva inquietud.

—Siento que no hayais visitado los alrededores de Paris, dijo, porque quiero visitar esta tarde mi nueva propiedad, y viniendo conmigo hubiérais podido darme útiles informes.

—¡A Auteuil!! exclamó Bertuccio, cuya tez tostada se volvió casi lívida: yo ir á Auteuil!!

—¿Y qué tiene eso de extraño? Cuando yo viva allí, será preciso que vengais conmigo, puesto que formais parte de la casa.

Bertuccio bajó la cabeza ante la imperiosa mirada de su señor, y permaneció inmóvil sin responder.

—¡Ah! ¿qué teneis? ¿Vais á hacerme llamar por segunda vez para el carruage? dijo Monte-Cristo con el tono con que Luis XIV pronunció aquella frase: «¡he tenido que esperar!»

Bertuccio se lanzó á la antesala, y gritó con voz ronca:

—Los caballos de S. E.

Monte-Cristo escribió dos ó tres esquelas; cuando cerró la última, volvió á presentarse el mayordomo.

—El carruage de su excelencia está á la puerta, dijo.

—Pnes bien, tomad vuestros guantes y vuestro sombrero, dijo Monte-Cristo.

—¡Pues qué! ¿voy al fin con el señor conde? exclamó Bertuccio exasperado.

—Sin duda, es preciso que deis vuestras órdenes, puesto que quiero habitar aquella casa.

No se podía responder á esta orden; así, pues, el mayordomo

sin pronunciar una palabra siguió á su señor que subió al carruage haciéndole seña de que le siguiese.

El mayordomo se sentó respetuosamente sobre la banqueta de lantera.

CAPITULO XLIII.

La casa de Auteuil.

Monte-Cristo habia reparado que al bajar la escalera, Bertuccio se habia persignado á la manera de los corsos, es decir, cortando el aire en forma de cruz con el puño, y que al tomar asiento en el carruage habia murmurado una corta oracion. Cualquiera otro que no fuera un hombre curioso hubiese tenido piedad de la singular repugnancia manifestada por el digno intendente para el paseo premeditado *extramuros* por el conde; pero segun parece, este era demasiado curioso para poder dispensar á Bertuccio tal viage.

En veinte minutos estuvieron en Auteuil. La emocion del mayordomo crecia por grados. Al entrar en el pueblo, Bertuccio arrimado á un rincon del coche, comenzó á examinar con una emocion febril todas las casas, por delante de las cuales pasaban.

—Parareis en la calle de la Fontaine, número 28, dijo el conde fijando despiadadamente su mirada sobre el mayordomo, al cual daba esta órden,

El sudor inundaba la frente de Bertuccio, y sin embargo obedeció, é inclinándose fuera del carruage, gritó al cochero, calle de la Fontaine, número 28.

Este número 28 estaba situado en un extremo del pueblo. Durante el viage se habia acercado la noche, ó mas bien una nube negra, cargada de electricidad, daba á estas tinieblas la apariencia y solemnidad de un episodio dramático, el carruage se detuvo, y el lacayo se precipitó á la portezuela para abrirla.

—Y bien, dijo el conde, ¿no bajais señor Bertuccio? ¿os quedais dentro? ¿en qué diablos pensais hoy?

Bertuccio se precipitó por la portezuela, y presentó su hombro al conde, quien se apoyó esta vez, y bajó uno á uno los tres escalones del estribo.

—Llamad, dijo el conde, y anunciadme.

—Bertuccio llamó, la puerta se abrió, y el portero se presentó en ella.

—¿Quién es? preguntó.

—Es vuestro nuevo amo; y presentó al portero el billete de reconocimiento, entregado por el notario.

—Luego, ¿se ha vendido la casa? preguntó el portero, ¿y es este caballero quien la viene á habitar?

—Si, amigo mio, dijo el conde, y procuraré hacer todo lo posible porque quedeis contento de vuestro nuevo amo.

—¡Oh! caballero, dijo el portero, no tendré mucho que sentirle, porque le veíamos rara vez; hace mas de cinco años que no ha venido, y bien ha hecho en vender una casa que no le servia de nada.

—¿Y cómo se llamaba vuestro antiguo amo? preguntó Monte-Cristo.

—¡El señor marqués de Saint-Meran! respondió el portero.

—¡El marqués de Saint-Meran! replicó Monte-Cristo; pero me parece que este nombre no me es desconocido, dijo el conde; el marqués de Saint-Meran.....

Y pareció reunir sus ideas.....

—Un noble antiguo, continuó el conserje, un fiel servidor de los Borbones; tenia una hija única que casó con Mr. de Villefort, que ha sido procurador del rey en Nim y despues en Versalles.

Monte-Cristo arrojó una mirada que encontró á Bertuccio mas livido que la pared, contra la cual se apoyaba para no caer.

—¿Y ese jóven no ha muerto? preguntó Monte-Cristo; me parece haberlo oído decir.

—Si señor, hace veinte y un años, y desde este tiempo no hemos vuelto á ver tres veces al pobre marqués.

—Gracias, gracias, dijo Monte-Cristo, juzgando por la postracion del mayordomo, que ya no podia tirar de aquella cuerda sin temor de romperla; gracias, dadme una luz.

—¿Os he de acompañar?

—No, es inútil; Bertuccio me alumbrará.

Y Monte-Cristo acompañó estas palabras con el don de dos piezas de oro, que hicieron deshacerse al conserje en bendiciones y suspiros.

—¡Ah, caballero! dijo el conserje despues de haber buscado inútilmente sobre la chimenea; es que no tengo aquí bugias.

—Tomad una de las linternas del carruage, Bertuccio, y mostradme las habitaciones, dijo el conde.

El mayordomo obedeció sin observacion; pero era fácil ver en el temblor de la mano que sostenia la linterna cuanto le costaba obedecer.

Recorrieron un piso bajo bastante grande, un piso principal compuesto de un salon, una sala de baños y dos alcobas. Por una de estas alcobas se iba á una escalera de caracol que concluia en el jardin.

—¡Calle! aquí hay una escalera, dijo el conde; esto es bastante cómodo. Alumbradme, señor Bertuccio; pasad adelante, y vamos adonde nos conduzca esta escalera.

—Señor, dijo Bertuccio, conduce al jardin.

—¿Y cómo sabeis eso?

—Es decir, debe conducir.....

—¡Pues bien! nos aseguraremos.

Bertuccio lanzó un suspiro y caminó adelante. La escalera desembocaba efectivamente en el jardin.

En la puerta exterior se paró el intendente.

—Vamos, señor Bertuccio, dijo el conde.

Pero este estaba aniquilado, aturdido, casi sin conocimiento. Sus ojos buscaban á su alrededor como las huellas de un pasado terrible, y con las manos crispadas parecia separar recuerdos espantosos.

—¿Qué es eso? insistió el conde.

—No, no, exclamó Bertuccio colocando la linterna en el ángulo de la pared interior; no señor, no iré mas lejos, es imposible.

—¿Qué decís? articuló la irresistible voz de Monte-Cristo.

—Pero no veis, señor, exclamó el mayordomo, que no es natural que teniendo una casa que comprar en Paris, la compréis justamente en Auteuil, y que haya de ser el número 28 de la calle de la Fontaine. ¡Ah! por qué no os lo he contado todo, monseñor? Seguramente no hubierais exigido que viniese. Yo esperaba que seria otra la casa del señor conde. Como si no hubiese otra casa en Auteuil que la del asesinato!

—¡Oh! ¡oh! exclamó Monte-Cristo deteniéndose de repente, ¡qué palabra acabais de pronunciar! ¡diablo de hombre! ¡corso maldecido! ¡siempre misterios ó supersticiones! Vamos, tomad esa linterna y visitemos el jardin, conmigo espero que no tengais miedo.

Bertuccio recogió la linterna y obedeció. La puerta, al abrirse, descubrió un cielo opaco, en el que la luna se esforzaba en vano por luchar contra un mar de nubes que la cubrian con sus olas sombrías que iluminaba un instante, y que iban á perderse en seguida mas sombrías aun, en las profundidades del firmamento.

El mayordomo Bertuccio quiso dirigirse por un sendero de la izquierda.

—No, no, por allí no, dijo Monte-Cristo; ¿á qué seguir por las calles de árboles? aquí se distingue una plazoleta, sigamos de frente.

Bertuccio se enjugó el sudor que corria por su frente, pero obedeció; sin embargo, seguia inclinándose á la izquierda; Monte-Cristo seguia la derecha, y así que hubo llegado junto á unos cuantos árboles corpulentos y añosos, se detuvo.

El mayordomo no pudo mas.

—Alejaos, señor, exclamó, alejaos, os lo suplico, estais justamente en el sitio.

—¿En que sitio?

—En el sitio donde cayó.

—Querido señor Bertuccio, dijo Monte-Cristo riendo, volved en vos; os lo ruego, aqui no estamos en Sartene ó en Côte. Esto no es un bosque, sino un jardin inglés, y no sé por qué tengais tanta repugnancia en ir por él.

—¡Señor! ¡no esteis ahí! ¡no esteis ahí!...

—Creo que os volveis loco, maese Bertuccio, dijo friamente el conde; si es así, avisadme, porque os haré encerrar en alguna jaula antes de que suceda una desgracia.

—¡Ay! excelencia, dijo Bertuccio meneando la cabeza y cruzando las manos con una actitud que hiciera reir al conde si pensamientos de mayor importancia no le ocupasen en este momento y no le

hubiesen hecho prestar atención á las menores palabras de su mayordomo, ¡ay! excelencia, la desgracia ha sucedido.

—Señor Bertuccio, dijo el conde, me agrada el ver torceros los brazos y abrir unos ojos de condenado, y siempre he notado que no hacen tantas contorsiones sino los que tienen algun secreto. Yo sabia que erais corso, sabia que erais sombrío y algunas veces hablabais entre dientes de alguna historia de *venganza*, y esto os lo pasaba en Italia, porque estas cosas están de moda en aquel pais, pero en Francia el asesinato es de muy mal gusto; hay gendarmes que se ocupan de él, jueces que le condenan y cadalsos que lo vengan.

Bertuccio cruzó las manos, y como al ejecutar estas diferentes evoluciones, no habia dejado su linterna, la luz iluminó su rostro descompuesto.

Monte-Cristo le examinó con la misma mirada con que habia examinado en Roma el suplicio de Andrea; despues, con un tono que hizo estremecer al pobre mayordomo, dijo:

—Luego mintió el abate Busoni, cuando despues de su viage á Francia en 1829, os envió á mí con una carta en la que me recomendaba vuestras buenas cualidades. ¡Y bien! voy á escribir al abate, le haré responsable de su protegido, y sin duda sabré toda la historia de su asesinato; solamente os prevengo, señor Bertuccio, que cuando vivo en un pais estoy acostumbrado á conformarme con sus leyes, y que no tengo ganas de andar con enredos con la justicia de Francia.

—¡Oh! no hagais eso excelencia; os he servido fielmente, ¿no es verdad? exclamó Bertuccio desesperado; siempre he sido hombre honrado y he hecho cuantas buenas acciones he podido.

—No digo que no, replicó el conde; pero ¿por qué diablos estais tan agitado? Esa es mala señal; una conciencia pura no pone las mejillas tan pálidas...

—Pero señor conde, repuso vacilando Bertuccio, ¿no me habeis dicho vos mismo que el abate Busoni, que oyó mi confesion en las prisiones de Nimes, os habia advertido, al enviarme á vuestra casa, que tenia una accion sola que reprenderme?

—Si; pero como os dirigía á mí diciéndome que hariais un mayordomo excelente, creí que habiais robado, nada mas.

—¡Oh! señor conde, exclamó Bertuccio con desprecio.

—Porque como erais corso, no habiais podido resistir al deseo de *hacer una piel*, como suele decirse en nuestro pais, cuando al contrario, se deshace una.

—¡Pues bien! si, monseñor, si, mi buen señor; eso es, exclamó Bertuccio arrojándose á los pies del conde; si, es una venganza, lo juro, solo una venganza.

—Comprendo; pero lo que no comprendo es que esta casa sea justamente la que os galvanice hasta tal punto.

—Pero, monseñor, ¿no es natural, replicó Bertuccio, puesto que la venganza fué ejecutada en vuestra casa?

—¡Cómo! ¿esta casa?

—¡Oh! monseñor; aun no era vuestra....

—¿Pero de quién era? El portero nos ha dicho que del marqués de Saint-Meran! ¿por qué diablos teniais que vengaros del marqués de Saint-Meran?

—¡Oh! no era de él, monseñor; era de otro.

—Vaya un encuentro extraño, dijo Monte-Cristo, pareciendo ceder á sus reflexiones, que os halleis por casualidad, sin preparacion alguna, en una casa donde ha pasado, lo que os causa tan espantosos remordimientos.

—Señor, dijo el mayordomo, la fatalidad conduce todo esto, estoy seguro: primero comprais una casa justamente en Auteuil; esta casa es la misma donde yo cometi el asesinato: bajais al jardin, justamente por una escalera por donde él bajó; os deteneis justamente en el lugar donde él recibió el golpe; á dos pasos, debajo de este plátano, estaba la fosa donde acababa de enterrar al niño: todo esto no es casualidad; esto es Providencia.

—Pues bien; veamos, señor corso: supongamos que sea Providencia; yo supongo siempre lo que quiero: ademas, á los espíritus débiles es preciso concederles todo lo que desean. Vamos, reunid vuestras ideas, y contadme eso.

—No lo he contado mas que una vez, señor, y fué al abate Busoni. Tales cosas, añadió Bertuccio meneando la cabeza, no se dicen mas que bajo el sello de la confesion.

—Entonces, mi querido Bertuccio, dijo el conde, os agrada que os envíe con vuestro confesor; con él os hareis cartujo ó bernardo; y hablareis de vuestros secretos. Pero yo tengo miedo de un hombre que se asusta de semejantes fantasmas; no me gusta que mis servidores no se atrevan á pasearse por la noche en mi jardin: despues, lo confieso, me agradaria poco alguna visita del comisario de policia; porque, sabedlo, maese Bertuccio, en Italia no se paga la justicia sino se calla; pero en Francia no se la paga, al contrario, sino cuando habla. ¡Diantre! os creia un poco mas corso, un gran contrabandista, un hábil mayordomo; pero veo que teneis otras cuerdas en vuestro arco. Señor Bertuccio, ya no estais á mi servicio!

—¡Oh! ¡monseñor, monseñor! exclamó el mayordomo aterrado de esta amenaza. ¡Oh! sino se necesita mas que eso para quedar yo á vuestro servicio, hablaré, lo diré todo; y si me separo de vos, será para ir al cadalso!

—Entonces eso es diferente, dijo Monte-Cristo; pero si quereis mentir reflexionado; mas vale que no hableis nada.

—¡No señor! os lo juro por la salvacion de mi alma, os lo diré todo; porque el abate Busoni no ha sabido mas que una parte de mi secreto; pero primero, os lo suplico, alejaos de ese plátano, mirad, la luna va á salir, y ahí, colocado como estais, envuelto en esa capa que me oculta vuestro cuerpo, que se asemeja al de Mr. Villefort...

—¡Cómo! exclamó Monte-Cristo, es Mr. de Villefort....

—¿Le conocia vuestra excelencia?

—¿El antiguo procurador del rey en Nimes?

—Sí.

- ¿Que se casó con la hija del marqués de Saint-Meran?
- Si.
- Y que tenia la reputacion del magistrado mas honrado, mas severo, mas rígido!...
- Pues bien, señor, exclamó Bertuccio; ese hombre de una reputacion tan sólida y tan irreprochable....
- Si, si....
- Era un infame!...
- ¡Bah! dijo Monte-Cristo, imposible.
- Sin embargo es la pura verdad.
- ¿Si?... dijo Monte-Cristo, ¿y teneis pruebas de ello?...
- La tenia á lo menos.
- ¿Y la habeis perdido? ¿torpe?
- Si; pero buscándola bien, podremos encontrarla.
- ¡Bien! ¡bien! ahora contadme eso, señor Bertuccio, porque os digo á la verdad que me va interesando.
- Y el conde tarareando un ária de la *Lucia*, se fué á sentar sobre un banco, mientras que Bertuccio le seguia reuniendo sus ideas.
- Bertuccio permaneci6 en pie delante del conde.

CAPITULO XLIV.

La venganza.

- ¿Por dónde quereis, señor conde, que os empiece á contar los sucesos? preguntó Bertuccio.
- Por donde querais, dijo Monte-Cristo, pues no sé absolutamente nada.
- Sin embargo, yo creia que el abate Busoni habia contado á vuestra excelencia....
- Si, algunos detalles sin duda; pero se han pasado siete ú ocho años despues, y lo he olvidado todo.
- Entonces puedo, sin temor de fastidiar á vuestra excelencia....
- Hablad, señor Bertuccio, hablad, de algun modo pasaré la noche.
- Los sucesos se remontan á 1815.
- ¡Ah! ¡ah! dijo Monte-Cristo, no es ayer 1815.
- No, señor, y sin embargo los menores detalles los tengo tan presentes como si hubiesen pasado ayer. Yo tenia una hermana, y un hermano mayor, que estaba al servicio del emperador. Era teniente en un regimiento compuesto enteramente de corsos. Este hermano era mi único amigo; habiamos quedado huérfanos, yo á los cinco años, y él á los diez y ocho; me habia criado como si hubiese sido su hijo. En 1814 en tiempo de los Borbones se habia casado; el emperador sali6 de la isla de Elba, y mi hermano volvi6 á

seguir al instante en el servicio, y herido ligeramente en Waterlloo, se retiró con el ejército detrás del Loire.

—Pero esa historia de los cien dias que me contais, señor Bertuccio, la he oido ya sino me engaño.

—Excusadme excelencia, pero estos primeros detalles son necesarios, y me habeis prometido tener paciencia.

—¡Proseguid! ¡proseguid! cumpliré mi palabra.

—Un dia recibimos una carta; es menester deciros que habitábamos en la pequeña aldea de Rogliano, en la estremidad del cabo Corso: esta carta era de mi hermano; nos decia que el ejército estaba licenciado, y que volvía por Chateau-Roux, Clermond-Ferrand, el Puy y Nimes; si tenia algun dinero me suplicaba que lo mandase á Nimes en casa de un fondista conocido nuestro, con el cual tenia yo algunas relaciones.

—De contrabando, respondió Monte-Cristo.

—¡Pero por Dios! señor conde, es menester buscarse la vida.

—Ciertamente; continuad, pues.

—Yo amaba tiernamente á mi hermano, ya os lo he dicho, excelencia; así resolví no enviarle el dinero, sino llevárselo yo mismo. Poseía mil francos, dejé quinientos á Assunta, que era mi cuñada; tomé los quinientos restantes, y me puse en camino para Nimes. Era cosa fácil, tenia mi barca un cargamento que hacer en el mar; todo secundaba mi proyecto.

Pero hecho el cargamento se volvió contrario el viento; de manera que estuvimos cuatro ó cinco dias sin poder entrar en el Ródano. Por fin lo conseguimos; llegamos hasta Arlés; dejé el barco entre Bellegarde y Beaucaire, y tomé el camino de Nimes.

—Y llegásteis, ¿no es esto?

—Si, señor, dispensadme; pero como vé vuestra excelencia, no digo mas que las cosas absolutamente necesarias. Fuera, de esto, era el momento en que tenian lugar las famosas mortandades del Mediodia. Habia allí dos ó tres bandidos que se llamaban Trestailon, Truphemy y Graffan, que degollaban por las calles á todos los que se sospechaba Bonapartistas. Sin duda el señor conde habrá oido hablar de estos asesinatos.

—Vagamente; estaba muy lejos de Francia en esa época. Continuad:

—Al entrar en Nimes, se caminaba por encima de la sangre; á cada paso se encontraban cadáveres; los asesinos organizados por bandas, mataban, saqueaban y quemaban.

A la vista de esta carniceria me entró miedo, no por mí, yo simple pescador corso, no tenia gran cosa que temer; al contrario, aquel tiempo era bueno para nosotros los contrabandistas; pero por mi hermano, por mi hermano soldado del imperio, que volvía del ejército del Loire con su uniforme y sus charreteras, y que por consecuencia tenia que temerlo todo.

Corrí á la casa de nuestro fondista; mis presentimientos no me habian engañado, mi hermano habia llegado á Nimes, y á la puerta misma del que venia á pedir hospitalidad habia sido asesinado.

Pregunté á todo el mundo para conocer á los asesinos, pero nadie se atrevió á decirme sus nombres, tan temidos eran. Pensé entonces en la justicia francesa de que me habian hablado tanto, que no temía nada, y me presenté en casa del procurador del rey.

—¿Y ese procurador del rey se llamaba Villefort? preguntó sencillamente el conde de Monte-Cristo.

—Si, excelencia: venia de Marsella, en donde habia sido sustituto. Su celo le habia valido el ascenso. Era uno de los primeros, decian, que habian anunciado al gobierno el desembarco de la isla de Elba.

—Pero, respondió Monte-Cristo, ¿vos os presentásteis en su casa?

—Señor, le dije yo, mi hermano ha sido asesinado ayer en las calles de Nimes, yo no sé por qué, pero es vuestra obligacion saberlo. Vos sois aqui el gefe de la justicia, y á la justicia toca vengar á los que no ha sabido defender.

—¿Y qué era vuestro hermano? preguntó el procurador del rey.

—Teniente del batallon corso.

—¿Un soldado del usurpador entonces?

—Un soldado de los ejércitos franceses.

—¡Y bien! replicó se ha servido de la espada y ha perecido por la espada.

—Os engaÑais, señor, ha perecido por el puÑal.

—¿Qué quereis que yo haga? respondió el magistrado.

—Ya os lo he dicho; quiero que le vengueis.

—¿Y de quién?

—De sus asesinos.

—¿Y los conozco yo?

—Hacedlos buscar.

—¿Para qué? Vuestro hermano habrá tenido alguna querrela, y se habrá batido en duelo. Todos esos antiguos soldados hacen escesos en que han tenido buen éxito en tiempo del imperio, pero que se vuelven mal para ellos ahora; fuera de esto, nuestras gentes del Mediodia no quieren ni á los soldados ni á los escesos.

—Señor, respondí yo, no os suplico por mí. Yo, lloraria ó me vengaria, eso seria todo; pero mi pobre hermano tenia una muger. Si me sucediese la misma desgracia á mi vez, esta pobre criatura moriria de hambre, porque se mantenía solo con el trabajo de mi hermano. Obtened para ella una pequeña pension del gobierno.

—Cada revolucion tiene sus catástrofes, respondió Mr. de Villefort, vuestro hermano ha sido víctima de esta; es una desgracia; pero el gobierno no debe nada á vuestra familia por esto. Si tuviésemos que juzgar todas las venganzas que los partidarios del usurpador han egercido contra los partidarios del rey, cuando á su vez disponian del poder, vuestro hermano, puede ser que hubiese sido hoy condenado á muerte. Lo que se ha verificado, es cosa muy natural, porque es la ley de las represalias.

—¡Y qué! señor, exclamé yo, ¿es posible que me habléis asi, vos, un magistrado!...

— Todos estos corsos son locos, respondió Mr. de Villefort, y creen aun que su compatriota es emperador. Os engañais, querido mio; hubiese sido menester decirme esto hace dos meses. Hoy es demasiado tarde; idos pues, y si no quereis, yo os haré marchar.

Yo le miré un instante para ver si una nueva súplica tendria alguna cosa que esperar. Este hombre era de piedra. Me aproximé á él

— Y bien, le dije yo, á media voz, puesto que vos conoceis tan bien á los corsos, debéis saber como cumplen su palabra. Vos creéis que han hecho bien en matar á mi hermano, que era bonapartista, porque vos sois realista; ¡pues bien! yo que soy bonapartista tambien, os declaro una cosa; y es que os he de matar. A contar desde este momento os declaro la venganza, así, pues, sabedlo, y guardaos mejor; porque la primera vez que nos encontremos cara á cara, habrá llegado vuestra última hora.

Y antes que hubiese vuelto de su sorpresa, abrí la puerta y me marché.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Monte-Cristo, con vuestra humilde figura decís esas cosas, señor Bertuccio, y á un procurador del rey! ¿Y sabia él al menos lo que quiere decir esa declaracion?

— Lo sabia tan bien que desde aquel momento no salió ya solo y se encerró en su casa, haciéndome buscar por todas partes. Felizmente estaba tan bien oculto que no pudo encontrarme. Entonces se apoderó de él el temor, y tembló de quedar mas tiempo en Nimes; solicitó su cambio de residencia, y como era en efecto un hombre influyente, fué nombrado para Versalles; pero vos lo sabeis, no hay distancia para un corso que ha jurado vengarse de su enemigo, y su carruage, por bien conducido que fuese, no ha llevado nunca mas de media jornada de adelanto conmigo, que sin embargo le seguia á pie.

Lo importante no era matarle, cien veces habia encontrado ya ocasion; pero era menester matarle sin ser descubierto, y sobre todo sin ser arrestado. Por otra parte, yo no me pertenecia ya; tenia que proteger y mantener á mi cuñada. Durante tres meses espí á Mr. Villefort; durante tres meses no dió un paso, un movimiento, un paseo, que mi mirada no le siguiese donde iba. En fin, descubrí que venia misteriosamente á Auteuil; le seguí aun, y le vi entrar en esta casa en que estamos; solamente, en lugar de entrar como todo el mundo, por la puerta de la calle, venia, unas veces á caballo, ó en carruage, dejaba el carruage ó el caballo en la posada, y entraba por esta pequeña puerta que veis allí.

Monte-Cristo hizo con la cabeza un movimiento que probaba que en medio de la oscuridad distinguia en efecto la entrada indicada por Bertuccio.

— Yo no tenia nada que hacer en Versalles, me fijé en Auteuil y me informé. Si queria, aqui es donde infaliblemente debia encontrarle.

— La casa pertenecia, como ha dicho el portero á vuestra excelencia, á Mr. de Saint-Meran, suegro de Villefort. Mr. Meran vivia en Marsella, por consiguiente esta casa le era inútil, así pues, decian

que acababa de alquilarla á una jóven viuda á quien conocian bajo el nombre de la baronesa

En efecto, una noche mirando por encima de la tapia, ví una muger jóven y hermosa que se paseaba sola por el jardin y miraba con frecuencia á la puertecita, y comprendí que esa noche esperaba á Villefort. Cuando estuvo bastante cerca de mí para que á pesar de la obscuridad pudiese distinguir sus facciones, ví una muger de diez y ocho á diez y nueve años, alta y rubia. Como estaba vestida solo con un peinador y nada ceñia su cintura, noté que estaba en cinta y que su embarazo parecia de mucho tiempo.

Algunos momentos despues abrieron la puertecita; un hombre entró, la jóven corrió precipitadamente á su encuentro, ambos se arrojaron en los brazos uno de otro, abrazáronse tiernamente y entraron juntos en la casa.

Este hombre era Mr. de Villefort. Yo juzgué que al salir, sobre todo si salia de noche, debia atravesar el jardin.

—Y preguntó el conde, ¿habéis sabido despues el nombre de esa muger?

—No, excelencia, respondió Bertuccio, vais á ver que no tuve tiempo de saberlo.

—Continuad.

—Aquella noche, replicó Bertuccio, hubiera podido matarle si hubiera conocido mejor el jardin. Temí no matarle bien, y no poder huirsi alguno acudia á sus gritos. Lo dejé para la próxima cita y para que nada se me escapase, tomé un cuartito enfrente de la tapia del jardin

Tres dias despues, hácia las siete de la noche, ví salir de la casa un criado á caballo que tomó á galope el camino que conducia al de Sevres, presumí que iba á Versailles; no me engañaba. Tres horas despues el hombre volvió cubierto de polvo, su mensaje estaba terminado. Diez minutos despues, otro hombre á pié, envuelto en una capa, abria la puertecita del jardin que se volvió á cerrar detrás de él.

Bajé rápidamente. Aunque no hubiese visto el rostro de Villefort, le reconocí por los latidos de mi corazon; atravesé la calle, me arrimé á un poste colocado junto á la tapia, y con ayuda del cual habia mirado otra vez al jardin.

Esta vez no me contenté con mirar: saqué mi cuchillo del bolsillo, me aseguré que la punta estaba bien afilada, y salté por encima de la tapia.

Mi primer cuidado fué correr á la puerta; habia dejado la llave dentro tomando la simple precaucion de dar á la cerradura dos vueltas.

Nada impediria la fuga por estelado. Me puse á estudiar las localidades. El jardin formaba un cuadrilongo; un prado de fino musgo se estendia hácia en medio: en los ángulos de este prado habia algunos árboles de follaje espeso y mezclado de flores de otoño.

Para dirigirse de la casa á la puertecita, Mr. de Villefort tenia que pasar junto á uno de estos árboles.

Era el fin de setiembre: el viento soplaba con fuerza; un poco de luna pálida y velada á cada instante por gruesas nubes, blanqueaba la arena de las calles de árboles que conducian á la casa; pero no podía atravesar la oscuridad de estos árboles espesos, en los que un hombre podía permanecer oculto sin temor de ser visto.

Me oculté en uno de ellos por donde debía pasar Villefort: apenas estaba allí cuando en medio de las bocanadas de viento que encorbaban los árboles sobre mi frente, creí distinguir como unos gemidos. Pero ya sabeis, ó mas bien no sabeis, señor conde, que el que espera el momento de cometer un asesinato cree siempre oír gritos sordos en el aire. Dos horas pasaron, durante las cuales, repetidas veces creí oír los mismos gemidos.

Al fin dieron las doce de la noche.

Cuando sonaba la última campanada lúgubre y retumbante, percibi un débil resplandor que iluminaba las ventanas de la escalera oculta, por la que hemos descendido hace poco.

La puerta se abrió y el hombre de la capa volvió á aparecer.

Era el momento terrible, pero hacia mucho tiempo que estaba preparado para poder dudar: saqué mi cuchillo y esperé.

El hombre de la capa se dirigió hácia mi lado, pero á medida que avanzaba en el espacio, creía notar que tenia un arma en la mano derecha: tuve miedo, no de una lucha, sino de un mal éxito. Así que estuvo retirado de mí solo algunos pasos, conocí que lo que yo había tomado por arma, no era otra cosa que un azadon.

Todavía no habia tenido tiempo de adivinar con qué objeto tenia en la mano Mr. de Villefort un azadon; cuando se detuvo al lado del árbol, arrojó en derredor suyo una mirada y se puso á cavar un agujero en la tierra. Entonces noté que llevaba algo debajo de la capa que acababa de colocar sobre el musgo para que fuesen mas libres sus movimientos.

La curiosidad me detuvo, y quise ver qué era lo que iba á hacer Villefort; y permanecí inmóvil, sin aliento, esperando el resultado.

Despues me ocurrió una idea que se confirmó al ver al procurador del rey sacar de debajo de su capa un cofrecito de dos pies de largo y seis á ocho pulgadas de ancho.

Le dejé colocar el cofre sobre el agujero, sobre el cual echó tierra; despues sobre esta tierra fresca apoyó sus pies para hacer desaparecer la huella de la obra nocturna. Me lancé sobre él y le hundi mi cuchillo en el pecho, diciéndole:

—¡Soy Juan Bertuccio! tu muerte por mi hermano, tu tesoro para su viuda; bien ves que mi venganza es mas completa de lo que yo esperaba.

No sé si oyó estas palabras; no lo creo, pues cayó sin arrojar un grito; yo sentí su sangre saltar humeante y ardiente sobre mis manos y sobre mi rostro; pero estaba ébrio, deliraba; esta me refrescaba en lugar de quemarme. En un segundo desenterré el cofre con ayuda del azadon, y para que no viesen que lo habia desenterrado

llené á mi vez el agujero, arrojé el azadon por encima de la tapia, y me lancé por la puerta que cerré por fuera, llevándome la llave.

—Bueno, dijo Monte-Cristo, fué un asesinato y un robo.

—No, excelencia, respondió Bertuccio, fué una venganza seguida de una restitucion.

—¿Y la suma estaria al menos en buena moneda?

—No era dinero.

—¡Ah! si, recuerdo que me hablasteis de un niño.

—Justamente, excelencia, corrí hácia el rio, me senté sobre la orilla, y ansiando saber lo que contenia el cofre, hice saltar la cerradura con un cuchillo.

Entre unos paños de finisima batista estaba envuelto un niño acabado de nacer; un rostro color de púrpura, sus manos color de violeta anunciaban que debió sucumbir á una asfixia causada por ligamentos naturales arrollados al rededor del cuello; no obstante, como aun no estaba frio, procuré bañarle en el agua que corria á mis pies; en efecto, al cabo de un instante creí sentir un ligero latido hácia la region del corazon; desembaracé su cuello del cordon que le envolvia, y como habia sido enfermero en el hospital de Bastia, hice lo que hubiera hecho un médico en mi lugar, es decir, le introduje aire en los pulmones, y despues de un cuarto de hora de inauditos esfuerzos, le ví respirar y oí escaparse un grito de su pecho.

A mi ver yo tambien arrojé un grito; pero fué un grito de alegria. Dios no me maldice, dije, puesto que permite que devuelva la vida á una criatura humana en cambio de la vida que he quitado á otra.

—¿Y qué hicisteis del niño? preguntó Monte-Cristo, era una carga demasiado embarazosa para un hombre que tenia que huir.

—Ni una idea tuve de conservarle conmigo. Pero yo sabia que habia en Paris un hospicio donde se recibian estas pobres criaturas. Al pasar por la barrera declaré haber hallado aquel niño en el camino, y me informé. El cofre estaba allí y podia dar testimonio; los pañales de batista indicaban que el niño pertenecia á parientes ricos; la sangre de que yo estaba cubierto podia pertenecer lo mismo á la criatura que á cualquiera otra persona. No pusieron ninguna dificultad; entonces me dieron las señas del hospicio, que estaba situado en la calle del Infierno. Y despues de haber tomado la precaucion de cortar el pañal en dos pedazos, de manera que una de las dos letras que lo marcaban envolviese el cuerpo del niño, mientras que yo conservaria la otra, deposité mi carga en el torno, llamé, y empecé á correr sin descansar. Quince dias despues estaba de vuelta en Rogliano, y decia á Assunta:

—Consuélate, hermana mia, Israel ha muerto; pero le he vengado.

Entonces me pidió la esplicacion de estas palabras, y le conté todo lo que habia pasado.

—Juan, me dijo Assunta, te debias haber traído ese niño; le hubiésemos servido de padres, le hubiésemos llamado Benedetto, y en favor de esa buena accion, Dios nos bendeciria seguramente.

Por toda respuesta, le dí la mitad del pañal que habia conservado á fin de hacer reclamar el niño si algun día llegábamos á ser ricos.

—¿Y con quéletras estaba marcado ese pañal? preguntó Monte-Cristo.

—De una H y de una N debajo de una diadema de baron.

—Creo, Dios me perdone, que os servís de términos de blason: señor Bertuccio! ¿dónde diablos habeis hecho vuestros estudios heráldicos?

—A vuestro servicio, señor conde, donde todo se aprende.

—Continuad, deseo saber dos cosas.

—¿Cuáles, Monseñor?

—¿Qué fué del niño, no me habeis dicho que era un niño, señor Bertuccio?

—No, excelencia, no me acuerdo de haberos dicho nada de eso.

—¡Ah! creí haber oído.... bien, me habré engañado.

—No, no os habeis engañado, porque efectivamente era un niño; pero vuestra excelencia desearia, segun me dijo, 'saber dos cosas, ¿cuál es la segunda?

—La segunda es el crimen de que fuisteis acusado cuando pedisteis el confesor, y el abate Bosoni fué á veros á la prision de Nimes.

—Tal vez durara mucho esa relacion, excelencia.

—¿Qué importa? apenas son las diez, bien sabeis que yo no duermo, y supongo que tampoco vos tendreis muchas ganas de hacerlo.

Bertuccio se inclinó, y prosiguió su narracion.

—Tanto para arrojar de mi imaginacion los recuerdos que me asaltaban, cuanto para ayudar á las necesidades de la pobre viuda, me lancé con ardor en el oficio de contrabandista.

Las costas del Mediodía estaban muy mal guardadas, á causa de los continuos movimientos que tenian lugar allí, ora en Avignon, ora en Nimes ó en Uzés. Nos aprovechamos de esta especie de tregua que nos era acordada por el gobierno. Despues del asesinato de mi hermano en las calles de Nimes, yo no habia querido entrar en esta ciudad. De aqui resultó que el posadero, con el cual haciamos nuestros negocios, viendo que no queriamos buscarle, nos buscó él á nosotros, y fundó una posada en el camino de Bellegarde á Beaucaire, con el nombre de la *posada del puente de Gard*. Asi teniamos, ya sea á Aigues Mortes, ya en Martignes, ó en Bone, una docena de casas donde depositábamos nuestras mercancías, y donde, en caso de necesidad, hallábamos un refugio contra los aduaneros y los gendarmes. Este oficio de contrabandista produce mucho, cuando se aplica á él cierta inteligencia secundada de algun vigor; en cuanto á mí, yo vivia en las montañas, teniendo ahora que temer con doble razon de los gendarmes y aduaneros, atendido á que toda presentacion delante de jueces podia producir una pesquisa, y esta pesquisa es siempre una excursion á lo pasado, y en mi pasado podia mostrar algo mas grave que algunos cigarros entrados de contrabando, ó barriles de aguardiente circulando sin pagar derechos. Así pues, pre-

firiendo mil veces la muerte á un arresto, hacia hazañas asombrosas, y que mas de una vez, me probaron que el tener tanto cuidado con el cuerpo es el único obstáculo que se opone al buen éxito de aquellos proyectos nuestros que necesitan decision rápida y ejecucion vigorosa y determinada. En efecto, una vez hecho el sacrificio de la vida, ya no es uno igual á los otros hombres, ó mas bien los otros hombres no son nuestros iguales, y una vez tomada esta resolucion, siente uno aumentarse sus fuerzas y agrandarse su horizonte.

—¡Filosofía tambien, señor Bertuccio! interrumpió el conde; pero vos de todo sabeis un poco.

—¡Oh! ¡excelencia!.....

—No, no, solamente que la filosofía á las diez y media de la noche es un poco tarde. Pero no tengo otra observacion que haceros, atendido á que la encuentro exacta, lo que no se puede decir de todas las filosofías.

—Mientras mas estensas eran mis correrías, mas provechos me producian. Assunta era el amado de casa, y nuestra pequeña fortuna se iba aumentando. Un dia que yo partía para una correría, anda, que á tu vuelta te preparo una sorpresa, dijo ella.

La interrogué inútilmente. Nada quiso decirme y partí.

La correría duró mas de seis semanas: habíamos estado en Luca cargando aceite, y en Liorna tomando algodones ingleses; nuestro desembarque se hizo sin ningun acontecimiento contrario, realizamos nuestra ganancia, y volvimos mas gozosos que nunca.

Al entrar en la casa, la primer cosa que ví en el sitio mas aparente del cuarto de Assunta, en una cuna suntuosa relativamente al resto de la habitacion, fué un niño de siete á ocho meses. Arroqué un grito de alegría.

Los únicos momentos de tristeza que habia experimentado despues del asesinato del procurador del rey, habian sido causados por el abandono de este niño; porque lo que es remordimientos por el asesinato no tuve ninguno.

La pobre Assunta todo lo habia adivinado; se habia aprovechado de mi ausencia, y con la mitad del pañal, habiendo escrito, para no olvidarlo, el dia y la hora en que fué depositado el niño en el hospital, partió á Paris y fué á reclamarle. No la pusieron ninguna dificultad, y el niño le fué entregado. ¡Ah! confieso, señor conde, que al ver aquella pobre criatura durmiendo en su cuna, se me partió el corazon, y algunas lágrimas cayeron de mis ojos.

—En verdad, Assunta, exclamé, eres una buena muger, y la Providencia te bendecirá.

—¡Ay excelencia! repuso Bertuccio; no sospechaba yo que este niño habia de ser el encargado por Dios de mi castigo. Jamás se declaró tan pronto una naturaleza mas perversa, y no obstante no se podia decir que estuviese mal educado, porque mi hermana le trataba lo mismo que á un príncipe; era un muchacho de una fisonomía encantadora, con unos ojos de azul claro; únicamente sus cabellos, de un rubio muy vivo, dando á esta fisonomía un carácter extraño, aumentaba la vivacidad de su mirada y la malicia de su sonrisa.

Tambien es verdad que la dulzura de su madre animó sus primeras inclinaciones : el niño , por quien mi pobre hermana iba al mercado cuatro ó cinco leguas de allí , para comprarle las primeras y mejores frutas y los bizcochos mas delicados, y preferia las naranjas de Palma, las conservas de Génova , las castañas robadas á su señor , mientras que tenia á su disposicion las castañas y manzanas de nuestro jardin.

Un dia (apenas tenia Benedetto cinco ó seis años) el vecino Basilio , que segun las costumbres de nuestro país , no encerraba ni su dinero ni sus joyas , porque el señor conde los sabe tan bien como nadie , en Córcega no hay ladrones, el vecino Basilio se quedó á nosotros de que se habia desaparecido un Luis de su bolsillo ; todos creyeron que habia contado mal ; pero él dijo estar seguro de que le faltaba. Este dia Benedetto habia faltado de casa desde por la mañana , y estábamos sumamente inquietos , cuando á la noche le vimos venir con un mono que se habia encontrado , segun decia , encadenado al pie de un árbol. Hacia un mes que yo no sabia qué cosa imaginar ; no cesaba de pensar en un mono. Un batelero que habia pasado por Rogliano , y que tenia muchos de estos animales , le inspiró sin duda este desgraciado capricho.

—En nuestro bosque no hay monos, le dije yo , y sobre todo encadenados : confésame de donde te ha venido eso.

Benedetto conoció su mentira , y la acompañó de detalles que hacian mas honor á su imaginacion que á su veracidad : me irrité , y se echó á reir ; le amenacé , y se retiró dos pasos.

—Tú no puedes pegarme , no tienes derecho á ello , no eres mi padre.

Siempre ignoramos quién le reveló este fatal secreto , que con tanto cuidado le habiamos ocultado ; en fin , de todos modos , esta respuesta en la cual el muchacho se rebelaba abiertamente , me espantó ; mi brazo casi levantado , volvió á caer sin tocar al culpable ; el muchacho triunfó , y esta victoria le dió tal audacia , que desde aquel momento todo el dinero de Assunta , cuyo amor hacía él parecia aumentarse á medida que era menos digno de él , se gastó en caprichos. Cuando yo estaba en Rogliano , las cosas marchaban bastante bien ; pero apenas hube partido , Benedetto quedó dueño de la casa , y todo empezó á caminar mal. De edad de once años escasos , todos sus camaradas los habia elegido entre jóvenes de diez y ocho á veinte años los mas calaveras de Bastia ; por algunos incidentes , la justicia nos habia avisado repetidas veces.

Yo estaba asustado : cualquier informe podia tener funestas consecuencias ; justamente pronto me iba á ver obligado á salir de Córcega para una expedicion importante. Reflexioné largo tiempo , y con el pensamiento de evitar grandes desgracias , me decidí á llevar conmigo á Benedetto. Esperaba que la vida activa y laboriosa del contrabandista , la disciplina severa del Norte , cambiarian este carácter pronto á corromperse , si ya no lo estaba completamente.

Llamé , pues , á Benedetto á parte y le hice la proposicion de se-

guirme , rodeando esta proposicion de todas las promesas que pueden seducir á un niño de doce años.

Me dejó hablar hasta el fin , y cuando hube acabado , soltó una carcajada diciendo:

—¿Estais loco , tio ? (asi me llamaba cuando estaba de buen humor) ; yo cambiar la vida que llevo con la que vos llevais , mi excelente holgazaneria por el horrible trabajo que os teneis impuesto? ¿Pasar la noche al frio , el dia al calor ; ocultarse sin cesar , recibir tiros sin cesar ; y todo esto por ganar un poco de dinero ? Dinero tengo yo cuanto quiera ; madre Assunta me da todo lo que la pido ; bien veis , que seria un imbécil si aceptase lo que me proponéis.

Yo estaba estupefacto de esta audacia y de este razonamiento. Benedetto siguió jugando con sus camaradas , y le ví á lo lejos mostrándome á ellos como un idiota..

—¡Oh! ¡niño encantador! murmuró Monte-Cristo.

—¡Ah! si hubiese sido mio , respondió Bertuccio , si hubiese sido mi hijo , ó á lo menos mi sobrino , yo le hubiese corregido sus vicios , pero la idea de que habia matado al padre me hacia imposible toda correccion ; di buenos consejos á mi hermana , que siempre tomaba la defensa del desgraciado ; y como me confesó que muchas veces le habian faltado sumas considerables , le indiqué un lugar donde podria ocultar nuestro pequeño tesoro. En cuanto á mí , mi resolucion estaba tomada. Benedetto sabia leer , escribir y contar perfectamente , porque cuando por casualidad queria dedicarse al trabajo , aprendia en un dia lo que otros en una semana. Mi resolucion , pues , estaba tomada ; yo pensaba emplearle de secretario en algun buque , y sin avisarle nada hacerle venir conmigo una mañana y trasportarle á bordo ; de este modo , recomendándole al capitán todo su porvenir dependia de él.

Una vez dispuesto este plan , partí para Francia.

Todas estas operaciones debian ejecutarse aquella vez en el golfo de Lyon , y eran cada vez mas difíciles , porque estábamos en 1829. La tranquilidad reinaba por do quier , y por consiguiente el servicio de las costas era entonces mas regular y mas severo que nunca. Esta vigilancia estaba aun aumentada momentáneamente por la feria de Beaucaire que acababa de principiar.

Nuestra primera expedicion se ejecutó sin ningun tropiezo. Amarramos nuestra barca que tenia un doble fondo , en el que ocultábamos nuestras mercancías de contrabando , en medio de una cantidad de bateles que bordaban las dos orillas del Ródano desde Beaucaire hasta Arlés. Llegados allí , empezamos á descargar nuestras mercancías prohibidas , y á hacerlas pasar por medio de las personas que estaban en relaciones con nosotros , ó de posaderos , en casa de los cuales las íbamos depositando. Ya fuese que el buen éxito nos hubiese hecho imprudentes , ya que fuimos vendidos , una tarde , á las cinco y media , cuando volvíamos á comenzar nuestros trabajos , uno de nuestros espías llegó azorado , diciendo que habia visto un grupo de aduaneros , dirigirse hácia este lado. No era precisamente el grupo lo que nos asustaba : á cada instante , sobre todo á la sazón,

compañías enteras rondaban en las orillas del Ródano; pero eran las precauciones que segun decia el muchacho tomaban para no ser vistas. En un instante estuvimos alerta; pero ya era muy tarde: nuestra barca era evidentemente el objeto de las pesquisas, estaba rodeada. Entre los aduaneros vi algunos gendarmes, y tan tímido á la vista de estos, como valiente era de ordinario á la vista de cualquier otro cuerpo militar, deslizándome por una tronera, me dejé caer en el rio, despues nadé entre dos aguas, no respirando sino á largos intervalos, tan bien que sin ser visto llegué al canal que se dirige desde Beaucaire hasta Aiguesmortes. Una vez llegado aquí, me habia salvado, porque podia seguir sin ser visto este canal. No era por casualidad y sin premeditacion por lo que seguí este camino; ya he hablado á vuestra excelencia de un posadero de Nimes que habia establecido una posada en el camino de Bellegarde á Beaucaire.

—Sí, dijo Monte-Cristo, me acuerdo, ese hombre era tambien, si no me engaño, vuestro asociado,

—Eso es, respondió Bertuccio; pero despues de siete ú ocho años habia cedido su establecimiento á un antiguo sastre de Marsella que despues de haberse arruinado en su oficio, quiso probar fortuna en otro. Ademas las relaciones que teníamos con el primero siguieron con el segundo; á este hombre fué á quien yo iba á pedir un asilo.

—¿Y cómo se llamaba? preguntó el conde que parecia volver á tomar algun interés en la relacion de Bertuccio.

—Llamábase Gaspar Caderousse, casado con una de la Carconte, y que nosotros no conocemos bajo otro nombre que el de su pueblo; era una pobre atacada de una penosa enfermedad que la iba llevando al sepulcro. En cuanto al hombre era un robusto mancebo de cuarenta á cuarenta y cinco años, que mas de una vez nos habia dado en circunstancias apuradas pruebas de su presencia de espíritu y de su valor.

—¿Y decís, preguntó Monte-Cristo, que esas cosas pasaban en el año.....

—Mil ochocientos veinte y nueve, señor conde.

—¿En qué mes?

—En el de junio.

—¿Al principio, ó al fin?

—El 5 por la noche.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo, el 5 de junio de 1829..... Bien, continuad.

—A Caderousse, pues, era á quien tenia que pedir asilo, pero como por lo regular no entrábamos en su casa por la puerta que daba al camino, resolví no alterar las costumbres, salté el vallado del jardin, me escurrí por entre los olivos y las higueras, y entré temiendo que Caderousse tuviese algun viagero en su posada, en una especie de caramanchon en el que mas de una vez habia pasado la noche tan bien como en la mejor cama. No estaba separado de la sala comun del piso bajo, mas que por un tabique

de tablas un poco entreabiertas á propósito, á fin de poder avisar que estábamos allí.

Mi intencion era, si Caderousse se hallaba solo, avisarle mi llegada, cenar con él, y aprovecharme de la tempestad que se preparaba para llegar á las orillas del Ródano y asegurarme de lo que habia sido de la barca y de los que la montaban. Me deslicé, pues, en el caramanchon y me alegré no haber dado la señal, pues en el mismo momento ví á Caderousse que entraba en su casa con un desconocido.

Me agazapé allí y esperé, no con ánimo de sorprender los secretos de mi huesped, sino porque no podia hacer otra cosa; además, diez veces habia sucedido ya un caso semejante.

El hombre que acompañaba á Caderousse era evidentemente extranjero en el mediodia de la Francia; era uno de esos negociantes que vienen á vender joyas á la feria de Beaucaire, y que, en un mes que dura la feria, donde se reunen mercaderes de todas partes de Europa, hacen algunas veces negocios de ciento á ciento cincuenta mil francos.

Caderousse entró vivamente y el primero.

Viendo la sala vacia como de costumbre, guardada solo por su perro, llamó á su muger.

—¡He!... Carconte, dijo, el buen sacerdote no nos habia engañado; el diamante era bueno.

Una exclamacion de alegria se oyó; y casi al mismo tiempo la escalera crugió bajo un paso vacilante y pesado.

—¿Qué es lo que dices? preguntó mas pálida que una muerta.

—Digo que el diamante era bueno; aqui tienes al señor, uno de los primeros joyeros de Paris, que está pronto á darnos cincuenta mil francos. Solamente, para estar mas seguro de que el diamante es nuestro, me ha pedido que le cuentes, como ya yo lo he hecho, de qué manera vino á nuestras manos. Mientras tanto, caballero, sentaos si gustais, y como el tiempo está algo caluroso, os voy á traer algo con que refrescar.

El joyero examinó con atencion el interior de la posada y la visible pobreza de los que iban á venderle un diamante digno de un príncipe.

—Contad, señora, dijo, queriendo sin duda aprovecharse de la ausencia de su marido para que ninguna señal de parte de este imbuyese en la muger, y para ver si entrambas relaciones venian bien la una con la otra.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo la muger con volubilidad, es una bendicion del cielo que estábamos muy lejos de esperar. Imaginaos, caballero, que mi marido tuvo relaciones en 1814 ó 1815 con un marino, llamado Edmundo Dantés; este pobre muchacho á quien Caderousse habia olvidado completamente, no lo ha olvidado á él, y la ha dejado al morir el diamante que acabais de ver.

—¿Pero cómo llegó á ser poseedor de ese diamante? preguntó el joyero. ¿Le tenia cuando entró en la prision?

—No señor, respondió la muger: pero en la prision trabó conoci-

miento con un inglés muy rico ; y como cayó enfermo su compañero de prision y Dantés le cuidó como si hubiese sido su hermano , el inglés , al salir de la cautividad , dejó al pobre Dantés (que menos feliz que él , murió en la prision) , este diamante que nos legó á su vez al morir , y que se encargó de entregarnos el digno abate que vino esta mañana á cumplir con su orden.

—Bien, las dos historias son las mismas, murmuró el joyero; y al cabo, bien puede ser verdad aunque parezca inverosímil á primera vista. Solo resta convenirnos en el precio, con el cual no estoy de acuerdo.

—¡Cómo! dijo Caderousse, yo creía que habriais consentido en el precio que yo pedía.

—Es decir, replicó el joyero, que yo he ofrecido cuarenta mil francos.

—¡Cuarenta mil! exclamó la Carconte; no le daremos por ese precio. El abate nos ha dicho que valía cincuenta mil francos solo el diamante.

—¿Y cómo se llamaba ese abate? preguntó el infatigable joyero.

—El abate Busoni.

—¡Era un extranjero!

—Era un italiano de los alrededores de Mantua, según creo.

—Enseñadme ese diamante, repuso el joyero, que yo, á veces se juzgar mal de las piedras á primera vista.

Caderousse sacó de su bolsillo un estuchito negro, lo abrió y lo pasó al joyero. A la vista del diamante que era casi tan grueso como una nuez pequeña, me acuerdo como si lo estuviese viendo, los ojos de la Carconte brillaron de codicia.

—Y vos, señor Bertuccio, ¿qué pensábais de todo eso? preguntó Monte-Cristo ¿creíais esa fábula?

—Si, excelencia, yo no creía que Caderousse fuese un mal hombre; y le juzgaba incapaz de haber cometido un crimen ó un robo.

—Eso hace mas honor á vuestro corazón que á vuestra experiencia, señor Bertuccio, ¿habíais conocido á ese Edmundo Dantés de quien habláis?

—No, excelencia, jamás oí hablar de él hasta entonces, y luego otra vez, al abate Busoni, cuando le vi en la cárcel de Nimes.

—Bien, continuad.

El platero tomó la sortija de manos de Caderousse, y sacó de su bolsillo una pinza de acero y dos balanzas de cobre; despues separando el cerco de oro que sujetaba la piedra en la sortija, hizo salir el diamante de su engaste y lo pesó minuciosamente en las balanzas.

—Daré hasta cuarenta y cinco mil francos, dijo, pero nada mas, por otra parte, como esto es lo que valía el diamante, no he tomado de casa mas que esta suma.

—¡Oh! eso no le hace, dijo Caderousse, yo volveré con vos á Beaucaire por los otros cinco mil.

—No, dijo el platero devolviendo el anillo y el diamante á Caderousse: no, eso no vale mas, y aun ya siento haber ofrecido esa suma, atendido que tiene la piedra un defecto que yo no habia visto;

pero no importa , no tengo mas que una palabra , he dicho cuarenta y cinco mil francos y no me desdigo.

—Al menos volved á colocar el diamante en la sortija, dijo la Carconte con acritud.

—Justo es , dijo el platero ; y volvió á engastar la piedra.

—Bueno , bueno , bueno , dijo Caderousse metiendo el estuche en el bolsillo , á otro se lo venderemos .

—Si , replicó el platero ; pero no hará lo que yo ; otro no se contentará con los informes que me habeis dado ; no es natural que un hombre como vos tenga un diamante de cuarenta y cinco mil francos ; avisará á los magistrados , tendrán que buscar al abate Busoni ; y los abates que dan diamantes de dos mil luises son raros ; la justicia empezará por enviaros á la cárcel , y si sois reconocido inocente , si os sacan de la cárcel al cabo de tres ó cuatro meses , la sortija se habrá perdido , ó bien os darán una piedra falsa que solo valdrá tres francos en lugar de un diamante que vale cincuenta mil.

Caderousse y su muger se interrogaron con una mirada.

—No, dijo Caderousse, no somos tan ricos que podamos perder cinco mil francos.

—Como querais , amigo mio , dijo el platero ; sin embargo , como veis , habia traído buena moneda.

Y sacó de uno de sus bolsillos un puñado de oro que hizo brillar á los deslumbrados ojos del posadero , y del otro un paquete de billetes de banco.

Un rudo combate sufría en aquel momento Caderousse ; era evidente que aquel estuchito que daba vueltas en su mano no le parecia corresponder , á la enorme suma que fascinaba sus ojos.

Volvióse hácia su muger , y la dijo en voz baja :

—¿Qué piensas tú?

—Dáselo , dáselo , dijo ella ; si vuelve á Beaucaire sin el diamante nos denunciará ; y segun él dice , quien sabe si podremos encontrar al abate Busoni.

—¡Pues bien ! sea , dijo Caderousse , tomad el diamante por cuarenta y cinco mil francos ; pero mi muger quiere una cadena de oro , y yo un par de hebillas de plata.

El platero sacó de su bolsillo una cajita de plata larga y chata que contenía muchos objetos de los que habian pedido.

—Tomad , dijo , acabemos de una vez , elegid.

La muger eligió una cadena de oro que podia valer cinco luises , y el marido un par de hebillas de plata que valdrian quince francos.

—¿Espero que no os quejareis , dijo el platero .

—El abate habia dicho que valia cincuenta mil francos , murmuró sordamente Caderousse.

—¿Vamos , vamos ? Qué hombre este replicó el joyero sacándole el diamante de las manos , le doy cuarenta y cinco mil francos , dos mil quinientas libras de renta , es decir , una fortuna que yo quisiera tener para mi , ¡ y aun no está contento !

—¿Y los cuarenta y cinco mil francos dónde están?

—Aqui están , dijo el platero .

Y contó sobre la mesa quince mil francos en oro y treinta mil en billetes de banco.

—Esperad á que encienda la lámpara , dijo Carconte , ya no se ve muy bien y nos podríamos engañar.

En efecto , la noche se habia acercado durante esta discusion ; y con la noche la tempestad que amenazaba hacia una hora. Oíase gruñir sordamente el trueno á lo lejos ; pero ni el platero , ni Caderousse , ni lo Carconte parecian ocuparse de ello , poseidos como estaban los tres de una avaricia diabólica.

Yo mismo experimentaba una estraña fascinacion á la vista de todo aquel oro y los billetes. Me parecia soñar , y como sucede en un sueño , me sentia clavado en el sitio donde estaba.

Caderousse contó y volvió á contar el oro y los billetes ; despues los entregó á su muger que los contó y volvió á contar á su vez.

Durante este tiempo el platero hacia brillar el diamante á la luz de la lámpara , y el diamante arrojaba resplandores que le hacian olvidar los que , precursores de la tempestad , comenzaban á inflamar las ventanas.

—¿Está cabal la cuenta ? preguntó el platero.

—Si , dijo Caderousse , dame la cartera y busca un saco , Carconte.

Se dirigió esta á un armario , y volvió con una cartera vieja de cuero de la cual sacaron algunas cartas grasientas , en lugar de las cuales pusieron los billetes , y un saco que contenia dos ó tres escudos de seis libras que probablemente componian toda la fortuna del miserable matrimonio.

—¡Ea! dijo Caderousse , aunque nos hayais deñado sin una docena de mil francos tal vez , ¿quereis cenar con nosotros? lo digo con buena voluntad.

—Gracias , dijo el platero , debe ser tarde y es preciso que vuelva á Beaucaire , mi muger estaria inquieta : sacó su reloj ¡diantre! exclamó , las nueve , y tardaré tres horas en ir á Beaucaire. Adios , amigos mios , si vienen por ahí mas abates Busoni , pensad en mí.

—Dentro de ocho dias ya no estareis en Beaucaire , dijo Caderousse , puesto que la feria concluye la semana que viene.

—No , pero eso no le hace ; escribidme á Paris á Monsieur Joannés , Palais-Royal , galería de piedra , número 45 ; haré espresamente un viage si vale la pena.

Oyose de repente un trueno acompañado de un relámpago tan violento , que borró casi la claridad de la lámpara.

—¡Oh! ¡oh! dijo Caderousse , ¿vais á partir con este tiempo?

—Yo no temo á los truenos , dijo el platero.

—¿Y á los ladrones? preguntó la Carconte. Ahora durante la feria no está el camino muy seguro.

—¡Oh! en cuanto á los ladrones , dijo Joannés , estoy preparado contra ellos.

Y sacó de su bolsillo un par de pistolas cargadas hasta la boca.

—¡Oh! teneis, dijo, un par de cachorros que ladran y muerden al mismo tiempo: los destinais á los dos primeros que tengan ganas de poseer vuestro diamante.

Caderousse y su muger cambiaron una mirada sombría. Parecia que al mismo tiempo habian tenido algun terrible pensamiento.

—Entonces, ¡buen viaje! dijo Caderousse.

—Gracias, dijo el platero.

Tomó su baston y salió.

En el momento en que abrió la puerta, una bocanada de viento entró por ella violentamente, y poco faltó para que apagase la lámpara.

—¡Oh! dijo; vaya un tiempo que va á hacer, y no será nada agradable caminar ahora dos leguas al despoblado.

—Quedaos, dijo Caderousse; aqui dormireis,

—Si, quedaos, dijo la Carconte, con voz temblorosa, os cuidaremos mucho.

—No, es preciso que vaya á dormir á Beaucaire. Adios.

Caderousse llegó lentamente hasta el dintel.

—No se vé el cielo ni la tierra, dijo el platero ya fuera de la casa; ¿sigo la derecha ó la izquierda?

—La derecha, dijo Caderousse, no os podeis perder, el camino está rodeado de árboles á entrambos lados.

—Bueno, ya estoy, dijo la voz cuyo eco se habia perdido casi á lo lejos.

—¡Cierra la puerta! dijo la Carconte, no me gusta la puerta abierta cuando truena.

—Y cuando hay dinero en la casa, ¿no es verdad? respondió Caderousse dando dos vueltas á la llave.

Entró, se dirigió al armario, sacó el talego y la cartera, y ambos se pusieron á volver á contar por la tercera vez su oro y sus billetes.

Nunca he visto espression semejante á la de aquellos dos rostros cuya codicia iluminaba la lámpara. La muger sobre todo estaba odiosa; el temblor febril que la animaba generalmente se habia aumentado, su rostro se habia vuelto lívido, sus ojos hundidos brillaban en el fondo de sus órbitas.

—¿Para qué, preguntó ella con voz sorda, le ofreciste que se quedase aquí á dormir?

—¡Oh! respondió Caderousse estremeciéndose, para..... para que no tuviese la molestia de volver á Beaucaire.

—¡Ah! dijo la muger con una impresion imposible de pintar, yo creia que era para otra cosa.

—¡Muger! ¡muger! exclamó Caderousse, ¿por qué tienes tales ideas? ¿y por qué al tenerlas no las callas?

—Es igual, dijo la Carconte despues de un momento de silencio, tú no eres hombre.

—Cómo, exclamó Caderousse.

—Si tú hubieses sido hombre, no habria salido de aquí.

—¡Muger!

—O bien no hubiese llegado á Beaucaire.

—¡Muger!

—El camino hace un recodo, tiene que seguirle, mientras que junto al canal hay otra senda mucho mas corta.

—Muger, tú ofendes á Dios. Mira, escucha...

En efecto, oyose un espantoso trueno al mismo tiempo que un relámpago azulado inflamaba toda la sala, y un rayo que descendió rápidamente, y pareció alejarse con sentimiento de la casa maldita.

—¡Jesus! dijo la Carconte santiguándose.

En el mismo instante y en medio del silencio del terror que sucede á la tormenta, se oyó llamar precipitadamente á la puerta.

Caderousse y su muger se estremecieron y se miraron espantados.

—¿Quién va? exclamó Caderousse levantándose y reuniendo en un monton el oro y los billetes esparcidos sobre la mesa, cubriéndolos con ambas manos.

—¡Yo! dijo una voz.

—¿Quién sois vos?

—¡Eh! qué diantre! Joannés el platero!

—¡Qué tal! ¿no decias tú antes, replicó la Carconte con una sonrisa infernal, que yo ofendia á Dios?.... ¡pues mira, Dios nos le envia! Caderousse cayó pálido y desfallecido sobre su silla.

La Carconte, al contrario, se levantó y yendo á la puerta con paso firme, la abrió.

—Entrad, querido señor Joannés, dijo ella.

—¡A fé mia! dijo el platero empapado de agua y sacudiéndose; parece que el diablo no quiere que vuelva á Beaucaire esta noche. Nada, me habeis ofrecido hospitalidad, la acepto, y vuelvo á dormir en vuestra casa.

Caderousse murmuró algunas palabras enjugándose el sudor que inundaba su frente.

La Carconte cerró cuidadosamente y con llave la puerta detrás del platero.

CAPITULO XLV.

La lluvia de sangre.

Al entrar el platero echó una mirada interrogadora á su alrededor; pero nada parecia inspirarle sospechas.

Caderousse tenia el oro y los billetes entre sus manos. La Carconte se mostraba risueña con su huesped, lo mas agradablemente que podia.

—¡Ah! ¡ah! dijo el platero, parece que temiais no haber contado bien, ¿estábais repasando vuestro tesoro despues de mi partida?

—No, dijo Caderousse, pero el acontecimiento que nos ha hecho

poseedores de él es tan inesperado que apenas podemos creerle y cuando no tenemos á la vista la prueba material, creemos soñar.

El platero se sonrió.

—¿Teneis viageros en vuestra posada? preguntó.

—No, respondió Caderousse, no duerme aquí nadie; estamos muy cerca de la ciudad y nadie se detiene en ella.

—¡Entonces, voy á incomodaros horriblemente!

—¡Incomodarnos! ¿vos? ¡oh! no lo creais.

—Veamos, ¿dónde me pondreis?

—En el cuarto de arriba.

—¿Pero no es el vuestro?

—¡Oh! no importa; tenemos otra cama en la pieza que está al lado de esa.

Caderousse miró á su muger con asombro.

El platero se acercó á calentarse á un poco de lumbre que habia encendido la Carconte en la chimenea para secar á su huesped.

Durante este tiempo, colocaba sobre una esquina de la mesa donde habia estendido una servilleta, los restos de una cena, lo cual acompañó de dos ó tres huevos frescos.

Caderousse encerró de nuevo los billetes en su cartera, su oro en un saco y todo en el armario. Paseábase por la sala sombrío y pensativo, levantando de cuando en cuando la mirada sobre el platero que estaba fumando delante del hogar, y que á medida que se secaba de un lado se volvía del otro.

—¡Aquí! dijo la Carconte, colocando una botella de vino sobre la mesa; cuando querais cenar todo está preparado:

—¿Y vos? preguntó Joannés.

—Yo, no cenaré, respondió Caderousse.

—Hemos comido tarde, se apresuró á decir la Carconte.

—¿Luego voy á cenar solo? dijo el platero.

—Nosotros os serviremos, dijo la Carconte con una amabilidad que no le era habitual ni aun con los huéspedes que pagaban.

De cuando en cuando Caderousse lanzaba sobre ella una mirada rápida como un relámpago.

La tempestad continuaba.

—¿Ois? ¿ois? dijo la Carconte, bien habeis hecho á fé mia, en volver.

—Lo cual no impide, dijo el platero, que si durante mi cena se aplaca este temporal, me vuelva á poner en mi camino.

—Este es el mistral, dijo Caderousse arrojando un suspiro, y me parece que lo tenemos hasta mañana.

—¡Oh! tanto peor para los que esten fuera, dijo el platero sentándose á la mesa.

—Si, replicó la Carconte, mala noche pasarán.

El platero empezó á cenar, y la Carconte siguió prodigándole los cuidados mas atentos; si el platero la hubiese conocido de antemano, tal cambio le hubiera asombrado, inspirándole algunas sospechas.

En cuanto á Caderousse, no pronunciaba una palabra; seguía paseando y parecía vacilar aun en mirar á su huesped. Cuando se hubo terminado la cena fué él mismo á abrir la puerta.

—Creo que se calma la tempestad , dijo.

Pero en este momento , como para desmentirle , un trueno terrible estremeció la casa , y una bocanada de viento mezclada de lluvia entró y apagó la lámpara.

Volvió á cerrar ; su muger encendió un cabo de vela en la hoguera moribunda.

—Mirad , dijo al platero , debeis estar fatigado , ya he puesto sábanas limpias en la cama , subid á acostaros y dormid bien.

Joannés se quedó aun un instante para asegurarse de que el huracan no se calmaba , y cuando se cercioró de que el trueno y la lluvia crecian considerablemente , dió á sus huéspedes las buenas noches y subió la escalera.

—Pasaba por encima de mi cabeza , y yo sentia crugir cada escalon bajo sus pasos.

La Carconte le siguió con una mirada ávida , mientras que al contrario Caderousse le volvió la espalda sin mirarle.

Todos estos detalles que los recordé despues de algun tiempo , no me chocaron en el momento en que los presenciaba : nada era para mí mas natural que lo que estaba pasando , y escepto la historia del diamante que me parecia un poco inverosimil , todo lo encontraba fundado.

Asi , pues , como me sentia estenuado de fatiga , resolví dormir algunas horas y alejarme á la mitad de la noche.

Yo via en la pieza de encima al platero tomar todas las disposiciones para pasar la mejor noche posible. Pronto la cama crugió bajo su cuerpo.

Acababa de acostarse.

Sentia que mis ojos se cerraban á pesar mio ; como no habia concebido ninguna sospecha , no intenté luchar contra el sueño y eché una última ojeada á la cocina. Caderousse estaba sentado al lado de una larga mesa , sobre uno de esos bancos de madera que en las posadas de aldea , reemplazan á las sillas ; me volvía la espalda , de suerte que no podia ver su fisonomia ; ademas , aun cuando hubiese estado en la posicion contraria , me hubiera sido tambien imposible ; porque tenia su cabeza sepultada entre sus dos manos.

La Carconte le miró algun tiempo , se encogió de hombros y fué á sentarse frente de él.

En este momento la moribunda llama encendió un leño seco que antes olvidara ; un resplandor mas vivo iluminó aquel sombrío interior. La Carconte tenia sus ojos fijos en su marido , y como este permanecia en la misma posicion , la vi estender un brazo hácia él y tocarle con su descarnada mano en la frente.

Caderousse se estremeció. Me pareció que la muger movía los labios , pero sea que hablase bajo , ó que mis sentidos estuviesen embotados por el sueño , sus palabras , si las pronunció , no llegaron á

mis oídos. Todo lo veía al través de una densa niebla, y con esa duda precursora del sueño, durante la cual se cree comenzar á soñar. En fin, mis ojos se cerraron y quedé completamente dormido.

Estaba en lo mas profundo de mi sueño, cuando fui despertado por un pistoletazo seguido de un grito terrible.

Algunos pasos vacilantes resonaron sobre el pavimento del cuarto y una masa inerte fué á rodar á la escalera, justamente encima de mi cabeza.

Aun no era yo dueño de mí. Oía gemidos, muchos gritos ahogados como los que acompañan á una lucha.

Un último grito, mas prolongado que los demas, y que se trocó en gemido, me sacó completamente de mi letargo.

Me incorporé, abrí los ojos, que no distinguieron nada en las tinieblas, y me llevé las manos á la frente, por la cual me parecia que circulaba de la escalera una lluvia tibia y abundante.

El mayor silencio habia sucedido á este espantoso ruido. Oí los pasos de un hombre que andaba sobre la pieza que estaba sobre mi cabeza; sus pies hicieron crujir la escalera, el hombre descendió á la sala inferior, se acercó á la chimenea y encendió una luz.

Era Caderousse.

Tenia el rostro pálido y la camisa ensangrentada.

Así que hubo encendido el cabo de vela, subió Caderousse rápidamente la escalera, y oí de nuevo sus pasos rápidos é inquietos.

Al instante volvió á bajar; llevaba en la mano el estuche, se aseguró de que el diamante estaba dentro, dudó en cual de sus bolsillos le guardaria; y luego no considerando el bolsillo bastante seguro; le lió en su pañuelo encarnado y se le ató al cuello.

Después corrió al armario, sacó de él sus billetes y su oro, metió los unos en el bolsillo de su pantalon y el otro en los del chaqueton, tomó dos ó tres camisas y lanzándose hácia la puerta, desapareció en la oscuridad. Entonces lo conocí todo claramente; me eché en cara lo que habia pasado como si yo hubiese sido el verdadero culpable. Me parecia oír gemidos; el desgraciado platero podia no haber muerto; tal vez socorriéndole, estaba en mi poder reparar una parte del mal, no que habia hecho, sino que habia dejado hacer. Apoyé mi espalda contra una de aquellas tablas tan mal unidas que me separaban de la sala superior. Las tablas cedieron y me encontré ya en la casa.

Corrí á tomar la lámpara y me lancé á la escalera; un cuerpo la atravesaba é impedía el paso; era el cadáver de la Carconte.

El pistoletazo que yo oyera habia sido disparado á ella; tenia la garganta atravesada de parte á parte, y además de su doble herida que desangraba á borbotones, vomitaba sangre por la boca.

Está enteramente muerta.

Salté por encima de su cuerpo y pasé.

El cuarto ofrecia el aspecto del mas espantoso desorden. Dos ó tres muebles rodaban por el suelo; las sábanas á que se habia agarrado el infeliz platero, arrastraban por el cuarto; él estaba tendido con la cabeza apoyada contra la pared; nadando en un mar

de sangre que salía de tres anchas heridas recibidas en el pecho.

En la cuarta había quedado un largo cuchillo de cocina, del que no se veía más que el mango.

Tomé la segunda pistola, que no se había disparado, sin duda porque la pólvora se había mojado.

Me acerqué al platero, efectivamente no estaba muerto; al ruido que hice, al de las tablas rotas sobre todo, abrió los ojos, los fijó un momento en mí, movió los labios como si quisiese hablar y espiró.

Este espantoso espectáculo me dejó casi insensato; cuando ya no pude socorrer á nadie, no esperimenté mas necesidad que la de huir, y me precipité á la escalera, arrojando un rugido de terror.

En la sala interior había cinco ó seis aduaneros y dos ó tres gendarmes.

Apoderáronse de mí; yo no opuse ninguna resistencia, no era dueño de mis sentidos; procuré hablar, y solo pude lanzar algunos quejidos inarticulados.

Vi que los aduaneros y los gendarmes me señalaban con el dedo; á su vez me miré tambien, y estaba cubierto de sangre. Aquella lluvia tibia y abundante que había sentido caer sobre mí al través de los escalones de la escalera, era la sangre de la Carconte.

Yo entonces mostré con el dedo el lugar donde estaba oculto.

—¿Qué quiere decir? preguntó un gendarme.

Un aduanero fué á ver lo que era.

—Quiere decir que ha pasado por aquí, respondió.

Y mostró el agujero por donde efectivamente había yo pasado. Entonces comprendí que me tomaban por el asesino; recobré mi voz, mis fuerzas; me desembaracé de las manos de los dos hombres que me sujetaban, esclamando: No he sido yo! no he sido yo!

Dos gendarmes me apuntaron con sus carabinas.

—¡Si haces un movimiento, dijeron, eres muerto!

—Repito que no he sido yo, esclamé.

Eso lo dirás á los jueces de Nimes, respondieron. Entretanto, si-guenos, y si quieres tomar nuestro consejo, no hagas resistencia ninguna.

No era mi intencion esta, estaba aniquilado por el asombro y por el terror. Me pusieron esposas, me ataron á la cola de un caballo y me condujeron á Nimes.

Me había seguido un aduanero que me perdió de vista en los alrededores de la casa; sospechó que pasaría allí la noche; fue á avisar á sus compañeros, y llegaron justamente en el momento en que sonó el pistoletazo para pillarme en medio de tales pruebas de culpabilidad; de modo que al punto comprendí el trabajo que me costaría hacer reconocer mi inocencia.

Así, pues, lo primero que pedí al juez de instruccion fué que buscara por todas partes á cierto abate Busoni, que la mañana de aquel triste dia se habría detenido en la posada del puente de Gard. Si Caderousse había inventado una historia; si el abate no existía, seguramente era perdido, á menos que Caderousse no fuese preso á su vez y todo lo confesase.

Dos meses pasaron, durante los cuales debo decirlo en alabanza de mi juez, se hicieron todas las pesquisas para hallar al abate que yo deseaba ver. Ya habia perdido toda esperanza. Caderousse no habia sido preso. Iba á ser juzgado en la primera sesion, cuando el 8 de setiembre, es decir tres meses y cinco dias despues del acontecimiento, el abate Busoni, á quien yo ya no esperaba, se presentó en la cárcel diciendo que habia sabido que un preso deseaba hablarle. Esto lo habria sabido en Marsella y se apresuraba á complacerme.

Ya comprendereis con que ardor le recibí: le conté todo lo que habia presenciado; le conté tambien la historia del diamante; contra lo que yo esperaba, era verdadera; contra lo que yo esperaba tambien, creyó todo lo que le dije. Entonces fué cuando arrastrado por su dulce caridad, habiendo yo conocido que estaba muy enterado de las costumbres de mi pais, pensando que el perdon del único crimen que habia cometido podia venir tal vez de sus labios tan caritativos, le conté, bajo el sello de la confesion, la aventura de Auteuil con todos sus detalles. Lo que yo habia hecho por arrebató obtuvo el mismo resultado que si hubiese sido hecho por cálculo, la confesion de este primer asesinato que yo no estaba obligado á confesarle le probó que no habia cometido el segundo, y se separó de mí encargándome que esperase, y prometiéndome hacer todo lo que estuviera en su poder para convencer á los jueces de mi inocencia.

Conocí que en efecto se habia ocupado de mí, cuando vi dulcificarse gradualmente mi prision y supe que iban á reunir el tribunal para juzgarme.

En este intervalo, la providencia permitió que Caderousse fuese preso en el extranjero y conducido á Francia. Todo lo confesó culpando á su muger de haberlo pensado y de haberle instigado.

Fué condenado á presidio perpétuo, y yo puesto en libertad.

—Y entonces, dijo Monte-Cristo, os presentásteis en mi casa con una carta del abate Busoni.

—Si, excelencia, tomó por mí un interes visible; vuestro estado de contrabandista os va á perder, me dijo; si salis de aqui, dejadlo.

—¿Pero, padre mio, cómo quereis que viva y mantenga á mi pobre hermana?

—Uno de mis penitentes, me respondió me estima sobremanera, y me ha encargado que le busque un hombre de confianza. Quereis ser ese hombre, os dirigiré á él.

—¡Oh! padre mio, exclamé, cuánta bondad!

—Pero ¿me juráis que no tendré nunca que arrepentirme?

Entonces estendí la mano para hacer el juramento.

—Es inútil, dijo, conozco y amo á los corsos, tomad mi recomendacion.

Y escribió algunos renglones que yo entregué, y por los cuales vuestra excelencia tuvo la bondad de tomarme á su servicio. Ahora lo pregunto con orgullo á vuestra excelencia, ¿ha tenido nunca alguna queja de mí?...

—No, respondió el conde, y lo confieso con placer, sois un buen servidor, Bertuccio, aunque sois poco amigo de confiaros á otro.

—¡Yo! señor conde.

—Si, vos. ¿Cómo es que teneis una hermana y un hijo adoptivo, y nunca me habeis hablado del uno ni del otro?

—¡Ay! excelencia, es que aun me queda por contaros la parte mas triste de mi vida. Partí á Córcega. Tenia muchos deseos de ver y consolar á mi pobre hermana; pero cuando llegué á Rogliano hallé la casa vacía; habia pasado una escena horrible, de la cual conservan aun memoria los vecinos; mi pobre hermana, segun mis consejos, resistia á las exigencias de Benedetto que queria que le diese á cada instante el dinero que habia en la casa. Una mañana la amenazó y desapareció todo el dia. La pobre Assunta lloró porque tenia para el miserable un corazon de madre. Llegó la noche, y le esperó sin acostarse. Cuando á las once entró con dos de sus amigos compañeros de todas sus locuras, entonces Assunta le tendió los brazos; pero se apoderaron de ella, y uno de los tres, creo que fué ese infernal Benedetto, dijo:

—Señores; atormentémosla para ver si nos dice donde tiene el dinero.

Justamente el vecino Basilio estaba en Bastia, y su muger sola en la casa. Ninguno, escepto ella, podia ver ni oír lo que pasaba mi hermana; dos detuvieron á la pobre Assunta, que no pudiendo creer en la posibilidad de tal crimen, se sonreia; el tercero fué á atrancar puertas y ventanas, despues volvió; y reunidos los tres, ahogando los gritos que el terror la arrancaba ante estos preparativos mas graves, acercaron los pies de Assunta al brasero para ver si con él lograban saber donde tenia oculto nuestro pequeño tesoro; pero en medio de la lucha prendió el brasero fuego á sus vestidos; entonces soltaron á la pobre paciente para no quemarse ellos. Con sus vestidos inflamados corrió á la puerta, pero estaba cerrada. Lanzóse hácia la ventana, y lo mismo. Entonces la vecina oyó gritos espantosos; era Assunta que pedia socorro. Pronto se ahogó su voz; los gritos se trocaron en gemidos, y al dia siguiente, despues de una noche de terror y de angustias cuando la muger de Basilio se atrevió á salir de su casa y se mandó abrir la puerta de la nuestra por el juez, encontraron á Assunta medio quemada, pero respirando aun; los armarios abiertos, y el dinero habia desaparecido.

En cuanto á Benedetto, salió de Rogliano para no volver á él jamás: desde este dia no le he vuelto á ver y tampoco he oído hablar de él.

Despues de haber sabido estas noticias, prosiguió Bertuccio, fué cuando me dirigí á vuestra excelencia. No tenia que hablaros de Benedetto, puesto que habia desaparecido, ni de mi hermana puesto que habia muerto.

—¿Y qué habeis pensado de ese acontecimiento? preguntó Monte-Cristo.

—Que era castigo del crimen que habia cometido, respondió Bertuccio. ¡Ah! esos Villefort, son una raza maldita.

—Lo creo, murmuró el conde con un acento lúgubre.

—Y ahora vuestra excelencia comprenderá que esta casa que no he visto hace tanto tiempo, que este jardín donde me he encontrado de repente, que este sitio donde he matado á un hombre, han podido causarme estas sombrías emociones, cuyo origen habeis querido saber, porque al fin yo no estoy seguro de que aqui, delante de mí no esté enterrado Mr. de Villefort en la fosa que él mismo cabó para su hijo.

—En efecto, todo es posible, dijo Monte-Cristo levantándose del banco donde estaba sentado; aun cuando, añadió mas bajo, el procurador del rey no haya muerto. El abate Busoni ha hecho bien en enviaros á mí y vos en contarme vuestra historia porque ya no tendré malos pensamientos respecto á este negocio. En cuanto á ese tan mal llamado Benedetto, ¿no habeis procurado saber su paradero, ni lo que ha sido de él?

—Jamás. Si yo hubiese sabido donde estaba, en lugar de ir á buscarle, hubiera huido de él como de un monstruo. No, felizmente, jamás he oido hablar de él: supongo que habrá muerto.

—No lo esperéis, Bertuccio, dijo el conde: los malos no mueren asi, porque Dios parece protegerlos para hacerlos instrumentos de sus venganzas.

—¡Bien! sea, dijo Bertuccio. Todo lo que pido al cielo, es no volverle á ver jamás. Ahora, continuó el mayordomo bajando la cabeza, todo lo sabeis, señor conde: sois mi juez en la tierra como Dios lo será en el cielo, ¿No me dareis alguna palabra de consuelo?

—Teneis razon, en efecto, y puedo deciros lo que os diria el abate Busoni. Ese á quien habeis dado muerte, ese Villefort merecia un castigo por lo que á vos os habia hecho y tal vez por otra cosa. Benedetto, si vive, servirá, como os he dicho, para alguna venganza divina, despues será castigado á su vez.

En cuanto á vos, en realidad, no teneis que echaros en cara mas que una cosa; acusáos de que habiendo salvado la vida á ese niño no le devolvísteis á su madre: ahí está el crimen, Bertuccio.

—Si señor; ahí está el crimen y el verdadero crimen, porque he obrado muy mal en eso; una vez devuelta la vida al niño, no tenia mas que una cosa que hacer, enviarle á su madre.

Pero para eso tenia que hacer pesquisas, llamar la atencion, entregarme tal vez; y yo no queria morir; deseaba la vida por mi hermana, por mi amor propio de salir victorioso de una venganza; y luego despues, tal vez deseaba la vida por el mismo amor de la vida. ¡Oh! yo no soy tan valiente como mi hermano!

Bertuccio ocultó su rostro entre sus manos, y Monte-Cristo fijó sobre él una larga é indefinible mirada, despues de un instante de silencio, mas solemne aun por la hora y el lugar.

—Para terminar debidamente esta conferencia que será la última sobre tales aventuras, señor Bertuccio, dijo el conde con un acento de melancolia que no le era habitual; conservad bien mis palabras, varias veces las he oido pronunciar al abate Busoni: todo mal tiene dos remedios, el tiempo y el silencio. Ahora, señor Bertuccio,

dejadme pasear un instante por este jardin. Lo que tanto os afecta á vos, actor de esa terrible escena, será para mí una sensacion casi dulce, y que dará doble precio á esta propiedad. Los árboles señor Bertuccio, no gustan sino porque hacen sombra, y la sombra no gusta, sino porque está llena de fantasmas y visiones. Por eso he comprado un jardin creyendo comprar un simple huertecillo rodeado de cuatro tápias y nada mas: de repente este huertecillo se trueca en un jardin lleno de fantasmas que no estaban en el; contrato... Ahora, pues, á mi me agradan las fantasmas; nunca he oido decir que los muertos hayan hecho en seis mil años tanto daño como los vivos en un solo dia. Volved á la casa, señor Bertuccio, y dormid en paz. Si vuestro confesor en la última hora es menos indulgente que lo fué el abate Busoni mandadme llamar, si aun existo en el mundo, y os diré palabras que mecerán dulcemente vuestra alma en el momento en que esté pronta á ponerse en camino para hacer ese rudo viage que llaman de eternidad.

Bertuccio se inclinó respetuosamente ante el conde, y se alejó lanzando un suspiro.

Monte-Cristo se quedó solo, y dando cuatro pasos hácia delante, murmuró:

—Aqui, junto á ese plátano, la fosa donde fué depositado el niño: alli abajo la puertecita por la cual se entraba al jardin; en aquel ángulo la escalera oculta que conduce á la alcoba. No creo tener necesidad de escribir esto en mi cartera, porque aqui tengo á mi vista, á mi alrededor, á mis pies, todo el plano en relieve.

Y despues de dar el conde la última vuelta por el jardin, fué á buscar su carruage. Bertuccio que le veia pensativo, subió sin decir nada sobre el pescante al lado del cochero.

Tomó el camino de Paris.

La misma noche, cuando llegó á la casa de los Campos Eliseos, el conde de Monte-Cristo visitó toda la habitacion como hubiera podido hacerlo un hombre familiarizado con ella ya muchos años; ni una sola vez abrió una puerta por otra, y no siguió una escalera ó un corredor que no le condujese donde queria ir.

Ali le acompañaba en esta revista nocturna. El conde dió á Bertuccio muchas órdenes para el adorno ó la nueva distribucion de las habitaciones, y sacando su reloj dijo al negro:

—Son las once y media, Haydée no puede tardar en llegar. ¿Habéis mandado avisar á las mugeres francesas?

Ali estendió la mano hácia la habitacion destinada á la bella griega, y que estaba de tal modo aislada, que ocultando la puerta detrás de una colgadura se podia visitar toda la casa sin sospechar que hubiese allí un salon y dos cuartos habitados. Ali, repetimos, estendió la mano hácia la habitacion, señaló el número tres con los dos dedos de su mano izquierda y sobre la palma de esta misma mano, apoyando su cabeza, cerró los puños.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo acostumbrado á este lenguaje, son tres y esperan en la alcoba, no es verdad?

—Si, espresó Ali bajando la cabeza.



—La señora estará fatigada esta noche, continuó Monte-Cristo, y sin duda querrá dormir: que no la hagan hablar; las camareras francesas no harán mas que saludar á su nueva señora y retirarse; velareis, porque la criada griega no se comunique con las camareras francesas.

Alí se inclinó.

A poco tiempo se oyó dar voces como de a nuncio á la reja, se abrió, un carruage rodó por la calle de árboles y se paró delante de la escalera. El conde bajó de su cuarto para recibir á la persona que salia del carruage, y dió la mano á una joven envuelta en una especie de capuchon de seda verde, bordado de oro que la cubria la cabeza. La jóven tomó la mano que la presentaban, la besó con cierto amor mezclado de respeto, y algunas palabras fueron cambiadas con ternura de parte de la jóven, y con dulce gravedad de parte del conde de Monte-Cristo.

Entonces, precedida de Alí, que llevaba una antorcha de cera color de rosa, la jóven que no era otra que la bella griega, compañera ordinaria de Monte-Cristo en Italia, fué conducida á su habitacion, y poco despues el conde se retiró al pabellon que le estaba reservado.

A las doce y media de la noche todas las luces estaban apagadas en la casa, y hubiérase podido creer que todos dormian.

CAPITULO XLVI

El crédito ilimitado.

Al dia siguiente á las dos de la tarde, una carretela tirada por tres magníficos caballos ingleses, se paró delante de la puerta de Monte-Cristo; un hombre vestido de frac azul, con botones de seda del mismo color, chaleco blanco adornado de una enorme cadena de oro, y pantalon color de nuez, con cabellos tan negros y que descendian tanto sobre las cejas, que se hubiera podido dudar fuesen naturales, por lo poco en armonía que estaban con las arrugas inferiores que no podian ocultar; un hombre en fin de cincuenta á cincuenta y cinco años y que queria aparentar cuarenta, asomó su cabeza por la ventanilla de su carretela, sobre la portezuela de la cual estaba pintada una corona de baron, y mandó á su groom que preguntase al portero si estaba en casa el conde de Monte-Cristo.

Mientras tanto, este hombre consideraba con una atencion tan minuciosa que casi era ya impertinente, el exterior de la casa, lo que se podia distinguir del jardin, y la librea de algunos criados que iban y venian de un lado á otro. La mirada de este hombre era viva, pero astuta: sus labios tan delgados que mas bien que salir, entraban en su boca; lo prominente de los pómulos, señal infalible de astucia, su frente achatada, todo contribuia á dar un carácter casi repugnante á la fisonomía de este personage, muy recomendable á los ojos del

vulgo por sus magníficos caballos, el enorme diamante que llevaba en su camisa y la cinta encarnada que se extendía de un ojal á otro de su frac.

El groom llamó á los cristales del cuarto del portero y preguntó.

—¿No vive aquí el señor conde de Monte-Cristo?

—Aquí vive su excelencia, respondió el portero; pero... y consultó á Ali con una mirada.

Ali hizo una seña negativa.

—¿Pero qué?... preguntó el groom.

—Su excelencia no está visible, respondió el portero.

—En ese caso tomad la targeta de mi amo, el señor conde Danglars. La entregareis al conde de Monte-Cristo, y le direis que al ir á la cámara, mi amo se ha vuelto para tener el honor de verle.

—Yo no hablo á su excelencia, dijo el portero; su ayuda de cámara hará la comision.

El groom se volvió al carruage.

—¿Qué hay? preguntó Danglars.

—El groom, bastante avergonzado de la leccion que habia recibido, llevó á su amo la respuesta que habia recibido del portero.

—¡Oh! dijo Danglars, ¿es algun príncipe ese caballero, para que le llamen excelencia y para que solo su ayuda de cámara pueda hablarle? No importa, puesto que tiene un crédito contra mí será menester que yo le vea cuando quiera dinero.

Y Danglars se recostó en el fondo de su carruage gritando al cochero de modo que pudieran oírle del otro lado del camino.

—A la cámara de los diputados.

Al través de una celosía de su pabellon, el conde de Monte-Cristo, avisado á tiempo, habia visto al baron con la ayuda de unos excelentes anteojos con no menos atencion que Mr. Danglars habia puesto en examinar la casa, el jardin y las libreas.

—Decididamente, dijo con un gesto de disgusto haciendo entrar los tubos de sus anteojos en sus fundas de marfil, decididamente es una criatura fea ese hombre; ¡cómo se reconoce en él á primera vista á la serpiente de frente achatada, y al buitre de cráneo redondo y prominente!

—¡Ah! gritó y dió un golpe sobre el timbre.

Ali se presentó.

—Llamad á Bertuccio.

En este momento entró Bertuccio.

—¿Preguntaba por mí vuestra excelencia? dijo el mayordomo.

—Si señor, dijo el conde. ¿Habeis visto los caballos que acaban de pasar delante de mi puerta?

—Seguramente, excelencia, son hermosos.

—¿Y cómo es, dijo Monte-Cristo frunciendo las cejas, que cuando os pedí los dos caballos mas hermosos de París hay en París otros dos tan hermosos como los míos, y no están en mi cuadra?

Al fruncimiento de cejas y á la severa entonacion de esta voz, Ali bajó la cabeza y palideció.

—No es culpa tuya, buen Ali, dijo en árabe el conde con una dulzura que no se hubiera creído poder encontrar ni en su voz ni en su rostro. Tú no entiendes mucho de caballos ingleses.

Volvió la serenidad á las facciones de Ali.

—Señor conde, dijo Bertuccio, los caballos de que me habláis no estaban de venta.

Monte-Cristo se encogió de hombros.

—Sabed, señor mayordomo, dijo, que todo está siempre de venta para quien lo paga bien.

—Mr. Danglars los pagó á diez y seis mil francos, señor conde.

—Pues bien, se le ofrecen treinta y dos mil; es banquero y un banquero no desperdicia nunca una ocasion de duplicar su capital.

—¿Habla formalmente el señor conde? preguntó Bertuccio.

Monte-Cristo miró al mayordomo como asombrado de que se atreviese á hacerle una pregunta.

—Esta tarde, dijo, tengo que hacer una visita; quiero que esos dos caballos tiren de mi carruage con arneses nuevos.

Bertuccio se retiró saludando, y junto á la puerta se paró.

—¿A qué hora, dijo, piensa hacer esa visita su excelencia?

—A las cinco, dijo Monte-Cristo.

—Haré observar á vuestra excelencia, dijo tímidamente el mayordomo, que son las dos.

—Lo sé, se contentó con responder Monte-Cristo, volviéndose despues hácia Ali.

—Haced pasar todos los caballos por delante de la señora, añadió, que ella escoga el tiro que mas la convenga, y que mande á decir si quiere comer conmigo. En este caso se servirá la comida en su habitacion, andad; cuando bajeis me enviareis al ayuda de cámara.

Apenas habia desaparecido Ali, entró el ayuda de cámara.

—Señor Bautista, dijo el conde, hace un año que estais á mi servicio; es el tiempo de prueba que yo impongo á mis criados, me convenis.

Bautista se inclinó.

—Ahora resta saber si yo os convengo.

—¡Oh! ¡ señor conde! se apresuró á decir Bautista.

—Escuchad hasta el fin, repuso el conde. Vos ganais quinientos francos al año; es decir, el sueldo de un oficial que todos los dias arriesga su vida; tenéis una mesa como desearian muchos gefes de oficina; infinitamente mas ocupados que vos, criados que cuiden de vuestra ropa y de vuestros efectos. Ademas de vuestros quinientos francos de sueldo, me robais con las compras de mi tocador y otras cosas... casi otros quinientos francos al año.

—¡Oh! ¡ excelencia!

—No me quejo de ello, señor Bautista, es muy justo; sin embargo deseo que eso se quède así; en ninguna parte encontrariais una colocacion semejante á la que os ha deparado la suerte. Yo jamás maltrato á mis criados, no juro nunca, no me encolerizo; perdono

siempre un error , pero nunca un descuido ó un olvido. Mis órdenes son generalmente cortas , pero claras y terminantes ; mejor quiero repetir las dos veces y aun tres , que verlas mal interpretadas. Soy bastante rico para saber todo lo que quiero saber , y soy muy curioso , os lo prevengo. Si supiese que habeis hablado bien ó mal de mí , comentado mis acciones , procurado saber mi conducta , saldriais de casa al instante. Jamás advertí las cosas mas que una vez , ya estais advertido , idos!

—A propósito , repuso el conde , me olvidaba de deciros que cada año separo cierta suma para mis criados. Los que despido pierden necesariamente este dinero , que recae en provecho de los que se quedan , que tendrán derecho á ella despues de mi muerte. Ya hace un año que estais en mi casa ; vuestra fortuna ha empezado , continuadla.

Estas últimas palabras pronunciadas delante de Alí que permaneció impassible , puesto que no comprendia palabra de francés , produjeron en Mr. Bertuccio un efecto que comprenderán todos los que han estudiado un poco la fisiología del criado francés.

—Procuraré conformarme en todo con los deseos de vuestra excelencia , dijo ; por otra parte tomaré por modelo á Mr. Alí.

—¡Oh ! no , no , dijo el conde con una frialdad de mármol , Alí tiene muchos defectos mezclados con sus cualidades ; no le tomeis por modelo , porque Alí es una escepcion , no tiene sueldo , no es un criado , es mi esclavo , es.... es mi perro ; si faltase á su deber , no le echaria de casa , le mataria.

Bautista abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Lo dudais ? dijo Monte-Cristo.

Y repitió en árabe á Alí las mismas palabras que acababa de decir en francés á Bautista.

Alí las escuchó , se sonrió , se acercó á su amo , hincó una rodilla en tierra , y le besó respetuosamente la mano.

Esta pantomima que sirvió de leccion á Bautista , le dejó sumamente estupefacto.

El conde hizo seña de que saliera y á Alí de que le siguiese.

Ambos pasaron á su gabinete , y allí hablaron largo tiempo.

A las cinco , el conde dió tres golpes sobre su timbre. Un golpe llamaba Alí , dos á Bautista , y tres á Bertuccio.

El mayordomo entró.

—Mis caballos , dijo Monte-Cristo.

—Están en el carruage , excelencia , replicó Bertuccio. ¿ Acompañó al señor conde?

—No , el cochero , Bautista y Alí , nada mas.

—El conde descendió y vió enganchados á su carruage , á los caballos que habia admirado por la mañana en el de Danglars.

Al pasar junto á ellos les dirigió una ojeada.

—En efecto , son hermosos , dijo , y habeis hecho bien en comprarlos , pero ha sido un poco tarde.

—Excelencia , dijo Bertuccio , mucho trabajo me ha costado poseerlos , y me han costado muy caros.

—¿Son por eso menos hermosos? preguntó el conde encogiéndose de hombros.

—Si vuestra excelencia está satisfecho, dijo Bertuccio, no hay mas que decir: ¿dónde va vuestra excelencia!

—A la calle de la Chaussée d' Antin, á casa del baron de Danglars.

Esta conversacion pasaba en medio de la escalera. Bertuccio dió un paso para bajar primero.

—Esperad, dijo Monte-Cristo deteniéndole. Necesito una tierra en las orillas del mar, en Normandía, por ejemplo, entre el Havre y Bolonia. Os doy tiempo como veis. Es necesario que esta adquisicion tenga un pequeño puerto, una bahia, donde pueda abrigarse mi corbeta; el buque estará siempre pronto á darse al mar á cualquiera hora del dia ó de la noche que á mí me plazca hacer la señal. Os informareis en casa de todos los notarios de una propiedad con las condiciones que os esplico; cuando sepais algo ireis á visitarla, y si os agrada la comprareis en vuestro nombre. La corbeta debe estar en direccion de Fecamp, ¿no es asi?

—La misma noche que salimos de Marsella, la ví darse á la vela.

—¿Y el yacht?

—Tiene orden de permanecer en las Martigues.

—¡Bien! os correspondereis de cuando en cuando con los dos patrones que la mandan, á fin de que no se duerman.

—Y en cuanto al barco de vapor....

—¿Qué está en Chalons?

—Si.

—Las mismas órdenes que para los otros dos buques.

—¡Bien!

—Al punto que esa propiedad esté comprada, tendré entonces postas de diez en diez leguas, en el camino del Norte y en el camino del Mediodia.

—Vuestra excelencia puede contar conmigo.

El conde hizo un movimiento de satisfaccion, descendió los escalones, saltó á su carruage, que, arrastrado al trote del magnífico tiro, no se detuvo hasta la casa del banquero.

Danglars presidia una comision nombrada para un camino de hierro, cuando le anunciaron la visita del conde de Monte-Cristo. Por otra parte la sesion estaba finalizándose.

Al oír el nombre del conde se levantó.

—Señores, dijo dirigiéndose á sus cólegas, de los cuales muchos eran respetables miembros de una ú otra cámara; perdonadme si os dejo asi, pero imaginaos que la casa Thomson y French de Roma, me dirige un cierto conde de Monte-Cristo, abriéndole en mi casa un crédito ilimitado. Es la broma mas chistosa que han hecho conmigo mis corresponsales del extranjero. Ya comprendereis, esto me picó la curiosidad, me pasé esta mañana por casa del pretendido conde; si lo era en efecto ya os figurareis que no seria tan rico. El señor conde no está visible, respondieron á mis criados ¿Qué os parece? ¿no son maneras de un príncipe ó de una linda señorita las del con-

de de Monte-Cristo? Por otra parte, la casa situada en los Campos Eliseos, me ha parecido bastante bien. ¡ Pero, vaya! un crédito ilimitado, añadió Danglars riendo con su astuta sonrisa, hace exigente al banquero en cuya casa está abierto el crédito. Tengo deseos de ver á nuestro hombre. No sabenaun con quien van á dar. ¡ Ah! ¡ ah!

Al acabar estas palabras dichas con un énfasis que hinchó las narices del baron, se separó de sus cólegas y pasó á un salon forrado de raso y oro y del cual se hablaba mucho en la Chaussée d' Antin.

Aquí mandó introducir al conde para deslumbrarlo al primer golpe.

El conde estaba en pié, contemplando algunas copias de Albano y del Fattore, que habian hecho pasar al banquero por originales y que pegaban muy mal á los adornos dorados y de diferentes colores del techo y de los ángulos del salon.

Al ruido que hizo Danglars al entrar, el conde se volvió.

Danglars saludó ligeramente con la cabeza, é hizo seña al conde de que se sentase en un sillón de madera dorado con forro de raso blanco bordado de oro.

El conde se sentó.

—¿Es el señor de Monte-Cristo á quien tengo el honor de hablar?

—¡ Y yo, replicó el conde, al señor baron Danglars, caballero de la legion de honor, miembro de la cámara de los diputados?

Monte-Cristo hacia la nomenclatura de todos los títulos que habia leído en la targeta del baron.

Danglars sintió la pulla y se mordió los labios.

—Perdonad, caballero, dijo, si no os he dado el título con que me habeis sido anunciado; pero bien lo sabeis, vivo en tiempo de un gobierno popular, y yo soy un representante de los intereses del pueblo.

—De suerte, respondió Monte-Cristo, que conservando la costumbre de haceros llamar baron, habeis perdido la de llamar á los otros conde.

—¡ Ah! tampoco lo hago conmigo, respondió cándidamente Danglars; me han nombrado baron y hecho caballero de la legion de honor por algunos servicios; pero.....

—¿ Pero habeis abdicado vuestros títulos, como hicieron otras veces MM. de Montmorency y de Lafayette? ¡ ah! ese es un buen ejemplo, caballero.

—No tanto, replicó Danglars embarazado; pero ya comprendéis, por los criados.....

—Si, si, os llamais *Monseñor* para los criados, para los periodistas *caballero*, y para los del pueblo *ciudadano*. Son matices muy aplicables al gobierno constitucional.

—Comprendo perfectamente.

Danglars se mordió los labios; vió que no podía con Monte-Cristo en este terreno, y procuró hacer volver la cuestion al que le era mas familiar.

—Señor conde, dijo inclinándose, he recibido una carta de aviso de la casa Thomson y French.

—¡Oh! señor baron, permitidme que os llame como lo hacen vuestros criados, es una mala costumbre que he adquirido en países donde hay todavía barones justamente porque ya no se conceden esos títulos. Me alegro mucho; así no tendré necesidad de presentarme yo mismo, lo cual siempre es embarazoso. ¡Deciais que habiais recibido una carta de aviso!

—Si, respondió Danglars, pero os confieso que no he comprendido bien el sentido.

—¡Bah!

—Y aun habia tenido el honor de pasar á vuestra casa para pedir algunas esplicaciones.

—Decid, señor baron, os escucho, y estoy pronto á responderos.

—Esta carta, repuso Danglars, la tengo aquí segun creo (y registró su bolsillo), sí, aquí está. Esta carta abre al señor conde de Monte-Cristo un crédito *ilimitado* contra mi casa.

—¡Y bien! señor baron, ¿qué es lo que no entendéis de eso?

—Nada, caballero; pero, la palabra *ilimitado*.....

—¿Qué tiene? ¿no es francesa?..... ya comprendéis son anglo-alemanes los que la escriben.

—¡Oh! si tal, caballero, y en cuanto á la sintaxis no hay nada que decir, pero no sucede lo mismo en punto á contabilidad.

—¿Acaso la casa Thomson y French, preguntó Monte-Cristo con el aire mas sencillo que pudo afectar, no está perfectamente segura, en vuestro concepto, señor baron? ¡Diablo! esto me contrariaria sobre manera, porque tengo algunos fondos colocados en ella.

—¡Ah!..... perfectamente segura, respondió Danglars con una sonrisa casi burlona; pero el sentido de la palabra *ilimitado* en negocios mercantiles, es tan vaga.....

—Como *ilimitada*, ¿no es verdad? dijo Monte-Cristo.

—Justamente, caballero, eso queria decir. Ahora bien, lo vago es la duda, y segun dice el sabio en la duda, abstente.

—Lo cual significa, replicó Monte-Cristo, que si la casa Thomson y French está dispuesta á hacer locuras, la casa Danglars no lo está á seguir su ejemplo.

—¿Cómo, señor conde?

—Si, sin duda alguna: los señores Thomson y French hacen los negocios sin cifras; pero Mr. Danglars tiene un limite para los suyos; es un hombre prudente, como decia hace poco.

—¡Caballerol dijo orgullosamente el banquero, nadie ha contado aun mi caja.

—Entonces, dijo Monte-Cristo con frialdad, parece que seré yo el primero.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Las esplicaciones que me pedís, caballero, y que se asemejan mucho á indecisiones.

Danglars se mordió los labios; era la segunda vez que le vencia aquel hombre, y en un terreno que era el suyo: su política irónica era afectada, y casi rayaba en impertinencia.

Monte-Cristo, al contrario, se sonreía con gracia, y observaba silenciosamente el despecho interior del banquero.

En fin, dijo Danglars despues de un momento de silencio; voy á ver si me hago comprender suplicándoos que vos mismo fijeis la suma que quereis se os entregue.

—Pero, caballero, replicó Monte-Cristo decidido á no perder una pulgada de terreno en la discusion, si he pedido un crédito ilimitado contra vos, es porque no sabia justamente que sumas necesitaba.

El banquero creyó que habia llegado el momento de dar el golpe final; recostose en su sillón, y con una sonrisa orgullosa dijo:

—¡Oh! no temais desear, pronto os convencereis de que el caudal de la casa de Danglars, por limitado que sea, puede satisfacer las mayores exigencias, y aunque pidiéseis un millon....

—¿Cómo? preguntó Monte-Cristo.

—Digo un millon, repitió Danglars con el aplomo de la tontería.

—¡Bah! bah! ¿y qué haria yo con un millon? dijo el conde. Diab!o! caballero, sino hubiese necesitado mas no me hubiera hecho abrir en vuestra casa un crédito por semejante miseria. Un millon! yo siempre le llevo en mi cartera ó en mi neceser de viaje.

Y Monte-Cristo sacó de un targetero dos billetes de quinientos mil francos cada uno al portador sobre el tesoro.

Preciso era atacar de este modo á un hombre como Danglars. El golpe hizo su efecto, el banquero se levantó estupefacto; abrió sus ojos cuya pupila se dilató espantosamente.

—Vamos, confesadme, dijo Monte-Cristo, que ¿desconfiais de la casa Thomson y French? Oh! nada mas sencillo! He previsto el caso, y aunque poco entendedor en esta clase de asuntos, tomé mis precauciones. Aquí teneis otras dos cartas semejantes á la que os está dirigida; la una es de la casa de Arestein y Eskcles de Viena contra el señor baron de Rothschild, la otra es de la casa Baring de Londres contra Mr. Laffite, Decid una palabra, caballero, y os sacaré del cuidado presentándome en una ó en otra de estas dos casas.

Ya no habia que dudarle, Danglars estaba vencido; abrió con un temblor visible las cartas de Alemania y Londres que le presentaba el conde con el extremo de los dedos y comparó las firmas con una minuciosidad impertinente.

—¡Oh! caballero, aquí teneis tres firmas que valen bastantes millones, dijo Danglars. ¡Tres créditos ilimitados contra nuestras tres casas! Perdonadme, señor conde, pero al cesar de ser desconfiado no puedo menos de quedarme atónito.

—¡Oh! una casa como la vuestra no se asombra tan fácilmente, dijo Monte-Cristo con mucha política; asi pues podreis enviarme algun dinero, no es verdad?

—Hablad, señor conde: estoy á vuestras órdenes.

—¡Pues bien! replicó Monte-Cristo, ahora que nos entendemos, porque nos entendemos, no es asi?

Danglars hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿Y ya no teneis ninguna desconfianza? continuó Monte-Cristo.

—¡Oh! señor conde, exclamó el banquero, jamás la he tenido.

—No deseabais una prueba, nada mas. ¡Pues bien! repitió el conde, ahora que nos entendemos, ahora que no teneis ninguna desconfianza fijemos, si quereis, una suma general para el primer año, por ejemplo, seis millones.

—¡Seis millones! exclamó Danglars sofocado.

—Si necesito mas, repuso desdeñosamente Monte-Cristo, os pediré mas; pero no pienso permanecer mas de un año en Francia, y en él no creo gastar mas de lo que os he dicho.... en fin, allá veremos.... Hacedme el favor para empezar, de mandarme quinientos mil francos mañana, estaré en casa hasta mediodía; y por otra parte si no estuviere, dejaré un recibo á mi mayordomo,

—El dinero estará en vuestra casa mañana á las diez de la mañana, señor conde, respondió Danglars; ¿quereis oro, billetes de banco, ó plata?

—Oro y billetes por mitad.

Y el conde se levantó.

—Debo confesaros una cosa, señor conde, dijo Danglars á su vez; creia tener noticia de todas las mejores fortunas de Europa, y sin embargo la vuestra, que me parece considerable, lo confieso, me era enteramente desconocida, es reciente?

—No señor, respondió Monte-Cristo, al contrario, es muy antigua, era una especie de tesoro de familia al cual estaba prohibido tocar, y cuyos intereses acumulados triplicaron el capital; la época fijada por el testador concluyó hace algunos años solamente, y despues de algunos años uso de ella, y vuestra ignorancia respecto á este punto es muy natural; por otra parte, dentro de algun tiempo la conoceréis mejor.

Y el conde acompañó estas palabras de una de aquellas sonrisas que tanto terror causaban á Franz d' Epiney.

—Con vuestros gustos y vuestras intenciones, caballero, continuó Danglars vais á desplegar en la capital un lujo que nos va á obscurar á nosotros pobres millonarios: sin embargo, como me pareceis bastante inteligente, porque cuando entré mirábais mis cuadros, os pido permiso para enseñaros mi galeria; todos son antiguos, de los mejores maestros; no soy aficionado á la escuela moderna.

—Teneis razon, caballero, porque todos adolecen de un gran defecto les falta tiempo para ser antiguos.

—¿Podré mostraros algunas estatuas de Thorwaldsen, de Bartolini, de Canova, todos artistas estrangeros? Como veis, yo no aprecio á los artistas franceses.

—Teneis derecho para ser injusto con ellos, caballero, porque son vuestros compatriotas.

—Pero todo esto lo dejaremos para mas tarde, por hoy me contentaré, si lo permitis, con presentaros á la señora baronesa de Danglars; dispensadme que me de tanta prisa, señor conde, pero tal cliente debe considerarse como de la familia.

Monte-Cristo se inclinó dando á entender que aceptaba el honor que le hacia el banquero.

Danglars tiró de la campanilla; se presentó un lacayo, vestido con una librea brillante de bordados.

—¿Está en su cuarto la señora baronesa? preguntó Danglars.

—Sí, señor baron, respondió el lacayo.

—¿Sola?

—No, tiene visita.

—¿No será indiscreción presentaros delante de alguien, señor conde? ¿no guardais incógnito?

—No, señor baron, dijo sonriendo Monte-Cristo, de ningun modo.

—¿Y quién está con la señora?... ¿Mr. Debray? ¿eh? preguntó Danglars con una bondad que hizo sonreír interiormente al conde de Monte-Cristo, informado ya de los secretos de familia del banquero.

—Sí, señor baron, Mr. Debray, respondió el lacayo.

Danglars le mandó salir.

Volviéndose despues hácia Monte-Cristo:

—Mr. Luciano Debray, dijo, es un antiguo amigo nuestro, secretario intimo del ministro del interior, en cuanto á mi muger, es una señorita de Servières, viuda del coronel marqués de Nargonne.

—No tengo el honor de conocer á la señora baronesa Danglars; pero no me sucede lo mismo con Mr. Luciano Debray.

—¡Bah! dijo Danglars, ¿dónde?.....

—En casa de Mr. de Morcef.

—¡Ah! ¿conoceis al vizcondesito? dijo Danglars.

—Hemos estado juntos en Roma en la época del carnaval.

—¡Ah! si, dijo Danglars, he oido hablar de una aventura singular con bandidos en una ruina; salió de ellas milagrosamente. Creo que lo contó á mi muger y á mi hija á su vuelta de Italia.

—La señora baronesa espera á estos señores, exclamó el lacayo asomándose á la puerta.

—Paso delante de vos para mostraros el camino, dijo Danglars saludando.

—Y yo os sigo, dijo Monte-Cristo.

CAPITULO XLVII.

El tiro de caballos tordos.

El baron, seguido del conde, atravesó una infinidad de habitaciones, notables por su pesada suntuosidad y por su fastuoso mal gusto, llegó hasta una perteneciente á Mad. Danglars; esta sala octógona forrada de raso color de rosa, con colgaduras de muselina de las Indias; los sillones de madera antigua, dorados y forrados de telas antiguas tambien; en fin, dos lindos pasteles en forma de medallon, en armonía con el resto de la habitacion hacían que esta fuese la única de la casa que tenia algun caracter; es verdad que no estaba incluida en el plano general trazado por Mr. Danglars y su arquitecto, una de las mejores y mas eminentes celebridades del im-

perio, y cuyo adorno habian dispuesto la baronesa y Luciano Debray. Asi, pues Mr. Danglars, gran admirador de lo antiguo, segun lo comprendia el directorio, despreciaba mucho esta coqueta sala, donde por otra parte no era admitido á no escusar su presencia introduciendo algun amigo.

Mad. Danglars, cuya belleza podia aun ser citada á pesar de sus treinta y seis años, estaba tocando su piano, mientras que Luciano Debray, sentado delante de un velador, hojeaba un album.

Luciano habia tenido ya tiempo de contar á la baronesa cosas relativas al conde. Ya se sabe cuán admirados quedaron todos durante el almuerzo en casa de Alberto, y cuánta impresion dejó en el ánimo de los convidados el conde de Monte-Cristo; pues esta impresion aun no se habia borrado de la imaginacion de Debray, y los informes que habia dado á la baronesa lo demostraba bastante. La curiosidad de Mad. Danglars, escitada por los antiguos detalles dados por Alberto de Morcef y los nuevos por Luciano, habia llegado á su colmo. Asi, pues, este arreglo de piano y de album no era mas que una de esas escenas de mundo con las cuales se cubren las mas fuertes preocupaciones. La baronesa recibió á Mr. Danglars con una sonrisa, lo cual no acostumbraba á hacer.

En cuanto al conde, recibió en respuesta á su saludo, una armoniosa, pero al mismo tiempo graciosa reverencia.

Luciano, por su parte, cambió con el conde un saludo de medio conocimiento, y con Danglars un ademan de intimidad.

—Señora baronesa, dijo Danglars, permitid que os presente al señor conde de Monte-Cristo, dirigido á mí por uno de mis corresponsales de Roma con las mayores recomendaciones, solo una palabra tengo que decir: viene á Paris con la intencion de permanecer un año en él, y de gastarse seis millones; esto promete una série de bailes y de comidas, en las cuales espero que el señor conde no nos olvidará, como tampoco nosotros le olvidaremos en nuestras pequeñas fiestas.

Aunque la presentacion fuese hecha con bastante groseria, es tan raro que un hombre venga á gastarse á Paris en un año la fortuna de un príncipe, que Mad. Danglars arrojó sobre el conde una ojeada que no dejaba de espresar algun interés.

—¿Y habeis llegado, caballero?... preguntó la baronesa.

—Ayer por la mañana, señora.

—Y venis, segun costumbre, del fin del mundo.

—De Cádiz solamente, señora.

—¡Oh! venis en una estacion espantosa, Paris está detestable en el verano; no hay bailes, ni reuniones, ni fiestas. La ópera italiana está en Londres, la ópera francesa en todas partes, escepto en Paris, y en cuanto al teatro francés, en ninguna. No nos queda para distraernos, mas que algunas desgraciadas corridas en el campo de Marte y en Satory. ¿Hareis correr, señor conde?

—Yo señora, dijo el conde, haré todo lo que se haga en Paris, si tengo la dicha de encontrar alguno que me enseñe las costumbres francesas.

—¿Os gustan los caballos, señor conde?

—He pasado una parte de mi vida en Oriente, señora, y los orientales, bien lo sabeis, no estiman mas que dos cosas en el mundo, la nobleza de los caballos, y la hermosura de las mugeres.

—¡Ah! señor conde, dijo la baronesa sonriéndose, hubiérais debido anteponer las mugeres á los caballos.

—Bien veis, señora, que tenia mucha razon cuando os dije hace un momento que deseaba un preceptor, un amigo que me pudiese instruir en las costumbres francesas.

En aquel instante entró la camarera favorita de Mad. Danglars, y acercándose á su señora, la dijo algunas palabras al oido.

Mad. Danglars palideció.

—¡Imposible! dijo.

—Es la pura verdad, señora, respondió la camarera, podeis creerme con toda seguridad.

Mad. Danglars se volvió hácia su marido.

—¿Es verdad, caballero? le preguntó.

—¡Qué! señora? preguntó Danglars visiblemente agitado.

—Lo que me dice mi camarera....

—¿Y qué os dice?

—¿No lo sabeis?

—Lo ignoro completamente.

—¡Pues bien! dice que cuando mi cochera fué á poner mis caballos al carruage, no los encontró en la cuadra; qué significa esto?

—Señora, dijo Danglars, escuchadme.

—¡Oh! ya os escucho, caballero, porque tengo curiosidad de saber lo que me vais á decir, estos señores serán testigos; señores, Mr. Danglars tiene 10 caballos en las cuadras, y entre estos 10 hay dos que son míos, dos caballos encantadores, los mas hermosos de Paris, ya los conoceis, señor Debray; mis caballos tordos. Pues bien, en el momento en que Mad. de Villefort me pide un carruage, y yo se lo prometo para ir al bosque, no parecen los caballos, Mr. Danglars habrá encontrado quien le haya dado algunos miles de francos mas de su precio, y los habrá vendido. Ah! infames especuladores!

—Señora, respondió Danglars, los caballos eran demasiado vivos; apenas tenian cuatro años, siempre estaba temiendo por vos.

—¡Eh! caballero, dijo la baronesa, bien sabeis que hace un mes que tengo á mi servicio el mejor cochera de Paris, á no ser que tambien lo hayais vendido con los caballos.

—Querida amiga, ya encontraré yo otros iguales, mas hermosos aun, si los hay, pero caballos que sean mansos, tranquilos, que no me inspiren terror ninguno.

La baronesa se encogió de hombros con profundo desprecio.

Danglars no pareció apercibirse de este gesto mas que conyugal, y volviéndose hácia Monte-Cristo:

—En verdad, siento no haberos conocido antes, señor conde, dijo, estais montando vuestra casa?

—Si, dijo el conde.

—Os los hubiera propuesto; imaginaos que los he dado por nada pero como os he dicho, queria deshacerme de ellos, son caballos para un jóven.

—Caballero, dijo el conde, os doy gracias, esta mañana he comprado unos bastante hermosos. Miradlos, señor Debray, vos que lo entendeis.

Mientras que Debray se acercaba á la ventana, Danglars se acercó á su muger.

—Imaginaos, señora, le dijo en voz baja, que vinieron á ofrecerme por los caballos un precio exorbitante. No sé quien es el loco que quiere arruinarse y me ha enviado esta mañana un mayordomo; pero el caso es que he ganado diez y seis mil francos encima, no os pongais de mal humor: os daré cuatro mil, y dos mil á Eugenia.

Mad. Danglars dirigió á su marido otra mirada despreciativa.

—¡Oh! Dios mio! exclamó Debray.

—¿Qué? preguntó la baronesa.

—Pero no me engaño, son vuestros caballos. Vuestros propios caballos en el carruage del conde.

—¡Mis caballos todos! exclamó Mad. Danglars.

Y se lanzó hácia la ventana.

—En efecto, ellos son, dijo.

Danglars estaba estupefacto.

—¿Es posible? dijo Monte-Cristo fingiendo asombro.

—¡Es increíble! murmuró el banquero.

La baronesa dijo dos palabras al oido de Debray, que se acercó á su vez á Monte-Cristo.

—La baronesa os pregunta en cuánto os ha vendido su marido ese tiro de caballos.

—No sé, dijo el conde, es una sorpresa que mi mayordomo me ha hecho y... y que me ha costado treinta mil francos, segun creo.

Debray fue á llevar esta respuesta á la baronesa.

Danglars estaba tan pálido y tan desconcertado que el conde afectó tener piedad de él.

—Ya veis, le dijo, cuán ingratas son las mugeres, este obsequio, de parte vuestra no ha conmovido á la baronesa; ingrata, no es la palabra, loca debiera decir. Pero qué quereis, siempre se desea lo que fastidia; así, pues; lo mejor que podeis hacer, señor baron, es no volver á hablar una palabra del asunto, este es mi parecer, vos obrareis como mejor gustéis.

Danglars nada respondió, preveia en su próximo porvenir una escena desastrosa; ya se habian arrugado las cejas de la señora baronesa; y cual otro Júpiter Olímpico presagiaba una tempestad; Debray, que la oía ya empezar á mugir, dió una excusa cualquiera y se marchó.

Monte-Cristo, que no queria incomodar de ninguna manera al enojado matrimonio, saludó á Mad. Danglars y se retiró, entregando al baron á la cólera de su muger.

—Bueno, dijo Monte-Cristo retirándose; he conseguido lo que

quería : tengo en mis manos la paz del matrimonio, y de un solo golpe voy á adquirir el corazón del baron y el de la baronesa ; ¡qué dicha! Mas aun no he sido presentado á la señorita Eugenia Danglars , á quien hubiera deseado conocer.

— Pero ; replicó con aquella sonrisa que le era particular ; estoy en París y me queda mucho tiempo.... mas tarde será....

Con esta reflexion , subió el conde á su carruaje y volvió á su casa.

Dos horas despues , escribió una carta encantadora á Mad. Danglars , en que decia que , no queriendo comenzar su entrada en el mundo parisiense desesperando á una muger tan linda , la suplicaba aceptase sus caballos. Tenian los mismos arneses que ella habia visto por la mañana , solo que en el centro de cada roseta que llevaban sobre la oreja , el conde habia hecho engastar un diamante.

Danglars recibió tambien una carta del mismo. Le pedia permiso para dar á la baronesa este pequeño capricho de un millonario , rogándole que escusase las maneras orientales con que iba acompañando el regalo de los caballos.

Aquella tarde , Monte-Cristo partió á Auteuil , acompañado de Ali.

Al dia siguiente á las tres , Ali , llamado por un golpe en el timbre , entró en el gabinete del conde.

— Ali , le dijo , varias veces me has hablado de tu habilidad para lanzar el lazo.

Ali hizo una señal afirmativa y se incorporó con orgullo.

— Bien.... Así pues , ¿ podrias detener un toro?

Ali hizo señal de que sí.

— ¿ Un tigre?

La misma respuesta por parte de Ali.

— Un leon.

Ali hizo el ademan de un hombre que lanza el lazo , é imitó un rugido ahogado.

— ¡ Bien ! comprendo , dijo Monte-Cristo ; ¿ has cazado leones?

Ali hizo un orgulloso movimiento de cabeza.

— ¿ Pero detendrás en su carrera dos caballos desbocados?

Ali se sonrió.

— ¡ Pues bien ! escucha , dijo el conde ; dentro de poco pasará por aquí un carruaje arrastrado por dos caballos tordos , los mismos que yo tenia ayer ; es preciso que á todo trance le detengas delante de mi puerta.

Ali descendió á la calle y trazó delante de la puerta una raya sobre la arena ; despues volvió y mostró la raya al conde que le habia seguido con la vista.

Este le dió dos golpecitos en el hombro , era su modo de dar las gracias á Ali ; despues el negro fué á fumar en pipa á la esquina que formaba la esquina de la casa , y de la calle , mientras que Monte-Cristo volvía de su gabinete sin ocuparse mas de nada.

Entretanto , á las cinco , es decir , á la hora en que el conde esperaba el carruaje hubieran podido ver nacer en él señales imper-

ceptibles de una ligera impaciencia; paseábase en una sala que caía á la calle, aplicando el oído por intervalos, y acercándose de cuando en cuando á la ventana por la cual descubrió á Alí arrojando bocanadas de humo con una regularidad que probaba que el negro estaba dedicado enteramente á esta importante ocupacion.

De repente se oyó un ruido lejano, pero que se acercaba con la rapidez del rayo; despues apareció una carretela, cuyo cochero queria en vano detener los caballos que avanzaban furiosos con las crines erizadas, mas bien saltando con impulsos insensatos que galopando.

En la carretela, una jóven y un niño de siete á ocho años estaban abrazados; habian perdido por exceso del terror hasta la fuerza de lanzar un grito: hubiera bastado una piedra debajo de la rueda ó un árbol en medio del camino para romper el carruage que crugia.

Iba por medio de la calle, y oíase en esta los gritos de terror de los que le veian venir.

De repente Alí tira su pipa, saca de su bolsillo el lazo, lo lanza, envuelve en una triple vuelta las manos del caballo de la izquierda, se deja arrastrar tres ó cuatro pasos por la violencia del impulso, pero al cabo cae sobre la lanza que rompe y paraliza los esfuerzos que hace el caballo que quedó en pie para continuar su carrera; el cochero aprovecha este instante para saltar de su pescante, pero ya Alí habia agarrado las narices del segundo caballo con sus dedos de hierro, y el animal, relinchando de dolor, cae convulsivamente junto á su compañero.

En menos tiempo que hemos gastado en describirla habia pasado esta escena.

Sin embargo, bastó para que de la casa de frente saliese un hombre seguido de muchos criados; en el momento en que el cochero abria la portezuela, arrebató de la carretela á la dama que con una mano se agarraba á los almohadones, mientras que con la otra estrechaba contra su pecho á su hijo desmayado. Monte-Cristo los transportó á un salon, colocándolos sobre un canapé.

—No temais nada, señora, dijo, estais en salvo.

La muger volvió en sí, y por respuesta le presentó su hijo con una mirada mas elocuente que todas las súplicas.

En efecto, el niño estaba desmayado.

—Si, señora, comprendo, dijo el conde examinando al niño; pero tranquilizaos, nada le ha sucedido, y solo el miedo ha embargado su sentido.

—¡Oh! caballero, exclamó la madre, ¿no decís eso para tranquilizarme? ¡mirad cuán pálido está! ¡Hijo mio! ¡Eduardo! ¿no respondes á tu madre? ¡Ah! ¡caballero! envid á buscar un médico; doy mi fortuna á quien me devuelva mi hijo!

Monte-Cristo hizo con la mano un movimiento para tranquilizar á la madre desolada, y abriendo un cofre, sacó de él un frasco de cristal de Bohemia que contenia un licor rojo como la sangre, y del que dejó caer una sola gota sobre los labios del niño.

Este, aunque pálido, abrió al punto los ojos.

Al ver esto, la alegría de la madre fué casi un delirio.

—¿Dónde estoy? exclamó, ¿y á quien debo tanta felicidad despues de una prueba tan cruel?

—Estais, señora, respondió Monte-Cristo, en casa del hombre mas feliz por haber podido evitaros un pesar.

—¡Oh! ¡maldita curiosidad mia! todo Paris hablaba de esos magníficos caballos de Mad. Danglars, y he tenido la locura de querer probarlos.

—¡Cómo! exclamó el conde con una sorpresa admirablemente fingida; ¿son esos caballos los de la baronesa?

—Sí, señor, ¿la conocéis?

—Tengo ese honor, y mi alegría es doble por haberos salvado del peligro que os han hecho correr, porque ese peligro, es á mi á quien lo podeis atribuir; habia comprado ayer estos caballos al baron, pero la baronesa pareció sentirlo tanto, que se los envié ayer supliéndola que los aceptase de mi mano.

—¿Entonces sois vos el conde de Monte-Cristo de quien tanto me ha hablado Hermina?

—Sí, señora, dijo el conde.

—Yo, caballero, soy Eloisa de Villefort.

El conde saludó como si se pronunciara delante de él un nombre perfectamente desconocido.

—¡Oh! cuan reconocido quedará Mr. de Villefort! repuso Eloisa, porque al fin él os debe nuestras dos vidas; seguramente, sin vuestro generoso criado éramos muertos nuestro hijo y yo.

—¡Ay! señora, aun me estremezco al pensar en el peligro que habeis corrido.

—¡Oh! yo espero que me permitireis recompensar debidamente la acción de ese hombre.

—Señora, dijo Monte-Cristo, no me echeis á perder á Alí, os lo ruego, ni con alabanzas ni con recompensas, son vicios que no quiero yo que adquiera. Alí es mi esclavo: salvándoos la vida me sirve, y su deber es servirme.

—¡Pero ha arriesgado su vida! exclamó Mad, de Villefort á quien este tono tan superior imponia singularmente.

—Yo he salvado la suya, señora, respondió Monte-Cristo, por consiguiente me pertenece.

Mad. de Villefort se calló; tal vez reflexionaba en aquel hombre que, á primera vista, hacia una impresion tan profunda sobre todos los ánimos.

Miró el conde al niño que su madre cubria de besos. Era flaco, blanco como los niños de pelo rojo, y sin embargo un bosque de cabellos cubria su frente, y cayendo sobre sus hombros adornaban su rostro, y aumentaban la vivacidad de sus ojos, llenos de malicia y de juvenil maldad; su boca apenas sonrosada, era ancha y de delgados labios; sus facciones anunciaban ya doce años lo menos. Su primer movimiento fué desembarazarse de los brazos de su madre para ir á abrir el cofre de que el conde habia sacado el frasco de elixir; despues, sin pedir permiso á nadie, y como un niño acostumbrado á

hacer todos sus caprichos, se puso á destapar todos los frascos.

—No toques ahí, amiguito mio, dijo vivamente el conde, algunos de esos licores son peligrosos, no solamente al beberlos, sino al respirar su olor.

Mad. de Villefort palideció y detuvo el brazo de su hijo á quien atrajo hácia sí; pero calmado su temor, echó sobre el cofre una corta pero espresiva mirada que el conde apercibió.

En este momento entró Ali.

Mad. de Villefort hizo un movimiento de alegría, y llamando al niño, le dijo.

—Eduardo mira á este buen servidor, es un valiente, porque ha espuesto su vida por detener los caballos que nos arrastraban, y el carruage que iba á romperse. Dale las gracias, porque probablemente á no ser por él, hubiéramos muerto los dos.

El niño entreabrió la boca y volvió desdenosamente la cabeza.

—Es muy feo, dijo.

El conde se sonrió como si el niño acabase de cumplir una de sus esperanzas; en cuanto á Mad. de Villefort, reprendió á su hijo con una moderacion que no hubiera sido seguramente del gusto de Juan Santiago Rousseau, si el pequeño Eduardo se hubiese llamado Emilio.

—Mira, dijo en árabe, el conde á Ali, esta señora dice á su hijo que dé las gracias por la vida que has salvado á los dos, y el niño responde que eres muy feo.

Ali volvió su cabeza inteligente un instante, y miró al niño sin espresion aparente; pero un ligero estremecimiento de narices probó á Monte-Cristo que el árabe acababa de ser herido en el corazon.

—Caballero, preguntó Mad. de Villefort levantándose para retirarse, ¿es esta vuestra morada habitual?

—No, señora, respondió el conde, es una especie de apeadero que he comprado; vivo en los Campos Eliseos, núm. 50. Pero veo que estais perfectamente repuesta y que deseais retiraros. Acabo de mandar que pongan esos caballos en mi carruage; y Ali, ese muchacho tan feo, dijo al niño sonriendo, va á tener el honor de conducirnos á vuestra casa, mientras que vuestro cochero quedará aquí cuidando de la compostura del carruage, y una vez terminada esta, uno de mis tiros de caballos le volverá á conducir directamente á casa de Madama Danglars.

—Pero, dijo Mad. Villefort, no me atreveré á ir con esos mismos caballos.

—¡Oh! vais á ver, señora, dijo Monte-Cristo: en manos de Ali, se volverán tan mansos como dos corderos.

En efecto, Ali se habia acercado á los caballos que habian puesto de pie con mucho trabajo. Tenia en la mano una esponja empapada en vinagre aromático; frotó con ella las narices y las sienas de los caballos, cubiertos de espuma y de sudor, y casi al punto empezaron á relinchar estrepitosamente y á estremecerse durante algunos segundos.

Después en medio de una multitud de gente numerosa á quien los restos del carruaje y el rumor que se habia esparcido de aquel suceso, habia atraído de la casa, allí enganchó los caballos al coupé del conde, reunió en su mano las riendas, subió al pescante, y con gran asombro de los asistentes que habian visto á estos caballos impelidos como por un torbellino, se vió obligado á usar del látigo para hacerlos partir, y aun así no pudo obtener de los famosos tordos ahora petrificados, casi muertos, mas que un trote tan poco seguro y tan lánguido que tardaron dos horas en conducir á Mad. Villefort al barrio de Saint-Honoré, donde tenia su casa.

Apenas hubo llegado á ella, y aplacadas las primeras emociones, escribió el siguiente billete á Mad. Danglars.

QUERIDA HERMINA.

«Acabo de ser milagrosamente salvada con mi hijo por ese mismo conde de Monte-Cristo de quien tanto hemos hablado ayer tarde, y que tan lejos estaba yo de sospechar que habia de ver hoy. Ayer me habeis hablado de él con un entusiasmo de que no pude menos de burlarme creyendo que exajerábais, pero hoy me he convencido que era fundado. Vuestros caballos se desbocaron en Ranelagh, y seguramente íbamos á ser despedazados mi Eduardo y yo, cuando un árabe, un nubio, un hombre negro en fin, al servicio del conde, detuvo á una señal suya, el impulso de los caballos, á riesgo de haber muerto él mismo; y fué un milagro que no hubiera sucedido. Entonces acudió el conde, nos trasportó á su casa á Eduardo y á mí, hizo volver en sí á Eduardo. En su propio carruaje fui conducida á casa; el vuestro os lo enviarán mañana. Encontrareis bastante débiles á los caballos después de este incidente; están como atontados, diríase que no podian perdonarse á sí mismos haberse dejado domar por un hombre. El conde me encarga os diga que dos días de reposo y por todo alimento cebada, los volverán á un estado tan floreciente, quiere decir, tan espantoso como estaban ayer.

«¡A Dios! no os doy las gracias por mi paseo; y cuando lo reflexiono, es una ingratitud el guardaros rencor por los caprichos de vuestros caballos porque á uno de esos caprichos debo el haber visto al conde de Monte-Cristo, y el ilustre extranjero me parece un hombre muy curioso, y tan interesante, que quiero estudiarle á todo precio, aunque tuviese que dar otro paseo al bosque con vuestros mismos caballos.

«Eduardo hasufrido el accidente con un valor milagroso. Se desmayó, pero sin lanzar un grito, y tampoco derramó después una lágrima. Aun me direis que me ciega el amor maternal; pero, en ese cuerpo tan débil y delicado hay un alma de hierro.

«Nuestra querida Valentina me da mil recuerdos para vuestra hija Eugenia, yo os abrazo de todo corazón.

ELOISA DE VILLEFORT.

«P. D. Haced que vea en vuestra casa de cualquier modo que sea á ese conde de Monte-Cristo, quiero absolutamente volverle

á ver. Por otra parte, acabo de obtener de Mr. de Villefort que le haga una visita; espero que se la devolverá.»

Aquella noche, el suceso de Auteuil era el objeto de todas las conversaciones, Alberto se lo contaba á su madre, Chateau-Renaud en el Jockey Club, Debray en el salon del ministro, Beuchamp tambien hizo al conde la galanteria de poner en su periódico un párrafo que ensalzó al conde comparándole con un héroe. En fin, esta accion le valió á Monte-Cristo la admiracion y el *interés* de todas las mugeres de la aristocracia.

Muchas personas fueron á inscribirse en casa de Mad. de Villefort á fin de tener derecho á renovar su visita en tiempo útil, y oir entonces de su boca todos los detalles de esta pintoresca aventura.

En cuanto á Mr. de Villefort, como habia dicho Eloisa á su amiga Mad. Danglars, se puso un pantalon, frac de igual color, chaleco y corbata blancos, guantes amarillos y subió á su carretela que le condujo aquella misma tarde á la puerta de la casa número 50 de los Campos Eliseos.

CAPITULO XLVIII.

Ideología.

Si el conde de Monte-Cristo hubiese vivido mas tiempo en el mundo parisiense, habria apreciado la visita que le hacia Mr. de Villefort.

Reputado por todos como un hombre hábil, como se reputa generalmente á las personas que no han sufrido ningun descalabro político, aborrecido de muchos, pero protegido con ardor por algunos, sin ser por eso mejor querido de nadie, Mr. de Villefort se hallaba en una alta posicion de la magistratura y la mantenia como un Harley ó como un Molé. A pesar de haberse regenerado sus salones, por una muger jóven y por una hija de su primer matrimonio, de edad apenas de diez y ocho años, no dejaban de observarse en ellos el culto de las tradiciones y la religion de la etiqueta. La política fria, la fidelidad absoluta á los principios del gobierno, un desprecio profundo de las teorías y de los teóricos, el odio á los ideólogos, tales eran los elementos de la vida interior y pública de Mr. Villefort.

No era solamente un magistrado, era casi un diplomático. Sus relaciones con la antigua corte, de la que siempre hablaba con dignidad y respeto, le hacian respetar de la moderna, y sabia tantas cosas, que no solamente le contemplaban todos sus conocidos, sino que á veces le hacian consultas.

Tal vez no hubiera sucedido esto si hubiesen podido desembarazarse de él; pero, como los señores feudales rebeldes á su soberano, habitaba una fortaleza inespugnable. Esta fortaleza era su cargo de procurador del rey, cuyas ventajas todas esplotaba maravillosamente, y que no hubiera abandonado sino para hacerse diputado y reemplazar asi la neutralidad por la oposicion.

En general hacia ó pagaba muy pocas visitas. La muger visitaba por él, era cosa admitida en esa sociedad que siempre achacaba á sus graves y numerosas ocupaciones, lo que no era en realidad mas que un cálculo de orgullo, una quinta esencia de aristocracia, la aplicacion en fin de este axioma: *Estimate á ti mismo, y serás estimado de los demas*, axioma mas útil cien veces en nuestra sociedad que el de los griegos: *Conócete á ti mismo* reemplazado en nuestros dias por el arte menos difícil y mas ventajoso de conocer á los demas.

Para sus amigos era Mr. de Villefort un poderoso protector; para sus enemigos un adversario sordo, pero encarnizado; para los indiferentes la estatua de la ley convertida en hombre; fisonomía impenetrable, porte altanero, mirada apagada y brusca, ó insolentemente penetrante y escudriñadora, tal era el hombre á quien cuatro revoluciones seguidas, habian construido y despues afirmado su pedestal.

Se le tenia por el hombre menos curioso de Francia; daba un baile todos los años y no se presentaba en él mas que un cuarto de hora, es decir, cuarenta y cinco minutos menos que el rey en los suyos; jamás se le veia en los teatros, en los conciertos, ni en ningun lugar público; algunas veces, jugaba una partida de whist, y entonces cuidaban de elegirle jugadores dignos de él; algun embajador, algun arzobispo, algun príncipe, algun presidente, ó en fin, alguna duquesa viuda.

Este era el hombre cuyo carruage acababa de parar delante de la puerta del conde de Monte-Cristo.

El ayuda de cámara anunció á Mr. de Villefort en el momento en que el conde, inclinado sobre una gran mesa, seguia sobre un mapa un itinerario de San Petersburgo á China.

El procurador del rey entró al mismo paso grave y compasado que en el tribunal, era el mismo hombre, ó mas bien, la continuacion del mismo hombre á quien hemos conocido de sustituto en Marsella. La naturaleza no habia cambiado en nada el curso que debia seguir, de delgado que era, se habia vuelto flaco; de pálido, tornose en amarillo; sus ojos hundidos se habian profundizado mas aun, y su lente de oro, al colocarle sobre la órbita, parecia formar parte del rostro; escepto su corbata blanca, el resto del frage era completamente negro; y este color fúnebre no era interrumpido mas que por la ligera tinta de su cinta encarnada, que pasaba imperceptible por un ojal, y que parecia una linea de sangre trazada con un pincel.

Por muy dueño de sí mismo que fuese Monte-Cristo, examinó con visible curiosidad, devolviéndole su saludo al magistrado que, desconfiado de por sí, y poco crédulo sobre todo en cuanto á las maravillas sociales, estaba mas dispuesto á ver en el noble extranjero, (asi era como llamaban ya al conde de Monte-Cristo,) un caballero de industria que venia á esplorar un nuevo teatro, que un príncipe de la Santa Sede ó un sultan de las *Mil y una noches*.

—Caballero, dijo Villefort con ese tono afectado por los magistrados en sus periodos oratorios, y del cual no quieren deshacerse en la

conversacion; caballero, el señalado servicio que hicisteis ayer á mi muger y á mi hijo, me creó el deber de daros las gracias: vengo pues á cumplir con él y á espresaros todo mi reconocimiento.

Y al pronunciar estas palabras la mirada severa del magistrado no habia perdido nada de su arrogancia habitual: las habia articulado de pié, y erguido de cuello y hombros, lo cual le hacia asemejarse, como ya hemos dicho, á la estatua de la ley.

—Caballero, replicó el conde á su vez con una frialdad glacial, soy muy feliz por haber podido conservar un hijo á su madre, porque se suele decir que el sentimiento de la maternidad es el mas poderoso y el mas santo de todos; y esta felicidad que tengo os dispensaba, de cumplir un deber, cuya ejecucion me honra sin duda alguna, porque sé que Mr. de Villefort no prodiga el favor que me hace, pero por lisongero que me sea no equivale para mí á la satisfaccion interior de haber hecho una buena obra.

Admirado Villefort, de esta salida que no esperaba, se estremió como un soldado que siente el golpe que le dan, á pesar de la armadura de que está cubierto, y un gesto de su labio desdenoso indicó que desde el principio no tenia al conde de Monte-Cristo por muy fino.

Dirigió una mirada á su alrededor para hacer variar la conversacion.

Vió el mapa que examinaba Monte-Cristo cuando él entró, y replicó:

—¿Os ocupais de geografia, caballero? Es un estudio muy bueno para vos sobre todo, que, segun aseguran, habeis visto tantos paises como hay grabados en este mapa.

—Si, señor, respondió el conde, he querido hacer sobre la especie humana lo que vos haceis cada dia sobre escepciones, es decir, un estudio fisiológico. He pensado que me seria mas fácil descender de una vez del todo á la parte, que subir de la parte al todo. Es axioma algebráico que se proceda de lo conocido á lo desconocido... Pero sentaos, caballero, os lo suplico.

Y Monte-Cristo indicó con la mano al procurador del rey un sillón que este tuvo que tomarse la molestia de arrimar, mientras que el conde no tuvo mas que dejarse caer sobre el mismo en que estaba arrodillado cuando entró el procurador del rey; de este modo el conde se encontró en frente de su interlocutor, con la espalda vuelta á la ventana, y el codo apoyado sobre el mapa geográfico, que era por entonces el objeto de la conversacion, conversacion que tomaba, cuando habló á Morcef y á Danglars, un giro análogo, sino á la situacion, al menos á los personajes.

—¡Ah! caballero, replicó Villefort despues de un instante de silencio, durante el cual, como un atleta que encuentra un rudo adversario, habia hecho provision de fuerzas. De veras os digo que si como vos, yo no tuviese nada que hacer, buscaria una ocupacion menos triste.

—Es verdad, caballero, replicó Monte-Cristo, hay en el hombre caprichos particulares; pero acabais de decir, que yo no tenia nada

que hacer. Veamos, ¿se os figura á vos que teneis algo que hacer? ó para hablar mas claramente, ¿creis vos que lo que haceis vale la pena de llamarse trabajar?

El asombro de Villefort se aumentó á este segundo golpe tan bruscamente dado por su extraño adversario; mucho tiempo hacia que el magistrado no habia oido semejante paradoxa, ó para hablar con mas exactitud, esta era la primera vez que la oia.

El procurador del rey se preparó para responder.

—Caballero, dijo, sois extranjero, y vos mismo decis que habeis pasado gran parte de vuestra vida en paises orientales; no sabeis, pues, cuantos pasos prudentes y compasados dá entre nosotros la justicia humana tan espedita en esos paises bárbaros?

—¡Oh! si tal, caballero, si tal; es el *pede clauda* antiguo: lo sé, porque de la justicia de todos los paises ha sido sobre todo de lo que me he ocupado, he comparado el procedimiento criminal de todas las naciones con la justicia natural; y debo decirlo, caballero, la ley de los pueblos primitivos, la del Talion, ha sido la que he encontrado mas conforme á las miras de Dios.

—Si se adoptára esa ley, dijo el procurador del rey, simplificaría mucho nuestros códigos y entonces si que como deciais poco há no tendrian que cansarse mucho los magistrados.

—Con el tiempo se adoptará probablemente, dijo Monte-Cristo; bien sabeis que las invenciones humanas marchan de lo compues-to á lo simple que es siempre la perfeccion.

—Mientras tanto, caballero, dijo el magistrado, nuestros códigos existen en sus artículos contradictorios, sacados de costumbres Gallas, de leyes Romanas; de usos Francos; ahora, pues, convendreis en que el conocimiento de todas esas leyes no se adquiere sin largos trabajos, sin largo estudio y una gran memoria para no olvidarlo, una vez adquirido.

—Soy de ese parecer, caballero; pero todo lo que vos sabeis respecto al código frances, lo sé yo, no solamente de ese, sino del de todas las naciones; las leyes inglesas, turcas, japonesas, indias, me son tan familiares como las francesas; y hacia bien en decir que para lo que yo he hecho, teneis vos poco que hacer, y para lo que yo he aprendido, teneis vos que aprender aun muchas cosas.

—¿Pero con qué objeto habeis aprendido todo eso? replicó Villefort asombrado.

Monte-Cristo se sonrió.

—Bien, caballero, dijo: veo que á pesar de la reputacion que teneis de hombre superior, mirais todas las cosas bajo el punto de vista mezquino y vulgar de la sociedad, empezando y acabando por el hombre, es decir, bajo el punto de vista mas estrecho que le está permitido abrazar á la inteligencia humana.

—Esplicaos, caballero, dijo Villefort cada vez mas asombrado; no os comprendo bien.

—Digo, que con los ojos fijos en la organizacion social de las naciones, no veis mas que los resortes de la máquina, y no el sublime obrero que la hace andar, digo que no conoceis delante de vos y ni

á vuestro alrededor, mas misiones que las anejas á nombramientos firmados por un ministro ó por un rey, y que se escapan á vuestra corta vista los hombres que Dios ha creado superiores á los empleados de los ministros y de los reyes, encargándoles que cumplan una mision, en vez de desempeñar un empleo. Tobias tomaba al ángel que debía devolverle la vista por un jóven cualquiera. Las naciones tenian á Atila, que debía aniquilarlos, por un conquistador como todos, y fué necesario que ambos revelasen sus misiones celestiales para que se les reconociera, fué preciso que el uno dijese: «Soy el ángel del Señor;» y el otro: «Soy el martillo de Dios.» para que fuese revelada la esencia divina de los dos.

—Entonces, dijo Villefort cada vez mas asombrado y creyendo hablar á un loco, ¿os reputais uno de esos seres extraordinarios que acabais de citar?

—¿Por qué no? dijo Monte-Cristo.

—Perdonad, caballero, replicó Villefort estupefacto, si al presentarme en vuestra casa ignoraba fuérais un hombre cuyos conocimientos y talento sobrepujan tanto á los conocimientos ordinarios y al talento habitual de los hombres. No es costumbre en nosotros, desgraciados corrompidos de la civilizacion, que los nobles, poseedores como vos de una fortuna inmensa, á lo menos segun se asegura, no es costumbre, digo, que esos privilegiados de las riquezas pierdan su tiempo en especulaciones sociales, en sueños filosóficos buenos á lo mas para consolar á aquellos á quien la suerte ha desheredado de los bienes de la tierra.

—¡Y qué! ¡caballero! ¿habeis llegado vos á la situacion eminente que ocupais sin haber admitido, y aun sin haber encontrado escepciones? ¿y no se ejercita nunca vuestra mirada, que tanta necesidad tendria sin embargo de penetracion y de seguridad, en adivinar á primera vista qué clase de hombre se halla bajo la influencia de ella? ¿No deberia ser un magistrado, no digo el mejor aplicador de la ley, ni el intérprete mas astuto, sino una sonda de acero para llegar á los corazones, una piedra de toque para probar el oro de que está hecha cada alma con mas ó menos liga?

—Caballero, me confundis, y jamás he oido hablar á nadie como á vos.

—Eso es porque habeis estado constantemente encerrado en el círculo de las condiciones generales, sin remontaros á las esferas superiores que Dios ha poblado de seres invisibles y escepcionales.

—¿Y creeis, que existen esas esferas, y que anden entre nosotros seres escepcionales é invisibles?

—¿Por qué no? ¿acaso veis el aire que respirais, y sin el cual no podriais vivir?

—¿Conque no vemos é esos seres de que hablais?

—Si tal; los veis cuando Dios permite que se materialicen: los tocáis, los hablais y os responden.

—¡Ah! dijo Villefort sonriéndose, confieso que querria que me avisasen cuando uno de ellos se encuentre en contacto conmigo.

—Pues se os ha cumplido el gusto, caballero, porque habeis sido avisado hace poco, y ahora mismo os lo vuelvo á advertir.

—De modo que vos.....

—Yo soy uno de esos seres escepcionales, si señor, y creo que hasta ahora ningun hombre se ha encontrado en una posicion semejante á la mia. Los reinos de los reyes están limitados, por montañas, por rios, por cambio de costumbres, ó por mutacion de language. Mi reino es grande como el mundo, porque no soy italiano, ni francés, ni indio, ni americano, ni español; soy cosmopolita. Ningun pais puede decir que me ha visto nacer. Dios solo sabe qué tierra me verá morir. Adopto todas las costumbres, hablo todas las lenguas. ¿Me creéis francés porque hablo con la misma facilidad y la misma pureza que vos? ¡pues bien! Allí, mi negro, me cree árabe; Bertuccio, mi mayordomo, me cree romano, Haydée, mi esclava, me cree griego. Así, pues, comprendéis que no siendo de ningun pais, no pidiendo proteccion á ningun gobierno, no reconociendo á ningun hombre por hermano mio, no me paralizan ni me detienen los escrúpulos que detienen á los poderosos ó los obstáculos que paralizan á los débiles. No tengo mas que dos adversarios, y no vencedores, porque con la constancia los sujeto y son el tiempo y el espacio. El tercero, y el mas terrible, es mi condicion de hombre mortal. Este es el único que puede detenerme en mi camino, y antes de que haya conseguido el objeto que deseo; todo lo demas lo tengo calculado. Lo que los hombres llaman reveses de la suerte, es decir la ruina, el cambio, las eventualidades, los he previsto yo, y si alguna puede ocurrirme, no por eso puede derribarme. A menos que muera, continuaré siendo lo que soy; he aquí porque os digo cosas que nunca habeis oido, ni de boca de los reyes, porque los reyes os necesitan y los hombres os tienen miedo ¡Quién es el que no dice para sí en una sociedad tan ridiculamente organizada como la nuestra:

«Tal vez un dia tendré que buscar al procurador del rey!»

—¿Y podeis vos decir lo contrario? desde el momento en que habitais la Francia, naturalmente teneis que someteros á las leyes francesas.

—Ya lo sé, caballero, respondió Monte-Cristo, pero cuando voy á ir á un pais, empiezo á estudiar por medios que me son propios, á todos los hombres de quienes puedo tener algo que esperar ó que temer, y llego á conocerlos tan bien ó mejor tal vez que ellos se conocen á si mismos. De donde resulta que cualquier procurador del rey que se las hubiera conmigo seguramente se veria mas apurado que yo.

—Lo cual quiere decir, replicó con indecision Villefort, que siendo débil la naturaleza humana..... todo hombre, segun vuestro parecer ha cometido..... faltas.

—Faltas..... ó crímenes, respondió sencillamente Monte-Cristo.

—¿Y qué, solo vos, entre los hombres á quienes no reconoceis por hermanos, repuso Villefort con voz alterada, y qué, vos solo sois perfecto?

—No, perfecto no, respondió el conde, impenetrable, nada mas.

Pero dejemos esto, caballero, si la conversacion os desagrada; que ni á mi me amenaza vuestra justicia, ni á vos mi doble vista.

—¡No! ¡no! caballero, dijo vivamente Villefort, que temia sin duda el parecer vencido, no! con vuestra brillante y casi sublime conversacion, me habeis elevado sobre el nivel ordinario, ya no hablamos familiarmente, estamos disertando. Bien sabeis cuán crueles verdades se dicen á veces los teólogos de la Sorbona, ó los filósofos en sus disputas: supongamos que hablamos de teología social y de filosofía teológica, y os diré una de esas rudas verdades y es: que sacrificais al orgullo; sois superior á los demas, pero Dios es superior á vos.

—Superior á todos, caballero, respondió Monte-Cristo con un acento tan profundo que Villefort se estremeció involuntariamente. Yo tengo mi orgullo para los hombres, serpientes siempre prontas á erguirse contra el que las mira y no les aplasta la cabeza. Pero abandono este orgullo delante de Dios que me ha sacado de la nada para hacerme lo que soy.

—Entonces, señor conde, os admiro, dijo Villefort, que por la primera vez en este extraño diálogo, acababa de emplear esta fórmula aristocrática para con el estrangero, á quien hasta entonces no habia llamado mas que caballero. Si, os repito, si sois realmente fuerte, realmente superior, realmente santo é impenetrable, lo que viene á ser lo mismo, segun decís, sed soberbio, caballero, esa es la ley de las dominaciones. Pero, sin embargo, ¿teneis alguna ambicion?

—Tuve una.

—¿Cuál?

—Tambien yo, como sucede á todo hombre en la vida, fui conducido por Satanás una vez á la montaña mas alta de la tierra; llegado allí, me mostró el mundo entero, y como habia dicho otra vez á Cristo me dijo á mi: veamos hijo de los hombres, ¿qué quieres por adorarme? Entonces reflexioné porque hacia mucho tiempo que una ambicion terrible devoraba mi corazon, despues le respondí: «Escucha, siempre he oido hablar de la Providencia y sin embargo nunca la he visto ni nada que se le parezca, lo cual me hace creer que no existe; quiero ser la Providencia, porque lo mas hermoso y grande que puede hacer un hombre es recompensar y castigar.» Pero Satanás bajó la cabeza y lanzó un suspiro. «Te engañas, dijo, la Providencia existe; pero tú no la ves, porque hija de Dios es invisible como su padre. Nada has visto que se le parezca, porque procede por resortes ocultos, y marcha por caminos oscuros: todo lo que yo puedo es hacerle uno de los agentes de esa Providencia.» Se verificó el trato, tal vez en él perderé mi alma; pero no importa, repuso Monte-Cristo; ahora misnio le ratificaria.

Villefort le miraba con asombro.

—Señor conde, dijo, ¿teneis parientes?

—No, caballero, soy solo en el mundo.

—¡Tanto peor!

—¿Por qué? preguntó Monte-Cristo.

—Porque hubierais podido ver un espectáculo que destruye-

se vuestro orgullo. ¡Decis que no temeis mas que la muerte.

—No que la temo, sino que ella sola puede detenerme.

—¿Y la vejez?

—Mi mision se habrá cumplido antes de que sea viejo.

—¿Y la locura?

—Poco me ha faltado para dar en ella; pero ya conocéis el axioma *non bis in idem* es principio de jurisprudencia criminal, y por consiguiente está en vuestra cuerda.

—Caballero, repuso Villefort, otra cosa hay que temer mas que la muerte, la vejez ó la locura; la apoplejía, por ejemplo, ese rayo que os hiere sin destruirlos, y despues del cual sin embargo todo se acabó: vivis pero no sois el mismo; vos que como Ariel rayabais en ángel, ya no sois mas que una masa inerte que como Caliban raya en bestia; esto se llama una apoplejía. Venid, si quereis, á continuar esta conversacion á mi casa, señor conde, un dia que deseis encontrar adversario capaz de comprenderos y ansioso de contestaros, y hallareis á mi padre, Mr. Noirtier de Villefort, uno de los mas fogosos jacobinos de la revolucion francesa, es decir, la audacia mas brillante puesta al servicio de la organizacion mas vigorosa, un hombre que, no habia visto como vos todos los reinos de la tierra, pero ayudó á derribar uno de los mas poderosos: en fin un hombre que como vos, se creia enviado no de Dios sino del Ser Supremo, no de la Providencia sino de la Fatalidad; pues bien, caballero, todo esto fué destruido, no en un dia, ni en una hora, sino en un segundo. La vispera, Mr. Noirtier antiguo jacobino, antiguo senador, antiguo carbonario, que se reia de la guillotina, del cánon y del puñal; Mr. Noirtier jugando con las revoluciones, Monsieur Noirtier para quien la Francia no era mas que un vasto juego de ajedrez del cual peones, torres, caballeros y reinas debian desaparecer con tal que al rey se le diera mate; Mr. Noirtier tan temido y tan terrible, era al dia siguiente, *ese pobre Noirtier*, anciano inmóvil, á merced del ser mas débil de la casa, es decir, de su nieta Valentina, un cadáver mudo y helado, que no vive sin alegria, y sin sufrimiento, sino para dar tiempo á la materia de llegar sin tropiezo á su entera descomposicion.

—¡Ay! caballero, dijo Monte-Cristo, no es estraño ese espectáculo á mis ojos ni á mi pensamiento; entiendo un poco de medicina, y he buscado mas de una vez el alma en la materia viva ó en la materia muerta; y como la Providencia ha permanecido invisible á mis ojos aunque presente en mi corazon. Cien autores, desde Sócrates hasta Séneca, hasta San Agustin hasta Gall, han hecho en prosa ó en verso la misma descripcion que vos, pero sin embargo comprendo que los sufrimientos de un padre puedan operar grandes cambios en el espíritu de su hijo. Iré, caballero, puesto que quereis, á contemplar ese terrible espectáculo que debe entristecer vuestra casa.

—Eso sucederia sin duda, si Dios no me hubiera dado una compensacion á esta desgracia. Al lado del anciano que descende hácia esa tumba, tengo dos hijos que entran en la vida: Valentina, hija de mi primer casamiento, y Eduardo, ese á quien habeis salvado la vida.

—¿Y qué resulta de esa compensacion? preguntó Monte-Cristo.

—¡Resulta que mi padre, extraviado por las pasiones, ha cometido una de esas faltas que se libertan de la justicia humana, pero no de la justicia de Dios!..... y que Dios, no queriendo castigar mas que á una persona, le ha castigado á él solo.

Monte-Cristo, con la sonrisa en los labios, arrojó en el fondo de su corazon un rugido que habria hecho huir á Villefort si hubiese podido oírle.

—Adios, caballero, replicó el magistrado que hacia algun tiempo estaba levantado y hablaba en pié; os dejo llevando de vos un recuerdo de estimacion que, espero, os será agradable cuando me conozcais mejor; por otra parte habeis hecho de Mad. Villefort una amiga eterna.

El conde saludó y se contentó con acompañar hasta la puerta de su gabinete á Villefort, el cual subió en su carruage, precedido de dos lacayos que, á una señal de su amo, se apresuraban á abrir la portezuela.

Despues, así que el procurador del rey hubo desaparecido:

—¡Vamos, dijo Monte-Cristo sacando con gran esfuerzo un suspiro de su pecho oprimido, vamos basta de veneno, y ahora que mi corazon está lleno, vamos á buscar el remedio!

Y llamando sobre el timbre sonoro:

—Subo á ver la señora, dijo á Alí; que esté el carruage dentro de media hora

CAPITULO II.

Haydée.

Ya se acordará el lector cuales eran los nuevos ó mas bien los antiguos conocimientos del conde de Monte-Cristo, que vivian en la calle Meslay; Maximiliano Morrel, Julia y Manuel.

La esperanza de esta visita que iba á hacer, de estos cortos momentos felices que iba á pasar, de este resplandor del paraíso que penetraba en el infierno donde habia entrado voluntariamente, habia esparcido desde el momento en que perdió de vista á Villefort, la serenidad mas encantadora sobre el rostro del conde; y Alí, que habia acudido al ruido del timbre, al ver este rostro radiante de una alegria tan rara, se habia retirado de puntillas suspendiendo la respiracion para no alterar los buenos pensamientos que creia leer en el rostro de su amo.

Eran las doce del dia: el conde se habia reservado una hora para subir al cuarto de Haydée: hubiérase dicho que la alegria no podia entrar de pronto en aquella alma ulcerada por tanto tiempo, y que necesitaba prepararse para las emociones dulces como las otras almas necesitan prepararse para las emociones violentas.

La jóven griega estaba, como hemos dicho, en una habitacion enteramente separada de la del conde. Su mueblage era oriental; es decir, que los suelos estaban cubiertos de espesas alfombras de Turquía, que inmensas cortinas de brocado cubrian las paredes, y que en cada pieza habia alrededor un ancho divan con almohadones movibles de ricas telas de la Persia.

Haydée tenia tres camareras francesas y una griega.

Las francesas estaban en la primera pieza, prontas á correr al sonido de una campanilla de oro, y á obedecer á las órdenes de la esclava griega, la cual sabia bastante francés para poder transmitir las voluntades de su señora á sus tres camareras, á las que Monte-Cristo habia recomendado que tuviesen las mismas consideraciones con Haydée que con una reina.

La jóven estaba en la pieza mas retirada de su habitacion, es decir, en una especie de saloncito redondo, iluminado por arriba, y en el que no penetraba la luz sino al través de cristales color de rosa. Recostada sobre unos almohadones de raso azules bordados de plata, rodeaba su cabeza con su brazo derecho, mientras que con el izquierdo ponía en sus labios el tubo de coral unido á otro flexible que no dejaba pasar el ligero vapor á su boca sino perfumado por el agua de benjuí, al través de la cual le hacia pasar su dulce aspiracion.

La postura, tan natural para una muger de Oriente, hubiera sido para una francesa de una coquetería algun tanto afectada.

En cuanto á su traje era el de las mugeres del Epiro, es decir, unos calzones anchos de saten blanco bordado de flores, y que dejaban descubiertos dos pies de niño que se hubieran creído de mármol de Paros, si no se les hubiera visto mover entre dos pequeñas sandalias de punta retorcida, bordadas de oro y de perlas; una chaqueta con largas rayas azules y blancas, y anchas mangas abiertas con ojales de plata y botones de perlas; en fin una especie de corpiño entreabierto por delante que dejaba ver el cuello y la mitad del pecho, y que se abrochaba por debajo con tres botones de diamantes. En cuanto á la cintura, desaparecia debajo de uno de esos chales de seda, con anchas franjas de vivos colores que tanto ambicionan nuestras elegantes parisienses.

Llevaba en la cabeza un casquete de oro bordado de perlas, torcido á un lado, y debajo de él resaltaba una linda rosa natural sobre unos cabellos de seda tan negros como el azabache.

En cuanto á la belleza de este rostro, era la griega en toda la perfeccion de su tipo, con sus grandes y hermosos ojos negros velados, su frente de mármol, su nariz recta, sus labios de coral y sus dientes de perlas.

Y sobre este conjunto encantador la flor de la juventud habia esparcido todo su brillo y todo su perfume.

Podia tener Haydée diez y nueve ó veinte años.

Monte-Cristo llamó á la criada griega y la dijo que pidiera permiso á Haydée para entrar á verla.

Por toda respuesta hizo seña á la criada de que levantase la colgadura que habia delante de la puerta.

Monte-Cristo entró.

Se incorporó ella sobre un codo, y presentando su mano al conde mientras le dirigia una sonrisa:

—¿Por qué, dijo, en la lengua sonora de las hijas de Atenas, por qué me pides permiso para entrar á verme? ¿No eres mi dueño, no soy yo tu esclava?

Monte-Cristo se sonrió una vez.

—Haydée, dijo: bien sabeis....

—¿Por qué no me llamas de *tú* como de costumbre? interrumpió la jóven griega; ¿he cometido alguna falta? Si es así, castigame, pero no me hables de ese modo.

—Haydée, replicó el conde, bien sabes que estamos en Francia, y por consiguiente que eres libre.

—Libre, ¿de qué? preguntó la jóven.

—Libre de dejarme.

—¿Dejarte... y por qué te habia de dejar?

—¿Qué se yo? Vamos á ver el mundo.

—Yo no quiero ver á nadie.

—Y si entre los bellos jóvenes que encuentres hubiese alguno que te gustase no seria yo tan injusto....

—Jamás he visto hombre mas hermoso que tú, y no he amado á nadie mas que á mi padre y á tí.

—Pobre Haydée, dijo Monte-Cristo, es que nunca has hablado á nadie mas que á tu padre y á mí.

—¿Pues bien! ¿qué necesidad tengo yo de hablar á otros? Mi padre me llamaba *su alegría*, tú me llamas *tu amor* y ambos me llamis *vuestra hija*.

—¿Te acuerdas de tu padre, Haydée?

La jóven se sonrió.

—Esta aqui y aqui, dijo poniendo la mano sobre sus ojos y sobre su corazon.

—¿Y yo, dónde estoy? preguntó sonriéndose Monte-Cristo.

—Tú, dijo ella, tú estás en todas partes.

Monte-Cristo tomó la mano de Haydée para besarla; pero la sencilla jóven la retiró y presentó su frente.

—Ahora, Haydée, la dijo, ya sabes que eres libre, que eres aqui la dueña, que eres reina; puedes conservar tu trage ó dejarle según tu capricho: permanecerás aqui ó saldrás cuando quisieras; siempre estará mi carruage preparado para tí. Ali y Myrtho te acompañarán á todas partes y estarán á tus órdenes: pero te suplico una cosa.

—Díla.

—Guarda secreto acerca de tu nacimiento, no digas una palabra de lo pasado; no pronuncies en ninguna ocasion el nombre de tu ilustre padre ni el de tu pobre madre.

—Ya te lo he dicho, señor, no veré á nadie.

—Escucha, Haydée, tal vez no será posible esta reclusion oriental en París; sigue aprendiendo la vida de nuestros países del norte como has hecho en Roma, en Florencia, en Milan y en Madrid; es-

to te servirá siempre, ya sigas viviendo aquí ó ya te vuelvas á Oriente.

La jóven dirigió al conde sus grandes ojos húmedos, y respondió.

—O nos volvamos á Oriente, quieres decir, ¿no es verdad, señor?

—Si, hija mia, dijo Monte-Cristo; bien sabes que nunca seré yo quien te deje. No es el árbol el que abandona á la flor; sino la flor la que abandona al árbol,

—Jamás te abandonaré yo, señor, dijo Haydée, porque estoy segura de que no podría vivir sin tí.

—¡Pobre niña! dentro de diez años yo seré viejo, y dentro de diez años tú serás jóven aun.

—Mi padre tenia la barba blanca; esto no impedía que yo le amase; mi padre tenia sesenta años, y me parecia mas hermoso que todos los jóvenes que miraba.

—Pero veamos, dime, ¿crees tú que te podrás acostumbrar á esta vida?

—¿Te veré?

—Todos los dias.

—Pues bien; ¿qué es lo que pides, señor?

—Temo que te fastidies.

—No, señor, por la mañana pensaré que vas á venir á verme, y por la noche me acordaré de que has venido; por otra parte, cuando estoy sola tengo grandes recuerdos. Vuelvo á ver inmensos cuadros, grandes horizontes con el Pindo y el Olimpo á lo lejos, ademas tengo en el corazon tres sentimientos con los cuales no se puede una fastidiar, tristeza, amor y agradecimiento.

—Eres digna hija del Epiro, Haydée, graciosa y poética, y se ve que descendes de esa familia de diosas que ha nacido en tu pais. Tranquilízate, hija mia, yo haré de manera que tu juventud no se pierda, porque si me amas como á un padre, yo te amo como á una hija.

—Te engañas, señor, yo no amaba á mi padre como te amo á tí; mi amor hácia tí es otro amor; mi padre ha muerto y yo no he muerto y si tú murieras moriría contigo.

El conde dió su mano á la jóven con una sonrisa llena de profunda ternura; Haydée imprimió en ella sus labios como de costumbre.

Y el conde dispuesto asi para la entrevista que iba á tener con Morrel y su familia, partió murmurando estos versos de Pindaro:

«La jóven es una flor cuyo fruto es el amor....»

Dichoso el que la obtenga despues de haberla visto madurar lentamente.

Segun sus órdenes, el carruage estaba pronto. Subió en él, y como siempre, partió á galope.

CAPÍTULO L.

La familia Morrel.

En pocos minutos llegó á la calle Meslay, número 7.

La casa era blanca, risueña y precedida de un patio en el cual dos enormes macetas contenian hermosísimas flores.

El conde reconoció á Coclés en el portero que le abrió la puerta. Pero como este, ya se acordará el lector, no tenia mas que un ojo, y despues de nueve años se habia debilitado considerablemente, no reconoció al conde.

Los carruages para detenerse delante de la entrada debian dar una vuelta, á fin de evitar un saltador de agua cristalina que salia del centro de una gran taza en forma de concha de mármol, la cual habia escitado bastantes envidias en el barrio, y era causa de que llamasen á esta casa *el pequeño Versalles*.

Inútil es decir que en esta casa nadaban una multitud de peces encarnados y de diversos colores.

La casa, elevada sobre un piso de cocinas y de cuevas, tenia además del bajo otros dos; los jóvenes la habian comprado con sus dependencias, que consistian en un inmenso taller, un jardin y dos pabellones en él. Manuel habia visto, desde la primera ojeada, en esta disposición una pequeña especulacion: se habia reservado la casa la mitad del jardin y habia tirado una línea, es decir, que habia construido una tapia entre él y los talleres, que alquiló con los pabellones y la otra mitad de jardin; de suerte que vivia en una casa sumamente agradable por una cantidad bastante módica.

El comedor era de encina, el salon de caoba y de terciopelo azul, la alcoba de nogal y de damasco verde; además habia un gabinete de trabajo para Manuel que no trabajaba, y un salon de música para Julia, que no estudiaba este bello arte.

El segundo piso estaba consagrado á Maximiliano; era una repeticion exacta de la habitacion de su hermana, pero el comedor habia sido convertido en una sala de billar donde llevaba á sus amigos.

El mismo estaba limpiando su caballo, y fumando á la entrada del jardin, cuando se detuvo á la puerta el carruage del conde de Monte-Cristo.

Coclés abrió la puerta como hemos dicho, y bajándose Bautista del pescante, preguntó si Mr. y Mad. Herbault y Maximiliano Morrel estaban visibles para el conde de Monte-Cristo.

—¡Para el conde de Monte-Cristo! exclamó Morrel tirando su cigarro y saliendo al encuentro del conde; ya lo creo, ya lo creo que estamos visibles para él. ¡Ah! gracias, mil gracias, señor conde, por no haber olvidado vuestra promesa.

Y el joven oficial estrechó tan cordialmente la mano del conde, que este no pudo menos de conocer por la franqueza del hijo de Morrel, que era esperado con impaciencia.

—Venid, venid, dijo Maximiliano, quiero servirlos de introductor; un hombre como vos no debe ser anunciado por un criado; mi

hermana está en su jardín , cortando las flores marchitas ; mi hermano lee sus dos periódicos la *Presse* y los *Debates* , á seis pasos de ella porque donde quiera que se ve á Mad. Herbault , no hay mas que mirar á cuatro varas de distancia y vereis á Mr. Manuel , y recíprocamente , como decimos en la escuela politécnica.

El ruido de los pasos hizo levantar la cabeza á una jóven de veinte á veinte y cinco años , vestida de una bata de seda , y que estaba cortando cuidadosamente las rosas marchitas de un soberbio rosal.

Esta muger era nuestra antigua Julia , que á poco tiempo , segun se lo habia predicho el mandatario de la casa de Tomson y French fue Mad. Herbault.

Arrojó un pequeño grito al ver al estrangero.

Maximiliano soltó una carcajada.

—No te incomodes , hermana , dijo ; el señor conde hace solo dos ó tres dias que está en Paris ; pero sabe lo que es una apasionada á las flores , y si no lo sabe , tú se lo enseñarás.

—¡Ah! caballero , dijo Julia , traeros asi es una traicion de mi hermano , que no usa de ninguna etiqueta.... ¡Penelon!.... ¡Penelon!...

Un anciano que regaba un plantio de rosales de Bengala dejó su regadera en tierra y se acercó con su gorra en la mano. Algunos mechones canos blanqueaban su cabellera aun espesa , mientras que su tez bronceada y su mirar osado y vivo recordaban al viejo marino tostado al sol del ecuador y curtido con los vientos de las tempestades.

—Creo que me habeis llamado , señorita Julia , dijo , hème aqui.

Penelon habia conservado la costumbre de llamar á la hija de su patron la señorita Julia , y jamás habia podido acostumbrarse á decirle Mad. Herbault.

—Penelon , dijo Julia , id á avisar á Mr. Manuel la visita que tenemos , mientras que Maximiliano conduce á este caballero al salon.

—Volviéndose despues hácia Monte-Cristo.

—¡Me permitreis que me retire un instante! dijo.

—Y sin esperar el consentimiento del conde desapareció por una calle de árboles que conducia á la casa.

—¡Ah! mi querido Morrel , dijo Monte-Cristo , advierto con dolor que mi visita causa un trastorno en toda la casa.

—Mirad , mirad , dijo Maximiliano riendo : ¿ veis alli al marido que tambien va á mudarse el chaqueton y á ponerse una levita ? ¡ Oh ! es que os conocen en la calle de Meslay , estábais anunciado.

—Me parece que es una familia feliz , caballero , dijo el conde respondiéndole á su propio pensamiento.

—¡Oh ! si , lo aseguro señor conde , ¡ qué quereis ! no les falta nada para ser felices ! son jóvenes , alegres , se aman , y con sus veinte y cinco mil libras de renta á pesar de haber manejado tan inmensas fortunas , se figuran poseer las riquezas del Perú.

—Sin embargo , veinte y cinco mil libras de renta es poco , dijo Monte-Cristo con una dulzura tan suave que conmovió á Maximilia-

no, como hubiera podido hacerlo la voz de un padre; pero no pararán ahí nuestros jóvenes, ya serán á su vez millonarios. Vuestro cuñado es abogado.... ó medico... ó...

—Era comerciante, señor conde: y tomó á su cargo la casa de nuestro pobre padre. Mr. Morrel ha muerto dejando quinientos mil francos de caudal. Yo tenia una mitad y mi hermana otra, porque no eramos mas que dos. Su marido, que se habia casado con ella sin tener otro patrimonio que su noble probidad, su inteligencia de primer orden y su reputacion ilesa, quiso poseer tanto como su muger, trabajó hasta que hubo reunido doscientos cincuenta mil francos; seis años le bastaron. Era tierno espectáculo el de estos dos jóvenes tan laboriosos, tan unidos, destinados por su capacidad á la fortuna mas alta, y que no queriendo cambiar nada de las costumbres de la casa paterna, gastaron seis años en hacer lo que otros comerciantes hubieran hecho en dos ó tres; así, pues, Marsella entera colmó de alabanzas tan laboriosa abnegacion. En fin, un dia Manuel fué á buscar á su muger que acababa de pagar las cuentas vencidas.

—Julia, le dijo, aqui está el último cartucho de cien francos que acaba de entregarme Coclés, y que completa los doscientos cincuenta mil francos que hemos fijado como limite de nuestras ganancias. ¿Quedarás satisfecha con este poco, con el cual será preciso contentarnos de aqui en adelante? Escucha, la casa hace negocios por un millon al año, y puede producir cuarenta mil francos de beneficios. Venderemos la clientela si te parece, en trescientos mil francos en una hora, porque aqui tengo una carta de Mr. Delaunay que nos los ofrece en cambio de nuestros fondos que quiere reunir al suyo. ¿Con que á ver que te parece que hagamos?

—Amigo mio, dijo mi hermana, la casa Morrel no puede sostenerse sino por un Morrel. Salvar para siempre de los vaivenes de la suerte el nombre de nuestro padre, ¿no vale trescientos mil francos?

—Eso pensaba yo, respondió Manuel; sin embargo, queria saber tu opinion.

—¡Pues bien! amigo mio, ahí le tienes. Todas nuestras entradas están hechas; nuestras letras pagadas; podemos echar una raya al pie de la cuenta de esta quincena y cerrar la casa: tirémosla y cerraremos el escritorio, lo cual fué hecho inmediatamente; eran las tres, á las tres y cuarto se presentó un cliente para hacer asegurar el pasage de los dos buques; era una ganancia líquida de quince mil francos al contado.

—Caballero, dijo Manuel, tened la bondad de dirigiros á nuestro compañero Mr. Delaunay. En cuanto á nosotros, ya hemos dejado el comercio.

—¿Y desde cuando? preguntó el cliente asombrado.

—Desde hace un cuarto de hora.

—Y aqui veis, caballero, continuó sonriéndose Maximiliano, como mi hermana y mi cuñado no tienen mas que veinte y cinco mil francos de renta.

Apenas Maximiliano acababa su narracion durante la cual el corazón del conde se habia dilatado cada vez mas, cuando apareció

Manuel con una levita abrochada : saludó como hombre que conoce la importancia del personaje á quien hablaba , y despues condujo al conde á la casa.

El salon estaba ya embalsamado de flores contenidas con gran trabajo en un inmenso vaso del Japon con asas naturales. Julia , bien vestida y peinada con coqueteria , se presentó para recibir al conde.

—Oíase cantar á los pájaros del jardín y de una pajarera próxima al salon ; las ramas de jazmines y de acacias color de rosa bordaban con sus hojas las colgaduras de terciopelo azul.

Todo en esta encantadora morada respiraba la mayor tranquilidad y el mas completo reposo , desde los gorjeos de los pájaros hasta la sonrisa de los dueños de la casa.

Desde que entró el conde , se habia impregnado ya de esta felicidad , así pues se quedó mudo y pensativo , olvidando que lo miraban y le oían para proseguir la conversacion interrumpida despues de los primeros cumplimientos.

Apercibióse de este silencio que era ya impolítico , y saliendo con gran esfuerzo de su meditacion:

—Señores , dijo , perdonadme una emocion que debe asombraros á vos acostumbrada á la paz y á la felicidad que aqui encuentro ; pero para mí es una cosa tan nueva la satisfaccion sobre un rostro humano , que no me canso de miraros á vos y á vuestro marido.

—Somos muy felices , en efecto , caballero , repuso Julia ; pero hemos sufrido mucho tiempo , y pocas personas habrán comprado su felicidad tan cara como nosotros.

La curiosidad se pintó en las facciones del conde.

—¡Oh ! es una historia de familia , como os decia el otro dia Chateau-Renaud , replicó Maximiliano ; para vos , señor conde , avezado á ver ilustres desgracias y espléndidas alegrías , tendria poco interés este cuadro de familia : muchos , muchísimos dolores hemos sufrido como os decia Julia , aunque estén encerrados en este pequeño cuadro.

—¿Y Dios os ha dado consuelos para vuestros sufrimientos ? preguntó Monte-Cristo.

—Si , señor conde , dijo Julia : podemos decirlo , porque hizo por nosotros lo que no hace mas que para sus elegidos ; nos envió uno de sus ángeles.

Un vivo carmin cubrió las mejillas del conde que tosió para disimular y se llevó el pañuelo á la boca.

—Los que han nacido en cuna de púrpura , y nunca han deseado nada , dijo Manuel , no saben lo que es la felicidad de vivir ; lo mismo que no pueden conocer el precio de un cielo puro los que no han entregado nunca su vida á merced de cuatro tablas arrojadas á un mar enfurecido.

Monte-Cristo se levantó , y sin responder nada , porque solo en el temblor se hubiera conocido la emocion de que estaba agitado , se puso á recorrer el salon á largos pasos.

—Nuestra magnificencia os hace sonreír , señor conde , dijo Maximiliano que le seguía con la vista.

—No, no, respondió Monte-Cristo muy pálido, y conteniendo con una mano los latidos de su corazón, mientras que con la otra mostraba al jóven un fanal bajo el que reposaba un bolsillo de seda sobre una almohadilla de terciopelo negro. Estaba pensando qué significa este bolsillo, que en un lado contiene un papel, me parece, y en el otro un hermoso diamante.

Maximiliano tomó un aire grave y respondió:

—Esto, señor conde, es el tesoro mas precioso de nuestra familia.

—En efecto, este diamante es bastante hermoso, repuso el conde de Monte-Cristo

—¡Oh! mi hermano no os habla del valor de la piedra, aunque está estimada en cien mil francos, señor conde: quiere solamente deciros que los objetos que encierra ese bolsillo son las reliquias del ángel de quien hablábamos hace poco.

—No puedo comprender eso, y sin embargo no debo preguntároslo, señora, replicó el conde de Monte-Cristo inclinándose; perdonadme, no he querido ser indiscreto.

—¿Indiscreto, decís? ¡oh! al contrario nos haceis felices con ofrecernos una ocasion de oirnos acerca de este asunto. Si ocultásemos como un secreto la accion mas hermosa que recuerda ese bolsillo, no le espondríamos de tal modo á la vista de todos.

—¡Oh! quisiéramos poderla publicar en todo el universo para que un estremecimiento de nuestro bienhechor desconocido nos revelase su presencia.

—¡Ah! voy comprendiendo, dijo Monte-Cristo con voz ahogada.

—Caballero, dijo Maximiliano levantando el fanal y besando religiosamente el bolsillo de seda; esto ha tocado la mano de un hombre por el cual fué salvado mi padre de la muerte, nosotros de la ruina y nuestro nombre de la vergüenza, de un hombre, gracias al cual, nosotros pobres muchachos entregados á la miseria ó las lágrimas, podemos oír hoy á la gente estasiarse en nuestra felicidad. Esta carta, y sacando Maximiliano un billete del bolsillo lo presentó al conde, esta carta fué escrita por él un dia en que mi padre habia tomado una resolución desesperada, y este diamante fué regalado para su dote á mi hermana por el generoso desconocido.

Abrió Monte-Cristo la carta, y la leyó con una espresion indefinible de felicidad; era el billete que nuestros lectores conocen, dirigido á Julia, y firmado «Simbad el Marino.»

—¿Desconocido decís? con que el hombre que os ha hecho ese servicio ha permanecido ignorado?

—Si, señor, jamás hemos tenido la dicha de estrechar su mano; no será por no haber pedido á Dios este favor, añadió Maximiliano; pero ha habido en toda esta aventura un misterio que aun no hemos podido penetrar, todo ha sido conducido por una mano invisible, poderosa como la de un encantador.

—¡Oh! dijo Julia, aun no he perdido toda esperanza de besar un dia aquella como ahora beso el bolsillo que ha tocado. Hace cuatro años Penelon estaba en Trieste; Penelon, señor conde, es ese

valiente marino á quien habeis visto con una regadera en la mano, y que de contramaestre se ha hecho jardinero. Estando, pues, Penelon en Trieste, vió en el muelle un inglés que iba á embarcarse en un yacht, y reconoció al que fué á casa de mi padre el 5 de julio de 1829 y que me escribió el billete el 5 de setiembre. Era el mismo, segun él asegura, pero no se atrevió á hablarle.

—¡Un inglés! exclamó Monte-Cristo, que se inquietaba á cada mirada de Julia, ¿un inglés decís?

—Si, replicó Maximiliano, un inglés que se presentó en nuestra casa como comisionado de la casa Thomson y French de Roma. Hé aquí por qué cuando dijísteis el otro dia en casa de Morcef que los señores Thomson y French eran vuestros banqueros, me estremeci involuntariamente. Caballero, esto pasaba, como os hemos dicho, en 1826. ¿Habeis conocido á ese inglés!

—¿Pero no me habeis dicho tambien que la casa Thomson y French habia negado siempre que os habia hecho ese servicio?

—Si.

—Entonces ese inglés ¿no sería un hombre que reconocido á vuestro padre por alguna buena accion que él mismo habria olvidado, pudiera haber tomado ese pretesto para recompensársela?

—Todo es posible, caballero, en semejante circunstancia, aun un milagro.

—¿Cómo se llamaba? preguntó Monte-Cristo.

—Nunca ha dejado otro nombre, respondió Julia mirando al conde con profunda atencion, que el del billete: Simbad el Marino.

—Que no sería su nombre verdadero.

—Es probable, dijo Julia, mirándole siempre.

El conde iba á proseguir, pero al ver que Julia le examinaba con tanta atencion como queriendo conocer el sonido de su voz, se detuvo para reponerse algun tanto de su emocion y continuó alterado.

—Veamos, no es un hombre de mi estatura casi, tal vez un poco mas alto, un poco mas delgado, enterrado en una inmensa corbata, con una levita abrochada hasta arriba y siempre con el lápiz en la mano?

—¡Oh! ¿pero le conoceis! exclamó Julia con los ojos brillantes de alegría.

—No, dijo Monte-Cristo, lo supongo solamente. He conocido á un tal... lord Wilmore que hacia tambien rasgos de generosidad que admiraban.

—¿Sin darse á conocer?

—Era un hombre extraño y que no creia en el agradecimiento.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Julia con un acento sublime y cruzando las manos; ¿pues? ¿en qué creia ese desgraciado?

—A lo menos así le sucedia en la época en que yo le conocí, dijo Monte-Cristo, á quien esta voz que partia del fondo del alma habia estremecido hasta la última fibra; pero despues de este tiempo, tal vez habrá tenido alguna prueba de que existia la gratitud.

—Y vos ¿no conoceis á ese hombre, caballero? preguntó Manuel.

—¡Oh! si le conoceis, caballero, exclamó Julia; decid, decid, ¿po-

deis llevarnos á su lado, mostránselo, enseñarnos donde está? ¡Oh! Maximiliano, ¡oh! Manuel, si le encontrásemos le haríamos creer en el agradecimiento.

Monte-Cristo sintió asomarse dos lágrimas á sus ojos, y se puso á pasear de nuevo por el salon.

—En nombre del cielo, caballero, dijo Maximiliano, si sabeis alguna cosa de ese hombre, decidnoslo!

—¡Ay! dijo Monte-Cristo conteniendo la emocion de su voz, si vuestro bienhechor es lord Wilmore, temo que no le encontremos nunca. Me separé de él en Palermo, y partia para los países mas fabulosos, con que mucho dudo que vuelva.

—¡Ah! caballero, ¡sois cruel! exclamó Julia con espanto.

Y se le saltaron las lágrimas á la jóven.

—Señora, dijo gravemente Monte-Cristo devorando con los ojos las dos perlas líquidas que rodaban por las megillas de Julia; si lord Wilmore, hubiese visto lo que yo acabo de ver aqui, amaria aun la vida, porque las lágrimas que derramais le reconciliarian con el género humano.

Y presentó la mano á Julia que le dió la suya, dejándose arrastrar de la mirada y del acento del conde.

—Pero ese lord Wilmore, dijo, tenia pais, familia, parientes, en fin, era conocido; ¿no podríamos?....

—¡Oh! no os canséis, señora, dijo el conde, no procureis interpretar esas palabras que se me han escapado. No, lord Wilmore, no es probablemente el hombre que buscáis, era mi amigo, yo sabia todos sus secretos, y me hubiera contado ese.

—¿Y no os ha dicho nada? exclamó Julia.

—Nada.

—¡Ni una palabra que os hiciera suponer?...

—Nunca.

—Sin embargo, hace poco le nombrásteis.

—¡Ah! una suposicion.

—Hermana, hermana, dijo Maximiliano ayudando al conde, el señor tiene razon. Acuérdate de lo que tantas veces nos ha dicho nuestro padre; no es un inglés el que nos ha hecho tan felices.

Monte-Cristo se estremeció.

—Vuestro padre, os decia.... ¿qué os decia señor Morrel? repuso vivamente.

—Mi padre, caballero, veia en esa accion un milagro. Mi padre creia en un bienhechor que habia salido de su tumba para nosotros. ¡Oh! ¡qué tierna supersticion! Caballero, y aunque yo no la creia, estaba muy lejos de querer destruir esta creencia, en su noble corazon! Asi, pues, ¡cuántas veces pensaba en ello, pronunciando en voz baja un nombre que le era muy querido, un nombre de amigo perdido! y cuando se vió cercano á morir, cuando lo próximo de la eternidad hubo dado á su imaginacion una cosa parecida á la iluminacion de la tumba, este pensamiento que hasta entonces habia sido una duda, se trocó en conviccion, y las últimas palabras que pronunció al morir fueron estas:

—«Maximiliano: era Edmundo Dantes!...»

La palidez del conde, que hacia algunos segundos iba creciendo, era espantosa cuando oyó estas palabras; toda su sangre se agolpó á su corazón; no podia hablar, sacó su reloj como si hubiera olvidado la hora, tomó su sombrero, hizo á Mad. Herbault una cortesía brusca y embarazada, y estrechando las manos de Manuel y Maximiliano:

—Señora, dijo, permitidme que venga algunas veces á visitaros. Aprecio mucho vuestra casa, y os estoy sumamente reconocido por vuestro acogimiento, porque es la primera vez que en muchos años me he olvidado de mí mismo.

Y salió precipitadamente.

—Este conde de Monte-Cristo es un hombre singular, dijo Manuel.

—Si, respondió Maximiliano, pero yo creo que tiene un corazón excelente, y estoy seguro de que nos ama.

—Y á mí, dijo Julia, me ha llegado su voz al corazón, y dos ó tres veces se me ha figurado que no era esta la primera vez que le veía.

CAPITULO LI.

Pyramo y Thisbe.

Cerca del barrio de Saint-Honoré, detrás de una hermosa casa notable entre las de este suntuoso cuartel, se estiende un vasto jardín cuyos espesos castaños pasan con mucho las enormes tapias, y dejan caer cuando llega la primavera sus flores sobre dos enormes jarrones de mármol colocados paralelamente sobre dos pilastras cuadrangulares en que encaja una reja de hierro del tiempo de Luis XIII.

Esta grandiosa entrada está condenada á pesar de los magníficos geráneos que brotan en los dos jarrones y que mecen al viento sus hojas marmóreas y sus flores de púrpura, desde que los propietarios se contrajeron á la posesion del palacio, del patio plantado de árboles que cae á la calle principal, y del jardín que cierra esta verja que caía antes á una magnífica huerta de una fanega de tierra, perteneciente á la propiedad. Pero habiendo tirado una línea el demonio de la especulación, es decir, una calle en el extremo de esta huerta, con nombre antes de existir, gracias á una placa de vidrio, pensaron poder vender esta huerta para edificar casas en la calle, y facilitar el tránsito en ese magnífico barrio de Saint-Honoré.

Pero en punto á especulación el hombre propone y el dinero dispone; la calle bautizada murió en la cuna; el que adquirió la huerta, despues de haberla pagado perfectamente, no pudo encontrar al venderla la suma que quería, y esperando una subida de precio que no podia dejar de indemnizarle un día ú otro, se contentó con alquilar la huerta á unos hortelanos por quinientos francos al año.

No obstante, ya lo hemos dicho, la reja del jardín, que caía á la

huerta, está condenada y el orin roe sus goznes; aun hay mas: para que los innobles hortelanos no curioseen con sus miradas vulgares el interior del jardin aristocrático, un tabique de tablas está unido á las barras hasta la altura de seis pies. Es verdad que las tablas no están tan bien unidas que no se pueda dirigir una mirada furtiva por entre las junturas; pero esta casa no es tan severa que tema las indiscreciones.

En esta huerta en lugar de coliflores, ensaladas, verduras, rábanos, patatas y melones, nacen solo grandes alfalfas, único cultivo que anuncia que aun se piensa en este lugar abandonado. Una puertecita baja abriéndose á la calle proyectada, da entrada en este terreno cerrado de tapias, que sus habitantes acaban de abandonar á causa de su esterilidad, y que despues de ocho dias, en lugar de producir un cincuenta por ciento como antes, no produce absolutamente nada.

Por el lado de la casa los castaños de que hemos hablado coronan la tapia, lo cual no impide que otros árboles verdes y florecidos deslicen en los espacios que median entre unos y otros sus ramas ávidas de aire. En un ángulo en que el follage es tan espeso que apenas penetra la luz, un ancho banco de piedra y sillas de jardin indican un lugar de reunion ó un retiro favorito de algun habitante de la casa situada á cien pasos, y que apenas se apercibe al través del espeso ramaje que la envuelve. En fin, la eleccion de este asilo misterioso está justificado á la vez por la ausencia del sol, por la frescura eterna, aun durante los dias mas ardorosos del estio, por el gorjeo de los pájaros y por el alejamiento de la casa y de la calle, es decir, de los negocios y del ruido.

En una tarde del dia mas caluroso de primavera habia sobre este banco de piedra un libro, una sombrilla, un canastillo de labor y un pañuelo de batista empezado á bordar; y no lejos de este banco, junto á la reja en pié, delante de las tablas, con los ojos aplicados á una de las aberturas, habia una jóven cuyas miradas penetraban en el terreno desierto que ya conocemos.

Casi al mismo tiempo la puertecita de este terreno se cerraba sin ruido, y un jóven alto, vigoroso, vestido de una blusa azul, una gorrilla de terciopelo, pero cuyos bigotes, barba y cabellos negros cuidadosamente peinados, se despegaban de este trage popular, despues de una rápida ojeada á su alrededor para asegurarse de que nadie le espiaba, pasando por esta puerta, que cerró tras sí, se dirigió con pasos precipitados hácia la reja.

A la vista del que esperaba, pero no probablemente con aquel trage, la jóven tuvo miedo y dió dos pasos hácia atrás.

Y sin embargo, ya al través de las hendiduras de la puerta, el jóven con esa mirada que solo pertenece á los amantes, habia visto flotar el vestido blanco y el largo cinturón azul, se lanzó hácia el tabique, y aplicando su boca á una abertura:

—No temais, Valentina, dijo, soy yo.

La jóven se acercó.

—¡Oh! caballero, dijo, ¿por qué habeis venido hoy tan tarde? ¿Sa-

beis que se va pronto á comer, y que me he tenido que valer de mis medios para desembarazarme de mi madrastra que me espia, de mi camarera que me persigue, y de mi hermano que me atormenta, para venir á trabajar aqui en este bordado, que temo no se acabe en mucho tiempo?... Asi que os escuseis de vuestra tardanza, me direis ¿qué significa ese nuevo traje que habeis adoptado, y que casi ha sido causa de que no os haya conocido?

—Querida Valentina, dijo el jóven, demasiado conocéis mi amor, para que os hable de él, y sin embargo siempre que os veo tengo necesidad de deciros que os adoro, á fin de que el eco de mis propias palabras me acaricie dulcemente el corazon cuando no os veo. Ahora os doy mil gracias por vuestro regaño, es encantador, porque me prueba, que pensábais en mí. Queriais saber la causa de mi tardanza y el motivo de mi disfraz, voy á deciroslo, y espero que me escusareis; me he establecido.

—¿Establecido?... ¿qué quereis decir, Maximiliano? ¿y somos bastante dichosos para que hableis de lo que nos concierne con ese tono de broma?

—¡Oh! Dios me libre, dijo el jóven, de chancearme con lo que decidirá de mi suerte; pero, fatigado de ser un corredor de campos, y un escalador de paredes, espantado á la idea que me hicisteis abrigar la otra tarde de que vuestro padre me haria juzgar un dia como ladron, lo cual comprometeria el honor del ejército francés, no menos espantado de la posibilidad de que se asombren de ver eternamente rondar al rededor de este terreno, donde no hay la menor ciudadela que sitiarse ó el mas pequeño bloqueo que defender, á un capitán de spahis, me he hecho hortelano, y adoptado el traje de mi profesion.

—Bueno; ¡qué locura!

—Al contrario, es la cosa mas bien pensada que he hecho en toda mi vida, porque á lo menos nos deja en toda seguridad.

—Veamos, esplicaos.

—Pues bien; fui á buscar al propietario de esta huerta; el alquilar con los antiguos inquilinos habia concluido, y yo se la alquilé de nuevo. Toda esta alfalfa me pertenece, Valentina: nada impide que yo haga construir una cabaña aquí cerca, y viva de aquí en adelante á veinte pasos de vos. ¡Oh! no puedo contener mi alegría y mi felicidad. ¿Comprendeis, Valentina, que se puedan pagar estas cosas? ¿Es imposible, no es verdad? ¡Pues bien! toda esta felicidad, toda esta dicha, toda esta alegría, por las que yo hubiera dado diez años de mi vida, me cuestan, ¿no adivináis cuanto?... quinientos francos al año, pagados por trimestres. Así, pues, ya lo veis: de aquí en adelante no hay nada que temer. Estoy aqui en mi casa, puedo poner una escala contra mi tapia, y mirar por encima, y sin temor de que venga una patrulla á incomodarme, tengo derecho para deciros que os amo, mientras no se resienta vuestro orgullo de oír salir esa palabra de la boca de un pobre jornalero con una gorrilla, y una blusa.

Valentina arrojó un ligero grito de sorpresa, y luego de repente

dijo tristemente y como si una nube hubiese velado el rayo de sol que iluminaba su corazón.

—¡Ay! Maximiliano, ahora seremos demasiado libres: nuestra felicidad nos hará tentar á Dios; abusaremos de nuestra seguridad, y nuestra seguridad nos perderá.

—¿Podeis decirme eso, amigamia, á mi que desde que os conozco os pruebo cada dia que he subordinado mis pensamientos y mi vida á vuestra vida y vuestros pensamientos? ¿Quién os ha dado confianza en mí? ¿mi honor, no es así? cuando me dijisteis que un vago instinto os aseguraba que corriais algun peligro, todo mi anhelo fué servirlos, sin pedir otra recompensa que la felicidad de servirlos. Desde este tiempo ¿os he dado ocasion con una palabra, con una seña de arrepentiros por haberme preferido á los que hubieran sido felices en morir por vos? Me dijisteis pobre niña que estábais prometida á Mr. Franz d' Epinaay, que vuestro padre habia decidido esta alianza, es decir, que era segura, porque todo lo que quiere Mr. de Villefort se efectua infaliblemente. Pues bien, he permanecido en la sombra, esperando, no de mi voluntad ni de la vuestra, sino de los sucesos de la providencia de Dios, y sin embargo me amabais; tuvisteis piedad de mí, Valentina, y vos misma me lo habeis dicho; gracias por esa dulce palabra, que no os pido sino que me la repitais de cuando en cuando, y que me hará olvidarlo todo.

—Y eso es lo que os ha animado, Maximiliano; y eso mismo me proporciona una vida dulce y desgraciada hasta tal punto, que me pregunto á veces qué es lo que vale mas para mí, si el pesar que me causaba antes el rigor de mi madrastra y su ciega preferencia á su hijo, ó la felicidad llena de peligros que experimento al veros.

—¡De peligros, exclamó Maximiliano, podeis decir una palabra tan dura y tan injusta! ¿Habeis visto nunca un esclavo mas sumiso que yo? Me habeis permitido dirigiros algunas veces la palabra, Valentina, pero me habeis prohibido seguirlos; he obedecido. Desde que encontré un medio para penetrar en esta huerta, para hablaros al través de esta puerta, de estar, en fin, tan cerca de vos sin veros, ¿os he pedido alguna vez que me deis vuestra mano al través de esta reja? ¿He intentado siquiera saltar esta tapia, ridiculo obstáculo para mi juventud y mi fuerza? Nunca me he quejado de vuestro rigor, nunca os he manifestado en voz alta un deseo; he sido fiel á mi palabra como un caballero de los tiempos pasados. Confesad eso al menos para que no os crea injusta.

—Es verdad, es verdad, dijo Valentina pasando por entre dos tablas el extremo de dos lindos dedos, sobre los cuales aplicó los labios Maximiliano; es verdad, sois un amigo honrado. Pero en fin, vos no habeis obrado sino por vuestro interés, mi querido Maximiliano; bien sabiais que el dia en que el esclavo fuese exigente lo perderia todo. Me habeis prometido la amistad de un hermano, á mi que no tengo amigos, á mí, á quien mi padre olvida, á quien mi madrastra persigue, y que no tengo por consuelo mas que un anciano, inmóvil, mudo, helado, cuya mano no puede estrechar la mia, cuya mirada sola puede hablarme, y cuyo corazón late sin duda por mí con

un resto de calor. Amarga irrisión de la suerte que me hace enemiga y víctima de todos los que son mas fuertes que yo, y que me da un cadáver por único sosten y amigo! ¡Oh! Maximiliano, Maximiliano, soy muy desgraciada, y haceis bien en amarme por mi y no por vos!

—Valentina, dijo el jóven con profunda emocion, no diré que sois el único objeto de mi cariño en el mundo, porque tambien amo á mi hermana y á mi cuñado, pero es con un amor dulce y tranquilo que nada se parece al sentimiento que me inspirais; cuando pienso en vos, hierva mi sangre, mi pecho se levanta, y no puedo contener las latidos de mi corazon; pero esta fuerza, este ardor, este poder sobre humano, los emplearé únicamente en amaros hasta el dia en que me digais que los emplee en servicio vuestro. Mr. Franz Epinay estará ausente un año todavía, segun dicen: y en un año ¡cuántas variaciones favorables pueden efectuarse, cuántas vicisitudes podrán secundar nuestros proyectos! ¡Sigamos, pues, esperando, nada mas grato, ni mas dulce que la esperanza! Pero entre tanto, vos, Valentina, vos que me echais en cara mi egoismo ¿qué habeis sido para mí? la bella y fria estatua de la Venus púdica. En recompensa de mi cariño, de mi obediencia, de mi moderacion ¿qué es lo que me habeis prometido? nada: ¿qué me habeis concedido? casi nada. Me hablais de Mr. d^e Epinay, vuestro futuro esposo y suspirais con la idea de ser suya algun dia. Veamos, Valentina, ¿es eso todo lo que siente vuestra alma? ¡Es posible que cuando yo os consagro mi vida, mi alma, el latido mas imperceptible de mi corazon, cuando soy todo vuestro, cuando siento que me moriria si os perdiera, vos permanezcais tranquila, y no os asuste la sola idea pertenecer á otro? ¡oh! Valentina, Valentina, si yo estuviera en vuestro lugar, si yo supiera que era amado con la seguridad que vos teneis de que os amo, ya hubiera pasado cien veces mi mano por entre esas rendijas y hubiera estrechado la mano del pobre Maximiliano diciéndole: « Si, vuestra, sola vuestra, Maximiliano, en este mundo y en el otro.»

Valentina no respondió nada, pero el jóven la oyó suspirar y llorar.

La reaccion sobre Maximiliano fué instantánea.

—¡Valentina, exclamó, Valentina! olvidad mis palabras, si en ellas ha habido algo que pueda ofenderos.

—No, contestó ella, teneis razon; pero ¿no veis que soy una infeliz criatura, abandonada en una casa estraña, porque mi padre es casi estraño para mí, criatura cuya voluntad ha ido quebrando dia por dia, hora por hora, minuto por minuto en el espacio de diez años la voluntad de hierro de otros superiores á quienes estoy sujeta? Nadie ve lo que yo sufro, y á nadie lo he confiado sino á vos. En la apariencia y á los ojos de todo el mundo, nada se opone á mis deseos todos son afectuosos para mí, en realidad todo me es hostil. El mundo dice: Mr. de Villefort es demasiado grave y severo para ser muy cariñoso con su hija; pero esta á lo menos ha tenido la felicidad de volver á encontrar en Mad. Villefort una segunda madre. ¡Pues bien! el mundo se engaña, mi padre me abandona con indife-

rencia , y mi madrastra me odia con un encarnizamiento tanto mas terrible cuanto mas lo disimula con su eterna sonrisa.

—¡Odiaros ! á vos , Valentina ¿ y cómo es posible odiaros ?

— Por desgracia , amigo mio , dijo Valentina , me veo obligada á confesar que ese odio contra mí proviene de un sentimiento casi natural. Adora á su hijo , mi hermano Eduardo.

—¿Y qué?

—Parece extraño mezclar una cuestion de dinero , con lo que ibamos diciendo pero , amigo mio , creo que este es el origen de su odio. Como ella no tiene bienes por su parte y yo soy ya rica por los bienes de mi madre , los cuales se duplicarán con los de Mr. y madama Saint-Meran que heredaré algun dia , creo , ¡ Dios mio ! que está envidiosa. Y ¡ Dios sabe si yo le daria con gusto la mitad de esta fortuna ! con tal de hallarme en casa de Mr. de Villefort como una hija en casa de su padre , no vacilaria un instante.

—¡Pobre Valentina!

— Si , me siento encadenada y al mismo tiempo tan débil , que me parece que estos lazos me sostienen y tengo miedo de romperlos. Por otra parte , mi padre no es un hombre , cuyas órdenes puedo yo desobedecer impunemente ; es muy poderoso contra mí , lo seria contra vos y contra el mismo rey , protegido como está por un pasado sin tacha , y una posicion casi inatacable. ¡ Oh ! ¡ Maximiliano ! os lo juro , no lucho por que temo que tanto vos como yo sucumbiriamos en la lucha.

— Pero en fin , Valentina , repuso Maximiliano , ¿ porqué desesperar así , y ver siempre el porvenir sombrío ?

— Porque lo juzgo por lo pasado , amigo mio.

— Sin embargo , veamos , si yo no soy una proporcion ventajosa bajo el punto de vista aristocrático , no obstante tengo una posicion honrosa en la sociedad , el tiempo en que habia dos Francias en la Francia no existe ya , las familias mas altas de la monarquia se han fundido en las familias del imperio ; la aristocracia de la lanza se ha unido con la del cañon. Ahora bien , yo pertenezco á esta última ; yo tengo un bello porvenir en el ejército , gozo de una fortuna limitada pero independiente ; la memoria de mi padre , es venerada en nuestro pais como la de uno de los comerciantes mas honrados que ha existido. Digo nuestro pais , Valentina , porque se puede decir que vos tambien sois de Marsella.

— No me habéis de Marsella , Maximiliano , esa sola palabra me recuerda á mi buena madre , aquel ángel llorado por todo el mundo , y que despues de haber velado sobre su hija , mientras su corta permanencia en la tierra , vela todavia , así lo espero á lo menos , y velará por siempre en el cielo. ¡ Oh ! si viviera mi pobre madre , Maximiliano , no tendria yo nada que temer ; le diria que os amo y ella nos protegeria.

— Sin embargo , Valentina , contestó Maximiliano , si viviese , yo no os hubiera conocido ; porque , como habeis dicho , seriais feliz si ella viviera , y Valentina feliz me hubiera contemplado muy desdenosamente desde lo alto de su grandeza.

¡Ah! amigo mio, exclamó Valentina, ahora sois vos el injusto! Pedro, decidme....

—¿Qué quereis que os diga, repuso Maximiliano, viendo que Valentina vacilaba.

—Decidme, continuó la jóven, ¿ha habido en otros tiempos algun motivo de disgusto entre vuestro padre y el mio en Marsella?

—Ninguno que yo sepa, respondió Maximiliano, á no ser que vuestro padre era el mas celoso partidario de los Borbones y el mio un hombre adicto al emperador; esto segun presumo, es cuanto ha habido de disidencia entre ambos. Pero ¿por qué me haceis esta pregunta, Valentina?

—Voy á deciroslo, repuso esta, porque debeis saberlo todo. El dia en que publicaron los periódicos vuestro nombramiento de oficial de la Legion de Honor, estábamos todos en casa de mi abuelo, Mr. Noirtier, donde tambien se hallaba Mr. Danglars, ya sabeis, ese banquero cuyos caballos estuvieron, antes de ayer, á punto dematar á mi madrastra y á mi hermano. Yo leia el periódico en voz alta á mi abuelo mientras los demas hablaban del casamiento probable de Mr. de Morcef con la señorita de Danglars. Cuando llegué al párrafo que trataba de vos, y que ya habia yo leído, porque desde la mañana del dia anterior me habiais anunciado, esta buena noticia, cuando llegué, pues, á dicho párrafo, me sentia muy feliz.... pero temerosa al mismo tiempo de verme obligada á pronunciar en voz alta vuestro nombre, y es seguro que lo hubiera omitido á no ser por el temor de que diesen una mala interpretacion á mi silencio; por consiguiente reuni todas mis fuerzas, y lei el párrafo.

—Querida Valentina.

—Escuchadme. En el momento de oir vuestro nombre mi padre, volvió la cabeza; estaba yo tan persuadida (ved si soy loca,) de que este nombre habia de hacer en todos el efecto de un rayo, que creí notar un estremecimiento en mi padre, y aun en Mr. Danglars. (Aunque con respecto á este estoy segura de que fué una ilusion.)—Morrel, dijo mi padre, espera un poco! Frunció las cejas y continuó: ¿será este acaso uno de esos Morrel de Marsella! de esos furiosos bonapartistas que tantos males nos han causado en 1815?

—Si, respondió Danglars; y aun creo que es el hijo del antiguo armador.

Asi es la verdad, dijo Maximiliano, y ¿qué respondió vuestro padre, decid, Valentina.?

—¡Oh! una cosa terrible y que no me atrevo á deciros.

—No importa, dijo Maximiliano sonriendo, decidlo todo.

—Su emperador, continuó frunciendo las cejas, sabia darles el lugar que merecian á todos esos fanáticos; les llamaba carne para el cañon y era el único nombre que merecian; veo con gusto que el nuevo gobierno vuelve á poner en vigor ese saludable principio, y si para ese solo objeto reservase la conquista de Argel, le felicitaría doblemente aunque por otra parte nos costase un poco caro.

—En efecto, es una política bastante brutal, dijo Maximiliano; pero no sintais, querida mia, lo que ha dicho Mr. de Villefort; mi

valiente padre no cedía en nada al vuestro sobre este punto y repetía sin cesar: «¿Por qué el emperador, que tantas cosas buenas hace, no forma un regimiento de jueces y abogados y los presenta siempre al primer fuego?» Ya veis, amiga mía, ambas opiniones se equilibran por lo pintoresco de la espresion y la dulzura del pensamiento. Pero ¿qué dijo Mr. Danglars, al escuchar la salida del procurador del rey?

—¡Oh! comenzó á reírse con esa sonrisa siniestra que le es peculiar y que á mí me parece feroz; pocos momentos despues se levantaron ambos y se marcharon. Entonces únicamente conocí que mi abuelo estaba muy conmovido. Preciso es deciros, Maximiliano que yo soy la sola que adivina las agitaciones de ese pobre paralítico, y creí entonces que la conversacion promovida delante de él (porque nadie hace caso del pobre abuelo), le habia impresionado fuertemente, en atencion á que se habia hablado mal de su emperador y por lo que parece ha sido fanático por el emperador.

—En efecto, dijo Maximiliano es uno de los nombres conocidos del imperio, ha sido senador, y como sabeis ó como no lo sabeis, Valentina, estuvo complicado en todas las conspiraciones bonapartistas que se hicieron en tiempo de la Restauracion.

—Si, á veces oigo hablar en voz baja de esas cosas que me parecen muy extrañas; el abuelo bonapartista, el hijo realista..... en fin ¿qué quereis?... Entonces me volví hácia él, y me indicó el periódico con la vista.

—¿Qué teneis, querido papá? le dije ¿estais contento?

Me hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿De lo que acaba de decir mi papá? le pregunté.

Dijome por señas que no.

—¿De lo que hadicho Mr. Danglars?

Otra seña negativa.

—¿Sera quizá, porque á Mr. Morrel, no me atrevi á decir Maximiliano, lo han nombrado oficial de la Legion de Honor?

Entonces me hizo seña de que sí.

—¿Lo creereis Maximiliano? estaba contento de que os hubiesen nombrado oficial de la Legion de Honor, sin conoceros; puede ser que fuese una locura de su parte porque dicen que vuelve algunas veces á la infancia; y es por una de las cosas que yo le quiero mucho.

—Es muy particular, dijo Maximiliano reflexionando; odiarme vuestro padre mientras que al contrario vuestro abuelo..... ¿Qué cosas tan raras producen esos afectos y esos odios de los partidos.

—¡Silencio! exclamó de repente Valentina. ¡Ocultaos, huid, viene gente!

Maximiliano cogió al instante una azada y se puso á remover la yerba.

—¡Señorita, señorita, gritó una voz detrás de los árboles, la señora os busca por todas partes; hay una visita en la sala!

—¡Una visita! dijo Valentina agitada; ¿y quién ha venido á visitarnos?

—Un gran señor, un príncipe según dicen, el conde de Monte-Cristo.

—Ya voy, dijo en alta voz Valentina.

Este nombre hizo estremecer de la otra parte de la reja al que el *ya voy* de Valentina servia de despedida al fin de cada entrevista.

—¿Qué es esto! dijo para sí Maximiliano apoyándose en actitud de meditacion sobre la azada, ¿cómo conoce el conde de Monte-Cristo á Mr. de Villefort?

CAPITULO LII.

Toxicología.

Efectivamente el conde de Monte-Cristo era quien acababa de entrar en casa de Mr. de Villefort, con el objeto de devolver al procurador del rey la visita que este le habia hecho, y como es de suponer, al escuchar su nombre toda la casa se puso en movimiento.

Mad. de Villefort, que estaba sola en el salon cuando anunciaron al conde, hizo venir al instante á su hijo, para que el niño reiterase sus gracias al conde, y Eduardo que no habia dejado de oír hablar del gran personaje durante dos dias, se apresuró á presentarse, no por obedecer á su madre ni por dar las gracias al conde, sino por curiosidad y para hacer alguna observacion á la cual pudiera acompañar uno de los gestos que hacian decir á su madre: ¡Oh! ¡qué muchacho tan malo; pero bien merece que le perdonen, porque tiene tanto talento!.....

Despues de los primeros saludos de costumbre, preguntó el conde por Mr. de Villefort.

—Mi esposo come hoy en casa del señor canciller, respondió la jóven esposa; acaba de salir en este momento y estoy segura de que sentirá infinito no haber tenido el honor de veros.

Otros dos personajes que habian precedido al conde en el salon y que lo devoraban á miradas, se retiraron despues del tiempo razonable exigido á la vez por la politica y la curiosidad.

—A propósito, ¿qué hace tu hermana, Valentina? dijo Mad. de Villefort á Eduardo; que la avisen de que quiero tener el honor de presentarla al señor conde.

—¿Teneis una hija, señora? preguntó el conde; será todavía una niña.

—Es la hija de Mr. de Villefort, replicó la señora; hija del primer matrimonio, esbelta y hermosa figura.

—Pero melancólica, interrumpió el jóven Eduardo arrancando, para adornar su sombrero, las plumas de la cola de un magnífico guacamayo que gritaba de dolor en el travesaño dorado de su jaula.

Madama de Villefort se contentó con decir:

—Silencio, Eduardo.

Después añadió:

—Este locuelo casi tiene razón y repite lo que me ha oído decir muchas veces con amargura; porque la señorita de Villefort, á pesar de cuanto hacemos por distraerla, tiene un carácter triste y un humor taciturno que perjudica muchas veces el efecto de su belleza. Pero no viene, Eduardo; ve á ver en que consiste eso.

—En que la buscan donde no está.

—¿Dónde la buscan?

—En el cuarto del abuelo Noirtier.

—¿Y tú crees que no está allí?

—No, no, no, no, no, no, no está allí, respondió Eduardo tarareando.

—¿Y dónde está? si lo sabes dílo.

—Está debajo del castaño grande, continuó el travieso niño presentando, á pesar de los gritos de su madre, una porción de moscas vivas al guacamayo que parecía muy ansioso de esta especie de caza.

Madama de Villefort, alargó la mano hacia el cordón de la campanilla para indicar á su doncella, el sitio donde podría encontrar á Valentina, cuando esta se presentó.

Parecía en efecto triste, y observándola detenidamente se hubiera podido descubrir en sus ojos el rastro de las lágrimas.

Valentina, á quien, arrastrados por la rapidez de la narración, hemos presentado á nuestros lectores sin darla á conocer, era una alta y esbelta jóven de diez y nueve años, con pelo castaño claro, ojos de un azul intenso, continente lánguido y en el cual resaltaba aquella esquisita dignidad que caracterizaba á su madre, sus manos blancas y afiladas, su cuello nacarado, sus mejillas teñidas de un color imperceptible, le daban á primera vista el aire de esas hermozas inglesas á quienes se ha comparado bastante poéticamente en sus movimientos con los cisnes.

Entró pues, y viendo al lado de su madre el personaje de quien tanto habia oído hablar, saludó sin ninguna coqueteria de muchacha y sin bajar los ojos, con una gracia tal que redobló la atención del conde.

Este se levantó.

—La señorita de Villefort, mi hijastra, dijo Mad. de Villefort á Monte-Cristo, inclinándose hácia delante y presentando de la mano á Valentina.

—Y el señor conde de Monte-Cristo, rey de la China, emperador de la Cochinchina, dijo el pilluelo dirigiendo á su hermana una mirada socarrona.

Esta vez Mad. de Villefort se puso pálida y estuvo á punto de irritarse contra aquella plaga doméstica que respondia al nombre de Eduardo; pero todo al contrario, el conde se sonrió y miró al muchacho con complacencia, lo cual elevó á su madre al colmo del entusiasmo.

—Pero, señora, dijo el conde renovando la conversacion y mi-

rando alternativamente á la madre y la hija, yo he tenido el honor de veros en alguna otra parte con esta señorita. Desde que entré pensé en ello, y cuando se presentó esta señorita, su vista ha sido una nueva luz que ha venido á iluminar un porvenir confuso, perdonadme la espresion.

—No es probable, caballero, la señorita de Villefort es poco aficionada á las sociedades y nosotros salimos muy rara vez, dijo la joven esposa.

—Sin embargo, no es en sociedades donde he visto á la señorita y á vos, señora, como á este gracioso picarillo. La sociedad parisien-se, por otra parte, me es absolutamente desconocida porque creo haber tenido el honor de deciros que hace muy pocos dias estoy en Paris. No; permitidme que recuerde..... esperad.... El conde llevó su mano á la frente como para encontrar las ideas.

—No, es en otra parte.... es en.... yo no sé.... pero me parece que este recuerdo es inseparable de un sol brillante y de una especie de fiesta religiosa.... La señorita tenia flores en la mano; el niño corria detras de un hermoso pavo real en un jardin, y vos, señora, estabais debajo de un emparrado.... Ayudadme, señora ¿no os recuerda nada todo lo que os digo?

—A la verdad que no, respondió Mad. de Villefort; y sin embargo, me parece que si os hubiese visto en alguna parte, vuestro recuerdo estaria presente en mi memoria.

—El señor conde nos habrá visto quizas en Italia, dijo tímidamente Valentina.

—En efecto en Italia..... es muy posible, dijo Monte-Cristo. ¿Habeis viajado por Italia, señorita?

—La señora y yo fuimos allá hace dos años. Los médicos temian que me enfermase del pecho y me recomendaron los aires de Nápoles. Pasamos por Bolonia, Perugia y Roma.

—¡Ah! es cierto, señorita, exclamó Monte-Cristo, como si aquella simple indicacion hubiese bastado para fijar todos sus recuerdos. Fué en Perugia, el dia del Corpus, en el jardin de la fonda del Correo donde la casualidad nos reunió á vos, á esta señorita, vuestro hijo y á mi, donde me acuerdo de haber tenido el honor de veros.

—Yo recuerdo perfectamente á Perugia, caballero, la fonda y la fiesta de que me hablais, dijo Mad. de Villefort; pero por mas que hago, me avergüenzo de mi poca memoria, no me acuerdo de haber tenido el honor de veros.

—Es muy extraño, ni yo tampoco, dijo Valentina levantando sus bellos ojos y mirando á Monte-Cristo.

—Yo si me acuerdo, dijo Eduardo.

—Voy á ayudaros, dijo el conde. El dia habia sido muy caloroso; estabais esperando, los caballos no venian á causa de la solemnidad. La señorita se internó en lo mas espeso del jardin y el niño desapareció corriendo detras del pájaro.

—Y le cogí mamá ¿no te acuerdas? dijo Eduardo; ¡vaya! pues si le arranqué tres plumas de la cola.

—Vos, señora, os quedasteis debajo de una parra; ¿no os acor-

dais , mientras estabais sentada en un banco de piedra y mientras que , como os digo , la señorita de Villefort y vuestro hijo estaban ansentes , de haber hablado mucho tiempo con alguno?

—Si , ciertamente , dijo Mad. de Villefort poniéndose colorada , con un hombre envuelto en una gran capa.... con un médico , segun creo.

—Justamente señora ; aquel hombre era yo ; en los quince dias que hacia habitaba en la fonda , curé á mi ayuda de cámara de calentura y al hiesped de la ictericia , de suerte que me tenian en el concepto de un médico famoso. Hablamos mucho tiempo , de diferentes cosas , del Perugin , de Rafael , de costumbres , de modas , de aquella famosa *agua-tofana* cuyo secreto segun creo , os habian dicho varias personas que se conservaba todavia en Perusa.

—¡Ah! es verdad , dijo vivamente Mad. de Villefort con cierta inquietud , me acuerdo.

—Yo no sé ya lo que vos me dijisteis detalladamente , señora , replicó el conde con una tranquilidad perfecta , pero participando del error general me consultásteis sobre la salud de Mlle. de Villefort.

—Como que , vos erais médico , dijo Mad. de Villefort , puesto que habiais curado varios enfermos.

—Moliere ó Beaumarchais , señora , os hubieran respondido que justamente porque no lo era , no he curado á mis enfermos sino que mis enfermos se han curado ; yo me contentaré con deciros que he estudiado bastante á fondo la química y las ciencias naturales , pero solo como aficionado.... ya comprendéis.

En este momento dieron las seis.

—Son las seis , dijo Mad. de Villefort , visiblemente agitada ; ¿no vais á ver si come ya vuestro abuelo , Valentina?

Esta se levantó , y saludando al conde , salió de la sala sin pronunciar una palabra.

—¡Oh! Dios mio , señora , ¿seria por mi causa por lo que despedis á Mlle. de Villefort? dijo el conde asi que Valentina hubo salido.

—No lo creais , repuso vivamente la jóven ; pero esta es la hora en que hacemos que den á Mr. Noirtier la comida que sostiene su triste existencia. Ya sabeis , caballero , en qué deplorable estado se encuentra mi suegro.

—Si señora , Mr. de Villefort me ha hablado de ello ; una parálisis segun creo.

—¡Ay! el pobre anciano está sin movimiento , solo el alma vela en esa máquina humana , pálida y temblorosa como una lámpara pronta á apagarse. Pero perdonad que os hable de nuestros infortunios domésticos , os he interrumpido en el momento en que me deciais que erais un hábil químico.

—No he dicho yo eso , señora , respondió el conde sonriéndose ; he estudiado la química porque decidido á vivir en Oriente , he querido seguir el ejemplo del rey Mithridates.

—*Mithridates , rex Ponticus* , dijo el niño cortando de un magnífico album unos dibujos de paisaje que iba doblando y guardándose en el bolsillo.

—Eduardo ! ¡ no seas malo! exclamó Mad. de Villefort arrancando este libro mutilado de las manos de su hijo, eres insoportable, nos aturdes : déjanos, ve con Valentina al cuarto del abuelito Noirtier.

—¡El album!.... dijo Eduardo.

—¿Cómo el album?

—Si , si, quiero el album...

—¿Por qué has cortado los dibujos?

—Porque asi me divierto.

—¡Vete , vete !

—No , no , no me iré hasta que se me dé el album , dijo acomodándose en un sillón el niño, fiel siempre á su costumbre de no ceder nunca.

—Toma , y déjanos en paz , dijo Mad. de Villefort , y dió el album á Eduardo, que salió acompañado de su madre.

El conde siguió con la vista á Mad. de Villefort.

—Veamos si cierra la puerta , murmuró.

Hizolo Mad. de Villefort con mucho cuidado ; al volver á entrar, el conde no pareció apercibirse de ello.

Despues echó una mirada á su alrededor, y volvió á sentarse en su butaca.

—Permitidme que os haga observar , señora , dijo el conde con aquella bondad que ya le conocemos , que sois muy severa con ese niño encantador.

—Es necesario , caballero, replicó Mad. de Villefort, con un verdadero aplomo de madre.

—Le habeis interrumpido justamente cuando pronunciaba una frase que prueba que su preceptor no ha perdido el tiempo con él, y que vuestro hijo está muy adelantado para su edad.

—¡Oh! si : tiene mucha facilidad y aprende todo lo que quiere. No tiene mas defecto que ser muy voluntarioso, pero á propósito de lo que decia ; ¿ creeis vos, por ejemplo, señor conde , que Mithridates usase de aquellas precauciones y que pudieran ser eficaces?

—Con tanta mas razon , señora , cuanto que yo las he usado para no ser envenenado en Palermo , Nápoles y Smirna , es decir, en tres ocasiones , donde , á no ser por esa precaucion hubiera perecido.

—¿Y os salió bien?

—Perfectamente.

—Si , es verdad; me acuerdo de que en Perusa me contasteis una cosa parecida.

—¡De veras! exclamó el conde con una sorpresa admirablemente fingida ; pues yo no me acuerdo.

—Os pregunté si los venenos obraban lo mismo y con la misma energía sobre los hombres del Norte que sobre los del Mediodia , y me respondisteis que los temperamentos frios y linfáticos de los septentrionales no presentaban la misma disposicion que la enérgica naturaleza de los meridionales.

—Es verdad, dijo Monte-Cristo ; yo he visto á rusos devorar sus-

tancias vegetales que hubiesen matado infaliblemente á un napolitano ó un árabe.

—¿Con que vos creéis que el resultado sería aun mas seguro en nosotros que en los orientales y en medio de nuestras nieblas y lluvias, un hombre se acostumbraría mas fácilmente que bajo un clima caliente á esa absorcion progresiva del veneno?

—Seguramente; se entiende que ha de ser siempre que se esté preparado contra el veneno á que se haya acostumbrado.

—Si, comprendo; y ¿cómo os acostumbrarías vos, por ejemplo, ó mas bien, cómo os habeis acostumbrado?

—Nada mas fácil. Suponed que vos sabeis de antemano qué veneno deben usar contra vos.... suponed que este veneno sea.... la brucina, por ejemplo....

—Si, que se saca de la falsa angustura, segun creo, dijo Mad. de Villefort.

—Justamente, señora, respondió Monte-Cristo; pero veo que me queda muy poco que enseñaros, recibid mi enhorabuena, semejantes conocimientos son muy raros en las mugeres.

—¡Oh! lo confieso, dijo Mad. de Villefort, soy muy apasionada á las ciencias ocultas que hablan á la imaginacion como una poesia, y se resuelven en cifras como una ecuacion algebraica; pero continuad, os suplico, lo que me decis me interesa sobre manera.

—¡Pues bien! repuso Monte-Cristo, suponed que este veneno sea la brucina, por ejemplo, y que tomeis un miligramo el primer dia. Dos miligramos el segundo; pues bien al cabo de diez dias tendreis un centigramo; al cabo de veinte dias, aumentando otro miligramo, tendreis tres centigramos, es decir, una dosis que sufrireis sin inconveniente, y que sería muy peligrosa para otra persona que no hubiese tomado las mismas precauciones que vos; en fin, al cabo de un mes, bebiendo agua en la misma jarra, matareis á la persona que haya bebido en aquel agua al mismo tiempo que vos, sin notar mas que un poco de malestar, causado por una sustancia venenosa mezclada en aquella agua.

—¿No conocéis otro contra-veneno?

—No conozco ningun otro.

—Yo habia leido varias veces esa historia de Mithridates, dijo Mad. de Villefort pensativa, y la habia tomado por una fábula.

—No señora, contra la costumbre de la historia, es una verdad; pero lo que me decis, señora, lo que me preguntais no es el resultado de una pregunta caprichosa, puesto que hace dos años me habeis hecho preguntas indulgentes, y me habeis dicho que esa historia de Mithridates os ocupaba hace tiempo.

—Es verdad, caballero, los dos estudios favoritos de mi juventud han sido la botánica y la mineralógia; y cuando he sabido mas tarde que el uso de los simples esplicaba á menudo toda la historia y toda la vida de los individuos de Oriente, como las flores esplican todo su pensamiento amoroso, sentí no ser hombre para llegar á ser un Flamel, un Fontana ó un Cabanis.

—Tanto mas, señora, respondió Monte-Cristo, cuanto que los orientales no se limitan como Mithridates, á hacer de los venenos una coraza, hacen tambien de él un puñal; la ciencia en sus manos no es solo un arma defensiva, sino á veces ofensiva; la una les sirve contra sus sufrimientos, la otra contra sus enemigos; con el ópio, la belladona, el hachis, procuran en sueños la felicidad que Dios les ha negado en realidad; con la falsa angustura, el leño colubrino y el laurel, adormecen á los que quieren. No hay una sola de esas mugeres, egipcia, turca, ó griega, que dicen la buena ventura, que no sepa en materia de química con que dejar estupefacto á un médico, y en materia de psicología con que espantar á un confesor.

—¡De veras! exclamó Mad. de Villefort cuyos ojos brillaban durante esta conversacion.

—¡Oh! si señora, continuó Monte-Cristo, los dramas secretos de Oriente se desenvuelven y se desarrollan de este modo desde la planta que hace amar hasta la planta que hace morir; desde el brebaje que abre el cielo hasta el que sumerge á un hombre en el infierno! Tienen tantas rarezas de este género como caprichos hay en la naturaleza humana, fisica y moral y, diré mas, el arte de estos químicos sabe aplicar admirablemente el remedio y el mal á sus necesidades de amor ó á sus deseos de venganza!

—Pero, caballero, repuso la jóven, esas sociedades orientales, en medio de las cuales habeis pasado una parte de vuestra existencia, son fantásticas como los cuentos que hemos oído de su hermoso pais; allí se puede suprimir á un hombre impunemente; ¿con que es verdadero el Bagdad ó el Bassora de Mr. Gallaud? Los sultanes y los visires que rigen estas sociedades, y que constituyen lo que se llama en Francia el gobierno, son otros Haroun-al-Roschild y Giaffar, que no solo perdonan al envenenador, sino que lo hacen primer ministro, si el crimen ha sido ingenioso, y en este caso hacen grabar la historia en letras de oro para divertirse en sus horas de fastidio?

—No señora, lo fantástico no existe ni en Oriente; allí hay tambien personas disfrazadas bajo otro nombre, y ocultas bajo otros trages, comisarios de policia, jueces de instruccion y procuradores del rey. Allí se ahorca, se decapita y se empala á los criminales; aqui, un necio poseido del demonio del odio ó de la codicia, que tiene un enemigo que destruir ó un pariente que aniquilar, va á una drogueria, y bajo otro nombre que el suyo propio, compra bajo el pretexto de que las ratas le impiden dormirse, de cinco á seis dracmas de arsénico; si es hombre diestro, va á cinco ó seis droguerias y en cada una compra la misma cantidad; así que posee su específico, administra á su enemigo, ó á su pariente, una dosis que haria rebenantar á un elefante, y que hace dar tres ó cuatro ahullidos á la victima y todo el barrio se alarma. Entonces vienen una nube de agentes de policia y de gendarmes; buscan un médico, que abre el muerto, y estraee del estómago ó de las entrañas, el arsénico. Al dia siguiente, cien periódicos cuentan el hecho con el nombre de la victima ó del asesino. Aquella misma noche los droguistas presentan su declaración y dicen: «Yo fui quien vendí á este caballero el arsénico;»

y en lugar de reconocer á uno solo, tienen que reconocer á veinte por habérselo vendido; entonces el criminal es preso, interrogado, confundido, condenado y guillotinado; ó si es una muger la encierran por toda su vida. Asi es como vuestros septentrionales entienden la quimica, señora. Sin embargo Desrues sabia mas que todo esto, debo confesarlo.

—¿Qué quereis, caballero? dijo riendo la jóven; cada cual hace lo que puede. Todos no poseen el secreto de los Médicis ó de los Borgias.

—Ahora, dijo el conde encogiéndose de hombros, ¿quereis que os diga la causa de todas esas torpezas?... Que en vuestros teatros, segun he podido juzgar yo mismo leyendo las piezas que en ellos se representan, se vé siempre beber un pomo de veneno ó chupar el guarda-pelo de una sortija, y caer al punto muertos; cinco segundos despues se baja el telon, los espectadores se dispersan. Siempre se ignora las consecuencias del asesinato; nunca se vé al comisario de policia con su banda, ni á un cabo con cuatro soldados, y esto autoriza á muchas pobres personas á creer que las cosas pasan asi. Pero salid de Francia, id por ejemplo á Alepo, ó al Cairo, en fin, á Nápoles y á Roma, y vereis pasar por las calles personas firmes, llenas de salud y vida, y si estuviese por allí algun génio fantástico podria deciros al oido: «Ese caballero está envenenado hace tres semanas, y dentro de un mes habrá muerto completamente.»

—¿Luego entonces, dijo Mad. de Villefort, habrán encontrado la famosa agua-tofana, que suponian perdida en Perusa?

—¡Oh! señora, ¿puede perderse acaso algo entre los hombres? Las artes se siguen unas á otras y dan la vuelta al mundo; las cosas cambian de nombre, y el vulgo es engañado; pero siempre el mismo resultado, es decir, el veneno. Cada veneno obra particularmente sobre tal ó tal órgano; uno sobre el estómago, otro sobre el cerebro, otro sobre los intestinos. ¡Pues bien! el veneno determina una tos, esta tos una fluxion de pecho ú otra enfermedad, inscrita en el libro de la ciencia, lo cual no le impide ser mortal, y aunque no lo fuese, lo seria gracias á los remedios que le administran los sencillos médicos, muy malos químicos en general, y ahí teneis á un hombre muerto en toda regla, con el cual nada tiene que ver la justicia, como decia un horrible químico amigo mio, el escelente abate Adelmonte de Taormine, en Sicilia, el cual habia estudiado toda clase de fenómenos.

—Eso es espantoso, pero admirable, dijo la jóven: yo creia, lo confieso, que todas estas historias eran invenciones de la edad media.

—Si, sin duda alguna, pero que se han perfeccionado en nuestros dias. ¿Para qué quereis que sirva el tiempo, las medallas, las cruces, los premios de Monthyon, si no es para hacer llegar á la sociedad á su mas alto grado de perfeccion? Ahora, pues, el hombre no será perfecto hasta que sepa crear y destruir como Dios; ya sabe destruir, luego tiene andado la mitad del camino.

—De suerte que, replicó Mad. de Villefort, haciendo volver la con-

versacion al objeto que ella deseaba, los venenos de los Borgias, de los Médicis, de los René, de los Ruggieri, y probablemente mas tarde del baron de Trenck de que tanto han abusado el drama moderno y las novelas....

—Eran objetos de arte, señora, nada mas, respondió el conde. ¿Creeis que el verdadero sábio se dirige únicamente al mismo individuo? No. La ciencia gusta de aventuras, de caprichos, si asi puede decirse. Ese excelente abate Adelmonte, de quien os habla hace poco, había hecho sobre este punto experimentos asombrosos.

—¡De veras!

—Si, os citaré uno solo.... Tenia un hermoso jardin lleno de legumbres, de flores y de frutas, entre estas elegia una cualquiera; por egemplo una lechuga. Por espacio de tres dias la regaba con una disolucion de arsénico; al tercero la lechuga se ponía ya amarillenta; es decir, había llegado el momento de cortarla; para todos parecia madura, y conservaba una apariencia apetitosa; solamente para el abate Adelmonte estaba envenenada. Entonces la llevaba á su casa, cogía un conejo, habeis de saber que el abate tenia una coleccion de conejos, liebres y gatos, que no desmerecia de su coleccion de legumbres, flores y frutas, cogía, pues, un conejo, y le hacia comer una hoja de la lechuga; el conejo por supuesto se moría. ¿Qué jueces de instruccion, ni qué procurador del rey vá ahora á averiguar la causa de la muerte de un conejo? Nadie. Con que ya tenemos al conejo muerto. Una vez sucedido esto, lo hace desollar por su cocinera, y arroja los intestinos sobre un monton de estiércol. Sobre este estiércol hay una gallina, come estos intestinos, cae enferma á su vez y muere al dia siguiente. En el momento en que lucha con las convulsiones de la agonía, pasa por allí un buitre (en el pais de Adelmonte hay muchos), se arroja sobre el cadáver, lo conduce entre sus garras á una roca, y se lo come. Tres dias despues el pobre buitre que despues de esta comida se encontró algo indispuesto, siente una especie de aturdimiento, justamente cuando se hallaba entre una nube; muere allí mismo y cae en vuestro estanque; los sollos, las anguilas y las lampreas le comen ávidamente (ya sabeis que todos estos pescados son muy aficionados á la carne.) Pues bien, suponed que al dia siguiente os sirvan en la mesa una de estas anguilas, uno de estos sollos ó de estas lampreas, envenenados hasta la cuarta generacion, entonces vuestra comida será envenenada la quinta, y morirá al cabo de ocho dias de dolores de entrañas, de males de corazon; muere en uno de sus accesos. Le hacen la autopsia del cadáver, y los médicos dirán:

— El pobre señor ha muerto de un tumor en el hígado, ó de una fiebre tifoidéa.

—Pero, dijo Mad. de Villefort, todas esas circunstancias, encadenadas unas de otras, pueden ser destruidas por el menor accidente; el buitre puede muy bien no pasar á tiempo ó caer á cien pasos del estanque.

—¡Ah! justamente, en eso es en lo que consiste el arte; para ser

un gran químico en Oriente es preciso saber dirigir la casualidad, así es como se obtienen los mas difíciles resultados.

Mad. de Villefort permanecía pensativa y escuchaba atentamente.

—Pero, dijo, el arsénico es indeleble; de cualquier manera que se le tome siempre se encuentra en el cuerpo del hombre, si es que se toma una cantidad suficiente para que pueda causar la muerte.

—¡Bien! exclamó Monte-Cristo! eso fué lo que yo dije al abate Adelmonte.

—Reflexionó un momento y me respondió con un proverbio siciliano que, segun creo, es tambien proverbio francés: «Hijo mio, el mundo no se hizo en un dia, sino en siete; volved pues el domingo.»

Volví al domingo siguiente: en lugar de regar su lechuga con arsénico, la regó con una disolucion de sales cuya base era destricnina, *strihcrinos-colubrina*, como dicen los sabios. Esta vez la lechuga estaba perfectamente sana á la vista; así pues el conejo no sospechó nada, y á los cinco minutos estaba muerto: la gallina comió el conejo, y al dia siguiente dejó de existir; entonces nosotros hicimos las veces de buitres, cogimos la gallina y la abrimos. Ya habian desaparecido todos los síntomas particulares, y no quedaban mas que los síntomas generales. Ninguna indicacion particular en ningun órgano, exasperacion del sistema nervioso nada mas; la gallina no habia sido envenenada, habia muerto de apoplejía. Es un caso raro de las gallinas, lo sé, pero muy comun en los hombres.

Mad. de Villefort parecia cada vez mas pensativa.

—Es una felicidad dijo, que tales sustancias no puedan ser preparadas mas que por químicos, si no la mitad del mundo envenenaria á la otra mitad.

—Por químicos ó por personas que se ocupan de la química, respondió cándidamente Monte-Cristo.

—Y luego, dijo Mad. de Villefort, por bien preparado que esté, el crimen siempre es crimen; y si se libra de la investigacion humana, no le sucede otro tanto con la mirada de Dios. Los orientales son mas sabios que nosotros en punto á conciencia y han suprimido prudentemente el infierno.

—¡Oh! señora, ese es un escrúpulo que debe nacer naturalmente en un alma honrada como la vuestra; pero que desapareceria pronto con el raciocinio. El lado peor del pensamiento humano estará siempre reasumido en esta paradoja de Juan Santiago Rouseau: el mandarín á quien se mata á cinco mil leguas levantando el extremo del dedo. La vida del hombre pasa en hacer estas cosas y su inteligencia se agota en pensarlas.

Pocas personas conocereis que vayan á clavar brutalmente un cuchillo en el corazon de su semejante, ó que le administren para hacerle desaparecer de la superficie del globo, la cantidad de arsénico que deciamos hace poco. Para llegar á este punto es menester que la sangre se caliente á treinta y seis grados, que el pulso baje á noven-

ta pulsaciones, y que el alma salga de sus límites ordinarios; pero si pasando de la palabra al sinónimo, haceis una sencilla eliminacion, en lugar de cometer un asesinato innoble, si apartais pura y sencillamente de vuestro camino al que os incomode, y esto sin choque, sin violencia, sin el aparato de esos sufrimientos que hacen de la víctima un mártir y del que obra un carnicero, en toda la estension de la palabra sino hay sangre, ni ahullidos, ni contorsiones, ni sobre todo esa horrible instantaneidad del asesinato, entonces os libertais de la ley humana que os dice: ¡No turbes la sociedad!..... He aquí como proceden los orientales, personajes graves y flemáticos, que se inquietan muy poco de las cuestiones de tiempo en los casos de cierta importancia.

—Pero queda la conciencia, dijo Mad. de Villefort con voz conmovida y un suspiro ahogado.

—Si, dijo Monte-Cristo, si, felizmente queda la conciencia, sin la cual seria uno muy desgraciado. Despues de toda accion un poco vigorosa, la conciencia es la que nos salva, porque nos provee de mil disculpas de que solo nosotros somos jueces; disculpas, que por excelentes que sean para conservar el sueño, serian medianas tal vez ante un tribunal para conservaros la vida. Así pues, Ricardo III, por ejemplo, tuvo que agradecer mucho á su conciencia despues de la muerte de los dos hijos de Eduardo IV; en efecto podia decir para sí; estos dos hijos de un rey cruel, perseguidor, y que habian heredado los vicios de su padre, que yo solo he sabido reconocer en sus inclinaciones juveniles; estos dos niños me incomodaban para hacer la felicidad del pueblo inglés cuya desgracia habrian causado infaliblemente.

De este modo tambien debia estar agradecida á su conciencia, lady Macbeth, que queria dar un trono, no á su marido, sino á su hijo. ¡Ah! el amor maternal es una virtud tan grande, un móvil tan poderoso, que hace escusar muchas cosas; así pues, muerto Duncan, lady Macbeth hubiera sido desgraciada á no ser por su conciencia.

Mad. de Villefort absorvia con avidez estas espantosas palabras pronunciadas por el conde con aquella ironía sencilla que le era particular.

Despues de un instante de silencio:

—¿Sabeis, señor conde, dijo ella, que sois un terrible argumetista, y que veis el mundo bajo un aspecto algun tanto lívido? Teniais razon, sois un gran químico, y aquel elixir que hicisteis tomar á mi hijo, y que tan rápidamente le devolvió la vida.....

—¡Oh! no os fieis en eso, señora, dijo Monte-Cristo, una gota de aquel elixir bastó para devolver la vida á aquel niño que se moria; pero tres gotas hubiesen agolpado la sangre á sus pulmones y le hubieran causado un mal de pecho; seis le cortarian la respiracion y le hubieran causado un desmayo muchísimo mas grave que aquel en que se hallaba; diez, en fin, le habrian muerto en el acto. Bien visiteis, señora, cuan vivamente le separé de aquellos frascos que tuvo la imprudencia de tocar.

—¿Acaso es algun veneno terrible?

—¡Oh! ¡no! En primer lugar, es menester que sepais que la palabra veneno no existe, puesto que en medicina se sirven de los venenos mas violentos, que llegan á ser remedios saludables por la manera con que son administrados.

—¿Y entonces qué era aquello?

—Una magnífica preparacion de mi amigo, el abate Adelmonte, de la cual me enseñó á usar.

—¡Oh! dijo Mad. de Villefort debe ser un escelente antiespasmódico.

—Soberbio, señora, bien lo habeis visto, respondió el conde; y yo hago de él un uso bastante frecuente; con toda la prudencia posible se entiende, añadió el conde riendo.

—Lo creo, replicó Mad. de Villefort en el mismo tono. En cuanto á mí, tan nerviosa y tan propensa á desmayarme, necesaria de un doctor Adelmonte para que me inventase los medios de respirar libremente y me tranquilizase sobre el temor que experimento de morir un dia ahogada. Mientras tanto como la cosa es difícil de encontrar en Francia y vuestro abate no estará dispuesto á hacer por mí un viage á Paris, me atengo á los antiespasmódicos de Mr. Blanche, y las gotas de Hoffmann hacen en mi organizacion un gran papel. Mirad aqui teneis unas pastillas que preparan para mí espresamente: tienendoble dosis.

Monte-Cristo abrió la caja de concha que le presentaba la jóven, y respiró el olor de las pastillas como inteligente digno de apreciar aquella preparacion.

—Son esquisitas, dijo, pero es necesario tragarlas, cosa imposible en las personas desmayadas; prefiero mi específico.

—¡Oh! yo tambien lo preferiria, despues de los efectos que he visto; pero sin duda será un secreto, y yo no soy tan indiscreta que os lo vaya á pedir.

—Pero, yo, señora, dijo Monte-Cristo levantándose, soy harto galante para ofrecérselo.

—¡Oh! caballero.

—Acordaos de una cosa, y es que en pequeña dosis es un remedio, en grandes un veneno. Una gota devuelve la vida como habeis visto, cinco ó seis matarian infaliblemente de una manera tanto mas terrible cuanto que derramadas en un vaso de vino no cambiarian nada el gusto. Pero me detengo, señora, diríase que os quiero aconsejar.

Las diez y media acababan de dar, y anunciaron una amiga de Mad. de Villefort que venia á comer con ella.

—Si yo tuviera el honor de veros por tercera ó cuarta vez, señor conde, en vez de ser la segunda, dijo Mad. de Villefort; si tuviese el honor de ser vuestra amiga, en lugar de ser solo vuestra deudora, insistiria en deteneros á comer, y no me dejaria abatir por la primera negativa.

—Mil gracias, señora, respondió Monte-Cristo, tengo un compromiso al cual no puedo faltar. He prometido llevar al teatro á una princesa griega que aun no ha visto la ópera, y que cuenta conmigo para ir esta noche.

—Os deajo ir , caballero ; pero no olvideis mi receta.

—¿Cómo es posible señora ? para eso era preciso que olvidase la hora de conversacion que acabo de tener á vuestro lado , lo cual es enteramente imposible.

Monte-Cristó saludó y salió.

Mad. de Villefort se quedó pensativa.

—¡Qué hombre tan estraño ! dijo , debiera llamarse tambien Adelmente.

Para Monte-Cristo, el resultado fué mejor de lo que él esperaba.

—Veamos, dijo al tiempo de marcharse , esta es buena tierra; estoy convencidísimo de que cualquiera clase de grano que en ella se siembra , produce inmediatamente.

Y al otro dia ; fiel á su promesa , envió á Mad. de Villefort la receta que le habia pedido.

CAPITULO XLIII.

Roberto el diablo.

La excusa de tener que ir á la ópera venia tanto mas á tiempo, cuanto que aquella noche habia gran funcion en la Academia real de música. Levasseur, despues de una larga indisposicion , se presentó en el papel de Beltran , y , como siempre , la obra del maestro á la moda , atrajo al teatro la sociedad mas brillante de Paris.

Morcef , comola mayor parte de los jóvenes ricos , tenia su palco de orquesta , ademas el de diez personas conocidas , sin contar con aquel á que tenia derecho de ir, es decir , al de los calaveras de buen tono.

Chateau-Renaud tenia el palco próximo al suyo.

Beauchamp , como periodista , era rey del salon y tenia sitio en todas partes.

Aquella noche Luciano Debray tenia á su disposicion el palco del ministro , y lo habia ofrecido al conde Morcef , el cual , no habiendo querido ir Mercedes , lo habia enviado á Danglars , mandándole decir que probablemente él iria á hacer aquella noche una visita á la baronesa y á su hija si querian aceptar el palco que les ofrecia. Madama Danglars y su hija aceptaron.

En cuanto á Danglars , habia declarado que sus principios politicos y su calidad de diputado de la oposicion no le permitian ir al palco del ministro.

La baronesa escribió á Luciano suplicándole que fuese á buscarla , atendido á que no podia ir á la ópera sola con Eugenia.

En efecto , si las dos mugeres hubiesen ido solas , habrian creido esto de mal tono , al paso que yendo Mlle. Danglars con su madre y el amante de su madre , nada habia ya que decir.

Levantóse el telon , como de costumbre , ante un salon casi vacío.

Tambien es una de las costumbres del mundo parisiense ; llegar al teatro cuando la funcion se ha empezado ; de aqui resulta que el

primer acto pasa, de parte de los espectadores que van llegando, no en mirar ó escuchar la pieza, sino en mirar entrar á los espectadores que llegan y no oír mas que el ruido de las puertas y el de las conversaciones.

—¡Calle! dijo Alberto de repente, al ver abrirse un palco principal; ¡ calle! la condesa G....!

—¿Quién es esa condesa G...? preguntó Chateau-Renaud.

—¡Oh! baron, esa es una pregunta que no os perdono; ¿me preguntáis quién es la condesa G....?

—¡Ah! es verdad, dijo Chateau-Renaud: ¿no es esa encantadora veneciana?....

—Justamente.

En este momento la condesa G... reparó en Alberto, y cambió con él un saludo acompañado de una sonrisa.

—¿La conocéis? dijo Chateau-Renaud.

—Sí, exclamó Alberto, le fui presentado en Roma por Franz.

—¿Quereis hacerme en Paris el mismo favor que Franz os hizo en Roma?

—Con mucho gusto.

—¡Silencio! gritó el público.

Los dos jóvenes continuaron su conversacion, sin parecer inquietarse del deseo que parecia experimentar el patio de oír la música.

—Estaba en las carreras del Campo de Marte, dijo Chateau-Renaud.

—¿Hoy?

—Sí.

—¡Calle! en efecto habia carreras. ¿Estábais comprometido en ellas?

—¡Oh! por una miseria, por cincuenta luises.

—¿Y quién ganó?

—*Nautilus*; yo apostaba por él.

—¿Pero habia tres carreras?

—Sí. El premio del jockey club, una copa de oro. Por cierto pasó una cosa bastante rara.

—¿Cuál?

—¡Chist!..... gritó el público impaciente.

—¿Cuál?..... repitió Alberto.

—Un caballo y un jockey completamente desconocidos han ganado esta carrera.

—¿Cómo?

—¡Oh! sí; nadie habia fijado la atención en un caballo señalado con el nombre de *Vampa*; y un jockey con el nombre de *Job*, cuando de repente vieron avanzar un admirable alazan y un jockey como el puño; viéronse obligados á introducirle veinte libras de plomo en los bolsillos, lo cual no impidió que se adelantase diez varas á *Ariel* y *Bárbaro* que corrían con él.

—¿Y no se ha sabido á quien pertenecía el caballo y el jockey?

—No.

—Decís que el caballo tenía el nombre de.....

—*Vampa.*

—Entonces, dijo Alberto, yo estoy más adelantado que vos, sé á quien pertenece.

—¡Silencio!..... gritó por tercera vez el patio.

Esta vez las voces fueron creciendo hasta tal punto, que al fin los jóvenes notaron que el público se dirigía á ellos. Volviéronse un momento buscando en aquella multitud un hombre que tomase á su cargo la responsabilidad de lo que miraban como una impertinencia, pero nadie reiteró la invitacion, y se volvieron hácia la escena.

En este momento se abrió el palco del ministro y Mad. Danglars, su hija, y Luciano Debray tomaban sus asientos.

—¡Ah! ¡ah! dijo Chateau-Renaud, ahí teneis á varias personas conocidas vuestras, vizconde, ¿Qué diablos mirais á la derecha? Os están buscando.

Alberto se volvió, sus ojos encontraron efectivamente los de la baronesa Danglars, que le hizo un saludo con su abanico. En cuanto á Mlle. Eugenia, apenas se dignaron inclinarse hácia la orquesta sus grandes y hermosos ojos negros.

—En verdad querido, dijo Chateau-Renaud, no comprendo qué es lo que podeis tener contra Mlle. Danglars; es una joven lindísima.

—Seguramente, dijo Alberto; pero os confieso que en cuanto á belleza preferiria una cosa mas dulce, mas suave, en fin mas femenina.

—Qué jóvenes estos, dijo Chateau-Renaud, que como hombre de treinta años tomaba con Morcef cierto aire paternal, nunca están satisfechos. ¡Cómo! ¡encontrais una novia ó mas bien otra Diana cazadora y no estais contento!

—Pues bien, justamente, mejor hubiera yo querido otra Venus de Milo ó de Capua. Esta Diana cazadora siempre en medio de sus ninfas me espanta un poco; témo que me trate como á otro Acteon.

En efecto, una ojeada que se hubiera dirigido sobre la joven, podia explicar casi el sentimiento que acababa de confesar Morcef.

Mlle. Danglars era hermosa, como habia dicho Alberto, pero era belleza un poco varonil; sus cabellos de un negro hermoso, pero un tanto rebeldes á la mano que queria arreglarlos; sus ojos negros como sus cabellos, adornados de magnificas cejas que no tenian mas que un defecto, el de fruncirse con demasiada frecuencia, eran notables por una espresion de firmeza que todos se admiraban de encontrar en la mirada de una muger; su nariz tenia las proporciones exactas que un escultor habria dado á una diosa Juno; su boca solamente era demasiado grande, aunque adornada de unos dientes hermosos que hacian resaltar unos labios cuyo carmin demasiado vivo se distinguia sobre la palidez de su tez, en fin, dos hoyitos mas pronunciados que de costumbre en los extremos de su boca, acababan de dar á su fisonomía ese carácter decidido que tanto espantaba á Morcef.

Por otra parte el resto del cuerpo de Eugenia estaba en armonía con la cabeza que acabamos de describir. Como había dicho Chateau-Renaud, era Diana la cazadora, si bien con un aire más duro y más muscular en su belleza.

En cuanto á la educación que había recibido, si había algo que echarle en cara, era que lo mismo que en su fisonomía parecía pertenecer un poco al otro sexo. En efecto, hablaba dos ó tres lenguas, dibujaba fácilmente, hacía versos y componía música; de este último arte era sobre todo muy apasionada; estudiábalo con una de sus amigas de colegio, joven sin fortuna, pero con todas las disposiciones posibles para llegar á ser una excelente cantatriz. Un gran compositor profesaba á esta, según decían, un interés casi paternal y la hacía trabajar con la esperanza de que algún día encontrase una fortuna en su voz.

La posibilidad de que Mlle. Luisa de Armilly (este era su nombre), entrase un día en el teatro, hacia que Mlle. Danglars, aun que la recibiese en su casa, no se mostrara en público con ella.

Por otra parte, sin tener en la casa del banquero la posición independiente de una amiga, disfrutaba de mucha franqueza y confianza.

Algunos segundos después de la entrada de Mad. Danglars en el palco, el telón se había bajado, y gracias á la facultad de pasear ó hacer visitas en los entreactos á causa de ser estos demasiado largos, lo orquesta se había dispersado á poco rato.

Morcef y Chateau-Renaud habían salido de los primeros, madama Danglars creyó por un momento que aquella prisa de Alberto por salir tenía por objeto el ir á ofrecer sus respetos, y se inclinó al oído de su hija para anunciarla esta visita, pero esta se contentó con mover la cabeza sonriendo, y al mismo tiempo, como para probar cuán fundada era la incredulidad de Eugenia respecto á este punto, apareció Morcef en un palco principal.

Este palco era el de la condesa G....

—¡Ola! al fin se os ve por alguna parte, señor viagero, dijo esta presentándole la mano con toda la cordialidad de una antigua amiga; sois muy amable, primero por haberme reconocido, y después por haberme dado la preferencia de vuestra primera visita.

—Creed, señora, dijo Alberto, que si yo hubiese sabido vuestra llegada á Paris y las señas de vuestra casa no hubiera esperado tanto tiempo. Pero permitid os presente al baron Chateau-Renaud, amigo mio, uno de los pocos hidalgos que aun hay en Francia, y por el cual acabo de saber que estábais en las carreras del campo de Marte.

Chateau-Renaud se inclinó.

—¡Ah! ¿estábais en las carreras, caballero? dijo vivamente la condesa.

—Si señora.

—¡Y bien! repuso Mad. G... ¿podeis decirme á quien pertenecía el caballo que ganó el premio del jockey club?

—No, señora, dijo Chateau-Renaud, y ahora mismo hacia la propia pregunta á Alberto.

—¿Deseais saberlo.... señora condesa? preguntó Alberto.

—Con toda mi alma. Imaginaos que... ¿pero lo sospechais acaso vizeconde?

—Señora ibais á contar una historia; habeis dicho, imaginaos...

—¡Pues bien! imaginaos que aquel encantador caballo y aquel diminuto jockey de casaca color de rosa me inspiraron á primera vista una simpatía tan viva, que yo en mi interior deseaba que ganasen, lo mismo que si hubiese apostado por ellos la mitad de mi fortuna; asípues, apenas los ví llegar al punto; dejando bastante retirados á los otros caballos, fué tal mi alegría que empecé á palmo-tear como una loca. Figuraos mi asombro cuando al entrar en mi casa encuentro en mi escalera al jockey de casaca color de rosa! creí que el vencedor de la carrera vivía por casualidad en la misma casa que yo, cuando lo primero que ví al abrir la puerta de mi salon fué la copa de oro, es decir el premio ganado por el caballo y el jockey desconocido. En la copa habia un papelito que contenia estas palabras:

«A la condesa G... lord Ruthwen.

—Eso es justamente, dijo Morcef.

—¿Cómo! ¿qué quereis decir?

—Quiero decir que es lord Ruthwen en persona.

—¿Quién es lord Ruthwen?

—El nuestro, el vampiro, el del teatro Argentino.

—¿De veras! exclamó la condesa ¿está aqui?

—Si señora.

—¿Y vos le habeis visto? ¿le recibis? ¿vais á su casa?

—Es mi íntimo amigo, y Mr. Chateau-Renaud tambien tiene el honor de conocerle.

—¿Y cómo sabeis que es él quien ha ganado?

—Por su caballo que llevaba el nombre de *Vampa*.

—¿Y qué?

—¿Cómo! ¿no os acordais del nombre del famoso bandido que me hizo prisionero?

—¡Ah! es verdad.

—¿Y de las manos del cual me sacó milagrosamente el conde?

—Si tal.

—Llamábase *Vampa*. Bien veis que era él.

—¿Pero porqué me ha enviado esa copa?

—Primero, señora condesa, porque yo le habia hablado mucho de vos, despues porque se habrá alegrado de encontrar una compatriota y de ver el interés que se tomaba por él.

—¿Espero que no le habeis contado las locuras que hemos dicho de él?

—¡Oh! de ningún modo. Pero me estraña la manera de ofreceros esa copa bajo el nombre de lord Ruthwen....

—¡Pero eso es espantoso, me compromete atrocementel

—¿Es por ventura ese proceder el de un enemigo?

—No, lo confieso.

—¡Y bien!

—¿Con que está en Paris?

—Si.

—¿Y qué tal sensación ha producido?

—¡Oh! dijo Alberto, se habló de él ocho días, pero después, acaeció la coronación de la reina de Inglaterra y el robo de los diamantes de Mlle. Mars, y no se ha hablado más que de eso.

—Querido, dijo Chateau-Renaud, bien se ve que el conde es vuestro amigo, y que le tratáis como tal. No creáis lo que dice Alberto, señora condesa, al contrario, no se habla más que del conde de Monte-Cristo en París. Primeramente empezó por regalar á madama Danglars dos caballos de treinta mil francos de valor; después salvó la vida á Mad. de Villefort; ha ganado la carrera del jockey club, según parece. Pues yo sostengo, diga Morcef lo que quiera, que no se ocupa la gente en este momento más que del conde de Monte-Cristo y no se ocuparán sino de él por espacio de un mes, si continúa con sus rarezas, lo cual, por otra parte, parece que es su modo de vivir.

—Es posible, dijo Morcef; ¿pero quién ha tomado el palco del embajador de Rusia?

—¿Cuál? preguntó la condesa.

—El intercolumnio principal; me parece perfectamente renovado.

—En efecto, dijo Chateau-Renaud; ¿había en él alguien durante el primer acto?

—¿Dónde?

—En ese palco.

—No, repuso la condesa, no he visto á nadie; así pues, continuó, volviendo á la primera conversación, ¿creeis que es vuestro conde de Monte-Cristo quien ha ganado el premio?

—Estoy seguro.

—¿Y quién me ha enviado la copa?

—Sin duda.

—Pero yo no le conozco, dijo la condesa, y tengo ganas de verla.

—¡Oh! no hagais tal cosa: os enviará otra tallada en algún zafiro ó en algún rubí: son sus maneras de obrar; que quereis, es preciso conformarse con sus manías.

En este momento se oyó la campanilla que anunciaba que el segundo acto iba á comenzar. Alberto se levantó para volver á su asiento.

—¿Os volveré á ver? pregunto la condesa.

En los entreactos, si lo permitís. Vendré á informarme si puedo seros útil en algo aquí en París.

—Señores, dijo la condesa, todos los sábados por la noche, calle de Rivoli, 22, estoy en mi casa para mis amigos.

Los jóvenes saludaron y salieron.

Al entrar en el salon, vieron á todo el patio en pié con los ojos fijos en un solo punto de él; sus miradas siguieron la dirección general, y se detuvieron en el antiguo palco del embajador de Rusia. Un hombre vestido de negro; de treinta y cinco á cuarenta años, acababa de entrar en él con una muger vestida de un traje oriental. La muger era admirablemente hermosa y el traje de tal riqueza,

que, como hemos dicho, todos los ojos es habian vuelto hácia ella.

—¡Calle! dijo Alberto, Monte-Cristo y su griega.

En efecto, eran el conde y Haydée.

Al cabo de un instante, la jóven era el objeto de la atencion, no solamente del patio, sino de todo el teatro; las mugeres se inclinaban fuera de los palcos para ver brillar bajo los luminosos rayos de la lucerna aquella cascada de diamantes.

El segundo acto pasó en medio de este rumor sordo que indica en las grandes reuniones de personas un suceso notable. Nadie pensó en gritar que callaran. Aquella muger tan jóven, tan bella, tan deslumbrante, era el espectáculo mas curioso que se hubiera podido ver.

Esta vez una señal de Mad. Danglars indicó claramente á Alberto que la baronesa deseaba que la visitase en el entreacto siguiente.

Morcef era demasiado amable para hacerse esperar cuando le indicaban claramente que era esperado.

Concluido el acto, se apresuró á subir al palco.

Saludó á las dos señoras y presentó la mano á Debray.

La baronesa le acogió con una sonsisa encantadora, y Eugenia con su frialdad habitual.

—A fé mia, querido, dijo Debray, aqui teneis á un hombre sumamente apurado y que os llama para que le saqueis del compromiso. La señora baronesa me aniquila á fuerza de preguntas respecto al conde, y quiere que yo sepa de donde es, de donde viene, á donde va; ¡a fé mia! yo no soy otro Cagliostro, y para librarme de sus preguntas, dije; averiguad todo eso por medio de Morcef; conoce á Monte-Cristo bastante á fondo, y entonces os llamaron.

—¿No es increíble, dijo la baronesa, que teniendo medio millon de fondos secretos á su disposicion, no se esté mucho mejor instruido?

—Señora, dijo Luciano, creed que si yo tuviese medio millon á mi disposicion, lo emplearia en otra cosa que no en tomar informes acerca de Mr. de Monte-Cristo, que á mis ojos no tiene otro mérito que el de ser dos veces mas rico que un nabab; pero he cedido la palabra á mi amigo Morcef, arreglaos con él.

—Un nabab no me habria enviado seguramente un par de caballos de treinta mil francos, con cuatro diamantes de cinco mil francos cada uno.

—¡Oh! los diamantes, dijo Morcef riendo, esa es su manía. Yo creo que, cual otro Potemkin, lleva siempre los bolsillos llenos, y los va derramando por el camino.

—¿Habrá encontrado alguna mina, dijo Mad. Danglars, sabeis que tiene un crédito ilimitado sobre la casa del baron?

—No, no lo sabia, respondió Alberto, pero eso debia ser.

—¿Y que ha anunciado á Mr. Danglars que pensaba permanecer un año en París y gastar seis millones?

—Es el shah de Persia que viaja de incógnito.

—¿Y esa muger, Mr. Luciano, dijo Eugenia, habeis reparado qué hermosa es?

—En verdad, señorita, no he conocido á otra que sepa hacer justicia como vos.

Luciano acercó su lente á su ojo derecho.

—Encantadora, dijo.

—¿Y sabe Mr de Morcef quién es esa muger?

—Señorita, dijo Alberto, respondiendo á esta interpelacion casi directa, casi lo sé, quiero decir, como sé todo lo que concierne al misterioso personaje de que nos ocupamos. Esa muger es una griega.

—Fácilmente se conoce eso por su traje, y no me habeis dicho sino lo que todo el salon sabe tan bien como nosotros.

—Siento, dijo Morcef, ser un cicerone tan ignorante; pero confieso que hasta ahí se limitan mis conocimientos. Sé ademas que es música, porque un dia que almorcé en casa del conde, oí los sonidos de una guzla, que seguramente no podian venir sino de ella.

—¿Recibe vuestro conde? preguntó Mad. Danglars.

—Y de una manera espléndida, os lo juro.

—Es preciso que me empeñe con Mr. Danglars para que le ofrezca alguna comida, algun baile, á fin de que nos le devuelva.

—¡Cómo! ¿ireis á su casa? dijo Debray riendo.

—¿Por qué no? ¡con mi marido!

—Pero si es soltero el misterioso conde.

—Bien veis que no, dijo riendo la baronesa y mostrando á la bella griega.

—Esa muger es una esclava, segun él mismo me ha dicho.

—Convenid, mi querido Luciano, dijo la baronesa, que mas bien tiene aire de una princesa.

—*De las mil y una noches.*

—*De las mil y una noches* no digo; ¿pero qué es lo que constituye á una princesa? los diamantes, y en esta no se ve otra cosa.

—Tiene demasiados, dijo Eugenia; estaria mas hermosa sin ellos, porque descubriria su cuello y sus brazos, que son de encantadoras formas!

—¡Oh! ¡la artista, dijo Mad. Danglars, cómo se entusiasma!

—Soy apasionada de todo lo hermoso, dijo Eugenia.

—¿Pero qué decís entonces del conde? dijo Debray, me parece tambien bastante buen mozo.

—¿El conde? dijo Eugenia, como si aun no le hubiese mirado; el conde es demasiado pálido.

—Justamente, dijo Morcef, en esa palidez está el secreto que buscamos. La condesa G.... dice que es un vampiro.

—¿Está de vuelta la condesa G.....? preguntó la baronesa.

—En este palco del lado, dijo Eugenia, casi enfrente de nosotros, madre mia; esa muger de unos cabellos rubios admirables, ella es.

—¡Ah! si, dijo Mad. Danglars, ¿no sabeis le que debiérais hacer Morcef?

—Mandad, señora.

—Debiérais ir á hacer una visita á vuestro conde de Monte-Cristo y traérnoslo.

—¿Para qué? dijo Eugenia.

—¡Oh! para hablarle; ¿no tienes tú curiosidad de verle?

—Absolutamente ninguna.

—¡Qué rara eres! murmuró la baronesa.

—¡Oh! dijo Morcef, vendrá probablemente él mismo. Ya os ha visto, señora, y os saluda.

La baronesa devolvió al conde su saludo acompañado de la sonrisa mas encantadora.

—Vamos, dijo Morcef, me sacrifico; os deajo, y voy á ver si hay medio de hablarle.

—Id á su palco; es lo mas sencillo.

—Pero aun no he sido presentado.....

—¿A quién?

—A la hermosa griega.

—Es una esclava, segun decis.

—Sí, pero vos decis que es una princesa..... No. Espero que me vea salir y él tambien saldrá.

—Es posible, id.

—Allá voy.

Morcef saludó, salió.

Efectivamente, en el momento en que pasaba delante del palco del conde, se abrió la puerta, el conde dijo algunas palabras árabes á Alí que estaba en el corredor y se cogió del brazo de Morcef.

Alí volvió á cerrar la puerta y se quedó en pié á su lado; habia en el corredor un círculo de gente al rededor del nubio.

—En verdad, dijo Monte-Cristo, vuestro Paris es una ciudad extraña y vuestros parisienses un pueblo singular. Diríase que es la primera vez que ven á un nubio. Miradlos estrecharse alrededor de ese pobre Alí, que no sabe qué significa eso. Solo os digo una cosa, y es que un parisiense puede ir á Tunez, á Constantinopla, á Bagdad ó al Cairo, y no se reunirá á su alrededor la gente como aquí.

—Es que vuestros orientales son personas sensatas y no miran lo que no vale la pena de mirarse; pero creedme, Alí no goza de esa popularidad sino porque os pertenece, y en este momento vos sois el hombre á la moda.

—¡De veras! ¿y qué es lo que me vale ese favor?

—¡Diantre! vos mismo. Regalais caballos de mil luisas. Salvais la vida á la muger del procurador del rey; haceis correr bajo el nombre del mayor Black caballos de raza, y jockeys como un puño; en fin ganais copas de oro, y las enviais á una muger bellisima por cierto.

—¿Y quién diablos os ha contado todas esas locuras?

—Primero, Mad. Danglars, que se muere de envidia por veros en su palco, ó mas bien porque os vean; despues el periódico de Beauchamp, y últimamente mi imaginacion. ¿Por qué llamis á vuestro caballo *Vampa*, si quereis guardar el incógnito?

—¡Ah! ¡es verdad! dijo el conde, es una imprudencia. Pero decid-

:

me; ¿el conde de Morcef, viene algunas veces á la ópera? Le he buscado por todas partes, y no le he visto.

—Vendrá esta noche.

—¿Dónde?

—Al palco de la baronesa, segun creo.

—¿Esa encantadora joven que está con ella es su hija?

—Si.

—Os doy la enhorabuena.

Morcef se sonrió.

—Ya hablaremos de esto mas tarde y detalladamente, dijo. ¿Qué decis de la música?

—¿De qué música?

—¿De qué ha de ser?.... de la que acabamos de oír.

—Digo que es una música bellísima para ser compuesta por un compositor humano, y cantada por pájaros sin pluma, como decia Diógenes.

—¡Ah! ¡querido conde, parece que pudiérais oír cantar los siete coros del Paraíso!

—Si, eso es. Cuando quiero oír música admirable, vizconde, como ningun mortal la ha oído, duermo.

—Pues bien, querido conde, dormid, la ópera no se ha inventado para otra cosa.

—No, en verdad; vuestra orquesta hace demasiado ruido. Para dormir yo con el sueño de que os hablo; necesito tranquilidad y silencio, y ademas cierta preparacion...

—¡Ah! el famoso hatchis?

—Justamente, vizconde, cuando querais oír música, venid á cenar conmigo.

—Pero ya la he oído cuando fui á almorzar á vuestra casa, dijo Morcef.

—¿En Roma?

—Si.

—¡Ah! era la guzla de Haydée. Si, la pobre desterrada se entretiene á veces en tocarme algunos aires de su país.

Morcef no insistió mas; por su parte el conde se calló tambien.

En este momento oyóse la campanilla.

—Dispensadme, dijo el conde dirigiéndose hácia su palco.

—¿Cómo!

—Mil recuerdos de parte mia á la condesa G... de parte de su vampiro.

—¿Y á la baronesa?

—Decidla que si lo permite, iré á ofrecerla mis respetos despues que se concluya el acto.

El tercer acto empezó.

Durante él entró el conde de Morcef en el palco de madama Danglars, segun lo habia prometido.

El conde no era uno de esos hombres que causaban impresion con su presencia: asi pues nadie se apercibió de su llegada mas que las personas en cuyo palco entraba.

Monte-Cristo le vió sin embargo, y una ligera sonrisa asomó á sus labios.

En cuanto á Haydée, no veía nada mientras que el telon estaba levantado; como todas las naturalezas primitivas adoraba todo lo que habla al oído y á la vista.

—El tercer acto pasó como de costumbre. Mlle. Noblet, Julia y Leroux, cantaron sus respectivos papeles, el príncipe de Granada fué desafiado por Roberto-Mario; en fin, este magestuoso rey dió su vuelta por el tablado para lucir su manto de terciopelo llevando á su hija de la mano; bajóse despues el telon, y toda la concurrencia se dispersó por la sala de descanso y los corredores.

El condesalió de su palco, y un instante despues apareció en el de la baronesa Danglars.

Esta no pudo contener un ligero grito de sorpresa, mezclado de alegría.

—¡Ah! venid, señor conde, exclamó, porque á la verdad, deseaba añadir mis gracias verbales á las que ya os he dado por escrito.

—¡Oh! señora, dijo el conde, ¿aun os acordais de esa miseria? yo ya la habia olvidado,

—Si, pero jamás se olvida queal día siguiente salvasteis á mi amiga Mad. de Villefort del peligro que le hicieron correr los mismos caballos.

—Tampoco esta vez, señora, merezco vuestras gracias; fué Ali mi nubio, quien tuvo el honor de hacer á Mad. de Villefort este eminente servicio.

—¿Y fué tambien Ali, dijo el conde de Morcef, quien sacó á mi hija de las manos de los bandidos romanos?

—No, señor conde, dijo Monte-Cristo, estrechando la mano que le presentaba el general; no, ahora á quien toca dar las gracias es á mí, vos ya me las habeis dado, yo las he recibido y me corro de que me lo agradezcáis tanto. Señora baronesa, hacedme el honor, os lo suplico, de presentarme á vuestra encantadora hija.

—¡Oh! ya estais presentado, de nombre al menos, porque hace dos ó tres días que no hablamos mas que de vos. Eugenia, continuó la baronesa volviéndose hácia su hija, el señor conde de Monte-Cristo.

El conde se inclinó; Mlle. Danglars hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Estais en vuestro palco con una muger admirable, señor conde, dijo Eugenia; ¿es vuestra hija?

—No, señorita, dijo Monte-Cristo, asombrado de aquella ingenuidad estremada, ó de aquel aplomo asombroso, es una pobre griega de que soy tutor.

—¿Y se llama?...

—Haydée, respondió Monte-Cristo.

—¡Una griega! murmuró el conde de Morcef

—Si, conde, dijo Mad. Danglars; y decidme si habeis visto jamás en la corte de Ali-Tebelin, donde habeis servido tan gloriosamente, un traje tan admirable como el que tenemos delante.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo, ¿habeis servido en Janina, señor conde?

—He sido general instructor de las tropas del bajá, respondió Morcef, y mi poca fortuna, proviene de las liberalidades del ilustre gefe albanés, no tengo reparo en decirlo.

—¡Pues miradla! insistió Mad. Danglars.

—¿Dónde! baluceó Morcef.

—Allí, dijo Monte-Cristo.

Y apoyando el brazo sobre el hombro del conde, se inclinó con él fuera del palco.

En este momento, Haydée, que buscaba al conde con la vista, descubrió su cabeza pálida al lado de la de Morcef á quien tenía abrazado.

Esta vista produjo en la jóven el efecto de la cabeza de Medusa; hizo un movimiento hácia delante como para devorar á los dos con sus miradas, y al mismo tiempo se retiró al fondo del palco arrojando un débil grito, que fué oído sin embargo de las personas que estaban próximas á ella, y de Ali que al punto abrió la puerta.

—Calle, dijo Eugenia, ¡qué acaba de sucederle á vuestra pupila señor conde! parece que se ha sentido indispueta.

—En efecto, dijo el conde; pero no os asusteis, señorita: Haydée es muy nerviosa, y por consiguiente muy sensible á los olores; un perfume que la sea antipático, basta para causarla un desmayo; pero, añadió el conde sacando un pomo de un bolsillo, tengo aquí el remedio.

Y despues de haber saludado á la baronesa y á su hija, cambió un apretón de mano con el conde y con Debray y salió del palco de madama Danglars.

Cuando entró en el suyo Haydée estaba aun muy pálida; apenas le vió le cogió una mano.

Monte-Cristo notó que las manos de la jóven estaban húmedas y heladas.

—¿Con quién hablábais señor? preguntó la griega.

—Con el conde de Morcef que ha estado al servicio de tu ilustre padre, y que confiesa deberle su fortuna, respondió el conde.

—¡Ah! ¡miserable! exclamó Haydée, él fué quien le vendió á los turcos; y esa fortuna el pago de su traición. ¿No sabiais eso señor?

—Habia oído algo de esa historia en Epiro, dijo Monte-Cristo, pero ignoro los detalles. Ven, hija mía, vente y me los contarás; debe ser eso curioso.

—¡Oh! si, vamos, vamos; me parece que me moriría si permaneciese mas tiempo viendo á ese hombre.

Y levantándose vivamente, Haydée se envolvió en su albornoz de cachemira blanco, bordado de perlas y de coral y salió al levantarse el telon.

—¡En nada se parece ese hombre á los demas! dijo la condesa G. á Alberto que habia vuelto á su lado; escucha religiosamente el tercer acto de *Roberto*, y se marcha cuando va á empezar el cuarto.

CAPITULO LIV.

El alza y la baja.

Algunos dias despues de este encuentro, Alberto de Morcef fué á hacer una visita al conde de Monte-Cristo, á su casa de los Campos Eliseos, que ya habia tomado el aire de palació, que acostumbraba á dar el conde de Monte-Cristo, aun á sus habitaciones mas provisionales. Venia á renovarle las gracias de Mad. Danglars.

Alberto iba acompañado de Luciano Debray, el cual unió á las palabras de su amigo algunas frases políticas; que no le eran habituales y cuyo fin no pudo penetrar el conde.

Parecióle que Luciano venia á verle, movido por un sentimiento de curiosidad y que la mitad de este sentimiento emanaba de la calle de la Chaussée d'Autin. En efecto, era de suponer, sin temor de engañarse, que no pudiendo Mad. Danglars conocer por sus propios ojos el interior de un hombre que regalaba caballos de treinta mil francos, y que iba á la ópera con una esclava griega que llevaba un millon de diamantes, habia suplicado á la persona mas íntima, que la diese algunos informes acerca de este interior.

Pero el conde no aparentó sospechar que pudiera haber la menor relacion entre la visita de Luciano y la curiosidad de la baronesa.

—¿Seguis las relaciones casi continuas con el baron Danglars? preguntó á Alberto de Morcef.

—¡Oh! sí, señor conde, bien sabeis lo que os he dicho.

—¿Sigue eso todavía?

—Mas que nunca, dijo Luciano, es un negocio corriente.

Y juzgando sin duda Luciano que esta palabra mezclada en la conversacion le daba derecho á permanecer extraño á ella, colocó su lente en su ojo, y mordiendo el puño de oro de su cañita, comenzó á pasear lentamente al rededor de la sala examinando las armas y los cuadros.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo. Al oiros hablar de eso no creia en verdad que se hubiese tomado ya una resolucion.

—¿Qué quereis? las cosas marchan sin que nadie lo sospeche; mientras que vos no pensais en ellas, ellas piensan en vos, y cuando volveis os quedais asombrado de todo el camino que han andado. Mi padre y Mr. Danglars han servido juntos en España, mi padre en el ejército, Mr. Danglars en las provisiones. Allí fué donde mi padre, arruinado por la revolucion, y Mr. Danglars que no tenia patrimonio, empezaron á hacerse ricos, mi padre con su fortuna política y militar que es hermosa, Mr. Danglars con su fortuna política y financiera, que es admirable.

—Si, en efecto, dijo Monte-Cristo, creo que durante la visita que le he hecho, Mr. Danglars me ha hablado de eso; y, Luciano que

hojeaba un album echando una mirada á Mlle. Eugenia; es una jóven bellísima, creo que es Eugenia como se llama.

—Bellísima, respondió Alberto, pero de una belleza que yo no aprecio; soy indigno de ella.

—¡Hablais de vuestra novia como si ya fuéseis su marido!

—¡Oh! exclamó Alberto, mirando á su alrededor para ver á su vez lo que hacia Luciano.

—Sabeis, dijo Monte-Cristo bajando la voz, que no me pareceis muy entusiasmado con ese casamiento!

—Mlle. Danglars es demasiado rica para mí, dijo Morcef, eso me espanta.

—¡Bah! dijo Monte-Cristo, razon de mas, ¿no sois vos tambien rico?

—Mi padre tiene algo... como unas cincuenta mil libras de renta, y me dará diez ó doce cuando me case.

—Algo modesto es eso, en París sobre todo; pero no todo consiste en el dinero, algo valen un nombre esclarecido y una elevada posicion social. Vuestro nombre es célebre, vuestra posicion magnífica: y luego, el conde de Morcef es un soldado; y gusta ver que se enlazan la integridad de Bayardo con la pobreza de Duguesclin; el desinterés es el rayo de sol mas hermoso á que puede relucir una noble espada. Yo al contrario, encuentro esta union muy conveniente: Mlle. Danglars os enriquecerá y vos la ennoblecereis!

Alberto movió la cabeza y permaneció pensativo.

—Aun hay mas, dijo.

—Confieso, repuso Monte-Cristo, que me cuesta trabajo el comprender esa repugnancia hácia una jóven hermosa y rica.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo Morcef, esa repugnancia no es tan solo de mi parte.

—¿De quién mas? porque vos mismo me habeis dicho que vuestro padre deseaba ese casamiento.

—De partede mi madre; y la ojeada de mi madre es prudente y segura. ¡Pues bien! no se sonrie al hablarle yo de esa union, tiene yo no sé qué prevencion contra los Danglars.

—¡Oh! dijo el conde con un tono algo forzado, eso se concibe fácilmente. La condesa de Morcef, que es la distincion, la aristocracia, la delicadeza personificada, vacila en tocar una mano basta, grosera y brutal; nada mas sencillo.

—Yo no sé si es eso, dijo Alberto; pero lo que sé es que este casamiento la hará desgraciada. Ya debian haberse reunido para hablar del negocio hace seis semanas; pero me atacaron tales dolores de cabeza....

—¿Verdaderos?... dijo el conde sonriendo.

—¡Oh! si, sin duda el miedo... en fin, dilataron la cita hasta pasados dos meses. No corria prisa como comprendereis; yo no tengo todavia mas que veinte y un años, y Eugenia diez y siete; pero los dos meses espiran la semana que viene. Se consumará el sacrificio; no podeis comprender, conde, qué apurado me encuentro.... ¡Ah! ¡qué feliz sois en ser libre!

—¡Pues bien! sed libre tambien, ¿quién os lo impide, decid?...

—¡Oh! seria un desengaño muy grande para mi padre sino me casára con Mlle. Danglars.

—Pues entonces, casaos, dijo el conde encogiéndose de hombros.

—Si, dijo Morcef; mas para mi madre no seria eso desengaño sino una pesadumbre mortal.

—Pues no os caseis, exclamó el conde.

—Yo veré, reflexionaré, vos me dareis consejos, ¿no es verdad? y si es posible, me sacareis del compromiso. ¡Oh! por no dar un disgusto á mi pobre madre, seria yo capaz de quedar reñido hasta con el conde mi padre.

Monte-Cristo se volvió: parecia sumamente conmovido.

—¡Ola! dijo á Debray, sentado en un sillón, en un extremo del salón con un lápiz en la mano derecha, y en la izquierda una cartera: ¿haceis algun croquis de uno de estos cuadros?

—¿Yo? dijo tranquilamente. ¡Oh! si, un croquis; amo demasiado la pintura para eso. No; estoy haciendo números.

—¿Números?

—Si, calculo; esto os concierne indirectamente, vizconde; calculo lo que la casa Danglars ha debido ganar en la última alza de Haiti; de 206 subieron los fondos en tres dias á 409, y el prudente banquero habia comprado mucho á 206. Lo menos ha debido ganar 500,000 libras.

—No es esa su mejor jugada, dijo Morcef: no ha ganado este año un millon....

—Escuchad, querido, dijo Luciano, escuchad á Monte-Cristo, que os dirá como los italianos:

Danao e santita

(Metá della metá (1.))

Y aun es mucho. Asi, pues, cuando me hablan de eso me encojo de hombros.

—¿Pero no hablábais de Haiti? dijo Monte-Cristo.

—¡Oh! Haiti; eso es otra cosa; es el *ecarté* del agiotage francés. Se puede amar al whist, el boston, y sin embargo cansarse de todo esto, Mr. Danglars vendió ayer á 406 y se embolsó 500,000 francos: si hubiese esperado á hoy, los fondos bajaban á 203, y en lugar de ganar 500,000 mil francos, perdía 20 ó 25,000.

—¿Y por qué han bajado los fondos de 409 á 206? Preguntó Monte-Cristo. Perdonad, soy muy ignorante en todas esas intrigas de bolsa.

—Porque respondió Alberto, las noticias se siguen unas á otras, y no se asemejan.

(1) Dinero y santidad
Mitad de la mitad.

—¡Ah! ¡diablo! dijo el conde: Mr. Danglars juega á ganar ó perder 300,000 francos en un dia? ¿Será enormemente rico?

—¡No es el quien juega! exclamó vivamente Luciano, es Mad. Danglars; es una muger verdaderamente intrépida.

—Pero vos que sois razonable, Luciano, y que conoceis la poca seguridad de las noticias, pues que estais en la fuente, debierais impedirlo, dijo Morcef sonriendo.

—¿Cómo, si á su marido no le hace caso? respondió Luciano, vos conoceis el carácter de la baronesa; nadie tiene influencia sobre ella, y no hace absolutamente sino lo que quiere.

—¡Oh! si yo estuviera en vuestro lugar!... dijo Alberto.

—¿Y bien?

—Yo la curaria; le haria un favor á su futuro yerno.

—¿Pues cómo?

—Nada mas fácil. La daria una leccion.

—¡Una leccion!

—Si: vuestra posicion de secretario del ministro hace que dé mucha fé á vuestras noticias; apenas abris la boca y al momento son taquígrafadas vuestras palabras. Hacedle perder unos cuantos miles de francos, y esto la volverá mas prudente.

—No comprendo, murmuró Luciano.

—Pues bien claro me esplico, respondió el jóven con una sencillez que nada tenia de afectado; anunciadle el mejor dia una noticia telegráfica que solo vos hayais podido saber; por ejemplo, que á Enrique IV le vieron ayer en casa de Gabriela; esto hará subir los fondos; ella al momento obrará segun la noticia que la hayais dado, y seguramente perderá cuando Beauchamp escriba al dia siguiente en su periódico:

«Personas mal informadas han dicho que el rey Enrique IV ha sido visto antes de ayer en casa de Gabriela; esta noticia es completamente falsa; el rey Enrique IV no ha salido de Pont-Neuf.»

Luciano se sonrió.

Monte-Cristo, aunque indiferente en la apariencia, no habia perdido una palabra de esta conversacion, y su penetrante mirada creyó leer un secreto en la turbacion del secretario del ministro.

De esta turbacion de Luciano, que no fué notada por Alberto, resultó que Debray abreviase su visita; se sentia evidentemente disgustado. El conde al acompañarle hácia la puerta le dijo algunas palabras en voz baja, á las cuales respondió:

—Con mucho gusto, señor conde; acepto.

El conde se volvió hácia Morcef.

—¿No pensais, le dijo, que habeis hecho mal en hablar de vuestra suegra delante de Debray?

—Escuchad, conde, dijo Morcef, no digais en adelante una palabra acerca de esto.

—Decid la verdad, ¿la condesa se opone en este punto al matrimonio?

—Rara vez viene á casa la baronesa, y mi madre creo que no ha estado dos veces en su vida en la de Mad. Danglars.

—Entonces, dijo el conde, eso me alienta á hablaros con franqueza: Mr. Danglars es mi banquero; Mr. de Villefort me ha colmado de atenciones en agradecimiento al servicio que una dichosa casualidad me proporcionó hacerle. Yo descubro bajo todo esto una infinidad de comidas y diversiones, y además para tener siquiera el mérito de adelantarme, si quereis, he proyectado reunir en mi casa de campo de Auteuil á Mr. y Mad. Danglars, y á Mr. y Mad. Villefort. Yo os convidó á esta comida, así como al señor conde y á la señora condesa de Morcef; esto sin que nadie sospeche que ha de ser una entrevista matrimonial; á lo menos la señora condesa de Morcef no considerará la cosa así, sobre todo, si el baron Danglars me hace el honor de traer á su hija. De lo contrario vuestra madre me cobraría antipatía; de ningún modo quiero yo que suceda esto, y haré todo lo posible porque no me cobre aborrecimiento.

—A fé mia, conde, dijo Morcef, os doy mil gracias por esa franqueza que usais conmigo, y acepto la proposición que me haceis. Decís que no quereis que mi madre os cobre antipatía, y sucede todo lo contrario.

—¿Lo creéis así? exclamó Monte-Cristo con interés.

—¡Oh! estoy seguro. Cuando os separásteis el otro día de nosotros hablamos una hora de vos; pero vuelvo á lo que decíamos antes. ¡Pues bien! si mi madre pudiese saber esa atención de vuestra parte, estoy seguro que os quedaría sumamente reconocida, es verdad que mi padre se pondría furioso.

El conde soltó una carcajada.

—¡Y bien! dijo á Morcef, ya estais prevenido. Pero ahora que me acuerdo, solo vuestro padre se pondrá furioso; Mr. y Mad. Danglars me considerarán como á un hombre de malas maneras. Saben que nos tratamos con cierta intimidad, que sois mi amigo parisiense mas antiguo, y si no os encuentran en mi casa, me preguntarán por qué no os he convidado. A lo menos buscad un compromiso anterior que tenga alguna apariencia de probabilidad, y del cual me dareis parte por medio de cuatro letras. Ya sabéis, con los banqueros, solo los escritos son válidos.

—Yo haré otra cosa mejor, señor conde, dijo Alberto; mi padre quiere ir á respirar el aire del mar. ¿Para qué día está fijada vuestra comida?

—Para el sábado.

—Hoy es martes, bien; mañana por la tarde partimos, y pasado estaremos en Tréport. ¿Sabéis, señor conde, que sois un hombre muy complaciente en proporcionar así á todas las personas su comodidad?

—¡Yo! en verdad que me teneis en mas de lo que valgo; deseo seros útil y nada mas.

—¿Qué día habeis comenzado á convidar?

—Hoy mismo.

—¡Pues bien! corro á casa de Mr. Danglars, le anuncio que dejamos á Paris mañana mi madre y yo. Yo no os he visto; por consiguiente no sé nada de vuestra comida.

—¡Qué loco sois! y Mr. Debray que acababa de veros en mi casa!

—¡Ah! es cierto.

—Al contrario, os he visto y os he convidado aquí sin ceremonia, y me habeis respondido ingénuamente que no podiais admitir, porque partiais para Tréport.

—¡Pues bien! ya está todo arreglado; pero vos vendreis á ver á mi madre de hoy á mañana.

—De hoy á mañana, es difícil; porque estareis ocupados en vuestros preparativos de viage.

—¡Pues bien! haced otra cosa; antes no érais mas que un hombre encantador; seréis un hombre adorable.

—¿Qué he de hacer para llegar á esa sublimidad?

—¿Qué habeis de hacer?

—Si, os lo pregunto.

—Sois hoy libre como el aire; venid á comer conmigo; seremos pocos, vos, mi madre y yo solamente. Aun no habeis casi conocido á mi madre; pero la vereis de cerca. Es una muger muy notable, y no siento mas que una cosa, y es no encontrar una muger semejante con veinte años menos; pronto habria, os lo juro, una condesa y una vizcondesa de Morcef. En cuanto á mi padre, no le encontrareis, en casa; está de comision, y come en casa del gran canciller. Venid, hablaremos de viages; vos que habeis visto el mundo entero, nos contareis vuestras aventuras; nos direis la historia de aquella bella griega que estaba la otra noche con vos en la ópera, que llamais vuestra esclava, y á quien tratais como una princesa. ¿Habla-remos italiano y español, veamos, aceptais? mi madre os dará las gracias.

—Tambien yo os las doy, dijo al conde; el convite es de los mas halagueños, y siento vivamente no poder aceptarlo. Yo no soy libre como pensais, y tengo por el contrario una cita de las mas importantes.

—¡Ah! acordaos, conde, que me acabais de enseñar como se zafa uno de las cosas desagradables. Necesito una prueba. Yo no soy felizmente banquero como Mr. Danglars, pero os prevengo que soy tan incrédulo como él.

—Por lo mismo, voy á dárosla, dijo el conde.

Y llamó.

—¡Hum! dijo Morcef, ya va de dos veces que rehusais comer con mi madre. ¿Habeis tomado ese partido, conde?

Monte-Cristo se estremeció.

—¡Oh! no lo creais, dijo; por otra parte pronto os daré una prueba.

Bautista entró y se quedó á la puerta en pie y esperando.

—Yo no estaba prevenido de vuestra visita, ¿no es verdad?

—Sois tan extraordinario, que no responderia de que no.

—¿Al menos no podia adivinar que me convidariais á comer?

—¡Oh! en cuanto á eso, es probable.

—Escuchad. ¿Bautista, qué os he dicho yo esta mañana, cuando os llamé á mi gabinete de estudio?

—Que no dejase entrar á nadie á ver al señor conde despues de las cinco, respondió el criado.

—Y ¿qué mas?

—¡Oh! señor conde.... dijo Alberto.

—No, no, quiero absolutamente librarme de esa reputacion misteriosa que me habeis apropiado, mi querido vizconde: es muy difícil representar eternamente el Manfredo. ¿Qué mas?.. continuad, Bautista.

—En seguida no recibir mas que al señor mayor Bartolomé Cavalcanti y á su hijo.

—Ya lo oís, al señor mayor Bartolomé Cavalcanti, de la mas antigua nobleza de Italia; ademas, su hijo, un bello jóven de vuestra edad, ó poco mas, vizconde, que lleva el mismo título que vos, y que hace su entrada en el mundo con los millones de su padre. El mayor me trae esta tarde á su hijo Andrés, el contino, como decimos en Italia. Me lo confia y yo le protegeré si tiene algun mérito. Me ayudareis, ¿no es así?

—¡Sin duda! ¿Es algun antiguo amigo vuestro ese mayor, Cavalcanti? preguntó Alberto.

—No por cierto es un digno señor, muy modesto, discreto, como muchos de los que hay en Italia; descendiente de una de las mas antiguas familias. Lo he visto muchas veces en Florencia, en Bolonia, en Luca, y me ha avisado su llegada. Los conocimientos de viage son exigentes, reclaman devos en todas partes la amistad que se les ha manifestado una vez por casualidad. Este buen mayor Cavalcanti va á volver á París, que no ha visto mas que de paso en tiempo del imperio, y va á helarse á Moscow. Yo le daré una buena comida y me dejará su hijo; le prometeré vigilarle, le dejaré hacer todas las locuras que quiera y estamos en paz.

—¡Magnifico! dijo Alberto, y veo que sois un escelente mentor. Adios, pues, estaremos de vuelta el domingo. A propósito, he recibido noticias de Franz.

—¡Ah! ¿de veras? dijo Monte-Cristo; ¿sigue divirtiéndose en Italia?

—Creo que sí; sin embargo os echa mucho de menos. Dice que sois el sol de Roma, y que sin vos está eclipsado. Yo no sé si aun llega hasta decir que llueve.

Aun persiste en errores fantásticos; y he aqui por lo que os echa de menos.

—Jóven encantador, dijo Monte-Cristo, y por el cual he sentido una viva simpatía la primer tarde que le ví buscando una cena cualquiera, y que tuvo á bien aceptar la mia. ¿Creo que es hijo del general d'Epina?

—Justamente.

—El mismo que fué tan miserablemente asesinado en 1815.

—¿Por los bonapartistas?

—¡Cierto! ¿No tiene él proyectos de matrimonio?

—Si, debe casarse con Mlle. de Villefort.

—¿De veras?

—Tan cierto como que yo debo casarme con Mlle. Danglars, respondió Alberto, riendo.

—¿Os reis?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Me rio porque me parece que tiene Franz tanta simpatía por su matrimonio, como hay entre Mlle. Danglars y yo. Pero en verdad, conde, que hablamos de las mugeres como las mugeres hablan de los hombres; esto es imperdonable.

Alberto se levantó.

—¿Os vais?

—Me gusta la pregunta, hace dos horas que os estoy incomodando, y tenéis la bondad de preguntarme si me voy.

—En verdad, conde, ¿sois el hombre mas politico de la tierra! ¡Y vuestros criados qué bien educados están! ¡Especialmente Mr. Bautista! jamás he podido tener uno como ese. Los míos parece que toman el ejemplo de los del teatro francés, que, justamente porque no tienen que decir mas que una palabra, siempre la dicen mal. Con que si despedís alguna vez á Bautista, os le pido para mí antes que á nadie.

—Convenido, respondió Monte-Cristo.

—No es esto todo; dareis mil recuerdos de mi parte á vuestro discreto mayor, al señor Cavalcanti de Cavalcanti; y si por casualidad desease establecer á su hijo, buscadle una muger muy rica, noble, baronesa lo menos, yo os ayudaré por mi parte.

—¡Ola! ¿hasta eso llegaríais?

—Sí, sí.

—¡Oh! no se puede decir de esta agua no beberé.

—¡Ah! conde, exclamó Morcef, ¿qué servicio me haríais y cómo os apreciaria cien veces mas si lograseis dejarme soltero siquiera por diez años?

—Todo es posible, respondió gravemente Monte-Cristo; y despidiéndose de Alberto, entró en su habitacion y llamó tres veces sobre el timbre.

Bertuccio se presentó.

—Señor Bertuccio, dijo, ya sabreis que el sábado recibo en mi casa de Auteuil.

Bertuccio se estremeció ligeramente.

—Bien, señor, dijo.

—Os necesito, continuó el conde, para que todo se prepare como sabeis. Aquella casa es muy hermosa, ó á lo menos puede serlo.

—Para eso seria preciso cambiarlo todo, señor conde, las paredes han envejecido.

—Cambiadlo todo, escepto una sola habitacion, la de la alcoba de damasco encarnado; la dejareis lo mismo que está actualmente.

Bertuccio se inclinó.

—Tampoco tocareis al jardin; pero del patio hareis lo que mejor os parezca; quedaré contento si nadie pudiese reconocerlo.

—Haré todo lo que pueda porque el señor conde quede satisfecho; sin embargo, quedaré mas tranquilo si quisiera vuestra excelencia decirme sus intenciones para la comida.

—En verdad, mi querido señor Bertuccio, dijo el conde, desde que estais en Paris os encuentro desconocido; ¿no os acordais ya de mis gustos, de mis ideas?

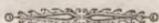
—Pero en fin; ¿podria decirme vuestra excelencia quién asistirá?

—Aun no lo sé, y tampoco vos teneis necesidad de saberlo.
Bertuccio se inclinó y salió.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO.



PAGINAS.

CAPITULO I. Marsella.—La llegada.	1
CAP. II. El padre y el hijo.	8
CAP. III. El arrabal de los catalanes.	15
CAP. IV. El complot.	21
CAP. V. La comida de boda.	26
CAP. VI. El sustituto del procurador del rey.	35
CAP. VII. El interrogatorio.	43
CAP. VIII. El castillo de If.	51
CAP. IX. La noche del día de la comida de boda.	59
CAP. X. El gabinete de las Tullerías.	65
CAP. XI. El Ogro de Córcega.	69
CAP. XII. El padre y el hijo.	74
CAP. XIII. Los cien días.	79
CAP. XIV. El preso furioso y el preso loco.	85
CAP. XV. El número 24 y el número 27.	95
CAP. XVI. El sabio italiano.	105
CAP. XVII. El cuarto del abate.	112
CAP. XVIII. El tesoro.	126
CAP. XIX. El tercer acceso.	133
CAP. XX. El cementerio del castillo de If.	145
CAP. XXI. La isla de Tiboulén.	146
CAP. XXII. Los contrabandistas.	153
CAP. XXIII. La isla de Monte-Cristo.	161
CAP. XXIV. Asombro.	166
CAP. XXV. El desconocido.	173
CAP. XXVI. La posada del puente de Gard.	178
CAP. XXVII. Declaraciones.	187
CAP. XXVIII. Los registros de cárceles.	198
CAP. XXIX. La casa Morrel.	205
CAP. XXX. El cinco de setiembre.	215
CAP. XXXI. Italia.—Simbad el Marino.	224
CAP. XXXII. El despertar.	243
CAP. XXXIII. Los bandidos romanos.	248
CAP. XXXIV. Apariciones.	274

CAP. XXXV. La Mazzolata.	288
CAP. XXXVI. El carnaval en Roma.	299
CAP. XXXVII. Las catacumbas de San Sebastian.	314
CAP. XXXVIII. La cita.	327
CAP. XXXIX. Los convidados.	333
CAP. XL. El almuerzo.	337
CAP. XLI. La presentacion.	357
CAP. XLII. El señor Bertuccio.	367
CAP. XLIII. La casa de Auteuil.	371
CAP. XLIV. La venganza.	376
CAP. XLV. La lluvia de sangre.	395
CAP. XLVI. El crédito ilimitado.	402
CAP. XLVII. El tiro de caballos tordos.	411
CAP. XLVIII. Ideología.	420
CAP. XLIX. Haydée.	428
CAP. L. La familia Morrel.	432
CAP. LI. Pyramo y Thisbe.	439
CAP. LII. Toxicología.	447
CAP. LIII. Roberto el diablo.	461
CAP. LIV. El alza y la baja.	471

CAP. LV. El castillo del conde de Montbrun.
 CAP. LVI. El imperio.
 CAP. LVII. El castillo de H.
 CAP. LVIII. La noche del día de la comida de boda.
 CAP. LIX. El capitán de las Talaras.
 CAP. LX. Una de Gascuña.
 CAP. LXI. El padre y el hijo.
 CAP. LXII. Los cien días.
 CAP. LXIII. El preso furioso y el preso loco.
 CAP. LXIV. El número 21 y el número 22.
 CAP. LXV. El señor italiano.
 CAP. LXVI. El cuarto del apuro.
 CAP. LXVII. El leonero.
 CAP. LXVIII. El torero.
 CAP. LXIX. El convento del castillo de H.
 CAP. LXX. La isla de Yboulas.
 CAP. LXXI. Las contrabandistas.
 CAP. LXXII. La isla de Monte Cristo.
 CAP. LXXIII. Acampado.
 CAP. LXXIV. El desposado.
 CAP. LXXV. La guerra del padre de Card.
 CAP. LXXVI. Doctoraciones.
 CAP. LXXVII. Los registros de carcelas.
 CAP. LXXVIII. La casa Morrel.
 CAP. LXXIX. El circo de reclusos.
 CAP. LXXX. Italia. — Simbad el Marino.
 CAP. LXXXI. El doctor.
 CAP. LXXXII. Los bandos romanos.
 CAP. LXXXIII. Aventuras.



PLANTILLA.

DE LAS LÁMINAS QUE HAN DE COLOCARSE

EN ESTE TOMO PRIMERO.

Págs.

¿Quién de vosotros, señores, se llama Edmundo Dantés? Yo soy caballero, ¿qué me quereis?	50
En el fondo de aquel agujero sombrío vió aparecer un hombre que salió con bastante agilidad de la escavacion practicada. .	103
¡A la una! exclamaron á la vez los enterradores, ¡á las dos! ¡á las tres!	146
Arrojó un grito de alegría y de asombro.	168
Murmuró estas palabras—¡Se feliz corazón generoso!	224
¿Y vos?—Yo..... dijo el viagero, me llamo Simbad el Marino. .	266

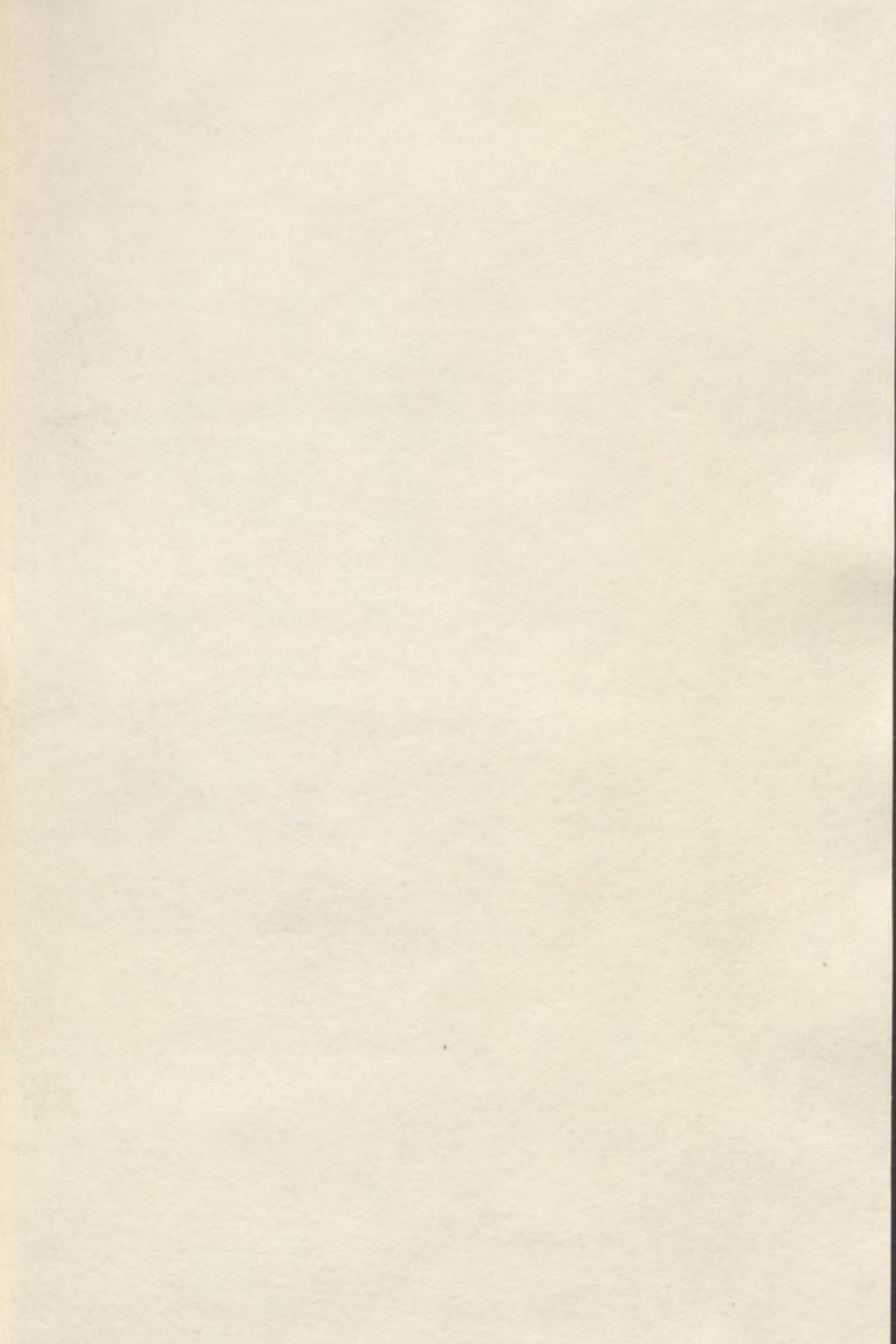
W. E. WHEELER, A.

DE LAS LÍNEAS QUE HAY EN EL COMERCIO

DE ESTE TIPO DE LINEAS

1854

1854	Guerra de los Estados Unidos, en Nueva York y Nueva Jersey, y en
1855	California, que en parte
1856	En el Estado de Nueva York, donde se encuentran las
1857	que allí con bastante utilidad se encuentran también
1858	en la parte occidental de la zona americana, y las dos
1859	de las
1860	través de las partes de América y de América
1861	América y Asia, y las partes occidentales
1862	de las partes de América, en las partes de América



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105456582